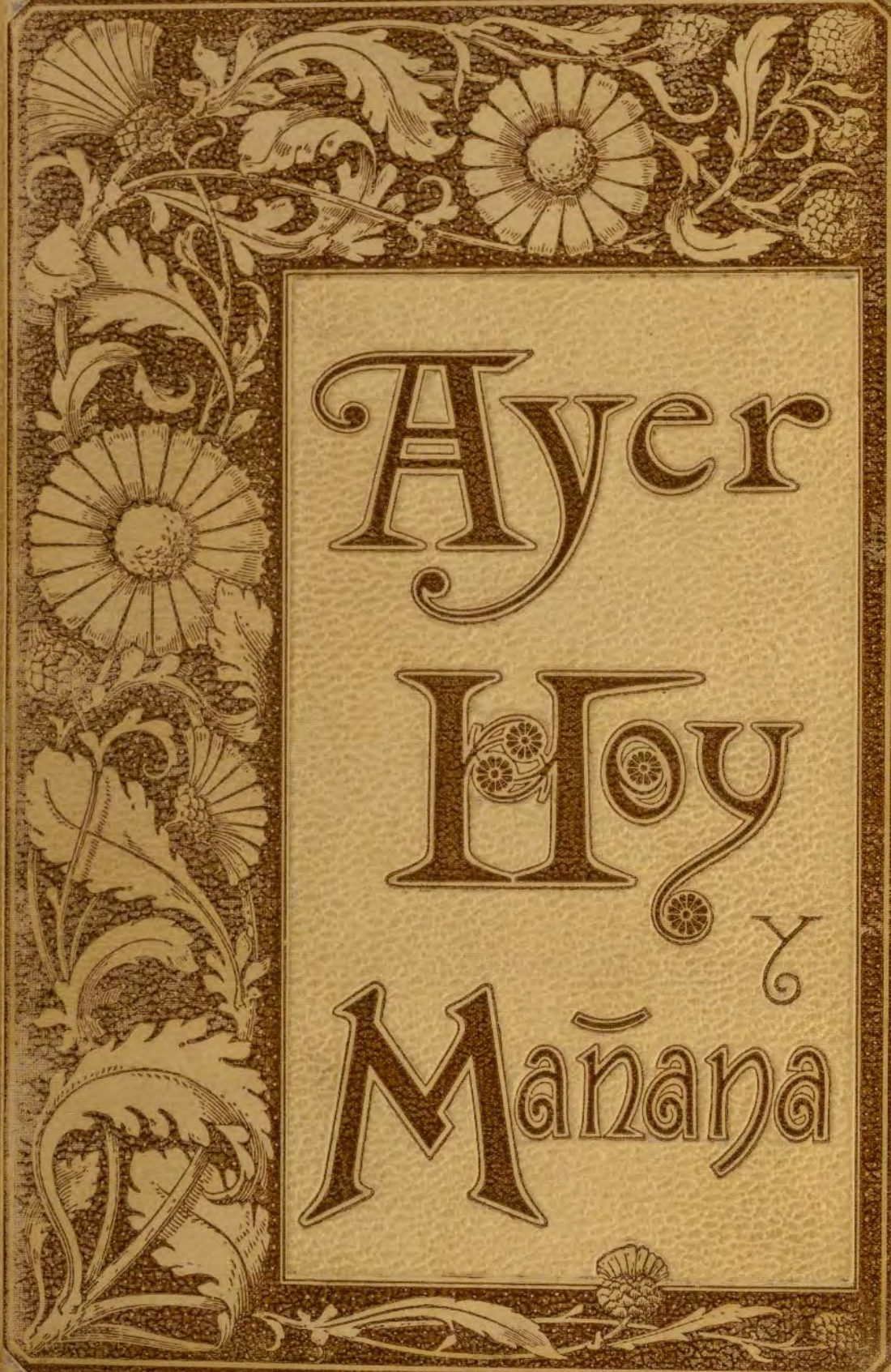




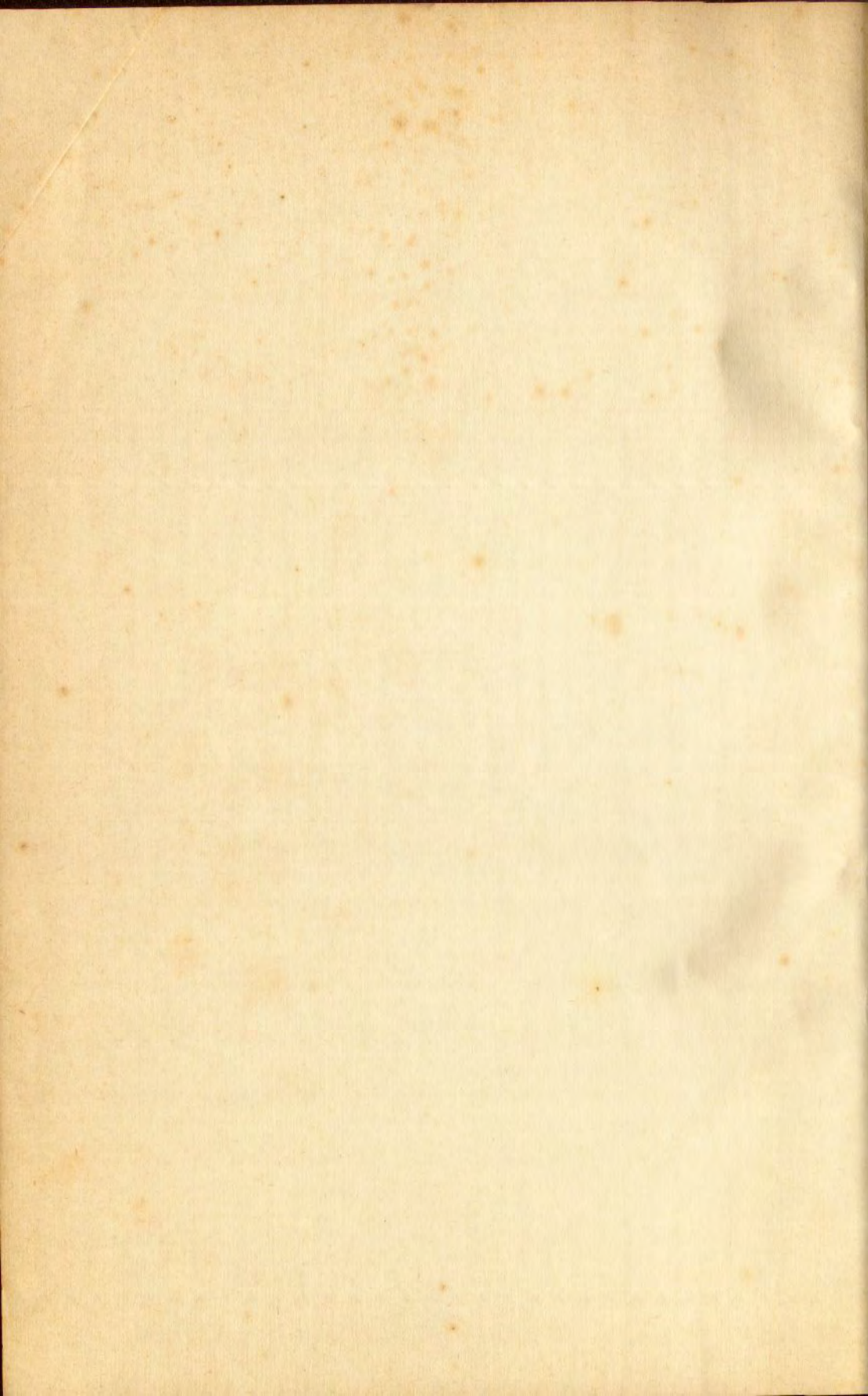
A. FLORES
AYER, HOY
Y
MAÑANA



TOMO I.



Ayer
Hoy
y
Mañana



AYER

HOY Y MAÑANA

Orrius



AYER

HOY Y MAÑANA

ó

LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD

CUADROS SOCIALES DE 1800, 1850 Y 1899

DIBUJADOS Á LA PLUMA

POR D. ANTONIO FLORES

TOMO I

NUEVA EDICIÓN ILUSTRADA

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NUMS. 309 Y 311

1897

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

PARTE PRIMERA

AYER

Ó LA SOCIEDAD DE LA FE EN 1800

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

OF THE EAST ASIAN DEPARTMENT

PRÓLOGO DE LOS EDITORES

Los señores suscriptores á la *Biblioteca Universal* han podido apreciar en las varias series que de la misma van publicadas el cuidado con que procedemos en la elección de las obras que de ella forman parte, procurando dar á conocer las mejores que las literaturas extranjeras producen y al propio tiempo reproducir las que con razón se reputan como maestras en nuestra rica literatura nacional.

Entre éstas figura con justicia en uno de los primeros términos el AYER, HOY Y MAÑANA, de D. Antonio Flores. No hemos de hacer el elogio de esta obra cuya valía, así desde el punto de vista literario como bajo el concepto de estudio social de nuestra patria, ha sido equiparada á la de las de Mesonero Romanos y del ilustre escritor que inmortalizó el seudónimo de *Figaro*: el elogio está de sobra hecho por los más conspicuos críticos desde que aquélla apareció al mediar la presente centuria, y por el público, que ha agotado por completo las numerosas ediciones que de ella se han publicado, hasta el punto de ser empresa punto menos que imposible hacerse con un ejemplar de la misma.

Todas estas razones nos han impulsado á ofrecer á nuestros suscriptores una nueva edición del AYER, HOY Y MAÑANA, la primera ilustrada que se publica, cuyas bellísimas alegorías, ejecutadas por el reputado dibujante D. Nicanor Vázquez, ayudan poderosamente á reconstituir las escenas y los tipos tan magistralmente descritos por D. Antonio Flores.

Estamos seguros de que nuestros suscriptores nos han de agradecer la publicación de esta obra, en la cual el autor hizo gala de su erudición al reproducir los cuadros del pasado, de su espíritu observador al describir los del presente y de su fantasía al imaginar los del porvenir, y que ha merecido, además de las alabanzas de la crítica y el aplauso del público, la honra de que la Biblioteca Nacional adquiriera el manuscrito para conservarlo en sus archivos.



DOS PALABRAS DE BUENA CRIANZA

6

NADIE PASE SIN PERMISO DEL PORTERO

En Dios y en mi alma te juro, público adorado, que al anunciarte la presente obra no imaginaba que habría de costarme tan gran trabajo decidirme á hacerla; y á no ser tú quien eres y á no tenerme tan obligado con tus favores, vive el cielo, y no te asuste que vuelva á jurar, que si dos negaciones afirman, dos afirmativas niegan; vive el cielo, te digo, que habría dado la callada por respuesta á la impaciencia con que has acudido AYER y HOY á recoger la obra que MAÑANA vas á juzgar con tu inapelable, pero siempre benévolo criterio.

Razones son las que de razonar acabo, que me mueven á cumplirte lo prometido, y he aquí ya la ocasión llegada de empezar este libro, que en tus manos pongo y á tu indulgencia encomiendo, con la precisa condición de que no has de ponerle en manos de quien te le pida prestado para leerle. Porque has de saber, querido amigo, que no lo son tanto los libros del que los lee como del que los compra, y más honra puede esperar un autor de quien empieza por darle provecho, que de quien aprovecha una arma prestada para herirle en lo más íntimo de sus ilusiones. Si otro mérito no tuviese el libro para el que le compra que el valor intrín-

seco del dinero que le cuesta, habrá de defenderle, siquiera sea por no confesar la torpeza con que ha invertido sus capitales. Pero ¿qué inconveniente tendrá en decir que le han dado gato por liebre el que no hace otro sacrificio para leer una obra que subir la escalera de la biblioteca ó estarse en su casa esperando una ración de lectura *gratis et amore*?

Verdad es que el amor de padre es una triste prerrogativa que nadie disputa al autor; pero el propietario de un libro tiene hacia éste un cariño conyugal, que no le deja distinguir sus defectos; llegando al cabo de algún tiempo á amarle tan de corazón, que casi le parece engendro suyo.

Encárgote, pues, lector, y te lo repito aunque me tengas por pesado, que á este pobre hijo mío, que ahora me veo en la dura necesidad de venderte, no le prestes ni le alquiles gratis, sino que le vendas y le revendas lo más caro posible, en el caso, que no espero, de que te convenga alejarle de ti. Y doite este consejo porque me consta que la costumbre de leer en libros prestados, ni la heredaron de AYER los hombres de HOY, ni de éstos la recibirán los de MAÑANA. Es una maña miserable de gente ídem, y las mañas son leyes transitorias que no recoge el código de los siglos.

Buen ejemplo de esta verdad y de que no aprovecha lo que se estudia en libros prestados, es el reciente anatema lanzado en un plan de estudios nada remoto contra los estudiantes que se sirven de los libros de sus condiscípulos. En ese plan, que no recuerdo si era el mil y uno ó el mil y dos de los mil y ciento que se han dado en este segundo tercio del siglo, se prohibía bajo penas muy severas, no sé si de presidio mayor ó algo menos, que ningún estudiante usase libros prestados, ni aun los de su propio hermano.

Y he ahí lo que yo quisiera, ó mejor dicho, lo que quiero que suceda con este libro y con todos los que en lo sucesivo dé á la estampa: que ni el hermano se le preste á la hermana, ni ésta á la tía, ni el amigo á la amiga, y que cada padre de familia compre un ejemplar por barba para cada una de las que en su casa tenga; ni más ni menos que hace, pensando de él piadosamente, con la Bula de la Santa Cruzada. Sin que por esto se entienda, y así me conviene dejarlo consignado, que niego á nadie el derecho de leer mi obra, ni mucho menos que sólo á los compradores se dirigen estas palabras de buena crianza. Por todos y para todos las escribo, y menos hablo con los que compran que con los que dejan de comprar.

A los unos y á los otros me ha parecido prudente dirigirles este previo saludo, para que á las primeras páginas de la obra no les digan que está prohibido el pase sin permiso del portero.

Aunque bien mirado, y cosa es que debe mirarse bien, entre el autor y el público es difícil averiguar quién es el que pasa y quién el que permite el paso: cierto es, que si el autor no escribiera, el público se ahorra- ba de dar paso á sus escritos; pero no lo es menos que faltando los lec- tores, las obras no saldrían nunca de las casas de los libreros; y en este caso, que es el más cierto, el libro es el pretendiente, y el lector el Me- cenas que ha de cerrarle ó abrirle el paso.

Bautícenle con el título de *dos palabritas al que leyere*, como se hacía AYER, ó con el de *prólogo*, como se acostumbra HOY, ó con el de *aquí estoy yo porque he venido*, como se dirá MAÑANA, es lo cierto que nun- ca ha faltado ni faltará en las obras del entendimiento un discurso pre- liminar, que es á los libros lo que el afinar de los instrumentos á las orquestas y las primeras bocanadas de humo á las modernas máquinas de vapor.

Suele suceder lo que ha sucedido, y aun hay quien afirma que seguirá sucediendo por algún tiempo, que esos discursos preliminares no cumplan las condiciones de su institución; pero esto, sobre ser una falta de que se acusan por mayor y sin escrúpulo todas las instituciones, aún puede el lector pasarlo en claro, seguro de que no pierde nada en ello. Antigua- mente esos discursos eran un panegírico que el autor hacía desinteresa- damente de sí propio; hoy es un elogio que le escribe imparcialmente un amigo, y mañana, como época de mayor positivismo, será una demostra- ción matemático-mercantil que le harán al lector de lo que va ganando con leer el prólogo y de lo que puede ganar si lee la obra.

Ultimamente suele suceder, y el presente no me hará mentir, que al- gunos prólogos hablan de todo, menos de la obra, á la cual sirven de he- raldo; pero este es un delito pasivo que no tiene pena señalada en el Código vigente, y todo lo más que se puede hacer es aplicar al autor el cuento de aquel chusco, que después de haberse parado á hablar largo rato con un portero de diferentes cosas extrañas todas al portal y á la portería, subió la escalera sin decirle á qué cuarto iba de visita. El porte- ro le detuvo, queriéndole obligar á que le dijese adónde iba; pero él re- plió que no lo diría y que había cumplido sobradamente con la orden del amo de la casa, que decía: *Nadie pase sin hablar al portero*, y que

mientras no se fijasen las materias de que se debía hablar, él había estado en su derecho hablando de lo que quiso.

A pesar de esto, querido lector, yo no sé si he estado en el mío con no hablarte de lo que ha de contener la obra; pero sobre que eso sería defraudarte en la prerrogativa que tienes de saberlo cuando la hayas leído toda, creo que no podrás decir que no he pasado sin tu permiso.

Te le he demandado anteriormente por medio de un prospecto, y te le pido de nuevo ahora con estas *dos palabras de buena crianza*, que.... desearé te hallen con la cabal salud que yo para mí deseo, la mía es buena á Dios gracias.





INTRODUCCIÓN

¡Dichosa edad y felices tiempos aquellos en que el hombre venía al mundo con la precisa obligación de creerlo todo, vivía sin dudar de nada y moría en la seguridad de que cuanto le había rodeado y cuanto le habían prometido era la pura verdad!

¡Dichosa edad, vuelvo á decir, y tiempos felicísimos aquellos en que se cerraban los ojos para ver, y nadie se cuidaba de saber otra cosa que lo que buenamente llegaba á su noticia, sin dar un paso adelante por atrapar un secreto, y aun dando algunos hacia atrás por evitar un desengaño!

La fe, que para ti, lector, y para mí y para todos nosotros es casi un artículo de lujo, era para aquellas gentes un artículo de primera necesidad, con el cual se destetaban los niños, se educaban las mujeres, se graduaban los doctores y se jubilaban los ancianos. En aquella sociedad de los mayorazgos, de las vinculaciones y de los pergaminos, la fe no podía dejar de presidirlo todo, porque sus títulos de nobleza hereditaria, su árbol genealógico y su hoja de servicios eran de la más remota antigüedad. Con la fe, y no con el telescopio, habían visto los grandes capitanes de los siglos pasados el terreno de sus atrevidas conquistas; con la fe, y sin la física y las matemáticas, se llevaron á cabo obras de arte que hoy son maravillas del mundo artístico, y con la fe y unas cuantas tablas y unas mal pergeñadas velas se había descubierto un nuevo mundo al otro lado de los mares.

La fe era por esta razón la nodriza universal de los hombres de AYER, ó como diríamos ahora, el gran motor de la sociedad de antaño. No les

había ocurrido formular el secreto de su existencia diciendo *querer es poder*; pero querían y podían, y esto les bastaba.

Si tú, lector, no has renegado por completo de la educación que te dieron tus padres; si te atreves aún á creer en algo; si el escepticismo en que vives y la incredulidad con que te alimentas te permite conservar algún resto de aquella fe con que te amamantaron, no me escatimes nada, dámela toda, que por mucha que sea, aún ha de parecerme poca para la que necesitas tener al pasar la vista por la primera parte de este libro.

Cierra los ojos, recoge el aliento, muérdete la lengua y déjame que, atado de pies y de manos, te lleve HOY al cementerio de los de AYER, para que cuando llegue MAÑANA los veas sin asombro convertidos en un almacén de momias. Si entonces te dicen que aquella edad pertenece á los tiempos fabulosos y que aquellos hombres son otras tantas figuras mitológicas, podrás decir que no es cierto, y que, gracias á esta obra que me ves escribir al borde de sus sepulcros y cuando aún humean sus cenizas, los has visto, los has oído hablar y casi has tratado con ellos.

No temas andar á ciegas por las regiones de lo pasado, ni hacer el mudo entre aquellas gentes, pues cuanta mayor sea la obscuridad y más profundo el silencio, mejor comprenderás la situación. Yo cuidaré de avisarte para que te arranques la venda de los ojos y sueltes la lengua cuando haya algo que merezca verse y puedas hablar sin que te recojan las palabras, y mientras tanto oye lo que te digo, que lo haré con toda precaución y en voz baja para que no despierten los mal dormidos partidarios de la mordaza.

Excusado me parece encargarte, y aun así y todo no quiero excusarme de hacerlo, que no traigas contigo cerillas fosfóricas ni cosa alguna que pueda alumbrarnos en el camino que vamos á andar, porque las luces serían decomisadas y volveríamos á quedar á obscuras. Preferible es por lo tanto conservar la obscuridad tal cual la encontramos, y respetando el silencio de los sepulcros que vamos á visitar, abrazar en globo y de una sola ojeada la generación que duerme en ellos, ya que no el sueño de los justos, la siesta de los inocentes.

Jugando á la *gallinita ciega* estaba la sociedad de la fe cuando yo llegué á verla, y jugando ha seguido mientras la he retratado. En tan inocente entretenimiento pasó aquella sociedad los mejores años de su vida, y los hombres y las mujeres, los niños y los ancianos, se dejaban vendar alternativamente los ojos para encerrarse en medio de las demás gentes, que en rueda fantástica giraban á su alrededor, hasta que la víctima acertaba á reconocer por la voz ó por los movimientos á alguno de sus sacrificadores. El *torpe*, que así se apellidaban unos á otros cuando se dejaban atrapar por la gallina ciega, se prestaba á dejarse cubrir los ojos,

y puesto en medio del corro decía con la mayor candidez: *Ande la rueda*. Y la rueda giraba hasta que el pobre ciego la mandaba parar, y con la varilla mágica, que solía ser un cucharón de madera ó la caña de una escoba, tocaba á alguno de los de la rueda y le obligaba á hablar para averiguar quién era.

No se le permitía á la gallina ciega llevar la mano hacia la venda que le cubría los ojos, ni levantar la cabeza para buscar algún rayo de luz en aquellas profundísimas tinieblas, y como entonces no era conocida la *doble vista* ni la *lucidez magnética*, pasaba una hora y otra con los ojos vendados, sin acertar á conocer á ninguna de las personas que giraban á su alrededor haciéndole muecas y riéndose con general aplauso cada vez que se equivocaba y decía un nombre por otro.

Así aquella ciega humanidad oía pasar en torno suyo las ciencias, las letras y las artes, sin conocerlas ni adivinarlas, aunque alguna de ellas se divertía hablándole en su propia voz.

Y si daba la casualidad de que acertase á distinguir alguna llamándola por su propio nombre, solían decir que había hecho trampa porque veía, y le apretaban la venda y aun le ponían otra más tupida para que no viera, porque el secreto estaba en no ver. La gracia del juego consistía en estar perfectamente á ciegas, soltando de vez en cuando un nombre y creyendo con fe lo que le decían los compañeros del juego, quienes procuraban engañarle cuanto les era posible.

En los últimos años de esta broma, que duró tal vez demasiado, la venda era menos tupida y se usaba menos rigor con las gallinas ciegas, que alzaban un poco la cabeza y aun se aflojaban el vendaje para descubrir algún rayo de luz. Y por último, tanto se descuidaron una vez que estaban entretenidos en su juego favorito, que cuando se quitaron la venda ya no pudieron volvérsela á poner y cayeron al suelo deslumbrados por la luz del fósforo y la del gas, y aun la de la electricidad, que brillaba en lontananza.

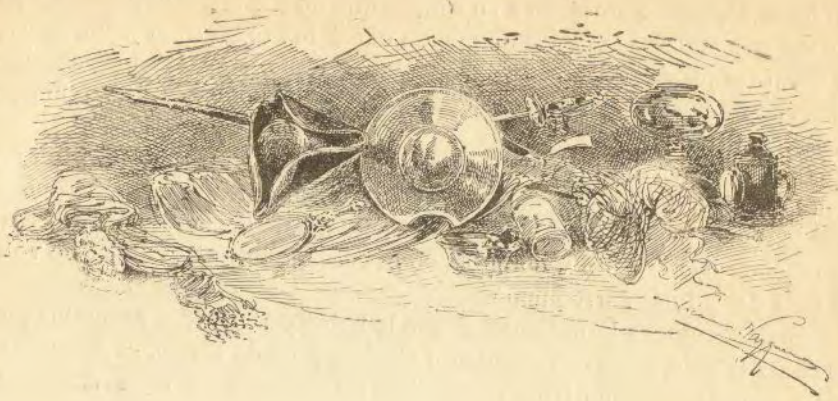
Entonces vieron que algunas gentes con las que habían estado jugando no eran lo que parecían. Había habido intrusos en el corro, y éstos eran los que traían ocultas las luces de las ciencias y de las artes y aun la antorcha de la civilización, que es la llama perenne de donde toman sus rayos aquéllas.

Despertó por fin la sociedad de antaño de la larga siesta que había dormido, y asustada de haber estado sobre un volcán, murió del susto, no sin que antes de que expirase dejase yo de retratarla trazando los cuadros que van á continuación, y en los cuales quisiera que el lector pusiera de su parte alguna cosa para que le sirvan de solaz y entrenamiento,

Yo los he escrito con la mejor intención y con la pluma más bien cortada y la tinta más negra que había en mi casa; si tú, lector, los recibes de buena gana y con deseo de reírte y solazarte con ellos, solázate y riéte ahora, por si más tarde, cuando llegue el momento de escribir la segunda parte de esta obra, en que tú has de *hacer los honores* de la casa, como tú mismo dices, no tienes tiempo ni humor de reírte.

Tan útiles son al comercio de la seda las tres largas dormidas del gusano, que le da su primera materia, como las horas que pasa atracándose de hoja de morera y las que emplea en fabricar su capullo. ¡Quiera Dios, lector, que tu incansable actividad y tu hidrofóbico apetito de saber y de ilustrar al mundo sean más útiles á la civilización y á la libertad que la larga siesta que durmieron los hombres de AYER, quienes á pesar de estar dormidos no dejaron apagar en sus manos la antorcha de la fe!





CUADRO PRIMERO

GACETILLA DE LA CAPITAL EN 1800

La mañana está fría como un carámbano de hielo, y nada tendría de particular que al pobre hombre se le hubiesen pegado las sábanas; pero no ha sido así por cierto, y bueno es dar á cada cual lo suyo.

Este cual es, porque ustedes lo sepan, ya que no hay razón de que lo ignoren, Ambrosio Tenacilla (a) Pajarito, uno de los peluqueros más famosos entre los muy afamados que vivían en la corte ejerciendo su oficio, sin menoscabo de su dignidad ni de la de sus muchos parroquianos, desde fines del siglo pasado hasta la segunda cuarta parte del presente.

Murió de viejo, cuando ya el oficio estaba en vísperas de ser arte; pero llevó al sepulcro la gloria de haber manejado la cabeza de *Pepe Botellas*, que también murió á su vez después de haber tenido la gloria de ser rey de España y de que Pajarito fuese su peluquero.

Dios los tenga en su gloria á ambos, pero de su muerte nos importa muy poco en la presente historia.

Lo que hace al caso es saber que Pajarito no dejó de salir temprano de su casa el día de que hablamos por miedo al frío ni porque se le hubiesen pegado las sábanas, que aquella noche no le parecieron ni gordas

ni finas. Habíasele antojado á su mujer, que no por ser peluquera dejaba de ser antojadiza, sospechar que podía dar á luz el séptimo peluquerito, y el futuro padre, después de haber salido á deshora con su indispensable linterna en busca del doctor, se entretenía en fajar la criatura, ayudado de la comadre.

Tan cierto es que su tardanza en salir á peinar los parroquianos no era la pereza, que apenas pudo desprenderse de la nueva entraña que le había regalado su costilla, abandonó el cuidado de la compra al aprendiz, y ciñéndose el espadín y empuñando la bolsa de los útiles del oficio voló á casa del primer parroquiano.

Era éste el más impaciente, el que le había dirigido dos apremios por medio del paje, nada menos que un alcalde, y no de barrio, ni de monterilla, ni constitucional, fruta esta última no conocida por aquel entonces, sino todo un alcalde de Casa y Corte.

Antiguo paje de uno de los primeros personajes de la corte, humanista de Calatayud, jurisconsulto de Valladolid y sobrino de un reverendo obispo, el alcalde de Casa y Corte tenía más ínfulas que un asistente de Sevilla, era más serio que un abad de cartujos y más áspero que un carcelero del Santo Oficio.

Sin embargo, cosa rara, no era alto ni enjuto de carnes, sino bajo y muy grueso, hasta el punto de no poderse inclinar á dar un beso á sus hijos. Verdad es que esto lo atribuían sus amigos á diferente causa, y aun elogiaban y tenían por cosa muy conveniente que un ministro de la justicia no diese esas señales de debilidad. Dispensábanle por igual motivo la sonrisa y á veces la urbanidad, y para decirlo de una vez, valiéndonos de las propias palabras de entonces, en su casa y en el tribunal tenía siempre cara de vinagre.

Por las tardes tan sólo, cuando después de dormir la indispensable siesta, salía á dar un paseo por el prado de San Antonio con algún cochuelo su amigo y llevando ambos en medio á algún padre maestro de las Ordenes Calzadas, era cuando se permitía sonreír algún tanto. Pero nunca lo hacía hasta haber salido fuera de la población, y recuperando súbito su avinagrada seriedad en el momento de tropezar con gente extraña.

Con tales noticias, no hay para qué decir la cara que pondría cuando el peluquero, anunciado por un paje y desembarazado del espadín y del sombrero, entró en el gabinete de su señoría.

A uno de sus alguaciles, que para tomar órdenes había precedido á Pajarito, por solo el retraso de un cuarto de hora le suspendió de oficio un mes; y á su propia hija, joven de quince años, que según costumbre diaria llegó á preguntarle si quería *su mercé* que le leyese la fábula que

traía aquel día el *Diario*, le mandó poner de rodillas y en cruz hasta que él volviese del tribunal.

Pajarito, sin embargo, tenía gran acceso con el parroquiano, y lejos de temer su furor ni de imponerle la seriedad con que fué recibido, dejó la bolsa sobre un taburete, y haciendo una profunda cortesía dijo sonriendo:

—No ha tenido usía mala suerte en mandar el paje; si no va esta segunda vez, no vengo hasta después de haber ido á peinar á dos parroquianos.

El alcalde de Casa y Corte lanzó á Pajarito una mirada aterradora, de que no hizo caso el peluquero, y vaciando un papel de polvos en una gran caja de cartón, añadió:

—Al uno de ellos sí que le habrá hecho mala obra el estarme aguardando; pero ¡cómo ha de ser!, tendrá paciencia, y más vale llegar algo tarde á la guardia que sufrir un mes de arresto, como le sucedió anteayer á un oficial que fué sin polvos á la parada. El otro no me da cuidado; es un oidor de Sevilla que llegó anoche, y aunque me mandó que fuese temprano, los olores madrugan poco. Es una observación que tengo hecha hace mucho tiempo; y luego ha ido á hospedarse á la posada de San Sebastián, y allí, ya se sabe, amanece muy tarde. El amo es un gran jugador de mediator, que pasa jugando media noche; y como guarda las llaves debajo de la almohada, hasta que se despierta y.....

Volvió el alcalde de Casa y Corte á lanzar otra mirada al peluquero, quien no por esto dejó de hablar, sino que continuó diciendo:

—Madrugan ahora menos que antes las gentes..... Ya se ve, ¡como que se acaban tan tarde las reuniones! Anoche lo menos eran las once y cuarto cuando tuve yo que salir en busca del médico, porque mi mujer se puso mala; y el mal ha sido un bien..... Digo..... un bien no, porque me ha dado un hijo, un hijo que pongo á la disposición de usía, aunque supongo que ya se lo habrá dicho á usía el paje. Hemos tenido un parto felicísimo.

—Gracias á Dios—replicó el hasta entonces callado alcalde de Casa y Corte como en tono de reconvencción.

—Sí, señor—repuso el peluquero;—gracias á Dios y á la comadre, que tiene unas manos divinas. El otro día estaba yo en la covachuela del Indiano y llegó allí un lego franciscano de esos que van pedigüeñeando por las plazuelas.

El alcalde volvió á mirar con furor á Pajarito, y éste, sacudiéndole la borla de los polvos sobre la cabeza, continuó diciendo:

—Y como esos frailes saben todo lo que pasa en la corte y fuera de ella, dijo que había venido un cirujano de Castilla la Vieja, excelente sacamuelas y comadrón, y que tenía mucha parroquia; pero yo creo que los

hombres no sirven para partear y lo mejor son las comadres. La que asiste en casa es muy buena..... Pues, como iba diciendo—añadió Pajarito viendo que de nuevo se impacientaba el alcalde,—á pesar de la hora que era cuando fuí á llamar al médico, aún encontramos dos ó tres personas en la calle. Y ¡qué noche hacía!, ¡qué noche! Obscura como boca de lobo, y el frío empañaba la linterna, de manera que no sabíamos por dónde íbamos. Fortuna que el aprendiz iba delante con un chuzo; pero fué excusado, porque no hallamos ni siquiera un ladrón; nadie se metió con nosotros.

—¿Quién se había de meter con usted?—repuso el alcalde con tono áspero.

—Cualquiera—repuso el peluquero.—¡Sí, pues como están tan seguras las calles por la noche!.... Anteayer, sin ir más lejos, le robaron á un caballero cuanto llevaba encima.

El alcalde se sonrió y el peluquero dijo:

—¡A que sé de lo que se ríe usía!.... Yo también me río..... Le estuvo bien empleado el susto por jactarse de que nunca le habían robado. En lo que hizo mal la duquesa fué en devolverle los relojes y las cajas y todo; porque sepa usía que le quitaron hasta las hebillas de los zapatos y las charnelas del calzón. Pero ¿cómo lo harían para que el caballero no sintiese nada?

—Dicen—replicó el alcalde sonriendo—que fingieron una disputa, y que habiéndose acercado al caballero para que les pusiera en paz, pretendiendo cada uno tener la razón de su parte, le escamotearon perfectamente.

—¡Estoy por apostar—dijo el peluquero—á que usía fué el que proporcionó á la duquesa ese par de tunos! Pues deben ser mozos de provecho.

El alcalde de Casa y Corte se disponía á confesar su participación en la broma, cuando llegó allí su esposa y se vió obligado á recobrar su ordinaria gravedad.

El peluquero mientras tanto concluyó de empolvar la cabeza al parroquiano, y haciéndole una reverente cortesía, recogió la bolsa, el espadín y el sombrero de tres picos y se fué á casa del oficial de guardias.

No estaba este parroquiano envuelto, como el anterior, en bata de filipichí de seda, sino armado de punta en blanco, con calzón ídem, botines ajustados hasta la rodilla y gran casaca encarnada con solapa blanca.

Paseábase impaciente por una reducida estancia, consultando sin cesar un reloj de cuco, propiedad de la patrona del alojamiento, que estaba colgado en la pared, y apenas vió asomar por la puerta al peluquero le arrió una andanada de votos y juramentos, que no hicieron más impresión en el ánimo de Pajarito que la seriedad del alcalde de Casa y Corte.

Ocupóse en abrir la bolsa, mientras pasaba la tormenta, y puso manos á la operación, que empezó por peinarle con delicadeza el cabello y hacerle una graciosa trenza, que después cargó á su sabor de manteca de puerco, sin atreverse á desplegar sus labios por miedo sin duda á las iras del oficial.

Pero éste, suavizado al parecer con la manteca y más aún con la humildad del peluquero, alzó la cabeza y le dijo:

—¡Conque tarde y mal, señor Pajarito!

—Pues qué, ¿los quería V. á la *candonga*?— repuso el peluquero, aparentando no haber entendido la reconvencción del oficial.

—No eres tú mal candongo—dijo el parroquiano;—demasiado entiendes lo que quiero decirte. Me haces faltar á la guardia, exponiéndome á un arresto seguro, y quieres privarme también de tus embustes. Eres el mayor noticiero de la corte, y ahora que tenías necesidad de pagarme de algún modo la tardanza permaneces mudo.

—No hay nada de nuevo—repuso Pajarito,—sobre todo para su merced que tiene un barbero más hablador....

—Que tú—interrumpió el oficial.

—Sí, señor, más hablador que yo, y cuyas noticias le interesan á su merced más que las mías.

—¡Oiga!

—Cabalito. ¡Piensa su merced que yo no sé de dónde vino la silba que se mamó noches pasadas la dama del *corral* del Príncipe!.... ¡Y que no sé que ese barbero es el que afeita al padre de la graciosa del corral de la Cruz!.... Pues lo sé todo, y alabo el gusto de su merced, porque la chica es como una plata y echa sus relaciones y sus tonadas mejor que ninguna de las damas del otro corral.

—¡Calla, mala lengua, y ponme los polvos prontito y sin mancharme, que por ahorrar tiempo te he aguardado vestido!

—Descuide su merced—dijo el peluquero.

Y sacó de la bolsa un cucurucho de cartón que entregó al parroquiano, el cual bonitamente se lo ajustó á la cara, respirando por un pequeño agujero que había á la punta del cono y asomando los ojos por dos ventanillas de vidrio que tenía el aparato en la parte superior.

Con semejante máquina, que el oficial sostuvo con la mano derecha durante la empolvadura, se hizo ésta sin el menor detrimento del rostro, que descubrió por fin el parroquiano para despedir al peluquero.

Este volvió á recoger sus instrumentos, y diligente como alma de procurador, corrió á la posada de San Sebastián, donde le aguardaba el recién venido oidor de Sevilla.

Tropezó en la calle con varios amigos y á todos les preguntaba si sa-

bían algo de nuevo; y por último, después de haber entrado y salido en varias casas dió la vuelta á la suya, en la que sólo permaneció el tiempo preciso para dar una cucharada de lamedor al recién nacido, recomendar á la comadre que no perdiese el sudor la parida y cambiar la bolsa que llevaba por otra mucho mayor, con la cual volvió á salir á la calle, no sin informarse primero del aprendiz de cuanto había ocurrido en la tienda durante su ausencia y dejándole á prevención ocho cuartos sencillos para que diese uno á cada lego de los que llegasen á pedir limosna á la tienda.

—Y oye—le dijo volviéndose desde la puerta,—á San Francisco dale la libreta del pan que sobró ayer, y á la Merced dile que vuelva cuando yo esté en casa, porque aunque la vela de San Ramón se consumió toda antes de que pariese la maestra, quiero hacer un regalo al convento. Si gusta de esperarme puede hacerlo, porque yo vuelvo pronto; sólo voy á peinar á los hijos del consejero, que tienen sarao esta noche, y á la condesa de la Peralada, que va á palacio. A esta última la tiemblo mucho.

—Si no la lleva usted más noticias que el otro día, pierde usted la casa,—dijo el aprendiz.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El paje.

—Me alegro que me lo avises, porque me pasaré primero por las Gradadas de San Felipe, á ver si se miente alguna cosa. ¿Han dicho algo los parroquianos?

—¡Han dicho tanto!—exclamó el aprendiz.

—¡Y me dejaban marchar sin contármelo todo!

—Yo no sabía que iba usted á casa de la condesa.

—¿Y eso qué importa? Pues qué, ¿no sabes que mi obligación como buen peluquero es tener á todos los parroquianos al corriente de lo que ocurre? ¿No sabes que nosotros somos las gacetas de la corte, y que vale más una mala lengua que una buena tenacilla?

—Sí, señor; pero como yo oigo las cosas y al momento se me olvidan.....—dijo el aprendiz.

—Pues hijo, ya te lo he dicho muchas veces, no harás fortuna en el gremio.

—Ya sabe usted que yo tengo más afición á la navaja.

—Peor para ti. Un peluquero puede ser algo circunspecto y menos hablador que un barbero; ¡y barbero sangrador, que es á lo que tú aspiras!... ¡Ahí es una friolera! Te quedas sin un parroquiano en cuanto vean que eres mudo. Conque vamos, hijo, cuéntame lo que has oído, antes de que se te olvide.

—¡Si ya se me ha olvidado!

—¿Todo?

—Todo, no señor; me acuerdo de....

—¿De qué?

—De Francia....

—¿Qué es lo que han dicho de Francia?

—¿Qué sé yo?... Que Francia había vuelto á entrar en.....: no me acuerdo.

—¿En París?

—No, señor; si París ya sé yo lo que es.... París es aquella carta que tuvo un día mi maestro.... Lo que aquí han dicho hoy es otra cosa más revesada.... ¡Caramba! No me acuerdo.... Una palabra que acaba en ina....

—En ina, en ina—repetía Pajarito, queriendo adivinar la palabra que había olvidado su aprendiz.

Y éste, dándose una palmada en la frente, gritó:

—¡Guillotina, ya me acuerdo, la guillotina!.... Ahí es donde ha entrado la Francia otra vez.

—¡La guillotina!....—exclamó el peluquero asustado.—¡Conque es decir que han vuelto á degollar á Luis XVI! Eso no será cierto.

Así lo ha dicho D. Ruperto el boticario.

—Pues ese las tiene siempre muy gordas y de buena tinta. Él fué el primero que me dijo lo de la otra revolución, cuando apenas hacía un mes que habían degollado al rey. Yo no sé por dónde sabe las noticias tan pronto.

—¿Qué por dónde las sabe?—repitió el aprendiz.—Pues qué, ¿ignora usted que D. Ruperto....?

Aquí el aprendiz recorrió con la vista toda la estancia, como si temiera que alguien oyese lo que iba á decir, y acercándose al oído del maestro, añadió con cierto aire de misterio:

—¿Ignora usted que D. Ruperto tiene pacto con el diablo?

—¡Eh!.... No digas tonterías—le replicó el maestro.—Con esas cosas no se juega.

—Pues señor, será lo que usted quiera; pero qué apostamos á que no dice usted Jesús tres veces cuando esté á su lado.

—Lo diré trescientas; pues qué, ¿no hemos ido juntos á la iglesia muchas veces?

—¿Y el boticario rezaba?

—Rezaba.

—¿Está usted seguro?

—¡Vaya si lo estoy!

—¿Y no hacía gestos?

—¡Qué sé yo!.... ¡Te parece á ti que cuando yo voy á la iglesia me ocupo de otra cosa que de Dios y de sus Santos?

—Pues créame usted, señor amo; D. Ruperto tiene pacto con el diablo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Le parece á usted que se puede creer lo que diga Fray Pedro Regalado?

—¿Y ese bendito varón ha dicho?...—preguntó el peluquero asombrado.

—No, señor; el Padre Fray Pedro precisamente no lo ha dicho.

—¿Pues por qué te atreves á tomar en boca su nombre para semejantes desatinos?

—Si yo no le he dicho á usted que lo sé por ese fraile, sino que el lego que va con él á paseo me ha asegurado que Fray Pedro había tratado varias veces de sacar los diablos del cuerpo del boticario!

—¡Jesús, María y José!—exclamó el peluquero.

Y santiguándose repetidas veces, salió de su casa y se dirigió á la calle Mayor para subir á las Gradas de San Felipe.





CUADRO SEGUNDO

LAS GRADAS DE SAN FELIPE EL REAL

La mentira no es de seguro tan antigua como la verdad, pero se han perdido las noticias de su origen en poder de los embusteros, y vayan ustedes á echar un galgo en seguimiento del primer hombre que mintió, ó que dejó de decir verdad, porque los mentidores de oficio han dado en la flor de decir que la mentira, siendo la negación de la verdad, no existe sino por ésta y no representa otra cosa que su ausencia. Ni más ni menos que los físicos, que no acertándose á explicar qué cosa sea el frío, han salido del paso con decir que el frío es la ausencia del calor, y que por lo tanto el frío no existe. Axioma incontestable, pero que no suele servir de abrigo al que se siente ir quedando yerto, y que los profanos pueden volver por pasiva á su antojo, diciendo que el calor no existe y que no es otra cosa sino la ausencia del frío.

De esta manera han discurrido los embusteros al negar la existencia de la mentira, diciendo que no es otra cosa sino la ausencia de la verdad. Y mientras los unos y los otros andan al morro encerrados en este círculo

vicioso, el calor y la verdad hacen unas ausencias tan largas, que el frío y la mentira ocasionan la muerte y la deshonra.

No se trata aquí, á pesar de lo que va dicho, de romper lanzas por los muertos ni por los deshonrados. Ambas rehabilitaciones son imposibles casi igualmente para el autor de estos cuadros, y cree que el galvanismo, aplicado á los difuntos, no vale más ni menos que la lejía de la rectificación aplicada á los calumniados.

El honor es una entraña tan importante en la vida moral, que aun herida por equivocación ocasiona la muerte civil.

Y esto, que podrá consistir en diferentes causas, reconoce una muy poderosa, que es la de que siempre el agravio tuvo más auditorio que la reparación.

Los oídos de la humanidad, no está en ellos el impedirlo, perciben hasta el zumbir del insecto que á su juicio les presagía una desgracia del prójimo, y no oyen la salva de cien cañonazos que les anuncia la prosperidad de un amigo. Sólo así se concibe que sea más fácil probar la defunción de un ausente que la existencia de ese mismo sujeto, si su muerte fué equivocada, porque como dice el refrán, «las noticias malas traen alas, y las buenas no se oyen apenas.»

Persona hay en el mundo, y en un mundo que no está lejos de nosotros, que habiéndose salvado de un naufragio, en el que perecieron todos sus compañeros, aún no ha podido convencer á su familia de que él es la prenda que lloran y cuyos bienes se han repartido anticipadamente como legítima herencia.

Pero vuelvo á decirte, amigo lector, que aquí no se trata de esas mentiras graduadas de calumnias que manchan por dondequiera que pasan, sino de aquellas otras mentiras que el Catecismo Cristiano llama veniales, y que en rigor, aceptada la teoría de los primeros fabricantes del género, son simplemente la ausencia de la verdad.

Hemos traído á colación lo que hasta ahora va colado, para probar que las mentiras son fruta de AYER, de HOY y de MAÑANA. La sociedad ha mentido, miente y mentirá hasta que ella misma deje de ser mentira, y los sitios de donde la verdad se ausente siempre serán *mentideros*.

De los primeros era y de los más famosos el que por seguir los pasos al peluquero Pajarito hemos tropezado en el presente cuadro.

En la época á que nos referimos había perdido mucha de su importancia, porque algunos de sus mejores parroquianos acampaban en la Puerta del Sol; pero aún quedaba allí el núcleo de los mentidores, y los curiosos que andaban cazando noticias no podían dejar de asistir á las Gradass de San Felipe el Real.

Allí acudían constantemente los grandes y los pequeños, los ricos y

los pobres; lo mismo el militar que el letrado, el sacerdote y el mercader, el sabio y el artista, á quien entonces, con cortas excepciones, nadie conocía sino por el artesano. El cesante era entonces una planta exótica, pero los retiros y las jubilaciones tenían allí dignísimos representantes. El bolsista apenas asomaba la cabeza en aquella asamblea charlamentaria; el usurero, en cambio, como que no ha sufrido ninguno desde que se salvó del diluvio en el arca de Noé, hacía un principal papel en la reunión.

El mentidero (que así se llamaba) de las Gradas de San Felipe era en suma una reunión de tribus variadas, que ya amenazaban lanzarse sobre la Tierra de Promisión para poblarla de pretendientes y cesantes, de agiotistas y mineros, de industriosos y de industriales, y por último, de perseguidores y perseguidos.

Muchos de nuestros lectores habrán alcanzado á ver ese sanedrín, y algunos acaso formado parte de él; pero como no querrán confesarlo por miedo de que les adivinemos la partida de bautismo, fuerza será decir cuatro palabras sobre lo que aquello era antes de ser lo que hoy es.

Y era un vestíbulo de piedra bastante elevado del pavimento de la calle y al cual se subía por dos escaleras que daban á las calles del Correo y de Esparteros, á las que servía de pasadizo, ó como ahora decimos, de pasaje. En la fachada que se corría desde la una á la otra escalera y que daba á la calle Mayor, entonces como ahora, una de las más principales de la corte, había una docena de agujeros, poco mayores que bocas de madriguera, por los cuales bajando dos altos escalones de piedra se entraba á unas reducidas, pero profundísimas covachas; mas con serlo tan perfectas, eran, como queda dicho, tan estrechas y tan ahogadas, que nunca pudieron pasar de ser *covachuelas*.

Así las llamaban todos y no las mudaremos nosotros el nombre cuando atendida su justa celebridad hagamos de ellas un cuadro especial para ocuparnos de los hombres de cartón y de los hombres de Estado.

Quédense por ahora ignoradas, y subamos sobre ellas á ver cómo discurren los que andan discurriendo de un lado á otro en aquel famoso pasaje de AYER.

Pajarito había salido de casa tarde y muy de prisa, y contra su costumbre, á la que rara vez faltaba, no había ayudado la misa que para él y para otras muchas gentes del barrio decía el confesor de las monjas de Santo Domingo. Fuéle preciso oír la de once en el Buen Suceso, y no llegó hasta las once y media al mentidero.

A esa hora, ya los libreros, único comercio que allí estaba permitido, repasando el *David perseguido* ó las *Empresas políticas de Saavedra*, desde el cajón de madera en que estaban encerrados habían oído y contestado á más de cien preguntas ociosas que les hacían los que después

de hojear todos los libros del puesto solían retirarse sin comprar ninguno.

Y no se crea que la indolencia del comprador podía hallar disculpa en la escasez del surtido, porque á excepción de las obras prohibidas por el Santo Oficio, que no eran todas las que se habían escrito, las demás estaban de seguro allí.

Empezando por la *Institución eclesiástica de Benedicto XIV sobre las campanas y el modo de tocarlas*, y concluyendo por el *Aparato para entender la Sagrada Biblia, al alcance de los legos más legos*, no faltaba un solo libro de literatura sagrada, incluso el de la *Alfalfa divina para los borregos de Cristo*, la *Lavativa mística para purgar los pecados del alma* y la entonces reciente y siempre famosa *Historia del santuario de Valvanera*.

La Biblioteca recreativa era asimismo numerosa, y desde el *Oráculo de los preguntones, entretenimiento honesto para las noches de carnaval y las más frías del invierno*, hasta la *Instrucción para bailar contradanzas y minuets*, todo se veía en aquellos puestos.

En cuanto á las artes y las ciencias, habría sido gollería pedir más libros de los que allí se encontraban; pero lo que entonces traía revueltos á los sabios era una reciente *Explicación del modo de criar los canarios y aparearlos* que anunciaba en aquellos días la *Gaceta*, y el *Arte de conservar y arreglar los relojes*, obras ambas de gran utilidad, con especialidad la última, puesto que las gentes de entonces más eran relojeros que caballeros que llevaban reloj. Usaba constantemente dos el que menos, y suponiendo que de repuesto tuviese cuatro, componían entre todos media docena, y valían bien la pena de ser cada cual relojero de su propia relojería.

Pero, aparte de todo, la moda de no llevar un solo reloj era excelente y jamás pudo inventarse una costumbre de mayor utilidad, no para los ladrones que la utilizaban bastante, sino para el interesado que llevando dos relojes le sacaba el uno de los compromisos en que le ponía el otro.

¡Oh! ¡Los antiguos eran unos sabios! Acudían temprano á una cita de estómago, y para que empezase el sacrificio, le enseñaban al anfitrión el reloj adelantado. Se trataba, por el contrario, de asistir á un entierro, y disculpaban la tardanza con mostrar el reloj dos ó más horas atrasado.

¡Oh! ¡Dos relojes en estos tiempos en que le convidan á uno para presenciar tantas cosas detestables! ¡Dos relojes! ¡Cuánto más vale tener dos relojes que no tener ninguno!

Dos llevaban, ¡dichosos ellos que los tenían!, la mayor parte de los concurrentes á las Gradas de San Felipe, y según aquella usanza, más parecía que los llevaban por despertar la codicia de los menesterosos que por saber ellos la hora.

Allí, sin embargo, no corrían gran peligro, y á pesar de ser público el pasaje, había varios círculos, todos de gente amiga y parroquianos diarios.

En casi ninguno de ellos faltaba un sacerdote, que á aquellas horas solía ser cura y no fraile, un abogado, un militar y un erudito. De estos últimos había un emjambre.

Tenían pocas ocasiones en que probar su erudición, y como todo el que calla oculta muy buenas cosas, pasaban por eruditos y de gran talento con sólo hacer una cita latina y pasar doce horas al día en alguno de los puestos de libros de las Gradass, ó en casa de Cerro, de Toledoano, de Esparza ó algún otro librero de los que hacían la reputación literaria de sus tertulianos.

Uno de esos eruditos estaba en el corro adonde llegó Pajarito, el futuro peluquero de la familia imperial, apenas terminó la misa del Buen Suceso.

En uno de los puestos de libros dejó la bolsa, y allí se le acercó un paje á darle un billete perfumado y con cierto aire de misterio.

Pajarito no era curioso; le guardó sin leerle y aun sin abrirle, y se fué derecho al corro á preguntar noticias.

—¿Qué quiere usted que le digamos nosotros, miserables tertulios de la pobre *Heredera*—contestó el erudito?—Allí estamos desterrados sin saber nada de lo que anda por el gran mundo.

—Verdad es—repuso Pajarito—que para ir á llevar una noticia á la calle de Toledo se necesita echar bota y merienda; pero en cambio, ustedes leen la *Gaceta* y están siempre al corriente de lo que ocurre en Francfort y en Stokolmo.

—¡Buen diario es la *Gaceta*!—interrumpió un capellán que había en el corro.—Hoy se descuelga dándonos la noticia de que el día 30 de Diciembre falleció en Zamora el famoso Pinto.

—Pinto, Pinto—repitió recapacitando el erudito.—Ese Pinto debe ser portugués..... ¡Gran humanista!.... Autor de aquellos versos.....

—¡Qué versos ni qué calabazas!—dijo el capellán.—No sabe usted quién es Pinto.

—Publicó también un Horacio con notas—añadió el erudito;—y por cierto que no entendió aquello del *Desinat in piscem mulier formosa superne*.

—Pero D. Serapio, ¡por los clavos de Cristo, no diga usted disparates! Si el Pinto que ha muerto en Zamora no fué tal literato, sino un general de la guerra de Italia.

—¡Ah! Eso es otra cosa.

—¿No se acuerda usted del que hizo la famosa defensa del castillo de Aquila cuando el sitio de Milán?

—¡Vaya si me acuerdo! Como que al padre de Castillo, ese librero de

enfrente, que entonces era paje del duque de Montemar, ó mejor dicho, de Vitonto, le encargué yo que me trajese un ejemplar de la edición de lujo que entonces se hacía en Italia de la *Gerusalemme liberata*, de Torcuato.

—¿Qué Torcuato?—preguntó el peluquero.

—No es el que tú piensas—dijo el cura sonriendo;—ese es Torcuato Torío de la Riva, el pendolista.

—Lo decía porque me debe unos cuantos salarios.

—¿Sí?... Pues que enseñe á escribir á tus hijos, si los tienes.

—¡Vaya si los tengo!... Y por más señas que hoy ha parido mi mujer.

—¡Hola!... Tendremos dulces—dijo un oficial que había callado hasta entonces.

Y se acercó á Pajarito estrechándole la mano y dándole palmaditas en el hombro.

El cura mientras tanto siguió disputando con el erudito acerca del *piscem* de Horacio, hasta que por último le dijo:

—Sea lo que quiera, no me gusta disputar con usted porque no se acaba nunca. Yo he citado lo de Pinto para probar lo atrasada que anda siempre de noticias la *Gaceta*.

—¡Atrasada!—exclamó el erudito.—¿Pues á cuántos estamos hoy?

—A 21 de enero.... ¡Si le parece á usted que es poco tardar veinte días desde Zamora!

—Tampoco me parece mucho. Yo he recibido hoy cartas de Barcelona de fecha 31 de diciembre.

—¿Y eso qué prueba?... ¿Qué comparación tiene una cosa con otra?

—¡Ya! Pero vamos al caso: lo digo para probar á usted que no están los correos tan atrasados como se supone.

—Pues diga usted lo que quiera, cuatro días antes ha podido estar aquí la noticia.

—Y estaría; pero mientras la ha visto el Consejo, y se ha dado el permiso, y se ha impreso, y una cosa y otra....

—¡Señores, noticia!—dijo un nuevo interlocutor acercándose al corro.

—¡Venga, venga!—repuso el cura abrazando al recién venido.—Este las tiene gordas.

—No salgo garante de ella; como me la han dado la doy; ni gano ni pierdo.

—¡Bravo, bravo!—gritaron todos.

—¿Y qué es ello?—dijo el erudito.

—Una cosa que traerá mañana la *Gaceta* y que me acaba de decir en confianza un amigo de un hermano del portero de la Imprenta Real.

—El conducto no puede ser mejor—repuso el cura;—suéltela usted pronto.

—Es de Inglaterra.

—¡De Inglaterra!—repitió Pajarito asombrado.—¡Inglaterra...., mucho más lejos que París y que Francia!

—Parece—dijo el noticiero—que SS. MM. los reyes de Inglaterra y toda la real familia han llegado á Londres el día de Nochebuena.

—¡Hola!—dijo el cura.

—Hay más aún: parece que van á pasar allí las Pascuas, y que se han dignado probar con su regia boca la sopa que se da en esos días á los pobres.

—Paparrucha—replicó el oficial.

—Muchas gracias—dijo el noticiero;—le digo á usted que mañana saldrá en la *Gaceta*.

—Bien, saldrá, ¿y qué?

—Nada, que ya verá usted cómo no es paparrucha una cosa que tanto honra á las reales personas de SS. MM. los reyes de Inglaterra.

—Si yo no le digo á usted que sea mal hecho el que lo ponga la *Gaceta*, sino que no creo que sea verdad. ¡Le parece á usted posible que todo un rey pruebe la sopa que se da á los pobres!

—¿El nuestro no sería capaz de hacerlo?—dijo el noticiero.

—Sí, señor; ¡pero va usted á comparar los reyes extranjeros con nuestro amado monarca que Dios guarde!

Todos los presentes llevaron la mano al sombrero al oír el nombre del rey en boca del oficial, y éste añadió:

—Otra noticia más importante puedo yo dar á ustedes, que de seguro no traerá la *Gaceta* mañana.

—Esto se va animando—dijo el cura frotándose las manos.

—Me ha asegurado una persona que está bien informada, que mañana salen de Madrid los ojeadores de la Real Casa y los monteros para una gran cacería que se verificará en el real sitio del Pardo la semana próxima.

—Ya había yo oído decir algo de eso—repuso el capellán.

—Sí, usted todo lo sabe, después que se lo dicen.

—Hombre, no; yo ignoraba esos pormenores, pero sabía que se preparaba una gran batida, porque mi ama, que tiene á su marido en las Rozas, me ha dicho que había llamado el alcalde á los vecinos para que estuviesen prontos el día del ojeo. Ya se ve, S. M. hace la felicidad de esos pobres labradores cuando va de caza, porque les da una peseta á cada uno, y porque siempre se ha dicho que «quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.» Ya le entregan el memorial del hijo que cayó soldado para que le dejen pasar las Pascuas con su familia, ya solicitan la licencia para recoger la leña perdida en el monte, y otras mil gracias de las que S. M. dispensa sin cesar á sus pueblos.

—¿Y va toda la familia real á la cacería?—preguntó el peluquero.

—Sí, toda—repuso el oficial.

—¡Será famosa!

—¡Oh! Magnífica.

—Valiente cosa valen las cacerías de hoy—dijo un viejo que había callado hasta entonces,—para las que daba mi difunto amo (q. D. h.) el señor rey don Carlos III!... ¡Aquellas sí que eran cacerías!... ¡Qué lujo y que esplendidez, y qué tiradores, sobre todo, qué tiradores!... Más reses traían entonces en una semana que ahora en un mes. Bien que en todo sucedía lo mismo. Quien ha visto el palacio entonces y lo ve ahora, no le conoce.

—Eso—interrumpió el cura—consiste en las gentes que se han metido allí, sin que nadie sepa de dónde han salido.

—No quería yo decir tanto—repuso el viejo.

—Pues yo lo digo, porque es bien público y notorio.

—Ya; pero yo, al cabo y al fin, como el pan de la casa y no me están bien ciertas cosas.... ¡Ay! ¡Si alzara la cabeza mi difunto amo y señor (q. D. h.)!

—Si SS. MM. no fueran tan bondadosas....—dijo el oficial.

—Pues ahí está el cuento—replicó el cura;—que abusan de la gran munificencia de nuestros reyes.

—¡Son unos ángeles!—exclamó el viejo casi llorando.

—La reina, sobre todo, es demasiado amable—dijo el cura,—y abusan.

—Díganmelo ustedes á mí—interrumpió á su vez Pajarito.—¡A mí que debía tener la honra de ser el peluquero de SS. MM.! Pero se ha entrometido allí un franchute remendón, que no es capaz de hacer un mal *crepé* ni un *bucle*, y ha sorbido los cascós á S. M. ¡Y yo no sé cómo se las ha gobernado para presentarse allí!

—Porque la señora es demasiado bondadosa.

—Pero con todo, si no le hubiesen presentado en palacio....

—Cualquiera.... Eso es lo de menos.

—Es lo de más—replicó el viejo servidor del difunto monarca.—En tiempo de mi amo, que de Dios goce, el Sr. D. Carlos III, no se entraba en la casa tan fácilmente como ahora.

—Desengáñese usted—dijo el peluquero,—para los franchutes no hay nunca puertas cerradas; se cuelan por el ojo de una aguja. Y si dijéramos que tiene algún mérito.... del mal el menos; ¡pero si es un chapucero! ¡Oh! Si estuviera vigente el antiguo decreto de policía, que á todas esos peluqueros de viejo les prohibía hacer pelucas de nuevo, otra cosa sería el arte. Entonces sí que los teníamos á raya; no podían hacer pelucas sino mezcladas con pelo y crin, y se les obligaba á poner en cada una de ellas un rótulo que decía: *Peluca mezclada*.

—Pues en ese caso—repuso el oficial riendo—hay muchas pelucas de mezcla. Yo apenas conozco una que no sea tornasolada.

—¿Qué tiene que ver una cosa con otra?—dijo Pajarito incomodado.—Lo cierto es que antes de entrar en palacio era un peluquero ramplón, y ahora se llama nada menos que barbero-peluquero-bañero; ha puesto las vacías blancas de estaño, en vez de azófar, y quiere pintar la delantera de su tienda de todos colores, siendo así que por las ordenanzas del gremio no puede pintarla sino de negro ó de encarnado.

—Déjate de colores, Pajarito—le dijo el cura,—y búscate parroquianos en el cuerpo de guardias de Corps; esos son los que hoy privan; lo demás es andarse por las ramas.

—Pues me andaré toda la vida, porque yo tengo un carácter muy independiente.

—Tanto peor para ti; no harás fortuna con la independencia—le dijo el cura.

Y súbitamente, al sonar en el vecino convento de la Soledad la primera campanada de las oraciones del mediodía, todos los que estaban en las Gradass se descubrieron la cabeza y empezaron á rezar la salutación del ángel á la Virgen.

Lo mismo hicieron las demás gentes que discurrían por la calle, parándose todos de repente y como movidos por un solo resorte.

Los cocheros refrenaron las mulas, quitándose el sombrero; los vendedores dejaron de pregonar sus mercancías, y los dependientes del comercio dieron tregua á las negociaciones que tenían entabladas con sus parroquianos.

Pero aquella calma solemne duró breves momentos, y terminada la oración, cambió cada cual un saludo con la persona que tenía más inmediata, volviendo luego todos á continuar sus respectivas haciendas.

Las mulas siguieron su interrumpida carrera, los horteras su inveterada charla y los vendedores ambulantes sus desaforados gritos.

Sólo los concurrentes á las Gradass de San Felipe cambiaron de ocupación, disponiéndose á abandonar el mentidero, como si aquellas campanadas les llamasen al trabajo ó al refectorio.

De lo segundo había más que de lo primero, y poco faltaba para que las cocineras echasen á remojo los obligados mendrugos de pan y empunñasen el asa del puchero para vaciar los garbanzos.

Pero hasta la hora del sacrificio tenían tiempo sobrado, Pajarito para peinar á la condesa de la Peralada, el oficial para ir á la iglesia del jubileo á cambiar un guiño con su cortejo, y el erudito para murmurar media hora en la librería de la heredera de Sánchez. El capellán fué el único que se despidió para ir á su casa á esperar tranquilamente la consoladora

aparición de la olla, que á la una en punto le servía en platos de Talavera y sobre manteles gallegos su ama, la mujer del ojeador de Carlos IV.

Casi todos los demás concurrentes á las Gradass fueron repartiéndose en las librerías ó en las tiendas de comercio hasta la una, hora en que emprendieron el camino de sus aposentos; dirigiéndose todos á la vez, por único saludo de despedida, esta breve y comprensiosa frase:

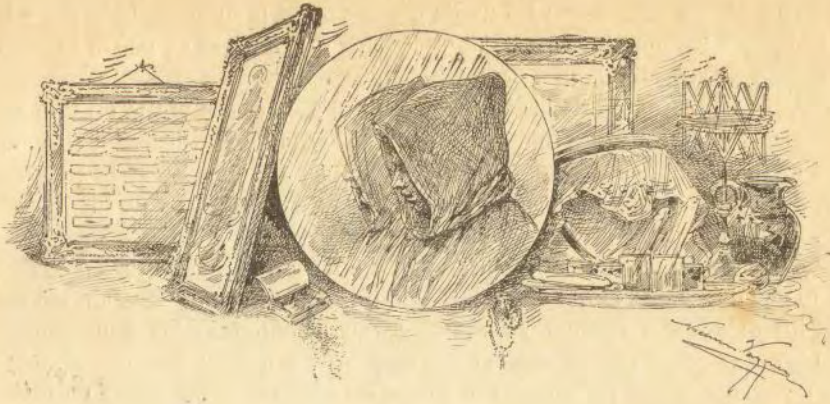
—Que aproveche.

En aquel momento, y como si de súbito estallara una revolución, se cerraron todas las tiendas, retirándose sus dueños á la cotidiana refacción del mediodía, hasta las dos de la tarde.

En este intervalo de tiempo la corte de España quedaba completamente desierta.

Había sonado la *campanada del garbanzo*, como llamaban algunos al toque de oraciones del mediodía, y después de haber rezado el *Angelus Domini nunciavit Mariæ*, todos se encerraban en sus casas para comer y echar la siesta.





CUADRO TERCERO

A PARES, COMO LOS FRAILES

Las primeras puertas que se abrían en la corte, en la segunda mitad del día, eran las de los conventos de frailes.

A las dos de la tarde desde el 14 de septiembre al 3 de mayo, y á las tres por causa de la siesta en el resto del año, abríase el postigo de cada portería, y con un manojo de llaves en la mano se presentaba el lego portero en el dintel á esperezarse y á largar media docena de bostezos al aire libre.

Alzaba después la cabeza para apreciar la situación meteorológica, y buscando por entre la abertura lateral de la túnica un enorme reloj de bolsillo que solía llevar amarrado con una gruesa cadena de acero, se frotaba las manos si el tiempo estaba sereno, y se calaba la capucha si había barruntos de tempestad.

Hecha esta diligencia, se volvía á su celda situada en la portería, y allí esperaba á que fuesen saliendo á paseo los padres graves, para entregarse, en compañía del lego *refitolero* ú otro cualquiera individuo de la comunidad lega, á su diversión favorita, el juego de damas.

Solían interrumpirle en su cotidiana tarea los muchachos de la ten-

dera su vecina para ver si les había guardado en la manga algún puñado de higos, y los mandaderos de monjas para que avisase al padre Fulano, confesor de sor Mengana ó de sor Zutana.

A los primeros les daba los higos y alguna camuesa el día en que repicaban recio, y aun les añadía, por vía de refrendo cariñoso, un tirón de orejas más ó menos bestial, según lo daba más ó menos de sí la materia lega. Con los segundos gruñía de las hijas de confesión y de los padres confesores, y la cosa no pasaba adelante.

A poco más de lo que queda dicho, y cuenten ustedes que en lo que dejo por decir está el obligado jarro de limón y vino que libaban sin cesar los jugadores; á poco más, repito, estaban reducidas las obligaciones del portero desde que se rezaban *las vísperas*, á que él estaba dispensado de asistir, hasta las *ocho* de la noche en invierno y las *nueve* en verano, que se cerraba la portería.

Lo demás que pudiéramos decir ahora pertenece á la vida íntima de la comunidad, y será objeto de otro y aun de otros cuadros. En el presente nos hemos propuesto no entrar en clausura, porque sería excusado.

Apenas se ha retirado el portero á su celda, cuando empiezan á salir del convento dos, y tras de aquellos otros dos, y por último todos los frailes apareados. Quédanse guardando clausura los impedidos por enfermedad, ó por arresto temporal que les impuso el prior, y los novicios, sin su padre maestro, que no fué el último que tomó el portante, emparejado con uno de sus discípulos favoritos.

Los novicios sólo salían los jueves en corporación y apareados y presididos por su maestro; los demás días de la semana pasaban la tarde tirando la barra en el huerto, jugando á la pelota en los patios ó *saltando la mula* en la *solana*, especie de galería que en el último piso y en el lienzo del Mediodía había en todos los conventos de frailes.

Pero repetimos que abandonamos por hoy esos pasatiempos privados para ocuparnos de los públicos ó de los que tenían el carácter de tales.

Aunque la distinción parezca un tanto absurda, no vamos á dibujar hoy al fraile religioso, sino al fraile seglar; al fraile desde que sale de la clausura hasta que vuelve á entrar en ella.

Especie mucho más abundante que la otra y de la que fácilmente se hallaban individuos en el año de 1800.

Desde mucho antes de esa época eran conocidos con el apodo biográfico de frailes de *misa y olla*, y sus genialidades han dado gran pábulo á los refranes y á los dichos del pueblo. Hay, sin embargo, en el seglar de que ahora vamos á ocuparnos algunos padres *de campanillas*, como decía el vulgo, y algunos, aunque pocos, varones eminentes en virtud y sabiduría.

No eran de estos últimos los dos que primeramente salieron del convento, ni los segundos eran otra cosa que verdaderos frailes de misa y olla.

Uno de éstos se acercó á la habitación del portero y le dijo:

—Oye, tú, no se te olvide advertir al padre prior que esta noche me quedo á confesar al enfermo del otro día.

—Yo no le digo nada—repuso el portero.

—¿Y por qué no?

—Porque luego dice que quiere que los interesados le pidan directamente el permiso.

—¿Pues no me has dicho que han estado á avisar?

—Sí que lo he dicho, pero yo no se lo repito al padre; luego, cuando usted vuelva al refectorio, puede decírselo. Así como así, no se libra de ir á la celda prioral á pedir el *Benedicite* antes de salir del convento.

—Es que le acabo de pedir ahora—dijo el fraile.

—Y qué, ¿no piensa usted volver hasta mañana?

—Iba á hacerlo así, porque está muy lejos para andar yendo y viniendo.

—No importa, padre—repuso con socarronería el portero;—haga usted ejercicio y créame á mí. Por no haberlo hecho así el otro día fray Olegario, hace una semana que come á segunda mesa.

—¡Vaya un castigo!—dijo el fraile.

—Es que hay más todavía; ya sabe usted que desde entonces baja todas las tardes á la celda prioral á pedir el *Benedicite* y siempre se le niega.

—Tampoco ha perdido nada, porque hoy es el primer día que no ha llovido desde entonces.

—Sí, pero confiese usted que es muy duro tener obligación de pedir una cosa sabiendo que han de negarla.

—Vamos—dijo con impaciencia el compañero de paseo del fraile que hablaba con el portero.

Y al salir á la calle se calaron ambos las capuchas, metieron las manos en las mangas, que á propósito no eran justas, y á paso largo tomaron la calle arriba, cuando ya no se veía ninguna pareja de las que habían salido mientras ellos se detuvieron en la portería.

En menos de una hora se ponían en circulación cerca de mil parejas de frailes, y sin embargo, á las tres de la tarde era en extremo raro hallar alguna parada ó de tertulia en las librerías.

Pocos asistían á los paseos; los más empleaban la tarde en hacer visitas.

En setecientas ó más casas se repartían los que hasta aquella hora ha-

bían vivido en treinta y cinco, que este era el total de los conventos de frailes en la época de que hablamos, sin contar en este número el de San Bernardino, que estaba fuera de la población, ni la casa de los Cartujos, porque éstos tenían clausura perpetua.

Como directores espirituales de las principales familias de la corte, solían ser consultados en algunas casas sobre asuntos domésticos, y á buen seguro que los novios de AYER consultasen la voluntad de la chica ni la de los padres sin contar primero con la del fraile que iba de visita á la casa. Simpatía que, sea dicho en honor de la verdad, no costaba gran trabajo adquirir, y que á veces se lograba con sólo ayudarle á misa todas las mañanas y dirigirle alguna palabra en latín, cuando venía á cuento y cuando no venía también.

Por próxima que estuviese al convento la casa á que iban de visita, no se libraban de un besamanos general de cuantos chicos y mujeres les salían al paso, haciéndolo también algunos hombres muy granados, con especialidad los que tenían alguna posición oficial en la corte.

—Dios le haga un santo—era la frase obligada del fraile después de dar á besar su mano.

A lo que algunos solían replicar riendo:

—Sí, padre, pero sin vigilia.

La pareja que siguió calle arriba al salir del convento, tropezó á pocos pasos con el alcalde del cuartel, que sombrero en mano corrió á besarles la ídem, y más allá con el presidente del Consejo de Castilla, que hizo lo propio.

Las mujeres no solían besar sino la correa que pendía de la cintura del fraile, y así llegaron los nuestros á una casa de sólo un piso, cuya puerta de calle estaba cerrada.

La criada, que bajó á abrir, les besó la correa, y lo propio hicieron el ama de la casa y sus dos hijas al recibirlos en un gabinete de confianza, cuya pintura, aunque breve, no podemos dispensarnos de hacer.

Era poco más grande que uno de los patios modernos, y poco menos elevado que una casa de dos pisos. En las paredes había pintadas muchas figuras mitológicas, con grandes pabellones de color de rosa y azul, que afortunadamente para el autor estaban medio cubiertos por lienzos sagrados, entre los que hacían justamente el principal papel una *Concepción* de Murillo y una *Sagrada Familia* de Alonso Cano.

Junto á esos cuadros había otros muchos que contenían patentes de diferentes hermandades, y por último, uno grande, enorme, en el que estaban las Bulas del amo de la casa y de toda su familia. En otro más pequeño se veían las cédulas de Comunión del año que acababa de pasar.

El mueblaje era complicado, y en obsequio á la brevedad renunciemos

á describirlo. Baste saber que, incluso los sitiales y las cortinas de estera que estaban arrolladas sobre los balcones, todo era procedente de Manila. Circunstancia que no extrañaba ninguno de los que sabían que el amo de aquel aposento era un consejero jubilado del antiguo de Indias.

Cuando llegaron allí los frailes estaban las hijas del consejero bordando, la una *al tambor* unas enaguas para su señora madre, y la otra una chupa con seda de colores sobre raso verde seco para su señor padre.

Con los ojos bajos se levantaron á besar la correa, y del mismo modo volvieron á continuar la labor, marchando con la escasa basquiña de anascote morado pegada al cuerpo y oculto el jubón con un pañuelo de paño verde estampado en negro.

La consejera, vestida de verde obscuro, hilaba un lino suave y lustroso en rueca de marfil de igual procedencia que los muebles del gabinete, y asimismo continuó su labor aun después de la llegada de los frailes.

Estos tomaron asiento lejos de las muchachas, pero inmediatos á la copa del fuego, y uno de ellos dijo, volviéndose á su compañero:

—¡Qué mal gusto tienen estas jóvenes en no acercarse á la lumbre, principalmente hoy, que aunque hace sol hiela como un diablo!

—Nos lo ha prohibido su merced—contestaron las dos niñas á la vez.

—Y ahora ¿quién les manda á ustedes hablar?—replicó la madre;—las niñas bien educadas no hablan sino cuando les preguntan.

Las niñas tenían por la ley edad suficiente para preguntarse y responderse por sí propias, pero nada replicaron á su señora madre, que habría continuado reprendiéndolas á no haberse interpuesto el fraile diciendo:

—¡Eh! No las riña, que ellas no tienen la culpa, y en lo que han dicho no hay cosa que merezca reprensión.

—Hablad, hijas—repuso la madre,—que lo manda fray Ambrosio.

—¿Y qué quiere su merced que digamos?—preguntó una de ellas.

—Contestad á lo que os pregunten.

—¿Y si no nos preguntan?

—No decís nada.

—¡Como nos manda el padre que hablemos!...—replicó una de las jóvenes.

—Sí, pero el padre Ambrosio ignora que mañana es sábado.....

—No tal—replicó el fraile riendo.—¡Ojalá no lo supiera tanto!

—¿Pues qué ha sucedido?—preguntó la madre.

—Que el cocinero se olvidó ayer de mirar *la tablilla*, y á última hora ha visto que hoy era viernes.

—¿Y qué?

—Que no se podía comer de carne, y han improvisado un potaje mal guisado y medio crudo.

—Tampoco los pescados estaban muy allá—dijo el otro fraile.

—Sí, pero ya has visto que no han dejado nada en los platos.

—¡Qué se había de hacer sino comerlo todo! No había otra cosa.

—No es eso, sino que algunos le tragan sin mascar, y el maestro de novicios es uno de tantos.

—Tienen estómago de pobre.

Las muchachas se sonreían con lo que decían los frailes, y la madre les dijo por lo bajo, acompañando la palabra con el pie:

—Niñas, que mañana tenéis que ir á la iglesia y es preciso que vayáis recogiendo el espíritu para hacer luego un buen examen de conciencia.

—¡Ea! Tome un polvo—dijo uno de los frailes sacando de la manga una caja de plata—y no gruñá á las chicas, que son demasiado buenas.

—Hasta la hora presente—replicó la consejera de Indias tomando el polvo que le ofrecía el fraile,—Dios ha querido hacerles la gracia de no dejarlas de la mano; pero es lo que yo las digo: si son buenas y se mantienen en el santo temor de Dios, para ellas hacen; que yo no me echo nada en el bolsillo. Pronto me iré de este mundo, y ya que no las deje grandes riquezas, he procurado darlas buena educación. Sabrán ser mujeres de su casa si encuentran colocación, y criar á sus hijos como Dios manda y como sus padres las han educado á ellas. Que, aunque me esté mal el decirlo, en su casa no han visto ningún mal ejemplo, ni han dejado de oír misa todos los días y rezar el *rosario entero* todas las noches y el *trísagio* tres veces á la semana. ¡Oh! En eso he tenido fortuna. Llevo cuarenta años de matrimonio, y á no ser los días que he estado enferma, jamás he dejado de rezar el rosario con la familia; y aun enferma y todo, cuando he podido los he hecho arrodillar á todos alrededor de la cama y allí se han rezado todas las devociones. Y á propósito, ahora que me acuerdo, ¿les ha dado á ustedes mi esposo una limosna para unas misas?

—A mí no, ¿y á ti?—dijo un fraile al otro.

—A mí tampoco, y esta mañana le vi después de misa mayor en la sacristía, y hablamos de muchas cosas, pero no me dijo nada.

—¡Es mucha cabeza de hombre!—exclamó la consejera.

Y llamando á un paje le dijo:

—Dile al señor que venga, que están aquí los padres.

—Déjele, señora, no le incomode, que no nos vamos aún—repuso uno de los frailes.

—Ya lo supongo, como que tomarán ustedes chocolate.

—¡Si usted se empeña...!—dijeron á la vez los religiosos.

—Niña—dijo la consejera, empenándose, á la mayor de sus hijas—vé y saca el chocolate; ya sabes..., el del arca negra.

—El que envió usted el otro día era excelente—dijo uno de los frailes.—No le he tomado mejor nunca.

—Del mismo mando que hagan ahora, porque el que tomaron ustedes ayer no es tan bueno; el cacao es el mismo, pero salió demasiado tostado en la primera tarea.

Y la consejera sorbió el polvo y lanzó tres estornudos seguidos.

—*Dominus tecum*—dijeron los frailes.

—*Et tecum*—replicó la señora á tiempo que el consejero jubilado entraba en el gabinete diciendo:

—¡Hola! ¿Ya hablas en latín? Pues se ve cumplida la profecía de San Vicente.

—¡Qué chanzas tienes!—repuso la consejera incomodada.—Abogados y militares sois cortados por un patrón; los unos lo aprenden en los cuarteles y los otros en Salamanca.

El consejero no hizo caso del resentimiento de su esposa, y besando la mano á los frailes, les dijo:

—Tenía gana de ver á ustedes para preguntarles algo acerca de elecciones. ¿Cómo anda el capítulo para general de la orden?

—Mal, muy mal—contestó uno de los frailes.

—¿Pues qué ocurre?

—Que cada día hay nuevas ambiciones y nuevas intrigas.

—¡Yo creía que ya estaba acordado definitivamente quién había de ser elegido!

—Así dijeron anteanoche; pero hoy parece que S. M. ha manifestado deseos de que se elija al padre maestro Trigueros.

—¿Aquel predicador famoso que hizo tanto ruido aquí por los años de 1780 y 81?

—El mismo.

—Sería una buena elección.

—No lo crea usted; no es lo mismo predicar que ser general de la orden de predicadores. Para este cargo se necesita mucha gravedad y mucho aplomo, y el maestro Trigueros no tiene ninguna de esas cosas. Y sobre todo, yo soy franco, esta vez le toca designar persona *á la casa* de Segovia, que es donde se ha de celebrar el capítulo, y no está bien privarle de ese derecho.

—¿Va alguno de ustedes?

—Yo estoy nombrado—dijo uno de los frailes,—y por cierto que no encuentro mula á propósito para ir por la sierra. Las de casa son todas muy viejas y me van á tener cuatro días en el camino.

—Eso sería lo de menos—repuso el compañero;—peor será que te arroje por las orejas, en cuyo caso llegas tarde y mal al capítulo.

—No me pesaría gran cosa el no ir, porque temo que no se ha de sacar gran partido del que presentamos.

—¿Quién es?—preguntó el consejero.

—Perdone usted que no se lo diga, Sr. D. Leandro; es un secreto de la comunidad, y por lo mismo que no tenemos seguro el triunfo andamos con mayor reserva.

—Ustedes son muy dueños de callarlo—repuso el consejero;—yo lo decía únicamente por si podía influir en algo á favor del designado por la comunidad. Ya sabe usted mis muchas relaciones en todos los conventos de la orden.

—Sí, señor, lo sé; pero los frailes no nos dejamos manejar tan fácilmente como se supone. Menos trabajo cuesta ganar votos en el sacro colegio para el Pontificado que en los conventos para elegir el general de la orden. Y hoy día ya no están conocidos los capítulos, porque cada convento trata de utilizar el voto en provecho propio, y como suele decirse, se va con el que más da; por eso temo que ha de salir electo el que ha propuesto S. M. Hay muchos conventos pobres que necesitan estar bienquistos con el gobierno para la buena resolución de sus expedientes de gracias, y ese es el mal. Si no fuera así, yo le respondía á usted de la elección.

—Me alegraría mucho, porque creo que ustedes habrán buscado una persona digna de tan elevado puesto.

—Sí, señor; me parece que hemos acertado con el remedio.

—¡Dios lo quiera!—exclamó el consejero.

—Allá veremos—repuso el fraile.

—Lo que yo le aseguro á usted—dijo el otro reverendo—es que no se habló tanto del motín de Squilache como se ha de hablar de nuestro capítulo.

—Siempre han sido ruidosos.

—Pero ninguno tanto como el de ahora.

—¿Cree usted que será reñida la elección?—dijo el consejero.

—Algo—repuso el fraile sonriendo.

—Pero ¿cosa de alboroto?—preguntó el consejero alarmado.

—No llegará la sangre al río—dijeron casi á la vez los dos frailes.

Y suspendieron la conversación comenzada para recibir la prometida jícara de chocolate, que en marcelina de plata les sirvieron las propias hijas de la casa; porque las criadas del consejero no pasaron el dintel del gabinete, sino que allí entregaron á sus señoritas todo el servicio del chocolate, incluso los bollos de Jesús y unos grandes vasos de agua en *salvilla* de plata con su correspondiente panal ó esponjado de color de rosa.

Asimismo sirvieron las jóvenes otra jícara á su señor padre, sin atre-

verse á tomar asiento en su presencia hasta que su merced lo hubo expresamente mandado.

La conversación que tuvieron los religiosos después de haber sorbido, ó mejor dicho, tragado el chocolate, giró sobre puntos de poca importancia, tales como la reciente instalación de los serenos y del alumbrado, medidas ambas que no habían merecido la aprobación del consejero, no porque las creyese malas, sino por considerar de mayor urgencia otras muchas.

De este número le parecía lo dispuesto por S. M. para reprimir el lujo que se había introducido en las mesas de los ministros y demás personas notables y que de real orden se había publicado el día anterior.

Los frailes dijeron que no tenían noticia de semejante orden, y aunque les tranquilizó bastante saber que no estaban comprendidos sus refectorios, rogaron al consejero que les diese lectura de ella, si la tenía á mano, y el consejero acto continuo leyó el siguiente documento, que estaba encabezado, como todos los de aquella época, con una cruz.



«Considerando el Rey nuestro Señor los perjuicios y atrasos que causa en la corte el exceso en el número y calidad de platos y adornos de las mesas principales de ella, que al paso que absorben generalmente mucho más del importe de las asignaciones que á los señores Ministros y otros jefes y personas tiene S. M. concedidas por razón de sus empleos, privan á los particulares de ciertos comestibles, á veces los más precisos para su regular sustento: ha resuelto S. M., en su consejo de Estado, que se haga una reforma en todas las mesas de esta clase, reduciéndolas á igual regalo y abundancia que exija sólo la decencia de los empleos y carácter de las personas que las dan, y evitando el fausto y superfluidad que hoy se usa en ellas, de lo que S. M. mismo ha querido dar ejemplo, mandando se haga también en su real mesa una reforma proporcionada. Lo que aviso á V. E., etc., etc., etc.»

—¿Qué les parece á ustedes?—dijo el consejero.—¿No es esto más importante que el alumbrado?

—¿Quién lo duda!; pero ayer me hizo mucha gracia el castigo que dieron á unos jóvenes por haber roto dos faroles.

—¿Qué les hicieron?—preguntó el consejero.

—Pasearlos por las principales calles con los faroles que habían roto colgados al cuello.

—Eso está bien hecho; parecemos cafres, y si no se pone un correctivo no podremos vivir.

Los frailes se pusieron en pie para volverse al convento y la esposa del consejero se acercó á uno de ellos y le dijo:

—¿Piensa usted madrugar mañana?

—A las seis tengo la misa; ¿por qué lo decía usted?

—Porque voy á llevar las niñas á confesar y quisiera saber si baja usted pronto al confesonario.

—En cuanto acabe la misa y tome un sorbo de chocolate estoy listo. Pero pónganse ustedes en la capilla del Sagrario, detrás de la sacristía; porque si bajo á la iglesia y me toman por su cuenta las viejas, mañana perdida. Ayer no lo hice así, y cuando me soltaron eran las once. Salí con la cabeza como un bombo. Y el caso es que dejé *in albis* á la mayor parte de ellas.

—¡Algunas son tan pesadas!...—exclamó el otro fraile.

—Necesitan ustedes armarse de paciencia—repuso el consejero.

—Más quiero confesar á todo un batallón que á una de esas brujas—dijo el fraile.

Y salió del gabinete con su compañero.

La esposa del consejero les besó la correa y lo propio hicieron las niñas, siendo el padre el único que les besó la mano, despidiéndolos á la puerta de la escalera.





CUADRO CUARTO

UNA MADRUGADA EN 1800

El rutilante Febo, que era AYER tan pollo y tan barbilampiño como HOY, sin que podamos decir que seguirá siendo lo mismo MAÑANA, vivía el año de 1800 en el mismo palacio que ahora, con fachadas á Oriente y á Occidente, y se asomaba por las mañanas á los balcones de la primera, más temprano en verano que en invierno.

Entonces, como ahora, decía el calendario que el sol *salía* á las tantas ó á las cuantas horas de la mañana, sin importarles un bledo á los almanaqueros del *motu octavæ spheræ* de Copérnico, y sosteniendo indirectamente que el sol entra y sale en la tierra como Pedro por su casa, y haciendo del gotoso y pacífico Febo un botarate que corre de un lado para otro diligente y activo como alma de procurador.

La única diferencia que hay entre ayer y hoy es que, salga y entre el sol ó estése quieto, oyendo tranquilo el *e pur si muove* que Galileo dijo entre dientes al arrodillarse sobre la tierra en presencia de los siete cardenales; la única diferencia, repito, consiste en que hoy no alumbra el mismo cuadro que ayer; y como aquí la cuestión es de cuadros, vamos á bosquejar el de una madrugada en la corte á principios del presente siglo.

Disueltas las tertulias á las diez de la noche, cuando algún bando especial no disponía que las reuniones y los espectáculos cesasen al anochechar, á las diez y media ya no transitaban por las calles de Madrid

otras gentes que los recién creados serenos y alguna ronda de justicia.

Los rosarios cantados, los *saetistas* del pecado mortal y las rondas de pan y huevo habían cesado en sus funciones antes de esa hora, y todo el vecindario dormía á pierna suelta, á excepción de los presos que solían dormir en el cepo á pierna ligada.

Los entonces flamantes serenos eran, como queda dicho, los únicos que velaban á las altas horas de la noche, vigilando los cuarteles de la población y cantando la hora, precedida siempre del *Ave María Purísima*.

Un solo grito era, hasta la media noche, el compañero del sereno en aquella obscura soledad; y hasta que oía el último estaba el vigilante con el mayor desasosiego, sin atreverse á descansar en ningún punto, con especialidad debajo de los balcones.

Porque era el caso que abrirse con estrépito, salir una voz diciendo *¡agua va!* y caer al suelo un golpe de agua, que la obscuridad de la noche no permitía ver si era turbia, pero que el ruido indicaba que no era muy delgada, todo pasaba en un solo momento.

Y esto es tan cierto, que si el infeliz que pasaba por debajo de una ventana no oía abrirla cuando le decían «¡agua va!», ya había ido sobre él el agua; habiendo sucedido en una ocasión que un criado recién venido de la tierra equivocó la consigna, y por decir «¡agua va!» dijo «¡alabado sea el Santísimo Sacramento!» á tiempo que pasaba un hombre por debajo y descubrió la cabeza para saludar tan santa invocación.

Y como lo que de noche se hace de día aparece, menos la noche misma, que apenas sale el sol no aparece por ninguna parte, resultaba que en medio de las calles y aun en las orillas y hasta en las paredes y en otras partes, si había sido noche de viento, aparecía vertido lo que la autoridad había mandado verter.

Pero como esas aguas sucias y la basura que les acompañaba no podían permanecer en las calles, el primer cuadro que alumbraba el sol era el de dos mulas que arrastrando un enorme tablón iban recogiendo toda la inmundicia y llevándola á los vertederos, que no eran sino unos barrancos ó zanjás abiertas á los extremos de la población.

Poco menos diligentes que los aseados animalitos eran los inquilinos de las casas, los cuales tenían obligación de barrer el trozo desde su puerta al arroyo apenas habían pasado las hacendosas bestias; amontonando así el resto de la basura, que más tarde tenían obligación de recoger los carreteros que viniendo á la corte cargados pensaban volverse vacíos.

Y á esto no podían oponerse ni alegar ignorancia, porque el bando estaba terminante, y además de haberse publicado por medio de pregón en los parajes de costumbre, estaba perenne en los mismos, y puedo afirmar á ustedes que desde la *cruz* á la fecha decía lo siguiente:



«Don Fulano de Tal, Señor de veinte Villas y siete Dehesas, Decano en el Real de Hacienda, Corregidor ó Intendente general de esta villa de Madrid, su jurisdicción y provincia, Juez único y privativo por especial Real orden para hacer cumplir y executar cuanto se contiene en este *Vando* y sus incidencias con inhibición de todo Juez y Tribunal.

»Siendo de tan notorio beneficio la nueva general limpieza de las calles de esta villa, que no sólo utiliza á la salud, sino es que asegura el preciso aseo para la policía, se ha dignado el Rey (Dios le guarde) mandar se usen de algunos medios que perpetúen la providencia, sin nueva imposición de derecho ni otro gravamen que la fácil concurrencia del vecindario al poco costoso auxilio y observancia de los capítulos siguientes:

»I. Cada uno, sin excepción de estado y privilegio, hará barrer todos los días la delantera de su casa hasta el medio de la calle, debiendo estar hecho en los meses de noviembre, diciembre, enero y febrero á las ocho de la mañana; en los de marzo, abril, septiembre y octubre á las siete, y en los de mayo, junio, julio y agosto á las seis. Y para excusar el polvo, que tanto incomoda, harán igualmente que desde primero de mayo hasta fin de octubre se riegue la misma delantera, acordando entre sí los vecinos de una propia casa las semanas, términos ó meses con que podrán alternar para la execución de uno y otro.

»II. El polvo ó lodo que de esta diaria diligencia se junte en la calle, han de sacar al campo las galeras, carros y carretas, que habiendo entrado en el pueblo vuelvan á salir de vacío, y espera S. M. que sus dueños contribuyan con buen ánimo á hacer este beneficio á un público del que logran tantas utilidades. Para que así lo entiendan y cumplan, se despachan ahora á sus respectivos domicilios las órdenes y *vandos* convenientes, por virtud de los cuales han de venir prevenidos y enterados de la ninguna excusa que para lo contrario se les admitirá. Se repartirán palas en parajes oportunos, bajo la custodia de vecinos que tuvieren tienda abierta; y con ellas y los auxilios que se les suministrará cargarán el polvo ó lodo (que ya nada puede tener de inmundicia) los mismos carromateros ó carreteros, quienes en la propia forma llevarán la basura que se recoge en los portales, teniendo para esto los habitantes de las casas la obligación de hacerla cargar, sin que los conductores sean molestados con detención, rodeos ni extravíos de calles, pues cumplirán con recoger lo que hallen por donde vía recta salieren, dejando el carguío en los parajes señalados en el campo.

»III. Las caballerías que vinieren con provisión de verduras, sacarán cada día los escombros que causen en las plazas y puestos de venta.

»El vecindario empezará desde luego á cumplir lo que se manda, pena de diez ducados, aplicados á los que se ocuparen en celarlo y denunciar los defectos que hallaren en la observancia. Madrid á tantos de mil ochocientos y cuantos.—*Fulano de Tal.*

»Es copia á la letra de su original, de que certifico yo el infrascripto Secretario y Escribano de S. M.»

Antes de cumplir con lo dispuesto en el bando que precede, y al abrir cada vecino la puerta de su casa, se santiguaba en el dintel de ella y suurraba la cotidiana oración de la madrugada.

Empuñaba con furor la escoba, y sin ocurrirle murmurar del corregidor, que se revolvía entre sábanas de Holanda mientras él barría aquella sábana de inmundicia, daba cima al trabajo, y acto continuo se pertrechaba para ir á la compra, no sin entrar primero á oír misa en algún convento de los muchos que hallaba al paso, para que habiendo madrugado no le pudieran decir: «el que se levanta tarde, ni oye misa ni halla carne.»

El vecino honrado, y entonces andaba de sobra este género, oía misa y hallaba carne en los cajones que había delante del Buen Suceso, ó en la Red de San Luis, ó en la plaza de Antón Martín, ó en cualquier otro mercado de los muchos que había en Madrid por aquel tiempo.

Los días que se despilfarraba algún tanto, siempre con arreglo á la real orden que le prohibía el lujo en la mesa, acudía á la pescadería de la plazuela de Santiago, donde hallaba peces del Jarama que aún no hacía cinco días que habían sido pescados, y algunos procedentes del Océano que apenas guardaban memoria de su madre patria.

Tampoco se advertía allí la falta del escabeche y del bacalao, y si se le antojaba algo de caza, en la calle de ídem hallaba gran surtido, sobre todo en las épocas en que S. M. mandaba *sacar* alguno de los montes de la Corona. En cuanto á fruta fresca, tenía á su disposición grandes repuestos de higos, pasas, nueces, etc., y no envidiaba las frutas de Aragón y de Valencia, porque no tenía el gusto de conocerlas ni aun de vista. Con semejantes provisiones volvía á su casa el vecino honrado, santiguándose y descubriendo la cabeza cada vez que pasaba por delante de alguna iglesia.

Los marmitones de las casas de la grandeza y los demás criados que iban á la plaza no volvían tan pronto como el vecino honrado, porque ya entonces les entretenía el aguardiente, la sisa y la murmuración.

Para esa clase de gente en materia de bebida, sisa y murmuración apenas ha habido diferencia de AYER á HOY, y es más que probable que no la haya MAÑANA, si dura para entonces el servicio doméstico.

Había, sin embargo, entre ellos algunos sirvientes compradores de raza diversa, que no necesitaban sisar, beber ni murmurar para andar colorados, lucidos y alegres, y estos eran los cocineros de los conventos.

No iban al mercado en busca de los artículos de primera necesidad ni aun de los de lujo, porque, como mayores consumidores, todo lo recibían por mayor en el convento. Los carros de aceite y de vino llegaban periódicamente á la casa desde sus propios cortijos y bodegas; el tahonero les llevaba todos los días dos ó tres cargas de pan, el carnicero cinco ó seis reses, la lechera un par de cántaros de su mercancía, y todo por el estilo, menos las verduras, que crecían en el huerto, merced á las fatigas de los novicios y de los legos hortelanos. Iba, pues, el lego cocinero seguido del pinche á comprar los adobos para aquellas viandas, y su presencia en tal ó cual mercado era un gran acontecimiento para los vendedores. Todos se disputaban su favor, todos le saludaban con respeto, y á no estar convencidos de que el lego necesitaba de todos, habrían pujado el tenerlo por parroquiano.

Junto á ese lego rumboso y desprendido, cocinero de las órdenes ricas, pasaba el de las mendicantes con una gran alforja al hombro y una estampa en la mano, y todas aquellas buenas gentes le hacían los mismos cumplidos que á su compañero. Con el mismo respeto saludaban y acogían al que venía comprando que al que llegaba pidiendo, y la alforja de este último se llenaba diariamente de las mejores mercancías de la plaza.

Pidiendo por Dios, para dar por Dios, los hijos de San Francisco y los del padre de la Providencia el glorioso San Cayetano volvían á sus conventos cargados de provisiones que alcanzaban á cubrir holgadamente su mesa, sobrándoles una gran porción que repartían después á los pobres.

Las monjas capuchinas enviaban con igual misión á sus *hermanucos*, y no eran menos afortunados que los santos varones de su orden.

A unos y á otros se decía que los estatutos de su regla no les permitían tomar moneda; pero como las gentes se la daban, habría parecido orgullo devolverla, y se veían obligados á quebrantar el voto de pobreza.

Tal era el cuadro que el amigo Febo alumbraba, con más ó menos luz, todas las mañanas, mientras el bueno de Pajarito el peluquero andaba empolvando pelucas y haciendo coletas, y las hijas de D. Leandro el consejero jubilado de Indias salían á la calle á oír misa ó á confesar sus culpas y recibir la sagrada comunión. Mal haríamos por lo tanto en escoger esta ocasión de seguir las, porque sería distraerlas de su devoción, y esto es lo que su señora madre las tiene más recomendado.

La víspera de la confesión, que es un día cada semana, y el viernes por más señas, después de prepararlas su señor padre con algunas preguntas acerca de la doctrina cristiana, se recogen tres horas para hacer el examen

de conciencia, y ya les está prohibido hablar, reir, beber, ni menos tomar ningún alimento hasta que vuelvan al día siguiente de la iglesia.

El último uso que hacen de la boca por la noche es enjuagarla bien con agua clara, y el primero apenas se levantan es escupir tres ó cuatro veces. Acto continuo se santiguan, besan la mano á sus padres, y puestos los libros de devoción en una gran bolsa que cuelgan del brazo, sin alzar los ojos del suelo, seguidas de su madre, se dirigen al templo.

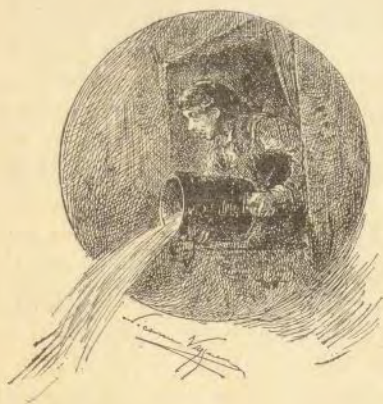
La buena señora quisiera hacerles muchas advertencias de que se olvidó la víspera; pero otra vez será más previsora; porque si les dirigiese la palabra, podría distraerlas del único pensamiento que debe ocuparlas en semejantes ocasiones. Por cuya razón no me atrevo, lector, á que las veas tomar el agua bendita, ni besar los pies al Santo Cristo que hay en la capilla de la entrada, ni mucho menos quiero que oigas la confesión que hacen de sus culpas al fraile que viste en su casa el día anterior.

Lo que sí puedo decirte, es que la esposa del consejero no las pierde de vista, ni en ese momento ni en ninguno otro de su vida, y que si la educación que las da te pareciere exagerada, puedes disculparla en gracia de la buena fe con que ella cree hacer lo mejor por su felicidad.

Podrá ser que las madres que ahora hacen todo lo contrario sean hijas de las madres de ayer; pero semejante cambio nunca será efecto de la educación, sino del siglo. Y los males del tiempo, sólo el tiempo los cura.

¿Sabían los sinceros creyentes de AYER lo que iba á suceder HOY?... Pues así ignoran las gentes descreídas de hoy lo que sucederá MAÑANA.

Afortunadamente tú lo vas á saber algún día, porque yo, que estoy en el secreto, te he ofrecido revelarlo en la última parte de esta obra.





CUADRO QUINTO

EL CORRAL DE LAS COMEDIAS

No es de noche, lector. Respira tranquilo y vive descansado, que aunque te llevo al corral á ver una comedia, son apenas las dos de la tarde.

Acaba de mandar el Rey nuestro Señor, y en su Real nombre los Alcaldes de Casa y Corte, que «para evitar los desórdenes que facilita la obscuridad de la noche en concurso de ambos sexos, se empiecen las representaciones en los dos coliseos á las cuatro en punto de la tarde desde Pascua de Resurrección hasta el día último de septiembre, y á las dos y media desde primero de octubre hasta Carnestolendas, sin que se pueda atrasar el término señalado, y ciñéndose el festejo al término de tres horas cuando más, que es el suficiente para un recreo honesto y para que se logre salir de día.»

Así lo ha dispuesto S. M. y yo no puedo oponerme á la voluntad del soberano.

En llevarte al corral del Príncipe ó al de la Cruz es en lo único que puedo darte gusto.

¿Quieres ver á los *chorizos* ó á los *polacos*, ó quieres que antes te diga por qué les doy esos nombres?

Pues has de saber que no soy yo quien ha inventado semejantes apodos, sino que allá, no muy allá, hacia el año de 1742, con motivo de ciertos chorizos que el actor Francisco Rubert (a) Francho comía en un entremés con mejor apetito que limpieza, y por haberle faltado una tarde, hizo tales gestos y tales exclamaciones contra el guardarropa, que el público, movido á risa, llamó desde entonces á aquel corral el de los *chorizos*.

Los *polacos* deben su apodo á un fraile Trinitario, gran aficionado á comedias, que les tuvo siempre mucho afecto y que era conocido del vulgo por el *Padre polaco*.

Unos y otros tuvieron distintos apasionados, hasta el punto de formarse numerosas cuadrillas, llevando públicamente los *chorizos* una cinta dorada y los *polacos* una azul en los sombreros chambergos.

Los famosos María Ladvenant y Manuel Guerrero, cómicos que entonces ni eran tenidos por artistas ni podían usar el *don*, que tampoco ambicionaban, eran los ídolos del pueblo, y á la sombra de esta pasión se cometían excesos de gravedad.

Pero nunca llegaron al punto que en el siglo *xvi* cuando se usaron los *ferreruelos rabones* que importaron los borgoñeses y las estupendas *gorras* que vinieron de Milán.

No se arrojaban ya entonces pepinos ni otros proyectiles verdularios contra los *ruines cómicos*, las *ruines comedias*, como en tiempo de Cervantes, que en el prólogo de las suyas dice que «veinte ó treinta de ellas se recitaran sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni otra cosa arrojada, y que corrieron su carrera sin *silbos*, *gritos*, ni *baraúndas*.»

De esto último había en abundancia á mediados del siglo anterior y no faltaba á principios del presente; época en que tú, lector, vienes conmigo al corral de los *chorizos*, á ver cómo andan los cómicos con la comedia de Flhumisbo Thermodonciaco (a) Don Nicolás Fernández de Moratín, titulada *La Petimetra*.

Pero bueno será, y aun lo creo preciso, enterarte primero de las *precauciones mandadas observar por S. M. (y de las que se repitió nuevamente á la sala, de su real orden, el cuidado de su puntual cumplimiento) para la representación de comedias, bajo de cuya observancia se permite el que se ejecuten*.

Bien sé que sin el conocimiento de estas precauciones, tú tienes el suficiente criterio y buena educación para no cometer exceso alguno que pudiera hacernos incurrir en faltas de desobediencia á las órdenes de la autoridad, á ti como persona que hace y á mí como persona que consiente; pero bueno será tenerte advertido de todo antes de tomar dos asientos de *barandilla* ó de *corredorcillo*, desde donde podamos ver la función, en

el caso de que no seas hembra, que lo sentiría infinito, porque si así fuere habríamos de renunciar á ir al teatro ó tendríamos que dejar de estar juntos.

Una de las precauciones tomadas por S. M. y repetidas á la Sala de Alcaldes, es la de que no se deje entrar en la *cazuela*, á los hombres bajo pretexto alguno, ni aun que hablen con las mujeres desde las gradas y patio. Mandando además que tampoco se permita á los hombres entrar en los pasillos que conducen á la exclusiva localidad de las mujeres para *impedir los lances que de lo contrario se pueden originar*.

Resulta, pues, lectora, que no puedes venir en mi compañía al teatro, y que tienes que buscar la de una amiga cualquiera, previniéndole que no haga señas á los hombres, si no quiere que el alcalde, presidente de la fiesta, le mande un recado de atención con sus ministros.

Y tú, lector, ahórrate de traer *cigarros de tabaco*, que éstos son los prohibidos, por riesgo á los incendios y porque se ofende con el olor y el humo á los demás del concurso.

Puedes venir en coche si gustas, aunque ya sabes que no has de llegar con él hasta la puerta del corral, porque de semejante privilegio goza solamente el del alcalde, que queda, sin embargo, en la callejuela más próxima para no estorbar el tránsito y estar pronto en cualquier urgencia del real servicio.

Si no le tuvieses propio, te recomiendo que lo alquiles en casa de Simón González, antiguo alquilador de coches de colleras, que fué el primero que tuvo este tráfico y dió origen á que se llamaran simones á los coches públicos y peseteros, á los que más tarde, en número de doce, se alquilaban á peseta por hora ó carrera en la calle de Carretas. Fernando VI, por los servicios que le tenía prestados en las jornadas, le concedió el privilegio de que sólo él pudiera tener seis coches de *pechera* para alquilar al público, permitiéndole tener uno de reserva por si se le rompía alguno.

Pocas cosas más te incumben en las precauciones dictadas por los señores de la Sala; las restantes son exclusivas de los comicios y de las empresas.

Y te las voy á decir á continuación, para que no culpes á los cómicos de lo que no hagan estándoles por ellas prohibido:

«1.^a Manda el Rey nuestro Señor (Dios le guarde) y en su real nombre los alcaldes de su Real Casa y Corte, que al extremo del tablado y por su frente se ponga en toda su tirantez un listón ó tabla de la altura de una tercia, para embarazar por este medio que se *registren los pies* de las cómicas al tiempo que representan.»

¡Qué te parece, lector de HOY, de ese listón de AYER? ¡Crees que lo que

entonces embarazaba una tabla de á terciá evitaría ahora una muralla de veinte pies? Con esos saltos de nuestras desnudas bailarinas, ¿no sería preciso tapiar la embocadura del teatro para evitar el registro de los espectadores?

Y dice así la precaución segunda:

«Que en los vestuarios de ambos coliseos se tenga siempre capaz y suficiente separación en que se vistan y desnuden las cómicas con la decencia y honestidad correspondiente, sin ejecutarlo á la vista de los cómicos, como antecedentemente está mandado.

»3.^a Que no entren hombres en los vestuarios con pretexto alguno, sean de la clase que fueren, incluso los dependientes del coliseo, que avisarán previamente *para que se pongan las cómicas en disposición de ser vistas.*

»4.^a Que no se puedan representar en alguno de los coliseos comedias, entremeses, bailes, sainetes ó tonadillas, sin que, *después de obtenida la licencia del juez eclesiástico*, se presenten por los autores de las compañías á la Sala de Alcaldes, para que mandada reconocer de su orden, permita la representación; y si al tiempo de su ejecución, no obstante hallarse aprobadas, advirtiere el alcalde alguno de aquellos reparos que no se ofrecen al leerlas, recogerá después la comedia, entremés, baile, sainete ó tonadilla, prohibiendo su repetición.»

Aquí, lector de HOY, puedes decir *pata* y seguir leyendo la precaución quinta, que se reduce á encargar que en las representaciones se guarde la modestia, recato y compostura debidos, no permitiéndose bailes ni tonadas indecentes ó provocativas que puedan ocasionar el menor escándalo.

La sexta quiero dártela íntegra, porque presumo que te ha de procurar contento saber que á las cómicas de AYER, ni aun en broma les estaba permitido el derecho de ciudadanía varonil por entero, sino por mitad, y mejor dicho, por tercera parte, atendido á que entonces llevaban el talle junto á los hombros.

Hela aquí, lector, hela aquí:

»6.^a Que igualmente serán responsables los autores á la nota que pudiera causar cualquiera cómica de su compañía que saliere á las tablas con indecencia en el modo de vestir, sin permitir que representen vestidas de hombre, si no es *de medio cuerpo arriba.*

»7.^a Que aunque pidan los mosqueteros (así se llamaban los asistentes diarios á los coliseos) ó alguna otra persona que se repitan los bailes y tonadillas ó que salga algún cómico ó cómica á ejecutar esta ó semejantes habilidades, no lo permita el alcalde por más instancias que haga la gente del patio, tomando para contenerlos las providencias que tuviere por conveniente.»

Amén de esas precauciones, había la de que los aguadores y fruteros que entrasen á vender en los corrales hiciesen información de *buena vida y costumbres* ante el regidor comisario de comedias, previo un examen del Catecismo por el cura párroco.

Se encargaba también que no hubiese celosías altas en los aposentos principales, segundos, terceros, ni alojeros, y que las gentes que los ocupasen estuviesen con la decencia que corresponde, sin capa los hombres y sin cubrirse las mujeres el rostro con el manto.

Y últimamente se decía que

«Por cuanto se han observado graves inconvenientes de permitir las comedias que en algunas temporadas del año ejecutan las compañías que llaman de la legua en los lugares de Maudes, Carabanchel y otros inmediatos á la corte, se prohíben, por punto general en las diez leguas de su circunferencia, sin que con algún pretexto puedan los corregidores y justicias permitir las representaciones ni admitir las referidas compañías en los pueblos de su jurisdicción.»

Ahora bien: enterado como estás por lo que queda dicho de las precauciones que has de observar y de las que han de observar contigo, ¿quieres venir al teatro?

¿Me autorizas á llegarme al *despacho de billetes de hombres* á pedir un par de localidades?

¿Quieres ir de capa ó á cuerpo gentil?

Lo primero está prohibido en las lunetas y en las delanteras de barandillas, á menos que la capa no sea de grana ó prenda de uniforme, en cuyo caso puedes usarla hasta en los aposentos.

Supongo, con razón, que no querrás vestirme de colorado y que dejarás esa aproximación de cangrejo cocido para el vejete que ya nos ha cogido la delantera, y sacando del bolsillo del calzón un peso duro mejicano, pide una luneta de las primeras filas, por la que paga dos *medallas*.

Decido por lo tanto asistir al teatro desde un lugar oculto, y voy á pedir dos gradas.

Tú, mientras tanto, puedes divertirte en ver la gente que va llegando al despacho.

Espera que se desemboque el vejete, del cual no ves ahora sino unas pantorrillas, propias ó alquiladas, cosa esta última entonces muy corriente, embutidas en ricas medias de patén blancas, y un zapato bajo con hebillas de oro.

Su mayor vanidad consiste en ostentar un pie pequeño, educado con mimo y digno por su ridículo tamaño de la más exagerada mandarina del imperio chino.

Sobre el cuello de su capa colorada cae una trenza de pelo empolvada, vulgo coleta, y para que la grasa de puerco no empañe la prenda, tiene cubierto el cuello con una cartera de tafetán del mismo color que la capa.

Pero espera á que se desembarace de ella, y verás el señor mayor más bien atildado que jamás has presumido.

Chupa blanca, bordada al realce y de colores; chorrera de siete listones de encaje de Bruselas; corbatín blanco y no corbata, que entonces no eran hembras los adornos del cuello; calzón de punto color de clavo pasado, y por último, una casaca de piqué de seda del mismo color que el calzón con botonadura de acero abrillantado.

Los vuelos de las mangas son de encaje riquísimo, compañero del de la chorrera y amarillentos ambos por hacer entonces ese color plena prueba en materia de encajes.

Los guantes no son de seda ni de cabritilla, sino de oro y pedrería: tal es la profusión y la riqueza de los anillos que le cubren los dedos embrazando el juego de los nudillos.

En cuanto á los dos indispensables relojes, que no podían faltar á un currutaco tan estirado como nuestro vejete, sobre anunciarlos de sobra el volumen que asoma por debajo de la chupa, caen sobre el calzón dos cadenas de oro que rematan en cien variados dijes del propio metal, y ya no queda duda alguna de que los dos relojes siguen siendo fieles á su dueño.

La empuñadura del espadín es de acero y de una labor muy complicada y vistosa, y la vaina del propio metal con cabos de marfil.

En suma, si algo le falta para ser el tipo de la elegancia de la corte, es el sombrero, que aunque es nuevo y de los mejores el que lleva, no es de última moda, porque el sombrerero no le ha cumplido la palabra llevándole temprano el que encargó al efecto.

Algo ha sufrido con semejante percance, para que le digamos ni una sola palabra por tan pequeño delito.

Veámosle llegar al despacho para entablar el siguiente diálogo con el cómico que vende los billetes.

—Tenga V. S. muy buenas tardes—le dice el encargado del despacho, Sr. D. Tadeo. ¿Cómo es que no ha mandado V. S. esta mañana por la luneta?

—Porque ya sabía que me la tendrías reservada.

—Eso sí. ¡Pues no falta más!

—Yo, ya se sabe, en habiendo *seguidillas del ole*, aunque me tuviera que hacer traer arrastrando no faltaré jamás á la función—dijo el viejo con infantil sonrisa.

—Pues hoy tiene V. S. algo más.

—¿Qué hay?... El cartel no dice nada más.

—Se conoce que le ha visto V. S. de prisa.

—Y bien, ¿qué hay?

—Seguidillas de la *Tempestad*, el *Canario* y el *Arroyito*.

—¿El *Arroyito*?—exclamó el viejo fuera de sí....—¿Qué me dices, hombre?... ¡Conque nada menos que el *Arroyito*!

—Eso no está anunciado en el cartel; pero me he acercado al señor alcalde y he pedido á su señoría permiso.

—Pues tú ¿qué tienes que ver con eso?

—La que le baila es mi hija....

—¿Hija tuya?

—Sí, señor.

—Allá veremos cómo le baila. Aquí no se ha vuelto á ver cosa de provecho en esos bailes desde que dejó de hacerlos la Malagueña. ¡Qué pies tenía aquella muchacha! ¡Qué bien bailaba la *Pastorcilla*! Yo me acuerdo.... por supuesto que era muy muchacho cuando la vi la primera vez; pero no se me olvida. ¡Como que el difunto Carlos III (q. D. h.), á pesar de su gravedad y su carácter serio, la vió una vez y la mandó hacer un regalo de consideración!

—¿Qué la dió?

—No sé si 25 ó 30 doblones.

—¡Cáspita, qué fortuna!

—Aquel era un gran rey, y cuando se ponía á hacer una cosa la hacía por completo.

—Si tuviera mi hija esa suerte, ¡para qué quería yo más!

—Es que no nacen todos los días bailarinas como la Malagueña. ¿Y qué ha hecho Dios de ella? ¡Estará muy vieja!

—Sí señor, por ahí anda pidiendo limosna.

—¿Es posible?

—Lo que V. S. oye. El otro día estuvo en casa á ver bailar á mi hija.

—¿Y qué dijo?

—Se le saltaron las lágrimas acordándose de sus buenos tiempos, y dijo que si los mosqueteros tomaban por su cuenta el aplaudir á Juanita haría furor.

—Yo te prometo hacer lo que pueda.

—Usía puede mucho, pero esta noche me temo que haya toros y cañas aquí dentro.

—¿Pues cómo?

—Porque han venido muchos *polacos* á tomar billete, y ahora acaba de entrar el jefe de ellos.

—¿Quién es?... No le conozco.

—Manolito Gala: uno de los veedores del gremio de Puertaventaneros.

—¿Puertaventaneros!....—repite el vejete asombrado.—¿También tienen gremio esas gentes?

—Sí, señor: pues qué, ¿no sabe V. S. que ahora no hay quien no esté organizado en gremio? Hay gremios de roperos de viejo, de cotilleros, de coleteros, de hortelanos, de tratantes en ropas usadas y hasta de palilleros; los peluqueros son los únicos que constituyen arte, y hermandad los tahoneros.

—Sí, todo eso lo sé; pero ignoraba que el hacer puertas y ventanas formase un gremio aparte del de carpinteros—dice el viejo.

—Lo mismo sucede con los vidrieros de ventanas; también es otro gremio aparte.

—¿Del de balcones?—pregunta con socarronería el viejo.

—No, señor; del gremio de vidrieros en general.

—Ya lo entiendo; así hay tal baraúnda y tardan tanto en pasar cuando asisten á las procesiones—exclama el viejo.

Y volviéndose para saludar á una señora que iba al teatro, seguida de su paje, le dijo:

—¡Hola, madamita!... ¿Cómo aquí tan solitaria? ¿Cómo es que no la acompaña su señora hermana?

—No ha querido venir, porque dice que le apestan las comedias de Moratín el padre.... ¡Vea usted qué absurdo!

El vejete se encoge de hombros y la señora añade:

—¿Tampoco á usted le gustan?

—A mí me son indiferentes las del padre y las del hijo y las de todos los poetas del mundo.

—¿Pues á qué viene usted al coliseo?

—A ver el baile.

—¿El baile ó las bailarinas?

—Como no se puede ver una cosa sin otra....—dice el viejo sonriendo.

—Genio y figura hasta la sepultura—replica la señora, disponiéndose á entrar en el corral.

—¿Qué le hemos de hacer! Ya somos como los músicos viejos, que no nos queda otra cosa sino la afición y el compás.

La señora entra riendo en el coliseo, y el viejo, después de haberla hecho un reverendo saludo bajando el sombrero hasta los pies, se vuelve á continuar la conversación comenzada con el cómico que estaba en el despacho de billetes de hombres, hasta que por fin suena la hora de alzarse el telón y entra á ocupar su asiento.

Pero no te apresures, lector, á que vayamos á ocupar los nuestros ín-

terin esté á la puerta del coliseo ese hombre, cuya mirada recelosa y ademanos inquietos te harían sospechar un espía del Santo Oficio, si yo no te afirmara, y te lo afirmo, que no es otro que el célebre Fabián de Tordesillas, veedor del gremio de herreros de obra menuda y jefe de los *choriceros*.

Mírale bien para que no le confundas con ningún otro, y puedes espiar todas sus acciones y movimientos durante la representación.

Fíjate bien en su *redingot* de paño color de canela tostada, en su chupa y calzas de ante amarillo con botones de acero, en sus medias blancas, en sus zapatos sin hebillas y con botón de acero, en la ausencia de su corbatín y muy principalmente en la manera de llevar el sombrero tricornio, tan echado á la espalda que apenas se ve la gran trenza de pelo que le cuelga del cogote, encerrada en una bolsa de tafetán negro. Y aunque creas que no fija la vista en las gentes que van entrando á ver la comedia, no dudes que ya nos ha visto á todos, y muy principalmente al jefe de los *polacos*, su antagonista furibundo.

Hasta que Fabián se retire de la puerta ten por seguro que no empieza la comedia.

Y verdad es que ya se ha cerrado el despacho de billetes; pero eso consiste en que el cómico que los despachaba *hace papel* en la comedia y se ha ido á vestir para estar listo.

Y aunque así no sea y la representación empiece antes de que se retire Tordesillas, ¿qué perdemos con no oír la pieza de introducción que toca la orquesta?

A cualquiera hora conviene dejar de oír cuatro violines desafinados y dos flautas roncacas.

Lo que sí podemos hacer es acercarnos á pagar nuestros asientos á los cobradores, porque va acudiendo demasiada gente y es expuesto perder el dinero y no ver la función.

Por otra parte, ya Tordesillas ha visto entrar al jefe de los *polacos*, Manolito Gala, y no tardará en seguirle.

A ese director de los apasionados del otro teatro no es fácil que le equivoques con el jefe de los *chorizos*; pero obsérvale con atención por si acaso.

Lleva una chaqueta larga con faldellines á manera de casaca, calzón y chupa de pana verde, medias blancas, zapato sin hebilla, una montera de barragán á la cabeza y el colete suelto sobre la espalda.

Con tan buenas señas, supongo que no le equivocarás con el otro jefe.

Síguele con la vista y verás que aunque toma asiento en el patio entre un grupo de gente toda suya, se acomoda sin saludar á nadie por no excitar sospechas.

Esta reserva no le aprovecha gran cosa, porque Tordesillas, que se ha situado en el *degolladero*, le observa desde allí y conoce á toda la gente contraria.

La suya está esparcida en distintas localidades y le han ofrecido todos secundar sus esfuerzos.

Para la primera señal de desaprobación que den los *polacos*, tienen dispuesta una salva de aplausos los *chorizos*.

Semejante competencia la pagarán de seguro los cómicos.

AYER, lo mismo que HOY y MAÑANA, el enemigo más terrible es un amigo imprudente.

Así sucede esta tarde. Antes de dar principio al espectáculo sale un cómico á decir que la comedia anunciada en los carteles no podía ejecutarse por indisposición de la famosa María Chaves (a) la *Zoronguita*, y al verle asomar á la escena, asoma también, según costumbre inveterada, la risa á los labios de muchos y con especialidad á los del jefe de los *polacos*, y á una señal del de los *chorizos* rompen éstos en estrepitosos aplausos.

Irrítase el público con tan extemporánea felicitación, y no ya los *polacos*, sino los indiferentes y hasta los apasionados del corral, gritan y silban, y se arma tal baraúnda que el cómico se retira sin que nadie haya entendido y sin que él acabara de decir la arenga que traía estudiada y que según costumbre empezaba con las consabidas palabras de *respectable público*, etc.

Mucho tiempo tarda en restablecerse el silencio, y mucho más aún en que los espectadores comprendan lo que el cómico ha anunciado, con especialidad el título de la comedia que iba á echarse en vez de la *Petimetra*, de Moratín, que no fué más afortunada esa noche que en vida de su autor, que murió sin verla en escena.

Verdad es que el título de la anunciada en su lugar, aun suponiendo que el cómico le hubiese pronunciado por completo, es difícil de retener en la memoria, porque consta de veintidós palabras y es, si la memoria no nos es infiel, el siguiente:

«Quitar el cordel del cuello es la más justa venganza,=ó el pobre fundador del hospital más famoso el venerable Antón Martín,=primera y segunda parte,=su autor D. Bernardino José de Reinoso y Quiñones.»

Era esta una de tantas comedias como tenían y tienen los cómicos ensayadas para casos imprevistos, y á las que llaman remediones, y corrió su carrera esa noche sin otra cosa que fuertes oleadas, algunos silbidos y no grandes aplausos por parte de los *chorizos*, que quedaron corridos con la primera derrota.

Resérvanse, sin embargo, para el entremés, por ser esta la pieza de empeño del sobresaliente de la compañía y haber sabido que en ella querían dar los *polacos* la batalla.

Sucede, pues, ni más ni menos lo que habían pensado los *chorizos*, y no pudiendo los enemigos hallar pretexto en la representación, que iba saliendo muy bien, oye Manolito Gala toser á una mujer en la cazuela y grita desaforado:

—¡Calle la cazuela!

—¡Calle el patio!—grita Tordesillas desde el degolladero, donde asomaba la cabeza con trabajo.

—¡No quiero!—replica Manolito Gala.

—¡Silencio!—gritan muchas gentes á la vez.

—¡Imprudentes!—añaden otros.

—¡Fuera!—dice una voz desde uno de los aposentos.

—¡A la cárcel!—clama un tercero desde las lunetas.

—¡Callad, que no se oye!

—¡Que vuelvan á empezar!

—¡Que me devuelvan el dinero!

—¡Que hable más alto el barba!

—¡Que no grite tanto el apuntador!

Y á todos esos gritos acompañan los silbidos de los *polacos* y los aplausos de los *chorizos*, y se arma tal baraúnda que el alcalde manda tirar la cortina y hace que los ministros desalojen el patio y el degolladero, llevando á la cárcel á los principales instigadores si fueren habidos ó declarados tales *ipso facto*.

Su señoría encarga después á los ministros que á los mosqueteros con especialidad no les dejen salir del coliseo hasta que su señoría dé cuenta á la Sala, y que si entre los promovedores del alboroto se hallase alguna persona principal, que por su carácter ó empleo merezca ser distinguida, le den inmediato aviso, para que apenas concluída la función, si no bastaren los atentos y cortesanos oficios de su señoría, dé cuenta al Ilmo. Sr. Gobernador del Consejo, para que éste lo haga á Su Majestad.

Cúmplase todo tal cual lo manda el alcalde, y Manuel Gala y Fabián Tordesillas, con otros varios de sus respectivos bandos, duermen aquella noche en la cárcel, de donde salen al día siguiente, apercibidos, pero más exasperados que antes.

Tú, lector, que yo sé que no has tomado parte en la gresca, perdóname que te haya llevado al coliseo en día de tal baraúnda; pero te he dicho anteriormente que íbamos al corral, y el teatro lo era casi siempre en aquella época.

Quizá otro día asistiremos á otra función para que puedas apreciar el

talento de los cómicos de entonces, que no son los que menos han contribuido á la justa importancia que ha adquirido el arte en el presente siglo.

En el ínterin, si no tienes cosa mejor de que ocuparte, vente conmigo en seguimiento del viejo currutaco, que aburrido por no haber visto el baile va á su ordinaria tertulia, donde está convidado para un *visitón*, y pasará primero por un café, en el que no ha de pesarte verle.





CUADRO SEXTO

LA BOTILLERÍA DE CANOSA

Ocho años antes de que el siglo actual se entrase de rondón por las puertas del mundo, había dicho el célebre Moratín por boca de D. Pedro en su famosa y nunca bastante aplaudida COMEDIA NUEVA, que «en el café no se debe hacer otra cosa sino tomar café;» y esta frase, celebrada como todas las demás de la comedia, á pesar de los que habían ido al teatro con ánimo deliberado de silbar la obra, pasó á ser un axioma entre las gentes de principios de este siglo.

Era mal mirado y en no buena opinión tenido el que asistía diariamente al café, y los que lo hacían, por necesidad ó por vicio, nadie por lujo, apenas estaban en casa del cafetero el tiempo necesario para ocupar una taza y vaciar una copa; si bien esto último lo hacían con la mayor reserva, no porque entonces dejara de tener sus prosélitos la doctrina del padre Noé, sino porque siendo la hipocresía y el vicio cuestiones de moda, aquellas gentes no estilaban la hipocresía del vicio, sino el vicio de la hipocresía.

Pero ¿crees tú, lector, que era virtud la costumbre de no asistir de tertulia á los cafés, y que las gentes de AYER pueden hacer mérito de esa privación como de un sacrificio? ¿Te has figurado que renunciaban á gran-

des placeres, ni á medianas comodidades siquiera, dejando de concurrir á los cafés que por aquel entonces había en la corte?

Pues si tal has creído y tal opinión has formado de aquellas gentes, te has engañado de una manera lastimosa, y voy á sacarte de tu error haciéndote una pintura exacta de algunas de las *casas de bebidas*, que así las llamaba el Diccionario de la lengua *in illo tempore*.

Cuando la hayas leído, te dirás á ti mismo si te atreverías á permanecer, no ya después de haber bebido, pero aun antes de beber, en semejantes casas.

Dice el vulgo que «de noche todos los gatos son pardos,» y para que pardo te parezca el café, no quiero que entremos en él de día.

Esta exigencia es en tu provecho más que en el mío; porque si vieras con su verdadero color el café adonde tomaban el ídem Inarco Celonio y el abate Melón y aun sus enemigos García de la Huerta y el abate Cladera, si le vieras, lector, estoy seguro de que te negabas á acompañarme.

Y necesito que me acompañes, porque sólo un hombre de HOY puede apreciar debidamente los cuadros de AYER.

El del café empieza por un portal oscuro, estrecho, desempedrado y sucio.

En el fondo brilla una chispa de fuego, que más te convida á quemar en ella un cigarro que á servirte de su luz para ver. Verdad es, y demos á cada cual lo suyo, que de arder tan poco y de lucir tan menos no tiene ella la culpa, porque procede de una torcida que nadie se cuida de atizar y que arroja su luz á través de un vidrio verde, y amén de verde, sucio, y amén de sucio, prisionero en una red de alambre, más sucia que el vidrio y más gruesa que la torcida.

Afortunadamente para nada necesitas que el farol alumbre y ganas mucho con no ver las paredes del portal.

Aconséjote tan sólo que si trajeres ropa talar la recojas con una mano, por si el pavimento no estuviere seco, y dejes libre la otra para acudir con ella á las narices, si necesario fuere, que sí lo será.

Sigue mis pasos aprisa, que para los malos caminos ni antes ni ahora ni después se inventará cosa mejor que andarlos pronto, y entremos en el café, si no se opone la mampara de hule negro que cierra la entrada, no por su propio peso, sino por el de un saco de media arroba de arena que hace allí de portero obligado.

La sala no es grande, pero en cambio está poco alumbrada y parece otra cosa. Parece lo que el Nuevo Mundo antes de que le descubriera Colón: á unos una verdad y á otros una mentira. Tú elige lo que quieras, en la seguridad de que en ambos casos aciertas.

¿Te parece mentira que allí haya pinturas al fresco, y mesas de mármol, y sillón de nogal, y cornucopias, y servicio de china? Pues has acertado. Es mentira que allí haya ninguna de esas cosas.

¿Crees que es verdad que allí no hay sino unas paredes, sin más telas que las que colgó la araña por sí propia, sin permiso del cafetero, se entiende, y unos tablones de pino, y unos bancos de la propia madera, y unos platos de peltre, y unos vasos de vidrio? Pues es verdad, lector; has acertado.

Pero siéntate en uno de esos bancos, y pronto verás cómo viene á tomar tus órdenes aquel mozallón asturiano que en mangas de camisa descansa de las fatigas del servicio sobre una de las mesas.

Si no viene á la primera vez que le llames, llámale otra y otra; y por último, si aun así no viniere, no lo tomes á desaire; es que no te ha oído. Y no te ha oído porque estará durmiendo; lo cual no tiene nada de particular. Para unos la vida es sueño, como dijo Calderón, y para los que no son Calderones, sino materia de calderos, el sueño es la vida.

Llégate á él bonitamente; ponte en guardia por si está soñando, y dale una palmada ó dos ó tres en la espalda, y verás cómo al instante se incorpora, alza los brazos, se restriega los ojos, y mirándote de arriba abajo, sin que se atreva ni á ponerse en pie, te dice:

—¿Qué hay?

—Café—le replicas.

—Sí, señor, éste es; ¿y qué quiere?

—Que me sirvas café.

—¿Con leche?

—Sí.

—No puede ser, se ha concluido—te dirá acaso,—porque la hora es algo avanzada. Son lo menos las ocho de la noche.

Y se volverá á tender sobre la mesa, hasta que le digas que te dé café sea como quiera.

Entonces se vuelve á esperezar, abre tres ó cuatro veces la boca, se hace otras tantas cruces y se dirige por último hacia el fondo del salón, de donde vuelve á salir antes de media hora con una salvilla de peltre en la mano, sobre la que viene una taza y un platillo.

Este último contiene el azúcar terciada, y en la taza viene ya vertido el café; lo cual adivinas al observar el ridículo equilibrio que guarda el mozo.

Podrá suceder que el líquido no venga muy caliente, pero es posible que tampoco esté muy cargado de café, y el agua clara sin riesgo puede beberse tibia.

Si no hubieses entrado conmigo, el mozo al verte solo se habría sen-

tado á hacerte compañía; pero puesto que hemos venido juntos, paga ó déjame que yo pague el gasto que has hecho, y vámonos al *visitón*, que ya va siendo tarde, y si nos descuidamos es fácil que cuando lleguemos se haya concluído.

Por el camino te diré cuatro palabras acerca de las botillerías, que es lo que el padre Terreros llama en su famoso Diccionario casas de bebidas.

La de Canosa es por muchos conceptos la más notable de todas.

Nació en el siglo pasado, y ha tenido el valor de vivir todo el primer tercio del presente, conservando hasta la hora de su muerte, no ha doce años ocurrida, toda la integridad de su casa solariega.

Tú, como yo, lector, no te hagas el niño, la has visto al bajar al Prado por la Carrera de San Jerónimo, avergonzada de sí misma, con más de un pie ya en la sepultura.

Pero no creas que el estar enterrada era señal de vieja; hizo lo mismo cuando niña, y desde que nació tuvo la singular modestia de sepultarse en vida.

Bajábase á verla por cuatro ó cinco sucios escalones, y lo que se veía, una vez dentro de ella, era una covacha reducida, en cuyo centro pendía un enorme velón de cobre, cuyos dos mecheros encendidos tenían la doble complacencia de alumbrar la estancia y de llenarla de un gas impropio para la respiración, pero fácil al gusto y al tacto no menos que al olfato.

Sus paredes no estaban desnudas de adorno, como las del café, sino que lucían de medio cuerpo abajo un tonelete de estera fina, cepillo perpetuo de las espaldas de los parroquianos.

Pero valiente cuidado les daba á éstos de que la estera les limpiase la ropa, mientras refrescaban el cuerpo con las sabrosas bebidas que confeccionaba el repostero Canosa. Así como el Don Pedro de Moratín decía que en el café se debe tomar café, decían los concurrentes á la botillería de Canosa que allí no se debía ir á nada más que á beber la leche helada.

Y no valía argüirles con que el botillero Calzadilla, establecido en otra covacha de la calle Ancha de San Bernardo, era otro repostero de fama, porque no hacían caso. Habíase declarado la moda en favor de Canosa, y allí era donde se reunía la gente principal de la corte.

Pero tú, lector, dirás: ¿y cómo es posible que toda la gente principal de Madrid cupiese en aquella covacha?

Y á esto te replico anticipadamente, por si tan corto reparo se te alcanza para dudar de lo que es pública voz y fama en Madrid, que la mayor parte de los parroquianos no bebían en la casa del botillero, sino en la suya propia.

¿No has visto á los soldados acudir cada uno con su propia cuchara á sacar la ración de las ollas del rancho? Pues ahí tienes lo que hacían los parroquianos de Canosa: acudir con sus propias habitaciones á la puerta de la botillería.

Nunca bajaron de sesenta coches los que paraban por las tardes, de vuelta del paseo, á la puerta de la botillería.

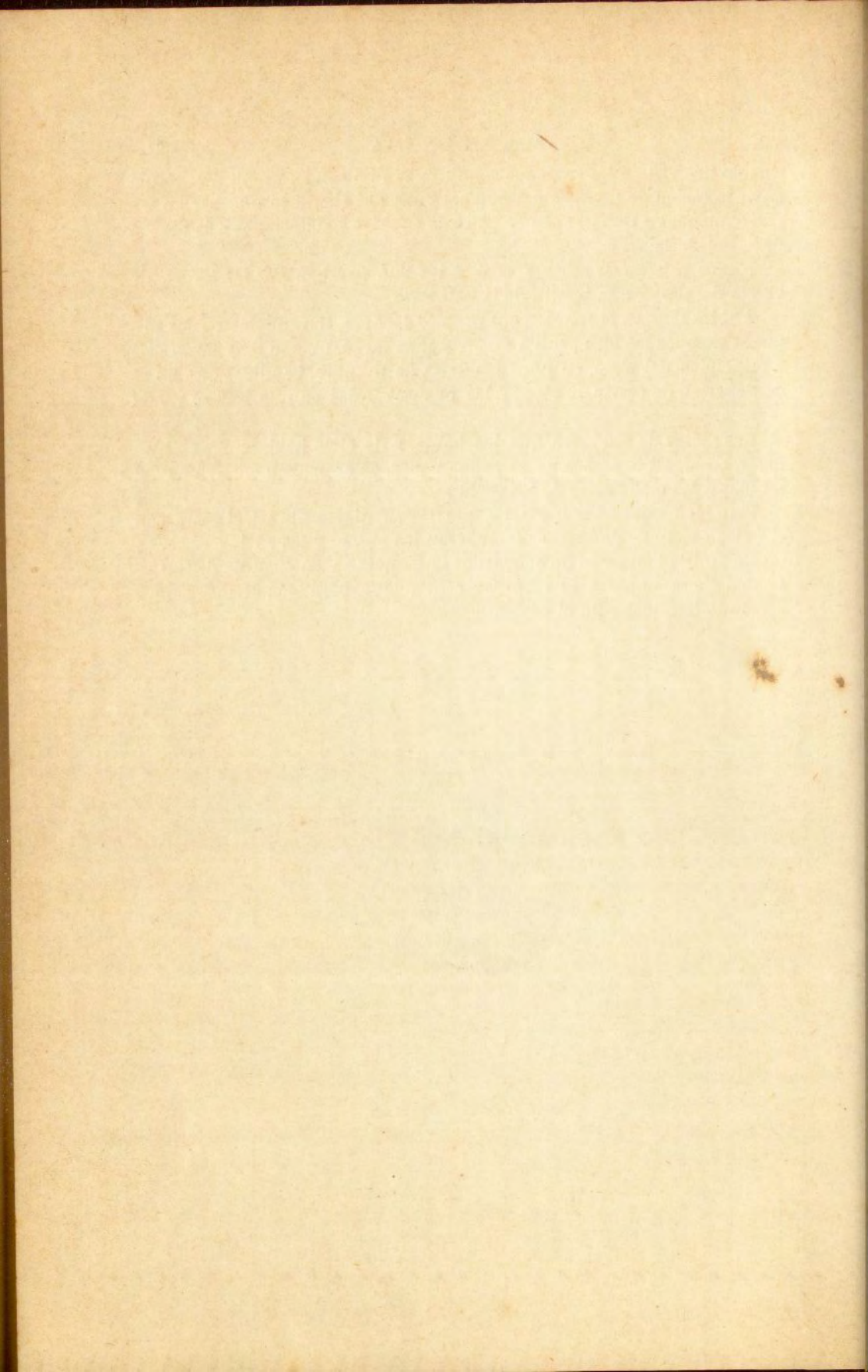
Allí les servían el refresco sus propios lacayos, llevándoles en los primeros tiempos los bizcochos á mano, y más tarde, mucho más tarde que á principios del siglo, en unas bandejas de mimbre, bandejas que no se desdeñarían de servir de tapas á las excusabarajas en que hoy se vende la fresa.

Los pollos de entonces, que los había, y de ellos hablaremos en otro lugar, cosidos á la casaca de su señor padre, se acercaban cortésmente á saludar á las madamitas de los coches.

Pero los héroes de la fiesta, los que hacían, digámoslo así, el gasto, con el único objeto de no gastar dinero, eran los abates y los poetas.

De ambos habremos de ocuparnos largamente y en cuadros distintos. Lo que ahora importa es empezar otro nuevo, para lo cual nos parece oportuno terminar aquí el presente.







CUADRO SÉPTIMO

UNA VISITA Y UN VISITERO

Para no verse ni tratarse, excusado es que las gentes vivan en sociedad.

El trato engendra simpatía, la simpatía amistad, la amistad amor y el amor parentesco.

Tal ha sido el origen de la familia desde los tiempos antediluvianos hasta los presentes, en que no deja de haber diluvio de palabras, de frases y de cumplidos, y tal será hasta que tornen á encuadrarse en el Valle de Josafat los huesos que desencuadró el diluvio.

Nada importa que sea cierto el *sí de las niñas* de AYER, ni el *sí de las madres* de HOY, ni *el tanto más cuanto*, con que buscarán MAÑANA las unas y las otras á los hombres que andarán huyendo de las otras y de las unas.

Que ajusten las madres sin consultar á las hijas, ó que éstas se vendan sin consultar á sus madres, no es más que una oración de activa y pasiva que en nada altera lo que dejamos dicho, de que suprimidas las visitas, sería excusado vivir en sociedad.

Así lo comprendieron los antiguos, y por eso se visitaban con tanta frecuencia. Sucedió entonces que.

.

Pero, ahora que me acuerdo, y antes de que pasemos adelante, ¿sabes tú, lector de hoy, lo que eran las visitas de ayer? ¿Por ventura has creído que eran como las domiciliarias, ó la de puertas, ó la eclesiástica, ó la general de cárceles, ó alguna otra de esas visitas que ahora tenemos y con las que aún no puede decirse que visitamos como lo hacían nuestros padres?

Pues no, lector, no se trata de ninguna de esas visitas, en que el visitado recibe poco gusto de ver al visitador, como sucede hoy á los contribuyentes con el agente del gobierno, que les hace una visita para informarse de lo que han pagado, y mejor dicho de lo que han dejado de pagar, y se lo exige *fustibus et armis* sin etiquetas ni cumplidos.

Las visitas de que ahora te hablo eran todas de cumplido y de etiqueta, y nadie podía renunciar á hacerlas ni á recibir las sin ser tenido por un salvaje indigno de vivir en sociedad.

No valía entonces como ahora dar doce reales por cien visitas, cosa de que cualquier litógrafo se encarga hoy, como verás en la segunda parte de esta obra; ni estaba admitido el delegar un criado para que fuese á averiguar si el amigo había vuelto con felicidad del viaje, cosa que entonces ocurría raras veces, ni si la amiga había dormido bien, lo cual se hacía por mayor; y en suma, el servicio de las visitas era personal, sin endoso ni transferencia de ningún género.

Había en la manera de cumplir con ese importante precepto de la etiqueta sus puntos de habilidad, y el que la lograba perfecta recibía el nombre de *visitero*.

Voy, pues, á enseñarte uno que la casualidad me ha traído á las manos y que en sus tiempos es fama que rayó en el oficio tan alto como el que más, siendo él uno de los hombres de menos estatura que había entonces en Madrid.

Cierto es que entonces, por fortuna, no habían llegado á España las tropas extranjeras que más tarde la invadieron, y á pocos madrileños les había ocurrido pasar de los cinco pies.

La estatura andaba hermanada con la ambición, y la raza madrileña era poco ambiciosa y no muy alta.

El héroe de las visitas que ahora te presento no cabe sin embargo en un bolsillo de mi gabán, porque le estorba el espadín y porque no es tan pequeño de cuerpo que no pase de los cuatro pies cerca de cinco dedos.

No es gordo, pero está en carnes, y sin acudir al alquilador puede esconder dentro de la calceta una mediana pantorrilla, y tiene como hijo de la Ballena, vulgo madrileño, toda su vanidad encerrada en los siete puntos que calza de escarpín.

Es currutaco hasta dejarse de sobra la currutaquería; apellídanle *pe-*

timetre, y aun hay quien dice que se dió por aludido en un monólogo que se publicó en sus mocedades con el título de *Don Líquido ó el currutaco vistiéndose*.

A pesar de que no puede cumplir ya los cuarenta y cinco, tiene derecho cuando se muera á que le alumbren con cera amarilla; y esto á pesar de las mujeres de su tiempo, que, como las de ahora, no se conformaban con que los hombres se mantuviesen solteros.

Pero el celibato ha sido fruta de todas las edades, y aunque la Iglesia se llevaba entonces muchos maridos, siempre quedaban algunos en flor, que morían sin haber dado fruto ni al siglo ni al claustro.

Este D. Narciso Ceremonial de que ahora te hablo no vivía solo, sin embargo de no ser casado, y tenía en su compañía una tía, que casi podía valer por dos mujeres.

Una tía de aquellas cuyo patrón se ha perdido, y que no me atrevo á presentar en este cuadro porque absorbería todo el lienzo.

Es un tipo especial que como verdadero estudio arqueológico tendrá su lugar más adelante.

Para presentarle necesito haber adquirido una gran confianza con los lectores.

No es su sobrino ni una sombra de lo que es ella, y aun así tengo miedo de que me le devuelva el lector.

Pero como ya estoy comprometido á pintarle, es preciso hacerlo, y allá va aunque no vuelva. Vive en la calle de los Bodegones (hoy de Hita) en un cuarto principal de quince piezas y por el que paga tres reales diarios, por mensualidades vencidas, con otras ventajas en el arrendamiento, de que también pienso hablar en otra ocasión.

Tiene habitación de verano y de invierno, independientes y completas ambas, y aunque los muebles no son de lujo, son decentes y buenos.

El estrado le tiene adornado con mucho gusto y es digno de las personas que le honran con sus visitas; pero el estrado pertenece á la tía y nada podemos decir de su adorno.

La estancia en que está D. Narciso aguardando al peluquero es la única que nos pertenece, y de ella lo habremos dicho todo con llamar la atención del lector hacia un salterio, una mesa de tocador, un molde de pelucas, seis taburetes de haya, tapizados de damasco carmesí, y un sofá de lo mismo.

Sobre el salterio hay una urna de cristal que encierra un San Juan de cera, y á la cabecera del catre que se ve en la pieza inmediata un crucifijo de marfil y una pila de corcho para el agua bendita.

D. Narciso, envuelto en un capotillo ó citollén de casimir aleonado, no crean ustedes que pasa con los brazos cruzados el tiempo que ha de

tardar en venir el peluquero. Ya se ha ajustado el calzón de punto, color de tabaco flor baja, y las medias de patén y, por último, los escarpines de hebilla; operación dolorosísima y en la que ha consumido largo rato; lucha terrible entre el pie y el zapato, que siempre concluía por amoldarse el primero á las economías del segundo. Y esta empresa era tanto más arriesgada y comprometida, cuanto que el calzón era tan justo y estaba tan ceñido, que muchos petímetros para usarle le colgaban en unas cuerdas que pendían del techo, y agarrados á ellas dejaban caer las piernas á plomo en aquella funda con gran riesgo de una costalada.

Con un pañuelo de hierbas cubre las chorreras del pecho para conservarlas incólumes, y saca otro pañuelo del bolsillo en cuyas cuatro puntas hay otros tantos nudos.

Es el libro de memorias, en el que cada nudo es un recuerdo que le sirve para saber que ha de acordarse de algo.

El sistema nemotécnico es algo confuso, y mi hombre se da diferentes palmadas en la frente para sacar de allí la historia secreta de aquellos nudos.

—Este—dice hablando consigo mismo—es el que hice para acordarme de que el domingo son los días de la marquesa del Sobresalto; y el caso es que no me acuerdo si debo ir á dárselos, porque su sobrino el vizconde del Susto me parece que no vino á felicitar el cumpleaños á mi señora tía. Justo y cabal, no vino—dice, y deshace el nudo, añadiendo:

—Este otro tiene dos vueltas y no me acuerdo lo que era.... Los pendientes de mi señora tía ya los llevé á casa del platero....; el par de hebillas no, porque las dejé al dorador y me dijo que fuera por ellas el sábado.... ¿Qué será este nudo? Y no hay duda, es cosa doble.... El par de pendientes, no; las hebillas, tampoco; los relojes, menos.... ¡Ah! Ya caigo!.... No tenía otra cosa en la cabeza: visitar á las hijas de D. Crisanto, que son gemelas y cumplen años mañana. Les daré las vísperas, porque mañana es un día muy ocupado y el sastre Dios sabe á qué hora me traerá la casaca de terciopelo.

Nada dijo de los otros dos nudos, y cogiendo los dos relojes que tenía sobre la mesa en una doble relojera de paja, se sentó á darles cuerda, operación trabajosa y larga que párrafo aparte merece y á renglón seguido voy á dárselo.

Observen ustedes primero el tamaño de los relojes si quieren que no les asuste su fecundidad. Es cada uno de ellos bastante menor que un pan de munición y mucho mayor que un panecillo; pero aquellas carnes no son enteramente suyas, y cuando D. Narciso empieza á mondarlos se quedan tamaños como una castaña.

La primer sobrecaja es de concha, claveteada con puntas de plata; don

Narciso la quita y se la cuelga en el dedo índice de la mano izquierda; la segunda es de marfil y la engancha en el inmediato, y la tercera es de cobre y pasa á ocupar el otro dedo.

Sigue á esas tres sobrecajas la caja primera, que es de plata y pasa á ocupar el cuarto dedo; la caja segunda es de plata también y ocupa el quinto; y por último, en la tercera está la máquina del reloj, defendida por un guardapolvo que D. Narciso aparta para poder jugar con libertad una llave de cobre menor que las que hoy llevan á la espalda los gentileshombres de cámara.

Acto continuo, y para que no se resfríe la *rueda catalina*, vuelve á cubrir á la criatura y da cuerda al otro reloj, esperando así la llegada del peluquero.

Háblale éste de las modas, de los paseos, de las tertulias y de los nuevos pasos de la contradanza; del zarcé, de la alemanda, de los arcos dobles y de los de cuatro caras, y concluye por no empolvarle jamás á su gusto.

Pero por fin el peluquero se marcha, y D. Narciso, después de darse la última mano, mete en los bolsillos de la casaca un pañuelo de hierbas doblado y una almohadilla de tafetán para arrodillarse en la iglesia sin detrimento del pantalón y de las rodillas.

En los de la chupa coloca el dinero, el rosario y el trisagio; en las relojas del calzón las dos máquinas con las seis cajas y las seis sobrecajas, y en el bolsillo del costado, en la casaca, un espejito y un peine para los casos imprevistos. Item más, dos cajas de concha, una con polvo de tabaco flor baja y otra con el de mil flores, aderezado con vinagrillo de los *siete ladrones*.

Toma por fin el sombrero y el bastón, besa la mano de su señora tía y se dirige al convento de la Soledad á oír misa y rezar sus devociones particulares antes de tomar la carrera de las visitas.

La primera es la de un consejero de Castilla, antiguo amigo de su padre, á quien es de rigor verle al mes justo de haber enviado á su hijo á Salamanca por si ha tenido noticia de su llegada.

A esa no le acompañamos, porque temo que nos atrape el consejero y nos lea todas las cartas que le ha ido escribiendo su hijo en las diez jornadas que hizo desde la corte á la Universidad salamanquina.

A la segunda visita también le dejo ir solo, porque me dice que despacha pronto; no va á otra cosa que á presentar sus respetos á un amigo, á quien visita los días 15 y 30 de cada mes y á quien recibe en su casa el 10 y el 25.

Adonde es preciso que le acompañemos tú y yo, lector amigo, es á casa de D. Crisanto, cuyas hijas nos esperan, empavesadas con todos

los trapos del cofre y todas las alhajas del arca, sentadas en el sofá del estrado á derecha é izquierda de sus padres, que almidonados y prendidos están recibiendo el besamanos de los amigos.

La víspera y el día del santo y cumpleaños de cada uno de la familia hacen lo propio y tienen perfectamente estudiado el papel.

D. Narciso frecuenta y tiene mucha franqueza en la casa, pero toda la deja en ese día en la suya y entra en el estrado con todo cumplimiento y ceremonia.

Los de la casa le reciben con la mayor gravedad, sin decirle que deje el sombrero ni preguntarle cosa alguna y sin que él diga otras palabras que éstas al asomar á la sala:

—San Ambrosio sea en esta casa, que por las vísperas se conocen los días.

—Usted es siempre muy bien venido en esta casa—contesta el padre.

Y D. Narciso, después de permanecer allí inmóvil y mudo, diez minutos en los casos de cumpleaños y quince en los de días del santo, se levanta y dice:

—Conque, madamitas, salud para cumplir muchos miles en compañía de sus señores padres y de aquellas personitas que sean más de su agrado.

—Y á usted para verlos—responden á coro los cuatro celebrantes.

Con lo cual D. Narciso hace una cortesía, y dando una cabezada á cada una de las visitas que hay en el estrado de D. Crisanto, sale á la calle á continuar sus visitas; siendo una de ellas alguno de los puestos del *Diario*, donde lee éste y el *Mercurio*, para enterarse de las afecciones astronómicas del día anterior y de las efemérides y leer los bandos de las autoridades para observarlos fielmente en la parte que le corresponda. Porque, como él dice y dice bien, no hay peor pecado que el de la ignorancia voluntaria.

Así este día en que nosotros le vemos se dirige al puesto del *Diario* en busca de un bando, vigente ya, pero reciente, que le hace falta estudiar á propósito de unos lutos; bando tan curioso que no podemos resistir al deseo de copiarle á continuación para que el lector le lea mientras hace su última visita el *visitero* y nos lleva al *visitón*.

Decía así el llamado *bando de lutos*:



«Manda el Rey nuestro Señor, y en su Real nombre los Alcaldes de su Casa y Corte, que en conformidad de lo prevenido, así en la Real Pragmática Sanción, publicada en esta Corte, como también en las Reales re-

soluciones que por el Rdo. en Cristo, Padre Obispo de Cartagena, Gobernador del Consejo, se han comunicado á la Sala, los lutos que se pusiesen por muerte de personas Reales sean en esta forma. Los de los hombres, vestidos negros de paño ó bayeta con capas largas, los que las usaren; y los de las mujeres, de bayeta si fuese en invierno, y en verano de lanilla. Que á la familia de los vasallos de cualesquiera estado, grado ó condición que sean sus amos no se les den ni permitan traer por muerte de personas Reales, pues bastantemente se manifiesta el dolor y tristeza de tan universal pérdida con los de los dueños. Que los lutos que se pusieren por muerte de cualquiera de los vasallos de S. M., aunque sean de la primera nobleza, sean solamente vestidos negros de paño, bayeta ó lanilla; y sólo los han de poder traer las personas parientes del difunto en los grados próximos de consanguinidad y afinidad, como es por padre ó madre, hermano ó hermana, abuelo ó abuela ú otro ascendiente, ó suegro ó suegra, marido ó mujer, ó el heredero, aunque no sea pariente del difunto: sin que se puedan dar á los criados de la familia del difunto, ni á los de sus hijos, yernos, hermanos ni herederos; de suerte que no se pueden poner lutos ningunas personas de la familia, aunque sean de escalera arriba. Que los ataúdes ó cajas en que se llevasen á enterrar los difuntos no sean de telas ni colores sobresalientes, ni de seda, sino de bayeta, paño ú holandilla negra, clavazón negro pavonado y galón negro ó morado, por ser sumamente impropio poner colores sobresalientes en el instrumento donde está el origen de la mayor tristeza; y sólo se permite que puedan ser de color, y de tafetán doble, y no más, los ataúdes ó cajas de los niños hasta salir de la infancia, de quienes la Iglesia celebra misa de ángeles. Que no se vistan de luto las paredes de las iglesias ni los bancos de ellas, sino solamente el pavimento que ocupa la tumba ó féretro y las hachas de los lados, y que solamente se pongan en el entierro doce hachas ó cirios con cuatro velas sobre la tumba. Que en las casas del duelo solamente se pueda enlutar el suelo del aposento donde las viudas reciben las visitas del pésame y poner cortinas negras, pero no se han de poder colgar de bayeta las paredes. Que por cualesquiera duelos, aunque sean de la primera nobleza, no se han de poder traer coches de luto ni menos hacerlos fabricar para este efecto, pena de perdimiento de los tales coches y las demás que parecieren convenientes, las cuales quedan al arbitrio de los jueces; y á las viudas se les permite andar en silla negra, pero no traer coche negro en manera alguna; y también se les permite que las libreas que dieren á los criados de escalera abajo sean de paño negro llanas, sin que por ninguna persona de cualquier estado, calidad ó preeminencia que sea, pueda traer seis mulas ni caballos en los coches dentro de la Corte y cercas de esta villa; y sí sólo en los paseos públicos

fuera de la Corte, saliendo de ella con cuatro, y sin que las otras dos se puedan llevar por las calles detrás de los coches, sino que salgan delante á esperar á sus dueños fuera de las puertas por donde hubiesen de salir al campo; lo que no se entiende con los que van ó vienen de camino, porque éstos han de poder entrar y salir con seis mulas, sea corto ó largo el viaje que ejecuten, comprendiéndose en ellos los que van y vienen á los sitios Reales, pero con tal de que los cocheros lleven y traigan puestas casaquillas cortas, ó los coches zaga atrás ó delante de ellos, aunque sea solamente de las cabezadas, ú otra alguna divisa que acredite el que van ó vienen de camino; lo cual se ha de cumplir inviolablemente, bajo las penas impuestas por la misma Real Pragmática y las demás que parecieren convenientes; y de las personas que cometieren semejantes excesos, sean de cualesquiera clase, se dará cuenta á S. M. Y para que llegue á noticia de todos y ninguno pueda alegar ignorancia, se manda publicar por *vando* y que de él se fijen copias en los parajes acostumbrados de esta corte.

»Y lo señalaron en Madrid á 14 días del mes de mayo de 1780. Está rubricado.

»Es copia del *Vando* original, que lo queda en la escribanía de gobierno de la sala, á que me remito y de que certifico, y lo firmo en Madrid á 14 días del mes de mayo de 1780.»





CUADRO OCTAVO

UN VISITÓN

No estoy arrepentido ni ha de pesarme el haber puesto otro lienzo para bosquejar este asunto.

Era mucha gente y no hubiese cabido toda en aquel cuadro.

Porque el visitón no es un hombre que visita mucho, como es tragón el que mucho traga; ni un hombre que visita poco, como es pelón el que tiene poco pelo. Anarquía del sentido común lingüístico, y de que aún no se ha dignado darnos explicaciones su merced la señora Madre Lengua, ni su dueña quintañona la Academia Española, señora muy principal y de muy altas prendas y circunstancias que, sin embargo, tiene á la puerta de su establecimiento un rótulo, que no le inventara más llamativo el charlatán Dulcamara. A ser verdad lo que tiene escrito en la fachada de su tienda, vende ella unos polvos que ni los de Segovia en punto á *limpiar, fijar y dar esplendor*. Pero mientras no se digne hacer ninguna de estas tres habilidades, no ha de lograr gran número de parroquianos.

Visitón, y vuelvo á mi cuento con permiso de la Academia, es más que un visitero y más que un visitador, y más que un visitado, y más que una visita, y más que dos, y más que una docena. Es un gran círculo de visitas y visiteros, de visitados y visitadores, en el que apenas se sabe quién es el que se visita ni quién el que se deja visitar.

Hay, sin embargo, en cada uno de esos visitones muchas personas que hacen y pocas que padecen; tan pocas, que á veces basta con una: el visitado, por ejemplo.

Con sólo que él ó ella tenga la debilidad de recibir de noche en su casa á los que precisamente salen á eso de las suyas, ya tienen ustedes armado el *visitón*.

A las cinco de la tarde en invierno llegan á la casa las primeras visitas, que son siempre los amigos de más confianza. El resto de la tertulia no acude hasta las seis, hora en que empieza el *visitón*.

Hasta ese momento los amigos que acudieron temprano y los amos de la casa que se ahorraron de acudir, porque estaban allí desde las cuatro, hora en que volvieron de paseo, no están ociosos.

Rezan el rosario en familia; piden luego á Dios por las necesidades de la Iglesia Católica Apostólica Romana, por la salud del monarca y su real familia, por la extirpación de las herejías, por la paz y concordia entre los príncipes cristianos y por las necesidades particulares de cada familia. Bien que para éstas hay un rosario especial de San Cayetano, en el que cada *Pater noster* lleva este suplemento petitorio: *Glorioso San Cayetano, muéstranos vuestra providencia*.

No todos los de la tertulia suelen rezar el rosario arrodillados, pero todos se arrodillan al comenzar la letanía y no se alzan del suelo hasta que el amo de la casa recoge el rosario, se santigua con él, le besa y le da á besar á todos los presentes.

Entonces quieren soltar todos á la vez cuanto han pensado, mientras parecía que no pensaban en otra cosa que en las oraciones que decían, y el amo de la casa, sacando uno de sus relojes, dice:

—¡Cáspita!... las seis menos cuarto son ya! ¡En broma, en broma, hemos gastado un cuarto de hora más que ayer! ¡Y parece que dos dieces más que tiene *la Corona* son una friolera!

—No consiste en los dieces—replica un amigo,—sino en que nos ha ido usted encajando una sarta de necesidades que yo creí que no acababa nunca.

—¡Qué aprensión!—responde el amo.—Las mismas de otros días.

—No tal: ayer, sin ir más lejos, no rezamos la *Salve* por la salud del obispo de Cartagena, ni el *Padre nuestro* por el alma del difunto rey don Carlos III (q. D. h).

—¡Calle! ¡Usted lo advirtió y no dijo nada!... ¡Habrá pícaro!—exclamó el amo de la casa sonriendo.—Yo me acordé cuando estábamos cenando, y al dar gracias de sobremesa añadí las dos cosas que se me habían olvidado al rezar el rosario.

—También yo las recé luego, porque tampoco lo advertí en el acto del rosario. Pero luego no sé qué jugada ocurrió en el mediator, y dijo D. Serapió: «Gran cosa hará usted en ganar con esas cartas..... Así se las ponían al difunto Carlos III.» Y entonces me acordé que no le habíamos rezado.

—¿Y del obispo de Cartagena—preguntó el amo de la casa—cómo fué el acordarse?

—Porque cuando fuí á casa me dijo mi esposa que estaba mejor su señoría Ilma., y que así se lo había dicho la sobrina del ama, loca de contenta, porque así no se retardaría su boda.

—¿Se casa aquella chiquilla?—preguntó uno de los presentes.—Es demasiado joven.

—Pues él también es un muchacho, que cuando mucho habrá cumplido, tal vez no, los treinta años.

—Mal hecho—dijo el otro tertuliano.—Se van á llenar de chiquillos.

—Niña—interrumpió el ama de la casa dirigiéndose á su hija, joven de veinte años,—vete allá fuera. Las niñas no pueden oír ciertas cosas.

La niña obedeció, y es fama, aunque la fama miente algunas veces, que se quedó detrás de la puerta para ver si era verdad que no podía oír lo que acaso no hubiera oído habiéndola dejado quieta.

Y lo primero que oyó fué lo que dijo su madre, satisfecha de aquel rasgo hecho por la buena educación de su hija.

—Está una en brasas con estas muchachas—dijo.—Yo no sé algunas madres cómo las dejan enterarse de todo y estar en todas partes.

—Porque ahora—dijo uno de los presentes—se da una educación fatal á la juventud. Yo me acuerdo que en mis tiempos ninguna muchacha soltera se presentaba en los saraos ni en las visitas, y si alguna vez lo hacían era con una modestia y un recogimiento que daba gusto. Alzar ellas los ojos del suelo sin que se lo mandara su señora madre, era imposible. Hablar, aun cuando las preguntaran, sin pedir permiso á sus padres, eso no lo veía usted jamás.

—¡Pues váyales usted á las niñas de ahora con esas canciones!..... La que más y la que menos á los veinticinco años ya tiene galán que la mire y la haga la rueda, y sabe cantar tonadillas y bailar contradanzas. Yo les digo á ustedes la verdad, estoy asustado.

—No será por lo que hace tu hija—replicó la madre;—que yo, en buen hora lo diga, no la dejo ni tanto así de libertad.

—Haces lo que debes.

—Es que como dices que las niñas de ahora hacen esto y lo otro, y parece que todas son iguales, por eso te he replicado. Por lo demás, tienes razón en decir que hay mucho desenfreno.

—¡Eso es espantoso!—exclamó uno que había callado hasta entonces.

—¿Pero qué ha de suceder con la educación que ahora se les da en las *pensiones*? Lo primero que las enseñan, parece que les falta tiempo, es á leer y á escribir, y luego á bordar y á tocar el salterio.

—La lectura les hace mucho daño.

—¡Ya lo creo que les hace, y grande, y no á ellas solas, sino que también á los hombres les perjudica el saber leer! Y desde que el Santo Oficio va alzando la mano en la prohibición de dichas obras, está muy expuesta la juventud. En fin, para probar á ustedes el afán que se ha despertado por aprender á leer y escribir, les diré que el otro día tuve la curiosidad de leer una representación que elevaban á S. M. los gremios de artesanos, y de cincuenta y uno que eran los veedores, ¡pásmense ustedes!, sólo había veintiocho que no supiesen firmar.

—Es mucho lo que va cundiendo esa afición.

—¿Pero qué se extrañan ustedes de eso?—replicó el amo de la casa.—En Madrid está la corte, y es natural que suceda lo que ustedes dicen; pero en las provincias está pasando lo mismo. Poblaciones miserables que no tienen mil fanegas de término, se dejan morir de hambre antes que despachar al maestro de escuela.

—¡Despedirle!....—gritó uno de los concurrentes.—¡Pues si hay pueblo que quiere tener dos escuelas en vez de una!

—Hacen bien—repuso con tono irónico el amo de la casa;—que aprendan á leer y á escribir, que hay falta de obispos. ¡Al demonio le ocurre establecer escuelas de primeras letras en los lugares pequeños! Así se despiertan ambiciones y los hijos de los jornaleros quieren hacerse letrados eruditos.

—Y mientras tanto—replicó uno de los concurrentes—anda la agricultura como Dios quiere por falta de brazos.

—En cambio sobran sabios—repuso el amo de la casa, siempre con tono irónico.—¡Ya verá usted dentro de poco tiempo qué bien estamos! Todos seremos hombres de letras y no habrá quien quiera coger un azadón ni dar una puntada. Es muy natural, es muy natural. S. M. ha tenido la bondad de hacernos á todos iguales.... y á nadie se le pregunta quién es para enseñarle á leer y á escribir.

—No sea usted exagerado, amigo mío, que no es tan fácil como usted se figura el hacerse hombre de letras. Bien se conoce que no tiene usted hijos.

—Pero tengo sobrinos.

—¿Y ha pensado usted en darles carrera?

—Sí, señor, que he pensado; pero ¿qué quiere usted decir con eso? ¿Puede nadie comparar mi familia con la de esos pobres jornaleros que no tienen ni un palmo de tierra sobre que caerse muertos?

—No lo digo por eso—replicó el amigo del amo de la casa,—y ya sabe usted que yo, menos que ningún otro, puedo dudar de que ustedes son de la sangre azul. Me acuerdo de lo que mi señor padre (Dios le tenga en su santa gloria) decía, hablando del abuelo de usted y á propósito de su nobleza....

—¿Qué decía?—preguntó con orgullo el dueño de la casa.

—Que después de Dios, la casa de Quirós; y como ustedes creo que tienen algún parentesco con el linaje de los Quirós....

—¡Vaya si tenemos! Pregúnteselo usted á mi sobrino, que ha tardado más de un mes en arreglar sus pruebas para ir á estudiar á la Universidad de Alcalá. Y no porque tuviese ningún tropiezo en ellas; sangre azul por los cuatro costados y veinticinco árboles genealógicos todos entroncados con el nuestro.

—Pues bien: ahí tiene usted lo que yo decía; esas pruebas que exigís á los estudiantes me parecen excusadas. Tenga él deseo de aprender y disposición para el estudio, y aunque sea hijo del pregonero....

—¡Jesús, qué máximas!....—dijeron á la vez todos los presentes.—¿Dónde ha aprendido usted esa doctrina?

—En ninguna parte; pero creo que los hombres son hijos de sus obras, y que un muchacho honrado, de buena vida y costumbres, dócil y aplicado, debe aspirar á seguir una carrera.

—¡Hola!.... Ya transige usted con que atestigüen la buena conducta y....

—¿Quién lo duda? A lo que yo me opongo es á que se le pregunte si su padre y su abuelo fueron nobles al que no pretende ser noble, sino abogado, médico ó boticario. Si él tiene talento, aunque haya nacido de padres pobres, podrá llegar á ser un sabio.

—En este caso y siguiendo las máximas de usted, el certificado de buenas costumbres es inútil también: puede ser un pillo y tener un gran talento.

—No es posible.

—¿Por qué no?

—Porque el verdadero talento consiste en ser hombre de bien.

—¿Y si no tiene el talento verdadero, sino el falso?—dijo el amo de la casa sonriendo.

—Entonces.... Pero hablemos de otra cosa, porque usted se ha propuesto llevarme la contraria en esta cuestión.

—No tal, lo siento como lo digo; usted y yo no lo veremos porque somos viejos; pero nuestros hijos han de ver cómo llega un día en que será tal el enjambre de abogados y de médicos, que se han de defender y curar los unos á los otros.

—Eso se remedia de otro modo.

—¿Cómo?

—Dejémoslo para más adelante, porque oigo pasos y creo que ya van llegando los tertulianos.

—No será extraño—dijo el amo de la casa,—porque ya habrán dado las..... justo y cabal, las siete menos cinco minutos—añadió mirando el reloj.

Y alzándose en pie se volvió á sus amigos y les dijo:

—¡Ea! Vamos al estrado, que allí estarán las señoras, y si tardamos dirán que somos inciviles.

Los amigos le siguieron y entraron todos en un salón modestamente alhajado, en medio del cual había una mesa de nogal con tapete verde, extendido sobre un brasero de cobre rojo con tarima de hierro blanco.

La señora de la casa ocupaba la presidencia de aquel conclave, dando la izquierda á las damas y la derecha á los galanes, ó viceversa; que aunque era cuestión *política* la de sentarse las hembras á un lado y los varones á otro, tanto daba patas arriba como patas abajo.

No prescribía la *rúbrica* de los visitones quiénes habían de sentarse á la derecha ni quiénes á la izquierda; pero sí decía que las señoras no pudiesen sentarse entre los caballeros y que se dividiesen en bandos de romanas y cartagineses. Y tal era el rigor con que se observaba la etiqueta, que una apostasía en cuestión de tanto bulto habría parecido un grave desacato á la sociedad toda. Ni á ellos ni á ellas les estaba permitido pasarse de izquierda á derecha ni de derecha á izquierda, y tenían precisión de permanecer fieles á los bandos en que les colocaba la política de la época, ora estuviesen en mayoría ó no. El centro en todas esas asambleas caseras le ocupaba la famosa copa de cobre que descansaba sobre un trípode del mismo metal, y de la cual solían decir aquellas gentes que era su verdadero amigo y que nadie hacía mejor compañía que ella.

En la casa donde estamos no era, sin embargo, una copa la que contenía el fuego sacro de los sacerdotes y de las vestales que allí se habían reunido, sino un brasero cuadrado con su tarima de la propia forma y al cual arrimaban sus pies todos los tertulianos menos las doncellas.

A estas últimas teníanles prohibido sus madres, no el dejar de sentir frío en los pies, sino el procurar que entrasen en calor por medios deshonestos.

¿Y qué mayor deshonestidad para una joven que el estirar las piernas más allá de lo que permitía el zagalejo, que entonces, á pesar de no haber barrenderos de villa, ni aun así se usaban largos? Las niñas solteras bien educadas no podían estar delante de gentes ni aun á solas (esto Dios y ellas lo sabrían) sin observar los preceptos siguientes:

1.º Sentarse modestamente, con las piernas juntas, la ropa recogida, la cabeza ni muy alta que indicase descaro, ni baja hasta el punto de parecer hipocresía; los ojos bajos, los brazos pegados al cuerpo y las manos sobre la cintura.

2.º No jugar nunca el espinazo, ni hacer uso del respaldo del taburete, y permanecer constantemente derechas y erguidas como si fueran forradas de una sola pieza.

3.º Cuidar de que el zagalejo no dejase asomar ni la punta del escarpín de tabinete; y por último, no cruzar jamás las piernas ni hacer con ellas el menor movimiento.

Para las madres era una zozobra continua el hacer que las niñas observasen todas esas reglas de buena crianza, y pisada había para la que se descuidaba en lo más mínimo que valía cualquier dinero.

¿Pues qué diremos de los pellizcos? Los había preventivos, de apremio, de recargo, de contumacia, y por último, de retortijón.

¡Oh! Estos, sobre todos, eran los más terribles. El más modesto no se contentaba con menos que con ser *cardenal* á las tres horas de haberse hecho pellizco. Y los había tan crueles, que no quedaban satisfechos sin el derramamiento de sangre.

Algunas veces solía suceder que por haberse colocado la hija á mucha distancia de la madre, se ahorraaba ésta de jugar los pies y las manos, aunque aquélla diese motivo de ser reprendida; pero esto redundaba de seguro en perjuicio de la pobre niña, que pagaba con usura más tarde lo que una y otra mirada de su señora madre la ofrecieron temprano.

En nuestro visitón guardan todas la mayor compostura, y no creemos que den lugar ni aun á ser intimadas.

Cierto es que están allí las jóvenes mejor educadas de la corte.

Empiecen ustedes porque la mujer de D. Leandro ha llevado consigo á sus dos hijas; sus dos hijas Gregoria y Ruperta, que son el modelo de la honestidad y del pudor; obedientes como ninguna otra, modestas hasta parecer hipócritas y virtuosas hasta poder pasar por santas en caso de apuro.

Nadie las ha visto asomarse al balcón en día de trabajo, cosa que podrían haber hecho con sólo pedir á su madre la llave y que esta señora se la hubiese querido dar; no habrá quien diga que en los días de ayuno las vió comer á deshora ni una golosina de las que el ama de llaves tenía guardadas en la despensa; no han dejado un solo día de besar la mano á sus padres antes del desayuno; nunca les han dirigido la palabra sin ser preguntadas, ni respondido sin decir á cada palabra el *su merced perdone* ó el *su merced me dipense*; y por último, no habrá un hombre que pueda gloriarse de tener una carta escrita por ninguna de ellas. Cierto es que sobre no saber *notarlas* (y esto era entonces una ciencia

al alcance de pocos), no había en la casa más tintero que el de la escribanía de plata de su señoría el antiguo consejero de Castilla, y en el despacho de su señor padre no les estaba permitida la entrada; pero aunque hubiesen sabido manejar la pluma para algo más que para copiar las muestras de Torío y tenido á su disposición todos los tinteros del Tostado, que debieron ser muchos, no habrían escrito cartas á ningún hombre.

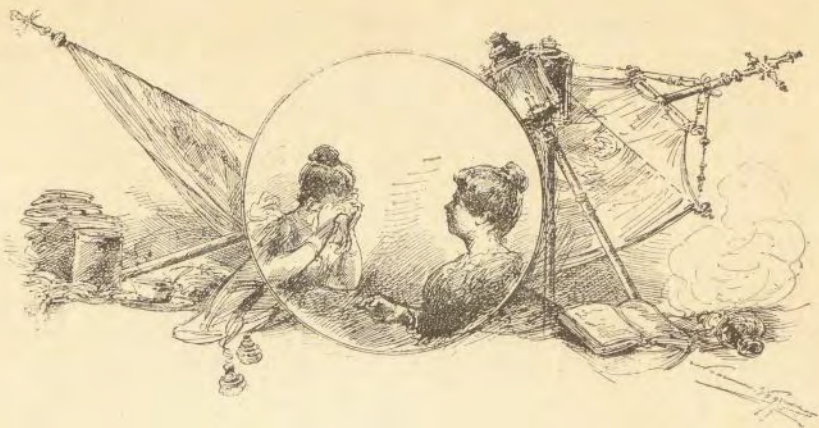
Las demás doncellas que había en la tertulia eran por el mismo estilo, y sólo una merece que la consagremos anticipadamente cuatro palabras.

Es una joven de veinte años, huérfana de padre y madre y que está bajo la tutela de un hombre que no sabemos si antes de tener pupila sería lo mismo, pero que después de tenerla era como todos los tutores, receloso, desabrido, y aun áspero y aun casi brutal. Esta última sospecha biográfica no es nuestra; casi podemos decir que es del interesado. Cuando dejaba de hacer alguna cosa buena, que era á menudo, decía que era *un bruto* por no haberla hecho; cuando hacía algo malo, y esto era siempre, decía que era *un bruto* por haber tardado tanto en hacerlo. Era viudo sin hijos, á cuya orfandad debió el ser nombrado tutor de la pobre niña, y como no tenía otra cosa de que ocuparse que de su pupila, lo hacía con tal asiduidad que edificaba á todos menos al ídolo del edificante.

Este ser desgraciado no tenía más desahogo que tres horas en cada semana. Las tres horas que duraba el visitón de nuestro amigo, á cuya tertulia la llevaba su tutor todos los domingos.

En el cuadro próximo verás, lector, lo que era el visitón y el desahogo.





CUADRO NOVENO

PASATIEMPOS HONESTOS

El error en que vive el hombre de que no es él sino el tiempo el que pasa y no vuelve, es tan antiguo como el hombre mismo.

Cuando vió que el tiempo era callado y sufrido, creyó que impunemente podría cargarle de años y de siglos, y aunque no le ha visto echar una sola cana, le sigue acumulando soles que es una bendición de Dios.

Impórtale poco al tiempo esa manía del hombre, y al ver que se congratula por haber vencido uno ó más años, los años aparentan dejarse vencer, y á guisa de comediantes hacen que se van y vuelven; pero ni vuelven ni se van, sino que permanecen inmóviles y fijos, riéndose á sus solas de los relojes y de los calendarios.

El error del hombre es por lo tanto eterno, y pasa la vida creyendo no pasarla ni consumirla y antojándosele á cada instante que éstos se le van de entre las manos sin darle ni aun ocasión de llorar su partida.

Constantemente dice que él *mata al tiempo*, y el tiempo, que le asesina, sigue callando y viviendo, sin darse por entendido del pequeño David que pretende habérselas con un Goliat vulnerable y vencible.

Pareciéndole formidable el enemigo y convencido de que no podría rematarle de una sola estocada, le subdividió en multitud de fracciones

para debilitarle, imaginándose que algún día llegaría á herir la última.

Ese día está ofrecido, pero aún no ha llegado, y el hombre se deja pasar por el tiempo, muriendo impenitente en sus ilusiones.

Hay sin embargo diferentes maneras de matar el tiempo, y allá en los años, no de Mari-Castaña, como dice el vulgo, ni en los del rey que rabió, como dice el vulgo también, sino en los últimos del reinado de un monarca que murió tranquilamente y sin el menor síntoma de hidrofobia social ni política, había pasatiempos más ó menos honestos, según eran más ó menos púdicos aquellos pudorososísimos personajes.

Oyendo pláticas religiosas, corriendo liebres profanas, asistiendo á procesiones y rogativas, ó bailando minuets y alemandas, solía matarse el tiempo entonces, sin que á los que así gastaban la vida se les pudiera acusar de deshonestos, sino que por el contrario eran tenidos por gente púdica y morigerada. Ni á Dios ofendían ni al prójimo escandalizaban, y vivían alegres y contentos, sin sospechar que estaba á punto de escapárseles el contento y la alegría. Era para ellos el HOY de 1850 lo que es para nosotros el MAÑANA de 1899: una especie de tierra desconocida á la que no creían abordar jamás, sin pensar que su propia vida era el Colón que al nuevo mundo les llevaba. El mañana de AYER era una tierra de promisión que veían en lontananza, y aquella humanidad corta de vista, como ésta y como la otra, sólo miraba en derredor suyo para pensar en sí propia.

Por eso, á venga lo que viniere, olvidada de que ella era la única que se iba, mataba las horas con entretenimientos de la mayor honestidad.

Allá en su vida privada pasaba lo que Dios quería y lo que sólo Dios sabe; pero como nosotros no tenemos intenciones tan recónditas, habremos de ocuparnos de solos los actos públicos de aquella sociedad privada, que sin quererlo ni pensarlo ha sido madre, y madre muy fecunda, de todos los publicistas presentes.

Sus honestos pasatiempos son el asunto de este cuadro, y ya que con la indulgencia del lector hemos llegado á casa del noble descendiente del antiquísimo linaje de los Quirós, quedémonos en ella para gastar honestamente tres horas en pasatiempos de la mayor honestidad.

Las damas, como ustedes saben, no están revueltas con los galanes, y esta es ya una precaución honestísima, de la que ha de sacar grandes ventajas el pudor de los tertulianos y la moral pública sobre todo.

Porque la moral pública, y perdónenme ustedes esta noticia necrológica, era un personaje muy considerado en aquella época y al cual rendían culto, más ó menos sincero, en todas partes. Gozaba al parecer de completa salud, aunque se decía que ya había contraído algunas enfermedades; pero la mortal la adquirió más tarde á consecuencia de los vientos del Norte que reinaron en España, cuando estaba convaleciente de una

pulmonía francesa que contrajo por haberse dormido en 1808, dejando abierta la ventana que daba á los Pirineos; pero rebosaba salud en la época de que hablamos, y presidía el visitón de nuestro amigo para que los entretenimientos fuesen honestos y comedidos.

D. Narciso Ceremonial fué el último de los amigos que llegó á la tertulia, y ya el amo de la casa había hecho notar su ausencia diciendo:

—¡Mucho tarda D. Narcisito; si estará peor su tía!... Ayer tenía una jaqueca horrible y calentura.

—No lo creas—repuso el ama de la casa;—está ya muy buena.

—¿Mandaste recado para saber cómo estaba?

—No; pero sé que está buena, porque con los parches de tacamaca, el gorro de Santa Polonia y la tierra del pozo de Santo Domingo se cura, no digo yo esa jaqueca, que es más aprensión que otra cosa, sino un tabardillo.

—De suerte que si ha tomado la tierra.....—dijo uno de los tertulianos.

—¿Pues qué ha de hacer sino tomarla? Yo se la dí con esa condición; y por cierto que apenas tengo para otra toma.

—¿Has concluído ya la que te mandaron las monjas?—dijo el amo de la casa asombrado.

—Y una caja que me dió después el padre vicario.

—¿Es posible?

—¿De qué te asombras? Tú tienes la culpa; siempre estás ofreciendo tierra á todos los amigos.

—No me gusta ver sufrir á nadie, y cuando uno sabe que echar una cucharada de tierra en el caldo y quitarse la calentura es todo obra de un momento, sería una crueldad negarse á hacer ese bien á los enfermos. Y á propósito, ¿cómo van las hilas para el hospital? ¿Te mandó los trapos doña Mónica?

—¿Quién hace caso de doña Mónica!—replicó el ama de la casa.—Si yo hubiera estado aguardando á que me vinieran los calzoncillos de su marido, no tendría ni dos onzas de hilas hechas.

—¿Cuántas tienes ya?

—Seis libras.

—Perdone su merced—repuso una de las hijas;—no hay más que cinco y media.

—Nadie la pregunta á usted cuántos años tiene—dijo la madre incomodada;—y agradezca á que están aquí estos señores; que si no, la había de tener de rodillas y en cruz hasta mañana. ¡Oiga la bachillera! Cuando su madre de usted dice una cosa, no se contradice, porque las madres tienen siempre razón. ¿Ha visto usted á ninguna niña de su edad que hable sin que la pregunten? Bien haría usted en tomar ejemplo de Gregorita y Rupertita, que siempre están calladas y con los ojos bajos.

—De todo tiene la viña del Señor, mi señora doña Tecla; ¡y si usted supiera lo que yo trabajo para conseguir que estén aquí como usted las ve!—dijo la madre de Gregoria.

—En eso no me ganará usted á mí por mucho que haga; y si mi hija falta, no será porque vea en su casa otra cosa que buenos ejemplos, y....

—Lo creo muy bien.

—Es que muchas personas se figuran que los padres tienen la culpa de ciertas faltas de los hijos, y....

—¡Eh! ¡Basta!—repuso el amo de la casa.—Tú también eres demasiado rígida y no la dejas respirar. Mal hecho es que te replique; pero si efectivamente te has equivocado y no son seis las libras de hilas, ¿qué tiene de particular que la chica te lo haya advertido? No llores niña, no llores.

La niña que lloraba tendría escasamente veinticinco años, y aún le sentaban bien las lágrimas. La madre rayaba, al lado allá de la raya, por supuesto, en los sesenta, y estaba autorizada para tener mal genio y para exaltarse con las palabras de su esposo, á quien replicó:

—Eso faltaba, que tú la dieses la razón; de ese modo es imposible sacar partido nunca; con las alas que tú le das se cree ella autorizada á desobedecerme. Pues no será así mientras yo viva. ¡Niña, venga usted á pedirme perdón de rodillas!

La niña seguía llorando sin moverse de su asiento, y el padre le dijo:

—Anda, hija mía, ves á pedir perdón á tu madre.—Y dirigiéndose á ésta, añadió:—¡Tienes unas aprensiones, que ya! Ahora delante de todos estos señores la haces avergonzar, y....

—Se avergüenza, ¿eh?... La vergüenza debió haberla tenido para no replicarme.—Y dando la mano á la niña, que se arrodillaba en silencio á besarla, añadió:—¿Cómo se dice?...

—¿Me perdona su merced?—dijo la joven en voz baja.

—Más alto, que no lo oigo.

—¿Me perdona su merced?—repitió con voz más alta.

—Sí, señora, ya está usted perdonada; pero cuidado con lo que se hace otra vez. ¿Volverás á replicarme?

—No, señora—dijo la joven, y se alzó del suelo dirigiéndose hacia las habitaciones interiores; pero su señora madre la detuvo, diciéndole:

—Aquí quieta, y pronto á enjugarse los ojos; ¡que no vuelva yo á ver una lágrima! Ese lloro es de soberbia.

La joven obedeció, y la tertulia quedó en silencio un breve rato, hasta que D. Narciso entró en la sala marchando sobre las puntas de los pies y preguntando con aire de misterio:

—¿Hay algún enfermo?

—No, gracias á Dios—repuso el amo de la casa.

—Pues chasco se lleva el sordo que hubiese querido oír lo que ustedes hablaban. ¡Qué silencio tan profundo!

—Estábamos de luto por la ausencia de usted—dijo uno de los tertulios con tono de burla.

—Si usted hubiese ido á su obligación, se habría ahorrado la pena de llorarle ausente, porque hubiésemos estado juntos—repuso D. Narciso.

—¿Dónde?

—En el *rosario cantado* de la Pasión.

—Verdad es que nos tocaba esta noche. ¿Y usted no ha ido tampoco?

—Sí tal.

—¿Pues qué hora es que ya se ha concluído?

—Temprano; pero es que ha sucedido un acontecimiento muy desagradable, un escándalo que me tiene horrorizado.

—¿Estaba bebido alguno de los que llevaban los faroles?... ¿Se ha escapado el que llevaba la *pedidera*?—dijo el amo de la casa sonriendo.

—¡Ojalá!—exclamó D. Narciso.—Lo que ha sucedido es mucho peor.

—Pues ¿qué ha sucedido?

—Que apenas habíamos entrado en la calle de Toledo, cuando el que guiaba se empeñó en ir por la calle del Burro, y como saben ustedes que cada noche hay calles marcadas, el sacristán que leía los *misterios* se opuso, disputaron, los hombres que llevaban los faroles los arrimaron á la pared llamando á talones, y yo que iba con el estandarte me entré en San Isidro para evitar una irreverencia.

—¿Qué escándalo!—exclamaron todos los presentes.

—¿Y no se castigará esa infamia?

—Creo que sí, pues el alcalde del cuartel tiene ya noticia del hecho.

—¿Y no pudieron ustedes volver á organizar la procesión?

—Sólo pensamos en sustraer el estandarte y los faroles de las miradas del público, que se agolpó allí con la curiosidad de costumbre.

Un viejo que no había hablado hasta entonces, se acercó al amo de la casa y le dijo:

—¡Ve usted cómo tengo razón al decir que la sociedad está pervertida!

—Pero hombre, ¿eso es un hecho aislado!

—Aislado, ¿eh? ¿Usted lo cree así? Pues yo no. Eso tiene sus ramificaciones y trae su origen de Francia. ¡Cuando le digo á usted que aquí tenemos logias, y logias de *Flamasones*!

—¡Calle usted, hombre, no diga usted esas cosas; estremece pensarlo!

—El tiempo lo dirá.

Mientras así hablaban los dos viejos, D. Narciso saludó una por una á todas las señoras de la tertulia, y fingiendo equivocarse hizo ademán de sentarse entre ellas, excitando así la hilaridad de doña Tecla, que le dijo:

—No sea usted malo, D. Narcisito.

—Disimule usted, mi señora doña Tecla, me había equivocado.

—¡Qué lástima!

—Como soy corto de vista....

—¿Y qué falta hace la vista para saber dónde debe usted sentarse?....

¿No están ustedes todos los días en el mismo sitio?

—¡Soy tan flaco de memoria!...—dijo D. Narciso riendo.

—Le daremos á usted unos palitos de pasa—repuso doña Tecla.

—Y unas gafas—añadió otra de las damas de mayor edad.

—Pues mire usted, falta me hacen—dijo D. Narciso,—y harto siento no haber aprovechado una ocasión que tuve hace dos años para encarlas á París.

—¿Y saldría usted con ellas á la calle?—dijo doña Tecla.

—¿Por qué no?

—Pues ¿qué edad tiene usted?

—¡Pero señora, si la vista no tiene nada que ver con la edad!

—¿Cómo que no? ¿Cuántos jóvenes ha visto usted con gafas?

—Muchos.

—¿Sí? Cíteme usted uno, uno solo.

D. Narciso estuvo recapacitando un rato, y por último dijo:

—En este momento no me acuerdo de ninguno, pero hay varios.

—Está usted equivocado, amigo—replicó el amo de la casa.—Yo tengo más años que usted y no me acuerdo de nadie que saiga á la calle con gafas. Y en visita mucho menos. Sería una falta de respeto imperdonable.

—No crean ustedes que yo estoy muy decidido á usarlas aunque las tuviera, pero también es muy triste privarse de ver lo que todos por no faltar al decoro y....

—El decoro sería lo de menos—repuso un tertuliano;—¿pero qué idea quiere usted que se forme de un joven que lleva esa máquina sobre las narices? Lo mejor que se puede creer es que esté enfermo de los ojos.

—Pues yo he oído decir que Quevedo, el que sacaba tantos versos de su cabeza, llevaba anteojos.

—Bien, ¿y qué?

—Que no estaba enfermo.

—¡Ya! Pero Quevedo era un sabio.

—Verdad es—replicó D. Narciso.

—Conque es decir—arguyó un viejo al corto de vista,—¿que á usted no habrá necesidad de vendarle los ojos para jugar á la *gallina ciega*?

—No es para tanto—replicó D. Narciso algo resentido.

El amo de la casa se acercó al viejo, y dándole una palmada en el hombro le dijo en voz baja:

—Ya te entiendo, zorzal: lo que tú quisieras sería que jugásemos esta noche á la gallina ciega, para hacer lo que el otro día; pero te advierto que mi casa no es la pradera de San Isidro.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues quiero decir que aquí no se permite soltar las manos y perderse las parejas.

—Yo no hice nada de eso.

—Conque no, ¿eh? Cuando me tuvisteis con los ojos vendados y el cucharón en la mano sin tropezar á nadie, ¿estabais cogidos?

—Sí tal.

—A otro perro con ese hueso, que el que ha sido cocinero antes que fraile sabe lo que pasa en la cocina. Lo único que me extraña es que siendo un carcamal como yo, quieras hacer el galán de comedia.

—En mi afición á las hembras—repuso el viejo riendo—te aseguro que soy tan joven como cuando tenía treinta años menos que ahora.

—Pues pasaremos el rato haciendo *juegos de prendas*: ¿te acomoda?

—¿Es tan sosa esa diversión! ¡Si jugásemos al *escondite*!...

—¡Al escondite!... ¡Conque no quiero que en mi casa se juegue á la gallina ciega y querré al escondite!... No por cierto.

—Pues ¡eal, á las *cuatro esquinas*, para que entren las chicas en calor.

—No te canses, ninguno de esos juegos de movimiento permito en mi casa. Aquí nos reunimos á pasar el tiempo en entretenimientos honestos.

—¿Y es deshonesto el juego de las cuatro esquinas? En casa del presidente del Consejo de Castilla le jugábamos la otra noche.

—Cada uno en su casa hace lo que quiere; en la mía, ya lo sabes, ni más juego de cartas que el *mediator*, y no todas las noches, porque los pasatiempos diarios degeneran en vicios, y para que todos se diviertan los domingos y días de misa, juegos de prendas y no todos.

—¿Me dejas poner uno?

—Si me lo dices primero al oído, no tengo inconveniente.

—Fíate de mí—dijo el viejo riendo.

—No quiero; eres un camastrón muy grande.

—Te aseguro que no tiene nada de picante ni de verde.

—¿Y no hay ninguna palabra de doble sentido?

—Si la pronuncian bien, no.

—Pero como tú sabes que se equivocan y que por eso se pagan las prendas, ya ves que es expuesto.

—Pues les pondremos el de los *despropósitos*.

—Para decirse recaditos al oído, ¿eh?... No quiero. Yo pondré uno.

—Siempre será alguna antigualla del tiempo de Noé—dijo el viejo.

—Parece imposible que hables así, teniendo más años que yo.

—Sí, pero vivo á la moda.

—¡Calla, viejo carlanca!—repuso el amo de la casa riendo.

Y volviéndose hacia el resto de los tertulios, dijo:

—¡Ea, niñas, se va á poner un juego de prendas!

La animación que se pintó súbitamente en los semblantes, dió á conocer el entusiasmo con que era acogida tan satisfactoria nueva; y todos se frotaron las manos con alegría, á excepción de la hija de la casa, que continuaba cabizbaja y triste. Afortunadamente, á la perspicacia de la madre no pasó inadvertida la oposición pasiva de la niña, y acercándosela con disimulo la hizo esta sencilla pregunta:

—¿Estás mala?

Pero es fama (ya lo hemos dicho que la fama miente algunas veces) que no fué tan lacónica de manos como de lengua, y con la derecha la imprimió en el mollar del brazo izquierdo un ósculo de uñas, que en la noche más oscura del año le habría hecho ver todas las estrellas.

Sólo uno de los presentes, no el más viejo ni el peor mozo por cierto, se apercibió de lo que pasaba, y es fama, y fama que no miente, que sintió el dolor de aquel pellizco en las últimas entretelas de su corazón.

Sonrióse sin embargo para disimular, lo que acaso no tenía mayor traidor que el disimulo, y luego, á hurtadillas con una mirada, dirigió á la joven un billete concebido en éstos términos: «No sientas, dulce prenda, sino la mitad de ese pellizco que por entero ha recibido tu púdico brazo, porque la otra mitad ha herido el corazón de este tu fino amante.»

Leyóle la joven con media mirada, acusó el recibo con la otra media, y prometiéndose ambos con un suspiro, que sólo ellos oyeron, apartar sus corazones de la tertulía, se unieron en la apariencia á la alegría general de los tertulios.





CUADRO DÉCIMO

JUEGOS DE PRENDAS

Continuación del anterior es este cuadro, y puedo decirte, lector amigo, que para pintarle ni he necesitado cambiar los pinceles ni menos servirme de nuevos colores.

El juego de prendas es el más honesto pasatiempo que conocían los hombres de AYER, y ahora que tengo la paleta en la mano no quiero que se me escape el asunto.

El lienzo es blanco, y tanto, que casi tira á diáfano ó incoloro. Te recomiendo que para verle te pongas los anteojos más cándidos que halles en el más simple de los almacenes ópticos.

No te haré la explicación del asunto, porque quiero que veas todo el cuadro. Aun así temo que me has de preguntar al final: ¿cuándo llega la ocasión de reír?

Por si así fuere, que así será, riéte antes de leerle y me dejarás servido sin que tú quedés defraudado.

Riéte, por ejemplo, del amo de la casa que al mandar que se aproximen los tertulios á la mesa, les dice que quiere ver sobre el tapete las manos de todos.

Ó de su esposa doña Tecla, que las cuenta y recuenta sin cesar, poniéndose colorada cada vez que se equivoca y la resultan menos, á pesar de que no hay en la tertulia ningún manco.

Ó de las jóvenes, que quisieran tener en ese momento un brazo más largo que el del gigante Briareo.

Ó de las viejas, que aprovechan la ocasión de codearse con los muchachos.

Ó del tutor, de quien te hablé en el cuadro octavo, que no piensa en más juego ni en más prendas que en las de su pupila y busca las miradas de todos los jóvenes con la suya, astuta y sagaz, decidido á *poner tierra de por medio* si alguien pone los ojos en la tierra que para sí solo con tanto afán cultiva.

Y si nada de eso excita tu hilaridad, que á ser así deberás tenerla muy recóndita, guarda la risa para mejor ocasión, y dame aunque no sea más que una carcajada para el almibarado currutaco D. Narciso Ceremonial.

Si observas que cuando se dió la voz de juego acababa de acercarse á la mesa sacando del bolsillo de la casaca un enorme lío de trapos, y que arremangándose los vuelos se preparaba á hacer hilas, estoy seguro que asomará la risa á tus labios.

Y no quiero que te rías de su caritativa ocupación ni de su poca habilidad en el arte, que precisamente constituye su mayor orgullo, y desafía á las mujeres á quien rompa menos hilos, sino que puedes reírte del compromiso en que se ha de ver al día siguiente, cuando su amiga la marquesa del Sobresalto le pida la libra de hilas que le impuso de tarea aquella misma noche.

Algo habría dado el pobre D. Narciso por que no se hubiesen acordado de los juegos de prendas; pero justamente es su fuerte, y retirarse de allí para ir á continuar su tarea á otra parte sería confesarse derrotado en una materia de la que poseía vastas noticias.

Así fué que estuvo callado, mientras los unos pedían el juego de la *sortija*, los otros el *tira y afloja*, quién hablaba de *apurar una letra* y quién proponía que se jugase al *sopla-vivo*.

Se contentaba con sonreír gozoso, hasta que doña Tecla dijo:

—Señores, para poner un juego bonito, nadie como D. Narciso.

—Muchas gracias, señora—repuso D. Narciso loco de alegría y algo ruborizado;—pero los que yo sé son tan conocidos y....

—No importa, venga uno.

—Pero que no sea muy difícil—dijo una vieja;—no ponga usted palabras muy *revesadas*.

—Señora, cuanto más difícil, mejor; así se cogerán más prendas—dijo D. Narciso.

—Dejarle que piense—interpuso el amo de la casa.

—Sí, sí; piense usted un rato—le dijeron todos.

Y D. Narciso tuvo algún tiempo puesta la mano en la frente, hasta que por fin, apremiado por el amo de la casa, dijo:

—¡Ea, ya tengo uno! ¿Por dónde se empieza?

—Por las damas.

—No tal, por el que tiene usted á su derecha—dijo doña Tecla

—Pero que lo explique primero.

—Alla voy—dijo D. Narciso.

Y dirigiéndose al amo de la casa le preguntó:

—¿Tiene usted un cuerno?

—¿Para qué?—repuso sorprendido el interpelado.

—Porque se ha de pasar de mano en mano.

—¿Y es preciso que sea un cuerno?

—Se hace también con una llave ó con un abanico.

—Pues hágalo usted con un abanico; y si no hay necesidad de hablar de cuerno, mejor.

—No, señor; se puede cambiar la palabra.

—Me alegro, porque aquí hay niñas solteras, y ya sabe usted que me gustan los pasatiempos honestos. Se puede uno divertir sin ofender á Dios ni al prójimo, y es mucho mejor.

Dió el director del juego su asentimiento al amo de la casa, y dirigiéndose al caballero que tenía á su derecha, le dijo:

—Las mismas palabras que yo le diga á usted ha de decir usted al que tiene á su derecha, y todos lo mismo, hasta que vuelva á mí el abanico, que añadiré otras palabras.

—No añada usted muchas á la vez—dijo el amo de la casa,—porque aquí todos somos torpes.

—Ya lo sé—repuso D. Narciso, confirmando la lisonja que el otro acababa de hacer á las personas que le favorecían con su visita.

Y cogiendo el abanico en la mano se le presentó á su compañero diciéndole:

—¿Me compra usted este abanico?

—¿Qué tiene dentro?—le preguntó el compañero, después que D. Narciso le hubo dicho lo que había de preguntar.

—Una caja—respondió D. Narciso.

Y cuando volvió á él la rueda, añadió del mismo modo palabra por palabra las siguientes:

—«Una caja, y tras de la caja una mortaja, y tras de la mortaja un huerto, y tras del huerto un niño muerto, y tras del niño muerto un río, y en el río hay tres tablas mal encancarabijadas, llamar al encancarabijador que las encancarabije mejor, se le pagará su encancarabijadura como gran encancarabijador mayor.»

Por supuesto, lector, que como no me gusta usurpar glorias ajenas, te advierto que ese aborto del ingenio humano, tal cual le ves, no es mío. He hecho vivas diligencias por averiguar el nombre del autor, pero no he podido lograrlo; si te basta saber que es original y de los más ingeniosos que he visto en esta clase de juegos, eso es todo lo que puedo decirte.

Ni en el cuadro caben ni merecen ponerse los infinitos disparates que dijeron todos al repetir las palabras primitivas, con especialidad las últimas, y asimismo hacemos gracia al lector de la buena fe con que se rieron los unos de los otros durante el juego, que no acabó antes de una hora.

Por cada equivocación daba el delincuente una prenda, que guardaba el ama de la casa sobre su propio zagalejo, y consistía en el pañuelo del bolsillo, en las cajas del tabaco, en los relojes ó en otras cosas por el estilo.

Hubo algunos más torpes que otros, y los hubo más torpes que todos, hasta el punto de no tener ya prendas que dar en garantía de sus faltas y tenerles que anudar el pañuelo para que sirviese por varias.

Terminado el juego, se trató de *sentenciar las prendas*; pero el amo de la casa dijo que primero quería que se jugase un poco al *sopla-vivo*, y lo hizo cogiendo un papel enrollado y dándoselo encendido al que estaba á su derecha, diciéndole primero estas palabras:

—*Sopla, vivo te lo doy; si muerto lo das, prenda pagarás.*

El que lo recibió lo dió del mismo modo, y sólo pagaron prendas aquellos en cuya mano se extinguía la última pavesa.

En cuanto al entusiasmo que excitó este juego, casi me atrevo á decir que excitó más que el anterior. En lo que no tengo duda es en que fué tanto, que su recuerdo no me deja continuar escribiendo, y me veo obligado á rogar á doña Tecla que venga á soltar las prendas á un lienzo nuevo. Al próximo cuadro.





CUADRO UNDÉCIMO

LAS PRENDAS DEL JUEGO

¡Válgame Dios, lector, y cuántas veces tú y yo, y el otro y el de más allá y el de más acá y todos hemos oído decir que la humanidad es exigente y descontentadiza y que no hay modo ni manera de dejar satisfechas sus aspiraciones!

¡Cuántas veces á ti y á mí, los que á mí y á ti nos gobiernan nos han dicho que es una ciencia difícil y punto menos que imposible la de administrar los pueblos!

Cierto es que á vuelta de esas dificultades los mismos que las exageran se sacrifican y anhelan gobernarnos; pero ¡cuántas veces los que se encargan de nuestra tutela lo hacen para repetirnos la consabida copla de que no hay medio de dejarnos satisfechos ni de darnos gusto y que la humanidad es exigente y descontentadiza!

Pues ahora bien, lector: ¿quieres saber lo que hay de verdad en ese imaginado descontento y en esas tan cacareadas exigencias?

¿Quieres ver cómo la humanidad desmiente con su alegría y con su aire de satisfacción y de regocijo esos síntomas hipocondríacos que suponen descubrir en ella?

¿Quieres verla vestida siempre de color de rosa con la alegría en los ojos, la risa en los labios y el entusiasmo en el corazón?

¿Quieres convencerte de que no hay nada más fácil que darla gusto y tenerla satisfecha?

Pues no vayas al teatro, que allí, si consiguen que vaya, cosa que rara vez logran, y en vez de excitarle la risa con un sainete le dan un drama terrorífico, podrá ser que le hagan llorar; y si así fuera, no dejes de avisarme, porque tengo curiosidad de ver las lágrimas de esa señora.

No vayas tampoco á los paseos, porque la gravedad y la compostura que allí se exige no te permitirá saber si se divierte dando vueltas en tan reducido espacio.

No la busques tampoco en las calles, que allí, si abandona sus obligaciones por pararse á ver la riña de dos perros ó por oír los disparates de un borracho, avergonzada de que la veas detenerse por semejantes cosas, te dirá que no se divierte.

En ninguno de esos puntos ni en los salones de baile, dónde suda y trasuda haciendo piruetas, vayas á averiguar la verdad de lo que yo te digo.

Para convencerte de que la humanidad es buena y contentadiza, quédate en casa de mi amigo, y si no te bastare con el cuadro anterior, te hago donación, y donación perpetua, del presente.

Se va á proceder á sentenciar á los dueños de las prendas que doña Tecla tiene á su cargo, y el juez en esos casos es el último penado; pero se trata del primero, y éste no podía empezar á ser segundo ni en la sociedad que pasó ni en la que está pasando ni en la que ha de pasar.

¿Quién había de dar la primera sentencia?

Esta fué la cuestión previa, cuya solución se propuso á la tertulia.

No estaba entonces en uso ni aun descubierto en España el sistema parlamentario, y el amo de la casa, *auctoritate propria*, resolvió la cuestión mandando que sentenciara una de las damas, la de mayor edad; pero ninguna se dió por aludida, y el marido de doña Tecla repitió el pregón, dirigiéndose con la vista á su esposa.

—¿Qué quieres decirme con esa mirada?—le dijo doña Tecla.

—Yo nada—respondió el marido sonriendo.

—Es que yo te conozco, y como has dicho que sentencie la de mayor edad....

—Justamente.

—¿Y te diriges á mí?

—Como estas señoras callan todas.... creí que acaso tú.... Vamos, sé franca, ¿cuantos reyes has conocido?

—Mira, no hablemos más de esas cosas y déjate de tonterías.... Hay algunas aquí que pueden ser madres mías si se les averigua la edad.

—¿Supongo que eso no irá conmigo?—dijo sonriendo una señora de poca más ó menos edad que la de la casa.

—Yo no me dirigía á ninguna de ustedes.

—Lo creo así, porque cuando usted se casó la primera vez aún iba yo á la pensión.

—Si ya he dicho que no hablaba con ninguna de ustedes; pero lo de la pensión no es regla, porque hay mujer que de veinticinco años aún no sabe enhebrar una aguja.

—Es posible—replicó la vieja picada,—y cuando usted lo dice, apostaría á que lo sabe de positivo.

—¡Ea, no perdamos el tiempo!—dijo el amo de la casa;—y ya que no hay quien tenga más edad que las otras, que sentencie la más joven.

—Yo sentenciaré—se apresuró á decir doña Tecla;—no quiero que haya cuestiones, pero es muy ordinario el hablar de edades.

Y con la mano oculta en el pañuelo que cubría las prendas, dijo:

—Sentencio á la prenda que tengo en la mano á.... á....

—¡A qué, mujer? Dilo pronto—replicó el marido.

—Espérate, hombre: ¿crees que es una cosa tan fácil el dar la primera sentencia?

—Ya se ve que sí.... Pues para decir *que haga la esquina, ó que diga un favor y un disfavor, ó tres veces sí y tres veces no, ó que haga un ramillete, ó que diga soy, tengo y quiero.... ó....*

—Nada, nada; le sentencio á que ponga *cuatro pies en la pared*.

Una carcajada universal acogió las palabras de doña Tecla, y el dueño de la prenda que sacó del pañuelo se alzó en pie, y sin saber cómo poner los cuatro en la pared, estuvo largo rato, hasta que probando cien diversas posturas se dió por vencido.

Entonces doña Tecla cogió una silla, y arrimándola á la pared dijo:

—Así se ponen cuatro pies en la pared.

—¡Toma, eso no tiene gracia!—repuso el sentenciado;—esos son los pies de la silla.

—Pues así se hace.

—Yo creí que habían de ser mis pies.

—¿Tiene usted cuatro?—dijo doña Tecla riendo.

—No, señora; ¡pero si me pongo á gatas!....

—Vaya, ya lo sabe usted para otra vez. Ahora, como muy agraviado, ¿á qué sentencia usted á la prenda que tengo en la mano?

—A que *se ponga en berlina*—respondió sin titubear el de los cuatro pies.

La prenda que sacó doña Tecla era de su esposo, y le dijo:

—Toma, estás en berlina.

Y el amo de aquella casa, hombre de más de sesenta y cinco eneros y uno de los más altos funcionarios de la época, cogió un sitio, y sentándose en medio de la sala dijo:

—¡Ea, señores!, digan ustedes, ¿por qué estoy en berlina?

Los unos le dijeron que por feo, y su esposa reía á carcajadas; los otros que por tonto, y él mismo celebraba la agudeza; y por último, cuando volvió á su puesto, dijo:

—Pues señor, como muy agraviado, sentencio á la prenda que tienes en la mano á que diga tres veces *sí* y tres veces *no*.

Todos los tertulianos aplaudieron la sentencia como si la oyesen por primera vez, y se frotaban las manos impacientes por saber quién sería el agraciado.

Lo fué precisamente el viejo verde de quien hablamos en el cuadro anterior, y el amo de la casa le llevó á un rincón de la sala, le dejó detrás de un parapeto de sillas, cubriéndole ainda con una manta y se volvió con sus compañeros.

Agrupáronse todos para consultar en voz baja las preguntas que se le habían de hacer, y para cada una de ellas estuvieron dudando largo rato, mientras el agraviado encargaba que no le preguntasen tonterías.

—¿Oyes lo que hablamos?—le decía el amo de la casa.

—No—respondió el viejo.

—Es que si lo oyes no tiene gracia.

Y para que el lance fuera gracioso, bajaban la voz y reían sin cesar preguntándole cinco veces con tono solemne:

—¿Sí ó no?

Las contestaciones les hicieron reir infinito y alguna vez insistieron en que oía lo que le preguntaban; pero él se defendió tenazmente, y el tribunal se dió por satisfecho, hasta que llegó la hora de hacerle la última pregunta, á la que por fuerza había de responder afirmativamente.

Ninguna les parecía bien, pero en todas hallaban motivo de risa, y cuando el viejo volvió á su puesto, le dijeron:

—Hemos preguntado á usted si comería de pescado esta cuaresma, y ha contestado que *no*; si tenía callos en los pies, y ha dicho que *sí*.

—Les dije á ustedes que no me preguntaran tonterías—repuso el viejo amostazado.

—Pero hombre, ¡si todo es broma!—dijo el amo de la casa.—También te hemos dicho si tenías la bula de la Santa Cruzada, y has contestado que *no*; que si pasabas de los tres duros y medio, y has dicho que *sí*; que si te gustaban las madamitas, y has dicho que *no* también; y por último, te voy á ser franco en esto, como sabíamos que te tocaba decir que *sí*, te preguntamos adrede cosa de risa.

—¿Y qué fué ello? Sepamos.

—¿No te has de incomodar?

—No.

—Pues te preguntamos si llevas dientes postizos.

—Una majadería como tuya—dijo el viejo picado.

—Ha sido cosa de todos—repuso el amo de la casa.

—Sí; pero tú lo propusiste—dijo doña Tecla,—y ya te advertí yo que era una tontería.

—No importa: déjele usted, que él caerá alguna vez. Ahora, como más agraviado, sentencio que diga *soy, tengo y quiero*.

La prenda que sacó doña Tecla era de su hija, y la joven empezó por la derecha á hacer á cada uno de los presentes las tres preguntas citadas.

—¿Soy?—dijo dirigiéndose al joven que la había acompañado en el dolor del pellizco.

—Una madamita muy virtuosa—dijo el joven.

—¿Tengo?

—Temor de Dios.

—¿Quiero?

—A Dios y á sus señores padres de usted.

Doña Tecla quedó prendada de las palabras del joven, y la niña siguió preguntando hasta que llegó al viejo y le dijo:

—Es usted muy bonita; tiene usted un padre algo raro, y quiere usted á quien yo sé y lo callo.

La niña y su amante se pusieron muy encendidos de rubor y doña Tecla se mordió los labios de coraje, sacando una nueva prenda, cuyo dueño fué sentenciado á hacer un ramillete.

Era la víctima el propio amante de la joven, y pidiendo una flor á cada una de las señoras que allí había, dijo:

—Este ramo, atado con una cinta de color de verde esperanza, se lo regalo á mi señora doña Tecla.

Agradeciéndolo infinito la buena señora, y continuó sacando prendas, cuyos dueños fueron cumpliendo sentencias por el estilo de las anteriores.

Todas excitaron la risa de todos, y en los menores incidentes hallaban motivos sobrados para divertirse, declarando al terminarse la tertulia que habían gozado infinito y que estaban satisfechos.

Aún se quedaron reunidos más de media hora después de acabado el juego de prendas, y no hablaron de otra cosa que de los accidentes de la diversión; ocupándose de ella como podrían haberlo hecho de los detalles de una corrida de toros ó de las escenas de una comedia.

Y siendo esto verdad, ¿habrá quien diga que aquella gente no gozaba?

Y si gozaba, ¿habrá quien crea que aquellos goces eran caros ni difíciles?

No te canses, lector; la humanidad no ha salido aún de la edad infantil, y se divierte con cualquier cosa.

Casi estoy por creer, aunque es mucho aventurar, que se divierte con este cuadro.

No me pesará de que así sea, ni me daré por enojado si le gustan asimismo los anteriores y no le desagrada el siguiente.





CUADRO XII

EL DUELO SE DESPIDE EN LA CASA MORTUORIA

D. Narciso Ceremonial no había leído en balde el bando de los lutos.

Estaba convidado para asistir al funeral que en la parroquia de San Marcos, anejo entonces de San Martín, se había de celebrar por el alma de una amiga suya el día siguiente al de los juegos de prendas, y quería saber si le obligaba á vestir de luto para asistir á la ceremonia religiosa. Encargado además por el viudo de arreglar todo lo necesario para el funeral, tenía una doble obligación de leer el bando.

Estudióle detenidamente, consultó además ciertos pormenores con algunos amigos al salir de la tertulia, anunció al terminar ésta que no tendría el gusto de asistir al día siguiente y se fué á su casa á esperar la hora del funeral.

Durmió con la intranquilidad consiguiente al grave encargo que había recibido de su amigo, y desde muy temprano anduvo yendo y viniendo desde su casa á la mortuoria, y desde ésta á la parroquia, y desde la parroquia á la cerería, y de allí á casa del confitero y luego á ver al profesor de *bajón* y á los cantores y al alquilador de las bayetas y á otras muchas partes á las que nos sería imposible seguirle.

Bastará decir que no omitió diligencia alguna para que todo estuviese pronto y en regla, y que dos horas antes de empezarse el funeral ya esta-

ba en el templo para dar la última mano, llevando la suya sin cesar al bolsillo para ir satisfaciendo el precio de los sufragios y demás requisitos.

Porque no crean ustedes que fué en balde ninguna de sus idas y venidas, ni que el funeral se habría hecho como se hizo si él no hubiera acudido á todo.

Cierto es que la clase del entierro la habían determinado los curas con arreglo al rango metálico del viudo y que en esto nada tuvo que hacer D. Narciso; pero ¿quién sino él había de cuidar del número de bancos que con arreglo al de los convidados se había de poner en derredor del túmulo, ni quién hubiese cuidado de prevenir á los cantores que no se *comiesen* ningún salmo ni los llevasen de prisa para despachar pronto?

D. Narciso tuvo que ocuparse de todo, y no crean ustedes que sus viajes á casa del alquilador de bayetas y á la confitería fueron excusados. Al primero le encargó, y lo hizo exactamente, que cubriese de bayeta negra el suelo de la casa mortuoria, poniendo algunas cortinas de bayeta de luto en las puertas y en los balcones, y al segundo le rogó que no dejara de enviar los dulces y los bizcochos á tiempo, y sobre todo los *azucarillos de luto*; requisito este último muy importante, porque no podía servirse á los convidados panes de azúcar blanco, sino negros, ó mejor dicho, pardos, esto es, de azúcar tostado.

Veinte veces repasó la lista de los amigos de la casa por si se había olvidado de convidar á alguno, y otras tantas consultó el ceremonial para convencerse de que todo estaba á punto.

Llegó por fin la hora, y D. Narciso se colocó á la puerta del templo para ir recibiendo á los convidados, que se dirigían cabizbajos y mustios á tomar asiento en los bancos.

El de la presidencia le ocuparon el confesor de la difunta, á su izquierda el jefe de la oficina del viudo, á su derecha el guardián del convento de San Francisco y á ambos lados los albaceas, de los cuales era uno don Narciso.

Como funeral de primera clase fué largo lo bastante, y las dimensiones de este cuadro no permiten que le copiemos todo. Y como el duelo no se despidе en la iglesia, sino en la casa mortuoria, allí hacemos falta, no para consolar al viudo, que harto tiene en qué pensar y en qué entender con ocuparse del indispensable refresco que ha de servir á sus amigos, sino para que éstos no nos tomen la delantera y entren allí sin que los veamos.

Y cuenten ustedes que el viudo, tras de haberlo dejado todo á cargo de D. Narciso, tiene, ahora que éste no está allí, quien le ahorre la pena de pensar en nada.

Para las ocasiones son los amigos, y la difunta tenía algunas que no

las habrían hallado mejores aunque hubiesen sido sus propias hermanas.

Todas á porfía, desde que ocurrió la desgracia, le dijeron al viudo que no se ocupase de nada; que ellas lo arreglarían todo, y que no temiese mandárlas cuanto quisiera, porque.... «los amigos son para las ocasiones.»

El viudo hubiese preferido no tenerlos á costa de una ocasión tan grande; pero valía más, como ellas decían, el no estar solo en tan duro trance, y siempre era un alivio tener personas amigas á quienes volver los ojos.

Una de ellas, la que empezó por ser la última en ofrecer sus servicios y concluyó por ser la primera á prestarlos, es la figura principal del cuadro. Sabía el viudo que semejante amiga nunca había sido completamente simpática á su esposa; pero como Dios quiere los pecadores arrepentidos, creía de buena fe que lo estaba la oficiosa amiga y la entregó á discreción el manejo de la casa.

Vivía esa mujer en la vecindad, y nadie la conocía otro oficio que el de vecina, ejercido con tanto celo, que no venía al mundo ningún nuevo habitante del barrio sin que ella asistiese al bautizo, y sobre todo al refresco; ni se casaba nadie en la calle sin que diese algunos consejos á la novia y la enseñara el manejo de la casa; ni por último, jamás dejó de acudir á las casas mortuorias, sobre todo cuando por el mucho fausto de ellas creía que su presencia podía ser necesaria.

En la de nuestro pobre viudo ha entrado con tanto celo, que los ha inspirado, y no flojos, á los criados y aun á los parientes de la difunta.

Desde que el mismo día en que murió la señora cogió en sus manos el manejo de las llaves para sacar un pañuelo al viudo, y es fama que para hallarle tuvo que registrar todos los armarios, hasta este momento en que está sacando todo lo necesario para servir el refresco, no ha cesado un punto de abrir y cerrar cajones y baúles, repitiendo sin cesar:

—¡Qué señora tan de su casa era la infeliz! (Dios la tenga en su santa gloria). ¡Qué bien arreglado y qué limpio lo tenía todo! ¡Ay, vecino, usted no sabe aún lo que ha perdido!

El vecino, que si no sabía lo que había perdido tampoco sabía lo que estaba perdiendo, alzaba los ojos al cielo para pedir á Dios el eterno descanso de su esposa, mientras la vecina no dejaba descansar ningún mueble de la casa, aprovechando todos los momentos para registrar todos los rincones.

Cuando para buscar el estuche de los cubiertos se dirigía al armario de la ropa blanca, excusaba su equivocación diciendo que la desgracia de su amiga la tenía tan afectada que no podía hacer cosa á derechas.

En cambio hasta la mano zurda la servía para sus pesquisas, y es fama, aunque ya he dicho y no me cansaré de repetir que la fama suele

ser embustera, que era tal el trastorno que la producía el dolor, que ya no sabía distinguir sus pañuelos de los de la difunta.

Servíase de éstos con frecuencia, pero sin advertirlo, porque nunca pudo fijarse en ellos á causa de que los mudaba á cada momento.

Atendía, sin embargo, al viudo y le rogaba que no se molestase por nada ni para nada, porque ella cuidaría de todo.

—¡Harta desgracia tiene usted, vecino, con haber perdido á su esposa! —le decía sin cesar. —No piense usted en nada ahora, sino en consolarse y en atender á su salud, que yo, gracias á Dios, aunque tengo en casa mis quehaceres, puedo echar aquí una mano.

Desgraciadamente para el viudo echaba las dos, y así lo veían los criados; pero obedecían sus órdenes, y nada se hizo sin que ella lo dispusiese la noche del funeral.

El viudo, vestido de negro y acompañado de alguno de sus parientes y personas más allegadas, esperó en silencio la vuelta de los amigos, que á la conclusión del funeral llenaron la sala, después de haberle saludado uno por uno, recordándole todos lo que nadie podía creer que hubiese olvidado.

Algunos fueron más explícitos y se acercaban á decirle:

—¡Pero quién lo había de decir, cuando hará mes y medio, ó dos meses todo lo más, que la vi yo tan sana y tan buena!...

Otros se llegaban á preguntarle:

—¿Y cómo ha sido esto?... ¿Qué ha tenido? ¿De qué ha muerto?

No faltaba quien, tratando de darle algún consuelo, le dijese:

—No se aflija usted. ¡Qué diablo! Todos hemos de hacer lo mismo. Este mundo no es más que una miseria. ¡Dichosa ella si ha ido á la gloria!

—Allí se ahorra de padecer—decía otro.

—¡Cómo ha de ser!...—replicaba un tercero.—Todos somos mortales, y al cabo y al fin peor hubiera sido que se hubiese muerto antes. Ya no era joven.... Tendría sus sesenta y cinco ó algo más.... Sí, algo más tendría, porque ella era del tiempo de mi esposa, poco más ó menos, y mi esposa va á cumplir los sesenta y siete.

El viudo respondía con sollozos á todos, y sólo sostuvo conversación con D. Narciso, que le informaba minuciosamente del funeral.

Por torpeza de los criados ó tardanza del confitero se atrasó algunos minutos el refresco, y D. Narciso iba y venía sin cesar á la cocina, sufriendo no poco el viudo con las miradas de inteligencia que se dirigían entre sí los convidados.

Pero llegó por fin la hora, y las jícaras de chocolate, las bateas de bizcochos y los vasos de agua de naranja circularon profusamente por la sala.

Nadie hizo desaire al refrigerio, ni después que hubieron reparado el estómago tuvieron la imprudencia de continuar molestando al viudo con su presencia. Aguardaron, sin embargo, á que los que habían ocupado la presidencia levantarán el campo y los siguieron incontinenti.

El confesor de la difunta se alzó el primero, y llegándose al viudo, que enjugaba las lágrimas con el pañuelo, le dijo:

—¿De qué le sirve la reflexión?... ¿No ve que ofende á Dios con oponerse á sus divinos preceptos? Él se la dió, él se la quitó: cúmplase su santa voluntad.

—Yo acato la voluntad del Señor—dijo el viudo sollozando.

—¡Buena manera tiene de acatarla, y está ahí sin dejar de llorar!

—No puedo remediarlo, padre mío.

—Pues remédíelo y pida á Dios por su alma, que las oraciones la servirán más que las lágrimas.

—A usted, padre, sí que le pido que lo haga.

—Ya lo hacemos toda la comunidad. Era muy buena cristiana y muy devota de nuestro padre San Francisco.

—Todas las misas que ha dejado mandadas por su alma quiere que las digan ustedes—repuso el viudo.

—El Señor se lo aumentará de gloria—dijo el fraile.

Y dando éste á besar su mano al viudo salió de la sala.

El que siguió al fraile llegó con semblante compungido, y dando una sacudida de cabeza, dijo:

—Dios le dé á usted salud para encomendarla á Dios.

—Muchas gracias—contestó el viudo, que estaba de pie á la puerta de la sala.

Y todos los que fueron saliendo daban igual sacudida de cabeza y decían:

—Lo mismo digo—aludiendo á lo que había dicho el primero.

Cuando hubieron acabado de salir todos y quedaron solos los de la casa y D. Narciso, queriendo éste distraer al viudo, le dijo:

—Cuando usted estaba despidiendo el duelo me ha dado una tentación de risa al acordarme del cuento de la peluca, que á poco más suelto la carcajada.

—¿Qué cuento?—preguntó uno de los presentes.

—¿No lo sabe usted?

—No.

—Pues estando un viudo despidiendo un duelo, el primero que llegó á decirle lo de costumbre observó que tenía la peluca torcida, y como era muy grande amigo suyo, le dijo: «Tiene usted la peluca torcida,» y el viudo se la arregló al momento. Pasó el segundo, y dijo: «Lo mismo digo,»

y el viudo volvió á arreglar la peluca; y como todos le fueron diciendo lo mismo, concluyó por descubrir la calva, quitándose la peluca.

Hizo poca fortuna el cuento, y D. Narciso se despidió de su amigo repitiéndole lo mismo que todos, aunque preguntándole además si había quedado satisfecho.

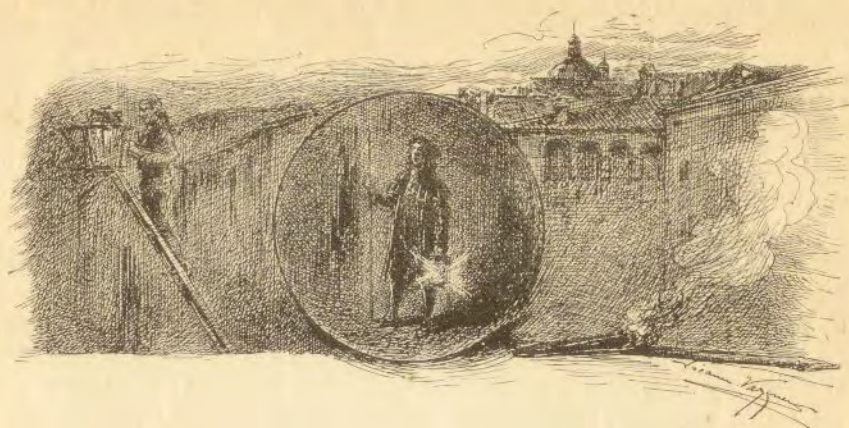
Estábalo el viudo mucho y le dió las gracias, rogándole que fuese al día siguiente, porque quería que le acompañase á la iglesia á visitar la sepultura de su esposa.

Pero D. Narciso le dijo que no estaba permitido salir á la calle antes de los nueve días del fallecimiento, y el viudo se resignó á cumplir los preceptos de la etiqueta.

También la vecina se resignó á continuar manejando la casa hasta que terminase el novenario. Y luego.....

La crónica no dice más que lo que queda dicho.





CUADRO XIII

EL SIGLO DE LOS FAROLES

¡Pues gran cosa habría hecho el Supremo Hacedor de cielo y tierra con tomarse la pena de hacer la luz, si había de tenerla guardada en los calabozos del caos hasta la venida al mundo de los pollos de ahora!

¡Conque ustedes, señores fosforeros, han creído que el mundo estaba á obscuras antes de que viniese Brandt á iluminarle con el descubrimiento del fósforo!

¡Conque es decir que para ustedes el fuego no alumbraba, y aquello de que *non fumum ex fulgore, sed est fumo dare lucem* era una paradoja y los hombres vivían á obscuras de sol á sol!

¡Conque usted, Sr. D. Pascasio Lizarbe, ha creído que sin sus cerillas fosfóricas no podríamos vernos las caras de noche!

Pues ¡vive Dios, y no digo más, señor fosforero, que si le oye semejante fanfarronada mi señora doña pajuela, le arma una de gas sulfuroso que no le permita respirar en una semana ni deje de toser en un año!

Para dar á Dios lo que es de Dios no se le ha de quitar al César lo suyo, y no porque usted tenga ahora esas luces ha de pensar que los hombres de AYER vivieron á obscuras. Y le encargo mucho cuidado en

lo que dice, porque si van los trapos á la colada, Dios sabe lo que resultará.

A fe mía que si los hombres de AYER no hubiesen tenido la abnegación de darle á usted sus huesos, no habría podido extraerles el fósforo y andaríamos ahora mendigando la luz del azufre.

Cierto es que el azufre por sí solo no se atreve á dar la luz; pero para eso tiene á sus órdenes al pedernal, que en dulce maridaje con el acero engendra la chispa para arrullarla en un colchón de yesca.

Y no crean ustedes que esas operaciones son complicadas; los antiguos las habían simplificado de tal modo que casi estaban reducidas á una sola.

Por de pronto no se necesitaba una caja para el pedernal y otra para el eslabón y otra para la yesca, sino que todas esas tres partes integrantes y constituyentes del fuego se encerraban en un solo departamento; en una bolsa de cuero, por ejemplo. Y no en una bolsa grande como la de los modernos fondos públicos, sino en una un poco más pequeña que un cartapacio, la cual, perfectamente enrollada, podía llevarse y traerse en el bolsillo sin gran trabajo.

Una sola persona bastaba para *echar lumbres*, y cuando la piedra era de buena calidad, antes de que el eslabón la diese doce golpes ya había producido una chispa; y á pocas de éstas que cayesen sobre la yesca, si no estaba húmeda, casi podía asegurarse que había fuego. Fuego que, comunicado al azufre, se convertía en llama, y con una vela ó la torcida de un velón se lograba la luz al momento.

No era esta operación tan breve, preciso es confesarlo, como la de inflamar una cerilla fosfórica; pero ambas dan por resultado la luz, y lo que nos hemos propuesto probar en este artículo es que las luces no son de HOY, sino de AYER, y que sostener lo contrario es un disparate.

¡Pues vaya que sería gracioso suponer que no eran hombres de luces los que nacieron antes del descubrimiento del fósforo y del gas y de la luz eléctrica!

¡Y la pajuela, y el sebo, y las hachas de cuatro pábilos, y las linternas, y las hachas de viento!

¡Oh! Las hachas de viento, sobre todo.

Los que las inventaron fueron los verdaderos padres de la antorcha de la civilización.

Ellos inauguraron el siglo de las luces y de los fósforos.

Quererles despojar de esa gloria, sería lo mismo que negar la existencia del fósforo y de la luz.

Sus propios palacios son hoy unos testigos, aunque mudos, de las luces de su época.

¿No habéis visto á la puerta de algunos de ellos dos caperuzas de hierro (1)? Pues allí apagaban los pajes ó los lacayos las hachas con que habían alumbrado á sus señores al volver del coliseo ó de la tertulia.

Pero aun esos hachones no serían suficientes para que pretendiésemos probar que el siglo de las luces no ha empezado á mediados, sino á principios del presente. A pesar de esas luces creeríamos que aquellas gentes estuvieron á oscuras, si no les hubiésemos visto pensar en alumbrar las calles y en establecer los serenos. Pero hicieron ambas cosas, y por ello merecen nuestro más sincero elogio.

Y cuenta que nada perderían si les negásemos esta honra póstuma, porque la lograron en vida tan grande, que difícilmente la alcanzarán mayor los que pretenden inventar un globo de luz que ilumine la Europa y una gran parte de la América.

Vosotros, nada tiene de extraño que así os suceda, ignoráis el entusiasmo que excitaron en Madrid los faroles y los serenos. No sabéis que las gentes salían á la calle á ver á los unos y á los otros, ni más ni menos que ahora vamos á ver la luz del gas y los vigilantes nocturnos.

¡Y no se os figure que los faroles del alumbrado eran los primeros que se veían en las calles de la capital!

¡No creáis que aquellas modestas luces eran las únicas de que gozaba el vecindario!

Antes de que los Señores de Villa pensasen en alumbrar las calles, ya ardían en ellas multitud de lámparas colgadas delante de los retablos, que lucían una sí y otra no todas las casas de la corte.

Esos farolillos no alumbraban al pasajero, pero le enseñaban una luz, con la que se daba por avisado para quitarse el sombrero. A los del alumbrado público no les hizo nunca ese saludo, y ellos, lejos de incomodarse, tomaron la venganza de despreciarle dejándole á oscuras. Y no porque se apagasen, que esto jamás lo hicieron mientras les duraba el aceite, y no andaba ni abundante ni barato, sino que lo hacían por no incomodar al transeunte con sus resplandores.

Pero esto no rebajaba el importante papel que desempeñaban, porque como decían las gentes, era un consuelo saber que había una luz en la calle, siquiera esa luz no lo fuese.

Consuelo parecido al del pobre que se desayuna con el placer de recordar que á su lado vive un rico avariento.

De los pueblos vecinos acudían á la corte á ver el alumbrado público, del cual, como ya hemos dicho, era pública voz y fama que no alumbraba

(1) En la casa que fué del marqués de Santiago y hoy es casino del Príncipe, en la Carrera de San Jerónimo, se conservan aún esos apagadores enclavados en la pared.

ba, y pocos forasteros regresaron á sus hogares sin haber dado un paseo de noche por las calles de Madrid, con la cabeza erguida, la boca abierta, el sombrero sobre el cogote, los brazos caídos y las piernas dobladas; toda la figura, en suma, ni más ni menos que ahora, porque los lugareños, aunque cada vez van siendo menos asombradizos, cuando se asombran lo hacen ni más ni menos que lo hacían antes.

Comprendían perfectamente que el farol fuese de vidrio y que el vidrio diese paso á la luz, cosa no muy fácil de comprender; no les admiraba que los faroles estuviesen separados de la pared, porque veían los hierros que los tenían colgados al aire; pero lo que no podían comprender era que estando tan altos pudiesen encenderlos diariamente.

Hubo hombre que vió al sereno-farolero arrimar la escalera, subir y bajar por ella dejando encendido el farol con un hachón de viento que llevaba en la mano, y aún no sabía lo que había visto.

Rociábales á todos la cara el continuo chisporroteo del hachón, que los faroleros manejaban con una destreza académica, y la multitud seguía alborozada á aquellos hombres que iban propagando la luz por todos los barrios de la capital.

¡La luz que más tarde había de ser reemplazada por el gas, y más tarde, mucho más tarde aún, por la electricidad!

La sangre verde de la aceituna, que había de huir avergonzada ante el aliento deslumbrador del carbón de piedra, y de la cual ya no habrá rastro cuando iluminen el globo los diáfanos y brillantes espeluznazos de la pila de Volta.

Aquella luz que trabajosa y al parecer exánime se defendía de los vientos encerrada en urnas de vidrio, era la misma que HOY se vierte esplendorosa y lozana en ricas tazas de diáfano cristal, y la misma también que MAÑANA aparecerá en el aire, iluminando el globo, sin que sus claros resplandores dejen ver el pedestal sobre que se reclina.

Aquella luz toda sombra, es la que HOY amenaza tragarse las tinieblas y la que al fin se las tragará MAÑANA.

Aquella luz, en suma, débil, opaca y misteriosa, remedo indigno de la luz natural, es la que ha luchado por espacio de muchos siglos con la poderosa naturaleza para arrancarla sus más recónditos secretos.

Aquella luz de AYER es la que HOY ha quemado las entrañas de la tierra en busca de los seres que han de vencer las sombras de MAÑANA.

Aquella luz es la que ha iluminado los misterios de la ciencia, y aquel mugriento candil que á los hombres de HOY da risa ver colgado en el estudio de los sabios de AYER, es el que ha de alumbrar la inteligencia de MAÑANA.

La antorcha de la civilización (no te asustes, lector; lo confiesa ella

misma) es la que llevaban en la mano aquellos hombres rústicos que en los primeros años de este siglo estaban encargados de encender los faroles de la capital.

La aparición de los hachones de viento era la señal que aguardaban todos los vecinos de la corte para iluminar sus aposentos.

Los criados la esperaban provistos de una pajuela en la mano derecha y de una ascua en la izquierda.

Los sabios, interrumpido el estudio durante el crepúsculo vespertino, esperaban, apoyados los codos sobre el bufete, la llegada del candil, cuyo aceite habían de tragarse durante la noche.

Cierto es que entonces como ahora no se medía el talento ni la erudición por varas, pero se apreciaba por libras, y era más sabio el que por última razón, para probar que la tenía en una cuestión cualquiera, podía exclamar:

—Para que pueda usted saber más que yo en este asunto, es preciso que primero se haya tragado muchas más panillas de aceite que yo.

El *quemarse las cejas* estudiando era también una gran prueba de sabiduría entre aquellas lechuzas eruditas, á propósito de las cuales recuerdo, y allá van para que el lector los recuerde también, unos versos que leí en un monólogo siendo niño, de cuyo título, ahora que ya no lo soy, apenas me acuerdo.

«El diablo del candil alumbra á muertos;
aticémosle, pues. ¡Oh tú, torcida,
una y mil veces venturosa mecha,
entre cuantas alumbran las buhardillas
de poetas canoros y del Griego,
semejas la mugrienta lamparilla,
alumbrá bien y no hagas mucho *moco!*
Con qué vigor me siento. Envidia, envidia,
tú que muerdes como otro cancerbero,
y mis obras, cruel desacreditas,
muérete de repente, y porque rabies
mi docto numen y mi ciencia mira.»

No era el farolero tan rápido en propagar su luz como el gasómetro en dar la suya; pero más tarde ó más temprano la difundía por todo el barrio.

Y si alguna vez se descuidaba, no era suya la culpa, sino del sacristán que tocaba á las oraciones, sin cuyo requisito teníanle prevenido que no encendiera los faroles.

De lo cual no resulta, y si resulta buen provecho le haga, que la glo-

ria de dar la luz al vecindario le pertenece al sacristán, quien cuando mucho, puede pedir una parte, aunque pequeña, al farolero.

Este era, á no dudarlo, el verdugo de las tinieblas, y su doble carácter de sereno le daba gran importancia en aquella sociedad.

La recompensa pecuniaria no era en verdad muy proporcionada á la categoría de su destino, ni menos digna de su elevado ministerio; pero ¡cuándo el oro ha tenido el talento necesario para saber apreciar el mérito de las grandes acciones!

Entonces, como ahora, la sabiduría jugaba á la alza y su papel estaba en baja. El propagador de las luces, ¡pásmense ustedes!, tenía tres reales diarios por hacerlas y otros tres por vigilarlas durante la noche.

Así con medio puñado de cobre le pagaba el oro sus afanes.

A no haber sido por la gloria, que ya entonces andaba de balde, es posible que los asturianos no se hubiesen prestado á servir las plazas de serenos que más tarde han seguido vinculadas en su raza.

Pero la fama de aquellas luces voló por todos los ámbitos de la monarquía, y todas las clases de la sociedad pagaron un tributo, aunque no metálico, á los resueltos hijos de Pelayo.

Los poetas tragarón unas cuantas panillas de aceite, y á fuerza de roerse las uñas, circunstancia precisa entonces para hacer versos, *sacaron de su cabeza* (así lo decían ellos mismos) multitud de coplas, de las cuales muchas fueron puestas en música y aplaudidas todas, con especialidad la del *turururú*, que después de cantarse en presencia del monarca llegó á ser la canción más popular de la época. Y porque sé yo que han de agradecerme lo y he de quitar cien canas á más de cien pollos de entonces, copio á continuación una estrofa. Esta por ejemplo:

«El sereno de mi barrio
es un grandísimo embustero,
por decir que son las once y cuarto
dice que son las once y lloviendo.

Ave María Purísima,
las once y nublado.»

«Tururururú duerme, gachona mía,
tururururú duérmete sin recelo,
tururururú que son las once y cuarto,
tururururú y está raso y sereno.»

Los fabricantes de abanicos, acosados por las señoras de la nobleza que les pedían *abanicos del sereno*, acudieron también á los poetas, y se pusieron de moda unos abanicos en cuyos países había pintados un cu-

rrutaco y un sereno. De la boca del primero salían estas palabras que andando el tiempo se supo que eran versos:

«Ya es mucho más de la media noche,
acompañame sereno.»

A lo cual contestaba el sereno con estas otras que asimismo le salían de la boca:

«Señor, yo con gusto le acompañara,
pero en el traje de su merced comprendo
que el bolsillo de su merced está siempre
á la una en punto y sereno.»

Eran, como ustedes pueden figurarse, los serenos los que menos se cuidaban de la gloria que les daba el oficio, y apenas oían á la fama zumbar sobre sus cabezas. Lo que oían, por su desgracia, era el trueno seco y pelado, y el desgajarse las nubes, que vertían sobre ellos el agua de que venían preñadas.

Al principio, como todos los oficios nuevos tienen aprendizaje, sólo aprendieron á dormir sin cantar las horas ni menos los cambios astronómicos; pero pronto aprendieron á cantar sin dejar de dormir, y aunque solían llevar descompuestos los relojes, como no era entonces moda trasnochar, nadie se daba cuenta de sus faltas; faltas que solían pecar de sobras, como sucedió una vez con un nuevo vigilante nocturno, que demasiado celoso del cumplimiento de su destino y habiéndole despertado la última campanada de las doce, dijo:

«Ave María Purísima, las doce y casi más, y el cielo azul, y ainda mais un puñadito de estrellas.»

Duró la novedad de los serenos más de un año, y por cansado que estuviera del viaje, el forastero que llegaba por primera vez á la corte no se dormía hasta haber oído cantar la hora una ó dos veces.

En las tertulias se suspendía la conversación y el juego para escuchar al sereno, y cada día se hablaba de ellos con mayor entusiasmo.

Los dueños de casas eran los únicos que suspiraban con amargura al oírlos; pero esos suspiros no salían de lo íntimo del corazón, sino de lo íntimo de la gabeta. Y la gabeta tenía sus razones para suspirar. Por cada finca había pagado cincuenta y siete reales para la construcción y colocación de los faroles.

Finalmente, si lo dicho hasta aquí no es bastante para probar la importancia de aquellas luces; si nada dice en su abono el haberse establecido una *vidriería y cerrajería* nada menos que *Real* para la construcción de los faroles, la persecución que éstos sufrieron hace plena prueba.

Todos los grandes inventos han pasado por el crisol del infortunio, víctimas de la ceguedad y de la ignorancia, y no hay ninguno que haya sufrido tanto como el que debió el pueblo de Madrid á su ministro de Gracia y Justicia el obispo de Salamanca.

Todas las mañanas aparecían las calles sembradas de vidrios, y fué tal el número de los faroles que se dieron de baja, heridos por las piedras, que el Consejo de Castilla dió un bando prohibiendo semejantes descabros. Y visto que la prohibición publicada por la ley no alcanzaba más que la tácita de la urbanidad y del raciocinio, fué preciso pasear por las calles más públicas con los faroles colgados al cuello á dos jóvenes cogidos *in fraganti*.

Castigo que se olvidó al poco tiempo, pero que los pollos de ahora deben tener muy presente, visto el admirable respeto que profesan á los modernos escaparates y á los apedreables aparatos de las luces de gas.





CUADRO XIV

LA RONDA DE PAN Y HUEVO

Sigue la noche, lector, y no te asombre; porque ya te dije que en las regiones de lo pasado el día tardaba mucho en llegar.

Estaba encendida la antorcha de la civilización, pero ya habrás observado que las luces nuevas tardan mucho en tomar el incremento necesario para disipar las tinieblas. Sigamos, pues, á obscuras y no tengas miedo, que yo conozco el camino y te he de ahorrar muchos tropiezos.

No sé si has almorzado *de tenedor*, cosa que entonces se usaba y no se decía, ni sé tampoco si has comido fuerte, ni menos tarde; pero por temprano que lo hayas hecho, no te apures, y sin detenerte á cenar, vente conmigo.

Quiero suponer, y no me gusta la suposición, que no tienes qué comer; ¿crees por eso que vas á morirte de hambre?

Estamos, á Dios gracias, en España, que no en Inglaterra ni menos en Irlanda, y en nuestro país, vuelvo á dar gracias á Dios, si no hay para cada Elías pobre un cuervo que le lleve un pan diario, hay diariamente muchas raciones de pan para los pobres.

Tú vente conmigo, aunque sea en ayunas, que yo te prometo que no has de ayunar un solo instante.

Acuérdate, sin embargo, de que estamos en 1800, y no esperes que te

lleve á ningún *buffet*, adonde puedas *dejeuner*, después de pasar la *soirée* en un *raout*. Yo sólo me comprometo á darte de comer, en el caso de que no tengas cosa mejor que llevar á la boca, un par de huevos y un cuarterón de pan. Y esto no en mesas á la *rusa*, ni trinchado por cocineros franceses, sino en la gran mesa redonda de la Providencia y servido por los caritativos hermanos de la antigua y *Real de Nuestra Señora del Refugio y Piedad de esta corte*.

Cuando tú estabas absorto viendo encender los faroles del alumbrado, han salido ellos á correr las calles de la capital, cargados de pan y huevos cocidos, para socorrer á los necesitados.

Y no creas que ellos son algunos criados de la Hermandad, ni menos unos cocineros cualesquiera, sino los mismos hermanos, individuos todos de las primeras familias de la corte.

Y no creas tampoco que te arrojarán ese sustento como una limosna, sino que se llegarán á ofrecértelo con amor, en nombre de Dios y rogándote que no hagas estéril su caridad. Caridad que, sea dicho de paso, tendrás tú por filantropía, aunque dudo mucho que ellos tuvieran tu filantropía por caridad, y en ese caso estáis pata.

Tampoco quisiera que se te antojara creer que todos los hombres servirían para entrar en la Hermandad por sólo el hecho de ser caballeros; los no sacerdotes era preciso que fuesen *decentes, virtuosos y bien afectos* á obras piadosas, con otros más requisitos de que sería prolijo enterarte y que tú comprenderás apenas tropecemos con alguna *ronda* de las que el vulgo llama de *pan y huevo*.

Y para que no haga el diablo que vengamos por el cuartel opuesto al que ellos estén visitando, iremos al Refugio para ver cómo se preparan á la visita.

Un sacerdote y dos seglares son los tres hermanos que ha nombrado el Mayor; y esos, acompañados de un criado que no dejará de llevar linterna, aunque la noche sea clara y á pesar de los faroles, constituyen la ronda.

Al sacerdote le está prevenido el uso del *cuello*, y los seglares no podrán llevar montera, ni arma vedada, ni traje indecente.

El criado vigilará el cumplimiento de esa parte de los estatutos, como asimismo si sus amos se paran á conversar con alguien ó á comer ó beber, y de ello dará cuenta al secretario para que éste lo haga al hermano Mayor.

Figúrate si ese cambio de papeles no es ya una garantía de humildad evangélica; pero sígueme y calla, que aún las has de ver mayores.

Reunidos en la enfermería al toque de oraciones y después de rezar las de costumbre y de estatuto para prepararse á las buenas obras que les

tiene encargadas la Hermandad, se dirigen al cuartel designado para la ronda.

Examinan, antes de salir, los memoriales que han entrado en el *cepi-lló*, y disponen lo conveniente para que sean socorridas las necesidades de que en ellos se les da noticia.

Pero no siendo éstas urgentes, se dejan hasta las primeras horas del nuevo día, y los diferentes veedores nombrados al efecto practican esos ejercicios en las visitas de día.

Por la noche sólo pueden salir á visitar las rondas y los veedores de incendios, los cuales apenas tienen noticia de alguno deben acudir al lugar de la desgracia con camillas para transportar los enfermos ó los impedidos.

La ronda no va á cosa hecha, sino al acaso; y precedidos del criado, con su indispensable linterna, salen de la real hermandad del Refugio los dos seglares llevando en medio al sacerdote con paso grave y á guisa de pontifical.

Sin alzar los ojos del suelo, pero tendiendo la vista á la izquierda y derecha, registran las plazas, cajones, mesones y zaguanes de las casas, animándose al divisar en lontananza una sombra cualquiera, que puede ser la de un guardacantón, pero que á ellos se les antoja ser la de algún pobre que necesita los socorros de la Hermandad.

Si con efecto no les ha engañado su piadoso deseo y tropiezan con un ser racional que, rendido del hambre y del cansancio, reposa en el dintel de una puerta ó yace tendido en medio de la calle, reconócenle brevemente á la luz de la linterna, y le suministran los auxilios necesarios.

El criado, autómatas legítimos como todos los de su especie, apenas hace alto la ronda mete la mano en el canasto de las provisiones y prepara una libreta y un par de huevos.

Los hermanos del Refugio rodean mientras tanto al desvalido, lo examinan, le dirigen palabras de consuelo, y cuando se han persuadido de que no tiene otra enfermedad que el hambre, le entregan el alimento que les alarga el criado y siguen adelante su camino.

Si tropiezan, por el contrario, con un enfermo que no puede moverse ni tomar alimento alguno, el eclesiástico le exhorta á que piense en la salvación de su alma, y reunido en breve consulta con sus compañeros, acuerdan la traslación de aquel infeliz á la enfermería de la casa. Pero como podrían abreviarle la vida moviéndole sin el dictamen de un facultativo, corre el criado en busca de un cirujano, ó á ser posible de un médico, y autorizado por éste le cargan sobre sus hombros y le llevan á la enfermería.

Allí le recibe el capellán semanero y le exhorta á que se confiese; pero si se niega á hacerlo, le está prohibido insistir en ello, y aun en ese caso le dan cama y cena, si en estado de cenar se halla, y al día siguiente le trasladan al hospital.

La ronda vuelve á continuar su ejercicio hasta haber registrado todo el cuartel, y cuando pasa por algún cuerpo de guardia y el centinela le da el «¿quién vive?» responde sin vacilar: «España.» «¿Qué gente?» vuelve á preguntar el centila, y entonces dice á voz en grito: «¡La ronda de pan y huevo!»

Socorre y recoge sin distinción hombres, mujeres y niños, llevando á éstos, si los halla perdidos, á casa de sus padres, y en el caso de ser expósitos, á la Inclusa.

No distingue en sus limosnas á los católicos de los herejes, y en el caso de hallar alguno de los segundos, sólo les está prevenido que le *atraigan á entrar en la importante plática de su conversión*, en cuyo caso deben alargar su hospedaje en el Refugio todo el tiempo que fuere necesario.

Pero eso ya pertenece al interior de la casa, y como tenemos dispuesto un lienzo para pintar esa asociación y otras muchas, incluso la del *Pecado mortal*, nada queremos decir ahora que no sea exclusivo de la ronda nocturna; ronda que han debido envidiarnos todos los pueblos civilizados, y con especialidad los que hoy tienen tantos arranques de filantropía y de socialismo.

En España hemos dado siempre poca importancia á los nombres de las cosas, pero difícilmente habrá un pueblo en el mundo más humanitario ni más generoso.

Y tengan en cuenta que lo era cuando menos lo parecía, porque precisamente uno de sus achaques de AYER fué el de pregonar con los labios lo contrario de lo que sentía y practicaba su corazón.

HOY, en cambio, ¡cambio funesto!, ha vuelto la oración por pasiva, y se ha hecho más amante de las palabras que de las obras.

MAÑANA..... Mañana será otro día y hablaremos.

Excusada sería la última parte de esta obra si ahora me anticipase á revelaros lo que en ella me propongo deciros.

Lo que únicamente os diré es, que no habrá de seguro rondas de pan y huevo.

¿Y será porque falten personas que quieran salir á recoger á los necesitados, ó porque no haya quien necesite ser socorrido?

He ahí el gran problema que hemos de resolver.

Pero no en este momento, porque este momento le necesitamos para terminar el presente cuadro y aparejar el siguiente.

Sin el completo examen de la sociedad que pasó, nos sería imposible apreciar la que está pasando ni prever la que ha de pasar.

Sólo conociendo íntimamente á los antepasados hombres de la *fe*, podremos acercarnos á los contemporáneos del *vapor*, para seguir con la vista á los venideros de la *electricidad*.

Pasaron los primeros como un *sueño* pesado, del cual no conservamos otra cosa que un ligero aturdimiento y una incesante zozobra; se van los segundos como un *torbellino* deslumbrador que nos ciega para que no veamos la esterilidad de sus movimientos, y se irán los últimos como un *relámpago*, cuya luz no deja ver las obras que ilumina.

Los hombres de 1800 nos legaron un *feto*; los de 1850 nos van á dar un *aborto*; ¡habremos de esperar un *fenómeno* de los de 1899?

El tiempo nos aclarará el misterio.

Pero el tiempo tarda mucho en pasar, según dicen las gentes, y para verle sin que haya venido, es preciso observar el rumbo que lleva y los materiales que ha recibido á bordo.

Ni antes ni ahora ni después ha habido efectos sin causas, y cuando no se adivinan éstas, consiste en no haber estudiado bien aquéllos.

Yo te ruego, lector, que no pierdas nada de lo que voy presentando á tu vista, ni aun las cosas que te parezcan más nimias y triviales, porque todas ellas sirven perfectamente á nuestro propósito. Las que tú creas más leves y más sencillas serán acaso las más fuertes y las más importantes.

El grano de arena que detiene el paso de una carroza y decide el hundimiento de un puente, es la base de un edificio colosal y el que cierra la brecha en la muralla.

La experiencia te habrá enseñado que no hay amigo inútil ni enemigo despreciable, y yo te aseguro que aunque estos cuadros no están tan bien escritos como tú quisieras y como yo deseo, en todos ellos has de hallar el germen de los venideros.

Por poco que pienses en lo que te digo, verás que tengo razón; pero para darte tiempo suficiente á meditarlo, te dispenso de leer el cuadro próximo.

Entre la ronda de pan y huevo y esta ronda de palabras que he hecho á su alrededor se ha pasado la noche, y ya que estoy despierto tan de madrugada, voime á llegar un rato al vecino convento de frailes Jerónimos.

Creo que no habrás hecho cosa por la cual te esté vedado pisar la clausura, ni mucho menos pienso que el Santo Oficio te haya declarado relapso; pero déjame llegar solo, y está seguro de que si viere alguna cosa notable la pondré inmediatamente en tu noticia.

Si vivías y tenías uso de razón veinte años atrás, habrás visto más frailes de los que caben en el cuadro.

Si no hubiese sido así, ¡cómo ha de ser!

Tampoco has alcanzado la dominación de los árabes ni los autos de fe, y sin embargo pasas la vida sin echar de menos ninguna de ambas cosas.

Pues di *pata* y échate á dormir á pierna suelta; que antes de que soplen esos vientos, corre á mi cargo el despertarte.





CUADRO XV

UN CONVENTO DE FRAILES

Si oyes al vulgo hablar de los frailes, y con especialidad de los que vestían el hábito de San Jerónimo, te dirá que de cada carnero hacían tres albondiguillas y daban cuatro á cada fraile; pero tú, lector, sabes cómo las gasta el vulgo, y no será necesario que yo te diga lo que has de dejar ni lo que has de tomar de semejantes habladerías. Lo único que puedes hacer, si mi consejo te vale, es tomar el carnero tal cual te le da el vulgo, que puesto que no le has de pagar, bien puedes hacerte la cuenta que se hacía el otro.

Y el otro era un buen cristiano viejo, que desesperado al ver que un inglés se negaba á creer en el misterio de la Santísima Trinidad, á pesar de las exhortaciones del agonizante, se llegó al oído y con el mejor deseo de que se salvase su alma, le dijo:

—Hombre, no sea testarudo ni obcecado, y crea lo que el padre le dice, que es la verdad; y por último, ¿qué le cuesta confesar que son tres las personas del sagrado misterio?... ¿Por ventura le pide nadie que las mantenga?

Pues eso digo yo, lector; ¿te pide nadie que pagues los carneros para que te opongas á que el cocinero del convento haga solas tres albondiguillas de cada uno?

¿Es cuenta tuya acaso el que luego se repartan á cuatro por barba?

Deja que cada cual coma lo que más le cumpla, que así saldrán luego comidos por servidos, y como dice el refrán, «caldo que no has de sorber, déjalo cocer.»

Yo puedo asegurarte que cuando llegué al convento, ni aun agua caliente había en la cocina.

Percibíase únicamente el ruido de las chocolateras como un fuego graneado en diferentes puntos del convento; pero aun ese ruido más se adivinaba por las narices que por las orejas, á causa de qué el buen cacao es muy escandaloso, y el que tomaban los Jerónimos alborotaba el olfato de la vecindad.

Fuera de los padres graves, que para eso tenían sus legos, los demás frailes se hacían por sí propios el chocolate, á cuyo fin era de rigor en cada celda una tabla con una cuchilla fija en ella para partir las pastillas del chocolate, una chocolatera de barro, con su molinillo de madera de peral, circunstancia precisa, una jícara más pequeña que la chocolatera, dos platos y un vaso.

Si no era tiempo de tener el brasero en uso, todos se dirigían con sus chocolateras á unas cocinillas que había á los extremos de los claustros, y esta operación era indispensable antes de decir misa, porque luego ya no era tiempo.

Decían, y acaso con razón, que el chocolate y los asados deben comerse reposados, y fraile había que le guardaba cocido de un día para otro.

Cierto es que el reposo era para aquellos benditos varones un agente, aunque negativo, tan esencial y tan vasto como el vapor ó el fluido eléctrico, y habían hecho de él grandes aplicaciones.

Reposaban el cuerpo, antes de entregarse al sueño, de la agitación sufrida al subir á la cama; daban reposo á los sentidos después que estaban despiertos; se vestían reposadamente; salían de la celda con paso grave y reposado, y decían la misa con tanto reposo, que cuando alguna señora tardaba en ir á su casa de vuelta de misa, solía decirle su esposo:

—Si no has oído más que una misa, es que te ha tocado algún Jerónimo.

Jamás bebían el agua recién cogida de la fuente, sino que la dejaban reposar, sentándose para beberla, y por último, era tal su afición al reposo, que no se alzaban del refectorio hasta haber reposado la comida en el estómago, para lo cual decía el vulgo (ya te he dicho que del vulgo no ha gas caso) que se agarraban de unas cuerdas colgadas en el techo y se dejaban caer de golpe sobre los sillones, embalaje gastronómico que se llamaba *ad recalcandum*.

Después de dicha la misa y tomado el chocolate, acudían al coro, y de allí volvían á sus respectivas celdas á esperar la hora del refectorio, en-

tregado cada cual á distinta ocupación, según era distinto su genio, su talento ó su categoría.

Esta última circunstancia era la que mejor determinaba la ocupación de cada uno.

El prior solía girar una visita por los departamentos de la casa, deteniéndose en la cocina á dar la tablilla para los extraordinarios de la semana; en la cárcel, si había algún religioso detenido, á ver cómo cumplía el castigo; en la despensa, á ver si el encargado de los víveres los tenía en orden; en la sacristía, á que el sacristán le dijese si necesitaba alguna cosa para el culto, y por último, en la celda del predicador conventual, para que le leyese algún trozo del sermón que solía estar estudiando.

Los demás padres maestros se retiraban á recibir visitas los unos, á pasar el tiempo en la biblioteca los otros, y algunos á continuar en el estudio, al que habían consagrado su vida, rindiéndole en la soledad del claustro un culto como rara vez permite el bullicio del siglo.

Pero también eran raros esos frailes estudiosos, y la generalidad no tenían tan arraigada esa pasión que no les permitiese tomar algún descanso en la solana.

Los novicios, precedidos de su maestro, iban desde el coro al aula; pero tenían sus días de *satis* y sus momentos de ocio, en los cuales bajaban al huerto á tirar á la barra ó á jugar á los bolos ó á entretenerse en otros ejercicios honestos y gimnásticos.

Los frailes de misa y olla se ocupaban en reposar el cuerpo sobre el sillón de brazos, pero algunos se entregaban á tareas que aunque no divinas tampoco tenían nada de profanas.

El arte de la relojería era el estudio predilecto de muchos; el oficio de carpintero era más ó menos cultivado por todos; había alguno que entendía y tenía especial afición á la sastrería; hubo más de uno que acertó á hacer con perfección un par de zapatos, y por último, lo que tenía gran partido en los conventos era la construcción de jaulas de pájaros y el engarce de rosarios.

El que yo fuí á visitar no hacía ninguna de esas cosas, y cuando iba á tocar con los nudillos en la puerta de su celda, le oí que decía: «¡Buena pájara estás tú, corretona; como no te den otra cosa que andar de un lado para otro, todo va bueno! Pero hoy no te vale la bula de Meco; no te vas, no. ¡Hola! ¡Conque apenas me voy al coro tomas el portante! ¡Habrá una pájara peor que tú en el mundo!»

Esas palabras eran acompañadas de ruido de pisadas, y se oía correr de un lado para otro y aun dar golpes en la pared, sin que yo pudiese adivinar lo que allí dentro pasaba.

Ni lo hubiese adivinado á no haberme decidido á llamar á la puerta.

Pero apenas lo hice, cuando oí correr un cerrojo y que el fraile decía asustado:

—¿Quién es?, ¿quién es? No se puede entrar ahora..... Que espere el que sea.

—Soy yo, padre—dijele sorprendido;—y me retiro, que no quiero incomodarle.

—¡Hola!—me dijo conociendo mi voz.—No se vaya, quédese que ahora le abriré; pero entre de prisa porque se me ha escapado una pájara y anda suelta por la celda.

Estas palabras me hicieron comprender las anteriores, y con efecto, entré corriendo en la celda para ayudar al fraile á cazar el pájaro, tirándole ambos los pañuelos.

Pronto conseguimos volver á la pajarera la hermosa canaria moñuda con quien hablaba el fraile antes de entrar yo allí, y el fraile, tomando asiento en uno de brazos, me dió á besar la mano y luego con ella un cigarro imperial y me señaló un sillón para que me sentara.

Sin que se hubiese incomodado en advertírmelo, yo lo habría hecho, porque no había otro vacío. Todos estaban ocupados: el que no con un montón de libros, con un par de zapatos ó con la cogulla, y los restantes llenos de esparto crudo; material que acopiaba el fraile para los nidos que él propio hacía á los canarios, y he ahí su ocupación favorita en el mes de Marzo. Por ella renunciaba algunas tardes al paseo, y entre sus libros, que aunque pocos, eran todos divinos, el único profano era la famosa *Explicación del modo de criar los canarios y aparearlos*.

Su mayor gusto era sacar una gran porción, todos de distintos matices, y hacer con ellos regalos á sus compañeros y á sus amigos.

En la manga le he visto yo llevar los recién nacidos cuando iba de paseo y en su celda los alimentaba con bizcocho y yema de huevo.

Ese mismo fraile hacía con mucho primor las jaulas y las ratoneras de alambre, y tenía otras muchas habilidades; pero guardaba el mayor secreto acerca de todas ellas, porque decía que no quería que abusasen haciéndole *el burro del convento*.

En los Jerónimos, sin embargo, no se conocía ese cargo gratuito, porque todos eran señores, servidos por muchos criados y mozos de mulas, que las tenían famosas; tan gordas, lucidas y arrogantes, que parecían pertenecer á una raza nueva, capaz de dar celos á los más hermosos corceles.

Cuando llegue el cuadro *de las elecciones en 1800* y veamos á los reverendos marchar al capítulo sobre sus poderosas cabalgaduras, tenemos seguridad de dar envidia á los muléteros más afamados.

Por ahora, no sólo dejamos de hablar de ellas, sino que hasta abando-

namos la comunidad de los Jerónimos antes de que llegue la hora del re-
fectorio; pues si es día en que la tablilla reza salmón, nos harán comer uno
entero, ó una ternera, si este fuese el extraordinario.

Saldríamos asimismo á frasco de vino por barba y á dos libras de
arroz con leche por cabeza, y aunque á nadie y menos á los convidados
obligaban á comer toda la ración, siempre es mal visto dejar sobrante en
el plato.

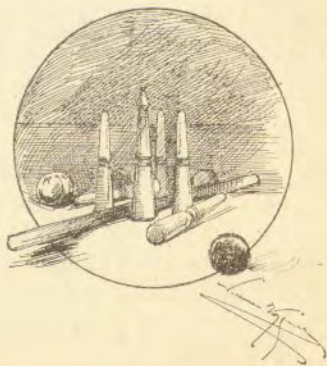
Somos por otra parte algo sobrios y con una cucharada de sopa tene-
mos bastante. Y para esto no hay mejor mesa que lo que sobre de la de
nuestro seráfico padre San Francisco de Asís.

Los pobres frailecitos, que para dar por Dios tienen que pedir por Dios,
no nos negarán un pedazo de pan y una cucharada de sopa, cuando den
á los pobres la que haya sobrado de su pobre mesa.

Déjate querer, lector, y si anoche te dieron de cenar los hermanos de
la ronda de pan y huevo, hoy te darán de comer los frailecitos mendi-
cantes.

En éstos es más de agradecer cualquiera cosa, porque para darlo han
tenido necesidad de pedirlo; y si no hubieran mendigado, ni ellos ni los
pobres hubiesen comido.

Pero no perdamos el tiempo, que han dado las doce y media y ya es
casi la hora de repartir la bazofia.





CUADRO XVI

LA SOPA BOBA

Arroz á la milanese, á la veneciana, á la genovesa, á la certosina; macarrones á la napolitana, en caldo y *accomodati*; *paparelle* á la boloñesa, á la florentina y á la romana; *ravioli* de placer, *accomodati* y en caldo; *Pantriti*, *Trippe*, *Lasagne*, etc., etc.; los italianos han inventado un número de sopas tan considerable, que en Milán, en Nápoles y en Roma, la fonda cuya lista no ofrece ciento cincuenta sopas variadas es reputada y tenida en menos que un mal bodegón español.

Cierto es que semejante lujo de entrada corresponde perfectamente al del centro y á las salidas, puesto que saben servir las chuletas de trescientas veinticinco maneras distintas, y cuando llega la hora de los postres sólo en quesos presentan más variedades que bayonetas el czar de Rusia. Y nada tiene de particular que así suceda si se atiende á que todos los italianos, desde el jefe de cada pueblo hasta el último ciudadano, hacen gala y gala legítima de poseer algunos conocimientos culinarios. Todos tienen más ó menos arranques de cocineros, y un ministro de Estado creería hacer un desaire al cuerpo diplomático extranjero si al darle un convite no le presentara un plato hecho por sus propias ministeriales manos.

Tantos ingenios, y algunos de primera calidad, consagrados á una *ciencia* que aunque complicada es fácil y agradecida, no podían dejar de

producir una revolución de importancia en ella, y así no es de extrañar que el rey de Nápoles tenga un cocinero que al solicitar la honra de apellidarse *Real*, hiciese mérito de saber confeccionar tantas sopas distintas como días tiene el año.

Pero ya se ve, como no hay nada completo en este mundo, ni cocinero que pueda asegurar que no hay una salsa nueva fuera de las de su repertorio, y siempre se ha dicho que «la liebre salta donde menos el cazador piensa,» resulta que en España, en el país de las tres sopas, la de ajo, la de hierbabuena y el arroz á la valenciana, es donde podemos declarar vencido al cocinero *Real* de Nápoles, diciéndole con orgullo que «al maestro, cuchillada.»

Y cuchillada para la que no tiene defensa, porque yo, que he visto la lista de sus trescientas sesenta y cuatro sopas y hasta he comido la que tiene de reserva para los años bisiestos, sé que no conoce ni aun por el forro de la sopera nuestra antiquísima *sopa boba*; ignorancia imperdonable en un hombre de ciencia, que maneja la química culinaria con tan buen éxito y en tan grande escala; ignorancia que podría muy bien costarle la plaza *real* que hoy sirve si llegase á oídos de la Majestad Napolitana.

Valiera más que desconociese la manera de hacer todas las sopas de su catálogo y supiese confeccionar la *boba*. Porque preparar cada día del año una salsa distinta, sin que ninguna de ellas tenga la menor influencia sobre los convidados, tiene menos mérito que el hacer siempre una misma y producir con ella distintos efectos.

Ninguna de las sopas italianas sirve para otra cosa que para halagar la vanidad de los anfitriones, al paso que la nuestra, *la boba*, la que con el nombre humilde ó despreciativo de *bazofia* se daba gratis á la puerta de los conventos, se jubiló años atrás con el orgullo y la gloria de haber sido una de las primeras influencias de su país.

La *sopa boba*, lector, fué la madre de muchos de nuestros más grandes hombres, y bien haría la Academia de Jurisprudencia en erigirle una estatua, y no de piedra ni de bronce, sino de oro finísimo, para mejor expresar lo mucho que la debe.

Acércate á esas universidades de Salamanca, de Alcalá y de Valladolid y pregunta qué vida hicieron los más aventajados alumnos de ellas.

Haz que te digan por qué los hijos de las primeras casas de España tenían á gran honra ostentar en el sombrero de picos una cuchara de madera.

Infórmate del paradero de aquellos estudiantes *sopistas*, que hacían gala de no tenerla en cosa alguna, y sabrás que el uno murió siendo ministro de Gracia y Justicia, el otro llegó á Presidente del Supremo de

Castilla, y que la Iglesia, las letras y las armas han debido sus mejores paladines á los parroquianos de la llamada *sopa boba* que se daba gratis en los conventos.

Pero no preguntes nada si quieres saberlo todo, porque cuadros habrá en esta obra para los estudiantes de AYER, que son los únicos estudiantes del siglo, y en ellos sabrás algo y aun algos más de lo que tú deseas.

Y en cuanto á la sopa, con remitirte al famoso *Fray Melitón*, creación preciosa del eminente autor del *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, ó á otra comedia más antigua aún, del maestro León, cuyo título no recuerdo, te lo habría dicho todo.

Oblígame, sin embargo, á continuar este cuadro, primero, la circunstancia de haberle empezado, y segundo, el compromiso en que me hallo de concluirlo, no siendo poca parte á decidirme el haber ofrecido en el anterior llevar á los lectores á tomar una ración de sopa.

Y quién sabe si fiados en mi palabra no han encendido lumbre en sus casas, y con la cuchara en la mano esperan que les enseñe el camino del convento!

Así están todos los pobres que hay delante de la portería de San Francisco.

Ninguno ha encendido lumbre en su casa; todos están como aquel estudiante que para dar á entender á un compañero la imposibilidad en que estaba de darle de comer, le dijo: «En el fogón de mi cocina tengo puesto á enfriar el botijo.»

Ni cocina tenían ni casa la mayor parte de los infelices que con un puchero ó una cazuela debajo del brazo y aun sin nada á veces, esperaban desde las once de la mañana á que diese la una de la tarde para recoger las mezquinas sobras de la pobre mesa de los Franciscanos.

En ese tiempo habían ido llegando al convento varios legos con la alforja al hombro llena de caridades del vecindario.

La caridad del tahonero, la de la verdulera, la del carnicero, la del tendero, y otras muchas caridades en especie. Amén de algunas en dinero, que aunque expresamente les estaban prohibidas por Nicolás III y Clemente V, les eran toleradas, en caso extraordinario, por Martino V y Pío IV.

La esperanza de que una parte de aquellas limosnas había de alcanzarles al poco rato, consolaba los desfallecidos estómagos de los infelices mendigos, y seguían inmóviles á la puerta del convento.

A medida que se iba aproximando la hora iba creciendo el número de los pobres, que no bajaba nunca de cincuenta ó sesenta á la puerta de cada convento.

Empujábanse al oír los pasos del lego que se acercaba á abrir la puer-

ta para ser los primeros en recibir la refacción, y á veces crecían tanto las oleadas y las voces que el lego les gritaba desde dentro:

—¡Callen, ó de lo contrario no hay sopa para ninguno!

Esta intimación les aterraba, y sólo se oía un sordo gruñido, apiñándose todos en silencio para esperar, cada cual en su puesto, la salida del cocinero.

Abriase por fin la puerta, y dos legos se presentaban en el dintel con un gran caldero, que era saludado por un movimiento general de manos que se alzaban en alto presentando los cacharros en que habían de recibir la sopa.

Uno de los legos, con el hábito remangado y el brazo derecho desnudo, empuñaba un enorme cucharón y se disponía á satisfacer el hambre de aquellos infelices.

—¡A mí, á mí!—gritaban todos á la vez, queriendo ser los primeros por miedo de que se acabase la sopa antes de que fuesen los últimos.

Y el lego, alzando en alto el cucharón, les decía:

—¡A ninguno, á ninguno, á ninguno si no callan y están con orden!

—Yo estoy quieto y callado—decía uno.

—Y yo, y yo—repetían todos.

—Pues ¡ea!, venga un puchero.

—Yo no traigo—decía algún pobre.

—Pues quítese de en medio y no estorbe á los demás.

—¡Que se vaya fuera!—gritaban los demás pobres.

—No tengo puchero—decía el infeliz,—pero tengo hambre.

—Pues en ese caso, apártese á un lado y luego le dejaré arrebañar el caldero.

—El caldero es para mí—decía otro,—me le ofreció usted ayer, padre.

—Hoy me toca á mí—replicaba un tercero.

—No, sino á mí.

—¡A nadie, y se ha concluído!—decía el lego.—Así como así, por la avaricia de arrebañarle le arañan y le estropean todo:

—Pero si no tengo cacharro, ¿cómo voy á comer?

—Que ponga el sombrero—replicaba una voz desde el final del corro.

—Que aprenda á no ser soberbio—decía otro.—Si no tiene puchero es porque ayer le tiró contra una esquina, incomodado porque sólo le había tocado caldo.

—¡Es falso!

—¡Es verdad!

—¡Silencio!—decía el fraile.

Y seguía echando cacillos de sopa á los pobres, que se retiraban á un rincón á comerla.

Alguno había que terminada la primera ración intentaba volver por la segunda; pero le acusaban sus mismos compañeros y rara vez lograban engañar al lego.

Otros llevaban un cacharro oculto, y allí vaciaban la ración pidiendo otra en seguida; pero tampoco les valía ese artificio, á no ser que mereciese las simpatías del cocinero, el cual, aunque lego, era hombre y tenía sus debilidades de tal.

—¡A mí—le decía alguno,—que soy el recomendado del padre Ambrosio!

—Aquí no hay recomendaciones que valgan—decía el lego;—y precisamente del padre Ambrosio, que es el más tragón.... ¿Por qué no le guarda algo de su ración?... Nunca tiene bastante.

A medida que se iba acabando el potaje, crecía la impaciencia de los que temían quedarse *in albis*, y el lego alzaba la vista para ver los que faltaban y disminuir las raciones.

—A ese no —le decían,—que es capuchino y sólo viene los sábados porque sabe que hay mejor sopa que en su convento.

—También usted va muchos días á los Esculapios—le replicaba el otro.

—¡Es mentira!

—¡Es verdad!

—¡Silencio, silencio!

—¡Tiene razón!—gritaba un tercero.—De poco tiempo á esta parte va habiendo aquí mucha gente pegadiza.

—¡Como en los otros conventos los dan *bazofia*!....

—No murmuren, hermanos—les decía el fraile.

—Esto no es murmurar, padre, sino que da soberbia encontrarse todos los días con nuevos *arrimones*.

—Pues sea humilde, hermano; que es pecado la soberbia.

—Tiene usted razón; pero así como nosotros no vamos á las otras casas....

—Yo hace cuatro años que no he faltado ni un día—decía una vieja.

—Gran puñado son tres moscas—la replicaba un viejo;—yo venía con mi padre desde que tenía tres años, y desde entonces sigo viniendo.

—Porque usted ha sido pobre toda su vida.

—¿Y usted no?

—No, señor—decía la vieja suspirando;—y si no hubiera muerto mi difunto, no tendría necesidad de venir aquí.

—Bien habría hecho Dios en conservarle la vida.

—¿Por qué?

—Toma, porque ahora tendríamos un fraile menos y una ración más.

—Hermano—decía el lego,—no tome en boca á los frailes.

—¡Si es un refrán!...

—Pues déjese de refranes, y más valiera que sacase el puchero de la alforja. ¡Piensa que soy tonto! Ya sé que no tiene fondo y que trae debajo una cazuela.

—¿Sabe usted para qué hace eso?—decía un ciego.—Para sacar mucha comida y venderla luego en los bodegones.

—¿De veras?—decía el lego.

—No le crea usted, padre.

—Sí, señor; yo lo he visto.

—Es fácil—decía el viejo.—¡Como usted es un ciego de conveniencia!

—Pues mire, hermano—decía el lego,—si vende la comida que nuestro padre San Francisco le da por caridad, para sí será el daño, porque la limosna no se puede comprar ni vender.

—Pues aquí hay muchos que la venden y muchos que la compran—decía una vieja.

—Callen callen—decía el lego,—que todos son á cual peor.

—Eso es, por unos pierden otros.

—¡Miren quién habla!—decía el viejo.—¡El de las muletas de trapo! ¡Como si no le hubiéramos visto tirarlas y salir á la plaza á echar una suerte á los novillos!

—¡Qué escándalo!—decía una vieja.

—¿De qué te escandalizas tú, embaucadora?... ¡Habrá bruja!... Tiene ella más por qué callar que nadie, y viene aquí haciendo aspavientos.

—¡Silencio, hermanitos!—decía el lego.

—Pero, padre, si da grima oír á estos demonios sacarse las faltas á relucir, teniendo todos mucho por qué callar. Y si no, que lo diga aquel que se retira con su pucherete, como si no tuviese qué comer en su casa.

—Y no tiene. Pues qué, ¿todos son como usted?

—¿Qué tengo yo?

—Nada, más vale callar.

—Hable usted, hable usted.

—¿Cuánto le ha dado usted al que se ha casado con su hija?

—¿Qué hija?

—La muda, la que iba por esas calles con la campanillita y el papel, hasta que la hizo romper á hablar la tabernera del Campillo.

—No sé lo que usted dice.

—Pues yo sí, y sé que le ha dado usted cuarenta onzas de dote.

—¡Qué calumnia!

—¡Sí, mucha calumnia!

—Vaya, hermanos, callen y no ofendan á Dios murmurando—repetía sin cesar el lego.

Y continuaba repartiendo las últimas cucharadas de sopa, hasta que llegaba la última y con ella la hora de adjudicar el caldero.

Momento de ansiedad que renuncio á describir y en el que no había pensado al proponerme escribir este cuadro.

Cuadro de hambre perpetua, que se veía diariamente en todas las porterías de los conventos de Madrid y de otras muchas poblaciones de España.

Cuadro desgarrador que los hombres de HOY, quisieran borrar de la historia de AYER, y del cual aún recibirán alguna reliquia los de MAÑANA. Porque hoy aún, preciso es confesarlo, se da á los pobres *públicamente* esa sopa en los conventos existentes.

Aún hoy, por una mera cuestión de forma, se acompaña esa caridad de una ración de vergüenza y de humillación, que desvirtúa la santidad de la limosna.

El lector puede verlo todos los días en el convento de los padres Esculapios.

Yo no le aconsejo que vaya, porque el placer que sienta al considerar que en nuestro país *no se conoce la muerte por hambre*, se le amargará al ver la manera con que se hace ese milagro.

Y lo sentirá tanto más, cuanto que el hacerlo de otro modo, vuelvo á repetir, es puramente cuestión de fórmula.

El secreto dobla el precio de la limosna.





CUADRO XVII

EL DERECHO ELECTORAL EN 1808

Sé franco, lector, ¿no es verdad que el título de este cuadro te alarma y te horripila, y que al verle te dan ganas de arrojar la obra, pesaroso de haberla cogido en tu mano?

Di la verdad: ¿cuánto darías por tenerme á tu lado para tirarme del brazo antes que mi pluma cometa el anacronismo de llevar los cuadros del presente al museo de lo pasado? Apostaría, seguro de ganar lo que apostara, que mi ignorancia te mueve á compasión y á risa y que, de ahora para siempre, te dispones á no creer nada de cuanto te diga.

¡Derecho electoral en 1800! — repetirás asombrado — ¡Qué ignorancia tan supina! ¡Derecho electoral! ¿Quiénes eran los que le tenían y para qué le usaban? ¿Acaso el monarca para nombrar los regidores perpetuos, ó los consejeros de Castilla, ó los alcaldes de su Real casa y corte? ¿Ó quizá estos mismos para admitir ó renunciar sus destinos?

No pienso hablarte, amigo lector, ni del monarca ni de sus vasallos, ni tampoco de los privilegiados fueristas del pueblo vascongado, cuyo censo electoral era tan extenso que alcanzaba á todos los que tenían hogar, siquiera no tuviesen cosa alguna que guisar en él; de donde nació el refrán de «nada se puede esperar de quien no tiene *hogar*.»

El derecho electoral á que tú habrás creído que aludo y el único que acaso tendrás como moneda corriente, no es una mina nueva, denunciada

por los hombres de ahora, sino una antigua que las gentes de ayer dejaron abandonada después de haber hecho en ella grandes trabajos de indagación y explotación.

Cierto es que el derecho electoral de 1800 no alcanzaba á tantas personas como el de 1850; pero tampoco daba por resultado próceres y procuradores, ni diputados y concejales, sino ministros, generales, provinciales, guardianes, custodios, definidores, comisarios y discretos.

Estos últimos eran los que más halagaban la vanidad del elector.

¡Oh! ¡Si siempre pudieran hallarse candidatos discretos! ¡Pero lo son siempre las personas elegibles? ¡Quién sabe si algún día estaremos de humor de contestar á esa pregunta!

Por ahora sólo podemos decir que aquellos discretos lo eran desde luego en el nombre; lo demás... lo demás, vaya usted á averiguarlo, ¡fácilito es!.. Habrán muerto la mayor parte de ellos.

Pero pensando piadosamente lo serían; porque tenían obligación de serlo, que para eso los nombraban.

El definidor definía; el custodio custodiaba; el guardián guardaba; conque es de presumir que el discreto lo fuera. Y si no lo era, por tal le tenían los electores, y.... «á partes contentas no hay juez querrelloso.»

Si tú, lector, lo estás ahora porque aún no te he dicho qué derecho electoral es el de que te hablo, siento decirte que no tienes razón, porque ya la nomenclatura de los oficios elegidos te habrá impuesto de quiénes eran los electores. Incluso la *Guía de forasteros*, donde hay algunos de los segundos, en todas partes tienes ministros y generales; pero guardianes, definidores, custodios, y sobre todo discretos, ¿los has visto en otro lugar que en los conventos? Allí era donde estaban esas dignidades y también los elegibles y los electores.

Los seglares no tenían nada que ver con la elección, y los frailes hacían uso de su derecho como mejor les convenía sin molestar á nadie.

Así cada individuo podía decir lo de Juan Palomo, «yo me lo guiso y yo me lo como,» y no en balde cantaban por aquel entonces las gentes el

Tú te metiste
fraile mostén,
tú lo quisiste
tú te lo ten.

Y tan cierto es que ellos *se lo tenían*, que nada castigaban con penas tan severas como el que algún individuo de la comunidad acudiese en queja á los tribunales seglares.

«Ora sea para pedir consejo, ora para pedir favor—decían los estatutos,—será el religioso privado de los actos legítimos y castigado más severamente á arbitrio del superior.»

Privábanles asimismo de voz activa y pasiva, de los oficios que tuviesen, y aun los inhabilitaban perpetuamente para lo sucesivo, sin perjuicio de ser excomulgados, *ipso facto*, según las circunstancias más ó menos agravantes del recurso ante el tribunal seglar.

De sus propias sentencias no les estaba muy permitida la apelación, y aun se castigaba como rebelde é inobediente al que se atrevía á apelar de correcciones y penitencias ligeras, «con las cuales—decían los estatutos—se les hace poco agravio.»

Emancipados en parte tan importante de la jurisdicción seglar, nada tenía de extraño que lo estuviesen para la elección de los oficios de la comunidad. Ellos eran los que habían de mandar, y ellos los que habían de obedecer, y natural era que ellos de entre ellos sacasen sus inapelables tribunales.

La influencia seglar era un enemigo sospechoso al cual daban continuamente el *quién vive* en casi todos los artículos de sus constituciones.

Pedir el favor de un seglar para alcanzar algún oficio de la Orden, ó para ser mudado de un convento á otro, les costaba la privación de la voz activa y pasiva, *ipso facto*, aunque los frailes negasen y los seglares afirmaran no haber sido solicitados por los religiosos. Y para que los superiores no fuesen muy escrupulosos en el castigo de esos delitos de difícil prueba, se les conminaba con la pena de excomunión, *ipso facto incurrenda*, y demás que á los delinquentes en el caso de negligencia.

Los incorregibles, y lo eran los que habiendo sido tres veces convencidos y castigados de un mismo pecado, siendo grave, no se hubiesen enmendado, eran encerrados perpetuamente en la cárcel ó quitado el hábito para siempre y condenados á galeras, según la calidad del delito.

«Y si acaso (lo que Dios no permita)—decían los estatutos—algún religioso matare á otro ó le cortare algún miembro ó le diere veneno, sea puesto en la cárcel con cadenas perpetuamente y todos los viernes ayune á pan y agua, y el que fuese legítimamente convencido de haberlo procurado por sí ó por otro sea castigado con la misma pena de cárcel.»

Por llevar consigo ó tener en la celda piedra, palo, cuchillo ó cualquier otra arma ofensiva eran condenados á dos meses de cárcel ó á llevar por un tiempo determinado *caparón* y *chías*.

«Si alguno (lo que no suceda)—decían también los estatutos—fuere denunciado en el Santo Oficio de la Inquisición y en él abjurare *de levi* sea privado de los actos legítimos, y el que abjurare *de vehementi* quede perpetuamente inhábil para todos los oficios de la Orden.»

Con lo dicho hasta aquí, fácilmente se comprende que, privados de la voz activa y pasiva en las elecciones por apelar de las sentencias, y castigados con la pena del Talión, cárcel, galeras, tormento, disciplinas, ayu-

nos é inhabilitación para los actos legítimos y oficios del convento por transgresión del voto de castidad, por soborno, por descubrir secretos á los seglares, por palabras injuriosas, por manos violentas, etc., etc., lo estarían mucho más gravemente por el delito de *apostasía*.

Para éste guardaban los estatutos todo el rigor, y lo que el vulgo llamaba simplemente *ahorcar el hábito* era severamente castigado.

Inocencio IV concedió autoridad á los prelados y demás frailes de la orden de San Francisco para poder excomulgar, prender y encarcelar (si fuere necesario) á los apóstatas é *insolentes* religiosos, y *ataba* ó atajaba la apostasía con el anatema, *ipso facto* fulminado.

Todos los frailes debían perseguir al apóstata hasta prenderle, y en caso extremo podían invocar el auxilio del brazo *seglar*, sin perjuicio de lo que disponían los estatutos con respecto á la ninguna intervención que debían dar en sus actos á los seglares.

Privados por tantas causas del voto en las elecciones, aún había otros frailes exceptuados por razones y motivos reservados que pocas veces era dado adivinar ni á sus propios compañeros.

Eran, sin embargo, pocos los que dejaban de hacer uso del derecho electoral, sobre todo para los oficios de su propia comunidad; en los generales de la Orden hilábase más delgado y con mayor cautela.

Uno de éstos vamos á copiar en el siguiente cuadro.

Las juntas preparatorias de cada convento y de cada provincia, antes del *Capítulo general*, darán una idea del *provincial* y del *conventual*.





CUADRO XVIII

Á CAPÍTULO VAN LOS FRAILES

Dice la crónica, ó acaso dijera si de estas cosas las crónicas hablaran, que allá, muy allá y muy adentro del riñón de Castilla, hay un pueblo de cuyo nombre no quiero acordarme para que envidia no haya ni nadie en menos le tenga que Cervantes tuvo á la patria insigne del noble hidalgo manchego.

Había en ese pueblo su correspondiente iglesia parroquial y sus dos ermitas, una á la entrada y otra á la salida, y amén de las ermitas y de la iglesia dos conventos de monjas y uno de frailes.

Eran éstos algo menores en número que la mitad del vecindario, lo cual no quiere decir que el convento fuese demasiado grande, sino que el pueblo era muy pequeño, ó lo que es lo mismo, que los frailes no hubiesen parecido muchos á no haber sido los vecinos tan pocos.

Pero es el caso que á poco más de tres vecinos por barba habrían salido en el reparto, y he aquí explicado el por qué dice la crónica que el primer edificio del pueblo era el convento.

Veíase desde todas partes y en todas direcciones, y aunque no era notable por su arquitectura, lo era por su extensión y por la anchurosa huerta que tenía á la espalda. En su cultivo ejercitaban las fuerzas los novicios y ganaban el pan los hermanos legos, sirviendo sus paseos de lugar

de meditación y de estudio á los padres graves. Y como de éstos es precisamente de los que vamos á ocuparnos, y ahora no se hallan en la puerta, no tenemos por qué detenernos en ella; siendo asimismo inútil que recorramos las demás dependencias del convento, porque difícilmente los hallaríamos en ninguna.

Están, sin embargo, dentro del edificio; pero preocupada su mente con asuntos de grande importancia, se han refugiado á la iglesia, donde con fervorosas pláticas imploran la gracia del Espíritu Santo para la ardua empresa que van á acometer.

No se trata de la elección de guardián del convento ni de la de provincial ó comisario, que todas ellas, aunque importantes, pueden llamarse y tenerse por de escalera abajo, sino que se van á elegir nada menos que tres prelados de plana mayor, entre ellos el general de la Orden.

Se han cumplido ya los seis años de su elección, y como pasado ese tiempo previenen las constituciones que no haya prórroga bajo ningún pretexto, se han publicado ya las *letras* y patentes convocatorias para la nueva elección, señalando la vigilia de Pentecostés. La fijación de esa época no ha quedado al arbitrio del general que hizo la convocatoria, sino que ella es la designada en los estatutos de la Orden, por ser la Pascua del Espíritu Santo, cuya sabiduría ha de iluminar á los electores.

Hase mandado, según por las condiciones está prevenido, que «dondequiera que se supiere del dicho Capítulo, se hagan oraciones y plegarias á Nuestro Señor por su acierto y buen suceso, las cuales los ministros provinciales encomienden en sus provincias para que con ellas los religiosos merezcan alcanzar de Dios un buen padre y pastor.»

En el antedicho convento no sólo han tenido noticia de la elección, sino que hay dos padres graves que deben tomar parte en ella, el uno como custodio que es de la provincia y el otro como ex ministro de la Orden.

A la iglesia han asistido todos los que tienen voz y voto en las demás elecciones, y terminada la oración se reúnen en la celda del guardián para deliberar acerca de las cualidades de los candidatos que presentan las diferentes provincias. Reina en esa junta preparatoria la mejor buena fe por parte de todos y el mayor celo por el bienestar de la Orden, oyéndose con sumisión los consejos y las observaciones de los padres discretos, que para estos casos justamente les viene el cargo como de molde.

Trátase de proceder con discreción, y á nadie toca tomar la iniciativa sino á los mismos discretos; los cuales, por su parte y para las graves cuestiones que, amén de la elección del general, van á suscitarse en el Capítulo, tienen asimismo obligación de asistir.

La crónica, sin embargo, nada dice de ellos hasta presentarlos en el Capítulo como llovidos del cielo, que es precisamente como debe

aparecer siempre la discreción, sin que nadie sepa por dónde ha venido.

Nada dice tampoco de lo que pasó en aquella junta preparatoria, á causa sin duda de que el cronista no tuvo voz ni voto en ella, y se limita á acompañar en su viaje al ex ministro y al custodio. Para ellos estaban aparejadas las dos soberbias mulas que desde muy temprano se veían en la portería del convento, y con ellos también debía ir un macho conduciendo las provisiones y dos mozos espolistas guiando las mulas y el macho.

Y dice la crónica que aún no serían las nueve de la mañana de una de las más serenas del mes de mayo cuando los dos reverendos, aparejados de camino con el hábito remangado y los sombreros envueltos en una funda de hule negro, llegaron á la portería seguidos de toda la comunidad, que con su prelado á la cabeza venía á darles la bendición para el mejor acierto del importante derecho que iban á ejercer.

Añade también que una gran parte del vecindario les fué siguiendo hasta más de una hora fuera del pueblo, y que apenas se vieron solos picaron espuelas para alejarse un trecho de la acémila y de los mozos y en tablaron el siguiente diálogo:

—¡Gracias á Dios que estamos al aire libre!—dijo el padre custodio dando un suspiro.

—Yo creí que no se acababa nunca la dichosa consulta—repuso el ex ministro.

—¡Qué manera de divagar!—exclamó el custodio.—¿Y para qué? Para repetirnos lo que todos tenemos olvidado de puro sabido, lo que se aprende en el año de noviciado.

—Nuestro guardián es un pobre hombre—dijo el ex ministro.

—Fué un disparate el elegirle.... Yo no me llevé chasco.... Ya sabe usted que me opuse por cuantos medios estuvieron á mi alcance; pero tuve que desistir, porque ustedes todos tenían empeño en nombrarle.

—Yo lo hice porque le tenía en otro concepto; pero nunca le creí un Santo Tomás de Aquino.

—¡De Aquino!—exclamó el custodio riendo.—Ya quisiera ser un Tomás apóstol! Aquél por lo menos decía que *para creer, ver*; pero éste no cree ni aun viendo.

—Eso consiste en que ve poco.

—No tan poco como usted cree, y bien vió la guardianía apenas murió nuestro Juan de la Cruz. ¡Aquél sí que era todo un hombre!

—¡Era un verdadero siervo de Dios!—exclamó el ex ministro.

—Y de los hombres—replicó el custodio;—y yo le aseguro á usted que si ahora viviera no nos llevarán de calle los segovianos.

—¿Cree usted que se pierde la elección?

—No doy por ella dos ochavos.

—¡Pero hombre, nos han de faltar los votos de Valladolid!

—Vaya si faltarán; en esos tengo menos fe que en los de Palencia.

—¿Y cómo están los de Cataluña? ¿Ha tenido usted cartas ayer?

—No he tenido, pero creo que todas las provincias andan poco más ó menos como la nuestra.

—Es decir, que habrá muchos presentados.

—Más que electores.

—Pues, señor, veremos lo que sale.

—Me temo que se la lleven los andaluces.

—¿Por qué?

—Por lo que he dicho á usted de los segovianos; desde que vi que el Capítulo era en Segovia y que allí apoyaban al presentado por Andalucía, dije para mi colete: esto va malo.

—A bien que llegaremos de los primeros y podremos ver por dónde va el agua al molino.

—No seremos tan de los primeros.

—¿Cómo que no? ¿Pues cuántos días piensa usted que estemos en camino?

—Hay veinte leguas; conque ya se sabe, aunque hagamos alguna jornada de seis leguas, entre los descansos y una cosa y otra siempre tardaremos ocho días.

—Bien, ¿y qué? Llegaremos á Segovia el miércoles.

—Un día antes de lo que previenen los estatutos.

—Verdad es.

—Nada, no se canse usted, debimos haber salido cuatro días antes; pero ya se ve, nuestro guardián lo dispuso á su modo y así ha ido ello.

—Para eso decía que apretásemos el paso y que no nos detuviéramos mucho en los pueblos.

—No estoy de esa opinión—dijo el custodio,—y si usted es de mi modo de pensar, ahora echaremos pie á tierra junto á esa fuente y tomaremos un refrigerio para llegar á comer á los Ángeles.

—¿Y hemos de hacer alto allí? Me parece una jornada muy corta.

—Son cuatro leguas y hemos salido demasiado tarde. Hay además dos leguas de mal camino; y por otra parte, si no nos quedamos en los Ángeles á dormir, ¿qué otro convento de la Orden hay hasta el de San Antonio?

—Verdad es.

—Usted déjese guiar por mí, que sé mejor que nadie lo que se debe hacer en estos casos. Fuí mucho tiempo el burro del convento y no quiero seguir siéndolo más—dijo el padre custodio, y refrenando la mula volvió la cabeza para llamar á los mozos y les preguntó sonriendo:—¿Qué os parece á vosotros que se puede echar á perder de lo que viene en la alforja?

—Todo ello vale muy poco—contestó uno de los mozos.

—Pues ¿cómo así?—preguntó el custodio alarmado.

—Porque el hermano Pascual hace lo que quiere y se empeñó en no echar nada de lo que le dije.

—Pero en suma, ¿qué es lo que viene? Sepamos.

—Haga su reverendísima cuenta que nada ó poco menos que nada; mucho queso, muchas manzanas y una espuerta de higos. ¡Oh! De éstos cargó la mano. ¡Como se van pudriendo y hay tantos!...

—Pero cosa de más formalidad, ¿qué es lo que traéis?

—Una pierna de carnero y unos solomillos de vaca fiambre, algunos palominos y unas liebres.

—Esas vienen de milagro—dijo el otro espolista riendo.

—El milagro que hicieron estas manos cogiéndolas con los palominos del fogón.

—Pues veamos cómo está la liebre—dijo el custodio echando pie á tierra.—Es carne de campo y apetitosa si está bien guisada.

—De todo habrá—repuso el mozo;—ya sabe su reverendísima cómo las gasta el cocinero.

—No guisa del todo mal, y las tortillas las hace mejor que las decantadas de los frailes de Atocha de Madrid.

—También ha puesto unas cuantas.

—Pues venga una—dijo el ex ministro apeándose de su cabalgadura.

—Tome usted primero unos lomitos de liebre—le replicó el custodio.

—Tengo pocas ganas de comer.

—A mí me las abre el aire del campo.

—A mí también.

—Sí, pero usted pierde el apetito por su demasiada afición al estudio.

—Es mi mejor distracción.

—Y á propósito, ¿cómo va la obrita?

—Ya está concluída.

—¿Y no se ha impreso aún!

—Va despacio. Ahora la tiene el provincial, que no sé á quién se la dará para que la examine, y aprobada que sea pasará al Consejo Real.

—No sabía yo que se necesitaban tantos requisitos.

—Así lo mandan las pragmáticas del reino.

—¿Piensa ir á Madrid cuando se imprima?

—Precisamente.

—Pues cuando usted vaya le daré una recomendación para un maestro lector de Recoletos, grande amigo mío y hombre muy versado en cosas de imprenta y en ortografía. Él le pondrá los puntos y comas donde deben ir y correrá con todo.

El ex ministro, como habrá conocido el lector, calzaba más puntos y comas que el custodio, y no hizo otra cosa que sonreirse, dándole las gracias por el conocimiento que le ofrecía. Y llegados ambos á sentarse sobre una piedra, junto á la cual manaba una mansa fuente, mientras sueltas las cabalgaduras pastaban á su placer la verde hierba que les brindaba el campo ellos comieron lo que les plugo de las provisiones que iban en las alforjas, y descansando un largo rato volvieron á continuar el camino.

Nada de notable les sucedió en las tres leguas que anduvieron antes de llegar al convento de los Ángeles, y allí se apearon de nuevo para ser recibidos de sus hermanos con *entrañas de caridad*, según expresamente ordenaban los estatutos de la Orden.

Advertida su llegada por el portero, corrió á avisar al religioso diputado para recibir á los huéspedes, el cual, con la mayor benignidad, les condujo á la hospedería y les hizo servir una *honesta y religiosa colación*, en cumplimiento de lo prevenido por los estatutos. Pero éstos decían asimismo que á todos los huéspedes se les lavasen los pies para mejor hacerles conocer la caridad con que eran recibidos, y nuestros viajeros rehusaron esa ceremonia, en pago quizá de la que á ellos les habían dispensado con no exigirles la licencia para viajar que debían tener de su prelado.

La colación hubiese podido pasar por cena, y el ex ministro la halló excesiva para su habitual templanza. No así el custodio, que pretextando la premura de llegar al Capítulo, cambió el orden de las jornadas y no volvió á hacer noche donde hubiese conventos de la Orden.

De posada en posada y reunidos con nuevos frailes que iban hallando en el camino, llegaron por fin á Segovia en la tarde del martes.





CUADRO XIX

UN CAPÍTULO GENERAL

Tenía razón el padre custodio en creer que muchos otros vocales se habrían anticipado á llegar al lugar del Capítulo.

Cuando nuestros frailes entraron en la ciudad de Segovia ya lo habían hecho la mayor parte de los electores, y la población andaba revuelta con la llegada de los forasteros. El convento de la Orden, edificio destinado para la elección, estaba lleno de frailes, y otros muchos se habían hospedado en los demás monasterios y en algunas casas particulares. En las dos únicas posadas que entonces había en Segovia apenas cabían las cabalgaduras de los frailes, y los mozos de mulas, gracias á la hospitalaria condición de aquellos vecinos, no durmieron al raso. Pero aún no había anochecido por completo cuando nuestras paternidades reverendísimas pasaron por debajo del famoso acueducto y hallaron las calles llenas de gente.

Iban acudiendo muchos vecinos de los alrededores, unos por curiosidad y otros por especulación, y las gentes de la ciudad no hacían memoria de haberla visto nunca tan concurrida ni tan provista de toda clase de comestibles. En el mercado se hallaba con abundancia de todo, y las tiendas, en las que ordinariamente era excusado buscar media docena de huevos á no haberlos encargado la víspera, estaban tan bien surtidas que nada habría echado de menos en ellas el gastrónomo más delicado.

A medida que iban llegando al lugar del Capítulo frailes de todas las

provincias de España, iban apareciendo en el mercado los frutos de éstas, pudiendo decirse que los comestibles se reunían también en Capítulo general, con la diferencia á su favor de que iban á ser vocales de la asamblea muchos individuos ultramarinos y no pocos extranjeros.

Los frailes no salían á la calle pareados como de costumbre, sino en grupos de diez y de doce, celebrando constantemente juntas preparatorias y recapitulando entre sí los de cada provincia las cuestiones que habían de someter á la deliberación del Capítulo. Porque éste no tenía por único objeto la elección del general de la Orden y las de algunos otros prelados, sino que en él debían resolverse muchos puntos importantes de la Orden en general y otros particulares de las provincias.

Ninguna de esas juntas merece, sin embargo, que nos ocupemos de ella, y únicamente diremos algo de la general preparatoria que se verificó el viernes en la sala capitular. Asistieron á ella todos los padres capitulares menos los superiores generales; y el ministro provincial de la de Segovia, que por razón de dominio le pertenecía la presidencia, dijo:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: ¿Tienen sus reverendísimas alguna cosa que deponer contra nuestro prelado general? ¿Ha llegado á su noticia que hubiese cometido algún exceso en el desempeño de su ministerio?

Todos los capitulares permanecieron en silencio, y repetida tres veces la pregunta alzóse el presidente de su asiento y permitió la entrada al prelado, que estaba aguardando en la pieza inmediata.

—En el nombre del Padre, etc.—volvió á decir al verle entrar allí.—El definitorio ha hecho la sindicación que le previenen los estatutos y nada tiene que deponer contra vuestra paternidad reverendísima.

Los frailes, que se habían alzado en pie al ver entrar al prelado, volvieron á ocupar sus respectivos asientos, y el prelado tomó el de la presidencia y fué llamando uno por uno á todos los capitulares para que le exhibiesen las patentes y letras testimoniales que acreditasen su derecho á tomar parte en la elección. Una junta de discretos y custodios entendía en el examen de esos poderes, declarándoles, *ipso facto*, válidos ó no válidos, y en ese Capítulo fueron aprobados todos, después de una ligerísima discusión sobre algunos de ellos.

En ese mismo día y antes de la hora del definitorio se había cantado una misa solemne y expuesto el Santísimo Sacramento, que quedó sin reservar hasta que se terminó el Capítulo, haciéndole guardia los religiosos. El sábado muy de mañana confesaron y celebraron los capitulares, se dijo la misa del Espíritu Santo y se cantó el himno *Veni creator*.

Retiráronse con esto los frailes á tomar el desayuno, y pronto las campanas de la iglesia anunciaron que era llegado el momento de la elección.

Todos acudieron á la sala capitular, cuyas puertas se cerraron detrás del último fraile para no abrirse hasta que la elección estuviese hecha, en cumplimiento de lo prevenido por los estatutos, y *sin darles de comer* hasta que ausente ó presente tuviese la Orden nuevo ministro general.

Empezó el acto por un sermón que predicó uno de los padres discretos y cuyo tema fué la exhortación á la observancia fiel de los deberes que cada capitular tenía en aquel grave momento. Y acto continuo el prelado presidente les dirigió estas breves palabras:

—Yo os amonesto, hermanos carísimos, en el nombre de Dios, trino y uno, á que elijáis por ministro general á la persona más benemérita, á la que creáis más digna y suficiente para cumplir con el grave cargo que vais á echar sobre sus hombros. Mirad que pecaréis gravemente los que elijáis una persona indigna de servir ese cargo á mayor honra de Dios, servicio y provecho común de los religiosos.

—Amén—respondieron todos los capitulares.

Y puestos de hinojos recibieron la absolución que les dió el prelado, después de haber dicho la confesión general.

Volvióse á cantar el *Veni creator*, etc., y dichas otras varias oraciones tomaron asiento todos, guardando el orden prevenido por los estatutos.

Los padres discretos que, como hemos dicho, eran una especie de biblioteca portátil que se consultaba á cada momento, se llegaron á la mesa de la presidencia, y el general con su acuerdo nombró seis escrutadores ó testigos, tomándoles juramento de guardar secreto, pena de excomunió.

Después renunció su oficio y dijo sus culpas ante los vocales, haciendo lo propio los demás frailes que cesaban en sus cargos. A esto siguió un momento de silencio, y pasadas de mano en mano las cajas de rapé y flor baja, estornudaron, tosieron y se arrellanaron en los asientos.

Detrás de la mesa de la presidencia, que era una de nogal magnífica y lujosamente tallada, había un dosel con la imagen del fundador de la Orden y seis velas encendidas. Encima de la mesa, sobre un tapete de damasco amarillo, había siete tinteros y otras tantas salvaderas de loza azul con su correspondiente recado de papel y plumas, y por último, puestos en fila, seis grandes vasos de cristal. Otras tantas eran las elecciones que se iban á hacer, y aquéllas eran las urnas electorales.

Los escrutadores fueron los primeros á escribir su voto y echar la papeleta en el vaso, y sin que precediera una palabra más todos los capitulares fueron depositando su voto en la urna.

—¿Han votado ya todos?—preguntó el presidente. Y no habiendo nadie que reclamara, tapó el vaso con un pliego de papel y dijo:—Se va á proceder al escrutinio.

Hubo un murmullo de impaciencia que el presidente calmó tocando

la campanilla, y hecho el escrutinio de los votos, uno de los escrutadores se alzó en pie para proclamar al elegido. Pero lo hubo de suspender porque uno de los capitulares, precisamente el custodio que vimos de camino, puesto en pie y dando una cabezada á la presidencia, dijo:

—*Benedicite.*

—Diga su reverendísima lo que tenga por conveniente—contestó el presidente.

—Pido que se lea el artículo 20, capítulo 7.º, de las elecciones.

—¿Para qué?—le dijo el presidente.

—Para reclamar su observancia.

—El presidente hizo una seña al secretario escrutador y éste leyó:

«Art. 20. Y para que así los votos como los nombres de los electores estén siempre secretos después de hecha la elección ó acabado el escrutinio, luego delante de todos los capitulares se quemarán las cédulas y todos los escrutinios que se hubieren escrito, como está determinado por el decreto apostólico, y lo mismo se debe hacer todas las veces que se hallare algún yerro en el escrutinio.»

El presidente dispuso el cumplimiento de lo reclamado por el custodio, y en un plato de Talavera, prendida una de ellas en las luces del Santo, ardieron todas las papeletas y los borradores del escrutinio.

El escrutador que iba á proclamar el resultado de la elección, dijo entre dientes al levantarse de nuevo para hacerlo:

—Ya está servida la reclamación.

—Si se hubiera hecho cuando se debía, me habría excusado de reclamar—dijo el custodio en voz alta.

—Minutos antes ó minutos después—replicó el escrutador en voz baja—la derrota es la misma.

—No todos los generales duran seis años—repuso el custodio.

El presidente les rogó que guardaran silencio, amonestándoles el cumplimiento de los estatutos, y el escrutador dijo por fin lo siguiente:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: Esta es la elección del reverendísimo padre ministro general de toda la Orden, celebrada canónicamente por los reverendos padres vocales de la misma, congregados capitularmente, según la regla, en el presente convento de la ciudad de Segovia, en el año del Señor de 1800, á 14 de mayo, en la cual elección el reverendo padre N. tuvo veintiocho votos. Y yo, fray N., fraile profeso de dicha Orden y custodio, uno de los escrutadores, en mi nombre y en el de todos los otros que convinieron y consintieron en dicha elección, nombro y elijo por ministro general de toda la dicha Orden al reverendísimo padre fray N., en el cual la mayor parte de los votos consintió, y así lo pronuncio por electo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

Apenas terminada la proclamación del nuevo general se entonó el *Te Deum laudamus*, se dió aviso para que las campanas del convento se echasen á vuelo y todos los electores se dirigieron á la iglesia, desde donde pasaron al refectorio.

Fué la comida suntuosa y espléndida, como correspondía á tan grande solemnidad, y apenas terminada y dado al cuerpo el reposo necesario volvieron á juntarse en la sala de los Capítulos para continuar eligiendo los demás cargos. Hicieron estas elecciones por el mismo orden que la anterior y bajo la presidencia del nuevo general, al cual dieron obediencia y pidieron su bendición todos los frailes.

Los nuevamente elegidos tomaron posesión de sus oficios, y el general, con consejo de los discretos, nombró un tribunal para que examinara las causas y negocios que se llevasen al Capítulo, presentando á la mesa su dictamen y censura escrita para que sobre ella se abriese discusión y fallara el definitorio. Reunióse éste al efecto por espacio de ocho días consecutivos, dando cima á todos los negocios que se le presentaron, siendo algunos de poca monta y la mayor parte acusaciones de faltas leves: tales como que el padre Fulano, sin ser *flaco ni enfermo*, había dejado de ayunar la cuaresma anterior, ó que el otro tal gastaba las mangas más anchas de lo que permitía la regla, y otras impertinencias por el estilo. La más grave fué la que presentó nuestro custodio contra el guardián de su convento; pero fuese porque al nuevo general le dijese que el acusador había sido contrario á su elección ó porque no la hubiese podido probar en debida forma, se acordó desestimarla, amonestándole para que se abstuviese en lo sucesivo de nuevas acusaciones. Y al levantarse para protestar, no se lo permitió el compañero, que tirándole del hábito le dijo:

—Siéntese usted y no se comprometa.

—¿Y hemos de estar manejados por aquel hombre?

—Vendrá otro que será peor; y así como todos los guardianes lo son para mandar, á todos los frailes nos toca obedecer.

—Pero si dicen los estatutos que los guardianes no pueden de por sí prender ni encarcelar, ¿por qué se desestima mi acusación? Si no quieren creer que sea cierto lo que digo, que se informen de los mismos interesados.

El presidente tocó la campanilla para imponer silencio, y el fraile que hacía de secretario leyó la *tabla* del Capítulo general, especie de acta en la que estaban resumidos los escrutinios, los asuntos que se habían sometido á la deliberación y el número de frailes que habían fallecido desde el Capítulo anterior. Sacáronse copias de ella, que selladas y firmadas por el general se remitieron con *diligencia* á todas las provincias de España. Con *diligencia*, así decían los estatutos; ¿pero sabes tú, lector, lo que era entonces la diligencia? No era, como ahora, un animal con ruedas, que lo

mismo corre cuesta arriba que cuesta abajo, sino un animal perezoso y tardo que no corría ni cuesta abajo ni cuesta arriba. El diligente entonces solía ser un burro, y como ese animal siempre ha sido tan filósofo y tan pensador, en fuerza de ir discurriendo por los caminos discurría sobre la manera de andar y mientras tanto no andaba.

Nuestros frailes, recibida la bendición del nuevo ministro, partieron de Segovia, y por el mismo camino regresaron al pueblo de donde habían salido, y de cuyo nombre no quisiera acordarme. Salióles á recibir la comunidad toda, y en la portería recibieron un abrazo del guardián y de cada uno de sus compañeros. En la celda del prelado les esperaba la con-sabida agua de naranja y el chocolate, y allá fueron sin detenerse á sacudir el polvo.

Por espacio de un mes no se habló en el pueblo de otra cosa que de la vuelta de los frailes, y el Alcalde mayor, que había manifestado un gran interés en el resultado del Capítulo, corrió á visitarlos apenas tuvo noticia de su llegada.





CUADRO XX

EL PECADO MORTAL

Ni el que yo haya podido cometer al empezar la publicación de esta obra, ni el que tú estés cometiendo al leerla, ni otro alguno tuyo, mío ni de nadie es el *Pecado mortal* de que voy á hablarte.

Te he dicho antes de ahora que, con permiso de la Academia por supuesto, hemos convenido que no sea calvo el pelón ni rabón el falto de rabo, y ahora te digo que el *Pecado mortal* de este cuadro no es ni mortal, ni venial, ni siquiera pecado.

Tómate la pena de seguir leyendo si quieres que pase el susto, y..... figúrate que es de noche.

Ni es la primera vez que te lo has figurado ni será la última. En la época de que hablamos nada más fácil de figurar que la noche.

Tenían tantas, que era difícil marchar por ninguna parte sin tropezar con alguna.

La primera, la más importante de todas, era la *noche de los tiempos*. En ella se les habían perdido los primeros rudimentos de las ciencias, de las letras y de las artes.

La medicina, arrullada en los brazos del empirismo y de la preocupación, dormía un sueño profundo en una noche eterna.

La química era un feto que los teólogos no querían declarar *viable*, y

que asustado por la alarma que inspiraba su venida al mundo, apenas se atrevía á dar señales de vida y seguía perdido en la *noche de los tiempos*.

Guardaba en sus entrañas las artes más preciosas y los conocimientos más útiles á la economía animal, á las ciencias y á la industria, y una noche, al parecer eterna, velaba su pasado y su porvenir.

Las letras roncaban á pierna suelta olvidadas de sus antiguas glorias, y el velo de la ignorancia, colgado en la ventana de su dormitorio, no les dejaba ver el claro día que iba á brillar muy pronto en su horizonte.

Viejos pergaminos guardaban las más brillantes páginas de nuestra historia, que asimismo perdida en la *noche de los tiempos*, al buscar la luz de la publicidad tropezaba en las redes del Santo Oficio y quedaba presa en sus impenetrables archivos.

Era, en suma, noche, y noche muy obscura, la que vivían todos los conocimientos del saber humano.

Los pesados cerrojos de la ignorancia habían hecho impracticables los balcones de la inteligencia, y las pocas luces que pretendían alumbrar aquella noche eterna eran apagadas por el viento de la preocupación y del fanatismo.

Ráfagas de luz consoladoras aparecían de vez en cuando en el horizonte, precursoras del día que iba á rayar muy pronto; pero los que le aguardaban con impaciencia no le veían llegar jamás, ni aún le han visto lucir por completo.

La antorcha de la civilización no arde en un solo día ni de un solo golpe. Su luz, en cambio, es tan duradera que no se apaga nunca. Se oculta, como la del sol, breves momentos, pero vuelve á aparecer cada vez más brillante y más pura y es, como aquélla, inextinguible, eterna.

Los hombres de AYER apenas la vieron, los de HOY caen deslumbrados al mirarla, los de MAÑANA perecerán cuando dejen de verla.

La *noche de los tiempos* ha muerto, y los muertos no resucitan.

Del archivo de lo pasado suele la moda sacar algunos trapos viejos, que vende por nuevos y que halagan mientras no enseñan su partida de bautismo, pero que luego son arrojados con desprecio, con risa y con sarcasmo.

Es demasiado lozana y joven la primavera para que pueda viajar en compañía del achacoso invierno.

Cuando pasa el huracán tronchando los árboles más corpulentos, la tierra queda riendo de su impotente furor y se cubre de nuevas plantas.

Pero AYER, lector, era invierno y aún no había llegado la primavera de la inteligencia, y si había llegado no la veían, que es lo cierto, aquellas gentes.

Te he dicho que la noche era eterna y lo era. No tienes que hacerte grande violencia para figurártela.

Elegiremos, sin embargo, una de verano á las nueve y en la capital de la monarquía.

Reina una calma completa y un silencio profundo. El silencio y la calma eran síntomas constantes del estado anormal de la población.

No se oye más ruido que el desapacible canto del grillo, el rascar de la guitarra con que el barbero entretenía el sueño, estudiando la contradanza de los guardias de Corps, las pisadas de la poca gente que transita por la calle y acaso el murmullo de los tertulianos que tiene sentados el librero á la puerta de su tienda ó el cerero á la de la suya.

En la de este último hay dos ó tres capellanes, el sacristán de la parroquia y algún criado de palacio; todos parroquianos de importancia, grandes consumidores de luces. Y sin embargo, están á oscuras por lo poco que alumbran las de la calle y porque el velón que arde en la tienda está oculto detrás de la puerta.

El que luce en la librería tiene por pantalla un libro y tampoco alumbrá á la librera ni á sus constantes tertulianos el consejero de Castilla, el covachuelista, el erudito y un par de abates.

También á la puerta de la botica hay tertulia, pero están completamente á oscuras, porque el boticario tiene tanta práctica que despacha á oscuras cualquier medicamento que le pidan, sin equivocarse por supuesto, y si se equivoca.....; pero no hay cuidado, él responde. Y así se lo dice á la boticaria, al médico, al cirujano y á un capitán de guardias que son sus tertulianos constantes.

Como la calma de la atmósfera es grande no es el silencio pequeño, y más convida á dormir que á estar despierto.

No tienen tampoco grandes pastos las conversaciones, y á no darse un atracón de malilla ó de mediator y pasarse la noche jugando, no tienen más remedio que pasarla durmiendo.

Por eso ronca la boticaria y la librera, sin que lo adviertan ni el erudito ni el médico ni el abate, que suelen hacer lo propio, y todos duermen en paz y en gracia de Dios en la corte del Sr. D. Carlos IV, rey de España y de sus Indias por la gracia de Dios.

Los balcones están abiertos, convidando al viento á que pase adelante; pero no arrojan luz alguna, salvos los casos en que la arrojan toda, sacando á relucir los velones si el Viático acierta á pasar por la calle. En cuyo caso también el boticario, que despacha á oscuras las medicinas del cuerpo, saca también el velón para alumbrar al sacerdote que va á administrar la medicina del alma.

Pero no acontece que pase el Viático esa noche, al menos á la hora de que hablamos, y todo sigue en calma hasta que de repente se oye á lo lejos un eco desagradable y lúgubre que interrumpe breves momentos el silencio para tornarle luego más grave y profundo.

La boticaria se despierta asustada y da un brinco en la silla, el médico se levanta precipitado y abandona la tertulia sin despedirse de nadie, el capitán de guardias se pone pálido y el boticario siente que la lengua se le pega al paladar.

Los tertulianos de la cerería tampoco siguen durmiendo después de sonar aquel extraño rumor; pero los curas no dan señales de susto y el sacristán dice sonriendo:

—Ya viene el espantamuchachos.

Vuélvese á oír el eco más prolongado que antes, y percibiéndose clara y distintamente que le producía una voz desagradable y bronca que cantaba algo melancólico y lúgubre.

Vuélvese asimismo á estremecer la boticaria, á palidecer el soldado y á quedar sin aliento el boticario, sintiendo todas las gentes que van por la calle un sudor frío que les hiela el alma.

Ciérranse de repente todos los balcones y corren á esconderse los chiquillos que jugaban á la puerta de las tiendas.

—¡Que viene el *Pecado mortal*!—les gritan sus padres.

Y los niños meten la cabeza entre los hombros y van corriendo á ocultarse debajo de las camas y de las mesas.

Y todo permanece en el más profundo silencio, hasta que al extremo de la calle se descubren dos luces que avanzan lentamente y á compás cada una por distinta acera.

Páranse de repente la una frente de la otra, y entonces se oye una voz melancólica y lúgubre que canta estas palabras:

Para hacer bien y decir misas por la conversión de los que están en pecado mortal.

Y á esa demanda contesta otra voz cantando, con tono más melancólico aún que la primera, lo siguiente:

«¡De parte de Dios te aviso
que trates de confesarte
si no quieres condenarte!!!»

A lo cual replica del mismo modo la voz primera:

«¡Con una culpa que calles,
aunque digas un millón,
no habrá para ti perdón!!!»

Entonces se abrían algunas ventanas y caían al suelo algunas mo-

nedas envueltas en papeles, los cuales, cayendo encendidos, se veían con facilidad.

Si alguna vez sucedía que el papel se apagaba ó que los hombres que llevaban las luces habían ya pasado cuando se asomaba al balcón la criada que arrojaba la limosna, se volvía á su ama, diciéndole:

—Señora, ya van muy lejos.

—No importa—replicaba el ama,—echa los cuartos.

—Si ya los he echado, pero no los ven.

—¡Pues llámalos, demonio, no seas torpe!

Y el demonio se asomaba desaforado gritando:

—¡Eh!... ¡eh!... *Pecado mortal*, venga usted acá.

El *Pecado mortal* alzaba la cabeza, y á fuerza de explicaciones, ayudado por su linterna, lograba encontrar la limosna que le había arrojado el demonio.

El boticario y el cerero acudían á sus respectivos cajones para dar una limosna al *Pecado mortal*, que los saludaba y seguía adelante, parándose de vez en cuando á pedir en voz alta que *hiciesen bien por la conversión de los que están en pecado mortal*.

La boticaria, toda asustada y temblorosa, prepara una limosna de su bolsillo particular y se acerca con recelo á uno de los *Pecados mortales*, diciéndole al dársela que *eche una saeta*. Y el *Pecado mortal* canta la siguiente:

«¡Cuántos hay en el infierno
por una culpa no más!
Tú con tantas, ¿dónde irás?

A cuya copla responde su compañero con esta otra:

«Hombre que estás en pecado,
si en esta noche murieras
piensa bien adónde fueras.»

Sucedía muchas veces que las *saetas* iban á dar en la parte más flaca del vecindario, y no parecía sino que el *saetero* sabía dónde vivía un tramposo cuando, precisamente á la puerta de su casa, cantaba esta ú otra copla parecida:

«Restituye y paga luego,
que una mortaja y no más
de este mundo sacarás.»

Ó bien que al oído le decían que allí estaba cenando algún glotón, y por eso le echaba esta *saeta*:

«La gula engruesa los cuerpos
con sus regalos profanos,
para cebo de gusanos.»

Contestando su compañero con esta otra:

«A la embriaguez se sigue
la privación del sentido.
si así mueres vas perdido.»

Ó cuando frente á la casa del usurero, precisamente á la hora en que
él apilaba sus onzas de oro, le echaban esta otra:

«Por más que el tesoro guardes
avariento, ha de llegar
la muerte y te ha de robar.»

El jugador era el que salía mejor librado, porque aunque le decían:

«El vicio del juego es
origen de muchos vicios,
que arrastra á mil precipicios,»

Le añadían esta otra:

«El que juega va á exponerse,
como no juegue con tasa,
á perder su alma y su casa.»

Y como no hay nadie que no crea hacerlo todo con tasa y moderación,
viendo el jugador que sólo era pecado mortal el jugar mucho, se conso-
laba creyendo que él jugaba poco.

Los *Pecados mortales*, que así llamaba el vulgo á los que, del modo
que queda dicho, corrían todas las noches las calles de la capital, eran
los individuos de la real hermandad de María Santísima de la Esperanza.

Aunque personas en su mayor parte de las más distinguidas de la
sociedad, no se desdeñaba ninguno de ellos de salir á rondar por las no-
ches con su linterna y su bolsa de cuero, y esta práctica era precisamente
una de las más importantes de la Hermandad. Porque, como dicen sus
constituciones, el principal objeto es retraer á las almas de la culpa, y
sacar á otras del abismo de ellas; para lo cual se dispuso (es el Regla-
mento el que habla) con el mejor acierto que los señores hermanos echa-
sen algunas *saetas* que *en verso breve encerrasen un aviso moral* capaz
de despertar á los pecadores del sueño del vicio. «El silencio de la noche,
dice el citado libro, tal vez su obscuridad (no se conocía entonces ni la
luz de gas ni la chispa eléctrica) y lo solitario de algunos barrios, pro-
porciona al vicioso el logro de sus malos deseos; y ¿quién sabe si en aquel

momento una voz firme y sonora que pronuncie este aviso moral, penetrará el corazón de aquel infeliz, y le hará retraer de su mal intento? ¿Quién sabe si Dios se valdrá del débil instrumento de nuestros hermanos para la salvación de los otros? Por eso es muy conveniente y se practicará como hasta aquí, mediante no se ignora que se han logrado admirables efectos.»

La boticaria, por de contado, la noche que pasaba el *Pecado mortal* por la puerta de su casa dormía mal ó no dormía, y estaba deseando que amaneciera para ir á la iglesia.

De lo cual, y por eso dice el refrán que «no hay mal que por bien no venga,» no se alegraban gran cosa los practicantes, entonces *mancebos* de la botica, porque á buen seguro que si el ama había oído la *saeta* de la gula, les hacía ayunar por fuerza.

También el cerero y hasta la librera, que por razón de oficio podía ser algo más dura de corazón, todos temblaban más ó menos al oír las voces de los hermanos de la Esperanza.

En cuanto á los muchachos no quedaba uno solo en pie apenas se oía en la calle la voz del *Pecado mortal*, durándoles tanto el miedo, que si al día siguiente no querían ir á la escuela, bastaba que su madre les dijera que á la noche se lo diría al *Pecado mortal*, para que obedeciesen como corderos.

Por eso el sacristán tenía razón al llamarlos espantamuchachos, porque era tal el miedo que á éstos infundían, que aun cuando no pasase nadie por la calle de día y de noche se asomaban sus madres al balcón y decían:

—*Pecado mortal*, llévase usted á este chico.

No era, sin embargo, esa misión la única que desempeñaba la Hermandad, y aunque su objeto principal era la salvación de las almas, atendía no poco á la de los cuerpos, asistiendo gratuitamente á los enfermos, pagando las dispensas de parentesco en los matrimonios, regalando bulas de la Santa Cruzada á los pobres, y sobre todo, recogiendo mujeres para evitarles (así lo decían los estatutos) la mala nota pública.

Pero como una de las primeras cláusulas y preceptos de la Hermandad de la Esperanza es el secreto en todos sus actos, ni sabemos, ni diríamos aunque supiéramos, una sola palabra más de lo que queda dicho.

Bastará añadir que la casa principal de la Hermandad conocida con el nombre del *Pecado mortal* sigue hoy cerrada como lo estaba entonces, sin que las gentes del barrio recuerden haberla visto abrir jamás.

Y sin embargo, se abre, y entran y salen las gentes y allí viven algunas y no todas están en pecado mortal; y en suma, no te pese, lector, no haber vivido AYER, porque HOY aún existe esa Hermandad y aún puedes

verla, no en la calle, porque ya se acabaron las limosnas y las *sactas*; pero si algo te ocurre, aún tienes á la puerta de esa casa, sita en la calle del Rosal, un cepillo adonde *se echan los memoriales de los que están en pecado mortal*.

Para que te parezca venial el que he cometido al escribir este cuadro, dale ahora mismo por terminado, y prepárate á abandonar la corte en el inmediato.





CUADRO XXI

UN VIAJE EN 1800

Hoy, que las diligencias y más aún las locomotoras permiten comer á las cinco de la tarde el pez que incauto se dejó pescar á las cinco de la mañana sesenta leguas más allá de la corte, y MAÑANA, que los alambres eléctricos nos traerán el Océano á las puertas de Madrid, ó llevarán Madrid á las playas del Océano, desde el asfalto de la Puerta del Sol, se podrá hacer un viaje alrededor de España; pero AYER, que ni el vapor ni la electricidad habían descubierto aún sus virtudes andariegas, fuera de los puertos de mar no se comía más pescado fresco que el bacalao de Escocia. Y he aquí justificada la invención del escabeche.

¡Oh! ¡El escabeche! Si yo fuera aficionado á las digresiones, había de hacer una en favor de ese invento y de esa industria; pero ya llegará la hora de escribir la última parte de esta obra, y allí vendrá bien un discurso necrológico del escabeche y de las fábricas de conservas alimenticias; industrias que estarán de sobra cuando sobren los caminos de hierro, las vías eléctricas y los globos.

¡Oh! ¡Los globos! Los globos sobre todo. A esas águilas futuras de la muy futura civilización les están reservadas grandes hazañas. Ellas acabarán con los carros y con las mulas; exterminarán, que no será poco

exterminar, la raza cocheril, y harán innecesarios los ingenieros de puentes y calzadas.

Lo único que no podrán suprimir será la policía y las aduanas.

Cierto es que en las regiones del aire no habrá alcaldes que pidan pasaportes, pero en tierra habrá seguramente quien los dé á todo el que viaje.

Las puertas vivirán hasta que se caigan de viejas; pero el registro no envejecerá nunca, y si los carabineros del Resguardo no hallan un *clavileño* en que montar para marchar al alcance del globo, no por eso dejarán de hacer el registro.

El marítimo no morirá tampoco cuando muera la marina de guerra y la mercante, y por mucho que el globo remonte el vuelo al cruzar los mares, puede estar seguro de que le alcanzará el Resguardo.

Hoy, por fortuna, aún hay cocheros y puentes y calzadas, siquiera de estas últimas nos falten algunas, y estamos, á Dios gracias, al corriente de aduanas y de policía.

De AYER no hablemos, aunque precisamente de ayer es de lo que vamos á hablar, y para que el lector pueda formar una idea de cómo estaban entonces las comunicaciones, no tiene que hacer otra cosa sino pensar en el escabeche.

Si para hacer un viaje de unas cincuenta y nueve ó sesenta leguas necesitaba el pez darse un baño de vinagre y aplicarse unos sinapismos de pimienta negra y cubrirse las sienes con una guirnalda de laurel y encerrarse en un cubeto de madera, ¿qué no debería hacer el hombre, que vale y ha valido siempre más que el pez, cuando le ocurriera viajar?

¿Quieres saberlo, lector? ¿Quieres saber lo que debía hacer y lo que efectivamente hacía el español que en 1800 tenía necesidad de viajar? Pues oye:

En primer lugar, conviene que sepas que entonces aún no estaba el viaje comprendido en el catálogo de los placeres. Era para algunos una necesidad, para muchos un vicio y para todos una desgracia.

Lo primero era pensarlo; lo segundo, consultarlo con los parientes y los amigos; luego decidirlo, prepararse á hacerlo, emprenderlo, y por último, llevarlo á cabo.

No quiero molestarte con la extensa relación de las diferentes causas que podían producir un viaje; bastará decirte que eran pocas y todas graves.

Con que sepas que se renunciaba una herencia por no andar treinta leguas para tomar posesión de ella, y que los novios de pueblos distantes entre sí diez ó doce leguas se casaban por poderes para ahorrar el viaje

de uno de los esposos, comprenderás que los antiguos no se movían fácilmente ni sin justa causa.

Eralo muy poderosa la que ocasionó el viaje de que vamos á ocuparnos en este cuadro, y cuyos accidentes acaso darán margen y asunto para otros diferentes bocetos; pero no ha de faltarte nada para saberlo todo si sigues leyendo lo que te voy contando.

Sabes ya que estamos en Madrid, y que como Madrid no era toda España, antes que la medicina centralizadora dejase frías las extremidades, agolpando toda la sangre al corazón de la monarquía, para formar una idea de ésta era preciso abandonar la corte.

Por eso te dije en el cuadro anterior que en el presente íbamos á hacer un viaje.

Y como he pensado que de ir solo en mi compañía habrías de aburrirte, quiero que acompañemos al Ilmo. Sr. D. Ruperto García de Pedraza y Pedrueza, caballero pensionado de la real y distinguida orden española de Carlos III, del consejo de S. M. y presidente que fué de la real chancillería de Granada.

Vivía el buen señor quieto y tranquilo, retirado de los negocios públicos y entregado á los cuidados domésticos de su esposa y de los hijos que el cielo le había dado, sin que desde el último viaje que hizo á la corte viniendo de Granada le hubiese ocurrido ni una sola vez abandonar Madrid más de media hora.

Tenía tan grande amor á sus hijos, que no comprendía la vida ausente de ellos, y aunque el varón contaba ya veinte años cumplidos, no se había decidido á enviarle á estudiar leyes á la universidad de Salamanca ni aun á la de Alcalá, que estaba más cerca. Y téngase en cuenta que D. Ruperto no deseaba para su hijo otra carrera que la de la Jurisprudencia, como la única propia de la gente noble que no abrazaba la de la Iglesia ó la de las Armas.

Pasaba un año y otro sin que se resolviera á poner en marcha al muchacho, y aunque tenía solicitada y concedida una *beca* en los Verdes de Alcalá, casi puede asegurarse que el hijo de Pedraza habría muerto de viejo sin llegar á ser legista.

Así vivía quieto y tranquilo en una casa de la calle Real de la Almudena, cuando el diablo del movimiento, tomando la forma de cartero, ó mejor dicho, la de carta, dió al traste con todo el quietismo y toda la tranquilidad del Ilmo. Sr. D. Ruperto García de Pedraza y Pedrueza.

El cartero no era entonces, como ahora, un prójimo cualquiera que entra y sale tres ó cuatro veces al día en cada casa sin que su presencia cause asombro ni infunda alarma, y teníañle, por el contrario, como un fenómeno en nada familiar á sus semejantes.

Bastaba verle entrar en alguna casa para que al poco rato fuesen los vecinos á preguntar al dueño de ella si había habido alguna novedad en su familia, porque habían visto entrar al cartero.

No eran tampoco las cartas muy comunes, y esto no tiene nada de particular, porque.... ni se conocía aún el papel continuo ni las plumas metálicas, ni se gastaba la tinta por cuartillos, sino empapada entre algodones y con tasa, ni había, en suma, mucha gente que supiese escribir una carta.

La ciencia de *notar cartas y memoriales* sólo estaba al alcance de los letrados, de los curas y de algunos maestros de escuela.

Por eso la alarma que produjo en casa de D. Ruperto la llegada del cartero era natural, no porque Su Señoría Ilustrísima estuviese incomunicado con las gentes, pues casi todos los meses recibía alguna carta, sino porque aquella semana no era correo de Andalucía ni de Castilla, únicas provincias en que tenía relaciones de amistad y de parentesco, y ¡vaya usted á saber de quién sería aquella carta!

Era, sin embargo, de Castilla, sólo que el correo había sufrido algún retraso.

El criado pasó directamente al despacho de su señor para entregarle la carta, y éste le dijo:

—¿Te has enterado bien de que es para mí?

—Sí, señor.

—No tengamos la del otro día.

—Es que el otro día no leí yo el sobrescrito.

—Y hoy, ¿le has leído?

—No, señor.... ¿Pues no sabe Su Ilustrísima que no sé leer?

—Pero hombre, ¿ni siquiera un sobrescrito?... Vaya, trae, veré si es para mí.

Y caladas las antiparras, miró D. Ruperto atentamente el sobrescrito, que empezaba por una cruz, y dijo:

—¡Cabalito, no hay duda, es para mí! ¿Pero de quién podrá ser?

—¿No conoces la letra?—le dijo su esposa, que seguida de los dos hijos y alarmada por el acontecimiento acababa de entrar allí.

—Si conociera la letra no teníamos caso. El cuento es que parece de Salamanca.

—Ábrela y saldremos de dudas—le dijo la esposa.

—¿Pago al cartero?—preguntó el criado.

—Sí, hombre, págale. ¿Cuánto ha dicho?

—Dos reales y medio.

—No es cara, porque abulta mucho.

El criado salió del despacho y el hijo de D. Ruperto dijo:

—¿Padre, me permite su mercé abrirla?

—¿Sabrás?

—Sí, señor—repuso el joven lleno de alegría.

—¿Sin romperla?

—Sí, señor, sin romperla. ¿No se acuerda su mercé que el otro día abrí la del tío?

—Pues toma.

El joven tomó la carta, y cuando iba á abrirla le detuvo su padre el brazo, diciéndole:

—¡Quita de ahí, que no sabes hacerlo!

—¿Pues cómo se hace?

—La has cogido al revés.

Cogióla el joven al derecho y rompió por fin el sobre dentro del cual venía una carta y un manuscrito en papel sellado.

Miráronse todos sorprendidos, y D. Ruperto, que volvió la carta para buscar la firma, leyó:

«Doctor D. Pedro Regalado Frambuesa.»

—No le conozco—añadió.—¡A que tenemos otra como la pasada!

—Léela y saldremos del paso—dijo la mujer, saliéndole á ella la curiosidad por todas las coyunturas.

—Eso voy á hacer—replicó D. Ruperto.—Pero Frambuesa.... Frambuesa.... No me suena este nombre....—Y después de reflexionar algunos momentos exclamó:—¡Como no sea aquel grande amigo de mi tío de quien nos habla siempre en sus cartas!

—Ese será—dijo la esposa.

—Ahora lo veremos—replicó D. Ruperto, y leyó lo siguiente:

+

«Ilmo. Sr. D. Ruperto García de Pedraza y Pedrueza.

»Muy señor mío y de mi mayor veneración y respeto: Celebraré que al recibo de esta se halle V. S. I. con la cabal salud que yo para mí deseo. En esta su casa no hay novedad, á Dios gracias.

»Esta sólo sirve para decir á V. S. I., que todos somos mortales, y que nunca aparece el cristiano más digno de serlo que cuando se conforma con las sabias disposiciones del Altísimo. El padre Almeida dice que somos polvo y que en polvo nos hemos de convertir, y que no somos sino basura á la hora de la muerte.»

—No sigas leyendo—interrumpió la esposa de Pedraza.—Ya me ha dado un vuelco el corazón; tu tío se ha muerto.

—¡Calla mujer, no digas disparates! Verdad es que ya tiene mucha

edad; pero en la última carta que escribió decía que aún se sentía fuerte y robusto, y que la gota y el asma eran los únicos males que le impedían ponerse en camino para conocernos, porque á la sordera ya se había acostumbrado y no tenía miedo de viajar.

—Pues no te canses, ha muerto, me ha dado un vuelco el corazón en cuanto has empezado á leer la carta.

Tenía el corazón de doña Hipólita, que así se llamaba la mujer de D. Ruperto, casi tanta costumbre de volcar como nuestros conductores de diligencias, y, lo mismo que éstos, no siempre volcaba bien. Por eso Pedraza, antes de llorar la pérdida de su tío, siguió leyendo la carta, que decía de esta manera:

«Sé que V. S. I. es muy buen cristiano, educado en el santo temor de Dios, y espero que llevará resignado la desgracia que voy á participarle á continuación.

»Su señor tío estaba ya achacoso, ¡y qué diantre!, al cabo y al fin un hombre de ochenta y cinco años no es ningún niño, y aunque él estaba para vivir aún otros tantos, Dios Nuestro Señor lo ha dispuesto de otro modo y no hay sino conformarse con su divina voluntad.

»He querido preparar á V. S. I. antes de decirle que su señor tío falleció el martes á las tres de la madrugada.....»

D. Ruperto suspendió un momento la lectura para enjugarse las lágrimas, y su esposa repetía sin cesar:

—¡No te lo decía yo!... ¡Si, vamos, es tontería!... ¡Cuando á mí me da un vuelco el corazón!...

—¡Te ha dado tantos en balde!—dijo D. Ruperto.

—De manera es que no siempre se acierta; pero algunas veces....

—Valiera más que hubieras acertado siempre menos ahora.

—Pero, hombre, no te aflijas tanto y sigue leyendo..... Al cabo y al fin tú no le conocías.

—Ya se ve que no le conocía, ni él á mí; pero ¡y la sangre!.... ¿Dejará de ser un primo de mi padre?

—Eso es verdad; primo carnal.

D. Ruperto, animado por su esposa, acabó de leer la carta.

«Yo era un grande amigo suyo (dijo leyendo) y puedo asegurar á V. S. I. que me consuela haberle visto morir como un buen cristiano. Ha llevado todos los sacramentos, y hasta la última hora no ha cesado de encomendarse á Dios.

»Si hemos de creer en la remisión de los pecados, D. Facundo ha ido derecho á la mansión de los justos. Dios Nuestro Señor le haya dado su santa gloria si le conviene, y allá nos espere muchos años, como dicen las gentes.

»En compañía del señor Rector de esta Universidad soy testamentario de su señor tío, el cual instituye á V. S. I. por único heredero de todos los cuantiosos bienes que poseía, pero con una condición: la de que V. S. I. venga aquí á tomar posesión de la herencia y á vivir un año en Salamanca, ó de lo contrario renunciar en su señor hijo, siempre que ese señor quiera cumplir con la voluntad del testador.

»Espero que V. S. I. se sirva decirme lo que determine, porque si, lo que no creemos ni el señor Rector ni yo, se negase V. S. I. á cumplir con la voluntad expresa del difunto, nos veríamos obligados á llamar al inmediato heredero, que según noticias es un religioso del hábito de San Francisco, residente en Valencia.

»Hasta recibir la contestación de V. S. I. ninguna otra cosa tengo que decirle, sino que celebro esta ocasión de ofrecirme con toda veneración y respeto á las órdenes de V. S. I. y de besarle atentamente sus manos como S. S. y capellán.

»Doctor D. Pedro Regalado Frambuesa.

»De Salamanca, á 20 de marzo de 1800.»

Después de lo que hemos dicho acerca del reposo y de la tranquilidad con que vivía D. Ruperto, no hay para qué decir qué tal efecto le haría el contenido de la carta.

—¡Una herencia!—decía la esposa con mal reprimido alborozo.

—¡Sí, una herencia!...—repetía con amargura D. Ruperto.—Una herencia que cuesta un viaje!

—Verdad es; pero amigo mío, «no hay atajo sin trabajo.»

—¡Un viaje!—volvía á exclamar D. Ruperto.

—Pero hombre, cualquiera que te oiga creerá que no has viajado nunca.

—Pues precisamente porque he viajado sentiría tenerlo que volver á hacer.

—¡Cómo ha de ser! ¡Cuando las cosas no tienen remedio!...

—Sí tal; en renunciando la herencia.

—¿Y serías capaz?

—No sé lo que haré; lo que te puedo decir es que aún no me he visto en camino; lo pensaré y hablaremos.

—No tienes que pensar en otra cosa que en ver el día que emprendemos el viaje. Tienes dos hijos y no puedes perjudicarles en sus intereses.

D. Ruperto conoció que su esposa hablaba como un libro, y dando un suspiro, le dijo:

—Vete á tu gabinete y di á D. Estanislao que me haga el favor de venir acá un momento.

—¿Te decides á marchar?—le dijo su esposa.

—Lo voy á consultar con D. Estanislao.

Este señor era el capellán de la casa, ayo y maestro del futuro jurisculto, cuya necesidad de estudios mayores no fué poca parte á decidir á D. Ruperto en sus proyectos de viaje.

El resultado de la consulta que hizo al capellán le verá el lector en el cuadro próximo.





CUADRO XXII

LAS VÍSPERAS DE UN VIAJE

Pocos fueron los argumentos que empleó el capellán de la casa para convencer al amo de ella de que era preciso emprender el viaje, porque en conciencia no podía dejar de hacerlo así.

D. Ruperto era un hombre muy razonable y muy amante del bienestar de su familia, y pronto conoció que era indispensable ponerse en camino. Y si no se puso desde luego al día siguiente ó aquel mismo día, que resolución tenía para todo, fué porque no oyó en aquel momento la campana que anunciaba la salida de un tren para Salamanca.

Hubiera él nacido cincuenta años más tarde, y no habría sido de los últimos en usar los caminos de hierro. Pero entonces las campanas no sabían tocar á otra cosa que á gloria y á muerto, á excepción de las diez y seis que tenía el reloj de San Fermín, y que cuando los monarcas bajaban á pasear al Prado tocaban minuetes, alemandas y otros bailes de la época. Sin embargo, esas campanas no anunciaban el movimiento como las de los ferrocarriles, sino que por el contrario, cuando daban tres secos tañidos para anunciar la oración de la tarde, las gentes que estaban paseando se paraban, y aun hacía lo mismo el coche del monarca, alzándose éste en pie con el sombrero en la mano.

Por eso D. Ruperto, que no era sordo, pero que sin embargo no oyó la campana del camino de hierro, que había de sonar cincuenta años más tarde, y que para el de Salamanca Dios sabe si tardará aún otros tantos, no pudo desde luego ponerse en camino, y tuvo que dar tiempo al necesario para hacer los preparativos de viaje.

Encerrado con su esposa, solo con ella en su despacho, rogaba á Dios que no viniera nadie á interrumpirlos; pero no se atrevió á decir á los criados que no estaba en casa; porque esto, sobre ser una mentira de que no convenía dar ejemplo á la servidumbre, es un desaire de invención póstuma, que entonces ni remotamente se sospechaba.

Solo con doña Hipólita el ex presidente de la chancillería de Granada, se abrió la sesión preparatoria para acordar el programa del viaje.

Jamás general alguno, desde César el Grande hasta Napoleón el Grande también, movieron sus ejércitos con tanto trabajo como costó á don Ruperto el poner en marcha su persona y las de su familia.

Abrió la sesión de los preparativos, dando un tierno y estrechísimo abrazo á su esposa, y luego haciéndola sentar á su lado, le dijo:

—No hay remedio, hija mía, nos vamos.

—Pues claro está—le replicó doña Hipólita.—Pero ¡qué viene ahora esa tristeza y ese tono melancólico? ¡No parece sino que te ha sucedido algun mal!.... Cualquiera diría que estaban enfermos nuestros hijos.

—No lo permita Dios.

—Pues no te apures, que gracias á Dios podemos hacer el viaje con toda comodidad, y tu hija está loca de contenta desde que se ha recibido la carta.

—¿De veras?

—Lo que oyes; y tu hijo también.

—¡Pobrecillos!.... ¡Eran tan pequeños cuando salimos de Granada!....

—¡Si vieras qué ganas tenía tu hija de hacer un viaje, desde que el mes de enero se marchó la vecina de enfrente!

—¿Qué vecina?

—La del alcalde mayor de Toledo.

—Verdad es. ¡Pobre señora! Tuvo que ponerse en marcha antes de los tres meses de haber parido.

—Conque—dijo doña Hipólita—¿cuándo saldremos de Madrid?

—Para eso te he llamado; para que hablemos y lo dispongamos todo.

—Yo pronto estoy lista y tu hija también; ahora llamaré al sastre para que nos haga dos *drulletas* de paño para el camino.

—No seas loca, mujer; para el camino se pone todo el mundo lo peor que tiene. ¡No ves que el polvo y el coche lo estropean todo!

—Sí, pero acuérdate de la generala cuando hizo aquel viaje á Sevilla.

—Bien: la ropa es lo de menos; tiempo hay.

—¿Pues cuándo piensas que salgamos?

—Lo más pronto posible.

—Pero en ese caso, es preciso disponerlo todo hoy mismo.

—Sí, por muy de prisa que andemos, siempre se han de pasar diez ó doce días antes de que nos pongamos en camino.

—Eso es verdad. ¿Has pensado ya en el coche?

—Si estuviera aquí el tío Domingo no teníamos que pensar en nada; su coche era excelente. Buen movimiento y buen ganado sobre todo. Sería capaz de plantarnos en Salamanca en seis ó siete días.

—Sí, pero en ese no hay que pensar; es preciso buscar algún otro.

—¿Y dónde se halla ese otro?

—No faltará: encárgalo á todos los amigos y es el mejor medio de encontrarlo.

—Y si no se encuentra, ¿qué hacemos?

—De manera que si el cielo se hunde, á todos nos coge debajo. ¿Pero cómo quieres que en un Madrid, que hay de todo, falte un coche de camino para ir á Salamanca?

—¿Sabes quién me prestaría uno bueno si yo quisiera pedirselo? El Obispo.

—Pues pídesele.

—No me gusta molestar á nadie.

—A mí tampoco, pero lo digo en el caso de que no se encuentre para alquilarlo.

—Allá veremos. Lo que ahora interesa es que acordemos lo que se va á hacer. Ya sabes que á mí me gustan todas las cosas con plan.

—Pero, hombre, ¿qué hemos de hacer sino buscar el coche y ponernos en camino?

—Eso es lo último. Antes es preciso ver si levantamos la casa, ó se queda en ella algún criado.

—Pues ¿quién lo duda?

—¿La levantamos?

—Claro está que sí.

—¿Y te parecían mucho doce días? Ni en un mes podemos salir de Madrid levantando casa.

—Déjalo de mi cuenta y verás cómo se arregla todo.

—¿Piensas hacer almoneda de algunas cosas?

—Ni de una hilacha.

—¡Conque es decir, que lo vamos á llevar todo! Pues se necesitan veinte carros.

—Con dos buenos tengo bastante.

—¿Y se encontrarán?

—¡Pues no se han de encontrar! Cabalmente el hermano de nuestra cocinera es ordinario de Vitoria y nos dará todos los carros que nos hagan falta.

—¿Está en Madrid?

—Salió el mes pasado y le toca volver dentro de pocos días. Ya me ha dicho su hermana que me acuerde de él.

—¿Saben ya que nos vamos?

—¡Toma! Mientras tú consultabas con D. Estanislao, lo he dispuesto yo casi todo.

—Eres el demonio—dijo D. Ruperto rebosando alegría.

—A estas horas—añadió doña Hipólita—ya está hecha una diligencia.

—¿La del coche?

—No.

—¿La del pasaporte?

—Tampoco.

—Lo creo, porque eso mientras no vaya yo en persona á pedirlo al superintendente de policía, no lo darán. Conque vaya, sepamos qué es lo que has hecho.

—Te mata la curiosidad—dijo doña Hipólita sonriendo,—y te lo voy á decir, porque si no te lo digo no lo aciertas aunque te vuelvas mico. He mandado á casa de doña Tecla para que me haga el favor de venirse por acá esta tarde.

—¿Y eso para qué? ¿Qué tiene que ver doña Tecla con nuestro viaje?

—¡Friolera! Es la parte más esencial. ¿Sabes tú hacer un baúl?

—¡Tienes razón! Y ella..... ¡toma!.... ¡ya caigo!.... Como estuvo casada con aquel alcalde mayor que nunca paró diez años seguidos en un mismo pueblo, debe estar muy acostumbrada á hacer baúles.

—No es sólo por la costumbre, sino que cada criatura tiene un don particular, y doña Tecla parece que ha nacido para disponer viajes. Me ha enseñado la bajilla de cuando se casó, sin que se la haya roto ni un plato en más de seis viajes que ha hecho con ella.

—Pues has tenido buena idea al acordarte de doña Tecla.

—¡Si lo que á mí se me escape!....—dijo doña Hipólita con orgullo.

—¿Conque es decir, que ya no hay que pensar en los baúles?

—Ni en nada de lo demás de la casa. Doña Tecla y yo lo arreglaremos todo. Tú busca el coche y arregla el pasaporte, que lo demás corre de mi cuenta. Ahora me voy á decir á los muchachos que ya está resuelto el viaje; se van á volver locos.

Y apenas abrió doña Hipólita la puerta del despacho, cuando entraron los dos jóvenes dando brinco y abrazando á su padre, en albricias de lo

que habían oído desde la puerta, donde lo habían estado escuchando todo.

El futuro legista, que á pesar de haber cumplido veinte años de edad era aún joven futuro, hizo cien preguntas necias acerca del viaje, y por último se salió del despacho, volviendo al poco rato con un manojo de paraguas, bastones y espadines, liados con una sogá de esparto crudo, y dijo:

—Padre, yo ya he liado esto. ¿Le parece á su merced que está bien?

D. Ruperto no pudo menos de sonreirse al ver la disposición que su hijo tenía para todo, hasta para el *embalaje*, cosa que nadie le había enseñado, y le dijo:

—Está bien, pero no toquéis á nada ni hagáis cosa alguna sin contar con vuestra madre. Su merced os dirá lo que se ha de hacer.

Ofrecieron los jóvenes dar gusto á su señor padre y se salieron del despacho, dejándole á solas con sus preparativos de marcha.

Fué uno de éstos, el que más sensación causó á todos, la llegada de un escribano, que acompañado del oficial mayor de la escribanía iba allí llamado por D. Ruperto para *dar fe* de su última voluntad.

La fe pública, que ya entonces empezaba á perderse, aunque se dejaba ver de vez en cuando, andaba en manos de gente de buen humor, y el escribano que llegó á casa de D. Ruperto era uno de los más alegres y tenido entre sus colegas por el más decididor y el más gracioso.

En otra casa que no hubiera sido la de un antiguo presidente de chancillería, habría entrado gastando bromas y preguntando á gritos cuántos eran los que pensaban dejarle por heredero.

En la de D. Ruperto empezó por dejar el espadín en la antesala, y esperó con el sombrero debajo del brazo á que le mandasen pasar adelante.

Era D. Ruperto hombre muy *á la pata la llana*, como se decía entonces, y pronto permitió la entrada al escribano, que haciéndole una profunda cortesía, le dijo:

—Beso las manos de V. S. I.

—Dios guarde al señor notario—le contestó D. Ruperto sonriendo.

—Acabo de recibir un recado de V. S. I.—dijo el escribano,—y he venido corriendo.

—El negocio no da tanta prisa—repuso D. Ruperto.

—Ignoro cuál sea la cuestión con que pretende honrarme V. S. I., pero no me pesa haberme apresurado á venir.

—Muchas gracias—replicó D. Ruperto.—Se trata de una disposición testamentaria.

—¿De algún pariente de V. S. I.?

—No, señor; yo soy el que quiero testar.

—¿Es posible? ¿Se siente V. S. I. en mala disposición?

—No, á Dios gracias.

—Más vale así; pero como nosotros somos casi tan de mal agüero como los sepultureros y peores que los médicos, por eso me había asustado; pero me alegro de que sólo sea por gusto, y aplaudo la idea de V. S. I., porque esas cosas cuanto más antes se tengan hechas mejor. ¿Y cuándo quiere V. S. I. que le hagamos?

—Ahora mismo si usted no tiene inconveniente.

—Servir á V. S. I. es mi mejor ocupación.

—Voy á hacer un viaje y quiero disponerme por si acaso.

—¿Va V. S. I. á Ultramar?

—No, señor, á Salamanca; pero mi señor padre, Dios le tenga en su santa gloria, decía que el hombre cuando viaja no sabe de qué mal ha de morir, y por si no muere en su cama..... Crea usted que sería mi mayor dolor morir fuera de mi casa.

—Ahora no hay cuidado en los caminos y menos en el de Salamanca.

—¿Le conoce usted?

—No, señor; pero su señoría el alcalde, á cuyo servicio estoy ahora, ha estudiado en Salamanca, y me ha hablado muchas veces de ese camino.

El escribano decía estas últimas palabras desarrollando unos pliegos de papel sellado que á prevención traía debajo del brazo, y dirigiéndose á su acólito le dijo:

—Pergamino, ¿traes tintero?

—Sí, señor—contestó Pergamino.

—Aquí hay de todo—replicó D. Ruperto.

—No importa, yo siempre lo llevo conmigo por lo que pueda ocurrir —dijo el notario.

Y Pergamino desató una enorme escribanía de tres cuerpos y de cuerno negro, que traía colgada del primer ojal de la casaca, y previo el mandato de su principal, entonces llamado y tenido por amo, se dispuso á escribir el testamento de D. Ruperto. Este cerró la puerta por dentro, y no pudimos oír su voluntad póstuma.

Doña Hipólita, mientras tanto, andaba ocupada en recibir á doña Tecla, que aunque de carnes enjutas y algo amojamada, tenía la vanidad tan henchida, que no cabía en su pellejo, ni su pellejo cabía en ninguna sala.

Porque, preciso es confesarlo para que el lector no lo tome á broma, la habilidad de *hacer un baúl* no era ni ha sido ni será nunca una ciencia que exija doctorado, pero estaba entonces al alcance de pocas personas, y no todos los que presumían de saberlo hacer lo hacían como era debido.

Y téngase en cuenta que los baúles, entonces que las cómodas se usaban para guardar papeles y no ropa y que los armarios no andaban muy abundantes, los baúles eran muy conocidos y constantemente usados en todas las casas; pero una cosa era usarlos para guardar la ropa y otra

para que la transportasen de un punto á otro, sobre todo en un camino, en el que podían suceder tantos accidentes. ¡Y un baúl de los que se usaban en 1800, heredados del año 1600 y pico!....

Si el lector se ríe de que doña Tecla fuese buscada y solicitada para hacer un baúl, es porque no ha visto ni tiene idea de lo que eran aquellos baúles. Aquellos baúles hubiesen dejado fácilmente de serlo para servir en clase de falúas de guerra, y la caja mayor de los coches modernos no es tan grande como el más pequeño de aquellos cofres. Así los llamaba doña Hipólita, y tenía doce nada menos: los de la ropa blanca, los de la de invierno y la de verano, los de la de cocina y uno más para la plata labrada.

Y para que de una vez se comprenda cuál sería su tamaño y no se me acuse de exagerado, diré que doña Tecla no pudo *hacerlos* sin meterse dentro de ellos para ir recibiendo desde allí los efectos que le acercaba la dueña de la casa. Lo mismo sucedió con las arcas de la despensa, que no eran menores que los baúles, y había una para los garbanzos, otra para el pan, y por último la del chocolate, que tenía tres llaves, no por privar á los muchachos que lo comieran siempre que tuviesen gana, sino por evitar que criasen lombrices.

Trabajando sin cesar tardaron en arreglarlo todo poco más de diez días, durante los cuales se hizo por la noche una novena á San Rafael, abogado de los caminantes, y en su altar de San Antonio de los Alemanes le mandaron decir una misa diaria hasta que se recibiesen en Madrid noticias de la feliz llegada á Salamanca. Esta parte piadosa la dispuso D. Ruperto, que provisto de pasaporte, tenía medio en ajuste un coche de colleras, por el cual le pedían una onza diaria, siendo de su cuenta el mantenimiento del ganado y de los criados, con los demás gastos del camino.

La cuestión, como es fácil conocer, no estaba en el jornal, sino en el número de los jornales. Claro es que era barato si gastaba dos días en el camino, y caro si empleaba quince; pero ni esa cuenta le ocurrió á D. Ruperto ni al dueño del coche. Eran demasiado patriarcales aquellos tiempos y estaban harto arraigadas la obediencia y la servidumbre para que no se supiera que el coche iba á disposición de D. Ruperto, y que á su gusto se harían las jornadas cortas ó largas.

Rematóse el ajuste en catorce duros diarios y la correspondiente propina, y quitado ya ese peso de encima, D. Ruperto respiró algo más tranquilo, pudiendo destinar algunos ratos á pensar en lo que había hecho y en si le faltaba algo que hacer aún. Tenía corriente el testamento, listo el pasaporte, anunciado su viaje á Salamanca y una bolsa llena de cartas de recomendación para aquella ciudad y para todos los pueblos del tránsito. ¿Qué más le faltaba? ¿Arreglar el equipaje? De eso se habían encargado su esposa y doña Tecla, y ya hacía dos días que estaba el portal

ocupado por dos carros que iban cargando cómodamente y sin prisa, porque la prisa para viajar, decían aquellos carreteros, no la queremos; lo que no se hace un día se hace otro, y el que anda de prisa, pronto pierde lo que lleva andado.

¡Ignoraban aquellos carreteros que sus hijos habían de andar en caminos de hierro y ser acaso maquinistas de alguna locomotora! ¡Y sus nietos?... De sus nietos no hablemos aún; sigamos con D. Ruperto.

Habíase asimismo despedido de todos sus amigos, tomado la venia del monarca y visitado uno por uno todos los conventos de monjas para que pidieran á Dios que les diese un buen viaje..... Y después de esto, ¿qué le quedaba por hacer?

Lo que hizo y lo que con él hicieron su esposa y sus hijos. Hacer una confesión general la víspera del viaje, y fijar éste para las nueve de la mañana del siguiente día.

¿Pero durmieron aquella noche?

D. Ruperto llevaba muchas noches de mal dormir, y es fama que durmió algunos minutos. Doña Hipólita *descabezó el sueño*, cosa para la que tenía grande habilidad, y le descabezaba aunque estuviese sentada en la punta de una lanza.

En cuanto á los hijos, si durmieron ó no, que lo diga el que recuerde lo que hizo siendo niño la víspera de estrenar un vestido, ó la noche del día anterior al cumpleaños de su padre, ó la víspera, en fin, de asistir á alguna fiesta.





CUADRO XXIII

LA PRIMERA JORNADA

¡Oh! ¡Cuántas incomodidades y cuántas fatigas de las que nos aguardan por esos caminos de Dios habríamos de ahorrarnos, si los cortesanos de antaño hubiesen hecho lo que los de hogaño, y puesta la *catalineta* en la Puerta de Sol, hubieran atraído hacia sí á los habitantes de las demás provincias de España!

¡Cuántos pájaros habrían acudido al reclamo de la ambición y de la codicia, si les hubieran enseñado el cebo desde la torre más alta de la coronada villa, que ya entonces lo era la de la iglesia de Santa Cruz!

¡Si la empleomanía y la representación nacional y las sociedades anónimas y las minas hubieran madrugado veinte años más siquiera, ninguna necesidad tendríamos ahora de abandonar la corte para retratar las provincias!

Ellas hubiesen venido á vernos, en vez de salir nosotros en busca de ellas, y habríamos andado la mitad del camino, estudiando á sus representantes en las oficinas, en los cafés, en la Bolsa y hasta en el asfalto de la Puerta del Sol. Desde ese observatorio solamente, ya lo hemos dicho en uno de los cuadros anteriores, podríamos dar un paseo por España.

¡Pues y la prensa periódica! ¡Adónde me dejan ustedes esa poderosa palanca de la centralización, que diariamente y apenas abre uno los ojos

le hace ver de un solo golpe de vista el mundo todo, que no la Europa ni la España!

¡Oh! ¡Si los hombres de 1800 hubiesen tropezado con la prensa periódica! ¡Oh! ¡La prensa periódica! ¡La que anunció su venida al mundo español por medio de la *Gaceta* y del *Diario de Avisos*, y del *Mercurio*, y del *Memorial literario*!

¡Pobrecita! Entonces no se atrevía á comer cosas fuertes ni frutas de la cosecha contemporánea, sino alimentos cosechados por sus abuelos y substancias de fácil digestión, tales como las *Efemérides* del rey Wamba y las *Fábulas* de Esopo. Hubiérase ella atrevido á nutrirse con manjares más frescos, y otra habría sido su suerte. Pero era demasiado niña, y teníanla sus padres tan mimada, que no la dejaban comer cosa alguna que la ensuciase la boca. Si por casualidad la permitían algún manjar moderno, tardaba tanto en recibirle, que ya de puro añejo tenía sabor de rancio. La única prensa periódica que todos los años funcionaba con frutas verdes era la que estrujaba la aceituna y la uva. En materia de prensas ese era el único periodismo de actualidad.

Y natural era que sucediese así. Esas prensas se establecían en los mismos campos en que se cogían los frutos, y las otras estaban trabajando lejos, muy lejos de las fuentes que debían alimentarlas.

Por eso nada habrían adelantado los cortesanos de antaño con encontrar la prensa periódica criada y crecida como los de hogaño la tienen, y asimismo habría sido inútil el reclamo de la ambición para los forasteros. La falta no estaba en el deseo, que muchos le tenían y no flojo, de venir á la corte, sino en los caminos, que no se dejaban venir de nadie.

Ya hemos dicho que hasta el pez, que ni más ni menos que otros hombres que no son peces tienen la facultad de escurrirse por cualquier parte, necesitaba ser escurrido y rociado por el vinagre para venir á la corte desde su provincia. Y no pudiendo venir ni el pez ni la fruta ni el mineral, claro es que el pescador, el hortelano y el minero no tenían pretexto alguno para venir á la corte.

Era indispensable lo que no podemos dispensarnos de hacer ahora: salir de Madrid para ver á cada cual en su provincia. Pero no iremos con D. Ruperto hasta Salamanca, y sólo le acompañaremos en la primer jornada; porque además de ser el suyo un viaje molesto, no podemos hacer otra cosa que entrar y salir en Madrid, siempre por cortas temporadas.

Ni aunque quisiéramos seguirle en todo el viaje podríamos hacerlo, so pena de alquilar una mula, porque en su coche, aunque es grande, lleva siete personas y no todas enjutas.

El capellán y su hijo lo son algo; pero ¿y la esposa, que abulta por dos? ¿y la hija, que ya tiene la mitad más uno que su madre?, ¿y la cocinera?, ¿y

la doncella?, ¿y la cesta de las provisiones?, ¿y el talego de la ropa blanca?, ¿y el botiquín?

El botiquín, que como el doctor Hannemán no había descubierto aún las petacas prodigiosas de los anisillos homeopáticos, era un cajón enorme que contenía: doce frascos llenos de agua de melisa, de la de toronjil y del vinagrillo de los cuatro ladrones, y veinte cajas de crémor tártaro y de polvos de valeriana, de jalapa y de quina, y otros tantos botes con unguento de la madre Tecla y de la beata Clara, y todos ellos embutidos en un colchón de hojas de sen y de flores secas de amapola, de violeta y de malva. A la zaga del coche iban también algunas provisiones y varios utensilios de cocina, tales como la sartén y la chocolatera; cosas ambas no del todo inútiles, como verá el que siguiere leyendo. Y para no acrecentar su impaciencia, le diré que ya está el coche á la puerta de la casa y enganchadas las cuatro mulas que han de arrastrarle por el camino, y que ya los carros que conducen el mueblaje de la casa llevan dos horas y media de marcha.

El piloto que ha de dirigir el rumbo de aquella nave soberana por el tamaño, y más soberana aún por derecho de antigüedad sobre todos los coches del mundo, es un hombre de cincuenta años largos, antiguo mulero de la casa real, ex volante de la misma, ex cocherero de un arzobispo y el más experimentado calesero de su época.

Las gentes todas le miran con asombro y le oyen con pasmo narrar las aventuras de los diferentes viajes que ha hecho, á los sitios reales en sus buenos tiempos, á Alcalá para conducir estudiantes, á Toledo transportando canónigos, á los *Toribios* llevando muchachos díscolos condenados á azotes perpetuos con disciplinas monásticas, y por último, á Sevilla con un oidor..... que se quedó sordo con el ruido del carruaje.

Cuantos aciertan á pasar por la calle del Sacramento, se le acercan para preguntarle adónde dirige el rumbo; y cuando les contesta que á Salamanca, los más le dicen si es puerto de mar, y son los menos los que saben que tiene por todos lados un mar de tierra.

No hay nadie que envidie á las bestias, que por solo el trabajo de tirar del coche van á tener ocasión de ver muchas tierras y de entrar en la ciudad de los sabios; pero hay muchos que las miran con poco menos asombro que al calesero. Y éste, lleno de orgullo, á pesar del sobresalto y de la agitación que siente al irse aproximando la hora de la partida, no cesa de andar de un lado para otro, observando y reconociendo hasta los menores detalles de la operación preparatoria. Pero ya no hay por su parte detención alguna, y cuando entra en la casa á decir al amo de ella que todo está dispuesto para la marcha, se la encuentra desalquilada y no halla en toda ella una sola persona á quien dar el recado.

Momentos antes los había visto á todos en traje de camino, y no acierta á explicarse por dónde ni cómo han desaparecido á la hora crítica.

Solos están allí los cuatro escopeteros que han de escoltar el carruaje, pero también ignoran el paradero de los señores y de los criados, y á no ser porque una vecina dice haberlos visto entrar á todos en la iglesia á oír la misa del capellán de la casa, ¡sabe Dios los malos juicios que habría hecho el calesero de la formalidad de D. Ruperto!

Las palabras de la vecina vienen por fortuna á calmar la ansiedad y las sospechas del calesero, y pocos momentos después la llegada de los viajeros acaba de tranquilizarle.

Ya no le queda duda de que su magnífica caja montada sobre sopandas va á salir triunfante y erguida por la mezquina Puerta de Segovia.

D. Ruperto, contra su costumbre, pero con razón, está incomodado y viene regañando con su esposa. ¡Figúrense ustedes si tendrá razón, siendo ella la causa de que el ilustrísimo señor lleve cubierta la cabeza con un pañuelo de hierbas y las pantorrillas con una media blanca y otra negra! Ella y doña Tecla, que al hacer precipitadamente el último baúl, metieron en él la peluca de D. Ruperto y guardaron las medias trocadas.

—¡Es posible—la dice el angustiado señor—que no te acuerdes de que yo siempre que he viajado me he puesto unas medias oscuras sobre las blancas!

—De eso sí que me acuerdo—contesta doña Hipólita;—pero se me olvidó al hacer el baúl y las guardé todas juntas.

—¿Y no viste que las que guardabas eran cada una de su padre y de su madre?

—¡Como era de noche!

—¿Y la peluca?... ¿Y la caja del rapé?—dice D. Ruperto cada vez más angustiado.

—Ya te he dicho que todo va en los baúles; pero mira cómo no se me olvidaron los relojes.

—¿Pues no faltaba otra cosa?... ¿Cómo habíamos de viajar sin saber la hora que es? Vaya, que te has portado. ¡Buen principio de viaje!

—¡Cómo ha de ser!.... Si no nos suceden otras desgracias, todo se puede pasar. Yo sólo siento lo de las medias; que lo demás no importa tanto. De todos modos te hubieras puesto un pañuelo á la cabeza.... Conque....

—Sí, pero llevaría la peluca para entrar con ella en los pueblos. Fortuna que en la primer parada lo arreglaremos todo. Allí alcanzaremos los carros y se abrirá el baúl.

—¿Y sé yo cuál es?—dijo doña Hipólita.

—¿Eso más? ¡Conque no te acuerdas dónde has puesto la peluca?

—No; pero cuando los vea todos, quizás sabré decir cuál es.

—¡Estamos divertidos!—exclamó D. Ruperto.

Luego, acercándose al calesero, se informó de que todo estaba listo, y volviéndose á uno de los criados, le preguntó:

—¿Se ha puesto el botiquín?

—Sí, señor, ya está dentro del coche—respondió el criado.

—¿Y la ropa blanca para las camas?

—También.

—¡Dios quiera que no se haya olvidado nada!—dijo.

Y santiguándose alzó los ojos al cielo, saludó con tristeza á las gentes de la vecindad que estaban todas á los balcones, apretó cordialmente la mano á los muchos amigos que habían acudido á despedirle, y precedido de su esposa, de sus hijos, del capellán y de las dos criadas, entró por fin en el carruaje.

El calesero cerró la portezuela, dió orden al zagal para que cogiera la mula delantera y se subió al pescante.

Una vez sentado en él se santiguó, empuñó el látigo y con una voz á la *Bernarda*, otra á la *Carmelita*, un grito á la *Dominica* y un ¡arré, que es tarde! á la *Franciscana*, puso la máquina en movimiento.

Pero no crean ustedes que en un movimiento imperceptible y blando, sino estrepitoso y duro, hasta el punto de producir en la atmósfera más ruido que un tren de artillería.

Por eso las gentes salían á los balcones, y por eso también antes de llegar á la puerta mandó parar tres veces D. Ruperto, temeroso de que se abriera el carruaje.

Dióle sobre este punto el calesero las mayores seguridades, y apenas hubieron salido al campo, cuando D. Ruperto miró el reloj y dijo:

—Son las nueve y treinta y cinco minutos, si seguimos á este paso, á las once ó antes quizá habremos llegado al puente de San Fernando.

El aire del campo le volvió su natural alegría, y no se ocupaba de otra cosa que de la comodidad de sus hijos, preguntando á la niña si sentía mareo, y procurando que el muchacho observara todos los accidentes del terreno para que fuese adquiriendo alguna instrucción.

—Este era el antiguo prado de Madrid—le dijo al pasar desde la Puerta de San Vicente á la ermita de San Antonio de la Florida.—Y esta iglesia—añadió—hace ocho años que se ha reconstruido bajo la dirección del arquitecto Fontana.

Los accidentes del terreno, y era el mejor trozo de los alrededores de Madrid en 1800, eran pocos; pero como no era mucha la instrucción del joven, su padre le llamaba la atención hacia todo lo que se veía, haciéndole muchas explicaciones y dándole noticias muy curiosas, relativas á la Casa de Campo, al Pardo y á cuantos sitios cruzaban ó se veían desde el camino.

Interrumpía de vez en cuando sus disertaciones para ver la hora en uno de sus relojes, celebrando que no dejasen de andar con el movimiento del coche, y á cada brinco, que no eran ni pocos ni muy suaves, alzaba las manos en alto, se santiguaba y decía:

—Calesero.

—¿Qué manda su merced?—preguntaba el calesero parando las mulas para hacer la pregunta.

—¿Vamos seguros?—decía D. Ruperto sonriendo, aunque sin aliento para sonreír.

—Más que en la cama, señor—replicaba el caselero.—¿Se marean las señoras?

—No nos mareamos—respondían todas á la vez.

—Mas vale así.... El coche es una alhaja; tiene un andar muy suave.

—No es malo—decía D. Ruperto, apretándose los riñones al decirlo.

—¡Es mucho movimiento el suyo!—exclamaba el calesero.

Y tenía razón: era mucho movimiento.... demasiado tal vez para los que le iban sufriendo.

—Cuando usted quiera que descанsemos un rato—decía D. Ruperto á menudo—no tiene más que avisar.

—Eso será á gusto de sus mercedes—le replicaba el caselero.—Cuando quieran tomar un bocado me avisan, y mientras tanto se les dará un resuello á las bestias.

Dos léguas poco más habían andado cuando avisó D. Ruperto, y bajándose todos, tendidos sobre la hierba almorzaron una tortilla y un poco de queso.

—Esto no es más que un *tente mozo*—dijo D. Ruperto,—luego pararemos á comer, y por último, á cenar á la posada. ¿Llegaremos temprano?

—Sí, señor—respondió el calesero,—la jornada de hoy es corta.

Menos de una hora duró el almuerzo, y poco más de hora y media la comida, en la cual no ocurrió nada digno de contarse, hasta que á las cinco de la tarde llegaron á un pueblo, cuyo nombre me he propuesto olvidar para evitar alusiones vecinales.

Será inútil decir que todas las gentes salían espantadas á ver el carruaje, y que los chicos marcharon detrás alborozados y contentos hasta la posada. Ninguno de ellos cerró la boca ni movió una sola pestaña mientras bajaron del coche los viajeros, siendo recibida con grandes carcajadas la papalina de doña Hipólita y la cofia de su hija, no menos que el balandrán del cura y las desiguales pantuflas de D. Ruperto. El posadero se quedó suspenso, como si á él no le tocara el recibimiento de los huéspedes, y fué preciso que éstos le interpelasen para que saliera á medias de su estupor.

—¡Como no estamos acostumbrados á ver tanta gente junta!....—fueron las primeras palabras que les dirigió, rascándose la cabeza, abriendo la boca más de lo necesario y sonriendo de una manera original.

—¿Pues no es esta la posada?—le dijo D. Ruperto.

—Sí, señor, y gracias á Dios sepa su merced que, aunque me esté mal el decirlo, nunca falta gente en ella; pero..... vamos al decir, ¡como sus reverencias no vienen tan aina!

—¡Ea! Vamos á ver, ¿qué tiene usted que darnos de cenar?—dijo el cura.

—Según y conforme—respondió el posadero,—porque eso de cenar, vamos.... quiero decir que según y conforme.....

—¿Pero aquí que es lo que hay?

—Aquí hay de todo—respondió con orgullo el posadero.

—¿Habrá jamón?—preguntó D. Ruperto.

—Eso sí que no puedo servir á sus grandezas, porque han de saber usías que hogaño maté, con permiso de sus mercedes, un marrano no más, y como acudió tanto forastero á la feria se arremató pronto.

—No importa—repuso el cura,—habrá huevos.

—¡Anda!....—exclamó la posadera, tomando parte en la conversación. —¡Güevos!.... ¡Que si quieres! Esta mañana anduvo la boticaria tuíto el lugar con el aquel de buscar media docena que necesitaba el boticario para hacer una melecina, y discurro que no halló más de cuatro. ¡Pintaos van á estar agora los güevos pa sus altezas! ¡Hogaño están las gallinas poco poneoras, señor!.... y la metá secos.

—Pues bien: digan ustedes lo que hay.

—¡Otra!.... ¿Que qué hay?.... Pus ya lo ha dicho mi marido..... Sus mercedes pidan, que aquí hay de todo.

—¿Hay pollos?

—Eso sí que no sé—contestó la posadera.

Y asomándose á la puerta llamó á una muchacha y le dijo:

—Ves á ver si tiene tu madre los pollos que trujo de en ca el señor cura, y dile si los quiere vender á unos señores de Madril.

—¡Quiá!.... replicó la chica.—Si ayer los llevó mi padre á vender al Pardo.

—Vaya—dijo D. Ruperto—díganos usted qué es lo que hay y será mejor.

—¡Ea!.... ¡Pus que tie que haber!.... Hay aceite y sal y ajos, y si á sus mercedes les gusta el perejil y la cebolla, también se buscará. Y en lo que toca á las bestias, que es lo principal cuando se va de camino, pueden sus altezas estar tranquilos, porque paja más seca y más larga ni cebaa mejor graná que la que aquí se come, ni en la casa del rey.

—Mira, Ruperto—dijo doña Hipólita.—que hagan unas sopas de ajo; pero ahora tomaremos un poco de chocolate.

—Eso sí que tengo siempre—replicó la posadera;—y si hubieran sus mercedes llegado una hora antes, para todos no habría podido ser, pero aún había un cuarterón. Y por más señas, lo acabo de gastar con un huésped más divertío y más gromoso que tuítos los comediantes del mundo. Y no crean sus mercedes que era un tío cualquiera, sino un señor muy aquel que va de ministro de Justicia á la ciudad.

—Nosotros tenemos chocolate de sobra—dijo doña Hipólita.

Y volviéndose á una de las criadas, la mandó que lo hiciese corriendo, mientras ella sacaba la ropa para las camas.

La criada tardó poco en dar gusto á su señora, y ayudó después á hacer las sopas de ajo para la cena.

Luego, junto al hogar de la cocina pusieron una mesilla de pino, y á su alrededor se sentaron los viajeros, comiendo todos á la vez y en un mismo plato, en la propia fuente en que se sirvió la cena, que hubiera sido hartó pobre á no haberla adornado doña Hipólita con unas lonjas de vaca fiambre que llevaba á prevención.

Terminada la cena se retiraron á dormir, los hombres á un cuarto y las mujeres á otro, y obligados por la necesidad á hacer cama redonda los de cada departamento, pasaron la noche en dos piezas contiguas á las cámaras del grano ó tal vez en los graneros mismos: había al menos junto á las camas dos grandes montones de cebada y una gran porción esparramada sobre el suelo.

El techo de las alcobas era á teja vana, pero colgado con ristras de ajos y sartas de guindillas, y los vidrios de las ventanas no estorbaban el paso de la luz ni el de otros cuerpos de mayor cuantía; eran más que diáfanos invisibles, y tanto, que ni siquiera resultaban palpables.

Pero ninguno de los viajeros dejó de dormir desde las ocho que se acostaron hasta igual hora de la mañana siguiente, en que se levantaron para continuar el camino.

Ordinariamente no solían dormir doce horas cada día, pero tampoco viajaban, y un viaje entonces era un estado excepcional. El viajero se declaraba á sí mismo fuera de la ley general de sus semejantes.

Ya lo has visto, lector; la idea de un viaje era más grave AYER para una familia, que HOY lo es para una provincia la publicación de la ley marcial.

D. Ruperto no quiso emprender la marcha sin oír misa, y toda la familia asistió, en la iglesia mayor del pueblo, á la que celebró D. Estanislao ayudado por el primogénito Pedraza.

Estábales aguardando el chocolate, cuando volvieron á la posada, y

aunque no se les sirvió con bollos ni azucarillos, habíale en cambio aromatizado con el humo del estiércol, que había servido de combustible. Pero hubiera sido ese el único percance del desayuno, y no habrían tenido razón para incomodarse, como lo hicieron todos con la posadera al saber que les había gastado dos libras de chocolate para hacer seis jícaras.

Y sin embargo, la posadera no tenía la culpa, que ella era mujer muy dispuesta y muy entendida en su oficio; pero ya se ve, quiso asistir á la misa de los señores de Madrid, y encargó á la moza que hiciese el chocolate, dejándola al efecto seis onzas justas.

Demasiado temió la pobre mujer que peligraba su honra chocolatera cuando vió á la criada entrar en la iglesia y acercarse á decirle:

—Señora ama, aquello no cuaja.

—Toma—le dijo dándole una llave,—en el arca hay más chocolate.

Y aunque no se atrevió á dejar comenzada la misa á pesar de la zozobra que sentía en su interior, apenas oyó el *ite misa est* corrió á su casa, recibiendo en el camino un golpe mortal.

La criada volvía á decirle que aquello no cuajaba á pesar de haber echado toda la libra, y la posadera, á pesar de serlo, lo comprendió todo. Comprendió, y así era la verdad, que la moza había puesto dos ó tres azumbres de agua á hervir en una cazuela, y allí, creyendo que las onzas de chocolate eran tajadas de carne ó cosa por el estilo, las había ido echando para cocerlas, asombrándose (también era verdad el asombro) al ver que no las veía apenas las echaba en el caldero.

Hubo la de Dios es Cristo, y aun la de Cristo crucificado, por aquella torpeza; pero todo se remedió, y los señores tomaron el chocolate amargado por el estiércol y por el dolor de lo ocurrido.

No pudieron entre sopa y sopa leer, según costumbre inmemorial en la corte de España, el casi inmemorial *Diario de Avisos*, del cual ni memoria había en el pueblo; pero en cambio les sirvieron la cuenta del gasto escrita, adelante que asombró en gran manera á D. Ruperto.

Altos eran los precios de las partidas, pero legítimas todas éstas, y D. Ruperto se disponía á pagar el total cuando, al mirar por segunda vez la cuenta, llamó á la posadera y le preguntó:

—¿Qué dice aquí, que no lo entiendo?

La posadera se echó á reír y llamó á su marido, diciéndole:

—Mira, Tiburcio, no te apesaumbres por no saber de leer ni de escribir, que tampoco sabe este señor con todo de ser tan mayor y tan grande y de vivir en los Madriles.

—Yo sí que sé leer—replicó D. Ruperto sonriendo;—pero esta letra es mala y no entiendo una de las partidas.

—¡Anda, que es mala la letra—repuso la posadera,—y lo ha puesto el maestro de escuela!

—Pues no lo entiendo.

Acercóse el cura á ver si su ayuda podía servir para descifrar el enigma, y después de dar muchas vueltas al papel, dijo:

—Aquí parece que dice: *por el ruido deciséis riales*.

—Eso mismo leo yo; pero ¿qué quiere decir eso?

—¡Toma!—replicó la posadera—¡Pus bien claro está! ¡Deciséis riales!... ¡Y no es mucho! Antaño estuvieron aquí unos comediantes y pagaron de-
cinueve riales de ruido.

—¿Pero qué ruido es ese?

—Pus el ruido que han hecho sus mercedes.

—¡Si no hemos hecho más que dormir!

—No importa; en las posadas siempre se paga el ruido.

Y así era la verdad: antiguamente era más fácil conseguir rebaja en el pienso de las bestias que en el ruido de las personas. El posadero pagaba contribución por el ruido que ocasionaba al vecindario y él tenía que exigirla á sus huéspedes.

D. Ruperto pagó el completo de la cuenta y *los alfileres* que le exigió la moza, y volvió á seguir su camino.

Dios se le deje concluir en paz, que nosotros le abandonamos, aunque no para volver á Madrid; porque ya que estamos fuera de la corte, bueno será dar un vistazo á las aldeas.





CUADRO XXIV

LA CIENCIA DE LA ALDEA

Los muchos hijos y el poco pan enseñan á remendar; pero la tía *Cicerona*, que así llamaban en el lugar á la heroína de este cuadro, sabía echar un remiendo y echaba muchos antes de casarse; porque el que lo hereda no lo hurta, y su madre, que de Dios goce, fué tan gran zurcidora de ropas como de voluntades, y aun por eso la llamaron la *Remendona* y decían de ella que era tan buena para un barrido como para un fregado. El pueblo donde la tía *Remendona* enterró cuatro maridos y parió veinticuatro hijos, entre ellos la *Cicerona*, era la envidia de los lugares inmediatos, no por la carroza pintada de verde y amarillo que tenía para la procesión de la Virgen, ni por la ermita de San Roque, que era toda de piedra, ni por el paseo de álamos que había delante de la iglesia, sino por ser patria y residencia de la tía *Cicerona*. No la conocían por este apodo los envidiosos vecinos de los pueblos inmediatos, sino que la llamaban la embaucadora y la tía *Marizápalos*, diciendo que no era verdad que fuese un pozo de ciencia y un archivo de sentencias y de refranes, sino un costal de disparates y una espuerta de chismes. Pero todo esto era dictado por la envidia de no tener en su pueblo otra mujer que sirviera para descalzar á la tía *Cicerona* en materia de refranes y de sentencias, y porque sabían que no había mayordomo de la Virgen que se encargara de la fiesta

sin consultar á la tía *Cicerona*, ni alcalde que empuñase la vara sin su consejo, ni madre que casara á su hija sin hablar primero con ella, ni mozo que rondara á su novia contra su dictamen; siendo público en todo el lugar y en muchas leguas á la redonda que un predicador cuellierguido y de los que en menos tiempo arrojaban más textos latinos, había tenido, según costumbre, una conferencia con la tía *Cicerona* antes de subir al púlpito y se había retirado diciendo que más que *Cicerona* debían de llamarla tía *Séneca*, porque sus dichos y refranes no tenían desperdicio, y que él aprovecharía no pocos de ellos en sus sermones, porque había algunos que valían un caudal para tema en las pláticas de la cuaresma.

Pues con esto que dejo dicho y con lo que ahora pienso decir, ha de saber el lector que la tía *Cicerona*, viuda á los sesenta años del tercer marido, y no habiendo querido apechugar con el cuarto, porque sabía que si el cántaro va mucho á la fuente alguna vez ha de quebrarse, y ya que de ella no se podía decir que á la tercera va la vencida, no quería que se dijera lo que de su difunta madre se dijo cuando le dió calabazas el quinto marido; y por eso y porque decía que más valen tocás negras que barbas luengas, viuda se estaba, sin hijo ni gimio, porque aunque había tenido no menos de diez y ocho entre varones y hembras, á todos los había casado lo más pronto que pudo, porque ella decía que á la moza con el moco y al mozo con el bozo, y que si al que madruga Dios le ayuda, de los adelantados es el reino de los cielos; que más vale casada arrepentida que monja aburrida, y que de tarde casar y tarde madrugar arrepentirte has, porque el que viejo casa mal anda. Y como ella no había cumplido soltera los diez y siete abriles, casó á sus hijas á los diez y seis, y á los hijos, apenas metieron mano en cántaro y salieron libres de la quinta, les dió su bendición y unos cuantos consejos y algo de lienzo para un par de sábanas y media docena de calcetas para la nuera, hilado el primero y hechas las segundas por sus propias manos. Porque la tía *Cicerona*, aunque sabía remendar y zurcir como su madre, era más aficionada á la rueca, y tan delgado hilaba con ella como con la lengua cuando llegaban á pedirla un consejo, que era á todas las horas del día. Y el día de la tía *Cicerona* empezaba temprano, porque en todo tiempo dejaba la cama antes que se retirasen las estrellas, y ya había oído misa y matado el gusano con un sorbo de aguardiente y un bollo de aceite cuando el alba se acordaba de saludar al pueblo. Todo esto en los días en que el cura no estaba de caza ó no quería ver amanecer en la vega, porque en aquéllos nunca madrugaba bastante la tía *Cicerona* para llegar á tiempo de oír misa, si es que el cura la decía cuando cazaba, que esto no se ha averiguado aún.

Lo que de cierto se sabe es que nuestra viuda de terceras nupcias no vivía sola, sino que la hacía compañía y aun oficios de criada una nieta

como de edad de catorce años, la cual á los diez y seis sería reemplazada por otra, yéndose ella á gobernar su propia casa y á dejarse mandar por su marido; porque aunque su abuela la había dicho que la mujer que poco hila siempre trae mala camisa, la había asegurado que mal anda la casa en que la rueca manda y que hilar y callar es hacerse amar.

Juntas iban á la iglesia y juntas rezaban, porque la tía *Cicerona* sabía tanto de rezos como el provisor del partido, y en cuanto al Catecismo, si ella examinara al cura y al maestro de escuela es posible que les pusiera en más de un aprieto. Las nietas de la *Cicerona* no aprendían á leer ni á escribir, porque esto decía su abuela que para nada había de servirles, y lo que pudiera aprovecharlas de algo á su lado lo aprendían de coro. Al volver de la iglesia echaba la muchacha unos sarmientos en el hogar, y encendida la lumbre con el auxilio del pedernal, del eslabón, de la yesca y un manojo de esparto y media docena de resoplidos, aderezaba unas migas con algunos tropezones de solomo, y con esto y un trago de lo añejo para su abuela, ambas se desayunaban y se ponían á hacer labor: la nieta á remendar la chaqueta del mozo de mulas, que esto de los remiendos seguía siendo tradicional en la familia, y la abuela á hilar su copo de lino y á charlar con la muchacha mientras no venían á saludarla las vecinas, á consultarla sus amores las doncellas, á ofrecerla un polvo y recoger alguna sentencia el beneficiado y á oír sus refranes todos los del lugar, porque la tía *Cicerona* no abría la boca sin dejar caer alguno.

Pero el día en que á mí me ocurre presentarla á mis lectores, aunque no es festivo, es extraordinario por más de una razón, que yo me sé y no me callo, sino que por el contrario las digo todas, como verá el que siquiere leyendo.

—Agüela—dijo la muchacha, sentándose cerca de la tía *Cicerona* en un poyo de yeso que había junto á la puerta de la calle,—¿sabe usted lo que dijeron esta mañana en la praza atento á la boda de la mayorazga?

—No lo sé, pero no me lo digas porque me lo figuro. Dirían que á casa vieja puertas nuevas, ó que á buey viejo cencerro nuevo, y que pobreza no es vileza; pero yo digo que cada oveja con su pareja, y que si has de venir conmigo trae algo contigo, porque en casa de mujer rica ella manda y ella grita; y si en esa boda fuera el novio el que contara más navidades que la novia, aún se podía decir que á galgo viejo echarle liebre y no conejo, porque eso de que la gallina vieja hace buen caldo no deja de ser un refrán sin substancia.

No decían eso, agüela—replicó la muchacha,—sino que como el novio no es del lugar, sino que es de Madril, y ella aunque tiene mucho dinero no ha salido en jamás de los jamases del puebro, discurren que él la va á hacer mucha burla.

—Esa no es razón—dijo la tía *Cicerona*,—porque aldeana es la gallina y cómelas el de Sevilla; y yo, si me he opuesto á esa boda y se lo he dicho clarito á la mayorazga y á su tía, ha sido porque ella, aunque no es vieja no es moza, que para San Miguel cumplirá los cuarenta y cinco años y él es un chicuelo que apenas ha salido del cascarón de la madre y no tiene sobre qué caerse muerto.

—No lo crea usted, agüela, que esotro día trujo muchos regalos á la novia, y traiba con él un criado muy majo y los dos venían caballeros en dos mulas, que el tío Pujabante dijo que eran de lo mejor que él había visto y que lo menos valían entrambas bestias doscientos ducados.

—Sí que valdrían, pero no serían suyas, sino alquiladas, porque en la corte todo se alquila; y los regalos que trujo hará cuenta de pagarlos cuando coja los patacones de la novia.

—¿Pero no piensa usted ir á la boda, agüela? Dicen que va á ser de lo que no han visto los nacidos.

—¡Ay, hija, y qué poco sabes tú de bodas de rumbo! ¡Primero que llegue á la mía cuando me casé con el primer marido, que de Dios goce, mucho tiene que andar! No te digo más sino que por aquel entonces apenas se estilaban en la corte los mantos de humo, y ya los trujeron dos señoras principales que vinieron á mi boda, y de sólo anguarinas negras había diez ó doce amigos de mi marido que las traían sobre sus hombros. ¡Y si me hubieras visto á mí con mi guardainfante y mi pollera debajo de una basquiña de sarga con su ruedo, y mi jubón de seda, y mi valona cariñana, toda rizada y prendida con alfileres! Aquello sí que era lujo, y no ahora, que con unas capas pardas los hombres y unas sayas de anascote las mujeres ya está todo el gasto hecho. Pues ¡qué te diré de la comida y de la cena que tuvimos, que aún dura en el pueblo la memoria de los manjares que en ella se sirvieron y de las sobras que hubo para los pobres! No te digo más sino que cuando el cura fué á repartir con su cucharón la confitura que estaba en una espuerta, le dió mi marido un medio celemin y le dijo: «En mi boda se miden los dulces por fanegas.»

—¡Ay, agüela! ¡Quién hubiera estado entonces allí para quedar harta! Pero mire usted que la boda de la mayorazga no la irá en zaga á la de usted, y debíamos ir allá.

—Mira, hija, á boda y á bautizo no vayas sin ser llamada, dice el refrán; que en casa del rico cuando seas requerida, y en la del necesitado sin ser llamado.

—Pero agüela, ¡si á usted la convidaron esotro día, y aun dicen que la novia está triste porque usted no aprueba el casamiento!

—¿Eso dicen?

—Sí, señora.

—Pues no es verdad; yo hice mis reflexiones porque me preguntaron, y no quisiera que un mozuelo hambriento de Madrid viniera con sus manos lavadas á comerse en cuatro días una hacienda tan saneada y tan buena como la que le van á dar en dote, y porque si él es holgazán, todo se lo llevará el diablo, que á do sacan y no pon presto llegan al hondón; pero ya que ella se ha empeñado en casarse, con su pan se lo coma; suyo es el burro y puede apearse, si quiere, por las orejas, que en ajena zarama sólo su dueño manda, y cada cual hace de su capa un sayo; que lo que come mi vecina no aprovecha á mi tripa; y si dije mi sentir fué porque me lo preguntaron, que aunque nunca me meto en la renta del excusado, no quiero que digan que á conejo ido, consejo venido; que aunque más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, más ven cuatro ojos que dos, y yo por su bien se lo dije, que nada me echaba en el bolsillo; y no le quiere mal quien hurta al viejo lo que ha de cenar, y quien bien te quiere te arrancará lágrimas. A fe, á fe, que ellos se han de pasar los buenos ó los malos ratos, que yo á mis viñas voy y de mis viñas vengo, ni salgo ni entro, y lo que quisiera es que la mayorazga se casara bien, porque siempre se ha dicho que crece el huevo bien batido, como la mujer con el buen marido.

Trazas y manera tenía la *Cicerona* de no concluir de hablar hasta haber soltado todos los refranes de Juan de Malara, y aun los del comendador Hernán Núñez y los de Blasco de Garay, con no pocos de los de Sancho Panza, si á atajarla en su retahila no vinieran dos hombres, de poco más de treinta años el uno y de más de cuarenta el otro, vestidos ambos con colete de ante, calzón de paño pardo y media de estambre azul, capotillo corto con manga y esclavina, y montera de paño con rizado de seda y gran lazo de hiladillo negro sujetando la trenza de pelo que les caía sobre la espalda.

—A la par de Dios—dijeron y se sentaron en el escaño de yeso en que estaba la muchacha, aun antes de que ésta y su abuela les hubieran devuelto el saludo.

—En nombrando al ruin de Roma, cátales que asoma—dijo la vieja, dirigiéndose al más joven de los forasteros;—ahora mismo estábamos haciendo mención de tu prima.

—¿Y qué decía usted? Apuesto cualquier cosa, y no pierdo, á que no espera usted buena cosecha de esa sembradura.

—A mí no me pareció bien desde un principio; eso ya lo sabéis todos; pero en cuanto á lo que luego será, sólo Dios lo sabe; que á las veces donde menos se piensa salta la liebre y debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor; porque las bodas y las voluntades son como los melones, que no se sabe lo que saldrán hasta que se catan.

—Sí, pero miste que mi prima puede ser madre del novio, porque veinticinco años de diferencia es una discrepancia muy grande.

—Si fuera al revés, que ella tuviese veinticinco años menos que él, ya sería otra cosa, porque la experiencia es madre de toda ciencia, y por muy corrido no es malo un marido; que siempre se dijo: el buey pazca, que la becerrita en casa se anda, y el hombre haga ciento, mas á la mujer no la toque el viento; aunque yo tengo para mí que en punto á bodas lo mejor es, yo como tú y tú como yo, el diablo nos juntó.

—Por fuerza que la tía *Cicerona*—dijo uno de aquellos hombres, que como el otro estaba oyéndola con la boca abierta—sabe más refranes que el que los inventó, y que no parece sino que tiene un adivino que se los sopla á la oreja tan á punto, que nadie diría sino que cada uno ha sido hecho aposta pa el caso.

—De modo y de manera—replicó la *Cicerona*—que decirlos á tontas y á locas y sin ton ni son, no tendría gracia, porque cada cosa á su tiempo y los navos en adviento; á cartas cartas y á palabras palabras, que agua y sol, tiempo es de requesón, y sol y agua tiempo es de cuajada. No sino soltar refranes á Deum de Deo y á caiga donde caiga, que será dar una en el clavo y ciento en la herradura, sin tino ni concierto; que no todo consiste en tener dinero, sino en saberlo gastar á tiempo; que si agosto afirma, septiembre vendimia, y aunque junio madura, julio lleva la fruta.

—Pues con tanto como sabe la tía *Cicerona*—dijo el más joven de los hombres—¿á que no adivina lo que nos trae agora á su casa?

—¡Como si hubiera necesidad de estudiar en Salamanca para saber á lo que vienen, ocho días antes de la fiesta de San Roque, el mayordomo y el oficial del santo! Tinto y en vaso, ¡qué ha de ser sino vino! Traéis un cesto y me ofrecéis un racimo, ¿y no he de saber que lleváis uvas? ¡Pues no ves, hombre, que venís vestidos de fiesta y os asoma por debajo de la capa la bolsa de las limosnas!

—Ya; pero nosotros no venimos á que nos de usted cuartos, sino á preguntarla una porción de cosas que ignoramos atento del predicador, que no queremos que sea como el del año pasado, que apenas echó un latín, ni dijo cosas revesadas ni dificultosas, sino que parecía que estaba hablando en romance, y que nos diga usted dónde hemos de ir por los cohetes para que den buen tronío y chorreen dende el aire muchas culebrinas, y también si los novillos se han de traer de los del lado acá ó de los del lado allá del río, porque si han de ser tan sosos y tan flojos como los del día de la Virgen, no hay divirsió, porque el mozo más encanijao tie mas fuerza que ellos.

—Ya esperaba yo—dijo la *Cicerona* sin poder disimular su orgullo,

que habíais de venir á preguntarme esas cosas, y todo lo tengo pensado; de manera que hogaño será la fiesta de San Roque la más lucida de todas aunque rabien de envidia todos los pueblos de la redonda y los muchos señores de Madril que vengan á la junción.

—¡No te lo decía yo!—se dijeron uno á otro el mayordomo y el oficial del santo.—Si no hay otra tía *Cicerona* en denguna parte del mundo.

—¡Ea! ¡Vamos adentro!—replicó la Sibila, alzándose en pie, sin soltar la rueca ni dejar de morder el cáñamo,—que no quiero que si pasa alguien se entere de lo que os digo; que secreto de muchos no es secreto de ninguno, y de lo que hace la mano derecha no le des cuenta á la izquierda; y os daré también un real de vellón para la fiesta, porque el dar limosna no amengua la bolsa.





CUADRO XXV

LA FIESTA DEL SANTO

No era capital de provincia, ni mucho menos, el lugar adonde nos hemos dirigido en el cuadro anterior, llevados de la justa celebridad de la tía *Cicerona*; pero aunque no tenía más que doscientos cincuenta vecinos, estaba provisto de dos conventos, uno de frailes descalzos y otro de monjas calzadas, y si bien es verdad que le faltaba escuela de instrucción primaria, los muchachos que querían aprender á leer y á escribir podían hacerlo con sólo andar legua y media, que no estaba más lejos la cabeza del partido, donde además del maestro de escuela se encontraba un médico, un cirujano y una botica.

Y estos últimos elementos de la ciencia de curar eran casi tan excusados como el del magisterio, porque si éste le suplían los varios maestros de *gramática parda* que había en el pueblo, los enfermos estaban asistidos por la tía *Cicerona* y alguna otra vieja curandera de las que abundaban entonces en todos los lugares.

El convento de frailes y el de monjas suministraban gratis algunos medicamentos y no pocas recetas infalibles contra las enfermedades más comunes, y como por otra parte el país era muy sano, apenas se sentía la falta del médico y del cirujano, los cuales eran muchas veces suplidos por el tío Pujabante, que aunque por su oficio de albéitar sólo tenía obli-

gación de asistir á los animales, asistía y curaba también á sus semejantes.

Unas cuantas fanegas de tierra en la vega que sólo distaba dos leguas de la población, grandes terrenos de secano; un cacho de monte bajo y dos ó tres rebaños que pacían en la cañada proveían á todas las necesidades de la vida, y para comer la mayor parte de los días un tasajo de carne de oveja y un plato de judías, con su racimo de uvas y su tajada de melón en verano y ensalada ó una rebanada de queso en invierno, no necesitaba el lugar de la tía *Cicerona* pedir nada á los inmediatos. Fuera de que para regalarse de vez en cuando con un par de perdices, un conejo y tal cual vez una liebre, tampoco tenían necesidad de salir del término, y aun del estanque que había en el convento de los frailes solía alcanzarles alguna vez media docena de tencas y algunos barbos. Con todo esto se pasaban allí los días y los meses sin ver un forastero, y como no había ni carreteras ni aun caminos de herradura, se disfrutaba una tranquilidad y un sosiego envidiables.

Ni el rodar de los carruajes ni el galopar de los caballos turbaban el silencio de aquellas gentes, y ni siquiera oían el látigo del postillón que les llevaba la correspondencia una vez cada semana, porque como el lugar no lo era de tránsito para ninguna parte, las *postas á la ligera*, que así se llamaba á los correos que andaban á legua por hora, dejaban las cartas, cuando las había, media legua de allí, y al lugar las llevaba el pastor que iba á vender la leche, ó el pregonero, que era el que oficialmente tenía esta obligación, sin que ella le eximiera de otras muchas, como la de tocar el manicordio en la iglesia, rapar las barbas al vecindario, y ayudar, por analogía con este último oficio, al cortador de la carne de oveja.

Pero en la fiesta del santo titular del pueblo, que era San Roque, en la de la Virgen de la Parra, en la del convento de frailes, y sobre todo en la feria que se celebraba todos los años desaparecía el quietismo de la población, y los doscientos cincuenta vecinos daban posada á más de quinientos forasteros y ponían sus cuadras á disposición de doscientas ó trescientas caballerías.

Desde la primera hora de la madrugada del día que precedía al de la función empezaban á llegar los huéspedes, á pie los hombres y en borrico las mujeres, y todos eran amorosamente recibidos en las casas de sus amigos y parientes, declarándose desde aquel momento la animación y alegría en el lugar, y comenzando á repicar las campanas y aun á tronar en el aire algún cohete, cuyo estallido producía sudores de entusiasmo y escalofríos de risa en todas las gentes.

Ponderaban los del lugar á sus huéspedes la mano de pintura que se

había dado á la carroza de la Virgen, el enlucido ó revoque de la ermita, el árbol de pólvora, los novillos, las enaguillas bordadas que estrenaba el Cristo de la Aceituna y todas las demás novedades y preparativos de la función.

En cada casa se habían preparado con dos cochuras de pan y una de bollos, catando una tinajilla de lo añejo y moscatel si era posible; y con esto y hacer una mala partida á tres ó cuatro gallinas de las menos ponedoras y segar en flor el porvenir de un cerdo y el de una oveja, aunque no fuera al pueblo, que difícilmente dejaría de ir, el vendedor del escabeche y se le acabara al tendero la provisión del bacalao, estaban todos seguros de poder obsequiar á sus huéspedes. Higos secos, garbanzos tostados, pasas y almendras, y algo de confitura, con sus tortas de cañamones, hojuelas y alguna otra fruta de sartén, eran artículos de repostería que andaban de sobra en esas fiestas, y con esto no podía faltarles nada.

Tenían proporción y facilidad de comer antes y después de ir á la iglesia, cuando visitaban y cuando eran visitados, en los novillos y fuera de ellos, y aun al alzar la cabeza y abrir la boca para acompañar con un *¡ah!* prolongado las luces de los cohetes solían echarse al gznate un puñado de cañamones tostados ó dar un beso á la bota del moscatel.

Con tales preparativos y tan buenas disposiciones alejaban el mal humor, y reinaba tan á sus anchas la alegría, que mal año para el que hubiese querido aguar la fiesta con una mala noticia. Y á fe, á fe, que como éstas no hubiesen ido por el aire (como más tarde han venido y entonces sólo iban los pájaros, las tercianas y los cohetes) no hubiesen podido llegar al pueblo, porque el correo semanal, único mensajero de las malas y las buenas nuevas, si acertaba á llegar á la parada de postas la víspera de la función, allí se aguantaba los tres días que duraba ésta sin que nadie se cuidase de recogerlas.

¡Pues para andar deletreando cartas y traduciendo oficios del gobierno estaba el alcalde en semejantes días, cuando no se sabe cómo tenía cuerpo para ir y venir de un lado para otro oyendo las impertinencias del posadero sobre tal ó cual huésped á quien le habían visto un paquete de barajas y se les antojaba pájaro de mal agüero, y con las informaciones de buena vida y costumbres que habían de hacer los que pedían licencia para poner un puesto de rosquillas ó un tinglado de aloja! Y en cuanto al cura, pedirle que leyese una carta, aunque fuera del vicario del partido, ¡y á ver quién había de ensayar la salve á los chicos de la escuela, cuyo maestro de coro era el pregonero, ni quién se cuidaría de que la iglesia estuviese hecha una ascua de oro el día de la función!

Nadie podía perder el tiempo leyendo cartas, y todos hacían bastante

con callar, asomándose á la puerta de sus casas para oír al pregonero, que andaba de esquina en esquina anunciando al vecindario la hora del encierro de los novillos, la de la salve, la de la misa mayor y el sermón, la de la vaca del aguardiente, la de la procesión, la de los novillos de mañana y tarde, la de la pólvora y la de los títeres, cuya última parte había dado mucho que hacer al alcalde, porque aunque el titiritero había ofrecido que serían variados y honestos sobre todo, y hasta se había atrevido á responder con su cabeza de que no habría desgracias, como la cabeza del titiritero no era lo que pedirían los señores del Consejo si en la función ocurría algún desmán ó no se guardaba la decencia de costumbre, el alcalde estaba perplejo y tardaba mucho y tomaba grandes precauciones antes de dar su consentimiento para la fiesta.

Si no llovía la víspera de la función, y valía mucho que no lloviera para que el regocijo no se aguara, el encierro del ganado no le veía nadie, aunque salían á verle todos, y se reducía á una manga de polvo dentro de la cual venían diez y ocho ó veinte novillos, doscientos ó trescientos hombres y otras tantas caballerías.

Tres ó más horas habían estado esperando los del pueblo y los forasteros, y locos de alegría porque ya tenían en su casa los huéspedes del regocijo, iban de prisa á merendar para no hacer falta en la salve, saliendo al encuentro más de un novillo de los varios que, por gracia de los encerradores las más veces, no habían entrado en el corral, y estas corridas que no había anunciado el pregonero solían ser la parte más divertida de la función.

Y desde ese momento en que un novillo les hacía apretar el paso, hasta las doce de la noche del martes en que daban el último paso de seguidilla en el baile, ya no cesaban de correr aquellos perezosos heraldos del ferrocarril.

Las cinco comidas que tenían en el día eran precipitadas y de grande angustia, porque á la hora del desayuno les decían: vamos corriendo que ya estará en la plaza la vaca del aguardiente; cuando volvían corriendo á almorzar, se decían unos á otros que era preciso correr para alcanzar buen puesto en la iglesia, enfrente del predicador si era posible; á comer iban de prisa y corriendo para volver á la procesión; merendaban en abreviatura porque no querían perder la función de pólvora, y cuando se sentaban á cenar les hacía títeres en el estómago el miedo de perder algún paso del titiritero y corrían al corralón del Ayuntamiento, donde con seis colchas, diez ó doce cazuelas con una torcida y una libra de aceite, dos guitarras y un violín se había improvisado un teatro magnífico.

Con esto y el cuidado de madrugar para oír la música que daban al

mayordomo y oficiales de la Virgen, dormían poco ó nada las noches del sábado y el domingo.

El lunes pasaban todo el día en la plaza viendo correr cuarenta toros, veinte por la mañana y los mismos que volvían á dejarse correr por la tarde.

Por supuesto, que entre el novillo, el carro que servía de burladero y los toreadores, hacían muchas barbaridades y sucedían no pocas desgracias; pero precisamente para eso había sido consultada la tía *Cicerona*, para que los novillos fuesen bravos y tuvieran casi tanta fuerza como los mozos.

Ese día cenaban los hombres con más descanso, porque desde que acababa la corrida hasta que empezaba el baile había una tregua de más de una hora; pero las mujeres la perdían, y no les bastaba, en adornarse y componerse para el baile, que era verdaderamente donde habían de lucirlo las del lugar y las forasteras. Alguna mirada escudriñadora y tal cual gesto de envidia con no pocos guiños de burla se habían dirigido en las funciones de iglesia y en los novillos, pero todo ello no valía nada para lo que pasaba en el baile. Allí había cada melindre y cada etiqueta capaz de producir una guerra á muerte entre dos pueblos amigos ó una separación eterna entre dos familias hermanas. Allí se picaba y se repicaba, tanto con los ojos cuanto con la lengua, y como los pies no estaban quietos, sino que bailaban solos, era cosa de ver y de oír lo que se decía sobre si las del Tajuña eran más sosas que las del Jarama, ó si menudeaban y trenzaban mejor éstas que aquéllas, y aun si las unas *echando mejores bailás* que las otras, tenían más honestidad en las piernas y menos desenvoltura en los brazos.

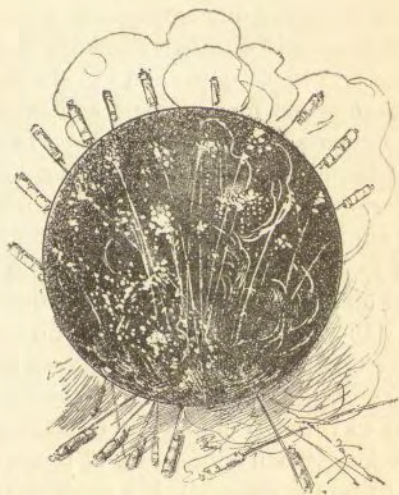
Por supuesto, lector, que lo que entonces se llamaba y se tenía por desenvoltura parecería ahora un envoltorio de cartujos; porque figúrate que las piernas tenían para volar la extensión del vuelo del zagalejo, que era de cinco ó seis cuartas, y los brazos, además de estar encerrados en una manga estrecha, tenían encima un pañuelo que apenas les dejaba jugar las castañuelas. Pero así y todo había sus censuras, fundadas sobre la mayor ó menor libertad en los bailes, y las autoridades tuvieron no poco que hacer algunas veces para corregir ciertos excesos. Porque no consistía en que enseñasen más ó menos la punta del pie, sino que por ahí se empezaba y Dios sabe por dónde se podría concluir; y esto es de lo que entonces se cuidaban, sobre todo, de que no se empezara. Un novillo enmaromado, decían aquellas pobres gentes, enmaromadas también, se recoge cuando se quiere; pero un novillo suelto no se recoge sino cuando á él le da la gana.

Por eso aunque ya iban soltando algunas cosas buenas en la capital

del reino, las soltaban enmaromadas y las recogían antes de que llegasen á las capitales de provincia, y cuidando sobre todo de que no las viesan pasar ni las oliesen siquiera los lugares de poco vecindario.

¡Qué felices somos ahora, lector de mi vida, en que toda clase de doctrinas y todo género de placeres y de diversiones se sueltan sin maromas y no se recogen nunca, sino que si hacen algún daño, sacamos á la calle unas cuantas piezas de artillería y cortamos por lo sano, si es tiempo de cortar y no nos cortamos antes de tiempo!

¡Qué felices somos ahora, pero qué viejos de ochenta y cinco y noventa años se criaban entonces en aquellos pueblos que veían al cartero una vez á la semana, al titiritero una vez al año, al polvorista por San Roque y la Virgen, y al diputado del distrito nunca, y á las letras de molde en el breviario del cura y en el ejemplar del *Don Quijote* que tenía el beneficiado!





CUADRO XXVI

LAS CARRERAS EN 1800

Por eso el hombre, cuando Dios le dijo que comería el pan con el sudor de su rostro, comprendió que trabajando ganaría el pan necesario á su alimento, y que volviendo á trabajar sudaría el pan que habia comido. Interminable tela de Penélope que con la vida viene y con ella se va, y en la cual los economistas modernos no adelantan un solo paso. La vigilia y el trabajo siguen siendo las vísperas de la comida, y desde los tiempos del padre Adán hasta el día siempre ha sido más fácil hallar un taller que un refectorio. Nadie, sin embargo, se moría el año 1800 por no tener qué comer, y aunque á las puertas de casa tenían el *año del hambre*, no vino éste á tomar carta de naturaleza, sino como transeunte y para mejor inculcar en los estómagos la voz de ¡alerta! al trabajo.

Era el «ayúdate y Dios te ayudará» el catecismo económico de aquellas gentes, y persuadidos de que «la Providencia no se le aparece sino al que la busca», y de que «no hay atajo sin trabajo, ni se cogen truchas á secas,» decían sin cesar que «á Dios rogando y con el mazo dando.»

En lo primero todos estaban conformes. El reino, que no la nación (á la que más tarde gritaron ¡muera!), era católico-apostólico-romano, y todos rogaban á Dios del mismo modo, aunque no todos le pedían la misma cosa. El que había nacido sin pañales se contentaba (por el pronto, se entiende) con pedir unos de arpillera, al paso que el que los tenía de Holanda los quería de batista. Pero todos, repito, rogaban á Dios del mismo modo. La diferencia principal estaba en la manera de dar con el mazo y aun en el mazo mismo. Teníanle los unos de oro y jamás le usaban.

Estos cíclopes de la sociedad antigua eran los *mayorazgos*. Venían al mundo con la precisa obligación de no hacer nada, á excepción del ejercicio á caballo y en coche, para abrir el apetito de su apetitosa mesa.

Sus perezosos hermanos, los *segundones*, que así los llamaba el vulgo, eran los cíclopes del mazo de plata y á veces de cobre. Trabajaban sin cesar; pero deslumbrados por el brillo del mazo del primogénito, daban muchos golpes en vago, y ó no comían todo el pan que sudaban, ó sin sudar ninguno, alcanzaban algún mendrugo por caridad. La hogaza solariiega arrojaba, por vanidad, algunas migajas á los demás hermanos; pero sin dispensarles de esgrimir el mazo, porque este privilegio era exclusivo de la primogenitura. Había muchos primogénitos que no por madrugar en venir al mundo se libraban de sudar para comer, y aunque tardaban en agarrar el mazo, lo hacían por último y sudaban el pan que comían.

En esas familias tanto daba el nacer el último como el primero, y eran todos cíclopes de mazo de hierro; pero como este metal, aunque duro, es pesado de manejar y no siempre daba sobre cuerpos blandos, cada cien granos de trigo solían costarle al cíclope más de cien gotas de sudor.

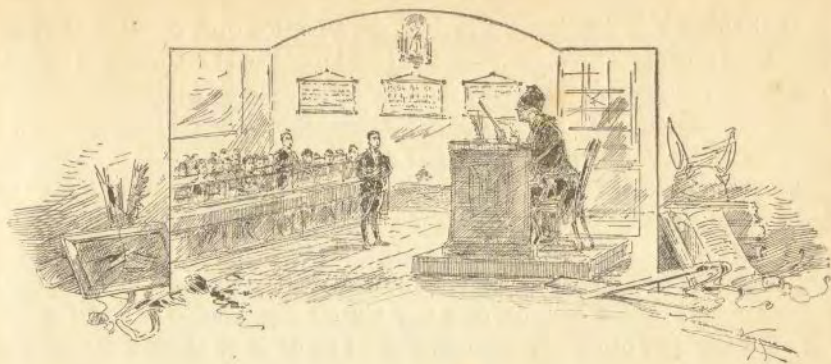
Resulta pues que, entonces como ahora y ahora como siempre (con permiso de los comunistas), había ricos y pobres, ó pobres y ricos, que esta primacía de antigüedad no hace al caso ni para el caso importa un ardite. Había, como digo, y sin necesidad de que yo lo dijera, gente rica y gente pobre, y todos trabajaban como Dios les daba á entender ó como ellos entendían que Dios les mandaba. No eran sus trabajos iguales, y por eso los bautizaban con distintos nombres. Para los primeros eran las *carreras*; los segundos no podían aspirar á otra cosa que á los *gremios* y á las *artes*. Éstas hacía algún tiempo que se habían acostado á dormir, y aunque tenían deseos de despertar, las gritaban desde muy lejos y en idiomas extraños, y no acertaban á sacudir el sueño. Tampoco las *carreras* eran muy largas, porque aún no se habían traducido al español los itinerarios franceses, y menos, mucho menos aún los alemanes, y á excepción de cuatro brincos que daban en Calatayud los humanistas y otros tantos los pandectas en Alcalá y Salamanca, casi puede decirse que los que seguían alguna carrera, ó se paraban á la mitad del camino ó se paraban antes de empezar. Pero había carreras, y carreras nobles; carreras que no todos podían dar ni á todos les era dado resistir. La de la Iglesia parecía la más larga y solía ser la más corta. Por el camino real se tardaba mucho en llegar á ella, pero había en él muchas veredas que acortaban extraordinariamente las distancias. A las letras se necesitaba ir provisto de bota y merienda, porque el viaje era muy largo, y sobre largo penoso, y luego.... luego al término de la jornada no todos tropezaban con el refectorio; los más se encontraban un hospital ó una casa de locos.

Las armas estaban siempre á un tiro de bala de todas partes. La carrera de la milicia era la más corta de todas, si bien es cierto que algunos no la acababan nunca; pero eso consistía en que se habían metido en ella á ciegas y sin un padrino que autorizara su bautismo. Y un padrino entonces era un papel sellado sin el cual no eran válidos los memoriales. Empezar una carrera sin un padrino era cien veces peor que arrojar al mar en un buque sin timón ni remos, y aunque no le conocían con el nombre de padrino, llamábanle hombre; de donde vino lo de «no hay hombre sin hombre.» Sólo una carrera había para la cual el que la daba no necesitaba más hombre que el que le había dado el ser; los demás le eran inútiles.

Con una partida de bautismo de fecha más remota que la de todos sus hermanos, podía el *mayorazgo* ejercer su profesión de tal en todas partes. El *mayorazgo* no es un tipo que como el orador necesita hacerse después de haber nacido, sino que, como el poeta, nace hecho, y hasta después de muerto no puede ser suplantado por quien después que él haya nacido. Las universidades, los colegios de pajes y los conventos eran lugares excusados para el *mayorazgo*, que sin asistir á ninguno de ellos tenía hecha su carrera. Sus padres no le contaban en el número de sus hijos cuando se ocupaban de dar á éstos educación, y por eso, que no por ninguna otra razón matemática, se decía hablando de hijos que «uno no es ninguno, que dos es uno y que la familia es cuando hay tres.» El primogénito de las casas ricas era una potencia desde el momento de nacer, y pronto le alzaba al rango de los jefes de familia su oficio de *mayorazgo*. Envidiábanle sus hermanos la previsión de haber emprendido la carrera antes que ellos, y aunque, pensando piadosamente, rogaban á Dios por su vida, si la perdía, el segundo ganaba en el acto el tiempo perdido, y de un golpe, sin examen ni matrícula, alcanzaba el último grado de la carrera.

Nosotros, por ser la más fácil de todas en cuanto á su ejercicio y para que no nos demanden su primacía los *mayorazgos*, vamos á empezar por ella, dando antes á luz el siguiente cuadro preparatorio de todas.





CUADRO XXVII

LA LETRA CON SANGRE ENTRA

No era tan fácil por aquel entonces que las madres dejaran de criar á sus hijos, y poco conocida la suplantación maternal de las nodrizas, era completamente ignorada la moda de los biberones.

Padrastrós, estos últimos, que la filantropía inglesa ha regalado á la humanidad civilizada.

A esa humanidad industrial que para inocular en el recién nacido el servilismo y la dependencia en que ha de vivir de las máquinas, le nutre y le da vida por medio de un aparato mecánico.

No eran entonces, repito, tan frecuentes esas madres que dejan de serlo antes de haberlo sido, y para que un comadrón, ó mejor dicho, una comadre recetase una nodriza, era preciso que el caso fuera muy grave y que hubiese verdadera imposibilidad física en la madre natural y legítima para buscar una artificial y alquilada.

Amaestradas, por lo tanto, en la educación física de sus hijos, querían serlo asimismo en la moral, y los preceptores venían á ser una especie casi tan ignorada como la de las amas de cría.

Por de pronto el muchacho cumplía dos años, y á veces tres y aun tres y pico, antes de soltar el pecho de la madre, y á esa edad empezaba á estudiar la manera de comer la sopa de ajo, alimento precioso que ha producido muchos y muy robustos hombres de Estado.

Si el chico era despierto y precoz, de aquellos que, como decían sus padres, *no eran para este mundo*, en lo cual maldito el favor que al mundo le hacían; si era despierto, á los cuatro años rompía á hablar. Rompimiento, sin embargo, que muchos mueren de viejos sin haberlo conseguido, á pesar de no ser sordo-mudos ni tener frenillo.

Y esto, dígalo el Santo Oficio y otros oficios que no eran santos ni estaban en camino de serlo, era desgraciadamente un mal muy común en aquella época.

La lengua era entonces una dama muy recogida que callaba muy buenas cosas; tantas callaba, que por ser en ella crónico el frenillo, dieron en decir que otorgaba cuando, por no decir ni si ni no, guardaba silencio.

Pero suponiendo que la comadre hubiese sabido cortar el frenillo al muchacho y que éste rompiese á hablar á los cuatro años, siempre necesitaba otros cuatro para hablar por completo.

Sabía, pues, hablar á los ocho años y ya estaba en disposición de ir á la escuela de primeras letras.

Pero ¿qué iba á aprender allí?

La doctrina cristiana y la cartilla y el Fleury, y acaso á escribir y á sumar, restar, multiplicar y partir.

¿Y todo eso no lo sabía nadie más que el maestro de escuela?

¿No podía saberlo también el padre del chico?

Y suponiendo que no lo supiera, cosa muy fácil de suponer, ¿valía la pena de que el niño abandonara el regazo materno para pasar á poder de un preceptor por solo el gusto de aprender esas cosas?

Claro es que no, lector amigo, claro es que no.

—¡Hijo de mis entrañas!—decía la madre.—No quiero que se aparte de mi lado nunca; demasiado me le maltratarán si yo me muero y su padre le da una madrastra, que no pondría yo las manos en la lumbre para decir que no lo haría.

Y solía contestar el padre:

—Pues bien, mujer, no te apures: que no vaya á la escuela, que tiempo tiene; y para lo que allí aprenden, mejor está á nuestro lado.

—¡Mucho que sí!—solía replicar la abuela.—Todo lo que yo tengo es para él y no necesita estudiar ni romperse la cabeza aprendiendo esos números y esas tramoyas que les enseñan. Yo no conozco la *b* ni en mi vida he cogido la pluma para hacer una cuenta; pero aún está por nacer el que me ha de engañar.

—¡Angelito!—añadía algunas veces.—Que sea un burro; que así lo quiere su abuela, y no que le regañe y le mire con malos ojos ningún maestro.

Alguna vez, como he dicho, solía el padre saber leer y se resolvía á enseñar á su hijo.

En ocasiones dábale asimismo alguna lección el fraile que iba de visita á la casa.

Cuando no sucedía así y se determinaba que el chico aprendiese á leer y escribir, siquiera no le hiciese falta para comer, como decían sus padres, el muchacho pasaba á poder del maestro de primeras letras. Pero no de repente y sin que precediesen varias formalidades y grandes sesiones entre los esposos; informándose anticipadamente de si era violento el carácter del preceptor y de otras mil circunstancias, hasta que por fin llegaba el día del sacrificio.

Y le hacían tan grande, que la madre se tapaba los ojos para no ver salir al muchacho, que, sin embargo, no se iba para siempre de su lado, sino que faltaría desde entonces cuatro horas por la mañana y tres por la tarde.

El padre no iba tampoco muy sereno, y le temblaba la mano con que agarraba la de su hijo para hacer de él la presentación oficial.

El maestro los recibía sonriendo, primera y última sonrisa que veía el discípulo, y en presencia de éste le decía el padre:

—Mire usted que es muy niño y que no me corre gran prisa el que aprenda. Él es demasiado listo y sacará usted un discípulo que le dará honor. Pero no me le riña usted, porque es muy sensible y se pondría malo.

El padre no seguía hablando porque peligraba su ternura, y el maestro le daba toda clase de seguridades, diciéndole que él no acostumbraba á maltratar á los niños y que ningún padre tenía queja de su manera de enseñar á los muchachos.

—Lo sé—replicaba el padre—y por eso le he traído á casa de usted, porque hay otros maestros tan bárbaros, que se ceban con los niños y los martirizan.

No le agradó gran cosa al maestro la dura calificación que se hacía de sus comprofesores; pero arqueaba las cejas y aun añadía alguna palabra de reprobación á la conducta de aquellos bárbaros, sonriendo de nuevo al salir hasta la puerta de la escalera para despedir al padre del niño, que sin más ceremonia quedaba instalado entre los demás muchachos de la escuela.

La ausencia del maestro, por breve que fuese, era siempre una señal cierta de insurrección y de bullanga.

Más tiempo tarda la cerveza en apercibirse de que ha saltado el tapón que la aprisionaba en la botellá, que los escolares en sublevarse apenas vuelve el maestro la espalda.

Toma el uno por asalto y de un solo brinco la silla magistral; empuña el otro las disciplinas; aquél se cala las gafas; el de más allá salta sobre su compañero, y en dos segundos ni queda cosa con orden en la sala ni hay un solo muchacho que no tome parte en la insurrección que acaba de estallar.

Pero vuelve el maestro y no hay en la escuela ni el menor vestigio de la pasada broma.

Su silla está desocupada, las gafas colocadas en su puesto, las disciplinas puestas sobre la cartilla y los muchachos con los ojos fijos cada cual en su libro.

Al maestro, sin embargo, no le engaña aquella calma que juzga aparente; sabe que ha destapado la botella y tiene por cierta la salida del líquido.

A pesar de esto, disimula y calla y se sienta y vuelve á continuar las importantes funciones del magisterio.

Los muchachos le miran de reojo para saber á qué atenerse y tiemblan al verle empuñar la *palmeta* en la derecha y el Catecismo cristiano en la izquierda.

Un sudor frío les entra á todos; sus brazos se encogen cuatro dedos y desaparecen de repente todas las manos.

El primero á quien le pregunta el maestro cuántos Dioses hay, sabe que hay uno; pero teme que al maestro le parezcan pocos, mira la palmeta y dice que hay cuatro.

Y cuando ve que el maestro se levanta para arrimarle cuatro palmetazos, dice que hay cinco y seis y doce, hasta que por último le descarga igual número de golpes sobre la palma de la mano.

Al que está á su lado le repiten la pregunta, y aturdido con el dolor de su compañero no acierta á contestar y el maestro le busca en la mano la respuesta.

Y sucede á veces que el mal aconsejado niño, sin contar con el olfato del perdiguero, se unta la mano con ajo para no sentir el golpe y allí se arma la de Dios es Cristo.

Dos de sus más queridos compañeros, por orden del maestro, le cargan sobre sus hombros y recibe una despiadada lluvia de azotes con unas disciplinas de cáñamo amenizadas con unas bolitas de plomo en las puntas de los flecos.

Si el muchacho no llora, con sus azotes se queda; pero si el dolor toma la forma escandalosa, doblándole la ración le hacen saber que está prohibido el derecho de sentir semejantes frioleras.

Y así continúa la enseñanza suave y pacífica del más pacífico y suave de los códigos religiosos, hinchándosele por momentos las narices

al preceptor, brotando sangre sus ojos y tiñéndosele de azul todo el semblante.

Una vez comenzado el vapuleo no hay un solo niño que deje de ser vapuleado; y no porque todos ignoren lo que les pregunten, sino porque la vista del tormento les hace vacilar en la respuesta.

Por eso el maestro se vuelve rendido al sillón de brazos, hartos los suyos de haber enseñado la doctrina cristiana, y repite sin cesar con tono airado:

—¡Oh! ¡Yo les haré á ustedes que aprendan lo que se les enseña!... «La letra con sangre entra.»

Y satisfecho de su axioma escolástico, con sangre los enseña á deletrear y á leer y á escribir y las cinco reglas de cuentas.

Suelen los chicos no aprender ninguna de esas cosas; pero no es culpa del maestro, ni mucho menos del carpintero que hizo la palmeta de madera dura y gruesa, y agujereada, por ende, para que fuese mayor su elocuencia.

A ese artista, entonces artesano, se le debía la parte principal de la enseñanza.

En buen hora que el maestro de primeras letras supiese las del alfabeto y pocas más, entre ellas la *bastardilla* y la *atanasia*, y fuese él de suyo gordo y colérico y tuviese cara de vinagre hasta para con su mujer, que dicho se está que si no era casado no podía ser buen maestro; ¿pero de qué le habrían servido todos esos requisitos sin la colaboración del carpintero?

¿Qué habría sido de la autoridad moral de su magisterio, sin la física que le prestaba el otro maestro?

¡Gran cosa habría hecho con decir á los muchachos que la *v de corazon* (que así se llamaba á la *v* vocal) suena *ve*, si semejante teoría no hubiese tenido la demostración práctica de la palmeta!

Pues no sino suprimir las disciplinas y los azotes, ¡y verán cómo no hay medio de lograr que los chicos aprendan que dos y dos hacen cuatro!

Sabíanlo así los maestros de entonces, y por eso no había escuela en que el palo no fuese el primer preceptor.

Y preceptor aprobado por la junta de escuelas, que examinaba esos atributos del magisterio con tanta detención como los títulos de capacidad intelectual del maestro.

¡Pobres muchachos, si sus preceptores hubiesen sabido que con aquellas manos inflamadas por la palmeta habían de firmar doce años más tarde un código político en el que se prohibiese á los maestros semejante método de enseñanza!

Por fortuna no lo adivinaron, porque ellos tenían por imposible que las letras entraran sin que les abriese el camino la sangre, y así continuaron en el ejercicio de la palmeta, satisfechos de su fuerza no menos que de su ciencia.





CUADRO XXVIII

LA CARRERA DE MAYORAZGO

Dice la Sagrada Escritura que habiendo un día guisado Jacob cierta menestra ó potaje, su hermano Esaú, que volvía fatigado del campo, se llegó á él y le dijo:

«Dame de ese potaje rojo que has cocido, pues estoy sumamente cansado;» por cuya causa se le dió después el apellido de Edom.

Dijole Jacob:

«Véndeme tus derechos de primogénito.»

Respondió él:

«Yo me estoy muriendo, ¿de qué me servirá á mí ser primogénito?»

«Pues júramelo,» dijo Jacob.

Esaú se lo juró y vendióle el derecho de primogenitura.

Y así, habiendo tomado pan y aquel plato de lentejas, comió y bebió y marchóse, dándosele muy poco de haber vendido sus derechos de primogénito.

Desde entonces acá, todo lo que ha crecido la estimación de las lentejas en el mercado de las legumbres ha disminuído el valor de las primogenituras en la plaza de las consideraciones sociales.

Verdad es que aún no se venden por una escudilla de potaje; pero esto no prueba el mucho valor de las primogenituras, sino el poco precio de las lentejas,

Ayer, sin embargo, eran infinitos los Jacobs que hubiesen dado un plato y hasta un río de plata por comprar la primogenitura.

Los que andaban muy escasos entonces eran los Esaús, y apenas había un primogénito que á dejar de serlo no prefiriera dejarse morir de hambre.

Y se morían algunos, ¡quién lo duda!, aunque no de hambre, sino de vergüenza de confesar que la tenían.

Vergüenza muy natural si se atiende á que el primogénito de ayer no venía al mundo como el de hoy ni tampoco como sus demás hermanos.

El primogénito era la figura más colosal de aquella época, y bien puede asegurarse que en él estaba vinculada la verdadera fe de los hombres de 1800.

Era cada primogénito el rey de su familia, y eran todos ellos en la sociedad una familia de pequeños reyes que daban no poco que hacer al verdadero monarca.

Nacía antes que ellos su importancia y su nombre, y ya en el vientre de su madre tenían el privilegio de inspirar simpatía á los unos y antipatía á los otros.

El más íntimo de sus enemigos solía ser el que primero les abrazaba, y nunca con más razón que entonces se podía decir «manos besa el hombre que quisiera ver quemadas.»

El hombre han de saber ustedes que era nada menos que algún tío carnal del recién nacido, hermano del padre y presunto heredero del mayorazgo; el cual con la venida al mundo del primogénito, veía perdidas sus mejores esperanzas, y sólo le quedaba la criminal de las viruelas, ó la escarlata ó la dentición, ó la de cualquier otro verdugo de los muchos que atentan á la vida de los mayorazgos segándola en flor.

Y digo mayorazgos y aun mayorazgos ricos, porque éstos son los verdaderos primogénitos.

Los otros, los que no tienen más gloria que la de haber venido al mundo antes que sus hermanos, suelen no tener más ventaja que la de ser los primeros en pasar trabajos.

Y los trabajos, ustedes lo saben sin que yo lo diga, se amayorazgan en las familias, pero no los codicia nadie en fuerza de que alcanzan á todos.

Es el primogénito de que voy á hablar en este cuadro el que tiene primogenitura viva y efectiva, en efectivo metálico y en tierras de pan llevar, y en casas de pan comer, y en olivares, y en viñas, y en huertos, y en toda clase de fincas rústicas y urbanas, muebles é inmuebles, derechos de señorío y de mayorazgo, con otras muchas é indeterminables galas.

Casóse su padre en edad madura con mujer joven, resultando de su

matrimonio no poca pesadumbre á los demás hermanos, que esperaban verle bajar al sepulcro soltero y tenían arreglado su escalafón de ascensos en el árbol genealógico.

Si no les hubiera costado tanto trabajo el desviarle de cuantos enlaces proyectaba, habrían sabido disimular su enojo al verle ya casado; pero eran sus esperanzas muy crecidas y no podían perderlas sin rebelarse contra el que amenazaba quitárselas de un solo golpe.

Antes y después de verificado el matrimonio sufrió la cuñada fuertes desaires de sus parientes políticos, y después de pasar los primeros meses en una continua guerra, dejaron por fin de visitarse y aun de saludarse, hasta que las noticias de un próximo alumbramiento les llevó á presentir su inevitable desgracia.

No era el *majoratus nudæ masculinitatis*, ni el *majoratus per saltum*, sino el que saltaba de varón en varón, y así podía heredarle uno de éstos como una hembra, y esta circunstancia agravaba la situación de los parientes, avisados y constituídos oficialmente en la antalcoba de la parida.

Hacía allí el comadrón un principal papel, y no hay para qué decir que de su persona y mucho más aún de su conciencia se ocupaban largamente los parientes del amo de la casa. Y no para elogiarle, ciertamente, sino para decir que de todo tenía cara menos de comadrón y que le creían capaz de *cualquier cosa*.

Allí la cosa cualquiera era un crimen, ó mejor dicho, una docena, y no pequeños ni veniales, sino de los más gordos que puede cometer persona alguna en el mundo.

El perjurio, el abuso de confianza, el robo, la suplantación y otros por el estilo eran los crímenes de que le creían capaz al pobre comadrón, incapaz de otra cosa que de sacar una muela por otra cuando aplicaba el gatillo á algún paciente.

Pero á traer de fuera de casa lo que sólo era legítimo naciendo en ella, quitando á una madre el fruto de sus entrañas para darlo á otra que no tenía entrañas al recibirlo, no se hubiera atrevido jamás el sacamuelas que, lejos de ser un criminal, era un hombre autorizado por la ley para indagar y denunciar el crimen.

Y lo peor del caso era la naturalidad con que los parientes políticos de la parida sospechaban de la buena fe del cirujano.

Acusábanle de los graves delitos indicados con la mayor indiferencia, diciéndose los unos á los otros:

—A mí no me engañan, ni me dan gato por liebre; todo el que entre en la alcoba ha de ir limpio como una patena, sin envoltorios ni embelecios.

—Yo—decía el hasta entonces presunto heredero—tampoco me mamo el dedo, y cuando vino el comadrón le desembocé con disimulo para ver si nos traía el sobrino debajo de la capa.

Y mientras estas cosas decían y tales otras sospechaban de su hermano, de su cuñada y del comadrón, ó de los últimos por lo menos, se apresuraban á encender la vela de San Ramón para que el santo diera *una hora chiquitita* á la parida, y andaban solícitos de un lado para otro aparentando disponerlo todo para el mejor éxito del parto, como si de él hubiera de resultarles la suprema felicidad.

Acaso alguno de ellos, y no por ofenderlos, sino porque suele decirse que «el que las piensa las hace,» habría sido capaz de un crimen análogo al que sospechaban en los otros; pero estaban vigilados muy de cerca por la presunta abuela, madre de la parida, y su calidad de suegra le hacía tener una vista de lince y una perspicacia sin igual.

Ella también suponía á los cuñados de su hija capaces de todo; pero los trataba con afabilidad y con dulzura, como si creyera en la buena fe de que hacían alarde.

—¡Cuánto siento—les decía con aire compungido—que la niña se haya hecho embarazada!... ¡Vean ustedes ahora qué dolor no será para todos el que ocurra una desgracia!

—¡A mí no me llega la camisa al cuerpo—decía, y decía la verdad, el más allegado de los parientes,—porque como ella está tan delicada!...

—Por eso no tengo yo miedo—replicaba la suegra.—Tiene mi hija robustez, ¡bendito sea Dios que se la da!, para echar al mundo un chico cada semana.

—Verdad es, pero dicen que esta luna es muy mala.

—Ríase usted de lunas, nosotras somos de una familia que lo mismo hemos parido en creciente que en menguante.

—¡Dios lo haga así!

—Pues tranquilícese usted, porque yo tengo esperanzas de que lo hará—decía la suegra.

Y Dios lo hacía y el padre salía..... como sale un padre en semejantes casos: ufano y gozoso á enseñar el recién nacido á las gentes que había en el gabinete; las cuales se quedaban..... como se quedan en semejantes casos los parientes: más tristes que un comerciante quebrado, y más suspensos que un minero cuando cansado de hacer cataduras se convence de que ha perdido el filón.

Dábanse mil enhorabuenas por aquella hora mala, y convencidos de que todo su dinero estaba en aquel albur y que había venido la carta contraria, volvíanse á sus hogares, si los tenían, á pasar los trabajos, que de seguro no les faltaban.

El recién nacido encontraba en cambio hecha su fortuna, y sin el sudor de su frente empezaba ya á comer el pan en el pecho de su madre.

Sin quemarse las cejas estudiando, sin tostarse la cara cultivando la tierra y sin arrancarse las uñas cavando, tenía asegurada la subsistencia, y con solo el trabajo de nacer tenía hecha la carrera de *mayorazgo*.

Así le llamaban desde entonces sus padres, y las gentes todas le rendían vasallaje como á doctor nato en la gran ciencia de la vida: la de ser rico sin las vísperas fatales de la pobreza.

El mayorazgo mamaba y era aún muy niño cuando ya constituía una potencia rival de la de su padre.

A éste le volvían la cara muchos de los que adulaban y ponían en el quinto cielo las gracias del recién nacido, cuya precocidad solía ser extremada.

Antes de romper á hablar, ya había roto la cabeza á algún criado porque estuvo torpe en adivinarle algún capricho, y las primeras palabras que supo pronunciar fueron las de decir que él era rico y que todos eran sus criados.

Alarde de primogenitura que le enseñaban los encargados de su educación y que el padre aplaudía constantemente.

De siete años escasos ya desempeñaba muchas funciones de amo de casa, y cuando cumplía los diez ó los doce, ya no había allí más amo que él.

Estaba en el pleno ejercicio de sus funciones de mayorazgo, aunque no estaba terminada su carrera.

Sabía, y esto era lo principal, que era rico; pero debía aprender á serlo y sobre todo á lucirlo.

Tenía lo que se llama necesidad de darse á luz, de salir al mundo. Bastábale su cualidad de primogénito y de mayorazgo para abrirse paso por todas partes; pero le hacía falta un heraldo que le anunciara á las gentes.

Porque, no hay que dudarlo, un mayorazgo sin ayo sería lo mismo que una guitarra sin cuerdas ó un fusil sin cañón ó un hombre sin cabeza.

El mayorazgo, más ó menos contrahecho, alto ó bajo, á veces buen mozo, se encargaba, y no hacía poco en esto, de ser el cuerpo; pero la cabeza corría toda de cuenta del ayo.

Para este cargo buscaban los padres un sacerdote de sólida piedad, como se decía entonces, de instrucción vasta; esto es, que supiera cuando menos latín, y que fuera sobre todo *hombre de peso*.

Con esta última circunstancia se transigía difícilmente en aquella

época; y no porque los hombres se dieran por libras, sino porque la gravedad y el aplomo eran una garantía segura para aquellos hombres graves y aplomados.

Lo primero que decían al cura era que cuidase de que el niño no estudiara, porque era mayorazgo y precisamente por esta razón le ponían ayo.

Y aunque este buen señor quisiera hacer lo contrario de lo que le decían, no lograba nunca que el pupilo aprendiese otras cosas que las únicas que él no le enseñaba.

Si en su casa había lacayos, era la envidia de éstos en cuanto á esperarse y á roncar y á jugar al morro; del cochero aprendía perfectamente el manejo del látigo; á pocas lecciones que recibía del mozo de mulas, podían éstas temblar de estar á su lado; á tirar la barra no le ganaba el pinche de la cocina, y á matar vencejos podía apostarlas con el mejor cazador de oficio.

Eran ciertamente estos ejercicios corporales los únicos que le hacían falta para su profesión de mayorazgo, porque si alguna vez tenía que hacer uso de la cabeza echaba mano del ayo, con quien siempre andaba cosido áespunte, y salía del paso.

Si quería preguntar alguna cosa, y preguntaba muchas, aunque no todas las que ignoraba, el ayo hacía las preguntas; si se trataba de responder, respondía el ayo; las cartas el ayo las leía y el ayo las contestaba, y por último, no necesitaba calentarse la cabeza para sentir la impresión de los objetos que herían su vista, porque el ayo le avisaba cuándo debía llorar ó reír, y reía ó lloraba hasta que le decían que lo dejase.

El amor, aunque lingüista universal y papagayo de toda casta de gentes, no se atrevía á infundir su locuacidad al mayorazgo, que permanecía al lado de la mujer que amaba tan frío y tan silencioso como al lado de la mujer que aborrecía.

También corría de cuenta del ayo la declaración del atrevido pensamiento amoroso, y hasta era suyo muchas veces el atrevido pensamiento de amor.

Porque el mayorazgo no estaba obligado á tener amor, sino á tener mujer, y aunque el Catecismo mandaba á los padres que diesen á sus hijos estado no contrario á su voluntad, no era lo mismo la voluntad de los padres que la del ayo.

Este hacía un estudio minucioso de las rentas de su pupilo, y con arreglo á ellas le buscaba la novia, sin dirigirse á ésta para nada, pues nunca faltaba otra aya con quien entenderse, y á falta del aya, una madre ó una tía, ó cualquier otra potencia intermediaria.

Ajustadas las simpatías de los contrayentes con la pluma en la mano,

y después de bien sumados los olivos y las fanegas de trigo de una y otra parte, entrábase en el análisis químico de la sangre.

Para esta operación se nombraba un representante de cada lado, el cual no era sangrador ni boticario, sino un empleado antiguo de la casa que supiese resolver cualquier dificultad que se presentara en el árbol genealógico de la familia y tuviese sobre todo el archivo *en la uña*; porque los antiguos, que no creían que hubiera un doctor Gall que se atreviese á colocar todas las facultades del alma en los chichones de la cabeza, tenían puesta la memoria en las uñas de los dedos de la mano.

No les importaba que la sangre de los novios tuviera más ó menos agua, ó albúmina ó fibrina; que esas indagaciones tiempo tenían de hacerlas ellos propios cuando estuvieran casados, y sobre todo si Dios les daba sucesión y ésta era más ó menos robusta ó enfermiza. Para que pudiera realizarse el matrimonio bastábales que la sangre fuese azul, y esto no se averiguaba por medio de los reactivos químicos, sino leyendo y releendo los pergaminos nobiliarios y las matrículas del Santo Oficio.

Una vez declarados los novios de *sangre azul*, entablábanse las diligencias matrimoniales, empezando por el cambio del retrato. Primera noticia que tenían los interesados de lo que, bien mirado, á nadie interesaba sino á ellos.

Jóvenes ambos de quince á veinte años lo más, se impacientaban desde luego por la tardanza de la boda, que no se hacía esperar mucho, y celebrado el desposorio, nuestro mayorazgo quedaba en libertad de hacer de su persona y de sus bienes lo que se le antojara.

Pero ¿qué cosa se le había de antojar á quien no había tenido ni la facultad de ser antojadizo?

Suponiendo que el ayo no se fuera á servir el mejor *beneficio simple* de la casa, quedaba de capellán en ella, y ya no podía seguir encuadrado con el señorito.

Tenía éste que empezar á sentir por sí propio y á expresarse sin la ayuda del vecino, y sucedía.... lo que no podía dejar de suceder: lo que ha sucedido, sucede y sucederá mientras exista la carrera de mayorazgos.

Mientras éstos no se persuadan de que vienen al mundo los primeros para no ser los últimos en saber andar por él, sucederá que no darán un paso acertado, y que cansados de haber sido víctimas de todos, sentirán no haber vendido á tiempo su primogenitura por una escudilla de lentejas.

Un día al menos habrían comido con gusto, y el hambre del siguiente les habría hecho aprender lo que hoy ignoran.

Si los mayorazgos de AYER hubiesen tenido hambre, no andarían hoy buscando un Jacob para decirle:

«¿De qué me sirve ser primogénito si me estoy muriendo de hambre?»

Y se mueren de hambre después de haber matado el hambre de muchos. De muchos que hoy les compran el último terrón del mayorazgo con las rentas que les produce el primero.

Para mañana les quedarán aún las casas solariegas; pero esos palacios de duendes, despojados del pesado blasón de piedra que sostienen sobre la puerta principal, acaso no valdrán una escudilla de lentejas.





CUADRO XXIX

LOS POLLOS DE 1800

He aquí el cuadro más comprometido de toda la colección, no para el artista que le hizo, sino para el conserje que le guarda con todos los demás del museo de AYER. Y tiene el pobre conserje razón que le sobra para andar aturdido sin saber qué hacer ni dónde colocar ese lienzo.

En las salas del Norte se expone á que se hielan y se mueran de frío las figuras del cuadro, y en las del Mediodía pueden desarrollarse demasiado, y siendo pollos convertirse en gallos. Necesita el lienzo una temperatura especial y fija para que la empolladura sea eterna.

Son los pollos, principalmente cuando se les acerca la época de hacerse gallos, tan delicados como los gusanos de seda, que ni se les puede avivar la temperatura ni dejarla descender demasiado.

Los invernáculos y las estufas serían empolladuras artificiales que sobre ser indignas de la especie humana eran completamente desconocidas cuando rompieron el cascarón los pollos del presente cuadro.

Antiguamente la temperatura física corría exclusivamente á cargo del sol, y no se conocían otros caloríferos que el brasero de cisco de retama y la manta de Palencia. Si alguna planta ó algún insecto tenía la imprudencia de nacer fuera de su estación ó de su país, una ráfaga de viento ó un rayo de sol se tomaban la pena de matarlos en el acto.

No era el clima más tolerante que el gobierno, y si daba hospitalidad á alguna planta exótica la hacía prestar el mismo juramento que á las indígenas, sin que él modificara su constitución por nada ni para nadie.

No había más temperatura que la natural de la atmósfera, y las gallinas no se atrevían á empollar en diciembre por miedo de que viniera enero á destruirles la casta.

Para la atmósfera de la inteligencia el diciembre era constante; la temperatura moral se elevaba tan paulatinamente, que el termómetro de la inteligencia andaba siempre á tantos bajo cero. Y no le colocaban en parajes muy fríos, porque el Santo Oficio, que era el regulador del saber humano, aunque ya no encendía las chimeneas del tribunal, seguía siendo un lugar caliente y abrigado.

Los pollos de la especie humana en estas tierras de Castilla eran, por razón del frío constante de las regiones de la inteligencia, los más atrasados de todas las razas y de todos los seres.

Y aunque ya hemos dicho que las plantas no conocían aún el abrigo del vapor ni el del guano, ni otras muchas mantas que ha descubierto la inteligencia moderna, se arropaban con el estiércol, y á regañadientes con el sol sacaban adelante sus renuevos.

Pero el hombre no sabía hacer otro tanto para desarrollar el feto moral de su especie.

En los gallineros de la inteligencia no se había entrado aún el estiércol de Rousseau, ni el de Voltaire, ni siquiera el de Condillac, ni otro abono que los del padre Almeida y los de Saavedra, ó los del *Filósofo Incógnito*, que entonces todos los filósofos lo eran.

Vivían tan desabrigados, que el avivar la temperatura en algún gallinero habría costado la vida á todos los pollos que hubiesen salido volando antes de tiempo.

¡Horroriza pensar en la suerte que habría tenido el pollo que, huyendo de la casa paterna á los quince años de edad, hubiese salido á la calle con un cigarro en la boca requebrando á las doncellas, atreviéndose á hablar delante de los ancianos y echando algún voto á la puerta del Santo Oficio!

Para que no pudiera sentarse en un mes de resultas del primer castigo, y fuera á los *Toribios* de Sevilla por la segunda culpa, y cantase en la cuerda por la cuarta, no necesitaba otra cosa.

Pues qué, ¿no había más sino dejar las faldas de la señora madre y sin el permiso del señor padre salir á la calle á *echarla de hombre*? ¡Y fumar y requebrar doncellas! ¡Y faltar al respeto á los mayores y jurar.... y....

¡Vaya, vaya, ó ustedes no saben lo que eran los pollos de 1800, ó tienen gana de broma al santiguarse por lo que les digo!

Un pollo de AYER, aprendan ustedes bien el retrato para que no se les olvide, era lo siguiente:

Un mocito (la palabra joven era contrabando) de quince ó diez y seis años, que se levantaba al ser de día, besaba la mano á sus señores padres, se santiguaba en su presencia, rezaba de rodillas las oraciones de la mañana y se ponía á repasar una fábula que había estudiado el día anterior y que debía decir de memoria antes del desayuno; que más tarde servía de devanadera por espacio de dos horas á su señora madre para el hilo de las calcetas del señor padre; que tenía dos horas de juegos lícitos con sus hermanos, y á falta de éstos, consigo propio; que salía á paseo con su señor padre los domingos y días de fiesta; que al anochecer rezaba el rosario de rodillas, y que se iba á la cama á dormir y no á pensar en los teatros, que eran para él una diversión del otro mundo.

Y porque quiero que ustedes conozcan perfectamente al pollo de AYER para que no me le confundan más tarde con el de HOY y puedan MAÑANA apreciar el beneficio que les hará la industria, ahorrando la empolladura de la especie humana, voy á descorrer el telón para que vean un pollo en activo servicio.

Tiene quince años y ya sabe leer y escribir, y si ustedes me apuran, también les diré que ha empezado el *musa musæ* con un dómine, que ni Cabra, ni Lucas ni el Pioz; pero aquí el dómine no hace al caso.

Acaba de amanecer y entra la criada en la alcoba del pollo á decirle:

—Si no te levantas, se lo digo al señor para que te deje sin postre.

La criada, como ustedes ven, tutea al señorito, y éste la pide con la mayor humildad que no se lo diga á su señor padre, y se viste al momento.

Cumplidos los preceptos ó las devociones del cristiano, retírase á un rincón á repasar la fábula ó algún trozo del *Compendio de la Religión*, compuesto por el presbítero D. José Pintón; y cuando su padre le llama para tomarle la lección ó al pollo le llama el estómago, y deseoso de tomar el desayuno dice que ya se sabe la fábula, siente un temblor horrible por todo su cuerpo.

Si el padre está de mal humor, que antiguamente el destino de padre solía traer consigo algunas bilis, y tiene en una mano el libro y en la otra una correa, el pobre pollo no hace más que piar y se le atragantan los versos como si fueran nueces y él un pavo cebón en vísperas de ser cebado.

—Muy pronto vienes—le dice el padre;—imposible que la sepas.

—Pues sí, señor; ya verá su merced como la sé toda.

—Si te echas más de tres puntos, vuelves á estudiarla y te quedas sin postre.

El pollo, que ya le tenía asegurado con haber salido de la cama pronto, vuelve á verse amenazado de no comer postre y empieza á decir la fábula frotándose las manos y moviendo los pies cuando no recuerda algún verso. Pero consigue decirla toda sin echarse más que un solo punto, y cuando ya se retira loco de contento, dejando á su padre satisfecho, se oye gritar en la pieza inmediata:

—¡Qué gracia tiene que sólo se haya echado un punto, si esa fábula hace un siglo que la sabe!

La voz que acusa es la de la madre, que sigue diciendo:

—A ti te engaña como quiere, pero á mí no me pasan esas cosas.

El padre reflexiona; hace que el pollo comparezca á su presencia; pruébase el delito, y á calzón quitado ó á calzón corrido, azote más ó azote menos, le aplican una docena, que siempre suele ser corrida, y ya daría el pollo alguna cosa buena porque no pasara de la del fraile. Docena que, según el vulgo, no lo era por constar de trece unidades, y que prueba que aquellos benditos varones antes pecaban por guarismos de más que por guarismos de menos en materia de suma.

Si el pollo tiene la debilidad de llorar los azotes, le enjugan las lágrimas con un pescozón entre oreja y oreja de los que entonces se llamaban soplamocos ó reveses, y que al revés ó al derecho solían poner la cara de los muchachos como la cresta de los pavos.

La fábula que no ha aprendido y otra nueva tiene que estudiar de memoria, si no quiere estar en ayunas todo el día; y si cumple la penitencia, á la hora de comer entra su estómago en el goce de los derechos gástricos.

Si los padres duermen la siesta, no falta en casa alguna abuela devota que mientras descabeza el sueño quiera oír lecturas piadosas, y el *Año Cristiano* pasa á poder del pollo para que lea la vida del santo del día, con más el apéndice de los *propósitos*, las *reflexiones*, la *meditación* y la *jaculatoria*.

Y ¡pobre muchacho si lee de prisa ó salta alguna hoja, que amén de hacerle empezar de nuevo, le llaman al orden con un pellizco, que le recuerda á lo vivo el no muerto dolor de los pasados azotes!

—Si lo lees de *carretilla* y como relación de ciego, no te sirve de nada—le dice su abuela;—párate en los puntos y comas.

Los puntos y comas eran entonces una cuestión de la mayor importancia, y ponían diariamente á las gentes en los mayores conflictos. No había muchos, aunque había algunos, que supiesen escribir una carta; pero poner los puntos y las comas era una ciencia aparte que estaba al alcance de muy pocos. Para todos era una operación independiente de la escritura, y frecuentemente se llevaban los manuscritos á los maestros

de escuela para que tuviesen la bondad de ponerles los puntos y comas; habiendo llegado el caso de que, obligado un sujeto á escribir una carta urgente y no teniendo á la mano una que supiese colocar esos guardacantones de la ortografía, puso al final de la carta dos líneas de puntos y comas, y luego una posdata en que decía:

«Escribo tan de prisa que no he tenido tiempo de colocar los puntos y las comas; ahí van y usted los distribuirá como mejor le parezca.»

La abuela del pollo les da una gran importancia, y dice sin cesar:

—Ya se ve, como no *haces* puntos ni comas, no *se saca* sentido á lo que estás leyendo.

Y si el chico se equivoca y arguye diciendo que así está en el libro, sobre sacar la abuela las gafas para ver si es verdad, le replica:

—Pues enmiéndalo tú, que ya eres mocito, y el buen lector ha de ser buen enmendador. Y fíjate en lo que lees—le añade—mira cómo el santo era obediente á sus padres y no comía sino raíces secas. Aprende tú, que eres un tragón.

—Pero, abuela—replica el mocito,—él era santo y yo no lo soy.

—No lo eres porque no haces lo que el santo hacía.

—¡Toma! Porque se le apareció la Virgen y le dijo que fuera santo.

—Si tú rezaras con fervor, también se te aparecería.

—Sí, pero al santo le habló y á mí no me habla.

—Pues bien, lee y calla—interrumpe la abuela asustada;—no profundices esas cosas que sólo pueden saberlas los frailes y los sabios.

—Yo quiero ser fraile—dice el pollo.

—Buena vocación tienes tú—replica la abuela sonriendo de gozo.

—Sí, señora, quiero ser fraile para tomar chocolate y para llevar higos y camuesas en la manga.

—En eso pensarás tú, tragón; los frailes ayunan y se dan disciplinazos—le dice la abuela.

Al pollo le duelen los azotes de la mañana, y dando un brinco sobre la silla, dice que ya no quiere ser fraile.

Y la abuela le manda que siga leyendo hasta que se despierten sus señores padres, y le obliga á escribir un par de planas para que no se le olvide el *carácter de la letra*. Cosa entonces imperdonable, porque aquellas gentes llevaban su formalidad hasta el extremo de no consentir que la letra dejase de tener carácter.

Permítenle al anoecer una hora de asueto para que juegue y meriende alguna cosa frugal, como por ejemplo, una camuesa ó un racimo de uvas ó dos docenas de pasas, y besando la mano á sus señores padres y á todas las personas mayores que hay de visita en la casa, se va á la cama á esperar la madrugada del siguiente día.

La ropa blanca, que no era entonces muy andariega, sólo iba al río los lunes y solía pasar toda una semana pegada al cuerpo; de manera que el pollo se ponía camisa limpia todos los domingos y algunas otras fiestas de guardar.

En esos días madrugaba el mocito por su propia voluntad, avivado por el deseo de lucir la ropa de los días de fiesta; y cuando debía estrenar traje nuevo pasaba en vela toda la noche.

Pero esto no era á menudo, sino cada dos años: el día del Corpus ó el Domingo de Ramos ó el día del santo de su señor padre.

Día solemne y de tanto júbilo, que tiene un cuadro especial en esta colección, y no queremos que ahora se nos escape una sola pincelada.

Concluyamos el pollo, ó mejor dicho, dejémosle sin concluir, porque cuando el pollo de 1800 dejaba de serlo, estaba tan duro y era tan gallo que era imposible entrarle el diente.

Y cuando no tenía espolones era muy difícil echarle la uña, porque si iba á la escuela le llevaba cogido de la mano un criado de confianza, reprendiéndole ó algo más por el camino; á paseo y á misa iba siempre con su señor padre, y cuando en presencia de éste le permitían reunirse con algunos amigos, era lástima privarle de su inocente diversión.

Ó con una tortilla de escabeche y media docena de naranjas y el vaso de suela en el bolsillo se iban á merendar el Jueves Gordo á la pradera de la Teja, y allí jugaban al toro ó á las cuatro esquinas, ó apartados media vara del paseo de San Antonio soplaban un *milano*, diciéndole: «sube, sube, sube, que te coge la nube, y baja, baja, baja, que te coge la tinaja,» ó aquello de «al milano que le dan, la cebolla con el pan, si no le dan otra cosa, más que la mujer hermosa,» etc.

Y aun en esta diversión los angelitos de quince y pico eran intervenidos por sus señores padres, que les regañaban si no lo jugaban bien, como lo habían hecho al tomarles la lección de la mañana.

Esos eran los pollos de 1800.

Las pollitas de su edad pasaban á su lado sin que ellos alzaran la vista para verlas ni menos para requebrarlas.

Y no se crea que los pollos morían de viejos en los gallineros ni menos que ellas bajaban con palma al sepulcro. De repente y cuando más asidos parecía que estaban al cascarón, se veía faltar un pollo y una polla para formar una nueva casa y una nueva familia.

Lo que serían la casa y la familia queda á la consideración de ustedes. Con repetir lo que ellos no podían olvidar, criaban á sus hijuelos y punto concluido.

Más tarde se avivó la temperatura de los gallineros y los pollos salieron hechos gallos.

Pero eso ya he dicho en otro lugar de esta obra que consistió en que los amos del cotarro tuvieron la imprudencia de dormirse dejando abiertos los balcones que daban al Pirineo, y todo se volvió patas arriba.

Hay quien dice que aunque no hubieran venido aquellos vientos no habríamos perdido nada; yo sólo digo que si todo lo que nos trajeron se reduce á los pollos de 1850, valiera más haber cerrado las ventanas á piedra y lodo.

Temblando estoy que llegue la hora de escribir la segunda parte de este libro, y sobre todo la de coger la trompeta para decir:

—¡Pollos de 1850, levantaos de esas oficinas que habéis invadido para emborronar papel y marchad á la escuela á aprender gramática castellana hasta que cumpláis siquiera veinte años de edad!

Y lo siento, no por otra cosa sino porque me mirarán de frente, con los anteojos colgados sobre las narices y el cigarro en la boca y el periódico en la mano, y se preguntarán riendo:

—¿Quién es ese loco que nos quiere hacer estudiar?... ¡A nosotros que podemos arrojarle cien espuelas de laurel ganadas con nuestro talento poético en la arena dramática!

Afortunadamente yo no los tengo miedo; porque si HOY los precoces pollos del *vapor* se rien de los atrasados pollos de la *fe*, ¡cuánto no se reirán MAÑANA de ellos los hijos de la *electricidad*!

Si los pollos de HOY se burlan de los de AYER porque gallean diez años antes que ellos, ¿qué harán los de MAÑANA, que vendrán al mundo hechos gallos?

Que han de hacer sino tener más tolerancia y bajar al sepulcro, diciendo:

¿Quién reirá el último?





CUADRO XXX

LA MILICIA DE DIOS, LA MILICIA DEL REY Y LA MILICIA DEL DIABLO

Pues señor, habían ustedes de saber que este era un padre, y este padre tenía cuatro hijos, y de estos hijos el primero nació mayorazgo, el segundo *se hizo cura*, el tercero *se metió militar* y el cuarto abogado.

Y habían ustedes de saber también que ese padre tenía tres hijas, y que á la primera la crió su madre para doctora y la enseñó el manejo de la casa, á la segunda la metieron monja, y por eso no la enseñaron nada, y á la tercera la enseñaron menos, porque desde luego la criaron para casada.

No vivía el bueno del padre en la corte, que á haber sido tanta su dicha no le habría costado gran trabajo el dar educación á sus hijos, y era la aldea de su vecindad, sobre no muy grande, pobre, y amén de pobre estaba algo apartada de las grandes ciudades.

Situada en un rincón de la arrinconada Extremadura, ni podía escuchar la elocuencia de los humanistas de Calatayud, ni le alcanzaban los gritos de los pandectas de Alcalá, y apenas percibía el olor de los ergotistas doctores de Salamanca.

Tenía que contentarse con pedir á Dios que conservara la vida de un sacristán jubilado que, por no saber escribir, servía la plaza de maestro de escuela á medias con el boticario; y si los vecinos querían saber más latín que el que se les pegaba los domingos en la misa mayor, tenían que

andar doce leguas mortales en busca de un dómíne. Y le encontraban siempre que algún boticario del radio no le había mandado á buscar para que le tradujese una receta ó la fórmula de un electuario.

Y habían ustedes de saber también que este padre de que voy hablando, no sólo era noble y rico, sino que lo era más que ninguno de los otros cuatro mayorazgos que había en el pueblo y que como él tenían derecho de usar el *don*, por privilegio especial que la Corona había concedido á sus antepasados.

Era su casa, aunque pequeña, la mayor de todas y la única que tenía balcones en lugar de rejas, patio con pilares de piedra berroqueña, blasones en una esquina de la fachada y un retablo de la Virgen de las Angustias en el portal.

El tratamiento de usía y la cuerda y el puñal que colgaban de su escudo de armas eran los únicos restos del derecho de horca y cuchillo que había ejercido la casa cuando tenía el señorío del pueblo; sus haciendas, aunque eran muchas, estaban todas vinculadas, y desde que su esposa le hizo padre supo lo que le tocaba hacer.

Y lo que hizo fué contar y recontar las cabezas de sus ganados, dirigir por sí propio las cosechas de la bellota, apremiar á los deudores y ponerlo todo corriente para que cuando el primogénito estuviese en edad de pedirle cuentas no le pudiera echar en cara el menor despilfarro; antes por el contrario, encontrase su patrimonio fielmente administrado.

De año en año fueron naciéndole los demás hijos, y desde el segundo en adelante empezó á ocuparse de todos para darles carrera y hacerles hombres.

No volvió á pensar en el primero, que dicho se está que siendo mayorazgo tenía su tutor, su padre y sus maestros en sus rebaños y en sus encinas; y aun el segundo le fatigaba poco, porque la casa tenía una capellanía de sangre que le venía pintiparada.

Si el uno nacía mayorazgo el otro nacía capellán y ambos traían asegurada la subsistencia.

Con Dios, que le daba cuanto tenía, no podía cumplir mejor que ofreciendo á su servicio el primer hijo de intención libre, y natural era que al rey, que de tejas abajo era su amo y señor, le diese el que nació después.

Confió con razón en que sus pergaminos y sus abolengos le alcanzarían fácilmente unos cordones ó una bandolera, y ya no tuvo que pensar en la suerte del tercero.

El tercero de una casa no podía dejar de ser militar.

Las mayores dificultades vinieron con la venida al mundo del cuarto.

Lo primero que pensó su padre fué hacerle cura y darle un beneficio

simple de que también podía disponer la casa, pero era de pocas rentas y no le tenía cuenta al muchacho; *meterle* fraile no podía ser tampoco, porque nació algo enfermizo y no le admitirían en el convento. Alguien de la familia se atrevió á indicar que podía hacer estudios de médico ó boticario, y la sangre azul de la casa hirvió afrentada en las venas.

Por fortuna la madre recordó que estando encinta de aquel niño había visto en sueños una vara, y puesto que, siendo ella noble, aquella visión no podía significar que su hijo había de ser arriero, la vara era vara de alcalde mayor, y para alcalde mayor le criaron.

—No se hable más del asunto—dijo el padre,—*le haremos* abogado.

Y aunque los abogados no se hacían AYER tan á dos por tres ni tan á tres por cada dos como se hacen HOY, se hacían con más facilidad que MAÑANA. Porque han de saber ustedes que mañana encontrarán los químicos la quinta esencia de los códigos; y grabado el extracto de todos ellos en el reverso de las monedas, cada ciudadano llevará en el bolsillo una legislación completa y la administración de justicia será más fácil que una administración de loterías ó un estanquillo.

La curia toda, que no los abogados, será una pesadilla histórica, y los alegatos y los testimonios no andarán por el mundo. Cuanto más que si fuere preciso presentar algún escrito en papel de sello, como el de fumar estará sellado, con solo un librito habrá para cien pleitos.

Pero volviéndonos al día de AYER, que es el único que por ahora nos interesa, digo y repito que no era cosa muy fácil el hacer un abogado, así como añadido que era muy fácil el pensar hacerlo sin que quedara hecho. Y no porque no fueran buenos fabricantes del género los Salgados y los Covarrubias de Alcalá y de Salamanca, sino porque los muchachos á todo iban á Salamanca y á Alcalá menos á estudiar leyes y á ponerse en disposición de ser garnachas de las audiencias.

Iban á dar un susto diario al ama del canónigo y á éste de rechazo; á no dejar que el alcalde mayor durmiese una sola noche en su cama; á tener en una alarma continua á la tropa, y por último, á andar siempre rotos, descosiendo en el juego la ropa que les cosían sus padres con hilo de oro.

Y dejando también esas roturas para uno de los próximos cuadros y volviendo á mi cuento, digo: que apenas el bueno del extremeño hubo echado sus cuentas y visto que su mujer había dejado de darle sustos, arrojándole nuevos gorrones sobre las pocas eras libres del mayorazgo, determinó que los tres hijos que habían de seguir carrera aprendiesen á leer y escribir. Al primogénito, como que la tenía hecha, no le corría gran prisa calentarse los cascos; y en cuanto á las hembras, ¿para qué querían saber leer ni menos escribir?

¡Por ventura iban á ser doctoras de Salamanca! Pues en sabiendo la que había de aliviar á su madre en el gobierno de la casa adobar la carne de los embutidos, dirigir una cochura de pan, poner una olla, que siendo *podrida* era poner una pica en Flandes, y fregar y barrer, ¿para qué necesitaba otra cosa?

La monja tomaría el hábito muy joven, y tiempo tenía de aprender á hacer rosquillas y acericos en el convento.

Y en cuanto á la casada, con saber que el marido iba á ser *su señor* tenía aprendido su oficio de esclava. Alguna cosa le enseñó su madre del manejo de la aguja, y si no la enseñó todo lo que ella sabía era porque siempre la estaba repitiendo el refrán de que «la mejor maestra de remendar son los muchos hijos y el poco pan.»

No tuvo, pues, el maestro de escuela otros discípulos que el cura, el militar y el letrado, y por ser ellos nobles nunca les dió lección al mismo tiempo ni en el mismo lugar que á los hijos de los plebeyos. Pero esta distinción no les perjudicó en lo más mínimo, porque los unos y los otros salieron poco medrados del poder del sacristán y no mucho de manos del boticario.

El mismo padre, que no otro juez más imparcial, decía lleno de gozo al ver las planas:

—¡Vamos, que para ser en un pueblo no han sacado mala letra!

Las del padre eran más gordas que las bellotas de sus haciendas, y otras no había visto, porque fiel á sus deberes de mayorazgo no había salido nunca del pueblo.

Para llevar á sus dos hijos, al presunto capellán y al futuro abogado, á estudiar latín, tuvo que ponerse en marcha, y lo hizo entregándolos por fin, bañados con las lágrimas de su madre, en poder del enjuto y apergaminado preceptor.

Del cual, te lo suplico lector, siquiera no me otorgues otro favor en el resto de la obra, permíteme que te diga dos palabras.

Ya sé, y no te envidio la sabiduría, que sabrás latín, y que si no eres pollo, que no lo serás, porque en ese caso no serías lector, habrás estudiado esa lengua muerta con algún dómine vivo y efectivo; pero ¡qué valdrá el tuyo ni todos los dómines juntos al lado del mío!

Tan seguro estoy de que no hay ninguno que le haga sombra, aunque resucitase el mismo Cabra, que te permito que traigas cuantos quieras á que entren con él en oposición.

Y no sólo en oposición de latín; que eso, incluso las monjas y los boticarios, cualquiera lo sabía entonces; ni en elementos de retórica, que olvidados los, tenían hasta los patanes en su *gramática parda*, sino en historia, en jurisprudencia, en medicina, en botánica y en cuantas artes

y oficios se conocían entonces y en otros muchos que no llegarán á conocerse nunca, si ya no fuese cierto lo que se dice, de que mi dómine tuvo la generosidad de dejar los manuscritos y alguien se haya aprovechado de ellos.

¡Pues qué te diré de su ciencia económica y de su economía higiénica! ¡Qué del aseo y limpieza interna con que preparaba á sus discípulos para que los vapores del estómago no perturbaran la paz del *quis vel quid* que iba á entrarles en la cabeza!

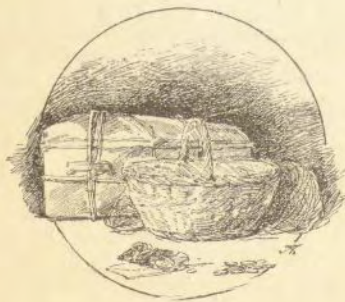
Que vengan también esas patronas de huéspedes que hacen alarde de no haber tenido ni un solo enfermo de indigestión en sus casas, y verán cuánto tienen que aprender de mi dómine en su manera de tratar á los pupilos.

Pero ¡ay!, lector, que te he pedido dos palabras y voy á necesitar doscientas.

Sé generoso y dámelas.

Autorízame para abrir un nuevo cuadro, que con todo de ser muy escurrido mi dómine, yo tengo seguridad de que ha de llenarle y aun ha de faltarnos lienzo.

Robaréle por si acaso un trozo al presente, donde en paz se quede el único rapaz que ha abrazado la carrera de la guerra, hasta que le echemos los cordones de cadete ó la bandolera de guardia, y vengan conmigo la iglesia y las letras, ó la milicia de Dios y la milicia del diablo.





CUADRO XXXI

UN DÓMINE DE AYER

«Si en las escuelas no aprendiste nada,
si en poder de aquel dómene pedante
tu banda siempre fué la desgraciada,
¿para qué proseguistes adelante?»

(Moratín.)

Que se formen, lector, si así lo quieres, en orden de parada todos los vecinos del pueblo; que salgan de entre filas todos los flacos, todos los tísicos, todos los muertos y hasta todas las sombras, no me importa; aun así tengo seguridad de que has de reconocer á mi hombre.

Mírale bien: no es que deja de estar gordo, sino que no está flaco siquiera. La flaqueza supone carne, y la carne no se pega nunca al espíritu.

¿No has visto á los árboles altísimos perder la medula y no conservar otra cosa que la corteza? ¿No sabes que ella les basta para circular la savia?

Pues bien: mi dómene, si alguna vez tuvo algo más, hoy sólo conserva el pellejo. También le basta para encerrar en él todos los aparatos de la economía animal.

Si pudo ser un hombre en relieve, ya no es más que un hombre en estampa.

Y digo que es, á pesar de que su generación ha dejado de ser, porque aunque el dómíne ya no existe, vive su sombra y yo la veo muy á menudo.

La veo en las vetustas academias luchando á brazo partido con un vocablo que no se debió partir, y se ha partido porque se le rompió al impresor el diptongo; la veo en el foro arrojando citas latinas para probar inocencias gitanas; la veo en la prensa esgrimir las disciplinas sobre todo el que no acata su magisterio; la veo en el Parlamento dando lecciones sin que nadie se las pida, y la veo, en fin, ahora, que si no la viera, difícilmente podría retratarla.

La veo y no quiero que tú dejes de verla.

¡Mírala!... ¡Mírala!

Tiene seis pies de alto por medio de ancho; es enjuta, enjuta, enjuta como la espina de un salmonete: las piernas son secas, pero duras y largas; los brazos no se quedan cortos, y tanto, que según dicen los discípulos pecan de largos; el pecho se ve lo mismo por delante que por la espalda, el vientre se ha subido á esperar órdenes al estómago, y el cuello ni es tan grueso como el de una botella ni más delgado que el de una cigüeña.

La cabeza tiene menos perfiles que el cuerpo; sólo la barba es aguda, y la nariz, cortante y punzante, casi pertenece á las armas prohibidas por el Código penal.

En cambio, los labios parece que aún retienen la última tajada que debieron enviar al estómago, y los carrillos tienen todo el jugo necesario para dar vida al semblante; y tanto, que si no fuera así, ya se habrían secado al cabo del tiempo que hace que los ojos no les envían una lágrima. Retirados éstos á las últimas piezas de su vivienda, sólo se asoman de vez en cuando para limpiar con las pestañas el polvo de las mejillas.

Por último, el cabello, abrasado de sed por no hallar ni una gota de sudor, se ha ido quemando y ya no quedan sino algunos restos cenicientos.

He ahí el alma del dómíne de AYER.

¿Quieres ver el cuerpo? Pues mira:

El cuerpo es una chupa que á fuerza de ejercer su oficio ha chupado su primitivo color negro y ya es pardo; un calzón de punto que por calzar los menos posibles no calza ni los de las medias, que son de seda á trozos sí y á trozos no, y el que haya visto alguna criba que me entienda; los zapatos se han encariñado del cuero de los pies y le dejan hacer el gasto; la camisa, como que anda por debajo de la casaca, hará novillos la mayor

parte de los días, y es lo cierto que no se la ve cumplir su obligación en ninguno de los sitios públicos, como son los vuelos y la chorrera; y por último, un corbatín blanco, que blanco había de ser para que no se le antojara pasar por negro, y un gorro de este color y descendiente de los mismos girones ilustres que las calcetas, completan las carnes del dómíne.

Y ahora te pregunto yo, lector: con tal alma y tal cuerpo y haberle bautizado con el nombre de Canuto y dejarse llamar el *dómíne Cerbatana*, ¿te parece posible que haya quien se atreva á ponérsele al lado para decirle: *ego sum qui sum, et qui futurus sum*?

No te canses en buscar quien pueda pujarle la primacía de su oficio. Cerbatana es, ha sido y será el mejor y el único de los dómínes, incluso el dómíne Lucas y el dómíne Berrio.

Vivía en un pequeño villorrio de España, porque siempre el mérito ha estado obscurecido y porque más subía de punto el suyo cuanto mayor era la distancia que andaban las gentes para verle y solicitarle.

Nadie con más razón que él podía decir que no era borrego aunque vestía de lana, porque ni había nacido en aquellas tierras, ni se había criado para enseñar la lengua latina á gentes que Dios sabe cómo hablaban la castellana; pero son las vicisitudes humanas tan simpáticas entre sí como las cerezas, y agárranse y se encadenan las unas á las otras de tal manera que no hay forma de separarlas.

Ni los de Persiles y Segismunda, ni los de Job, ni ningunos otros trabajos son comparables á los que sufrió el dómíne Cerbatana en su larga carrera de humanista y en las pequeñas incursiones que hizo en la jurisprudencia y en los cánones.

Si hubiéralos de referir ahora, tendría necesidad de un volumen en folio.

Bastará decir que el último de todos, el que le hizo abrazar la desesperada resolución de propagar el Marco Tulio Cicerón entre las carrascas de Extremadura, fué un desaire que le hizo la Academia greco-latina, negándose á admitirle en su seno porque no había sabido medir el verso *senario yámbico*:

Beatus ille, qui procul negotiis.

Tomó Cerbatana muy á pecho, á pesar de tenerle pegado á la espalda, no el desaire que le hizo la Academia, sino la ignorancia de sus individuos, que le acusaban de no saber medir versos latinos, siendo así que en toda su vida había medido otra cosa que versos y el agua de la tinaja para que no se la desperdiciasen los discípulos.

No quiso permanecer ni un solo momento más en la corte, y abrió su estudio de latinidad con algo de retórica y también algo casi de poética en el lugar de que queda hecha mención y cuyo nombre no pienso mencionar por ahora.

Los vecinos de aquella villa no estaban acostumbrados á hombréar con los sabios, y como tenían además la rara modestia de creer que ellos no lo eran, recibieron admirados al dómine y faltó poco para que acogiesen su fama con palio, capa de coro y aun ciriales.

Cediéronle desde luego una casa para que estableciera en ella el estudio; se pasaron pregones á los pueblos de la circunferencia, anunciando la llegada de un preceptor de latín, y en poco tiempo acudieron cerca de una docena de muchachos de trece, quince y diez y seis años.

Los del pueblo se matricularon en clase de externos; á los otros debía el dómine darles pupilaje.

Nada quiero decir de los primeros, que como entrantes y salientes no podríamos verlos sino algunas horas al día; voy á hablar de los segundos, para los cuales el dómine lo era todo: el padre, la madre, la patrona y el maestro.

El *pupilo* no era la mitad, sino las cinco cuartas partes de la existencia del dómine de AYER.

La fisiología de éste sin la de aquél sería excusada.

De las doscientas palabras que te he pedido para hacer el retrato del maestro, déjame gastar cincuenta en el de su discípulo.

¡Pobre muchacho! Sus padres no puede decirse que son unos potentados, que á serlo no permitirían que el niño estudiase latín; pero tampoco les falta que comer: *se lo quitan de la boca* (esta es la frase sacramental) para que al hijo no le falte nada de lo necesario y aun para darle mucho de lo superfluo.

Sus carrillos y la carne que le oprimen los ojos son ya una superfluidad de su figura.

La madre, la abuela, las tías y todas las mujeres de la vecindad riegan con sus lágrimas aquellas carnes que van á ser decomisadas en la cuaresma perpetua del dómine Cerbatana.

Ignoran la suerte que le aguarda á aquel rollo de manteca que criaron con tanto regalo, y sin embargo, un presentimiento funesto les hace maldecir la lengua de Cicerón y de Catilina.

Si no pensarán en que el chico no puede llegar á ser cura del pueblo sin aprender latín, no le dejarían marchar de su lado. Y poco tendrían que trabajar para conseguirlo, porque el padre no está menos afectado que ellas cuando ensilla la mula de paso en que ha de cabalgar con su hijo hacia el estudio de latinidad.

No tienen otro consuelo en su desgracia que el de haber hecho cuanto estaba de su parte, y mucho más por endulzar la suerte futura del estudiante.

El baúl de la ropa blanca, el de los vestidos, las provisiones de la alforja, las cestas de los bollos, todo el equipaje, en fin, es digno de un príncipe.

El muchacho llega á casa del dómíne con un ajuar completo y magnífico.

Ultimamente su padre le entrega á la despedida un bolsillo con unas cuantas monedas de plata y oro para las urgencias precisas y extraordinarias.

Cuando éste vuelve á su pueblo, la esposa le pregunta si el muchacho ha quedado contento, y él la contesta que sí y que sin disputa su hijo es el más guapo de todos los que allí había.

—Todos sus compañeros—la dice—están espiritados y á su lado parecían ánimas del purgatorio. Un moflete de nuestro hijo—añade riendo—tiene más carne que toda la de aquellos muchachos.

—¡Dios quiera que se nos conserve tan hermoso!—exclama la madre.—¿Crees que le darán buen trato?

—El dómíne me ha dicho que puedo venirme descuidado en ese punto, porque allí se estudia bastante, y cuando se dice á estudiar se estudia; pero que en llegando las horas de comer comen hasta que no dejan nada en los platos. Me ha enseñado la casa, y en cuanto á limpieza es cosa extremada; acababan de comer cuando fuimos, y la cocina estaba tan limpia que no parecía sino que nunca se había guisado en ella.

Algo tranquilizan á la madre las noticias que le da su marido, y en cuanto al muchacho ni siquiera le ocurre el pensar la suerte que le aguarda.

Los veteranos de la casa nada le dicen, y sólo piensan en apoderarse de la rica despensa que lleva consigo; lo que logran fácilmente, porque el neófito, rendido del viaje y harto de comida, se entrega á un sueño tan profundo como no le volverá á conseguir en aquella casa.

Pregunta al despertar por sus provisiones, y nadie le da razón de ellas. Si se resigna y calla, las pierde; si acude en queja á la superioridad, las pierde también, y los pupilos golosos son castigados por el dómíne con la privación de comidas por uno ó dos días, según la importancia de la cantidad robada.

Fuera mayor castigo para ellos el de un hartazgo, porque al ayuno, más ó menos completo, están de sobra acostumbrados. Y esa (entre paréntesis) era la única sobra de aquella casa: la sobra de la sobriedad en las comidas.

Por eso al empezar este cuadro dije que las más afamadas patronas de huéspedes podían y debían tomar lecciones del dómine Cerbatana en materia de economía doméstica; por eso creo ahora que desde el milagro de la multiplicación de los cinco panes y los tres peces, no ha habido ni habrá quien haga con la comida mayores prodigios que los que hacía el dómine Cerbatana.

Yo bien sé que cualquier madrastra es capaz de hacer con una onza de chocolate dos, y que este milagro se obra diariamente en casi todas las casas de huéspedes; pero sobre no ser tan general entonces, aún era mayor el que hacía Cerbatana sacando seis jícaras de cada pastilla, y no claro, sino tan espeso que casi empalagaba. ¡Tan abundante andaba allí la harina de almortas!

El pan decía que le daba á discreción; pero como esta pícara frase tiene dos sentidos, Cerbatana la usaba en el más perjudicial para los pupilos, y les partía unas rebanadas tan discretas y tan sutiles que se les cimbreadaban en la mano como papeles de fumar, siendo ya cosa corriente entre los muchachos ponérselas delante de los ojos y decirse los unos á los otros:

—¿Ves al dómine?

—¡Ay! ¡Ojalá no le viera!

Era el caldo de la sopa un adelanto póstumo para la industria, y ¡vive Dios que si Cerbatana murió sin descubrir su secreto, la química debe arrastrar lutos eternamente!

En cualquier punto de España habría sido un prodigio cocer la carne, los garbanzos y el tocino sin que soltasen una gran cantidad de substancia en el agua; pero en Extremadura, donde el caldo se solidifica á veinte grados sobre cero y aun caliente y líquido se masca y no se bebe, era un verdadero milagro escurrir la olla y sacar un caldo incoloro, inodoro, insípido y con todas las condiciones y propiedades del agua común.

Si antes de presentarlo á la mesa no le echaran un polvo de azafrán y otro de pimentón, no como alimento, sino para alegría del espíritu, nadie sería capaz de adivinar su procedencia.

Los garbanzos eran por su tamaño un preludio de la medicina homeopática que había de venir al mundo más tarde, y si el doctor Hannemán hubiese estudiado con Cerbatana, tendría poco mérito la no muy meritosa invención de sus globulillos.

También la carne se administraba allí en cantidades infinitesimales, y si algún domingo ó fiesta de guardar, y es de advertir que el dómine guardaba pocas, se daba un plato extraordinario, que en ninguna mesa pudo con más razón llamarse principio, hacían el gasto los huevos. Pero no los que el vulgo conoce por tales, producto natural de la gallina, sino

los que hacía el dómine Cerbatana, batiendo en agua de almidón la clara de uno para hacer con ella media docena; y en cuanto á las yemas, con una y dos onzas de harina y un polvo de azafrán, las hacía tales, que habrían dado chasco al más inteligente fraile dominico.

De los postres no se hable en un país en que tanto abundan las bellotas, y con una fanega tenía para dar cuatro á cada muchacho todos los días del año.

Dábalos á cenar gazpacho, porque decía que de noche no es prudente cargar el estómago, y raro era el día que en esa ensalada de pan ó en la de verdura no se olvidaban de la aceitera.

Nunca de estas faltas ni de otras mayores aparecía responsable Cerbatana, sino su ama de gobierno, que discípula suya muy aprovechada se le había identificado de tal suerte que, á decir del dómine, ya le aventajaba.

La primera semana y aun el primer mes de tan violento ayuno era terrible para los muchachos, y habría terminado la existencia de muchos de ellos si en las vacaciones ordinarias y en las de enfermedad, que pasaban en sus casas, no se repusieran para volver de nuevo á las vigili-
gias.

Y no era esa temperancia un castigo que el dómine daba á sus discípulos, ni menos se crea que les obligaba á ser parcos y sobrios en la comida por medios violentos, sino por el contrario, con razonamientos higiénicos les amonestaba á no abusar de los manjares.

Porque el uso y el abuso, les decía, son dos hermanos que con facilidad se toman el uno por el otro, y como hijos de verbos que se conjugan del mismo modo, debe tenerse gran cuidado de distinguirlos.

Extendíase no poco citando historias lastimosas de excesos de gula, al paso que les aseguraba no haber muerto nadie por hambre, sino que por el contrario, las gentes que más vivían eran las que menos hacían por la vida.

Y remachaba su opinión con cien aforismos de Hipócrates, en latín, por supuesto, cosa á que era en extremo aficionado, para que á él no se le pudiera decir que «en casa del herrero cuchillo de palo.»

Lo de que el hombre no vive para comer, sino que come para vivir, era su máxima favorita, ó, como dirían los hombres de hoy, *su credo económico*.

Y estaba algunas veces tan elocuente, que aunque los muchachos se retiraban de la mesa siempre con hambre, solían quedar casi convencidos de que el dómine tenía razón.

¡Tanta era la influencia moral que ejercía en esa cuestión puramente física y matemática!

Por eso he dicho que obraba prodigios en la educación moral del estómago.

Con la cabeza era más tolerante, aunque creía, como el maestro de escuela, que la letra entraba con sangre, y unas correas de cuero eran el sangrador de sus discípulos.

Pero no había grandes derramamientos, ni se crea que las correas del dómine eran el doctor Sangredo del estudio, sino un ligero revulsivo expectante, ó como si dijéramos, el *acónito* homeopático de estos tiempos.

Ni el dómine se cebaba al descargar su brazo, ni la sangre estaba allí tan de sobra que fuese á saltar por una simple sacudida.

Precisamente la manera de azotar y las consecuencias de los azotes es lo que más distingue al maestro de primeras letras y al dómine. El primero, antes de coger las disciplinas, se enfurece y tiembla y descarga con furor el brazo, como si real y verdaderamente hubiera de vengar alguna ofensa propia; el segundo se sonríe y habla y da el golpe con la frialdad del verdugo que venga las ofensas del prójimo.

Al maestro de primeras letras le toca vindicar sus propias planas mal copiadas por sus discípulos; el dómine, por el contrario, sale á la defensa de Virgilio, de Horacio ó de Tito Livio, y no puede tomarlo con tanto calor.

Corrige los disparates, porque si no los corrigiera, los muchachos no aprenderían nunca, y los corrige alguna vez con las disciplinas para que los tenga presentes la carne y no se los deje repetir al espíritu.

Pero no era el dómine Cerbatana de los más aficionados á ese sistema de enseñanza, y como su principal cuidado era la salud de los discípulos, prefería castigarles el estómago á estropearles el pellejo.

Fiaba también mucho á la emulación y al amor propio, y al efecto tenía dividida la clase en dos bandos que se denominaban *Roma* y *Cartago*.

Era el uno constante rival del otro, y había además dentro de esos mismos bandos puestos de preferencia que se disputaban á cada momento.

—*Contra te*—decía entusiasmado un chiquillo al oír una contestación que él tenía por falsa.

—*Per te*—replicaba el reprendido.

—*In te*—gritaba de nuevo el retador.

—*Cien puntos*—solía decir el retado.

—*Doscientos*—contestaba el otro.

Y dirimida la contienda por el dómine, se apuntaban al bando del que no tenía razón las rayas que habían jugado en la apuesta para el escrutinio del sábado.

Y el sábado se adjudicaba una bandera y una corona al bando que había sacado más puntos á su contrario.

Con lo cual excuso decir á ustedes qué tal andaría el refectorio los sábados.

Ocupado Cerbatana en hacer el escrutinio y engreídos los muchachos con la esperanza del triunfo, el sábado venía á ser viernes y aun viernes de Cuaresma y hasta Viernes Santo.

Los vencidos no pagaban su falta con sólo perder la bandera y la corona, sino que en lugar de aquéllas les ponían una tablilla que decía: *burro Roma ó burro Cartago*, y el más holgazán del bando paseaba el aula con una *coroza* sobre la cabeza.

Con esos estímulos y el estimulante de cuero iba Cerbatana haciendo latinos que en menos de dos años solían echar el régimen en una catilinaria y hacer una oración de activa á cualquier Catalina pasiva de su pueblo.

El tercero le empleaban en aprender los rudimentos de retórica y poética, sin que les sirvieran para ser poetas ni retóricos, sino para medir versos latinos ó para analizar las metáforas de Virgilio ó los tropos de Cicerón.

Algo de poesía castellana les enseñó Cerbatana á sus discípulos; pero con enseñarles toda la que él sabía, resultó después que no les había enseñado ninguna.

Encargábales, ó les señalaba, como él decía, de asunto la vida de tal ó cual santo para que hicieran una décima, y de ellas tengo yo en mi poder algunas; pero no me atrevo á copiarlas temiendo que me citen á juicio de conciliación el Vicario eclesiástico de una parte, y de la otra las nueve hijas de Apolo, ó su apoderado en esta corte, si es que hoy le tienen, aunque presumo que no, visto lo que tarda en decir esta boca es mía á los muchos poetas que quieren hablar por boca suya.

No es, sin embargo, el peor de los versos de ahora tan malo como el mejor de los que hicieron los discípulos de Cerbatana y aun Cerbatana mismo.

El gran poeta que produjo su enseñanza fué un pupilo que al despedirse le dejó escrito lo siguiente en la cocina:

Quis vel quid
ni burros ni sabios se *atracan* aquí.

Pero como quiera que él no presumiese tanto de poeta como de preceptor de latinidad, y esto lo era á las mil maravillas, no hay por qué acusarle.

En cuanto á buen *humanista*, ya han visto ustedes lo mucho que amaba á la humanidad.

La amaba hasta el punto de convertirla en espíritu.

En su poder entraban robustos cuerpos castellanos que él transformaba en sutiles almas latinas, y eso era algo.

Era tanto, que era lo que AYER constituía un verdadero dómine.





CUADRO XXXII

LÓGICOS, METAFÍSICOS, FÍSICOS Y ÉTICOS Ó LOS FILÓSOFOS DE 1800

Ni Platón ni Sócrates ni Aristóteles, ni más tarde Descartes, Newton y Leibnitz supieron una jota de lo que era filosofía, ni á las ciencias físicas les tomaron el pulso ninguno de ellos, ni dieron otra cosa que una en el clavo y ciento en la herradura cada vez que tomaban el martillo de la lógica para descerrajar el armario de la razón y de la naturaleza.

Hasta que los filósofos de AYER trincharon la empanada, dividiéndola en cuatro porciones, llamadas *lógica*, *metafísica*, *ética* y *física*, no supo la filosofía por dónde se andaba, y á cada paso tenía que acudir en busca de algún griego para que la hiciese luz en el camino.

Afortunadamente los frailes dominicos y los agustinos se la encontraron perdida en el camino de la investigación, y temiendo que se extraviara en las callejuelas de la impiedad la dieron asilo en sus conventos.

Vistiéronla desde luego con traje latino para que anduviera segura entre los castellanos, y cuando los muchachos, recién salidos del poder del domine, apenas sabían roer una fábula de Esopo, les arrojaban un troncho de filosofía latina que sólo servía para abrirles el apetito poniéndoles los dientes largos de una vara.

Tres años gastaban en hacerlos lógicos, metafísicos, éticos y físicos,

y los muchachos salían del poder de los frailes sin saber lo que era aquella lógica metafísica que les enseñaban, ni para qué servía la física ética de que les habían llenado los cascotes.

Aprendíanlo todo de memoria como unos papagayos, y cuando el fraile les preguntaba: *Quid est logica?*, con responderle que *Ars recte rationandi recteque diserendi*, ú otra definición más complicada que ellos no entendían, quedaban tan satisfechos.

Así ganaban el *curso* y así volvían á sus casas á oirse llamar filósofos á boca llena.

El curso de ética era tan sublime que muchas veces ni lo entendía el fraile que lo explicaba ni el discípulo que lo oía; pero ambos quedaban conformes, el uno en haberlo enseñado y el otro en haberlo aprendido; y como á partes contentas no hay juez quereloso, los padres del *ético*, que eran los únicos que podrían haberse llamado á engaño, tenían harta que hacer con pensar en que tenían un hijo latino, retórico, poético, lógico, físico, ético y metafísico.

De la física no se hable, pues á pesar de que los frailes en el certificado que libraban al discípulo decían que se la habían enseñado *tam generalis quam particularis*, el muchacho salía, general y particularmente, ignorante de todo, hasta del uso que podría hacer algún día de aquello.

Así les sucedió más tarde que cuando tuvieron necesidad de negociar la física que habían aprendido vieron que no era moneda corriente en el mercado de las ciencias, y si alguno tuvo la candidez de acudir al fraile que se la había enseñado, preguntándole cómo se usaba aquella física para que sirviese en las escuelas de medicina y de farmacia ó en las artes, oyó contestar que aquella física era la *escolástica*, y que nada tenía que ver con la *experimental*, que habían inventado los hombres y de la cual darían cuenta á Dios más tarde.

Pero si el secreto quedaba entre el fraile y el muchacho, ¿cómo no había de guardarle la familia de éste, que no entendía de otra cosa que de pagar las matrículas, de comprar los libros y de fabricar tareas de chocolate para regalar al padre maestro?

Desde que entraban en la casa los libros escritos en latín la familia se declaraba incompetente, y el muchacho era árbitro de estudiar ó no y aun de abrirlos al revés, pues á su padre tanto le daban al revés como al derecho. Asombrábanse siempre que le oían repasar á voces la *conferencia*, y más de una vez y más de un padre llamó á su hijo para que tuviese la bondad de decir algo en latín delante de las gentes.

Solía el muchacho negarse y solía el padre insistir en ello, diciendo:

—Pues entonces, ¿para qué lo aprendes?... ¿para qué me gasto yo el dinero en pagarte maestros?

—¡Pero si estos señores no lo entienden!...—replicaba el estudiante.

—Mejor para ti: así podrás decirlo sin miedo.

—¿Y qué quiere su merced que diga?

—Lo que tú quieras. Los buenos días ó lo que has almorzado esta mañana, cualquier cosa.

—Eso no puede ser—decía el muchacho.

—¿Por qué no?

—Porque eso no se dice en latín.

—Pues qué, ¿no almorzaban los latinos?

El muchacho se quedaba perplejo, y por último decía:

—¿Quiere su merced que diga el *Barbara celarem*?

—¿Y qué es eso?—preguntaba el padre.

—¡Toma.... latín!

—Sí, ¿pero qué significa?

—¿Y cómo quiere su merced saberlo, si no ha estudiado latín?

—Pues por eso te lo pregunto.

Y el estudiante volvía á quedarse suspenso, hasta que salía del compromiso largando un trozo de conferencia del día anterior, con lo cual el padre quedaba satisfecho, la madre alborozada, las gentes atónitas y la abuela le estrujaba entre sus brazos, diciéndole:

—¡Ven acá tú, filosofazo mío, que vas á ser un Santo Tomás de Aquino, si Dios no lo remedia!

—Lo que hace falta—replicaba el padre esforzándose por disimular la alegría—es que no sea revoltoso; que el otro día cuando fuí á llevar aquella limosna para misas á su maestro me dijo que era muy malo.

—También le dijo á su merced que era yo el más aplicado de todos.

—Sí, pero ya sabes que te pone de rodillas muy á menudo, y eso es una vergüenza en un hombre que estudia filosofía.

—El otro día me puso sin motivo.

—Algo habrías hecho.

—No, señor, sino que bajaba de mal humor, y cuando está así la pega con el primero que halla.

—Demasiada paciencia tiene—decía el padre—para lidiar con tantos muchachos, todos grandes ya y cada uno hijo de su padre y de su madre.

—Lo que á mí me gusta—decía la abuela—es que no los castigan dándoles azotes, como el pícaro del dómene.

—Sí—replicaba el muchacho,—pero si viese usted qué garrote tan gordo trae el fraile escondido debajo del hábito....

—Y ¿para qué?

—Toma, para pegar al que no se sabe la conferencia. El otro día se lo tiró á uno, y si no se baja le rompe la cabeza.

—¡Qué barbaridad!

—Ya te he dicho—interrumpía el padre—que lo que pasa en el aula no se cuenta á nadie.

—¡Hace bien en decirlo, pobrecito!—decían á la vez la madre y la abuela.—¡Malditos estudios, que van á dejar lisiado á nuestro pobre hijo!

Cuando la conversación tomaba ese giro, el padre la cortaba mandando al muchacho que volviese á seguir estudiando, y él quedaba recibiendo las enhorabuenas de las gentes por tener ya un filósofo en casa.

La abuela le indemnizaba del susto del garrote con regalarle algunas monedas para que comprase dulces, que solía decomisar el fraile, y los buenos informes de éste respecto á la aplicación del muchacho le valían algunos obsequios del padre; siendo los más notables el que le hacían llevándole por primera vez al teatro el día que se examinaba de lógica y el de un reloj que le compraban cuando daba por terminada la filosofía.

Pero al dejar de ser filósofo y de estar bajo la *virga ferrea*, como llamaba el fraile al garrote, sale ya del dominio de este cuadro y pasa al lienzo grande de la milicia de Dios ó de la milicia del diablo.

Abandona de una vez, y no por temporada, el hogar paterno para abrazar la carrera de la Iglesia ó la del Foro, y ya no nos pertenece ni poco ni mucho.

Aguárdanle nuevos pintores en Alcalá y Salamanca, y ellos son los que han de darnos su retrato.

No es aún el muchacho mayor de edad; pero ha cumplido diez y ocho años por lo menos, y bien podemos dejarle ir hasta más allá en compañía de su padre, que si no ha logrado alcanzarle alguna beca nos le dará instalado en una casa de huéspedes, y punto concluído.





CUADRO XXXIII

EL ESTUDIANTE DE ALCALÁ

«Comprará primeramente
una raída bayeta,
un sombrero semirroto
y con forro por de fuera,
un cuello á lo clerical,
una chupa que sea negra,
un zurrón y una mochila
en donde metas la hortera.»

Ya le tienen ustedes instalado en Alcalá.

Caballero en una torda andariega, á la izquierda de su señor padre, que cabalgaba en otra no más perezosa bestia, y precedidos ambos de un escudero andarín, llegaron por fin al templo de la sabiduría, al emporio de la inteligencia, á la fábrica, en fin, de los teólogos y de los legistas.

La modesta matrona que había hospedado tantos obispos en agraz, tantos magistrados en flor y tantos hombres de Estado en bruto, los recibió con su acostumbrada frialdad, sin ensanchar sus calles, sin empedrar sus plazuelas, sin blanquear sus edificios, y á la puerta de uno de los más mugrientos y ruinosos los dejó apeaar de las cabalgaduras, sin que saliese el amo del castillo á festejarlos, ni el enano á anunciar su venida, ni un escudero siquiera á tenerles el estribo.

Pidieron posada y se la dieron; cosa de comer no encontraron, pero más tarde se la ofrecieron; y mientras el futuro pandecta pasaba la mano

por el lomo á las mulas como si aquella fuera la última vez que hubiese de enjugarlas el sudor de su cuerpo, el padre registraba un puñado de cartas que traía en la alforja, y provisto de un guía se preparaba á repararlas en persona.

Abrieron antes los baúles que en otra acémila traían aparejados, y vestidos con los trapos de cristianar se fueron ambos á visitar á los señores para quienes traían cartas de recomendación.

Fué el primero, como era natural, el alcalde mayor, que antes de saber quiénes eran, ó mejor dicho, á lo que venían, les recibió con ceño; pero que apenas supo que se trataba de un estudiante más, sin concluir de leer la carta dijo, dirigiéndose al padre:

—Valiera más que este buen amigo, que lo es mucho mío, en vez de recomendarme á este señor hijo de usted para que yo le atienda en lo que le ocurra, me hubiese recomendado á él para que me tratara con la consideración y el respeto que se merecen mis canas, mi ciencia, la vara que empuño y la persona de S. M. el rey nuestro señor (Q. D. G.), á quien represento.

A pesar de que el bueno del alcalde mayor dijo estas palabras sin aspereza, los forasteros se asustaron hasta el punto de hincarse de rodillas al oír el nombre del rey, creyendo haber faltado en no hacerlo desde que entraron allí; pero alzólos el golilla diciéndoles:

—Así los quisiera yo ver siempre á ustedes, señores estudiantes, y no alborotándome el vecindario con serenatas y escalando ventanas y mermando doncellas; que apenas pasa día en que no tenga que andar providenciando matrimonios y echando pregones en busca de honras que lleven los señores estudiantes de un lado para otro como arquilla de turronero en feria. Porque ha de saber usted—añadió dirigiéndose al padre—que aquí andan trocados los papeles, y cada estudiante parece un alcalde mayor, según son de atrevidos y desaforados todos ellos. Y cuando dije que yo debía ser el recomendado, no quise decir otra cosa sino lo que ustedes acaban de oír. Por lo demás, si este caballerito es tal como mi amigo le pinta, puede contar con mi protección en todo lo que le ocurra.

—Descuide V. S., señor alcalde—contestó el padre,—que así lo hará, y cuando no, obrará V. S. como quien es; que no en balde le tiene el rey nuestro señor en este puesto, y yo no quiero que á mi hijo se le trate con consideración cuando falte en algo.

—Eso por supuesto—repuso el alcalde,—yo soy inflexible: ya le dirán los camaradas cómo las gasto.

—¡Camaradas!...—exclamó el padre.—¿Qué quiere decir camaradas? Lo primero que le he dicho es que no se junte con ninguno. ¡No faltaba otra cosa! ¡Yo que lo supiera!

—Pues se juntará—dijo el alcalde sonriendo.—¿Y qué ha de hacer sino tener amigos?

—Amigos, no señor; no hay amigos que valgan: todos y ninguno.

—Déjese usted de cuentos. ¿Cuándo piensa usted dejarle solo?

—Mañana, si puedo ver hoy al señor rector y á otros varios señores para quienes traigo cartas de recomendación.

—Pues pasado mañana ya anda este caballerito corriendo la tuna de una casa en otra.

—Perdone V. S. que le diga que no conoce á mi hijo—repuso el padre con serenidad y hasta picado—ni sabe la educación que ha recibido.

—Cuanto más esmerada—dijo el alcalde—más pronto se la quitan sus compañeros. Vuelva usted si quiere dentro de una semana y se convenirá de lo que yo le digo; y ¡cuidado con dejarle letra abierta!

—Mi hijo no tomará sino el dinero preciso.

—Dios lo haga así—dijo el alcalde, viendo que el caballero se formalizaba.

Y después de mediar entre ambos los cumplimientos de costumbre, se retiraron el padre y el hijo, sin saber qué pensar de lo que les había ocurrido con el alcalde.

Pero díjoles otro tanto un canónigo á quien fueron á visitar en seguida, y aun éste les recibió con tal ceño, que ni aun por ceremonia les ofreció la casa, y ya el padre empezó á creer que el alcalde tenía razón, y casi estuvo á punto de que el muchacho se volviese á su casa, siquiera no aprendiese leyes en su vida. Y lo hubiera hecho como lo había pensado á no decirle el confitero-cerero, contra quien llevaba el crédito ilimitado, que todo eran patrañas y chinchorrerías del alcalde y de los canónigos; que los estudiantes se divertían como jóvenes, pero sin ofender á nadie.

El rector de la universidad no les dijo nada, ni aun casi les devolvió el saludo, y terminadas las visitas volvieron á la posada, donde pasaron el resto del día y la noche en un continuo sermón que el padre dedicó al futuro estudiante, recordándole la educación que había recibido y previniéndole que viviera siempre en el santo temor de Dios, huyendo de las malas compañías, como de otros tantos lazos que el demonio tiende á los jóvenes para su eterna perdición.

A todo dijo el joven *amen*, jurando en su interior y de toda buena fe no faltar á nada de cuanto su padre le decía, y éste partió por fin al día siguiente, después de dejar instalado al muchacho en la mejor casa de posada que había en el pueblo.

A la patrona se le recomendó en secreto con edificante fervor, diciéndole que más que un huésped mirase en él un hijo y que le cuidara y asistiera en todo, que sobre pagarla religiosamente lo que convinieran, no

lo perdería por ningún estilo, pues daba con una familia que gracias á Dios tenía algunos medios de fortuna.

Díjole la patrona que fuera descuidado, que tanto ella como su hija serían unas fieles servidoras del señor estudiante, y que se alegraba de que fuese joven de tan buenas prendas, pues ella, aunque se veía en aquellos tratos, no era sino la viuda de un bedel de la universidad; que mientras vivió su marido no había tenido necesidad de servir á nadie, y que tampoco recibiera á su señor hijo á no venirle tan recomendado y á no ser persona tan principal.

Al bueno del padre le pareció excelente la casa é inmejorable la patrona, y volvió á emprender la marcha hacia su aldea, adonde ansiaba llegar para decir á la madre lo bien instalado que quedaba su hijo.

Este le vió partir con pena, y apenas había perdido de vista la comitiva, cuando oyó llamar á la puerta de su habitación y pronunciar el nombre de su padre.

—Que pase adelante el que sea—dijo dirigiéndose á la patrona y asombrado de que tan pronto le pagasen la visita las personas á quienes había conocido el día anterior.

Pero no era ni el confitero, ni el canónigo, ni menos el alcalde, ni mucho menos el rector la persona que venía preguntando por el padre de nuestro estudiante.

Era un hombre como de treinta años de edad, vestido con una sotana corta y rota, y sobre rota, raída, y de raída bayeta negra; una capa hecha criba y colgada en el hombro izquierdo, y un sombrero de tres picos con más de trescientas picaduras.

Entró en la sala con los brazos abiertos, preguntando á voces por el que ya iba camino de su pueblo, y el hijo le rogó cortésmente que se sentara, que aunque su padre era ido, bien podía decirle á él lo que se le ofreciera.

—¿No me conoces?—dijo el hombre de la sotana tomando asiento.—¿No me conoces?—repitió casi enternecido.—¿Conque no me conoces?

—No, señor, no tengo el honor de conocer á usted.

—¿Qué honor ni qué niño muerto, ni á qué vienen esos cumplidos para hablarme! ¿No eres ya un estudiante?

—Sí, señor.

—Pues cumplidos entre soldados son excusados. Hemos de ser camaradas. Conque *tu por tu* y al avío. Cuanto más que nosotros somos paisanos. ¡Eras tan chiquitín cuando yo salí del pueblo!... ¡Ya hace quince años!

Al pronunciar estas palabras el de la sotana hizo como que se enjugaba las lágrimas con el puño, y continuó diciendo:

—¡El bueno de tu padre! ¡Vaya que no me perdono el no haberle visto!... ¡Estará muy viejo!

—No, señor.

—Siempre tan alegre y tan.....

—Sí, señor. ¿Pero quién le ha dicho á usted que estaba aquí?... Ayer llegamos.

—Pues desde ayer ando yo en busca de ustedes. Me escribieron de casa la salida, y..... ¿Pero quién diablo le ha traído á este figón?

—Es muy buena casa—replicó el joven;—veníamos recomendados desde allá, y mi padre se ha ido muy contento de dejarme aquí.

—Pues es preciso que busques otra al momento..... ¡Tú no sabes dónde has caído! ¡En casa de la *bedela*! Aquí no para ni una semana ningún pupilo. Nosotros la llamamos el dómine Cerbatana. Conque no te digo más. Si te quedas aquí, no vuelves á probar la carne en tu vida.

—¡Pues me acaba de decir si quiero almorzar chuletas!

—Se habrá muerto algún caballo en el pueblo.

El huésped hizo un gesto de repugnancia, y el desconocido le dijo:

—De cualquier manera que sea, ahora te vienes á almorzar conmigo, y tiempo tienes de averiguar si es cierto lo que te he dicho. Yo vivo con tres compañeros y á los cuatro nos asiste un bedel.

—¿Un bedel?—preguntó con asombro el huésped.

—Con ese nombre se conocen entre nosotros los estudiantes pobres que el vulgo llama *estudiantones* ó *sopistas*. Ya te irás imponiendo de todo lo necesario, y ocasión vendrá, ¡vaya si vendrá, mi querido paisano!, en que te sean útiles todos los conocimientos. Aquí profesamos la máxima, no de que más vale saber que haber, como dicen estúpidamente los preceptores, sino la de que cuando no hay haber, vale saber, y en este punto la práctica hace maestros. Pero vamos á casa, porque ya el estómago me anuncia que el almuerzo estará á punto, y no es cosa de que nos den capote.

Resistióse el huésped por algún tiempo; pero tales súplicas le hizo el de la sotana, que consiguió por fin llevarlo en su compañía, con gran dolor de la bedela, que se quedó diciendo:

—¡Ay! ¡Ojos que te vieron ir, cuándo te verán volver!

—Madre, no se apure—repuso la hija,—que ya volverá.

—Sí, volverá..... á recoger el equipaje. En buenas manos ha caído para que le suelten hasta que no tenga una blanca. ¡Pobrecillo, parece tan ino-centón!

—¡Y es buen mozo!—exclamó la hija.

—Ya se ve que sí—repuso la madre;—no era tan guapo tu difunto padre, y me enamoré de él como una loca. ¡Ay! ¡Si Dios quisiera que por este lado pegara y no se nos fuera—añadió entre dientes.

Y mientras tales lamentaciones hacía la bedela, su huésped entraba en una casa de pobre aspecto, en la que halló á los tres estudiantes de que le había hablado su paisano esperando el almuerzo, que pronto fué servido por el bedel.

Agradóle al forastero la franqueza de sus nuevos camaradas, y ellos se dieron tal maña para atraerle hacia sí, que casi estuvo por rogarles que desde luego le admitieran á vivir en su compañía; pero no se atrevió á decirles nada, ni aun se hubiera quedado si ellos se lo hubieran dicho, por no faltar á los preceptos de su señor padre. De lo que hizo propósito fué de escribirle contándole cuanto le habían dicho de la bedela, para que le autorizase á buscar nuevo pupilaje.

Y lo hizo tal cual lo había resuelto, á pesar de que el trato que en la casa le daban, sin dejar de ser bastante malo, no lo era tanto como le habían dicho sus camaradas.

El padre le contestó que hiciera lo que creyese más conveniente á su bienestar, siempre que no olvidara ni el temor de Dios ni la educación que había recibido, y á pesar de los esfuerzos de la patrona y de los ojos tiernos y los suspiros de la hija, las abandonó días antes de cumplirse el primer mes de su estancia en Alcalá, trasladando su equipaje á casa de sus amigos.

Y no necesitaron muchos mozos para la traslación de los baúles, harto aligerados de peso por los compañeros y por las *sotas*; porque dicho se está que desde el primer día que almorzó con los camaradas, empezó á jugar ganando y siguió jugando y perdiendo.

Los estudiantes tenían un fondo común, en el cual entraban todos los capitales nuevos, y el del nuestro tardó en ingresar por completo poco más de dos meses.

Del crédito hizo uso hasta que el confitero dijo nones, después de haberle pedido algunos recibos á pares, y el padre, asustado por la conducta de su hijo, le señaló una cantidad mensual, encargando al banquero que sólo en caso de urgencia grave, como enfermedad ó cosa por el estilo, le facilitase ambas sumas.

Desde entonces perdió el estudiante la salud.

Apenas pasaba una semana sin que tuviese necesidad de pagar algunas visitas al médico y las cuentas del boticario eran constantes. El confitero hacía la vista gorda á todo, aunque solía amonestarle diciendo que era imposible que su padre pudiese sufragar tanto dispendio y que pensara en que tenía más hermanos.

Pero esto se lo decía siempre en el momento de entregarle alguna cantidad, para distraerse y olvidarse de darle el pico ó para dar salida á alguna moneda poco católica.

Usureros no faltaban nunca en derredor de las universidades, y como el oficio de prestar dinero es tan antiguo como el de pedirle prestado, que trae su origen desde el principio del mundo, cuando el estudiante había vendido su ropa empeñaba los libros y hasta las mesadas que había de recibir de su familia; jugando, por último, las esperanzas de tener dinero y más de una vez el derecho de asistir á una cita amorosa.

En esto tenía mucha razón el alcalde: eran pocos los estudiantes que dormían en su casa por las noches, y hasta los *Verdes* y los *Reales* se escapaban por las ventanas para andar de ronda por la población.

Y daban serenatas y palizas, y si tropezaban con la ronda del alcalde mayor la hacían frente, y á no encontrarse con el rector ó con alguno de los catedráticos les daba muy poco cuidado la justicia.

Ellos se administraban por sí propios, y tal era el rigor con que trataban á los delatores, que apenas se conocía ese delito y nunca hubo que castigar las reincidencias.

Nuestro estudiante necesitó pocas lecciones para hacerse maestro. La primera que recibió fué la de saber que aquel amigo que á título de paisano se le entró por las puertas de su casa apenas se hubo marchado el padre, ni era de su pueblo ni conservó las ganas de serlo después que le hubo escamoteado los cuartos.

Era lo que él le dijo de otros: un estudiantón sopista, bedel de los estudiantes acomodados, corruptor de oficio de los novatos y el más famoso de cuantos cursaban en Alcalá por aquel entonces. Aunque no por esto dejaba de ser de los más aplicados y estudiosos, hasta el punto de considerarle como uno de los que aquellos años dieron más honra á la universidad complutense.

Había llegado allí pidiendo limosna, y aunque no estaba aún en disposición de darla, jamás le faltó comida y buena; siempre tenía un duro para prestar á sus compañeros, y cuando escapado de Alcalá venía á Madrid á ver una corrida de toros, pocos se presentaban en la plaza con más elegancia que él.

Los veranos salía á correr los pueblos en compañía de tres ó cuatro camaradas, y pidiendo limosna de puerta en puerta, tocando la guitarra en los bailes, engañando á los curas y comiendo, si otra cosa mejor no hallaba, la sopa de los conventos, volvía el invierno con algunos mejicanos en el bolsillo.

Para que el lector pueda formar una idea de lo que hacía el estudiante en el veraneo de las vacaciones, copiaremos algunos trozos de un gracioso romance que aprendimos cuando niños, y en el que está fielmente retratado el *estudiante de la tuna*, que así los llamaba el vulgo por aquel entonces.

Es un diálogo que se representó en los teatros de esta corte, y que pasa entre un joven pobre y un estudiante, á quien el primero cuenta así sus penas:

—Has de saber, ya que quieres sacarme de mi tristeza, que yo quisiera estudiar, pues Dios me llama á las letras; pero como soy tan pobre, sin ningunas asistencias de mis padres ni parientes, no me resuelvo de veras.

Estudiar sin tener libros es disparate, es quimera; trasnochar para saber, sin tener candil ni vela, es imposible; servir y asistir á las escuelas no puede ser. Aquí tienes en qué consisten mis penas.

—¿Y tú te afliges por eso?

Pascual amigo, no temas; toma el oficio que yo y verás cómo lo aciertas. Yo he corrido mucho mundo, yo estudio también las ciencias, no me falta que comer, duermo muy á pierna suelta, no temo la enfermedad, ni me aflige la pobreza, y concluyo por decirte que á nadie envidio su hacienda.

Mis padres nada me dan, pero allá se las avengan.

—¿Pues qué oficio es el que tienes?

—La curiosidad te tienta.

¿Para qué quieres saberlo?

—Por seguir esa carrera que me ha petado.

—Tunante;

tunante, porque lo sepas, tunante soy, y tunante seré mientras vida tenga.

¿Dónde hallarás mayor gusto que en la vida tunantesca?

Un tuno parece bien en la plaza, en la taberna, en las salas, en las calles, en los estrados é iglesias. El tunante no se aflige

cuando es corta la cosecha,
pues un pedazo de pan
no ha de faltarle en las puertas.
El tunante cuando va
de tuna por las aldeas,
divierte con sus latines
á las mozas y á las viejas.
Unas le dan un zapato,
otras le dan unas medias,
ésta le hospeda en su casa
y de comer le da aquélla.
Ahora me acuerdo de un caso
que me sucedió aquí cerca.
Fuí yo con otro estudiante
á tunear por esa sierra,
y llegando, ya de noche,
á cierto mesón ó venta,
pedimos por caridad
nos recibiesen en ella,
trabamos conversación
con la buena mesonera,
que era mujer, y caduca,
pues pasaba de sesenta.
«Hijos, nos dijo, ¿á qué vienen?
¿qué buscan por estas tierras?
¡Jesús, qué descoloridos!
El veríos me da gran pena.»
Mi compañero le dijo:
«Señora, nuestra miseria,
nuestro total desamparo
y el vernos á la inclemencia
nos hace pasar caminos.
Dos profesores de letras
somos, y allá en Salamanca
cuando cierran las escuelas,
los pobres de profesión
de Salamanca se ausentan,
y salen por los lugares
á pedir de puerta en puerta.
«¡Ay, pobres!, decía, ¡ay, pobres!
Pon Anica, pon la cena,
cenarán estos señores;
Dios les dé lo que desean,
Dios les haga muy letrados
y curas allá en su aldea.»
Llegó de cenar la hora,
dispuso Anica la mesa,
y el primer plato que puso
fué una morcilla de á tercia.
«¡Barrabás!, dije entre mí,
¡Buena noche nos espera!»

Sacaron segundo plato
 de callos, chorizos, lengua,
 y tras de esto un jarro lleno
 de dulce licor de cepas.
 La brindamos muchas veces,
 la echamos varias arengas,
 y nuestra santa patrona
 las sufría con paciencia.
 «Cama, nos dijo, no tengo,
 ¡ojalá que la tuviera,
 que así como les doy uno
 el otro también les diera!»
 Ella se fué á recoger,
 y nosotros en parleta
 nos quedamos hasta tanto
 que rayó el alba serena.
 Salimos de la posada
 con la panza bien compuesta
 sin costarnos un ochavo.
 ¿Puede haber vida más buena,
 más alegre y descansada?
 Así Pascual, Pascual, fuera,
 fuera la melancolía
 y date á la tunantesca.
 —Ese caso que has contado
 me hace, Francho, tanta fuerza,
 que quiero que desde ahora
 todos por tuno me tengan,
 pues tunante voy á ser
 toda mi vida *per secula*.

Más adelante y cuando Pascual le pide que le instruya para abrazar la carrera de estudiante de la tuna, le da algunos consejos, y entre otras cosas le dice lo siguiente:

—De memoria has de aprender
 cinco, seis ó siete arengas
 en latín algo sublime,
 con sus visos de cadencia,
 y tal cual término griego
 que á los oyentes suspenda.
 Procura también saber
 un trozo de cada ciencia,
 para que así pases plaza
 de docto, aunque no lo seas.
 Si se ofrece hablar de historia,
 echa un trozo de *Gaceta*,
 di que hubo guerras en Flandes
 y cisma en Inglaterra,

verás como á todos tienes
un jeme de boca abierta.

Si á conversaci3n viniere,
y puede ser que se ofrezca,
hablar de la medicina,
cita la Farmacopea,
á Lucas Torri, á Riverio,
á Galeno y á Avicena;
recita sus aforismos
aunque al asunto no vengan.
De la fisica, sabrás
estos términos: *materiam*
formam substantialem,
unium compositum,
antifrasis vacuo,
y así de otras frioleras.

De astrología no importa
que ni los principios sepas;
no obstante, por si se ofrece,
has de saber qué hay esferas,
que hay zona fría y templada
y coluros y planetas,
y eclipses y vía láctea,
cenit, nadir, periferias,
círculos grandes, pequeños,
ecuador, polo y cometas.

Tocante á la teología
muy adentro no te metas,
que es punto muy delicado
y nunca se hace pie en ella;
mas si acaso hablar se ofrece
en teología, está alerta,
no afirmes cosa ninguna
ni la asegures por cierta,
sino á lo más, más, dirás:
«No tengo la especie fresca;
pero según he leído
in tomus primus de esentia
et divinis atributis,
no es probable esa sentencia;
Imo divus Augustinus
la opinión contraria enseña.»

Si quieres hablar un poco
sobre la jurisprudencia,
es muy fácil con decir:
«Así lo traen las *Pandectas*,
así lo dice González
y Salgado, *lege tertia*.

»*De prebendis non obtentis*
digestis de rerum vindicationem,
ita Covarrubias, Salicetus

*pater Sanchez de marinonio
cardinalis de Luca, libro de justitia
et jure, capite IV de simonia.»*

Si citas estos autores
con garbo y prosopeya,
te tendrán por gran legista,
por un garnacha de audiencia,
te harán consultar los pleitos,
ganarás muchas pesetas.

Asimismo has de informarte
de aquellos que allá en la guerra,
señalaron su valor;
verbigracia, el Gran César,
Pompeyo y Hernán-Cortés,
el Cid, Pizarro, etcetera.

.....
Ya sabes, suele haber levas
de vez en cuando, Pascual;
pues si la garra te echa
algún alguacil ó alcalde
de gorrilla ó de montera,
con tono de quien se enfada
pide á voz en grito *Iglesia*.

«¿Cómo se entiende, señores,
prendernos para la guerra?
;Quedo! Estoy matriculado
en la Pinciana academia,
y he de despachar un propio
al señor rector de escuelas
avisándole que ustedes
me hacen grande violencia
contra los fueros que gozo.
Señor alcalde, usted sepa
que á mí no puede prenderme.»

Si así hablas, Pascual, te sueltan,
porque alcaldes y alguaciles
de gorrilla ó de montera,
á dos voces que los den,
al oír rector de escuelas,
se aturden tanto que ya
de puro susto.....

.....

Por último, el novicio le dice que ya está impuesto de todo, pero que lo que le trae más inquieto son las arengas, y el maestro le responde:

—La arenga, mi amado tuno,
Pascual amigo, la arenga
no es otra cosa que un trozo
de alabanzas en cadena,

dirigidas al sujeto
 á quien se alaba ó arenga.
 Más clarito; arenga es
 alabar á boca llena
 á una persona de sabia,
 verbigracia, aunque sea necia,
 de verde, aunque sea azul,
 de blanca, aunque sea morena,
 de rica, aunque sea pobre,
 y de hermosa, aunque sea fea.
 Atiende las que yo uso,
 y por Dios tengas paciencia.

Fíguete que al entrar
 por cualquier villa ó aldea
 alcanzo á ver á dos curas,
 que van de casa á la iglesia;
 al punto me voy tras ellos
 compongo bien mis bayetas,
 cojo el sombrero en la mano
 y arqueando un poco las cejas
 les espeto con gran garbo
 esta compendiosa arenga:

*«Viri, nobilitate ad sapientia
 admodum decorati:*

*Apostolorum principi
 dignissimi sucesore, salvetote;
 si placet pauperus huic
 scolasticus fere indigentia,
 subvenite, succurrite.»*

¿No ves qué arenga tan bella?

Pues con esta adulación

echan á la faltriquera

la mano siempre, y me dan

la una y las dos pesetas.

«Váyase con Dios,» me dicen,

y yo con mil reverencias

y besamanos respondo:

«Dios bendiga su clemencia.

Valete viri misericordi.»

Al tenor de los consejos que quedan citados, le daba otros muchos que omitimos, por no seguir abusando más tiempo de la paciencia del lector; al cual, si este romance le hubiere parecido pesado, le rogamos que nos dispense el haberle procurado su lectura, y si fuere para él una cosa vulgar por serle muy conocido, nos haría especial merced en decírnos el nombre de su autor, pues no hemos podido averiguarlo ni haber un ejemplar á la mano para rectificar los errores en que nuestra memoria nos haya hecho incurrir.

Le hemos citado por sernos, como recuerdo de la infancia, grato en extremo y por el carácter gráfico que tiene su asunto.

Seguramente, nada más propio de la vida del estudiantón que esas sutilezas para sacar dinero, ni nada más natural entonces que esos disparatados alardes de voces técnicas, con los que cautivaban la atención de las posaderas, se hacían lugar entre los militares y enamoraban á las doncellas. Los estudiantes ricos, los que tenían fuertes asistencias metálicas por sus familias, abrazaban muchas veces por capricho ese género de vida y el verano se lanzaban á *correr la tuna* por los pueblos.

Eran siempre legistas los que tales carabanas preparaban; rara vez se encontraba entre ellos algún estudiante de cánones, y nunca un teólogo ni menos un filósofo. Pero estos últimos no dejaban de ir por falta de voluntad propia, sino porque los legistas no los querían llevar consigo nunca. Los filósofos fueron siempre los pollos de las universidades; y entre éstos, los de segundo año, que ya aspiraban á figurar entre los de estudios mayores, llamaban burros á los de lógica y los llenaban el aula de paja y cebada el día de San Antón, cuya chanza solía concluir á palos y aun en la cárcel.

Así andaban las cosas AYER. HOY van de otra manera muy distinta. ¿Cómo andarán MAÑANA? Entonces apenas los tenían por estudiantes. Ahora se tienen ellos por doctores. Después nacerán hechos universidades.

¡Dios tenga de su mano á las nodrizas! ¿Pero las habrá MAÑANA? ¿Será posible que para entonces la industria de la Gran Bretaña no haya emancipado á la humanidad de esa tutela? Pronto lo hemos de ver, pues para llegar allá casi hemos andado la mitad del cañino.





CUADRO XXXIV

UN MISACANTANO

Si quieres un día bueno,
hazte clérigo.

Más vale llegar á tiempo que rondar un año; que aunque dice el proverbio que no por mucho madrugar amanece más temprano, también al que madruga Dios le ayuda, que el que se levanta tarde ni oye misa ni come carne y de los adelantados es el reino de los cielos.

Tú, lector, ni has madrugado mucho ni poco, sino que llegas tan á tiempo, que fuera locura quererte exigir mayor puntualidad ni más acierto. Acaban de enarbolar una bandera blanca en el cimborrio de la iglesia mayor del pueblo: son las cinco de la mañana y aún no ha dado principio la fiesta. Los cohetes están tronando en el aire, y las campanas que tocan á gloria son la primera voz de alarma para el vecindario.

Tú me preguntarás el motivo de la fiesta, y yo no puedo decirte ni una sola palabra, porque se asustarían las gentes del pueblo de que ignoraras tamaño acontecimiento.

No te apartes de mí, y observa y calla, que pronto, muy pronto, vas á salir de la duda.

¿Ves aquella casa de arquitectura moruna y de color africano, cuyas pequeñas ventanas están cubiertas de damasco carmesí y en cuyo portal se ostentan ricos tapices flamencos?... Pues no la pierdas de vista, que allí dentro está el misterio; allí es donde mora el héroe de la función.

No hallarás ni una sola persona en todas las calles del pueblo. Ni mozos que lleven á beber el ganado, ni labradores que vayan á cultivar la tierra, ni viejas que salgan á verter las culpas en el confesonario, ni los chicos de la escuela rezando el rosario del alba, ni nada, en fin, de lo que constituye la vida ordinaria de los pueblos en las primeras horas del día.

Nada de eso hallarás, lo sé; pero no te asustes, no creas que la población ha desaparecido, ni pienses que está dormido el vecindario.

Antes de que sonaran los primeros cohetes, ya estaban despiertos los pocos vecinos que no habían pasado en vela la noche.

Rara es la casa en que el horno del pan no ha estado encendido para cocer una torta de cuatro libras ó media fanega de rosquillas y bollos.

El pastor ha muerto la res más blanca del rebaño; el labrador ha vendimiado las más hermosas cepas; no se encontrará una sola gallina blanca que no tenga atadas las patas con un lazo de color de rosa, y las mujeres lo preparan todo en grandes canastos de mimbres, que cubrían con limpios paños de lienzo blanco. Aún no son las seis de la mañana, cuando abiertas las puertas de cada casa dieron salida á los vecinos, que cargados con sus respectivos regalos se dirigen hacia la casa moruna, cuyo portal ha estado abierto toda la noche. En él depositan sus ofrendas, semejando al pueblo de Judá cuando avisado por el Ángel fué á dar al recién nacido Hijo de Dios un testimonio de su cariño, y alegres y satisfechos se vuelven á sus casas á sacar del cofre las mejores galas para vestirse y asistir á la iglesia más tarde.

En la casa de los tapices reina un gran silencio, pero se advierte una extraordinaria agitación. El amo de ella es el mayorazgo más rico, casi el señor del pueblo, y tiene muchos criados; pero casi son pocos para la fiesta que allí se prepara y para los grandes quehaceres que ella origina. Por de pronto el carruaje de camino que hay en el patio y los lacayos que se albergan en la cocina indican que hay huésped en la casa, y no un huésped cualquiera, como si dijéramos el boticario del pueblo inmediato ó el maestro de escuela, sino nada menos que un Grande de España. Y no un Grande de España que pasa por allí recorriendo sus estados, sino que ha llegado la víspera con una fuerte escolta de caballería y un correo de gabinete de la real casa de S. M. Y á mayor abundamiento y para que sea mayor el embarazo del mayorazgo desde que ha recibido en su casa á tan elevado huésped, da guardia de honor á la puerta una mitad de guardias valonas que al efecto han ido al pueblo desde la Corte.

Y por último, como que el huésped representa allí nada menos que la real persona de S. M. el Sr. D. Carlos IV, todos los obsequios que se le hicieran eran pocos ó por tales debía tenerlos el honrado mayorazgo.

Habíale encargado al mayordomo que en su nombre recibiera los re-

galos que de antemano esperaba, cuidando de decirle después lo que había llevado cada vecino, y él se consagró exclusivamente al servicio del huésped, ayudado de su mujer, del primogénito de la casa y de los demás hijos, á excepción del segundo. Porque el segundo, hora es ya de que el lector lo sepa, el segundo es el héroe de la función. Por él se degollaron las reses, se vendimiaron las cepas, se amasaron los bollos, se vaciaron las colmenas, se esquilmaron las olivas y se quedaron viudos los gallos; por él había vuelto á ver la luz el damasco que estuvo guardado en el cofre desde la coronación del monarca; por él soltaban la polilla los tapices flamencos; por él tocaban las campanas á gloria, y por él, en fin, se ponían *los trapitos de cristianar* las gentes del pueblo.

No en balde había estudiado teología con un arcediano y recibido la primera tonsura y las demás órdenes sagradas de manos del obispo de la diócesis, y no en balde, en fin, había nacido el segundo de la familia y dedicádole por esta razón su padre al servicio de Dios.

Era llegado el día en que iba á dejar por completo el estado seglar, abrazando la carrera eclesiástica. Iba á celebrar por primera vez el Santo Sacrificio de la Misa, *Sacrum initiale primum*, que dicen los latinos. La bandera que ondeaba sobre la iglesia anunciaba una *misa nueva*, un *misacantano*. Antes del mediodía iba á tener el pueblo un hijo cura. El acontecimiento no podía ser más extraordinario. No había un solo vecino que dejase de conocerlo así, y por eso hicieron fiesta solemne, abandonando todos el trabajo y entregándose al regocijo y á la alegría desde las primeras horas de la madrugada, y á las nueve invadieron la iglesia para presenciar la ceremonia, de la que el mismo rey, representado por uno de sus criados mayores, iba á ser el padrino.

Al ahijado, mientras tanto, le vestían la ropa talar su maestro el arcediano, el cura del pueblo y el capellán de las monjas, tonsurándole el barbero del pueblo, que más tarde confesó á su mujer no haber tenido nunca el pulso más trémulo que en aquella ocasión. A la iglesia le llevaron en procesión, presidida por el alcalde, yendo á la izquierda del nuevo celebrante el padrino, y á la derecha el arcediano, y detrás el padre vertiendo lágrimas de alegría sobre su antiguo uniforme de maestrante. La guardia de honor que había á la puerta del templo les presentó las armas, el órgano les soltó una de trompetas que mal año para el sordo que no se hubiese alegrado de serlo, y las campanas y los cohetes escandalizaron el aire. Durante la misa lloraron hilo á hilo las viejas más agua que lleva el Manzanares en un año; hicieron propósito las mozas de tomarle por su confesor, en el caso de que tuviera ancha la manga de la conciencia, y no hubo un solo padre de familias que no envidiase la dicha del mayorazgo.

Terminada la ceremonia, cayó el misacantano en los brazos del padri-

no, que le sentó en un sillón, donde dió á besar las palmas de las manos á todas las gentes del pueblo, empezando por el alcalde mayor y acabando por el pregonero. Con el mismo orden con que fueron á la iglesia, se volvieron á la casa del mayorazgo, donde les aguardaba una mesa de diez cubiertos, á la que estaban convidados, entre otros, los curas y el alcalde mayor, y á la que no se sentaron ni la madre ni las hermanas del celebrante, que á pesar de su prosapia estuvieron sirviendo la comida. Y no por falta de criados, sino porque era demasiado grave la ceremonia para que la entonces muy atendida dignidad del hombre permitiera que en tal solemnidad se sentaran á la mesa las mujeres.

A la puerta de la casa estuvieron tocando mientras duró la comida el tamboril y la dulzaina, se sirvieron con profusión bizcochos y vino y se repartieron cuatro cochuras de pan á los pobres. Por espacio de una semana estuvo el mayorazgo recibiendo enhorabuenas, y más de un mes duró la peregrinación de las gentes de los pueblos inmediatos, ansiosas de besar la mano al nuevo sacerdote. Éste no descansó hasta que hubo pasado otro tanto tiempo, y en compañía del cura párroco pudo entregarse al ejercicio de la casa y á otros pasatiempos honestos de los que le permitía su nuevo estado. En cuanto al padre, no descansó tan presto, porque como tenía más hijos que el que acababa de hacerse cura, le quedaban nuevos cuidados. Ya tenía un hijo en la milicia de Dios; pero había destinada una hija para esposa de Cristo, y á darla el velo de las vírgenes en el convento que ella había elegido, porque como buen padre no quiso forzar su voluntad, precisamente había de traerla á la corte. Pero quiso Dios que como había consagrado el tercero de los hijos á la milicia del rey, pudo matar de un tiro dos pájaros. Emprendió el viaje á la corte con un presunto guardia de Corps y una monja en ciernes. Vino á Madrid á pedir una *toca* y á solicitar una *bandolera*. Pequeños son, pero distintos, ambos cuadros, y el pintor ha hecho bien en preparar para cada uno de ellos un lienzo.





CUADRO XXXV

UN MONJÍO

En un coche de *pechera*, que por gracia especial y para solo el viaje á Madrid les prestó un mayorazgo de la cabeza de la provincia, salieron del pueblo el padre, la madre, el confesor de la niña, ésta y su hermano el futuro guardia de Corps.

Con el fraile á la derecha y el padre á la izquierda ocupaba la niña el testero del carruaje, y en el delantero se acomodaron la madre y el hijo.

En todas las paradas, que fueron muchas, salía la joven con el velo de la mantilla caído sobre el rostro, y por el camino más corto la llevaban desde el coche á la posada, sin permitirle alzar los ojos del suelo, ni hablar con nadie más que con su confesor y algunas veces con sus padres, pero nunca con su hermano, al cual le era lícito y punto menos que obligatorio usar un lenguaje rudo y, como suele decirse, *de cuerpo de guardia*. Iba á entrar á servir en la milicia del rey, y no estaba de sobra el que fuese adquiriendo las maneras rudas y el lenguaje áspero de los cuarteles. Su hermana, por el contrario, destinada al servicio de Dios, debía recogerse en sí misma y apartar los ojos del siglo para entrar inmaculada y pura en el claustro.

Acababa de cumplir diez y seis años de edad y ya hacía cuatro que apenas tenía comunicación con otras personas que con sus hermanas y con su director espiritual.

Leía casi correctamente el castellano y con perfección el latín, sabía enhebrar una aguja, escribir su nombre, copiar algunas oraciones del *Kempis* y del *Flos Sanctorum*, muchas de éstas de memoria, y casi de corrido el Ritual Romano.

Según decía su confesor, la mayor parte de las monjas que él había conocido no sabían otro tanto, y era probable que si seguía estudiando en el convento, antes de cumplir los veinticinco años fuese nombrada abadesa.

Semejante anuncio llenaba de gozo á los padres, y siempre que le oían la amonestaban para que imitase las virtudes de Santa Teresa, proponiéndosela como modelo en todo.

El fraile le decía que no se ensoberbeciera si á tal puesto llegaba, y que jamás hiciese nada sin tomar consejo de las *discretas*.

Y tanto oyó la niña repetir esta palabra, que se atrevió á preguntar cómo haría ella para distinguir con acierto las discretas de las tontas.

Y á tan inocente pregunta contestó el fraile lo siguiente:

—No tienes necesidad de distinguirlas, porque las discretas las nombra la comunidad, y ninguna que no haya sido elegida discreta puede serlo.

—¿Y la comunidad—preguntó la niña—acierta siempre en la elección?

— Algunas veces yerra, pero la abadesa descarga su conciencia consultando con las discretas nombradas, y esto es lo que yo te recomiendo. Por lo demás, es tan cierto que las monjas se equivocan algunas veces, que estando yo en Segovia confesando á una señorita tonta, se empeñó en tomar el hábito, y tuve que dejarla de confesar, porque seguía siendo cada vez más tonta; pero entró monja y al poco tiempo la nombraron discreta. Con lo cual me creí obligado á hacer un regalo á la comunidad, en reconocimiento de que habían hecho lo que Dios no había querido hacer.

El cuento del fraile hizo asomar la risa á los labios de todos, y en esas y otras pláticas embebidos llegaron á la corte, donde los esperaba un hermano de la madre que los condujo á todos á su casa.

Todos los papeles remitidos oportunamente y con antelación por el padre estaban listos, y gracias á la actividad del tío, el expediente para la admisión de la novicia se hallaba terminado. Y no porque fuese fácil conseguirlo, tratándose, como se trataba, de tomar el hábito en las Descalzas Reales, que eran, aunque franciscanas y pobres, señoras de regia estirpe ó *circum circa*.

Fuéles preciso hacer una información exquisita de pureza de sangre, probando que en ella no había ni una sola partícula de la hebrea, ni de la árabe, ni aun de la convertida, ni menos de la de los herejes ni gentiles modernos; que ni la pretendiente ni sus padres ni ninguno de su familia

estaban comprendidos en infamia pública; y por último, que era hija de legítimo matrimonio, fiel y católica y de ningún error sospechosa.

Todo estaba corriente y sólo faltaba señalar día para su entrada en el convento, lo que se hizo con acuerdo de la comunidad, fijando el día siguiente al de su llegada á Madrid.

Y se tomaron este plazo porque era preciso que la joven viviese un día en la corte para que antes de entrar en el claustro se despidiese del siglo.

Del siglo, en el que entraba por una puerta con ánimo deliberado de salir por la otra.

Del siglo, al que saludaba por primera vez diciéndole adiós para siempre desde la puerta del claustro.

Del siglo, que iba á ver con los lentes de su padre espiritual, y de cuyas lozanas primaveras iba á juzgar con el marchito corazón de su madre.

Encerrada toda su vida en una aldea miserable, sin más trato que el de su confesor ni más ruido que el silencio del campo, al sentir por primera vez el bullicio de la corte preguntó si aquello era el siglo, y el siglo le pareció un infierno.

Deslumbrada por el lujo del teatro, los cómicos se le antojaron legiones de demonios, que envidiosos de su dicha, venían á robarle la vocación de entrar en el claustro, y pidió á sus padres que la librasen de aquel tormento volviéndola á casa de su tío.

Y allí estuvo hasta la mañana del siguiente día sin cesar de decir que renunciaba al siglo y que ansiaba el momento de entrar en el claustro.

Y el siglo que renunciaba no era otro que el amor de su familia y la paz de su aldea y el gobierno de su casa, únicas cosas que ella había visto en el siglo en que se había criado.

Pero habíanla dicho que el mundo era uno de los tres enemigos del cristianismo, y como ella quería ser esposa de Cristo, tenía que renunciar al trato con los enemigos de la familia del esposo.

A todos, aun á los mismos que desde que nació la criaron para monja, les tenía edificados la decidida vocación de la niña, y únicamente el tío fué el que cogiendo á solas al confesor, le dijo:

—Me parece que no haríamos mal en suspender por algunos días la toma del hábito para que la niña adquiriese la experiencia de lo que renuncia y la vocación fuese más completa.

—Como ustedes gusten—replicó el fraile;—yo no entro ni salgo en ello. Su señor padre lo ha dispuesto así.

—Ya, pero nadie mejor que usted debería decirle que no atropellara este negocio, porque es harto delicado. Yo, crea usted, que sólo instado por mi hermano he podido precipitar el expediente, pero conozco que es demasiado joven mi sobrina.

—¿Pues de qué edad quería usted que entrasen en el convento?—dijo el fraile.

—De veinticuatro ó veinticinco años.

—¡Talluditas serían las novicias!—repuso con socarronería el fraile.

—Así llevarían un conocimiento exacto del mundo, y su vocación sería más grata á los ojos de Dios.

—Es decir, que usted quisiera que los conventos se llenaran con los desechos del siglo; que al tomar el hábito fuesen ya lo que se llama *liebres corridas*; que hubiesen roto muchos zapatos en los paseos, asistido diariamente á los teatros y descoyuntado los huesos á fuerza de bailes y jaranas. En una palabra, usted desearía que hiciesen lo que se llama un curso completo de tunantería.

—Y supóngase usted—replicó el tío medio amostazado—que á los tres ó cuatro años de vestir el hábito la vienen ganas de hacer ese curso que usted llama de tunantería, y no pudiendo abandonar el claustro para volver al siglo, pasa el resto de su vida en un continuo tormento, ofendiendo más á Dios siendo su esposa que con haber sido la más infiel de cuantas andan por el mundo. ¿Qué diremos entonces?

—Nada, porque ese caso no llegará, yo se lo aseguro á usted.

—Así lo espero; ¡pero cree usted que no hay ninguna monja arrepentida de serlo?

—Sí que las habrá, y yo he conocido algunas; pero ninguna era de las que entraron demasiado jóvenes, sino de las corridas y experimentadas.

—¡Luego viene usted á confesar lo mismo que yo estaba diciendo!—replicó el tío de la joven.

—No tal—repuso el fraile;—digo y repito lo que he dicho antes. ¿En qué plan razonable cabe pensar que para alistarse en las banderas de Dios sea preciso servir antes en las del mundo, su enemigo? ¿Puede nadie ignorar que las leyes, máximas, costumbres y ejemplos del mundo son nuestra segura perdición? ¿Pues por qué sabiendo que el vaso contiene veneno se ha de beber para probarlo? ¿Machacaría usted un diamante para ensayar su dureza antes de engastarlo en una sortija? ¿Ó le parece á usted preferible la penitencia á la inocencia? Los Santos Padres dicen que el que no quiera contaminarse con los desórdenes del mundo, que abandone cuanto antes el comercio de esta Babilonia.

—¡Ea, padre—dijo el tío asustado—dejemos esta conversación, porque si sigue usted sacando teologías, por fuerza habré de darle la razón! A fe que mi cuñado es el padre de la chica, y él sabrá lo que se hace; yo también sabría lo que había de hacer si fuese hija mía.

Y con esto terminaron la entrevista, volviendo á la sala, donde ya se

iban reuniendo los convidados y sólo se aguardaba á la madrina para ir á la iglesia. Tampoco estaba allí la víctima, pero no era ella la causa de que se demorase el momento de la partida.

Desde muy temprano se había dejado vestir, no por sus enemigos, sino por los del mundo, que en aquella ocasion lo fueron su madre, su tía y una amiga, y ya hacía una hora que esperaba la del sacrificio, sentada en un sofá, con un libro de devoción en la mano y con el semblante resignado y tranquilo.

Llamábanla todos ese día *la novia*, y á juzgar por su traje, del buen gusto del novio no se podía formar una idea muy ventajosa.

Sobre un vestido de color de sangre de toro, guarnecido con blonda amarilla, la habían encajado un pañuelo azul con ramos verdes, y el cuello, los brazos y los dedos se los cubrieron con cuantas alhajas había vinculadas en su familia y en la de la madrina, amén de una docena de cruces y relicarios de plata y oro que al efecto prestaron las amigas.

La cabeza tenía plumas de todos los pájaros del nuevo y del viejo mundo, y en la frente lucía una enorme chapa de oro, guarnecida de rubíes y esmeraldas.

Las mujeres de la vecindad y otras que sin ser vecinas eran curiosas se atropellaban por verla cuando en compañía de su familia se dirigía al convento, y más de una vez se oyó esta exclamación:

—¡Qué hermosa va y qué *petimetra*! Bien puede decirse que Dios la ha tocado de veras en el corazón, cuando por servirle renuncia á esas galas.

—¡Dichosos padres—decían otros—que tienen una hija tan buena!

—¡Miren qué poco aprecio hace ella de las riquezas que lleva encima!

—¡Bien vale más de un millón el traje!—exclamaban algunas mujeres.

—Pues todo—replicaban otras—lo va á trocar por una saya que no valdrá cuatro pesetas.

Y lo mismo repetía la muchedumbre que se agolpó á la puerta del convento y los que habían tenido la suerte de penetrar en la iglesia, y todos la miraban con asombro y cada cual pensaba en lo mucho que estaría sufriendo por acercarse la hora del sacrificio.

Y sólo la sacrificada parecía impasible, sin que al llegar el momento de dar un eterno adiós al mundo tuviera un solo impulso de vacilación.

Pero ¿es de extrañar que eso hiciera con el mundo personaje á quien no había tenido la honra de tratar quien tuvo valor para soltarse de los brazos de la madre que la había dado el ser y que la había criado?

Y sin embargo, esa joven no hizo más ni menos que la que abandona el hogar paterno para pasar á poder de un hombre á quien ha conocido momentos antes de unirse á él para siempre.

Secretos de la naturaleza son estos que no queremos indagar y que nos atrevemos á decir que nadie nos explicará de una manera satisfactoria.

Es lo cierto que la joven se desnudó gustosa de aquellas galas, en lo cual no debió hacer gran sacrificio, y dejándose cortar su hermosa cabellera abrazó con entusiasmo la austera regla de las religiosas franciscas.

De los brazos de su madre pasó á los de la abadesa, y sin volver la vista atrás para ver por última vez á su familia entró en la clausura con sus nuevas hermanas. Mujeres todas á las que veía entonces por primera vez y con las que renovando sus votos al año siguiente había de vivir eternamente.

La *puerta reglar* se cerró en el momento que hubo pasado la última monja, y la familia de la novicia con la madrina y los convidados pasaron á la sacristía á reparar el estómago con unos cuantos sorbos de moscatel y unos bizcochos.

Las madres tuvieron también su *gaudeamus*, y al día siguiente volvieron á la vida ordinaria, del chocolate, de los maitines, de los acericos y de los bizcochos; á tener á los mandaderos siempre en movimiento continuo llevando y trayendo recados al confesor para que viniese á oír sus escrúpulos; al cerero para que les hiciese *Niños de Dios*, y mandando á los devotos bandejas de rosquillas, siquiera diesen con esto motivo á que las gentes dijeran lo que decían antes y lo que dicen ahora de que «bizcocho de monja, fanega de trigo.»





CUADRO XXXVI

UNA BANDOLERA

«Baste, pues, decir, por Dios,
á vuestra Real majestad,
crea mi necesidad,
pues soy un guardia de Corps.»

Buen mozo, sangre sin mezcla y á ser posible azul, si no se había dado prisa á nacer y vino al mundo después que su hermano, casi podía asegurarse que había nacido para ser caballero guardia de la Real Persona.

Bien podían sus padres enseñarle á leer desde luego, y quien dice á leer, dice á firmar; encargar al escribano que le hiciese una ejecutoria de nobleza y mandarle á la corte. Entraba en ella ó acompañado de su padre ó con una carta de éste para una camarista de la reina, su antigua amiga, en que le decía lo siguiente:

«Excma. Señora, mi dueña y amiga: Beso respetuosamente los pies de *vuecelencia*, y pido á Dios Nuestro Señor que al recibo de esta se halle V. E. con toda aquella cabal salud que yo para mí deseo. En esta casa de V. E., todos, á Dios gracias, comemos de la olla grande.

»La presente le será entregada á V. E. (Dios mediante) por mi hijo, á quien V. E. se ha dignado tomar bajo su poderosa protección, entregando á S. M. el rey nuestro señor (que Dios prospere) la solicitud para que se sirva agradecerle con la bandolera. Es portador de todos los papeles que se necesitan para obtener esa gracia, y yo espero que la mucha y merecida privanza de que goza V. E. con la augusta esposa de nuestro amado monarca (Q. D. G.) coronará nuestros deseos abreviando el término de mis afanes.

»Nada tengo que encargar á V. E., sino repetirla que no habiendo salido hasta ahora de este pueblo, será fácil que el muchacho cometa alguna tontería, propia de quien no conoce los usos y las etiquetas de esa corte; pero confío en que V. E., haciendo oficios de madre para con él, sabrá instruirle de todo. A pesar de eso, él va bien *ladrado* por su madre y por mí y aun por el cura de este pueblo que, sobre ser un pozo de ciencia, tuvo la honra de merecer una audiencia del difunto rey el Sr. D. Carlos III (que santa gloria haya), y en materias de etiqueta y cosas de palacio sabe bien dónde le aprieta el zapato y pocos le pueden dar lecciones.

»Y por no molestar más tiempo la atención de V. E., quedo rogando á Dios guarde la vida de V. E. muchos años y beso respetuosamente los pies de V. E., de quien soy como siempre humilde servidor y amigo.»

La camarista gozaba en verdad de gran privanza con la reina, y como las privanzas en los regios alcázares vienen á tener más de públicas y de sabidas que de secretas y calladas, habíanlo traslucido los altos funcionarios del reino, y la camarista privaba con todos los *covachuelos*, desde el ministro inclusive hasta el último meritorio.

No pedía gracia que no se la considerase de justicia, ni cosa injusta que no se la otorgase á título de gracia. Decían los pretendientes que tenían al rey en el puño con sólo que la camarista les diese la mano, y ella, que no era manca, tenía siempre una gran cohorte de ahijados. Era uno de éstos el futuro guardia de Corps, el cual entraba en Madrid con el pelo de la dehesa en la cabeza y la información de su nobleza en el cofre. Los primeros días de su estancia en la corte no le valió su buena figura para librarse de hacerla muy mala á los ojos de los cortesanos.

Era el bufón de la camarista, y le presentaba á sus amigos como piedra en bruto que la remitían para que la pulimentara, ó más bien, como ejemplar de cobre que su poderosa alquimia iba á convertir en oro finísimo. Si sus amigas respetaban al neófito ó trataban de defenderle, era hombre perdido y desahuciado en sus pretensiones. Si por el contrario, *la seguían el buen humor*, ayundándola á burlarse de él, le protegía con decisión, convirtiéndole en ídolo que todos estaban obligados á adorar.

Hacía, en suma, un alarde tal de su privanza y de su influencia, que nadie en la corte se atrevía á contrariarla. Cierto es que ella no era sino un agente intermediario cerca del planeta que obraba tantas revoluciones en el globo real; pero á ella acudían los pretendientes y ella les otorgaba lo que pedían. Nuestro guardia de Corps en ciernes no pedía otra cosa sino la efectividad de su deseo, y pronto le fué concedida.

Amén de la carta de recomendación que le dió su padre, traía él en sí mismo otra de igual procedencia y de la que no podía desentenderse la camarista, so pena de haber sido, y no lo era, una mujer sin corazón.

Por otra parte, ¿qué era lo que pedía el recomendado? Nada. *Una bandolera*. ¿Y no era acreedor á esa gracia? ¿No tenía corriente su información de nobleza? ¿No poseía por su casa una renta de ciento ochenta ducados? Pues ¿qué le faltaba? Y aun suponiendo que le faltase algún requisito, ¿no le sobraban seis dedos de talla? ¿No tenía dos ojos negros, capaces de borrar cualquier mancha parda que hubiese en la sangre azul de su familia? Y sobre todo, ¿no tenía buen pecho y buenas espaldas para lucir la bandolera, y hermosa cabeza para el sombrero de tres candiles, y buen talle para la chupa, y buena pierna para la media de seda ó la bota de montar? Pues ¿qué más se le podía pedir?

Si la camarista no hubiese apoyado su petición, merecía que la retirasen la privanza. No porque la generalidad de los guardias de Corps fuesen buenos mozos se había de negar que lo era el nuevo pretendiente. Y siéndolo, ¿por qué no había de honrar con su presencia los dorados salones del regío alcázar, las procesiones del Viernes Santo y del Corpus, los saraos de la nobleza y los paseos públicos? Así lo comprendía la camarista, y al mes ó poco más de estar en Madrid le alcanzó la bandolera y una audiencia para dar las gracias á Su Majestad y una orden para que el capitán de guardias le diese á escoger el mejor caballo de la remonta.

Nada le quedó que desear al caballero guardia, y así escribió á su padre, diciéndole que la camarista había hecho por él más que una madre.

Y entonces no sabía el infeliz cuán cierto era lo que decía, porque su madre no había hecho nada más que amarle, y la camarista no sólo le amó, sino que le dejó de amar apenas tuvo otro pretendiente en campaña. Conservó, sin embargo, en su desgracia la bandolera y con ella el grado de oficial en el ejército, por más que en el cuerpo no fuera sino un simple soldado, pero un soldado con su sirviente que le llamaba *caballero guardia*, con diez reales diarios de *prest*, sin más obligación que la de dar la guardia en la real cámara, correr con las personas reales, hacer algunas centinelas en el cuartel y estar alguna semana de cuadra.

Entonces sólo se quemaba la pólvora en salvas, y tenía el caballero guardia un cuidado menos: el cuidado de la guerra. Cuando fué necesaria su espada en defensa del trono y de la patria, se batió con pundonor y con arrojo; pero entonces no lo era, y el guardia de Corps, más que al estado militar pertenecía al estado civil. Veámosle bajo este segundo aspecto.

Empecemos por su patrona, á la que era fama que no todos los meses se acordaba de pagar, sin que por eso se crea que dejaba de pagarla más tarde; pasemos á hacer una visita al sastre, en pago de las muchas que él hace al guardia de Corps, y sin detenernos á hablar con el tendero que nos contaría mil olvidos del criado, subamos á esa casa donde, aunque no se oye hablar á nadie, parece que se *bate el cobre*. Estarán jugando:

nada más natural que el juego para solaz del espíritu y reposo del cuerpo.

Después de haber corrido toda una tarde á caballo delante ó detrás del coche del rey, es muy justo sentarse á perder la paciencia, viendo que el caballo de espadas está rendido y no quiere correr para alcanzar á la sota de oros, ó que esta doncella se deja coger por el rey de bastos.

Si la patrona hiciese lo que nosotros y estuviera allí en el momento que el guardia acierta una carta, cobraría con puntualidad; pero no está, y suya es la culpa. Harto trabajo tiene el pobre caballero con haber perdido en media hora la paga de un mes, y no es cosa de que se vaya á poner triste y á enfermar y á darse de baja en el servicio.

Desgraciado en el juego, afortunado en amores; y ya que se quedó sin una blanca, justo es que trate de alcanzar una morena.

Y la alcanza, ó dejaría de ser un buen mozo y de vestir *casaca de dos colores*, que es el doctorado *in utroque* que han tenido siempre en más estima las mujeres y el mejor parroquiano de Cupido.

¡Y qué colores los del caballero guardia de Corps! Amarillo y plata en la bandolera, si pertenecía á la compañía *flamenca*; plata y morado, si era de la *americana*; verde y plata, si formaba en la *italiana*; y plata y carmesí, si era individuo de la *española*; pero siempre plata y colores alegritos. En cualquiera de esos cuatro escuadrones, que entonces tenían la modestia de llamarse compañías, conservaban los españoles derecho á ingresar, no sucediendo lo propio á los flamencos ni á los italianos, ni menos á los americanos, que entonces, como ahora, no dejaban de ser peninsulares, sino que apenas eran españoles. Las reminiscencias del monje de Yuste eran siempre flamencas; italianas las de Carlos III, y americanas las que venían á la península en caballo de madera.

El peninsular era el único que podía serlo todo, y á no haber sido así, siempre hubieran estado en cuadro las compañías extranjeras.

Sólo para tener en vela á las madres, asustar á los tutores y alegrar á las doncellas eran igualmente turcos todos los del cuerpo. Si un caballero guardia flamenco, por no ser del país ó por otras causas que no dicen las crónicas, no hallaba la escalera y subía por la reja á hablar con la hermosura que le aguardaba en el balcón, ni los italianos ni los americanos ni los españoles escrupulizaban guardarle las espaldas, defendiendo la esquina de una sorpresa del padre, ó de la ronda, que más de una vez tuvo la prudencia de echarse por la otra acera para no verlo. Y hacía bien en ser corta de vista, porque los guardias ceñían una lengua muy larga, y no era cosa, ni lo valía el asunto, de renovar las escenas del siglo XVI. Aun obrando con tanta prudencia los prudentísimos alcaldes de Casa y Corte, han tenido y tienen aún, que es lo peor, la audacia los literatos franceses de decir que aquí andamos á cuchilladas al pie de las rejas. ¡Qué dirían

si las rondas hubiesen trabado discusión metálica con los guardias de Corps! ¡Sería cosa de taparse los oídos! Pero ¿quién hace caso de los viajeros franceses? También dicen que las Elisás y las Adelas se llaman doña Guiomar y doña Estrella, y no es más verdad que lo de las cuchilladas.

Las damas por quienes andaban asaltando balcones los flamencos se llamaban doña Basilia ó doña Sinforiana, y sin embargo eran tan hermosas, que mal año para todas las Guillerminas y Lauras de estos tiempos.

Entonces empezaba á ser verdad que el hábito hace al monje, pero nadie pensaba en que podía influir el nombre de pila en la belleza de las mujeres. Lo mismo cubría el paño del tiempo las facciones de las Timoteas y de las Sinforianas, que las de otras bautizadas con más elegancia.

Las Rupertas y las Pascasias no han sido feas hasta que han sido viejas, y en sus abriles merecían el amor de los militares y aun el de los togados, que andaban siempre á la rebusca y comiendo á segunda mesa en la fonda del flechero rapaz.

Luceros, que no estrellas, se le antojaban al guardia de Corps los ojos que le alumbraban en la noche obscura de su desgracia y de su bancarrota. Quitábale el resplandor de su hermosa dama la elocuencia; pero eso importaba poco, porque ni el amor necesita otra elocuencia que el silencio, ni para decirle que había *salido de reina* aquella noche y que *entraba de infanta* al día siguiente era preciso ser un Demóstenes.

La oratoria corría de cuenta del sastre que le hacía la casaca más ó menos justa, ó del peluquero que le empolvaba con más ó menos gracia.

El guardia de Corps cumplía su cometido con dar cuenta á su amor de los días que estaba de libre, y de los *zaguaneltes*, y de si *corría príncipes ó reyes*; y ella le pagaba pidiéndole celos de alguna camarista ó moza de retrete, y á veces de la patrona y hasta del caballo, á quien decía que mimaba más que á ella. Lo cual solía ser verdad, y verdad muy natural y muy recomendable en un buen soldado de caballería, porque el caballo viene á ser la mitad de su individuo, y la novia no es á veces tanto, ni mucho menos. Generalmente, cuando el guardia de Corps volvía á reunirse con sus compañeros, la novia que dejaba ya no era para él otra cosa sino una tonta que creía atraparle para hacerse cadeta ó sub-brigadiera, y la que veía después de aquélla era otro tanto.

Y pensaba con juicio al dejar de pensar en casarse, porque aun suponiendo que tuviese por su casa los diez reales de asistencia diaria que prevenía el reglamento, con los otros diez que le daban de prest y los tres uniformes que le costaba S. M. nunca tuvo para vivir desahogadamente.

Los guardias de Corps, por otro nombre los *chocolateros* (que así los llamaba el vulgo á ellos y á los frailes), ó vivían con una estrechez suma, ó si sumaban algunas comodidades era en fuerza de estrechar al sastre

que los hacía la ropa de paisano, y al fondista que les forraba el estómago, y al fabricante de medias de seda que se atrevía á pedirles doce duros por cada par. Pero en punto á su proverbial escasez de recursos, no seremos nosotros los que digamos nada, pudiendo hacerlo con mayor autoridad y más gracia las siguientes décimas que recordamos de un memorial que á la reina María Luisa presentó un guardia de Corps de su esposo Carlos IV.

• • • • •
 «Como no tengo otro asilo
 que el escaso medio duro,
 á vos, Señora, aseguro
 que nunca le alcanzo el hilo;
 pues sólo en cobrar el quilo,
 se lo llevan dos mil rayos,
 á pesar de los ensayos
 que noto muy sutilmente,
 sufriendo continuamente
 hipo, histérico y desmayos.

Porque es tal mi economía
 y tan grande mi templanza,
 que almuerzo sólo esperanza
 de comer al mediodía;
 dan las doce, ¡qué agonía!,
 entra un pillo malandrín
 con un puchero riñin
 tan eterno como Dios,
 pues ninguno de los dos
 tiene principio ni fin.

Redúcese el contenido
 á tres onzas de carnero
 que antes que entre en el puchero
 tres aduanas ha corrido;
 pues aunque el ajuste ha sido
 media libra, hay que notar
 que el que vende ha de robar,
 el que compra y el que guisa:
 son tres á cobrar la sisa,
 y yo soy solo á pagar.

De tocino, raeduras,
 dos adarnes mal pesados,
 treinta garbanzos contados
 y un poquito de verdura;
 saliendo de esta gordura
 un caldo tan substancial,
 que en una urgencia fatal
 puede servir al intento
 de materia al Sacramento
 en la pila Bautismal.

Item más, una libreta;
pero de ésta ha de quedar
la mitad para cenar;
y si no hay nueva receta
yo doblo mi servilleta
hasta el nocturno aparato,
en que tres tajadas cato
que, aunque me llegue á abrasar,
nunca me atrevo á soplar
porque no salten del plato.

Como es tan corto este auxilio
y mi estómago tan largo,
paso la noche en letargo
ó en continuo pervigilio;
y si el sueño reconcilio
con mis ideas vehementes,
pensando en mil diferentes
descabelladas chiripas
están soñando las tripas
si se han perdido los dientes.

Aun en vestir es mayor
mi vigilante deseo,
y nunca llega mi aseo
á lo que aspira mi honor,
bien que esto no es lo peor:
en la marcha más completa
no necesito maleta,
ni jamás tomo bagaje,
porque todo mi equipaje
lo lío en una calceta.

Cuando mi estado indigente
á considerar acierto,
no sé cómo no me he muerto
de un repentino accidente;
gracias al Omnipotente
que me libra de dolores,
por los continuos clamores
con que piden cada instante
por mi salud importante
un cúmulo de acreedores.

Así, Señora, he servido
siete años con el amor
que me sugiere el honor
ilustre con que he nacido;
he trotado y he corrido
por polvos, piedras y lodos,
mostrando de varios modos
mi exactitud é interés,
pues hasta en cobrar el prest
soy el primero de todos.»

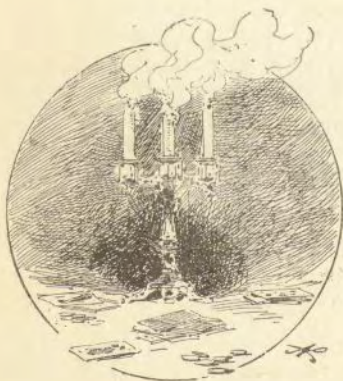
* * * * *

Cuando esto decía un individuo del cuerpo, y esto le permitieron decir sus camaradas y sus jefes, no nos parece necesario añadir nuevas razones para probar que el destino de guardia de Corps era lo que entonces se decía *cara comida para estudiantes*. El que no tenía rentas por su casa, tenía que arrimarse á las ajenas para poder vivir.

Por eso había dos clases de guardias: unos que olían á buenos guisados, y otros que andaban oliendo donde guisaban.

En la guardia Real no pasaban tantas estrecheces, á pesar de tener menos sueldo y de costearse los oficiales el uniforme; pero esto consistía en que se les obligaba á tener gran renta propia.

Tampoco costaba lo mismo alcanzar una *bandolera* que una *valona*. Había alférez de guardias valonas que pagaba cuatro mil duros por el *oficio*, y la bandolera sólo costaba lo que ha visto el lector: una carta de recomendación para algún valido palaciego, ó *caer en gracia*, que eran las grandes caídas de entonces, ó tener buen cuerpo y buenos ojos y saberlos echar á tiempo y en buen terreno.





CUADRO XXXVII

LA PRIVANZA EN 1800

«Fortuna te dé Dios, hijo,
porque el saber no te basta;
aunque bueno es el saber,
por si la fortuna falta.»

Indudablemente esta copla sólo nació con la primera parte; á tiro de ballesta se ve que la segunda es postiza.

Ó la añadió por vía de consuelo algún erudito pobre, ó la inventó en la hora postrera algún padre que no tenía media peseta que testar á favor de sus hijos.

Es un confortativo tan inocente como todos los reparos que se aplican al exterior del estómago, y no creemos que haga grandes milagros.

Ya en tiempo de los paganos era la Fortuna «una deidad ciega, extravagante y caprichosa que presidía á todos los acaecimientos, distribuyendo á su antojo los bienes y los males.» ¡Conque figúrense ustedes lo que vendría á ser más tarde!

Mas tarde era..... lo que sigue siendo ahora: una falsa providencia, antojadiza y desatinada, que reparte á su capricho el pan de flor y el de munición, las trufas y las patatas, y que muchas veces da á unas gentes mucho de lo primero y deja á las otras sin nada de lo segundo.

Los que la alcanzan y cogen el pan de flor dicen que da vueltas, para que los demás mortales que ayunan se estén quietos esperando á que

pase por su casa en una de esas evoluciones. Pero esperan en balde, porque la Fortuna suele darla de planeta fijo, y si alguna vez pasa y en broma hace que se va, se va de veras y no vuelve.

Cuando se le antoja partir el sol con la sabiduría en un duelo á muerte, deja á su adversario la mejor porción del campo y la elección de las armas, y cruzada ella de brazos, sin más que sonreírse le mata.

En suma, aún no ha recibido el bautismo de la cristiandad, y sigue siendo tan omnipotente y tan antojadiza como cuando era divinidad pagana.

Si da vueltas, las da en su propia casa y en derredor de las gentes de su familia, y siempre es el mismo el árbol genealógico de su raza.

Tú, lector, oírás decir de muchos hombres que no parece sino que han nacido de pie. Pues no tengas duda, han nacido de pie porque la Fortuna les dió la mano.

AYER, con especialidad, era madrina de muchas criaturas. Las mujeres que deseaban la felicidad de sus hijos no tenían más que hacer sino avisar á la Fortuna para que fuera su comadre.

Y como la daba de antojadiza, solía asistir lo mismo al regio alcázar que á la plebeya choza, disputando á la muerte el famoso

Pauperum tabernas, regumque turres.

Hallábase, sin embargo, más á gusto entre sábanas de Holanda que sobre un montón de pajas, y por cada vez que tocaba con su mano de plata en el albergue de un pobre, sacudía ciento su manto de oro en el palacio de un rico; cediendo, como mujer que era, débil al fin como todas, á la imperiosa ley de las afinidades y al refrán de los sacristanes, que dice: «cera, llama cera.»

Tenía por mejor y más fácil acrecentar lo empezado que dar algo para empezar, y dejaba sin la vaquilla al que acudía con la soguilla, regalando pañuelos á los que no tenían narices y ofreciendo lágrimas á los que estaban sin un trapo con que secarse los ojos.

Pero hemos dicho que alguna vez se dignaba sacar de pila á los pobres, y aunque sus detractores dicen que lo hacía por solo el orgullo de mostrar su omnipotencia y de poner colorada la sabiduría, es lo cierto que lo hacía, y punto redondo.

Su gran fábrica de *validos*, *favoritos* ó *privados* ofrece cien ejemplos de esta verdad.

Y por ser asunto de fortuna vamos á sacar á la suerte uno de tantos.

El siguiente, por ejemplo:

La escena pasa en una aldea miserable del no muy poderoso reino de Galicia; de aquel país que ya entonces uno de sus más esclarecidos hijos

(el cura de Fruime) había retratado en los siguientes versos, aunque achacando la paternidad á un castellano.

«Reino infeliz, país desventurado,
de España muladar, rincón del mundo,
entre tinieblas siempre sepultado,
áspero, rudo clima, temple airado,
infiel, bárbaro trato, sitio inmundo,
gente sin sociedad, campo infecundo:
en el nombre de Dios Santo y Eterno,
con cuanta fuerza tiene el exorcismo,
te conjuro y apremio, triste averno,
para que me declares por tí mismo
si eres en realidad el propio infierno
ó si eres retrato del abismo.»

Pues en una aldea de ese país que, aunque algo desventurado, es el jardín y no el muladar de España, pasó la escena en que tuvo su origen este cuadro.

Era de noche, ó mejor dicho, acababa de ser de día, y al amor de una poco amorosa lumbre de cañas de maíz había tomado asiento una familia de las más acomodadas de la parroquia.

El padre descansaba de los trabajos del campo, echando mango á una podadera, la madre hilaba, la abuela gruñía, las hijas remendaban y los animales domésticos que habían de dar á la madrugada algunos odres de leche dormían á pierna suelta, alargando de vez en cuando el hocico para acariciar á sus amos.

Un solo individuo de aquella patriarcal familia estaba apartado del fuego, no por falta de frío, sino porque no se lo permitía la faena en que se ocupaba. Estaba apaleando un montón de secas alubias y tenía á mayor abundamiento que majar unas cuantas mazorecas para que las mujeres pudiesen amasar al día siguiente la *borona*.

Era el tal un muchacho de catorce años escasos, y su traje, aunque sencillo y pobre, no era menos rico que el de los demás individuos de la familia.

El padre estaba en mangas de camisa de bayeta, con un calzón de paño pardo, y las mujeres tenían una saya colorada y corta sobre un jubón de lienzo blanco.

De cubrirse las pantorrillas y de calzarse los pies, ni varones ni hembras se habían acordado, y todos los traían desnudos. La abuela era la única que estaba liada en una manta que la cubría de los pies á la cabeza, y sólo para enterrar en el rescoldo algunos nabos y patatas sacaba el brazo seco y desnudo de ropa, pero curtido y acartonado.

Un palo de tea, que ardía en un rincón de la choza, alumbraba el cuadro; y al gruñir de la abuela, al varear del muchacho, al crujir de la hilaza y al resoplar de los mamíferos se juntaban las preces que el patriarca, respondido á coro por su familia, elevaba al cielo, dándole gracias por el pan que le había dado aquel día y pidiéndole que no se lo dejase de dar al siguiente.

Con tres credos terminaron las oraciones de aquella familia: uno al Cristo *da Chanca* para que no lloviese á la hora de sembrar el *milló*, otro al de *Meco* para que lloviese después que se hubiese sembrado, y otro á los dos Cristos para que no lloviese demasiado y se perdiese la cosecha.

Así estaban siempre con el credo en la boca, y tanto perdían por carta de más como por carta de menos, aunque esto último en materia de aguas rara vez sucede en Galicia. Y así lo dejó dicho el ya citado cura Cernadas en la siguiente graciosa décima:

«Que es del cielo el orinal,
dicen por zumba, Galicia;
mas también por la noticia
es Castilla el arenal:
de este mundo en el fatal
mar, nadie puede hablar hueco;
todo es borrasca, y no trueco
ésta por ésa, observando
que acá salimos nadando
y allá se quedan en seco.»

Muchas veces, sin embargo, no hubiesen podido salir nadando á no darles auxilio los señores de las aldeas con perdonarles el pago de las rentas del año ó las de los atrasados.

Pero esto no hace al caso ahora; lo que importa saber es que rezaron los tres credos y con ellos en la boca se fueron á acostar, para lo cual no tuvieron que incomodarse en ir á la alcoba, sino que con sólo apagar la tea y tender el cuerpo, cada cual según estaba, quedaron recogidos y acostados.

Por colchón el suelo, por cabecera un puñado de hojas de maíz y por manta el blando aliento de las vacas, que hicieron también su nido en aquel establo.

Pero aún no habían cerrado los ojos al sueño cuando oyeron las pisadas de un caballo y más tarde las voces de alguien que pedía socorro.

Mucho tardaron en comprenderlo así, y casi puede decirse que lo adivinaron, cuando alzándose el patriarca esperezóse, abrió la puerta y salió á ver lo que ocurría.

La noche estaba oscura y el Cristo de Meco había escuchado el credo que le rezaron.

Mojado hasta los huesos entró en la choza un caballero, trayendo del diestro una cabalgadura ricamente enjaezada, y guiado por el brillo de algunas chispas de fuego que habían quedado en el rescoldo del hogar, se llegó resuelto hasta el dormitorio de aquellas gentes, que se alzaron en pie espantadas de verle.

Él lo quedó, y no poco, al encenderse de nuevo la tea y ver la fraternidad en que vivían los seres de la especie humana con los de cuatro orejas.

Pero pudo en él más el frío que el sobresalto, y pidió que le hiciesen fuego con que calentarse y secar sus vestidos, y aun añadió que el favor sería completo si le proporcionaban algunos sorbos de aguardiente.

Díjolo todo en buen castellano; pero viendo que aquellas gentes nada le respondían ni se movían de sus puestos y no hacían otra cosa que mirarse y reirse, volvió á repetir la demanda, y entonces el jefe de la familia se volvió á su esposa y le dijo en dialecto gallego:

—¿Qué dice este señor?

—No lo entiendo—le respondió en el mismo lenguaje la mujer.

—Pues ¿tú no sabes hablar romance?

—Sé algo, pero lléveme el demonio si entendí una sola palabra de lo que dijo.

—¿No hablaban así los amos que tuviste en Betanzos?—le replicó el marido.

Y antes de que su esposa le respondiera, impaciente el caballero cogió un grueso tronco de manzano que allí les servía de escabel y le arrojó en medio del rescoldo, siéndole al propio tiempo preciso entregar al amo de la casa un peso duro para calmar la alarma que había producido su despilfarro de leña.

Semejante lenguaje les dejó más suspenso que el romance, pero le comprendieron más pronto, y en cuanto lo permitía la estrechez de la familia quedó servido el extraviado caminante, que esto y no otra cosa era el caballero.

El cual tan pronto como se hubo enjugado el agua que traía sobre el pellejo, empezó á examinar el cuadro que tenía delante de sus ojos y no pudo menos de sonreirse.

Sabía que en tres horas ó poco más que hacía que se había perdido de sus compañeros en una partida de caza no podía haber atravesado los mares y abordado á una isla de salvajes; pero tales le parecieron aquellos infelices, y sin cesar los miraba con extraña curiosidad.

El muchacho que sacudía las alubias fué el que tuvo mejor instinto para comprender las necesidades del caballero, quien desde luego fijó en él su atención.

Estuvo mirándole largo rato en silencio, y tomando de repente un aire de protección que aquellas pobres gentes no pudieron respirar y sonriéndose con gesto compasivo y meneando la cabeza, le dijo:

—¿Quieres que te haga hombre?

El muchacho, á pesar de su penetración, no comprendió lo que le decía el caballero; pero presumió que le ofrecía alguna cosa y dijo que sí, y aun hay quien dice que alargó la mano.

Esto último no se ha podido averiguar con certeza; pero en lo que no queda duda es en que, alumbrando el caballero la inteligencia del padre con dos ó tres pesos duros, logró hacerle comprender que se llevaba consigo al muchacho para que le enseñase el lugar donde habían quedado sus compañeros y le sirviese luego en la corte.

Empezó el padre por preguntar á su modo cuánto iba ganando su hijo, y el caballero sonriendo le enseñó un puñado de duros; con lo cual quedó concertada la partida, y apenas rayó el alba besó el muchacho la mano á sus padres, y con los zapatos al hombro, desnudo de pie y pierna echó á andar delante del caballero.

Siguieronles con la vista los que quedaban en la choza, y después de un largo silencio, en el que derramó la madre algunas lágrimas por la ausencia de su hijo, llorando también las hermanas la partida del hermano, el padre, contemplando las monedas que le había dado su generoso huésped, dijo:

—Lléveme el diablo si este señor que acaba de marchar no es el mismo rey en persona.

—No seas bárbaro—le replicó la esposa.—¡El rey mismo querías que viniese aquí!

—¡Como algunas veces, yo se lo he oído contar al señor cura de Corbiñada, se han aparecido los reyes á los pastores!...

—Sí, ¡pero no ves que ese señor era más bajo que tú!

—Verdad es.

—Y que tenía frío y sed.

—Pues si no es el rey, es cualquier alguacil ó algún otro señor principal de palacio! ¡Has visto cuánto dinero llevaba en la bolsa!

—¡Y cuánto botón de plata en la casaca!—dijo una de las chicas.

—¡Y es guapo mozo!—repuso la otra.

—Me da el corazón—repuso el padre—que así mismo vestido hemos de ver algún día á tu hermano.

—¡Dios lo haga!—repuso la madre;—recémosle un credo al Santísimo Cristo de Chanca, que como de esas cosas se cuentan en las historias; y pónganle al mío Juancho donde lo haiga, que no ha de mamar el dedo, y abonado será para todo.

Y todos se hincaron de rodillas rezando fervorosamente el credo, y entregándose después con la mayor alegría á sus faenas diarias.

En las que el autor de este cuadro no ha querido interrumpirles, y les abandona para volver la vista á los viajeros que han entrado ya en un pueblo de la carretera, donde estaban los cazadores, alarmados por la pérdida de su compañero á quien todos guardaban muchas consideraciones y disponiéndose á salir en su busca.

Recibiéronle con alegría, aunque dándole zumba por haberse perdido en lo más recio del combate con las fieras, y acusándole de no haber muerto ninguna, á lo cual les replicó sonriendo:

—Ustedes han tenido que matarlas para cogerlas y yo la he cazado viva.

—¿Dónde están? ¡Vengan!—le gritaron todos.

Y el caballero les presentó al muchacho, refiriéndoles brevemente lo que le había ocurrido, y anunciándoles su propósito de llevarle consigo á la corte y aun de tenerle á su servicio.

—Si sale listo, como yo creo—les añadió,—no le pesará de haberse venido conmigo.

—¿Piensa usted presentarle á S. M.?—le preguntó uno de los cazadores.

—Tal vez..... si estoy de humor.

—Le divertiría ver esa figura, y si lograse *caerle en gracia*, podría hacerle hombre dándole una plaza de mozo en la *furriera*.

—Para algo más ha de servirle mi protección—dijo con orgullo el caballero.

—¡Es natural!—le replicaron.—¡Como tiene usted el favor de nuestro amado monarca!...

—Yo me basto y me sobro para ponerle tan alto que muchos le miren con respeto.

—¿Quién lo duda?—interrumpió con aire de adulación uno de los caballeros.—Si usted se empeña en protegerle, llegará á ocupar uno de los puestos más elevados de la corte.

—Tanto como eso no—repuso el Mecenas sonriendo;—pero les aseguro á ustedes que me ha caído en gracia.

—Parece listo—dijo uno de los cazadores.

—Es perspicaz como un demonio—añadió otro.

—Tiene cara de tener mucho talento—repuso un tercero.

—¿Conque les parece á ustedes que no he perdido el tiempo?

—Usted le gana siempre, y en esta ocasión como nunca.

—Me alegro que les guste á ustedes mi caza—dijo el caballero.

Y llamando á uno de sus monteros, le mandó que acomodara al gallego en una de las acémilas y que cuidase de él para que los criados no le diesen alguna broma pesada.

Después, seguido de sus amigos, tomó el carruaje y emprendieron todos la vuelta á la corte.

Donde los deja el pintor, aunque rogando á los lectores que no los pierdan de vista y que tengan el cuadro presente como una hijuela del próximo, ó mejor dicho, como el boceto primordial de los varios lienzos que en este museo de AYER forman la escuela llamada de la *privanza* ó del *favoritismo*.

Escuela desentonada y libre que muchos han creído hija de la flamenca, pero que es un remedo de la alemana y aun tiene algo de la italiana pura.





CUADRO XXXVIII

UN HOMBRE DE ESTADO EN BRUTO

Para comprender el presente cuadro no es absolutamente indispensable haber leído el anterior.

En aquél hemos ido á Galicia con ánimo deliberado de sacar un gallego para *hacerle hombre*, y en éste empezamos por decir que no hay necesidad de tanto trabajo, porque la rueda de la fortuna no tiene criaderos determinados de donde arrancar las primeras materias para sus artefactos.

Sacar un grano de oro de un quintal de arenas auríferas, hacer un botón de plata en la copela del alcohol y aumentar las luces de una piedra preciosa multiplicándole las caras son milagros que hace ordinariamente cualquier artífice y en los que le ayuda poderosamente la misma naturaleza.

El verdadero prodigio era el de la alquimia, que convertía en oro finísimo el más grosero metal de velones, logrando así la decantada *piedra filosofal*, que tanto dió que hacer á los sabios de aquella época y á los de otras algo más remotas.

Un diamante en bruto es siempre un diamante, y si en un año ó en dos no le dan ganas de quitarse el polvo de los ojos, tropieza un día cualquiera con una corriente de agua, y escandalizando con su brillo la

negra mano del brasileño que le atrapa, pasa á poder del tallista, y con una ligera amputación que éste le hace sufrir llega al apogeo de su encumbración.

Queda, pues, demostrado que hacer una piedra preciosa de un diamante en bruto es poco menos que no hacer nada, y perdonemos el Sr. Luis Berynem, que allá en el año de 1476 descubrió la manera de tallar los diamantes.

El verdadero mérito, repetimos, sería convertir en piedras preciosas los adoquines y los guardacantones; milagro estupendo que hoy pretenden hacer muchas empresas mineras y que mañana harán por sí solo los minerales.

Pero HOY no es AYER ni menos MAÑANA, y nosotros no podemos anticipar los sucesos, desviándonos al mismo tiempo del plan que nos hemos trazado.

Razón por la cual seguimos el presente cuadro, repitiendo que la fortuna no tiene terrenos fijos para los viveros de sus ahijados.

Antiguamente los plantaba en secano y en regadío, en el llano como en la sierra, y el Mediodía y el Norte eran por igual los semilleros de los *validos*, de los *privados* y hasta de los *hombres de Estado*.

Un hombre de Estado se hacía de un asturiano que venía á la corte á pedir limosna ó á solicitar una plaza de aguador; de un andaluz parlero que cifraba toda su ambición en el logro de una vacía y un par de navajas, ó de un castellano viejo que quería negociar la proverbial mentida franqueza de sus paísanos.

Pero estos últimos no medraban gran cosa; para los andaluces y los extremeños criaba la higuera real sus mejores brevas, y por antítesis alcanzaban no pocas los gallegos y los asturianos.

Una sola cualidad necesitaba el hombre-diamante para salir del estado bruto.

Avanzar en la carrera de la fortuna sin volver nunca la vista hacia atrás para contemplar lo que llevaba andado, y mirando siempre adelante para correr pronto lo que le faltaba por andar.

¿Y les parece á ustedes que nacen todos los hombres con esa cualidad? Pues nada de eso. A ser así, no habría piedras falsas y todas serían preciosas. *Audaces fortuna juvat*, de agraces se hacen las uvas, que dijo el otro, y el otro tenía mucha razón. No porque la audacia y la fortuna sean una misma cosa, sino porque el audaz tiene hecho la mitad del camino para ser afortunado, y éste no lo es por completo si no tiene algo de audaz en su hoja de servicios.

Es la fortuna, aunque antojadiza, muy escrupulosa, y no á todos los hombres les da su blanca mano. Con los tímidos no ha tenido trato nunca.

Con sólo que el asturiano recién llegado á la corte, en vez de dirigirse á la fuente se fuera derecho á pedir limosna á algún *covachuelo* y cayese en gracia á la *covachuela*, no había hecho la fortuna otra cosa que entreabrirle la puerta de su palacio; lo de acabar de abrirla y colarse de rondón habíalo de hacer su audacia.

Si era tímido y cuando le daban el pie no le tomaba y se volvía por donde había venido, la fortuna le borraba del catálogo de sus artefactos, y le dejaba en bruto eternamente.

Sucedíale, y vaya de cuento, lo que al gallego, que habiéndole dicho en su aldea que en la corte andaba el dinero tirado por el suelo, se encontró por casualidad un peso duro en la puerta de San Vicente, y dándole un puntapié, dijo: «Ya empiezan á perseguirme; pues á fe que no he de bajarme para coger uno tan sólo.»

No volvió á hallar otro, y así le sucedía al que mimado una vez por la fortuna no se aprovechaba, olvidándose del refrán que dice: «cuando pasen rábanos, comprarlos.»

Si por el contrario, al darle el pie tomaba éste y la mano, se quedaba en la casa para mozo de compra, pasaba luego á vestir la librea, era más tarde ayuda de cámara y concluía por ser mayordomo.

Pero también de este modo puede decirse que no había cogido á dos manos los favores de la fortuna.

Vistiendo la librea de los lacayos no podía pasar de ser mayordomo, y dándose traza para vestir el uniforme de los pajes ó para entrar de meritorio en las *covachuelas*, fácilmente podría llegar á ser un hombre de Estado.

La generalidad de los pajes no eran advenedizos ni plebeyos, sino hijos de familias nobles; pero había algunos de los primeros, y éstos, que no los otros, son los verdaderos diamantes en bruto.

Continuemos, pues, la historia que quedó empezada en el cuadro anterior.

Demos al galleguito un año de respiro para que aprenda á leer y á escribir y sobre todo para que se aclimate en la corte, que siendo él despejado y listo no necesita más tiempo para empezarse á pasear entre los cortesanos.

Así se lo escribió á sus padres en la primera carta que *notó* á un paisano suyo, y en ella les encargaba que cuidasen mucho de las vacas y de la demás familia.

Con la segunda les mandó quinientos reales de sus ahorros para que comprasen otro par de bestias.

Y en la tercera, escrita de su puño y letra, les decía que el amo le iba *haciendo hombre*, cosa que dejó atónito á su padre; pero que él pensaba

calzarse con el santo y con la limosna, porque el ama le quería mucho y era señora muy metida en la casa del rey.

Cuando esto escribía el rapaz era ya paje de *cola* y de *bolsa* de la señora duquesa, y la seguía á todas partes, vestido con su calzón corto, su media de seda, su chupa de raso, su casaca, su espadín, su sombrero de picos y su coleta empolvada.

Eternamente hubiera servido ese destino ó alcanzado, cuando mucho, el de guardajoyas de la señora, ó el de caballerizo mayor del duque, ó un oficio de capitán, ó cosa por el estilo, si él no hubiese aspirado á cosa mayor y, conociendo que el flaco de la señora era la vanidad, no se la hubiera estimulado diferentes veces, quejándose de que los demás pajes le avergonzaban sacándole á colación su origen y diciéndole que, aunque quisiera, no podría ser paje del rey ni servir ningún puesto en palacio.

Con esto la señora le colmaba de distinciones y le hacía multitud de presentes, dándole puesto de preferencia en todas las ocasiones y llevándole siempre en su compañía, aun á riesgo de dar lugar á que la maledicencia la pusiese en uno no muy ventajoso.

Esto lo conocía mejor que nadie el paje, y aunque no jugó nunca con la honra de su dueño, tampoco encubría las apariencias y se dejaba ir elevando como la espuma en brazos de la caprichosa deidad.

Llamábanle en la casa el *ojo derecho* de la duquesa, y él tenía el uno y el otro puestos en la cámara real.

Desde la primera vez que pisó las antesalas del regio alcázar comprendió que aquella era la fábrica de la felicidad, y que todo lo que no fuese poner un pie junto al trono era andarse por las ramas.

Y sin embargo, los que sabiendo sus elevadas aspiraciones hubiesen creído que se impacientaba envidiando la suerte de tal ó cual personaje, se habrían llevado un gran chasco.

Nuestro paje no envidiaba la suerte de nadie, y creía por el contrario que como la suya no había ninguna.

Su ambición le tenía marcados los pasos, y como hasta entonces no había retrocedido una sola línea, creía, y creía con razón, que en lo sucesivo le había de suceder lo propio.

¿No era más fácil que fuese favorito de la reina el que lo era y grande de la duquesa que el que apeleando alubias en una choza de Galicia llegó á ser paje de un Grande de España?

Pues hecha la primera parte del milagro, era mucho más fácil la segunda.

Y lo fué hasta un punto que rayaría en lo fabuloso á no ser tantos los ejemplos análogos que nos ofrece la historia de todos los tiempos, y muy principalmente la de aquella época de privanza y de favoritismo.

Los que no privaban con el monarca, ó *apud regem*, que ya en su tiempo decían los latinos, eran privados del secretario de Estado, ó del ministro, ó de algún *covachuelo*, y por último, de algún portero, que todo era privar, y no era esta la más indigna ni la más inútil de las privanzas.

Desde que nuestro paje mereció la privanza de su ama, aspiraban á la suya todos los dependientes de la casa, incluso el peluquero, que mejor consultaba el gusto del paje que el de la duquesa para peinar á ésta, y más se entretenía con la cabeza del gallego que con las de todos los demás pajes juntos.

Así, mecido por la fortuna y estimulando á su señora, logró que ésta le alcanzara una plaza en la Casa de pajes de S. M., donde dirigido por un ayo aprovechó bien la esmerada educación que le dieron los profesores de latín, de francés y de baile.

No se descuidó tampoco en llamar hacia su persona la atención del rey siempre que el monarca se dignaba recibir á los pajes, y decidido á alcanzar la privanza de la reina, se dejó caer en gracia de S. M. á la primera vez que tuvo la honra de besarle la mano.

Las salidas naturales de los caballeros pajes de S. M. no satisfacían su ambición, y como no quiso apartar sus ojos de la cámara real, fué preciso llevarle allí el cuerpo para que no padeciera extravío de órgano tan esencial, y le nombraron ayuda de cámara del rey. Le hicieron merced de un hábito, y no de las órdenes mendicantes, sino de la de los caballeros, que lo era muy principal desde su nacimiento; pues aunque él lo ignoraba y sus padres no lo sabían, como que los papeles no parecen hasta que se buscan, hasta entonces estuvieron perdidos los del paje gallego, y no se supo que su sangre era tan azul como si le hubiesen destetado con flor de borraja y violeta.

Tras del hábito vino el título de conde, que él deseaba más que otra cosa para que por él le nombrasen y no siguiera siendo conocido por el *galleguito*, á cuyo apodo, que había conservado cuidadosamente hasta entonces, debía su mayor fortuna.

Sin envidia y como cosa de broma vieron las gentes los primeros medios del *galleguito*; las principales personas de la corte preguntaban á la duquesa por el *galleguito*, y el mismo monarca le dijo más de una vez al ayo de sus pajes:

—Cuidame al *galleguito*, que ese ha de ser un hombre de provecho.

Y el monarca tuvo razón; porque el gallego, consecuente á lo que había escrito á su padre de que pensaba alzarse con el santo y la limosna, dando envidia al mismo señor que le había sacado de su aldea, alcanzó muy pronto el puesto más elevado de la corte.

Pero no queremos que el lector nos diga que le llevamos á paso de carga.

Dejemos respirar en su privanza con los monarcas de Castilla al aldeano de más allá de León, y antes de que sea nombrado primer secretario de Estado y del despacho de ídem, vámonos un rato á las *cova-chuelas*.





CUADRO XXXIX

LAS COVACHUELAS REALES

«Para los *simples y bobos*
pastores del nacimiento,
en las *reales covachuelas*
halló todo surtimiento.»

(*El Duende Crítico.*)

Por tal se tenía, por crítico y por duende, y hasta por poeta, si ustedes me apuran, el autor de los versos que quedan citados y que vivió en el primer tercio del pasado siglo. Comenzaba el segundo reinado de Felipe V, y todas las semanas en día marcado, que solía ser el jueves, hallaba el monarca en los bolsillos de su casaca, en el escritorio y más frecuentemente al desdoblar la servilleta un papelillo manuscrito en mala prosa y no mejores versos, censurando los actos del ministro Patiño, al cual no menos que al rey y á todos los personajes de la corte traía inquietos semejante novedad.

Por la misteriosa aparición de aquellas sátiras y porque en alguna de ellas se daba su autor el nombre de *Duende Crítico*, era conocido como tal, y se tardó algún tiempo en saber que las escribía un frailecito, al cual redujeron á prisión y se escapó más tarde á Portugal.

Tenía el venerable particular afición á Patiño y gran ojeriza contra el

patriarca y las camaristas, y así en tiempo de Navidad, el jueves 27 de diciembre de 1735, escribió una sátira, en la que, fingiendo haber puesto un nacimiento en el desván de los duendes, decía entre otras cosas lo siguiente:

«Virgen no halló en el Palacio,
figura que pueda serlo,
y pidió prestada una
que servía en un convento.
Del patriarca la mula
por razón del mismo empleo,
y el buey del marqués de Scoti
(con licencia de su dueño).
De unas camaristas hizo
los ángeles que dijeron:
«¡Gloria á Dios en las alturas,
paz á Patiño en el suelo!»

Para los *simples y bobos*
pastores del nacimiento,
en las *reales covachuelas*
halló todo surtimiento.»

Conque ya ves, lector, que desde los tiempos de Felipe V, por lo menos, data la costumbre de almacenar los simples y los bobos en las oficinas del Estado; porque ya habrás comprendido, sin necesidad de que yo te lo diga, que las *covachuelas reales* no eran las *covachuelas de San Felipe el Real*.

En éstas se vendían los hombres de cartón, y en aquéllas se hacían los hombres de Estado.

Las unas y las otras se llamaban covachuelas, porque estaban establecidas en unas covachas.

En la época á que se refieren estos cuadros, las secretarías del Estado habían ensanchado el corazón, y vivían en más espaciosos salones, pero conservaban el nombre de covachuelas con que fueron bautizadas al inaugurarse en los sótanos de palacio.

El que despachaba los juguetes para los niños se llamaba covachuelista ó covachuelo, y por covachuelo ó covachuelista era conocido el que despachaba los expedientes en las secretarías de Estado.

Pero no había en cambio ningún otro punto de semejanza entre ambos héroes subterráneos, y abandonamos al primero para ocuparnos exclusivamente del segundo, del *covachuelo real*.

Sigámosle paso á paso, siquiera sea redoblado, desde que á la edad de quince años cumplidos entró de meritorio sin sueldo en la covachuela, merced á ciertas mercedes que no quiero hacer merced de publicar.

Si es muchacho despierto, de los que entonces se llamaban *pizpiretos* y cuya precocidad asustaba, á sus padres sobre todo, sólo estará mereciendo cinco años ó poco más.

Su ocupación en este tiempo será una obediencia ciega y pasiva á sus jefes; saber de coro el santo del día y la iglesia en que está el jubileo de las Cuarenta horas por si el jefe se lo pregunta; recogerle el espadín y el sombrero cuando entre en la covachuela; remover el brasero en invierno, ciencia no tan fácil entonces como ahora parece; darle un abanico en verano; visitarle todos los días de fiesta, y por último, saber hacer letras y juntarlas y algo de ortografía si es posible; y cuando no, preguntarle con modestia y con el V. S. perdone por delante si tal ó cual palabra se escribe con *h* ó sin ella.

Todo esto, unido á una irrepreensible conducta religiosa, moral y política y al favor que su padre pueda tener con algún amigo del privado del jefe, podrá hacer que el meritorio llegue á ser nombrado *paje de bolsa* del covachuelo.

Entonces ya sus deberes son otros.

Escribiente particular del jefe de la mesa, debe madrugar para ir á su casa á informarse de cómo ha pasado la noche, á darle conversación mientras le peina el peluquero, á ayudarle á vestir y á acompañarle por fin á la covachuela.

Pero todo esto que se dice muy de prisa se hace muy despacio, y es preciso tomar un término medio.

Figúrense ustedes que el covachuelo es nada menos que el jefe principal de la covacha, *el secretario universal del despacho*.

La escalera de su casa está desde muy temprano ocupada por los pretendientes; ninguno de ellos, sin embargo, espera ver al ministro; todos aguardan con impaciencia al paje de bolsa, al escribiente, al secretario particular.

Llega y le acosan para preguntarle cada cual el estado de su negocio, y él ofrece á todos que lo recordará á S. E., pero que está abrumado de asuntos graves y que no tiene tiempo para nada.

—¡Seis horas de covachuela!— exclama el paje.—Esto es insufrible. ¡Yo no sé cómo podemos resistirlas!

—Necesita S. E. una cabeza de bronce—dice el más adulator de los presentes.

—¡Qué más cabeza que la del señor paje!— exclama otro bastante más adulator.

Y el paje, cogido el espadín con la izquierda y sujetando con la derecha una cartera de tafilete carmesí, se suelta de aquellas gentes y llega por fin á la habitación del ministro.

—¿Ha salido ya del oratorio?—pregunta al criado que abre la puerta.

—Ya se está peinando—le contesta el fámulo.

—Mucho ha madrugado Pajarito—dice el paje;—aún no son las ocho.—añade sacando uno de los dos relojes que lleva consigo.

Y sin más hablar entra en el despacho de S. E., que le recibe con aspereza, diciéndole:

—¡Supongo que vendrá al despacho todo lo de ayer!

—Perdone V. E.—responde el paje;—pero como yo no sabía lo que V. E. quería acordar sobre algunos asuntos....

—¡Pero si todos son *de cajón*!

—A pesar de eso, yo ignoraba lo que V. E. quería contestar á la consulta de Medinasidonia.

—¿Sobre el cordón sanitario?

—Sí, señor.

—Pues lo mismo que se dijo á los de Málaga; pero en términos fuertes, y que no den lugar á nuevas consultas. Si no lo hacemos así, esas gentes nos van á encajar la peste el día menos pensado.

—¿Habla S. E. de la fiebre amarilla?—dijo el peluquero, tomando parte en la conversación.

—¿Has sabido tú algo?—le preguntó el covachuelo.

—¿Qué si he sabido? ¡Y mucho!... ¡Pues si es mi plato favorito!

—¿La peste?—dice el covachuelo sonriendo.

—No, señor, el hablar de ella; y si yo fuera ministro ya sabría lo que había de hacer.

—¿Qué harías?

—Quitar los cordones sanitarios.

—¡Famosa idea! ¡Lástima que seas peluquero!

—¿Se burla V. E.? Pues sí, señor; lo haría porque no hay mejor cordón que una medicina que yo sé.

—¿Y cuál es?

—Perdone V. E. que no se la diga, porque es un secreto con el que pienso hacerme rico si viene la peste á la corte. Y el caso es que ya ayer decían que había algunos atacados....

—¿Qué dices?—pregunta sobresaltado el covachuelo.

—No se asuste V. E.—dijo Pajarito.—Desgraciadamente no es verdad.

—¡Desgraciadamente dices!

—Sí, señor; porque si viniera la peste, además de hacerme poderoso y tirar la tenacilla y la bolsa de los polvos, tendría el orgullo de haber sido útil á mis conciudadanos.

La ciudadanía del peluquero sienta mal al secretario del despacho, y con voz áspera le dijo:

—En volviéndote á oír otra palabra republicana, te despido, y ¡sabe Dios si parará ahí la cosa!

—¿Pues yo qué he dicho?—pregunta el peluquero sobresaltado.

—Demasiado lo sabes.

—Juro á V. E....

—¡Juramentos también!... ¡A que no halla el diablo cosa por qué desechar á este peluquero! ¡Cómo se conoce que estuviste en Francia con el general Ricardos!

—No, señor, no fuí yo; fué mi tío; y no con el general Ricardos, sino con el señor marqués de la Romana.

—Es lo mismo; tenéis inficionada la sangre. Pero vaya, dejémonos de réplicas; ahora te mando yo que me digas en qué consiste tu gran medicina para preservarse de la fiebre amarilla, si no es alguna paparrucha, que mucho lo temo.

—¡Paparrucha!...—exclamó el peluquero.—En cuanto le diga á V. E. quién me ha dado el secreto, no quiere V. E. saber más.

—Es probable.

—Pues sí, señor; no lo tome V. E. á broma. Me le ha dado la beata Clara.

—¡Pajarito!...—exclama el covachuelo con tono de reconvención.

—Lo que V. E. oye—replica el peluquero con calma.

—Yo he jugado mucho con ella cuando no hacía milagros, y me tiene una gran afición. ¡Como que mi madre y la suya eran íntimas amigas! ¡Figúrese V. E. si tendré satisfacción con ella!

—¿Y entras ahora en su casa?

—Y la veo algunas veces, cosa que no todos consiguen.

—Vente luego á verme y hablaremos á solas de este negocio—le dijo el covachuelo en voz baja.

—¿V. E. quiere verla?

—Hablaemos.

—Si V. E. quiere, yo se lo diré á la madre de Clara y no habrá inconveniente. A pesar de que allí van muchas personas principales y se vuelven sin verla. Pero yo tengo vara alta y....

—Pues bien, hablaremos—interrumpe el secretario del despacho.

Y concluído su peinado despide al peluquero, quedándose con su paje de bolsa y con el ayuda de cámara, que entra á vestirle y á anunciarle los nombres de media docena de personas que desean verle.

—Pero, señor, ¿es posible que no me han de dejar ni un momento solo!—exclama el covachuelo.

—Pues la escalera estaba llena de gente—dijo el paje.

—Y en la covachuela no me dejan hacer nada; y cuando voy á misa,

y en el jubileo, y hasta en el mismo palacio..... ¡Oh! ¡Esta vida no es para llegar á viejo!

—¿Les digo que esperen?—pregunta el ayuda de cámara.

—Sí, díles que esperen, ó si no..... mira, mejor será que les digas que se vayan..... ó que..... sí, sí, que se vayan y que me dispensen, porque estoy ocupado en asuntos urgentes del real servicio.

Dase con esto prisa á vestir, y tomando el sombrero y el espadín de manos del paje, sale seguido de éste á la calle por la escalera secreta.

Allí, sombrero en mano, los aguarda uno de los lacayos, y abierta la portezuela del coche, sube á la caja por la consabida mesilla ó taburete que á prevención llevaban todos los coches á la zaga, no sin que primero se santigüen S. E. y el paje, y dada la orden al cochero, se trasladan al convento de la Soledad.

La misa rezada que oye de rodillas el ministro la ayuda su secretario; en la sacristía besan ambos la mano al celebrante, y vueltos de nuevo al carruaje, dan con sus huesos, bastante quebrantados, en otra iglesia donde está el jubileo de las Cuarenta horas.

Es S. E. cofrade del *Alumbrado y vela*, y aquella la hora de su guardia, que con un cirio en la mano hace de rodillas en compañía de otros tres congregantes, con quienes, acabada la vela, tiene un rato de conversación en la sacristía, que era uno de los centros parlamentarios de aquella época poco parlamentadora.

Distribuye media peseta entre los pobres que hay en la puerta del templo, da dos reales al hermanuco que pide limosna para las capuchinitas de Barbastro, encarga al lego de las de Pinto que le lleve á su casa el Niño Jesús para que le vista su esposa, y acomodado de nuevo en el coche se dirige con el paje á la convachuela.

Los pretendientes que llenan la primera antesala hacen una profunda, silenciosa y grave cortesía al ministro, absteniéndose de acercarse á hablarle, no por respeto á S. E., sino por miedo al portero, que les deja estar allí con la precisa condición de que no han de molestar al covachuelo.

—Señores—les acababa de decir cuando llegó el ministro,—S. E. tiene muy buena memoria, y con sólo ver á ustedes recuerda los asuntos de cada uno. Y sobre todo, tiene muchas cosas sobre sí para que pueda pararse á oír impertinencias.

—¡Pero á mí no me ha visto nunca!—replica una vieja, que vestida de luto estaba entre la turba de pretendientes.

—Y usted ¿qué es lo que quiere?

—¿Qué he de querer sino que á mi hijo le den una plaza de *mozo de oficio*!

—¿Tiene méritos?—preguntó el portero,

—Más que nadie, sin agraviar á los presentes. Su bisabuelo (que en paz descanse) fué el primer mozo de oficio que hubo en la familia, y llegó á *casiller* en el cuarto del rey. Mi padre (que Dios haya) también sirvió ambas plazas, y mi esposo (que Dios haya perdonado) murió siendo mozo de oficio en esta covachuela.

—¿Cómo se llamaba?

—Pedro Berroqueño.

—Fué grande amigo mío; muy duro para el trabajo y hombre de bien y de empuje en la bebida.

—Pues su hijo no le va en zaga, y en cuanto á fuerza tiene más que su padre.

—Difícil será; Perico era hombre que llevaba un arcón de doce arrobas de plata como si fuera una guinda.

—Su hijo carga diez y seis.

—¡Demonio!—exclama el portero.—¿Y usted qué hizo? ¿Pidió ya la plaza?

—No, señor; no sé lo que he de hacer.

—Meter un memorial desde luego; pero el cuento es que no habrá nada *vaco*.

—Que jubilen á alguno de los viejos.

—¡Jubilar!.... Si la oye S. E., la excomulga. Aquí no se jubila á nadie.

—¿Y cómo lo hemos de hacer?

—Esperar á que haya alguna plaza *vaca*—dijo el portero.

Y cuando oyó el coche en que venía S. E. abrió de par en par una mampara de hule, digno adorno de aquella pobre antesala, en la que no había otros muebles que unos cuantos sillones de nogal forrados de badana y una mesa de lo mismo.

El ministro atraviesa la estancia con paso grave, dando cabezadas á izquierda y derecha, y aprieta la mano á un caballero, que le corresponde del mismo modo, diciéndole además breves palabras al oído.

Es el tal el único que no está comprendido en el anatema del portero, y ya no es la primera vez que merecía semejante distinción, por la cual le felicitan todos los pretendientes.

El covachuelo sigue hacia su despacho y en el camino va diciendo al paje:

—¡Raro capricho es el de este buen licenciado! Renunciar una vara que yo le ofrecí de buena voluntad porque creo que la merece, y contentarse con pedirme que le deje darme los buenos días al oído en la antesala de la covachuela.... No lo entiendo.

—Pues él sí que se entiende—dice el paje.

—¿Qué fin lleva en eso?—pregunta el covachuelo.

—¿De veras no lo ha comprendido V. E.?

—No lo comprendo, y me harías un favor en decírmelo.

—Pues es cosa muy fácil: como ven los pretendientes que V. E. le aprieta la mano y que le trata con familiaridad, pasa á los ojos de todos por un grande amigo de V. E.

—¡Toma, eso ya lo comprendo!; pero ¿de qué le sirve?... ¿qué gana con ello?

—Buenos cajones de cigarros, mejores tareas de chocolate, alhajas y algunos mejicanos.

—¡Bah! —dice el covachuelo.

—Créame V. E., señor.

—¡Pero hombre, le han de hacer esos regalos por sólo que hable conmigo! En ese caso á ti deben llenarte la casa.

—No, señor, porque yo no especulo con mi destino ni con la confianza que V. E. se digna dispensarme.

—Pues menos podrá especular el licenciado.

—Sí señor, porque como se le tiene entre los pretendientes por el privado de V. E., todos le agasajan para que se interese en su favor; y como habla á V. E. al oído, á cada uno le dice que lo que habla es recomendando su empeño.

—¡Será verdad!—exclama el covachuelo sorprendido.

—Sí, señor, y así lo saben ya muchas gentes.

—Pues da orden al portero para que no le vuelva á dejar entrar ni en la antesala y anuncia una audiencia general—dice el ministro.

Y preocupado con lo que acaba de oír, entra en su despacho sin contestar á las reverencias que le hacen los covachuelos.

El paje se muestra solícito en recogerle el espadín y el sombrero, y empieza á darle cuenta de los asuntos del día, retirándose después á su mesa para que entren al despacho los oficiales superiores de la covachuela. A todos los recibe S. E. con agrado, pero sin dispensarles el tratamiento ni hablarles de otra cosa que de los negocios, los cuales examina con una prolijidad summa, dando gran importancia á los más pequeños accidentes. Tales como que el margen del papel en las comunicaciones á los obispos debe ser de tres dedos y no de cuatro, como el de los Grandes de España; que no se dé curso á ningún memorial que traiga rúbrica, siendo dirigido al Soberano, y por último, que no se abuse de las letras mayúsculas al hablar de ciertas corporaciones.

Todas esas faltas le ponen de mal humor, y es inexorable con los expedientes que le traen á la firma cuando están copiados en mal carácter de letra. A veces suele rasgarlos; pero si le coge de buen temple hace entrar

al meritorio ó al escribiente á su presencia y le amonesta con suavidad, diciéndole:

—Vuelve (á éstos también los tuteaba) á copiar eso y ten más cuidado para otra vez con no echar mentiras, con hacer la letra igual y clara y con no torcer los renglones, que para eso son las *pautas* y las *falsillas*. Se hace despacito, que nadie nos corre, y lo que no se acaba en un día se acaba en otro. Cuando se ve un papel bien escrito nadie pregunta el tiempo que se ha tardado en escribirlo.

Y era la verdad que nadie les corría, porque lo que ellos no hicieran no habían de venir á hacerlo otros, y siempre llegaban á tiempo. Ningún empleado tenía detrás de su cartapacio un pretendiente que le pusiera en *jaque* ni le dijera *envido*, y podían echarse á dormir sosegados.

Lo cual hacían, amén de las noches, todas las tardes después de comer, para lo cual habían abandonado la covachuela á la una y media. Porque á las dos, ya lo dijimos en uno de los primeros cuadros, á las dos de la tarde se cerraban todos los oficios y se abrían todos los estómagos.

Antes de esa hora había ido el ministro al palacio real, seguido de su inseparable paje de bolsa. Pero al entrar allí dejaba de ser covachuelo para ser lo que eran todos los que una vez entraban en palacio, *palaciego*.

Y como de este tipo nos heinos ocupado en otros cuadros, aquí dejamos al covachuelo para tomar al propietario de fincas urbanas, al *casero*.





CUADRO XL

EL CASERO DE ANTAÑO

Háblame con franqueza, lector: si no has de mirarle atentamente doblo la hoja y paso adelante.

Me quedan pocas páginas que escribir para dar por terminada la primera parte de esta obra, tengo muchas cosas que contar en ellas y estoy resuelto á sacrificar al casero si tú no haces ánimo de examinar con detención su retrato.

Conque vengamos á cuentas y hablemos claro. ¿Quieres que sacrifique al casero?

Piénsalo bien antes de contestarme, no sea que te seduzca la proposición.

Yo bien sé que tendrás ganas de sacrificar una vez al que tantas te ha sacrificado; pero reflexiona y mira que tu casero no es el mío, y que inmolarse al casero de antaño para vengarse del de hogaño sería lo mismo que fusilar la estatua de la fe para castigo de la incredulidad.

Si yo sacrifico ahora al casero de AYER, dando al olvido su memoria, no te libras de que el casero de HOY, llamándose propietario, lo sea de tu habitación para echarte de ella cuando le acomode y de tu dinero para retenerte media anualidad del alquiler por vía de fianza y de los trescientos sesenta y cinco fueros que tiene sobre ti, de los que nada quiero decir ahora.

El casero sacrificado sería el que ya lo era en su tiempo, viéndose obligado á arrendar su finca á los militares y á los alcaldes de Casa y Corte y á otra multitud de gentes privilegiadas para los arriendos, y á no poder subir el precio del alquiler si no le acomodaba al inquilino, que como puedes suponer no le acomodaba, y á otra porción de cosas que venían á hacer ilusorio el derecho de propiedad.

Tu casero es el que te cita á juicio de conciliación para pedirte el desahucio por un quítame allá esas pajas; porque te has atrasado ocho días en pagarle un mes, que él tiene ya en fianza con otros tres ó cuatro, ó porque hay otro inquilino que le ofrece un real más al día, ó porque das posada al peregrino y le rebajas el decoro de la fachada poniendo papelitos en los balcones, y últimamente..... porque quiere, que para eso y para mucho más es el amo de la finca.

El mío, por el contrario, lejos de demandar á sus inquilinos teme que ellos le demanden, y los mima y los contempla; y si hace alguna alteración en los arriendos es para bajar el precio, y los consuela si se afligen por no poderle pagar, y en suma, siempre entra perdiendo y pocas veces sale ganando.

Por lo cual puede decirse que AYER el propietario de la finca era el inquilino y que el casero de HOY es á la vez inquilino, propietario y todo lo que hay que ser, menos casero.

Porque á pesar de lo mucho que hoy se habla de los caseros y de lo que contra ellos se declama, el verdadero casero es un tipo que pertenece á la historia de lo pasado y su retrato no puede ser otra cosa que un cuadro más en este museo necrológico. Pero no un cuadro cualquiera, sino tan importante, que vendrá á ser con el tiempo la perla de la colección.

Y téngase en cuenta que no es su autor el que le da tan grande estima, sino que le han visto muchos inteligentes y todos están conformes en decir que no tiene precio; habiendo añadido algunos que si se sacara hoy á pública subasta acudirían á pujarle todos los inquilinos de España, que, como puedes figurarte, son muchos más que los caseros.

Pero no hay cuidado, no se vende. La gran familia de los propietarios de fincas urbanas respeta mucho su memoria y se ha empeñado en no dejarle salir del panteón.

Hay quien dice que andan por ahí algunas copias mal hechas; pero se ha ofrecido un gran premio al que presente algunas y no se ha conseguido nada.

Acaso habrá HOY algún casero que *se dé un aire* al de AYER, pero será un aire como el que dice el Diccionario de la Lengua que *hacen* los abanicos: aire falso, aire de Diccionario que no tiene obligación de saber distinguir el viento del aire.

Y para que veas que tengo razón en lo que digo, ahí te va el cuadro original, míralo:

En primer término está la casa, y es natural, porque sin ella no estaría el casero. El pintor ha hecho bien en suponer que las madres nacen antes que los hijos y los efectos después de las causas.

No es moza de gran estatura, pero tiene sus tres pisos: el bajo, el principal y las buhardillas.

Y si no es más alta es porque la tiene encanijada un monasterio vecino, *cuyo registro no le está permitido*; y una vez que quiso alzar la cabeza se la cortó la autoridad, apercibiéndole para que en lo sucesivo *no buscara la luz por ventanas ó buhardillas que pudiesen registrar la clausura, ni hiciese sombra al convento, embarazando á las monjas el sol y el aire, porque siendo su morada continua en la casa, necesitan habitación sana.*

Vivió en sus mocedades muy pintarrajeada de verde y rosa con muchos ramos amarillos y algunas liras blancas, pero ya se la van cayendo los adobos y descubre sus huesos de piedra berroqueña y de ladrillo. Apenas puede con el peso de los balcones, y ya se habría echado al suelo con la carga si no la mantuvieran dos gruesas vigas que la tienen apuntalada por el costado izquierdo sin faltar al decoro de la fachada principal.

La denunciaron por vieja, como si la vejez fuera un pecado, y reconocida por un arquitecto, dijo que no esperaba peligro de muerte y que podría vivir diez años más con sólo *echarla un apeo.*

Y la apearon, y el público si le estorbaban las vigas pasaba por debajo de ellas ó se iba por la otra acera y no había nada perdido.

El portal estaba desembarazado y libre de portero, de *cancela* y hasta de baldosas en el pavimento. Había estado empedrado; pero como las cosas humanas no son eternas, ya no lo estaba, y sólo le quedaban algunas piedras en derredor del albañal que pasaba por en medio.

Sobre la puerta, grabado en la piedra, había una cruz y dos corazones, y debajo se leía el consabido *Alabado sea el Santísimo Sacramento* y el *Jesús María y José*, y más abajo el año en que fué reedificada.

Y allá, sobre el balcón principal, un azulejo pequeño en el que algunos dicen que leían lo siguiente: *Visita general, casa número tantos.* Lo cual servía para dar número á las casas, pero no para que sirviera la numeración, porque su mismo número solía estar repetido cinco ó seis veces en una misma calle, aunque no en una misma manzana, y por eso el que tenía interés en buscar alguna casa lo conseguía con sólo retener en la memoria el nombre de la calle, el número de la manzana y el de la casa.

En una de las paredes del portal había un retablo de la Virgen de los Dolores, alumbrado por una luz de aceite que solía costear por vía de

censo el dueño de la casa, y debajo una puerta pequeña rota y nunca cerrada, á pesar de que cada inquilino tenía una llave de ella. Pero como no eran los amos sino los criados los que bajaban á verter allí la basura de la semana, se olvidaban de cerrar el basurero.

La escalera era estrecha, pero en cambio los escalones eran muy altos y pocos brinco costaba el llegar arriba. En la última meseta, entre las dos puertas de los cuartos principales y sobre una pared de yeso negro, se veía un sucio, arrugado y cuarteado lienzo de autor anónimo, y que representaba según unos las tentaciones de San Antón y según otros la Purísima Concepción.

En cada una de las puertas había asimismo clavada una estampita del Sagrado Corazón de Jesús ó de la efigie de Santa Bárbara ó la Cara de Dios, y el tirador de la campanilla era una cuerda de cáñamo con más nudos que la de San Francisco y que remataba en un zoquete de madera.

Si faltaba ese modesto avisador, había necesidad de poner los nudillos en contacto con la madera para anunciarse al inquilino y pasar adelante.

Nosotros no lo haremos, porque ya hemos dicho que respetamos la vida privada de las gentes de AYER, y para ver un cuarto de la casa no necesitamos que esté habitado. Sólo hemos de hablar de las paredes, y esto se logra fácilmente pidiendo las llaves de un cuarto desalquilado.

Pero es inútil semejante diligencia, porque el alquiler y el alquilador forman el segundo término de este cuadro. Su autor ha querido hacerle completo y nos presenta un matrimonio llamando al cuarto contiguo al que está por alquilar, en el cual se oye una voz que pregunta:

—¿Quién es?

Y otra que responde:

—Gente de paz.

—¿Quién es la gente de paz?—repite la voz primera.

—¿Tiene usted las llaves del cuarto desalquilado?—pregunta la segunda.

Y contestan entregando al que habla dos que ni las de San Pedro, en cuanto á lo pesadas y en cuanto á lo antiguas y aun en cuanto á lo poco familiarizadas que están con la cerradura.

Pero dice la vecina que ella les conoce las mañas, y con un poco de aceite del velón y alzando la puerta con la mano izquierda y apalancando con la derecha la llave, abre por fin y entra con el matrimonio, diciéndoles:

—Aunque sea descortesía, ¿son ustedes muchos de familia?

Y el caballero, que no sabe si la descortesía es la de la pregunta ó la de tener mucha familia, responde que ni mucha ni poca, y la vecina añade:

—Los que vivían antes en este cuarto eran doce: un matrimonio con cuatro hijos, las dos suegras, el padrastro, una hermana del marido, un tío sacerdote y la criada.

—Estrechitos andarían—repuso el caballero, que ya había dado un vistazo á la casa.

—No lo crea usted; es más de lo que usted se figura la casita esta, tiene mucho fondo y en la alcoba principal caben muy cómodamente seis catres y la cama de matrimonio.

—Verdad es—dijo el caballero;—pero eso tiene sus inconvenientes, porque hay que poner biombos entre una y otra cama.

—Ó cortinas—repuso la mujer,—y es más barato, porque con unos clavitos y unas cuerdas de pared á pared está listo todo. En la mía, que no es tan grande como ésta, hay cuatro camas, seis cofres y dos armarios. Yo digo á ustedes la verdad, me angustian las alcobas pequeñas en que no se pueden colocar sino dos catres y un par de baúles. ¡Pues no digo nada de las demás piezas, que hay salas en algunas casas que con un par de canapés, doce sillas y tres ó cuatro mesas ya están llenas! La mía se traga tres canapés, veinticuatro sillas, cuatro rinconeras y dos mesas, y aún parece que está todo bailando. Y en éstas ya ven ustedes que pueden correr caballos.

—Yo no los tengo—dice el caballero sonriendo.

—Ya, pero es un decir; tampoco los tenía el vecino que se ha marchado, y se alegraba mucho de tener un desahogo tan grande, para los niños sobre todo..... A pesar de que, sin ofender á nadie, los tenía muy bien educados, y rara vez entraban aquí, porque hay un corredor muy hermoso y allí jugaban siempre.

El corredor de que hablaba la vecina era el que daba la vuelta al patio, y recibía la luz y el sol sin el oficioso corretaje del vidrio. Por él se iba á la cocina y al comedor y al despacho y á la pieza más importante del cuarto: á la primera que pidieron ver los visitantes y que citaba con orgullo el dueño de la casa. Y no porque el tenerla fuera una excepción, sino porque era de las mejores en su clase y ella sola bastaba para recomendar el cuarto.

Buena era la alcoba y la indispensable sala de recibo, pasadizo perpetuo del gabinete, y bueno también el despacho, antesala de una alcoba para los criados y el comedor con otra alcoba y siempre de paso á la cocina; pero ¿qué valía ninguna de esas piezas comparada con la otra?

No con la de *jabonar*, ni con la de *los baúles*, ni con la de *la ropa sucia*, piezas indispensables en toda casa de buen gobierno, sino con la despensa. La despensa, amigo lector, la despensa era una pieza importantísima cuando las tiendas de *mercería*, que así se llamaban entonces las de comestibles, no vendían otra cosa que aceite, jabón, velas de sebo, pajuelas y otros manjares por el estilo.

En todas las casas era ella la pieza favorita, pero no todas las tenían como era debido. Una despensa en la fachada del Mediodía no servía para

conservar el tocino, ni los jamones, ni los chorizos, ni el queso manchego, ni las pastas; para que no se enranciara el aceite ni se apolillasen los garbanzos era preciso guardarlo todo en la pieza más fría de la casa. *Una despensa con ventana al Norte* era el bello ideal de los inquilinos de AYER.

Nuestro matrimonio no necesitó ver más para decidirse á tomar en arrendamiento el cuarto, y preguntó quién era el casero, ó mejor dicho, adónde vivía, porque ni al inquilino le importaba saber cómo se llamaba para buscarle, ni luego le había de dar otro nombre que el de casero.

Así le llamaban todos los inquilinos, y hasta sus propios amigos le conocían por ese nombre que había recibido en la pila bautismal, si heredó la finca de sus padres, más tarde, al pasar del estado llano, vulgo pobre, al estado rico ó de propietario. Por eso el matrimonio llegó á la casa habitación que buscaba, y apenas preguntaron si vivía allí el casero de.... sin dejarles dar las señas de la casa les hicieron pasar adelante. Sabía el criado que su amo era casero, y como esa especie no ha sido nunca muy abundante, eran inútiles más explicaciones. Desde luego les condujo á la presencia, no del casero, sino de la casera, de la verdadera propietaria de la finca. Señora de unos cincuenta y cinco diciembres, que aún se acordaban de haber sido abriles y estaban reventando por salir de la estrecha prisión en que los tenía la negra basquiña, y el pañuelo de paño pardo estampado de verde, y la cofia blanca, y el delantal de indiana, y los zapatos de tabinete amarillo. No debía al droguero ni al boticario el color que la teñía el rostro, y de su pelo podía decir con orgullo que más vale lo propio conocido que lo ajeno por conocer. Había vivido en el estado honesto los primeros cuarenta años de su vida, y heredó antes de cumplir los cuarenta y uno dos casas (la en que vivía y la que alquilaba), y después de cerrar los ojos al consejero de Indias, á quien había servido de doncella veinte años, se casó con el ayuda de cámara de Su Ilustrísima, á quien también dejó su amo una manda aunque pequeña.

Ella era por lo tanto la dueña de las fincas, y ella la que tenía el derecho de escoger los inquilinos. Su esposo no era sino casero consorte, y sólo le pertenecía la cobranza de los alquileres y el constituirse en sobrestante cuando se hacían algunos reparos en la casa.

Recibió al matrimonio con agrado; preguntó al marido el nombre, el empleo, y si eran muchos ó pocos de familia, y cuando ya se hubo impuesto de todo, les dijo:

—¿Se han enterado ustedes bien á fondo de la casa?

—Sí, señora—le respondieron.

—Tiene muchas comodidades—añadió,—y ya no quedan muchas como ella en la corte. Como tenga usted cuidado—dijo, dirigiéndose á la señora—de cerrar en verano á piedra y lodo los balcones antes que salga el sol, y

riegue usted las habitaciones y abra la puerta de la escalera, estará el cuarto más fresco que una lechuga. ¡Pues no digo nada en tiempo de invierno! Sin otra cosa que clavar unos orillos de paño en las ventanas y poner un felpudo ó una piel delante de cada puerta, apenas hay necesidad de arrimarse al brasero.

—Yo quisiera—dijo la señora—que se me blanqueasen las alcobas y la cocina, porque están muy sucias.

—No puede ser—interrumpió la casera.—¡Pues si apenas hace veinte años que se blanqueó toda la casa!

—Sin embargo, están muy sucias las paredes y se conoce que no eran muy limpios los inquilinos que la han dejado.

—¡Qué no eran limpios!... ¡Vaya!... Como los chorros de la plata. Mal genio tenía la señora, eso sí; pero limpia y aseada y mujer de su casa como buena vizcaina. Esas manchas que usted ha visto las escupe la pared, y usted misma con un estropajito y un poco de agua las quita y queda la casa como nueva.

—Lo que me ha parecido—dijo el caballero—es que ha de haber algunas goteras, y eso sí que lo sentiría.

—No tenga usted cuidado—repuso la casera,—porque tampoco hace seis años que se retejó toda la casa. Lo que sucede es que cuando llueve mucho, siempre se escurre alguna gota entre las vigas; pero eso, con tener cuidado de poner cazuelas en algunos parajes está remediado.

—¿Y de vidrios, está corriente?

—Sí, señor, no falta ninguno; de dos ó tres que hay rotos en el balcón del gabinete, tenemos aquí los pedazos, y ya se los dará á usted mi marido para que con unas obleítas y unas tiras de papel los componga, y está todo aviado. También les dará á ustedes cuatro ó cinco baldosas que ha de haber rotas para que cuando vaya por allí el albañil las reciba con un poco de yeso.

—Y de camino—dijo la mujer al marido,—si hay algún agujero de ratones, le diremos que eche una pellada; me parece que en la cocina y en la despensa he visto alguno.

—Podrá ser—replicó la casera;—pero eso, usted misma ó la criada meten un carbón en cada agujero, y no hay nada mejor.

—Para todo encuentra salida esta señora—dijo la nueva inquilina un tanto picada.

—No ve usted que llevo muchos años de bregar con inquilinos, y si fuera una á dar gusto á todos, siempre estarían echando remiendos los albañiles. Y parece que no es nada; pero un jornal de aquí y otro de allá se llevan la renta; sobre todo ahora que tenemos esas nuevas cargas del alumbrado y de los serenos, y el dichoso bando sobre incendios, que con

la limpieza de las chimeneas todos los años, y el embaldosado de las buhardillas, y la hojadelata en las ventanas de las cuevas, y el arreglo de los fogones, nos saca un dineral.

—Y en el precio—repuso el caballero—¿no me hará usted alguna gracia? Tres reales y medio es mucho; bájeme usted siquiera el medio real.

—Es imposible bajar ni un ochavo: son quince piezas y todas grandes y en buen sitio; como que allí vale cada pie de terreno á ocho reales de vellón (1). Y sobre todo, la comodidad de la despensa, que ella sola vale los tres reales y medio. ¿Se han enterado ustedes bien de lo que es la tal despensa?

—Sí, ya hemos visto que tiene ventana al Norte.

—¡Pero qué ventana! Allí se conserva el tocino todo el año como el primer día.

—¿Qué tal vecindad tenemos?—preguntó el caballero.

—Excelente—contestó la casera.—Toda gente muy honrada, buenos cristianos, enemigos de bullangas y muy tratables bajo todos conceptos.

—Me alegro mucho, porque la buena vecindad es muy útil, y más para mí, que no soy amigo de ruidos ni de salir de casa de noche.

—Va usted á estar perfectamente—repuso la casera,—porque ningún vecino se retira tarde, y los del cuarto bajo de la derecha se reunen con los del otro principal á rezar el rosario, y luego hasta las diez las mujeres hacen labor y los hombres charlan ó leen en voz alta libros entretenidos y honestos.

—Pues, señor, me acomoda la casa.

—Estarán ustedes cada día más contentos—dijo la casera.

Y se alzó de su asiento, gritando:

—¡Juan, ven á hacer el recibo del alquiler y á entregar las llaves á este caballero!

Y el buen Juan salió con la pluma detrás de la oreja y el peluquín en el cogote á saludar á los nuevos inquilinos.

Díjole su mujer que ya ella lo había dicho todo y que no tenía otra cosa que hacer sino entregar las llaves que él traía ensartadas en una cuerda.

—Ésta—les dijo, enseñándoles la mayor—es la de la puerta de la calle; para abrir no hay más que apretar un poco con la rodilla y dar al propio tiempo la vuelta sin hacer fuerza para que no se rompan las guardas.

(1) En la Puerta del Sol valía cada pie de terreno treinta reales; en lo alto de la Carrera de San Jerónimo, seis, y en lo que hoy es Congreso de Diputados, un real; en Platerías, diez reales; en la calle Ancha de San Bernardo, ocho reales, y en la última mitad de la calle de Fuencarral, medio real, ni más ni menos que en la de Hortaleza. Si hoy anduvieran los *pies* tan baratos, no llevarían los suyos en coche los caseros.

(Nota de un inquilino de hoy.)

Cada vecino tiene la suya, y al anochecer, la semana que toca por turno se baja á cerrar, y lo mismo los días de fiesta á las dos de la tarde. Esta otra—añadió—es la del basurero; si usted ha vivido antes de ahora en Madrid, ya sabrá que todos los días se baja á verter la espuerta, hasta que los sábados se la llevan toda junta los barrenderos.

Con explicaciones análogas entregó cada una de las llaves, recomendando mucho que no hiciesen fuerza al usarlas, y dijo:

—Mi esposa habrá enterado á ustedes de todo, y creo inútil por mi parte añadir nada más sino que disfruten muchos años con salud y en gracia de Dios el cuarto. Ahora extenderemos el recibo, y si ustedes gustan iremos allá para darles la posesión.

Así lo hicieron, extendiéndose el recibo con la condición de que el inquilino había de pagar por meses vencidos; que podía vivir la casa todo el tiempo que quisiera, sin que pudiese el dueño subir el precio del alquiler hasta pasados diez años; que si á ese tiempo lo hacía, había de ser previa tasación de dos alarifes ó maestros de obras, nombrados el uno por el dueño y el otro por el inquilino; y en suma, que ni el pretexto de hacer obra en el cuarto era suficiente para el desahucio. Eso y mucho más prevenía el famoso auto acordado de los señores de la Sala, que los inquilinos sabían de memoria y al cual los caseros no faltaban en un ápice, á pesar de lo poco que favorecía sus intereses.

Pero ya hemos dicho que el casero de antaño no era tan propietario absoluto de la finca como lo era de la casaca que llevaba sobre sus hombros ó de las tierras que labraba y podía sembrar á su antojo de trigo ó de alfalfa, aunque también para esto había sus restricciones, merced á la famosa intervención de las municipalidades en el precio del pan y otras regalías con las que el pobre vivía muy regaladamente.

El casero consorte, perfectamente instruido por su esposa de lo que debía hacer en semejantes casos, probó una por una todas las llaves de la casa, dió al inquilino algunas lecciones acerca del difícil manejo de las fallebas y barras de los balcones, le enseñó la manera de colocar la muy pesada de madera que se ponía de noche en el portal, y por último se informó con maña de que los nuevos inquilinos tenían la bula de la Santa Cruzada y las cédulas del cumplimiento de Iglesia. Semejante averiguación decía su esposa que no era indispensable, porque cada cual era dueño de su conciencia; pero la tenía por muy útil, atendido á que si la Inquisición procesaba á algún inquilino, se veía obligada á picar y blanquear el cuarto, y aun así tardaba mucho tiempo en hallar quien quisiera alquilarlo.

El día de la cobranza mensual de los alquileres solía la casera acompañar á su marido, que con un libro de pergamino debajo del brazo y un tintero de cuerno en el bolsillo, amarrado por ende al ojal, llegaba á los

cuartos, y cuando preguntaban quién era el que llamaba, solía contestar: «El pícaro del casero.»

Y pasaba adelante gastando otra porción de chanzas por el estilo, siempre de buen humor y próximo á enternecerse y á tomar parte en las desgracias y miserias del inquilino.

En sus relaciones con el tracista y maestro de la fábrica y en las que tenía más frecuentemente con los demás menestrales era asimismo afable y misericordioso y hasta filantrópico, si entonces esta palabra no la tuviera la caridad metida debajo de siete estados de tierra.

Intervenía minuciosamente todos los trabajos, evitando y recogiendo por sí propio un polvo de yeso que pudiera desperdiciarse; cuidaba de que no se quebrara ningún ladrillo; prohibía á los albañiles que expusiesen la vida por perfeccionar la obra, y nunca mandaba retejar ó hacer otro reparo peligroso sin mandar decir una misa á San Vicente Ferrer; de cuyo santo sabía que habiéndose caído un albañil de un andamio, le mandó que se detuviera en el aire mientras él iba á pedir al prior licencia para hacer el milagro de que no se hiciese daño al caer al suelo.

Para los reparos de cerrajería y aun para algunos de carpintería no necesitaba acudir á los menestrales, porque era él sobrado mañoso para enderezar un picaporte, arreglar la hembrilla de un cerrojo y aun rebajar una puerta si el inquilino se quejaba de que no se podía cerrar sobre la estera.

Su libro predilecto eran las *Ordenanzas de Madrid*, escritas por Teodoro Ardemáns, y sabía de memoria todos los preceptos que en él se contienen, tanto para la construcción como para el entretenimiento y conservación de las fábricas. En ninguna de las que él administraba y que aportó al matrimonio su esposa consintió dormitorios que no tuviesen una pieza de resguardo, ni los hizo con la pared de la cabecera contigua á pozo, fuente, albañal, sumidero ni arca de agua. Si los inquilinos del cuarto bajo se quejaban de humedad, cerraba las ventanas por espacio de veinticuatro horas, y clavaba un papel en la pared y otro en el suelo para ver si al día siguiente estaban húmedos.

Encargaba á los inquilinos que abriesen las ventanas dos ó tres veces al día para purificar el ambiente de las habitaciones, y que le avisaran si la chimenea revocaba el humo para ver si consistía en su fábrica ó en la elevación de la medianera.

Desde que leyó las citadas *Ordenanzas* no consintió recantones ni pozos empedrados delante de sus casas por no haber entrado en ellas Su Majestad; metió las rejas que salían más de cuatro dedos en calle de diez y seis pies; sólo permitió que tuviesen medio pie las que estaban en calle de veinticuatro, y reemplazó con balcones de hierro los de madera, porque vió que Ardemáns decía que *la madera es hierba y se pudre*.

También sabía de memoria el bando sobre incendios, recientemente publicado por la Sala de Alcaldes, y se dió prisa á cumplir cuanto en él se mandaba á los dueños de casas en la corte, girando una visita por todas ellas para recordar y prevenir á los inquilinos que no se descuidasen en obedecer lo que á ellos tocaba. Y aun se tomó el trabajo de darles una copia de los artículos siguientes:

«9.º Se prohíbe la venta de los fósforos, pena de diez ducados, por *no considerarse de ninguna utilidad* (1).

»10. En ninguna tienda de mercader, ni en portales, ni en otros sitios se permitirán luces de sebo ó cera con pretexto de devoción, pena de diez ducados, por los inconvenientes experimentados en este y en el pasado siglo.

»11. Se prohíbe absolutamente el uso de luminarias de tea ó de virutas de madera que se acostumbra poner delante de las iglesias la víspera de sus fiestas, ó casas particulares, pena de diez ducados al que las ponga y al que las alquile.

»12. Los lacayos no podrán sacudir las hachas contra las esquinas, paredes, puertas ni en las ruedas de los coches, sino en las zagas, pena de cuatro ducados por la primera vez y de aumentarse en los casos de reincidencia.

»14. En ningún tiempo del año se quemará en las calles ni plazuelas la paja que se desecha de los jergones ó con cualquier otro motivo, pena de seis ducados.»

No incluía en la copia anterior el artículo 13 del bando, que prohibía sacar á encender los braseros al balcón y arrojar cenizas á la calle, porque sus casas no estaban en la plaza Mayor, y sólo con ellas hablaba el artículo. También AYER era costumbre poner la cebada al asno muerto, y recordando el terrible y memorable incendio de la plaza, á ella sola se limitaban ciertas prohibiciones; siendo por lo tanto lícito á los confiteros, cereros, bodegoneros, sombrereros y pasteleros trabajar en sus propias casas, sin que pudieran hacer lo propio los que vivían en la plaza y sus avenidas, que sólo podían vender allí sus manufacturas, pena de cien ducados. Otras muchas órdenes y reales disposiciones sabía de coro el casero de antaño, y era un fiel observante de todos los mandatos de la autoridad; sin que por esto se crea que dejaba de representar alguna vez contra ciertas medidas, llegando respetuosamente á los pies del trono á pedir

(1) El escribano que en 1790 autorizaba este bando, en el cual se decía que los fósforos *son de ninguna utilidad*, se llamaba D. Joaquín Gómez Palacio. Se lo avisamos al fosforero D. Pascasio Lizarbe, por si quiere lanzarle algún anatema en las célebres coplas que regala á sus parroquianos encomiando la utilidad de las cerillas fosfóricas.

justicia, siempre en el concepto de gracia, y á hacer presente las muchas cargas que pesaban sobre sus fincas.

La más libre de todas tenía sobre sí, amén de las cargas de alumbrado y de aposento, diez ó doce censos que pagaba á los hospitales, y á las casas de la grandeza, y á los conventos de monjas, y al Santo Oficio, y á otra porción de instituciones que vivían á expensas del casero.

Pero el casero de que venimos hablando, y hablando mucho, es el seglar, y éste no era el más abundante en aquella época. El verdadero casero de antaño es el fraile. El padre procurador del convento, que con un rollo de pergamino y un tintero pasaba el día recorriendo, alquilando y cobrando las cien casas propias de la comunidad, era el verdadero propietario de las fincas urbanas de la corte. Entendía, como el seglar, en la compra de materiales y en el pago de los trabajadores, y era como él un sobrestante perpetuo de las obras y reparos que se ofrecían en las fincas.

Los albañiles y demás menestrales preferían trabajar á las órdenes del fraile porque les escatimaba menos el material, gracias á que le había costado más barato que al seglar, aun cuando la diferencia no hubiese sido otra que la de entrarlo todo libre de derechos. Privilegio, y sea dicho de paso, que gozaban también en todos los artículos que consumía el convento.

Preferíanle asimismo los inquilinos porque solía arrendarles más baratas las habitaciones y porque algunas veces, si congeniaba con la familia, les hacía la honra de acompañarles á tomar chocolate y hasta enseñaba la doctrina á los niños con más paciencia, según decían las mujeres, que su propio padre.

Encontrar habitación en una casa mostrenca, que así se llamaron después las de los frailes, era lo que decían entonces una viña, y los que la alcanzaban y sabían llevar el genio al padre procurador, venían á ser los verdaderos propietarios de la finca. Pero en cambio, como todas las cosas tienen su lado feo y su lado bonito, los que no acertaban á ser complacientes con la paternidad casera pasaban no pocos trabajos.

Generalmente había la mejor armonía entre el casero y el inquilino, porque ni el fraile era muy exigente ni, como decían las mujeres á sus maridos, debían romperse lanzas con el casero por pequeñeces y tonterías.

Por derecho ó por costumbre tenía la de tutear á todos los inquilinos, y se servía de ellos para todas sus necesidades, como si fueran legos ó criados de su convento.

Al inquilino sastre le decía que fuera á verle y le arreglaría una chaqueta para debajo del hábito, al zapatero le daba un sombrero de teja viejo para que le hiciese unas soletas ó plantillas para los zapatos, cosa muy recomendada contra la humedad antes de conocerse el caucho; ha-

cíale las camisas la viuda del cuarto principal; daba á la huérfana de la buhardilla unos pañuelos para que se los dobladillara, y por último al marido de la lavandera le enviaba al estanco por un cuarterón de tabaco en polvo. Cuando se desalquilaba algún cuarto daba las llaves á uno de los vecinos y le encargaba que estuviese á la mira cerrando y abriendo todos los días las ventanas, y si merecía su confianza le mandaba que contase los cahices de yeso y los ladrillos cuando había obra.

En suma, el fraile casero no tenía tantos afanes como el casero seglar, y natural era que sucediese así, porque el uno administraba sus bienes y el otro los de la comunidad. El uno tenía que pagar muchas cargas y el otro ninguna. Seglares son HOY los poseedores de todas las fincas de AYER; pero según indicamos al principio de este cuadro, el casero de antaño ha desaparecido. El de hogaño es un propietario que considera la casa como un capital cualquiera, al cual si le puede sacar el veinte por ciento no se ha de contentar con el quince. Los inquilinos no son prójimos, sino pájaros que no pueden vivir sin nido y que han de buscarle aunque el árbol se suba tan alto que casi toque al cielo. Del casero de antaño no queda otra cosa sino un ligero aire de familia que tienen con el procurador del convento, los administradores de las casas de beneficencia ó los de las pocas obras pías y fundaciones que no han caído aún en las redes de la desamortización. Como los pobres son siempre menores de edad, los administran con lujo y con despilfarro.

Hoy los que andan á caza de gangas buscan una casa que pertenezca á la beneficencia, como habrían buscado AYER una finca de frailes.

Todo es administrar, y por eso dicen que el ojo del amo engorda el caballo, y que la hacienda su dueño la vea y si no la ve que no la tenga.





CUADRO XLI

LA BEATA CLARA

. . . ¡Cierto que la tuya
es una niña muy bella!
Siempre está metida en casa;
ayuna, cuando la observa
su padre; cuando se va,
se abalanza á la despensa
y se desquita.

(*La Mojigata*, de Moratin.)

Aunque por el hilo se saca el ovillo y el paño se conoce por la muestra, también es cierto que una golondrina no hace verano y que en la mejor tela se cayó la mancha.

Hubo entre los apóstoles un Judas; de los querubines alados salió un demonio patudo, y nadie puede decir de esta agua no beberé, que adonde menos se piensa la liebre salta, y....

Pero ya estoy viendo que el lector se impacienta por tirarme de la levita, y que, harto de refranes, me pregunta:

—¿Y qué tiene que ver todo eso con el título del cuadro?

Y eso mismo le digo yo á mi pluma.

—¿Por qué traes á cuento esos refranes? ¿Qué tiene que ver la beata Clara con el hilo, ni con el ovillo, ni con la liebre que salta, ni con el ángel rebelde, ni con el discípulo que vendió á su Divino Maestro?

—¡Pues ahí verá usted!—me responde la pluma.

Y lejos de enmendarse, me dice que por mucho trigo nunca es mal año, que hombre prevenido vale por dos, que de los escarmentados nacen los avisados y que más vale un por si acaso que un quién pensara. Y tras de esos refranes me ensarta ciento, hasta que me veo obligado á llamarla al orden con seriedad, y entonces enmudece y afila los puntos en el corta-plumas, y los moja en vinagre, y emborriona diferentes papeles, y todos los rasga, hasta que por último hace una cruz y dice:

—Pues, señor, ya puede usted buscar otra pluma para dibujar este cuadro.

—¿De cuándo acá?—la replico sorprendido.

—Yo no hago retratos—me responde con sequedad.

—¿Pues no llevas hechos más de ciento en los cuadros que van escritos hasta aquí?

—No, señor.

—¿Pues qué eran?

—Usted lo ha dicho; eran tipos.

—¿Y qué es la beata Clara?

—Un retrato.

—Tanto mejor para ti; cópiale bien, no te apartes del original y te será más fácil el trabajo.

—Bien se conoce que no ha sido usted pintor sino de *brocha gorda*. ¿Cree usted que Moliere hubiera retratado *El Avaro*, ni Moratín *La Mojigata*, á no haber tenido á la vista más que un solo ejemplar de cada individuo?

—No tal: ya sé que había muchos, y por eso hicieron uno con los rasgos más principales de todos ellos. Haz tú lo mismo con la beata Clara; toma de muchas.

—¿Y dónde están?

—¡Qué se yo!

—Pues yo sí; yo sé que no hubo más que una, y por eso no me atrevo á retratarla.

—Es preciso—repuse con tono fuerte viendo la terquedad de la pluma.

—Sea enhorabuena, pero yo me lavo las manos—dijo ella, sin acordarse de que sólo cuenta con mi derecha y á ratos.—Con cien figuras habríamos retratado doce millones de habitantes, y ahora se empeña usted en hacer un cuadro que sólo retrata un individuo. De una gota de agua vamos á hacer un río, y el fenómeno va á pasar por especie.... Considere usted, señor, que esto es lo que se llama tomar el rábano por las hojas y la excepción por la regla, y mire que nos han de tener por ignorantes y por necios si damos como árbol genealógico de familia el nombre de uno de sus individuos. Reflexione....

—No quiero reflexionar otra cosa sino que eres una gran bachillera—la interrumpí incomodado—y que si pronto no haces el retrato de la beata Clara, nos habrán de oír los sordos.

—¡Ojalá lo fueran todos desde este momento!—dijo la pluma entre dientes.

Y volviéndose á dar un baño en el vinagre, como si estuviera apesta-da, escribió lo siguiente:

«No es la fe una cosa que pueda andarse dejando y tomando cuando se quiera, sino que una vez tomada no debe soltarse nunca, y por eso la pintan con una venda en los ojos, como en señal de haberse decidido á no rectificar su juicio con nuevas visiones.

»A los hombres de AYER no se les puede acusar de haber perdido la fe un solo momento, y estaban por el contrario tan apegados á ella, que creyendo se acostaban y creyendo amanecían, sin tener un solo momento desocupado en que poder dudar.

»Salían cargados de ilusiones á dar una batalla á los desengaños, y cada vez que la discusión asomaba la cabeza por algún punto, la daban el *quién vive* y el *¡atrás, paisano!*, recelosos de que fuera algún espía disfrazado del campo de la impiedad.

»Pocos eran los que alcanzaban á ver algo más allá de sus narices, y así vivían felices y dichosos, sin que el demonio de la duda lograra jamás la honra de batirse con el ángel de la fe.

»Pero como todos los extremos son viciosos y del bien al mal no hay un canto de real, huyendo del infierno de la incredulidad cayeron en el limbo de la candidez. De la verdad matemática pasaron á la hipótesis metafísica, y de ésta al absurdo, y de aquí al error, y....»

Trazas y materia tenía comenzada la pluma para no acabar en mucho tiempo de ensartar disparates, todos fuera del propósito del cuadro, y me fué preciso llamarla de nuevo á la cuestión, diciendo:

—Ven acá, pecadora, y dime: ¿qué tiene que ver la fe y la demasiada credulidad de aquellas gentes con el asunto de este cuadro?

—Mucho, señor—me replicó la pluma.—Si los hombres de AYER no hubiesen sido tan crédulos, no habría existido semejante beata Clara.

—¿Pues era artículo de fe la beata?

—No, señor; pero como aquellas gentes eran excesivamente buenas, preferían creer en la comunión de los justos á pensar que hubiese en el mundo grandes pecadores.

—¿Y quién les tenía la culpa?

—Nadie.

—Pues, entonces, ¿quien te mete en andar haciendo salvedades, ni á qué viene hablar de la fe para hacer el retrato de la beata Clara?

—¿Le parecen á usted muchas las salvedades que hemos hecho?

—Sí, y estoy por borrarlas todas.

—Haga usted lo que guste; yo declino mi responsabilidad, y vuelvo á hacer una cruz por si acaso.

—No hagas más cruces; mira que siempre se ha dicho que detrás de la cruz está el diablo.

—Eso precisamente es lo que sucede ahora, que el diablo está detrás de la cruz.

—Pues ahuyéntale, y pinta.

—No puede ser, porque si le ahuyento me quedo sin original.

—¿Conque vas á retratar al diablo?

—Usted lo quiere.....

—Lo que yo quiero es que no repliques más y empieces el cuadro.

La pluma no volvió á decir una sola palabra y trazó el siguiente boceto:

La escena pasó en la calle de los Santos en la casa que hacía esquina á la Carrera de San Francisco y frente al convento del mismo nombre.

La casa era de aspecto pobre y sucio, pero tenía dos pisos y las buhardillas; las ventanas del principal estaban cerradas á piedra y lodo, y en las rejas del cuarto bajo, que estaban abiertas, se veía una mujer, que hablando consigo misma, dijo:

—¡Ya escampa! Cada día acude más gente; será preciso buscar otra habitación y preguntar primero si hay en la vecindad algún santo.

—Ya está gruñendo la bruja—dijo uno de los muchos que se agolpaban á la puerta de la casa.

—Merecía que el Santo Oficio la quemara—interrumpió una voz.

—¡Yo no sé cómo tiene paciencia para sufrirla la pobrecita santa!—dijo un tercero.

—¡Buen caso hace su beatitud de esa bruja! Inflamada con el amor divino, ni ve ni oye ni entiende nada de lo que pasa en este mundo.

—Sí, pero esa bruja es el lazo que el demonio la tiende para perder su alma.

—¿Y cómo no se convertirá viviendo casi debajo de un mismo techo?

—Porque es una vieja muy empedernida—gritó un hombre en voz alta.

—Tengo el colmillo muy retorcido—dijo la vieja tomando parte en la conversación—y no me las trago con cáscara.

—¿Y qué quieres decir con eso?—le preguntó con osadía una de las mujeres que estaban en la calle.

—Yo me entiendo y Dios me entiende—dijo la vieja.—¿Por qué no si-gue haciendo milagros en la calle de Cantarranas?

—¡Muera la bruja!...—dijo una voz.

—¡Muera!—gritó la concurrencia toda.

—Llevarla á la Inquisición—dijeron algunos.

—No, sino á la horca—gritaron otros.

Y se armó tal gritería que la vieja, asustada, cerró la reja á tiempo que se abría un balcón del piso principal y se asomaba una mujer como de sesenta años, pero vigorosa y robusta.

Todas las gentes que había en la calle se descubrieron y algunas se arrodillaron, y la mujer les dijo lo siguiente:

—¡Hermanos míos, caridad, caridad! Mi hija, que está en oración mental, ruega á ustedes por el amor de Nuestro Padre Jesús Nazareno y por las llagas del Seráfico Padre San Francisco que no maltraten á esa pobre mujer, que es una sierva de Dios—dijo, y se retiró cerrando de nuevo las ventanas.

—¡Sierva de Dios!—repitieron algunos con sorna.

—¡Qué buena es la beata!—exclamaron otros.

—Hagánla ustedes más favor—dijo una mujer,—que es santa.

—Aún no la han canonizado—replicó otra.

—Sí tal.

—No tal. ¿Me lo querrá usted decir á mí, que soy amigo del paje del señor nuncio de Su Santidad? Lo que ha hecho el Padre Santo es darla permiso para que tenga en su casa á Su Divina Majestad de manifiesto.

—Eso ya es viejo.

—Pues no hay más.

—Pero bien merecía que la hiciesen santa.

—Si vamos á ver lo que merece, por lo buena que es y los muchos milagros que obra, no harían nada de más con hacerla santa y virgen y mártir.

—Déjelo usted estar, que en buenas manos está el pandero. ¡Como quiera el señor nuncio!...

—Y nuestro señor obispo, que también la tiene en grande estima y todos los días viene á visitarla.

—Ya lo sé, y extraño que hoy no haya venido.

—¡Si está dentro hace más de una hora!... Ahí tiene el coche—dijo una mujer señalando un grupo de media docena de carruajes que había parados en lo alto de la calle.

Y mientras tales conversaciones tenían algunas gentes de las que se agolpaban á la puerta de aquella casa, otras pugnaban por romper los grupos y llegar hasta la puerta á rozar en ella sus vestidos, á tocarla con la mano y santiguarse, y por último á arrancar un polvo de tierra de las paredes, que continuamente revocaba el casero y siempre estaban carcomidas.

A la hora en que pasaban estas escenas, que era la del mediodía próximamente, ya se habían retirado las madres que acudían con sus niños de pecho á tocarlos en las paredes de la casa, los enfermos, los pobres y toda clase de necesitados.

Algunos habían logrado subir al cuarto principal á implorar la intercesión de la beata por conducto de su madre, y pocos eran los que alcanzaban el especialísimo favor de ver y hablar á la milagrosa criatura, de quien es tiempo ya que digamos cuatro palabras.

Sin más familia que una madre, pero una madre que valía por veinticinco, la joven Clara apareció en Madrid á fines del pasado siglo en el cuarto bajo de la casa número 6 en la calle de Cantarranas, hoy Lope de Vega. Nadie sabía la procedencia de aquellas mujeres, pero pronto se granjearon el aprecio de la vecindad; y el recogimiento, la humildad y la compostura con que las veían salir alguna vez desde su casa á la iglesia, unido á lo que de los ayunos y devociones de la hija referían los criados, dió á la calle un olor de santidad que no tardó en cundir por todos los rincones de la corte.

A la noticia de los primeros milagros que se decían obrados por la intercesión de Clara, acudieron los padres discretos de algunas comunidades para depurar la verdad de todo, y salieron tanto más convencidos de que aquélla era una verdadera sierva de Dios, cuanto más ella se afanaba en decirles que era una indigna pecadora.

—No me abandonen sus mercedes, padres reverendísimos—les decía Clara;—miren que soy una gran pecadora, y el diablo quiere arrancarme del camino de la salvación, despertando en mi alma el orgullo de la perfección y de la santidad.

Y la madre les llamaba aparte y les decía:

—¡Por los clavos de Cristo, padres, que me hagan el favor de mandar á mi hija que no mortifique sus carnes con tantos ayunos y tantas disciplinas; miren que está muy delicada y temo que no ha de poder resistir esas penitencias!

—El Señor le dará fuerzas para sobrellevarlas—solían replicar los frailes.

Y salían de la casa dudando los más incrédulos y persuadidos los otros de que la joven Clara estaba en olor de santidad.

Examináronla *motu proprio* y sin que dijese la autoridad una sola palabra algunos teólogos, y sin más que encerrarse ella en negar con humildad cuantos milagros le atribuían, logró ponerles en confusión, sin que ninguno se atreviera á dudar de su santidad, ni menos del don de la profecía, que era el que tenía más desarrollado y con el que obró grandes prodigios.

Compadecida de la miseria en que vivía un menestral, su vecino, padre de una familia numerosa, le dijo que oyese con devoción tres misas en un altar de ánima, y que luego se fuera á cavar con fe al pie de un árbol de la pradera de la Teja, en el que vería grabada una cruz, y que esperase en Dios, que le daría con qué remediar el hambre de sus hijos.

Hízolo el menestral, y volvió á su casa loco de alegría con un bolsillo lleno de escudos de oro.

Extendióse por la corte la fama del milagro, y más se divulgaba ese y otros por el estilo cuanto más se afanaba Clara en negarlos y en suplicar á los interesados que no hablasen de ellos.

El Ilmo. Sr. obispo auxiliar de Madrid, *convencido* de la santidad de aquella criatura, rogó al nuncio apostólico que fuese á visitarla, y ambos decidieron á la penitenciaría á impetrar del Padre Santo licencia para celebrar en su casa el Sacrificio de la Misa, y aun para exponer allí mismo el Santísimo Sacramento.

Hasta entonces la generalidad de las gentes habían dudado de que fuesen ciertas las virtudes y los síntomas de santidad de Clara; pero con la protección de los dos prelados y el insigne privilegio que había alcanzado de la corte de Roma, nadie, ni aun los más incrédulos, se atrevieron á decir una sola palabra en contra.

Todos hablaban con el más profundo respeto de la beata Clara; apenas había quien dejase de solicitar su amparo en las desgracias, y ninguno pasaba por delante de su casa sin descubrirse la cabeza.

Sin embargo, y bueno es advertirlo, de las tres clases en que estaba dividida la sociedad, la alta y la baja eran las que más acudían á solicitar el amparo de la beata Clara.

La clase media no hacía otra cosa que ver, oír y callar, siempre con los ojos de la fe cubiertos con la tupida venda que les puso la candidez del obispo, la docilidad del nuncio y la debilidad del Padre Santo.

La Inquisición se abstuvo de tomar parte en el negocio, y los señores del Tribunal hacían la vista gorda y oídos de mercader á todo lo que se hablaba en tan importante asunto.

Tal andaban las cosas cuando la beata Clara, por huir, según decía su madre, del bullicio de la corte, se retiró á un extremo de ella, tomando casa en la calle de los Santos, frente á la celda de su director espiritual.

Los vecinos de la calle de Cantarranas, especialmente favorecidos y siempre mejorados en la participación de los milagros de la beata, lloraron su partida y fueron los mejores panegiristas de sus virtudes y de su gran don de profecía. Recibíalos á menudo en su nueva vivienda, y alguno de ellos hizo gran fortuna sin más que hacer oficios de corredor entre la beata y los nobles que solicitaban verla.

Cosa no muy fácil, como vió el lector en el cuadro del covachuelo cuando Pajarito el peluquero brindó su protección á un ministro de la corona para alcanzarle una entrevista con la beata.

Y sin embargo, el covachuelo no pudo verla.

Díjole la madre de Clara que su hija estaba en éxtasis y que le rogaba que la dispensase, pero que no podía recibirle.

Insistió el covachuelo diciendo que quería consultarla unos graves negocios de Estado, y entonces se oyó una voz argentina y sonora que dijo:

—¡Dios mío, no me abandonéis! Apartad al enemigo, que viene á distraerme de vuestro divino amor con negocios profanos.

El secretario del despacho miró sorprendido á la madre de Clara, que permanecía impasible—y le dijo:

—¡Esa voz!....

—¿Qué voz?—preguntó con indiferencia la madre de Clara.

—La que ha resonado en este gabinete—dijo el covachuelo cada vez más asustado,—la que me ha dicho....

—Yo no he oído nada.

—¡Será posible!—exclamó el covachuelo.

Y cayendo de rodillas delante de un crucifijo que había en el gabinete de consultas secretas de la beata, permaneció largo rato en silencio, hasta que por fin dijo:

—¡Oh! ¡Quién me diera la santidad y el don de profecía de esta bienaventurada sierva, para encaminar los negocios del reino á la mayor honra y gloria de Dios y al mejor servicio de mi soberano y de su amado pueblo!

—Abandona la amistad de Urquijo, ó te perderán sus máximas repulicanas—le contestó la voz.

—¡Y cómo hacerlo, cuando ha sido mi segundo padre!—dijo el covachuelo con lágrimas en los ojos y sin acertar á salir de su estupor.

—Lo harás cuando sepas que la cabeza de la Iglesia lo ha anatematizado.

El ministro, aturdido, se alzó en pie, miró con espanto á la madre de Clara y le dijo:

—Señora, tenga yo al menos la dicha de besar la mano á esa bienaventurada.

—Hoy no puede ser—repuso la madre de Clara;—es viernes y está todo el día en oración.

—¿Pues no es ella la que me ha hablado?

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—No entiendo lo que V. E. dice; yo no he oído nada.

El ministro cada vez más aturdido hizo nuevas preguntas sin recibir contestación, y cuando salía del gabinete oyó que la voz le decía:

—Si no hacéis muchas limosnas á nuestros hermanos los observantes de San Francisco, os condenaréis cuantos habéis contribuído á vender la Luisiana..... Rescatadla, ó de lo contrario se perderá el Perú.

Había el covachuelo recibido aquella mañana un anónimo sobre el mismo asunto, y abandonó la casa de la beata incomodado y confuso, sin atreverse á nada más que á rogar de nuevo á la madre de la penitenciaría que influyese con su hija para que le concediera una entrevista.

Ofrecióle ella hacerlo así, y aun le indicó que le haría ciertas revelaciones acerca de la manera de conducirse con el favorito de la corte, para no caer de su gracia, y el ministro se lo agradeció en extremo con las más corteses palabras, y aun es fama que con algunas espléndidas obras.

El personaje que entró después á consultar á la Sibila era una duquesa de las más conocidas en la corte, no por su clase, aunque era muy elevada, sino por la intimidación en que vivía con las gentes de la más baja del pueblo. Un impulso de curiosidad, más bien que una fe ardiente y ciega en las virtudes de la beata, la llevaba allí, y aunque fué recibida en un principio por la madre de Clara, tuvo luego la dicha de ver á ésta en su mismo oratorio privado.

Era el retiro de la beata una pieza de escasos diez y seis pies de largo por nueve de ancho, en cuyo fondo había un balcón cerrado y cubierto por un pequeño retablo de la Virgen de los Dolores.

Un vaso de vidrio colocado delante de la imagen esparcía una luz débil y opaca en el gabinete, cuyas paredes estaban vestidas de bayeta negra, salpicada de diferentes estampas de santos, prendidas con alfileres.

La beata Clara, vestida con una túnica cenicienta y larga, sujeta al cuerpo con una soga de esparto, tendidos los cabellos sobre la espalda y con grandes manchas lívidas en las mejillas, más parecía un cadáver que un ser viviente.

El desorden de los cabellos demacraba su rostro, los trémulos resplandores de la lámpara aumentaban la blancura de sus facciones y la extrema palidez de sus labios la daban un aspecto horroroso, capaz de infundir espanto y miedo al más despreocupado guardián de cementerios.

Arrodillada delante del altar, con la cabeza en tierra, Clara no oyó entrar á la duquesa, que permaneció largo rato en silencio contemplando asustada el cuadro que se ofrecía á su vista.

Alzóse por fin la penitente, expresando grande asombro de ver allí á la duquesa; y como si la pesara de haber sido sorprendida en su retiro, exclamó alzando los ojos al cielo:

—¡En qué rincón del mundo, Señor, estará libre esta indigna pecadora de no dar escándalo con sus penitencias!

—Yo no me escandalizo—dijo la duquesa;—antes por el contrario, venero y admiro vuestra virtud;.... pero si estorbo me retiro.

—Haga V. E. lo que guste—repuso con humildad la beata.

—Venía—dijo la duquesa—á consultar á *su gracia* acerca del negocio de que hablamos el otro día.

—¿Qué negocio?—preguntó la beata.

—El de mi esposo, que se empeña en llevar adelante el pleito de divorcio.

La beata alzó las manos al cielo y exclamó:

—¡Se me había olvidado!... ¡Ah! Señor, no permitáis que esa desdichada madre lleve á cabo su horrible proyecto. Ya que me habéis revelado ese secreto, permitid que os ruegue apartéis de la mente de esa infeliz la idea de un infanticidio.

—¿Infanticidio?—repitió la duquesa asustada.

—¡Ah! ¿También V. E. lo sabe?—preguntó con ansiedad la beata.

—Yo no sé nada sino lo que acabo de oír ahora; pero decidme: ¿qué infanticidio es ese?

—El de una pobre madre que ahora estará dando á luz un hijo.

—¿Dónde?—preguntó la duquesa.

—En el arroyo Abroñigal.

—¿Y piensa matarle?

—Y arrojarle ella al río.

—¿Qué horror!... Corro á ver si aún es tiempo de salvar á esos infelices.

—¿Pero quién os lo ha dicho?

—Cuando entró V. E. acababa de tener una revelación.

—Pues no perdamos tiempo.

—No vaya V. E.; quédese aquí conmigo y juntas pediremos al Señor que salve á esa pobre criatura y perdone á la madre el crimen que pensaba cometer.... Dios oírá nuestras oraciones y....

—Yo no puedo detenerme—interrumpió la duquesa;—voy volando á evitar ese crimen.

Y salió corriendo del oratorio, bajó precipitadamente la escalera, y al entrar en su coche dijo en voz alta á uno de los lacayos:

—¡Corriendo al arroyo Abroñigal!

Las gentes que había en la calle dijeron al ver partir el coche:

—¿Adónde irá esa nube de piedra?

—Ya lo han oído ustedes—repuso un viejo,—al arroyo Abroñigal á ver alguna torada; no piensa en otra cosa esa señora. Yo no sé á qué vienen á visitar á esta santa si han de seguir siendo tan malas como siempre.

Y pocos momentos después vieron salir del portal dos señoras vestidas con la mayor elegancia y con el velo caído sobre el rostro, y dijeron:

—¡Vaya otro par!... Y se tapan la cara como si salieran de hacer alguna cosa mala. ¡Cuándo habrán pisado ellas una casa más decente que esta!

—Pues larga ha sido la visita—dijo el viejo,—porque ya hace tres horas que estoy aquí y no las he visto entrar.

—Todos los días salen al anochecer—replicó una mujer del pueblo.

—¿Y á qué hora vienen?

—Nunca las he visto entrar.

—Trapisondas—repuso el viejo.

Y se marchó de allí seguido de algunas otras gentes, hasta que dos horas después de anochecido quedó la calle desierta.

Esta escena y las que van referidas se habían repetido diariamente por espacio de mucho tiempo; pero el pintor ha elegido el día en que se hicieron por última vez para que el cuadro sea completo; para que el lector después de haber visto salir una hora antes de anochecer á las tapadas, las vea volver á entrar descubiertas á las once de la noche, acompañadas por dos caballeros, y finalmente para que vea la última escena del drama infame, ridículo y sacrílego que se representó en la corte de las Españas hasta el día 14 de julio de 1803.

A la una de la madrugada de ese día paró un coche á la puerta de la casa de la beata Clara, sin que ésta ni su madre ni aun los que estaban en la calle le oyesen rodar sobre el pavimento.

Forradas las ruedas en corcho traía completamente apagado el ruido.

Los tres hombres que venían dentro entraron en la casa de la beata sin que se haya sabido aún quién les abrió la puerta, y volvieron á subir al coche pocos momentos después con las dos tapadas que ya traían el rostro descubierto.

Sin más ruido que el que habían hecho para llegar allí, se dirigieron á la cárcel del Santo Oficio, sita en la calle de la Inquisición, hoy de María Cristina.

Al día siguiente el pueblo que acudió á la casa de la beata Clara vió la puerta cerrada y sellada con el de la Inquisición, y todos se volvieron cabizbajos y mustios sin saber qué pensar de aquel suceso.

Algunos decían que habría sido alguna mala voluntad, y confiaban en que la santidad de la beata triunfaría de la calumnia de sus enemigos; pero los más se retiraban diciendo:

—¡Con la Inquisición, chitón!

A los pocos días ya no era para nadie un misterio lo ocurrido. Una criada de la beata, que había salido de la casa por una quimera que tuvo con la madre, se fué á confesar con el cura párroco de San Andrés, y le dijo:

—Acúsome padre de haber servido á la supuesta beata Clara, y contribuído á embaucar al público con los fingidos milagros y profecías de mi ama. Esa mujer no es tal santa, ni menos pensarlo, sino una grandísima bribona, hija de otra mucho más bribona aún, que no ayuna, sino que come como un lobo y bebe más que un pellejo; que lejos de castigar sus carnes las baña todos los días en agua de rosa; que tiene á cada hora un amante y una francachela, y que sale todos los días al anochecer, fingiendo ser una de las muchas señoras bobas que acuden á visitarla y á las que saca muy buenos cuartos. Yo me acuso, padre, de haber callado esa farsa tanto tiempo; pero eran tantas y tan buenas las propinas y tan regalada la mesa que teníamos en esa casa, que los criados lo pasaban mejor que la mayor parte de los señores de la corte.

Cuanto decía la criada probóse fácilmente por medio de los demás criados y del pastelero de Puerta de Moros, que lloró por mucho tiempo la pérdida de tan buena parroquiana, y á los señores de la Inquisición les fué fácil verlo por sí propios, porque cuando llegaron á prenderlas estaban en los postres de una opípara cena.

En cuanto al don de profecía, que era el título de que parecía hacer mayor alarde, no argüía tanto talento en su madre, principal autora de todo, como candidez en las gentes profetizadas, y principalmente en los teólogos y altas dignidades de la Iglesia, que fueron instrumentos de aquella farsa.

Para decir á un pobre que había tenido una revelación y que si iba á parir al arroyo Abroñigal, Dios la sacaría con bien de su apuro y hacer luego lo que el lector sabe, no se necesitaba gran travesura.

El Santo Oficio anduvo sobrado benigno, contentándose con extrañarla á Toledo ó puntos equidistantes de la corte á hacer ejercicios penitenciales; condenando á su madre á la galera, á los criados á cadenas, y destierro y privación de empleos, honores, etc., á algunos personajes de categoría.

Y como el Santo Tribunal de la Fe no tenía fama de blando, ni menos debió serlo en asunto de tamaño escándalo y sacrilegio, circularon por la corte algunos versos, tales como éstos, que por ser los más templados, y no los peor escritos (¡figúrense ustedes qué tal estarían los otros!), los damos á continuación:

«Si una mujer aparenta
que es beata, y conmovida
está pasando una vida
muy austera y penitenta,
y así goza de gran renta
por su grande devoción,

y testigos de ello son
el fraile, el obispo, el cura;
sin embargo que es locura,
nada digamos..... *chitón*.

Si los tres y más un ciento
suplican al Padre Santo
le conceda velo y manto,
siendo su casa convento;
si consiguen este intento
y para más perfección
en su misma habitación
la dice la misa un cura;
sin embargo que es locura,
nada digamos..... *chitón*.

Si llegando á mayor grado
la ignorancia de esta gente,
todo un Dios Omnipotente
le ponen sacramentado,
y olvidando cuán sagrado
es esto á la religión,
lo reducen á prisión
en tan inmunda clausura;
sin embargo que es locura,
nada digamos..... *chitón*.

Si después de haber creído
que es cierta su santidad,
descubren que la maldad
su centro en ella ha tenido,
y que allí que se ha ofrecido
al Justo Juez oblación,
la mayor disolución
se practica con holgura;
sin embargo que es locura,
nada digamos..... *chitón*.

Si el público llega á ver
que esa maldita embustera
es mala como cualquiera
y frágil como mujer;
si en ello llega á entender
la muy Santa Inquisición
y la pone en reclusión
no llevando á obispo y cura;
sin embargo que es locura,
nada digamos..... *chitón*.»

Y aquí el autor del cuadro, verdaderamente arrepentido de haberle escrito, le da por terminado con estas líneas, diciendo á su vez, bajito, pero muy bajito, porque no le oiga la Santa Inquisición..... ¡*Chitón!!! Chitón!!! Chitón!!!*

NOTA. Nada hemos puesto de nuestra propia cosecha en este cuadro, y por el contrario hemos omitido mucho de lo que refieren hoy día algunos testigos oculares de esa lastimosa é inicua farsa; personas respetables y dignas de entera fe y crédito. Lo que más sorprende es que la Clara y su madre, verdadera autora de todo, eran gentes muy vulgares y de escaso ingenio, y no se concibe cómo pudieron engañar al Ilmo. Sr. D. Atanasio Puyal y Poveda, obispo auxiliar de Madrid, y al nuncio apostólico, el arzobispo de Nicea Sr. D. Pedro Gravina, hasta el punto de alcanzar para aquella miserable tan grandes como absurdos privilegios. Estos prelados, á pesar de la elevadísima posición que ocupaban en la corte, quedaron muy malparados de resultas de esa farsa, aunque no tanto como merecía su extremada candidez. Del confesor de la beata, el padre fray Bernardino Barón, maestro de novicios del convento de San Francisco, hemos oído hablar con variedad, aunque generalmente era reputado por un religioso justificado y sencillo, pero no de grandes alcances. El que mereció grande aplauso de todos fué el respetable párroco de San Andrés D. Rafael Oseñalde, descubridor de toda la farsa.—Uno de los milagros que más ruido hicieron en la corte y que la alcanzaron mayor fama de santidad, fué el de suponer que *ponía huevos de gallina*.—Otros por el estilo pudiéramos citar, si no nos causara indignación recordar que en los primeros años del siglo XIX ha habido españoles que pudiesen creer tales farsas, y altas dignidades de la Iglesia que contribuyesen con su ignorancia al fomento de esos sacrílegos sainetes.





CUADRO XLII

CASA, AGUA, LEÑA, MÉDICO, CIRUJANO, BOTICA
Y GUANTES

En mal hora tuve la debilidad de permitir á mi pluma que usase de la palabra en el cuadro anterior; y debilidad tanto más punible, cuanto que este museo no es el de HOY, ni menos el de MAÑANA, sino el de AYER, época en que la discusión estaba aún del lado allá de los Pirineos, sin atreverse á venir á España por miedo de helarse en la sierra del Santo Oficio.

Por menos palabras de las que osó decirme la pluma, la habrían puesto una mordaza en aquellos tiempos en que habíase ennoblecido hasta tal punto ese freno, que le tascaban los militares en los cuarteles, los paisanos en las cárceles y unos y otros en las mazmorras de la Inquisición.

Pero es preciso tomar el tiempo conforme viene, y puesto que ahora (lo diré en voz baja por si acaso), puesto que ahora no se usan mordazas, no tengo más que hacer sino dejar que mi pluma, en uso de la soberanía del tintero, á quien representa, diga cuanto se le antoje, y hable hasta que la llame al orden el lector, ó el fiscal de imprenta la corte el revesino para que no sea tan deslenguada con su dueño.

Mientras esto no suceda, y quiera Dios que no suceda nunca, he de dejarla decir cuanto le venga á las mientes, so pena de quedar tan malparado como lo he sido en la siguiente escena:

—Oye—le dije;—escribe y que no te vuelva á acontecer lo que en el cuadro anterior.

—¿Qué fué ello?—me preguntó con insolencia.

—¿Y te atreves á preguntármelo?

—No sólo me atrevo, sino que me he propuesto cambiar de conducta en lo sucesivo.

—¡Oiga!—le dije sonriendo.—¿Y qué piensas hacer?

—No seguir escribiendo como pluma de memorialista cuando usted me dicte, sino hacer las observaciones que crea oportunas; porque la discusión es la salvadera del entendimiento, y todos los trabajos en que ella no interviene se borran por no haberse madurado con la correspondiente arenilla.

¡Figúrese el lector qué tal me quedaría yo al oír la palabra discusión en boca de una pluma que está retratando la época de la fe y de la mordaza!

Afogado por no tener una á la mano para taparle en seguida la boca, le dije:

—Calla, infeliz, ¿qué has hecho? ¡Me has perdido! Ya puedes tirar todos los cuadros por la ventana. ¡Me has manchado el lienzo con una palabra que los hombres de AYER no quieren tener por suya! ¡Has hablado de discusión en una época en que la facultad de discurrir, no ya la de ostentar lo discurrido, estaba decomisada y prohibida, como los fósforos, *por considerarse de ninguna utilidad!*

—Tiene usted razón—me dijo la pluma;—pero eso sucedía en los tiempos de Maricastaña! Coja usted el arancel político-moderno, y verá cómo no prohíbe semejante artículo. La libertad...

—¡Silencio!—interrumpí irritado al oír la nueva palabra que dejó escapar la pluma.—Escribe y calla, que la discusión vendrá más tarde y te cansarás de hablar.

Algo que no pude entender contestó entre puntos, ya que no entre dientes.

Apenas oyó el título del presente cuadro, se dejó caer sobre la mesa y dijo en voz alta:

—Pues, señor, no escribo.

—¿Y por qué? ¿Qué nuevo capricho es ese? ¿Volvemos á las andadas?

—Sí, señor, vuelvo y volveré; porque estoy convencida de que sin la discusión no podremos hacer cosa de provecho. Usted ha creído que soy hija de algún ganso, y por eso no quiere escuchar mis observaciones;

pues sepa usted que desciendo de un pavo real, y que si en tiempo de mis mayores se decía que obedecer es amar, y aquello de que el que manda manda y cartuchera en el cañón, yo que escribo su historia no estoy obligada á decir á todo amén. Lo que usted acaba de proponerme es un grandísimo disparate. ¡Conque nada menos que siete cuadros en uno! Diga usted que no quiere abusar más tiempo de los lectores y que va á encerrar en pocas páginas todo lo que nos queda por decir de la primera parte de la obra; pero no quiera persuadirme de que hay pintor en el mundo capaz de agrupar los siete asuntos que me propone para hacer de todos ellos un solo cuadro.

—¿Y es eso todo lo que tenías que decir?—le pregunté sonriendo.—
¡Las hijas de los pavos reales hacéis ese uso de la facultad de discurrir?
¡Pues vive Dios que si es así toda la generación que nos aguarda, vamos á quedar lucidos cuando hagamos los cuadros del presente! Escribe y calla, que este cuadro que te parece de tan difícil composición le hemos de hacer con sola una figura.

—Quisiera ver ese milagro — me replicó la pluma con aire de duda.

—Pues mira — le dije, — ¡ves ese señor tan currutaco y tan petimetre, que no parece sino que cada día estrena un traje, según va de limpio y estirado?... Pues llámale y dile que te cuente su historia.

—¿Y qué adelantaremos con eso? Su historia demasiado la sé yo.

—Pues dila si la sabes.

—¿Pero y el cuadro?

—El cuadro es la historia de ese hombre.

—¿Pero, señor, si ese hombre no hace más que oír misa todos los días en el convento de la Soledad; rezar más tarde el jubileo; oír, cuando repican recio, algún sermón; pasear todas las tardes en Copacabana, que así se llama el paseo de Recoletos, y consumir el día hasta las diez de la noche en las tertulias!

—¿Y eso no merece contarse?

—Sí, señor; pero no tiene nada que ver con la *casa*, ni con la *leña*, ni con el *agua*, ni con ninguno de los títulos de este cuadro.

—¿Cómo que no!... ¡Te figuras que este currutaco no come ni bebe ni tiene casa en qué alojarse!

—Yo no me figuro semejante cosa; pero como todos esos artículos son de primera necesidad, no hay nadie que no los tenga, y menos le faltarán á ese señor, que parece ser un gran propietario.

—Pues te equivocas: llámale, y verás cómo no tiene otra propiedad que el día y la noche, ni más rentas que la casa, el agua, la leña, el médico, el cirujano, la botica y los guantes. Y si quieres ahorrarte el trabajo de decirle que venga, yo te contaré su historia.

Vino á Madrid de paje de un maestrante, que falleció, dejándole una manda de cincuenta doblones, la ropa de su uso y relacionado con las principales familias de la corte.

Esto último era una gran fortuna en aquellos tiempos, y el paje podría haberla aprovechado solicitando un destino; pero se le pegaron las mañas del maestrante y no quiso trabajar.

Prefirió explotar su figura, que no era desairada, y convertirse en *digecito* de las tertulias.

Como los bufones de todos los tiempos y de todos los países, empezó por hacer reir á muchos y concluyó riéndose él de todos.

Los primeros personajes de la grandeza española se disputaban el honor de sentarle á su mesa, y desde que murió el maestrante no le faltó una casa adonde arrimar cada día el estómago; pero pagaba el alquiler del cuarto, y esto le pareció indigno habiendo en Madrid tantas casas desalquiladas, cuyos dueños, desdenándose de ser caseros, las daban gratis.

El primero de esos nobilísimos propietarios á quien se acercó contándole su cuita, llamó á su apoderado y le dijo que enseñase al currutaco todos los cuartos que hubiera desalquilados en la casa para que eligiese el que más le gustara.

Al currutaco no le gustó el peor, y cátales ya con una magnífica vivienda.

Tuvo un día la humorada y la ingeniosísima ocurrencia de decir que siendo la casa tan grande y él tan pequeño, parecía garbanzo en olla y cañamón en la era, y el Grande de España tuvo la penetración de comprender lo que aquello significaba, y llamando á su guardamuebles le dijo que diese al currutaco los que necesitara para alhajar el cuarto.

El currutaco necesitó gran número de ellos y amuebló perfectamente la casa. Tanto, que pareciéndole muchos trastos para una sola persona, admitió en su compañía la de un amigo, previo el permiso del casero, que se le dió de buen grado, á pesar de lo que ya se murmuraba entre las gentes de la servidumbre, diciendo que aquello se iba convirtiendo en posada.

La casa no consistía en las paredes, sino que con ella venía el derecho á dos carros de leña al año, dos cubas diarias de agua, asistencia del médico y del cirujano, medicinas gratis, y por último los *guantes*. Renglón importantísimo que más tarde ha producido muchos renglones en la suma de las bancarrotas de la aristocracia.

Los guantes eran para los empleados en la casa una mesada doble en el mes de diciembre, otra el día del santo del duque y una gratificación en el cumpleaños de la duquesa; y como no se había de hacer una excep-

ción de esa regla por solo el currutaco, también á él alcanzaban los guantes.

Con esas gratificaciones, quizá no habría tenido bastante para presentarse vestido con tanta elegancia, ni para que le tuviesen por el tipo de los petimetres de la corte.

Pero como él no tenía obligación de dar casa gratis á su amigo, ni agua, ni leña, ni asistencia cuando estaba enfermo, le cobraba todas esas frioleras, y así iba saliendo de sus apuros.

Por otra parte, el duque era tan generoso labrador, como despilfarrador casero, y cuando el año era abundante y le decían sus administradores que el aceite y el vino no cabían en los almacenes, mandaba repartir un pellejo á cada uno de sus inquilinos; cosas ambas que el currutaco beneficiaba á las mil maravillas, sin ocultarlo al duque, á quien solía decir mostrándole la casaca de terciopelo que había comprado con el producto del aceite:

—No hay olivares como los de V. E. en ninguna parte del mundo. ¡Pues y las viñas, señor! Vea V. E. qué chupa y qué calzón hemos cogido en la última vendimia.

El duque se reía y el currutaco medraba á costa de esas y de otras mil gracias por el estilo, siendo su persona un mueble indispensable en todos los saraos y reuniones.

No dejó á su muerte tierras, ni heredades, ni imposiciones en la casa de los Gremios, ni onzas de oro; pero se le halló un magnífico guardarropa y algunas alhajas, entre ellas una caja de relojes, seis pares de hebillas, una docena de sortijas y tres ó cuatro rosarios de nácar engarzados en oro.

—He ahí la historia del currutaco—añadí hablando de nuevo con la pluma.

—¡Pero, señor, ese es una especie de *caballero de industria*!

—Calla—le dije, no me comprometas: entonces no se conocía la industria.

—Pues ¿de qué vivía ese hombre?

—De hacer reir á los demás.

—¡Lástima que se haya muerto!...—exclamó la pluma.

—¿Por qué?—le dije.

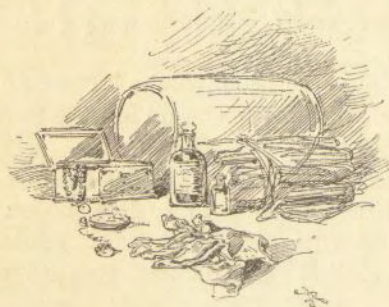
—Porque HOY podría seguir viviendo de lo mismo.

—¿Y MAÑANA?—le pregunté.

—Mañana—me contestó,—mañana también, porque la risa es un género que no se enrancia ni paga almacenaje y estará de moda mientras haya mundo. La humanidad, sin embargo, no parecerá tan risueña, porque las máquinas le quitarán muchas ocasiones en que poder reir. Pero

volviendo á nuestro asunto, ¿quiere usted decirme cuándo se acaba este cuadro?

—Ahora mismo—le contesté.—Antes de que adviertan las viudas y los cesantes de que andamos con la masa en las manos y nos pidan HOY lo que AYER se daba *gratis* á cualquiera: *casa, agua, leña, médico, cirujano y botica*.





CUADRO XLIII

EL CALENDARIO DE LOS REPOSTEROS Ó LAS FESTIVIDADES DE LOS PLATOS DE LECHE

Digan lo que quieran, y aunque ridiculicen los hombres de hogaño las costumbres de los de antaño, yo insisto en que el método es bueno para todo, y que sin la división y las clasificaciones no habrían podido las ciencias adelantar un solo paso.

Pues no sino reunid en un solo grupo las cuarenta y nueve mil plantas conocidas, y veréis cómo no hay medio de distinguir una rosa de la flor del cardo. Formad un solo pelotón con las bayonetas del czar de Rusia, y tardaréis un siglo en encontrar un cabo de escuadra.

Créeme, amigo lector, las categorías son indispensables para el buen gobierno de las repúblicas, y yo las amo hasta en sus más ridículas aplicaciones. El maestro de ceremonias es para mí la figura más importante de la sociedad. Ordenador perpetuo del mundo, sus trabajos son el claroscuro de todos los cuadros. Sin él no habría regularidad ni armonía en nada, y todas las obras quedarían imperfectas y desentonadas.

Yo bien sé que te ríes de lo que te digo, porque al maestro de ceremonias no le has visto sino cargado con la sobrepelliz en las grandes funciones de iglesia, ó con el bastón en los días solemnes de corte; pero debo decirte que tiene gran afición á hacerse invisible y que está en todas partes, aun en aquellas en que tú crees excusada y hasta ridícula su presencia.

Cuando en la última parte de esta obra nos llegue el momento de hablar de las teorías de la igualdad, comprenderás toda la importancia

del maestro de ceremonias. Entonces verás que nació con el mundo, y que se ha propuesto vivir eternamente. Ahora me contentaré con decirte que de cuantos animales viven en el globo, no hay otro más necesario que el maestro de ceremonias. Si Buffon y Cuvier no le incluyeron en sus catálogos, fué por considerarle harto conocido de todos.

AYER era tan indispensable, que nada se hacía sin su beneplácito. HOY se va haciendo más tolerante, y aunque no transige con ciertas cosas, hace la vista gorda en algunas; su verdadero imperio es de ayer; hoy, casi puede decirse que reina y no gobierna; las circunstancias le han traído á ser un rey constitucional.

Improba sería la tarea de enumerar todos los casos en que intervenía con más ó menos empeño, pero citaremos algunos:

Tenía prohibido á los visiteros emplear más de un cuarto de hora en una visita de cumpleaños, media hora en una de enhorabuenas y tres cuartos en la de pésame, á menos que en esta última les sirviesen chocolate, en cuyo caso recomendaba que diesen algunos minutos de cortesía.

Aunque el invierno tuviese la humorada de madrugar algún otoño y los cortesanos tiritasen de frío en octubre, no permitía que se vistiesen con ropa de abrigo hasta el 1.º de noviembre, ni por el contrario les dejaba aligerar el traje antes de la fiesta del Corpus, siquiera se elevase la temperatura á los 24 y pico. Salir á la calle con capa en la víspera del día de los Santos habría sido un desacato á la sociedad, y el maestro de ceremonias hubiese puesto el grito en los cielos, porque en materia de trajes era inflexible. La casaca que se estrenaba para *andar las estaciones* y asistir á los *oficios* el Jueves Santo, no tenía derecho para volver á salir del cofre hasta el día del Corpus, ó cuando mucho el de la Ascensión. Esos tres jueves del año, las fiestas de Navidad, el día de la Concepción y alguna otra solemnidad por el estilo eran las privilegiadas, ó mejor dicho, las únicas en que podían usar la ropa nueva los hombres de 1800.

Así lo diremos en uno de los cuadros próximos; porque á pesar de lo mucho que van escaseando los lienzos, pienso manchar uno con *los trapitos de cristianar*. En el presente no caben otras solemnidades que las del estómago. Pueden por lo tanto retirarse los sastres y las costureras, que ya cogió el repostero las cañas para batir las yemas y pudiera mancharles las prendas de los parroquianos. Vamos á hacer *un plato de leche*.

Que no lo tomen á mal los lectores ni se desdénen de asistir á nuestra repostería. Si ellos tienen HOY una sociedad de reposteros y confiteros que les hagan cien platos cada día, los hombres de MAÑANA tendrán una máquina que arrojará un millón por minuto y se quedará tan fresca. De AYER hablamos, y aunque, según decían las mujeres, no era un arco de iglesia el hacer un plato de leche, era una obra maestra. Era lo siguiente:

La víspera de San José, ó del Jueves Santo, ó del Domingo de Ramos, ó del santo del amo de la casa, era necesario pensar en que al día siguiente debía presentarse en la mesa una fuente de natillas; por eso, no la víspera, sino la antevíspera, decía el ama de la casa á la criada:

—Supongo que mañana no nos quedaremos sin leche.

—Discurro que no—contestaba la maritornes, sin que entonces ni nunca supiese lo que era discurrir.

—No basta que tú lo discurras—le dijo el ama;—¿la tienes encargada ya?

—Hace ocho días—decía la criada.

—Pues será preciso que madrugues, porque ya sabes que los lecheros *no se casan* con nadie y se la dan á la primer criada que llega.

—No tenga usted cuidado, señora, porque es de mi pueblo.

—Y á la huevera ¿le has dicho que venga?

—Sí, señora, aunque lo sabe de otros años.

—No importa, no te fíes; mañana es un día que aunque entrase un millón de huevos en la corte no quedaba uno.

—Así se aprovechan ellas y los venden caros.

—¡Y qué se ha de hacer!... Peor sería que no los hubiese.

—Verdad es. ¿Piensa usted hacer *huevos moles* ó *arroz con leche*?

—Cada día eres más torpe—decía la señora.—Tú has entrado en la corte, pero la corte no entrará en tu cabeza nunca. ¡Pues no sabes que mañana es día de *natillas*! Lo que quiero que me traigas es media libra de bizcochos de *soletilla*.—añadió bajando la voz;—pienso sorprender á tu amo, haciendo una *bizcochada* que se chupe los dedos de gusto.

—¿Y traeré canela?

—Por supuesto. Y no te olvides de pedir en la botica una corteza de naranja y otra de limón; que si se hiciera caso de lo que yo digo y se guardasen las cáscaras siempre que se come naranja, no tendríamos necesidad de pedir las á nadie.

—La vecina las tiene colgadas en el balcón—dijo la criada.

—En todas las casas en que hay un poco de gobierno se guardan; y lo mismo sucede con las pepitas del melón y de la sandía por si se ofrece hacer una horchata.

Con semejantes advertencias, la víspera de la función ya había en cada casa tres ó cuatro cuartillos de leche, una docena de huevos, una cáscara de naranja y dos cuartos de canela. La señora madrugaba, se vestía de *trapillo*, y con un delantal blanco se encerraba en la cocina á romper los huevos, á separar las claras de las yemas y á batir éstas con unas cañas ó con un cucharón de palo. El marido se llegaba riendo al marchar á la oficina, y desde la parte de afuera solía decir:

—¿Ya estamos de faena?

—Sí, pero déjame estar, no entres. ¡Vete.... vete!...—le gritaba la esposa sin dejar de batir las yemas.

—Que no se te olvide la naranja—decía el marido,—que le da muy buen sabor.

—Vete descuidado, que no se olvidará nada, y yo aseguro que mañana te has de chupar los dedos.

—Tales manos lo hilan—replicaba el siempre galante marido de AYER.
—¿Piensas echar un poco de nuez moscada?

—¡Qué disparate!....

—Pues mira que le da muy buen sabor.

—No lo creas; esas son modas extranjeras que no me gustan.

—Pues adiós y ten cuidado de que la muchacha no coja el cucharón con la mano izquierda, porque se cortará la leche.

—Cuando tú vas yo vuelvo—replicaba la esposa.—En cuanto encienda la hornilla la mando á que esté con los niños, porque si saben lo que estoy haciendo no habrá quien los sujete.

—Ya lo saben y están locos de contento, haciéndote un memorial para que les dejes arrebañar el perol.

—Pues no quiero, porque luego se ensucian y se ponen hechos unos diablos.

—No importa; acuérdate de que tú también lo hacías cuando eras niña; y en cuanto á mí no te digo más sino que me dan ganas de quedarme.

—¡No, vete, vete!—gritaba la mujer.—No quiero que entres.

El oficinista obedecía á su esposa, que quedaba por fin sola haciendo el famoso plato de leche, ínterin sus hijos escribían un memorial para que les dejase arrebañar el perol.

Y no crean ustedes que los angelitos habían de cumplir ya los cinco ni los seis años de edad, sino que el menor de todos ellos tenía doce.

Todos eran pollos, pero pollos de antaño, de cuya precocidad mundana dijimos algo en el cuadro especial que obra en poder de los lectores. Locos de alegría, como había dicho su padre, daban saltos y brinco a la puerta de la cocina, se asomaban por el ojo de la cerradura á ver lo que hacía su madre, y al exhalar ésta el mal reprimido suspiro de placer que exhalaba todo artista al terminar con felicidad una obra, invadieron la repostería.

—No toquéis á la mesa, retiraos—decía la madre mirando con verdadero entusiasmo científico su trabajo.

Y luego, cogiendo con delicadeza la fuente de las natillas, añadía:

—¡Dios ponga tiento en mis manos!... Muchacha, ábreme la puerta de la despensa y encierra el gato en tu cuarto, y cuidado, si barres, con no levantar polvo.

La criada obedecía y el plato de leche quedaba hasta el día siguiente

reposando en uno de los basares de la despensa, donde la autora le volvía á mirar, diciendo:

—Bien quisiera yo que este año nos mandaran las Carboneritas un plato de natillas, á ver si estaban tan blancas y tan suaves como las mías. Sino que ya se ve, todo lo de las monjas parece más pulcro y más bonito.

—¡Como tienen moldes para hacerlo!—decía la criada.

—Eso es lo de menos—replicaba la señora;—y ya verás tú como cuando se haya reposado hago yo un *viva Jesús!*, con canela, que no habrá más que pedir.

Dicho esto cerraba la despensa y se guardaba la llave, que en vano la pedía el marido al venir de la oficina. Nadie veía la fuente hasta la hora de comer las natillas, á excepción de alguna amiga íntima de la repostera, á quien ésta llevaba á la despensa por un sentimiento muy natural de orgullo culinario y reposteril. Orgullo que, sea dicho de paso y sin agraviar á los presentes, á los pasados ni á los venideros, es de los más legítimos y más útiles. Tanto, que un cocinero y un repostero sin el orgullo del arte y el amor á la ciencia no pueden hacer nada de provecho.

He aquí el por qué al oficinista y á sus hijos y á su esposa les gustaba tanto el plato de las natillas: por el entusiasmo con que le había hecho el repostero. Y asimismo les agradaba el arroz con leche, que no le comían sino tres veces el año: el día de Santo Domingo de Guzmán, el de la Ascensión del Señor y el Jueves Santo.

La *cuajada* se hacía con las mismas formalidades, aunque no siempre con el mismo buen éxito que las natillas, porque ó la hiel de vacas, ó la hierba de cuajar, ó el pulso del ama de la casa, ó ambas cosas á la vez faltaban para cortar la leche á tiempo. Este plato no se comía sino una sola vez al año y alcanzaba á más personas que á las de la familia: á todas las que habían sido convidadas á ver pasar el *Dios grande* ó el *Dios chico*, que salían de la parroquia á visitar los enfermos impedidos.

El Dios chico salía el sábado modestamente y de prisa por las calles más estrechas y en que vivían los enfermos más pobres. El grande hacía su visita el domingo con más lujo y más calma, y en las casas de la carrera, que todas estaban colgadas, arrojaban algunas flores y grandes puñados de aleluyas, por cuya posesión se daban no pocos cachetes y empujones los muchachos que iban en la procesión, mezclándose no pocas veces en aquellas rebatiñas de niños algunas personas mayores; porque como entonces escaseaban las estampas, nadie tenía más que la suya y no les venía mal alcanzar un grabado, aunque fuese grabado de aleluya. Este mismo nombre se daba á las sutiles lonjas de jamón con que se regalaban las gentes de las casas por donde pasaban el Dios grande y el Dios chico.

En las minervas ó procesión del Santísimo también se colgaban los

balcones y se arrojaban flores, aunque no aleluyas, y no se freían las del jamón, sino que se servía á los convidados una limonada con bizcochos y á veces leche helada y aun chocolate; siendo esta solemnidad una de las de mayor compromiso para los inquilinos de las casas de la carrera. Porque como decía, y tenía muchísima razón, la señora de la casa, aunque los balcones eran grandes, como que en cada uno de ellos cabían tres filas de espectadores, cada una de ellas de diez individuos, tenían muchos amigos y no podía convidarlos á todos. Y gracias que tenía vacante el puesto de su esposo, que llevaba el estandarte, y los de sus hijos, que iban alumbrando en la procesión; pero de todos modos tenía que quedar mal con alguna de sus relaciones, á pesar de quedar mal con ella misma, que se pasaba sin ver la minerva por cumplir con los extraños; los cuales sólo la llamaban para que sacase la cabeza cuando pasaba su esposo abrumado con el estandarte y sofocado porque sus hijos le habían arrimado más de una vez la vela, llenándole de cera la casaca que le había bordado su cara mitad. Las gentes que no habían alcanzado un balcón para ver la minerva ni una casa donde les sirvieran de balde un vaso de agua de limón, veían pasar al Santísimo desde la calle y refrescaban después en la alojería.

Los que vivían en la carrera que llevaba la procesión del Viernes Santo ó los *pasos* cumplían con menos gasto que los otros, porque como día de ayuno, no se podía servir sino una ración de vista y otra de hambre, y aun los pasteleros y los alojeros tenían ese día cerradas á piedra y lodo sus tiendas. ¡Y pobres de ellos si no lo hubieran hecho así, que en aquellos tiempos se dictaban los bandos para algo más que para adornar las esquinas! Cuando se abrían de par en par las pastelerías, entre las que gozaba una fama digna de pasar á la posteridad con los mejores sucesos de la historia la de Ceferino en la calle del León, era en la Pascua de Navidad, en la de Resurrección y en Carnestolendas. En la primera para asar un pavo á cada vecino de la corte; en la segunda para tostarle medio cabrito, y el día de *Jueves de compadres, de comadres, el gordo* y los tres días de Carnaval para atestar el horno de bartolitos y arrojar cada hora del día cien pasteles hojaldrados. El pavo, el cabrito y la hojaldre se comían en familia con otros platos tan succulentos como los primeros, entre los cuales figuraba el pobre besugo de Nochebuena, cuyo cadáver traía podrida la sangre con cinco ó más días de camino; pero esos platos son de cocina y este cuadro es de repostería.

¡Pues que si no lo fuera ó yo pudiese permitirme alguna transgresión, no hablaría en esta revista de festividades de los quince días que duraba la de Navidad, con sus tres colaciones en sus tres Nochebuenas, de Navidad, de Año Nuevo y de Reyes! Y dejaría de bailar después de la primera, delante del Nacimiento, tocando la zambomba y el rabel y las

cañas, ó de repicar el almirez á falta de estos instrumentos pastoriles. Ni se me olvidaría *echar los años*, aunque no me rejuveneciera, después de la colación del Año Nuevo, y *los estrechos* en la de Reyes, yéndome paso á paso con mi escalera, mi hacha y mi espuerta á esperar á los Magos. Nada de esto dejaría de hacer si pudiera extralimitarme; pero no puedo, porque este lienzo está destinado á cosas dulces, y únicamente me está permitido decir por conclusión, que el mismo cuidado que hemos puesto para hacer un plato de leche se ponía para confeccionar la inveterada y aun hoy consentida *sopa de almendra*, que en todas las casas, *pauperum tabernas regumque turres*, se comía la noche de Navidad.

Sólo añadiré por vía de nota y para probar con una autoridad irrecusable cuanto he dicho acerca de lo ceremonioso de las visitas y principalmente de la arrebañadura del perol por los pollos de catorce y quince años, la siguiente graciosa escena de la *Mojigata*, de Moratín.

D. Luis, futuro suegro de D. Claudio, dice:

. . . . «Pero ¡que tengas
tan poco juicio que ayer
(y eso que fué la primera
vez) en casa de D. Juan
tales locuras hicieras!
Fumar donde nadie fuma,
silbar, rascarse las piernas,
y arrebañar con el dedo
las jícaras y lamerlas,
interrumpir cuando hablaban
los demás, no dar respuesta
con tino ni reflexión.....
¡Qué gracias eran aquellas
tan pesadas que dijiste?
¡Quién te pudo dar licencia
para correr por la casa,
y derretir la manteca
en la cocina, escaldar
al gato y....?»

D. CLAUDIO. De esta manera,
cuando vaya á alguna casa
habré de estarme hecho un bestia,
si no permiten un poco
de libertad.

D. LUIS. Pero es fuerza
que esa libertad moderen
el respeto y la prudencia.

D. CLAUDIO. Yo no sé cómo entenderlo.
Si uno calla, luego empiezan
á decir que es un hurón;
si no calla....

D. LUIS.

Si no encuentras
 medio, no es mucho que en ambos
 extremos necio parezcas;
 si ves que al ir á decir
 una gracia, se te suelta
 un disparate, y el ceño
 de los demás te demuestra
 que fuiste poco gracioso,
 ¿por qué repites la escena?
 ¿Por qué quieres que á ti solo
 te escuchen? ¿Por qué no piensas
 antes lo que has de decir?
 ¿Que haya cátedras y escuelas
 de saber hablar, y el arte
 de callar nadie le enseña!

D. CLAUDIO. (*ap.*) Si me apura más, tan fijo
 que le digo cuatro frescas.

D. LUIS. Mira que voy á escribir
 á mi cuarto. Si te quedas
 en casa, por Dios te pido
 que no vayas á esa pieza
 jalbegada del rincón
 á repetir la tarea
 de tu canticio infernal;
 que después de ser tan bella
 la voz que tienes, no sabes
 dejarlo, á todos molestas,
 y das tales alaridos
 que en la vecindad se quejan.»

¡Vayan ustedes á pedir á los pollos de ahora que se diviertan lamien-
 do jícaras, derritiendo manteca y escaldando gatos!

El vecino que se quejara de que un señorito de HOY le incomodaba
 cantando, recibiría por toda contestación un cartel de desafío.





CUADRO XLIV

EL SANTO OFICIO NO ES OFICIO SANTO

Una de las mayores solemnidades de la Iglesia cristiana es la cuarta dominica de Cuaresma.

Con las sublimes palabras del verso *lætare Jerusalem* principian sus cánticos sagrados, y el órgano suspendido en las anteriores dominicas hace vibrar sus armoniosas voces entre el plácido repicar de las campanas que dan al aire sus metálicas lenguas.

No de otro modo puede expresar la Iglesia su regocijo al dar gracias al Señor por el milagro de la multiplicación de los panes, celebrando al propio tiempo la solemne ceremonia que el Padre Santo hace en ese mismo día bendiciendo la Rosa de Oro, que luego regala al mayor príncipe de la cristiandad.

La explicación y contemplación de ese milagro es el tema de todos los sermones, y sólo palabras de dulzura y de regocijo se oyen en ese día en la cátedra del Evangelio, y así, el deber de los oradores no es otro que el de procurar que su auditorio glorifique al Señor, alabando y bendiciendo el poder de los milagros.

Así lo tiene dispuesto la Iglesia católica y así se practica hoy en todo el orbe cristiano.

Pero hoy no tiene la Iglesia un tribunal superior al suyo, que haciendo casi dogmáticas sus resoluciones limite el ejercicio de la potestad diocesana introduciendo la anarquía en la jurisprudencia canónica.

Hoy (á Dios las gracias) no existe el *Tribunal de la Fe*, vulgo *Inquisición* ó *Santo Oficio*, infierno que regalaron á Castilla los Católicos Monarcas, que asimismo la dieron un nuevo mundo.

AYER, lectores míos, ayer era cuando existía ese famoso tribunal, que apellidándose de la Fe, hizo á la fe más daño que todos los incrédulos juntos, y que tomando el aire de defensor de la Iglesia católica amenguó sus prerrogativas y dió lugar á que la discusión profanara los más repetables misterios.

La misma autoridad del Papa, que deseaba y quería la Inquisición para *tener á raya* los obispos, padecía no poco con las preeminencias y fueros del Santo Oficio, y el Papa Sixto IV tuvo más de un motivo para arrepentirse de haber expedido el día 1.º de noviembre de 1478 la bula del establecimiento de la Inquisición en la corona de Castilla.

Pero no es nuestro ánimo, ni lo permite la índole de esta obra, el disertar sobre la conveniencia ó inconveniencia del Santo Tribunal, en aquellos tiempos en que las debilidades de Juan II y Enrique IV habían envalentonado á los judíos hasta el punto de convertirlos en verdadero azote de los cristianos.

Algo, sin embargo, pudiéramos decir á los defensores del Santo Oficio, que se atreven á considerarle como una medida política, indispensable y de gran importancia en aquella época; pero buen provecho les hagan sus ilusiones, que para trazar el presente cuadro no hemos de menester arrosstrar tamaña empresa.

Que los Ojedas, los Francos y los Torquemadas, inquisidores del crimen de herejía, anduviesen inquiriendo y castigando á los judíos que ejercían en el siglo XV los cargos de médico, cirujano, barbero, boticario y tabernero, y marcándolos en la frente y obligándolos á retirarse al anochecer, ni nos asusta, ni nos aterra, porque no somos tan rencorosos que vayamos á clamar contra excesos de tan larga fecha; pero que en los primeros años del siglo XIX, en que ya no había judíos ni judaizantes ni cosa que se le pareciese, aún se mantuviera en pie el Santo Oficio, esto es lo que nos deja con la lengua pegada al paladar, sin que acertemos á mover la pluma.

Sácanos por fortuna del pasmo la lucida cabalgata que la víspera del cuarto Domingo de Cuaresma del año 1800 salió de la calle de Torija, donde estaba situado el palacio del Tribunal, y corriendo las mismas calles y plazas que la publicación de la bula, fué publicando el famoso *edicto*, por el que á voz de pregón, con timbales y clarines, se *maldecía y anatematizaba* á los que no cumpliesen con el precepto Pascual.

Las gentes que estaban en la calle permanecieron inmóviles, sin atreverse á dar un paso ni á alzar los ojos del suelo, mientras los alguaciles

del Santo Oficio, los familiares, los inquisidores y demás calafates de aquella turbamulta miraban con osadía á los balcones, que permanecían en su mayor parte cerrados, temiendo sus dueños incurrir en la nota de *relapsos* ú otra parecida.

Había entre el concurso gran porción de esbirros disfrazados, que propalando sátiras contra la Inquisición, exploraban el ánimo de las gentes para seducir á los incautos y arrastrarlos á las mazmorras del Santo Oficio.

Por si no se descubrió la cabeza á tiempo, por si dijo (y era la verdad) que los inquisidores tenían caras de Lucifer ó por si había vuelto la espalda al pasar la comitiva, por cualquiera de esos graves delitos mudaban de domicilio los habitantes de la corte en 1800, pasando desde sus casas á la cárcel de la Inquisición, sita en la calle del mismo nombre.

Pero no los prendían en el acto, sino que el esbirro los seguía hasta averiguar su habitación, y á las altas horas de la noche era allanada la casa y trasladado á la cárcel el supuesto delincuente.

El temor de esos atropellos era el que mantenía á la muchedumbre silenciosa y quieta; pero á veces el silencio y el quietismo eran calificados de herejía, y no había sino resignarse á ser víctima de la Inquisición, viviendo un año, ó dos, ó tres, ó cuatro, encerrados entre cuatro paredes húmedas y frías, con escasa ración de comida y sin otra de aire que la del tránsito desde el calabozo á la presencia del Tribunal, con su correspondiente mordaza.

Ya entonces (y así lo dicen en voz muy alta los panegiristas de la sociedad de la Fe) no había autos, sino autillos de fe, y se habían suprimido las parrillas de la carne humana; pero se quemaban algunos herejes en estatua, y es fama, la fama miente mucho, que á los frailes inquisidores se les llenaba la boca de agua pensando en el gusto que sería ver arder el original.

Mientras los esbirros echaban sus redes contra los incautos, seguía la cabalgata su camino, maldiciendo cuanto hallaba al paso y deteniéndose á suspirar en la plaza Mayor por los perdidos autos de fe.

En aquella misma hora el vicario eclesiástico pasaba orden á las iglesias de su jurisdicción para que al día siguiente se abstuvieran de predicar, y lo mismo hacía el castrense.

Había determinado el Santo Oficio asistir en cuerpo á misa solemne y sermón á la iglesia parroquial de San Ginés, y no era cosa de permitir que se predicara otro sermón sino el del Tribunal.

Buen susto pasaban los oradores sagrados antes de la cuarta dominica de Cuaresma, temiendo cada cual que el Santo Oficio le dispensara la alta honra de encargarle el sermón; y este miedo era muy justificado, porque ni los que tenían nota de ortodoxos refinados se libraban de que les pes-

caran alguna proposición semiherética, con cuya recomendación solían ahorrarse de volver á predicar, y aun podían dar gracias si la cosa no pasaba adelante.

Como ya no había judíos á quienes prohibir que ejercieran la medicina y la ciencia de medir cuartillos de vino, se divertían los inquisidores en estrujar la oratoria sagrada para sacar el quinto extracto de la quinta esencia de la herejía.

Para predicar el sermón del anatema ó del edicto, que así se llamaba el de ese día, era preciso un fraile de los de trece en cada docena, como decían antes, ciego fanático y sumiso al Santo Tribunal, ó un sacerdote entendido y despreocupado, que por su posición en la corte estuviese á cubierto de las iras del Tribunal ó que las arrostrara con valentía prefiriendo una prisión eterna y con ella la muerte á sancionar desde la cátedra del Evangelio los abusos de los mal llamados defensores de la fe.

Uno de los primeros le encontraba el Tribunal todos los años; el segundo no pareció hasta que en 1807 tuvo el Santo Oficio la mala inspiración de dirigirse al célebre doctor en teología D. Juan Antonio Salcedo, cura propio de San Ginés, para que le predicara el sermón del edicto.

Estaba la iglesia llena de gente; habían asistido, en clase de convidados, las primeras dignidades de la corte, y el Tribunal, rodeado de sus familiares con los alguaciles á la espalda, llenaba el circo del templo, cuando subió al púlpito el predicador, y dicho el *Benedicite* y puesto el tema, dirigiéndose al Tribunal exclamó:

»Tribunal bárbaro, Tribunal tenebroso, Tribunal impío, ¿cómo te atreves á turbar la alegría de la iglesia?

»¿Por qué en un día en que sólo se oyen alegres antífonas, vienes tú á fulminar maldiciones contra los hijos de esta indulgente Madre, que hoy los reune para regocijarse con ellos?

»¡Tú los reunes también en este día, pero es para apercibirlos con el anatema!

»¡Bárbaro y fiero Tribunal!...

»Así, muy poderoso Señor (continuó diciendo el predicador), se expresan los impíos enemigos de la fe.»

Semejante apóstrofe hizo estremecer á todos los oyentes, brincando sobre sus asientos los familiares y mordiéndose los labios de coraje los inquisidores.

Nadie creyó que semejante audacia quedara impune, y aun hubo quien opinó por que debía restablecerse la abolida costumbre de los autos de fe para mechar la carne del doctor Salcedo.

Pero este señor fué, por el contrario, llevado en triunfo á su casa por

algunos amigos, personas sensatas á quienes ya empezaba á sentar mal la existencia del Santo Oficio.

Y fué tanto más oportuno el anatema que Salcedo dirigió al Tribunal, cuanto que aquel año fué el último en que se predicó ese sermón, y á los pocos meses (el 4 de diciembre de 1808) falleció á manos de Napoleón, en Chamartín, el Santo Oficio, á los trescientos veinte años de edad.

Hasta entonces nadie fué osado á decir la verdad de lo que pasaba en las mazmorras de la Inquisición.

Más tarde sus mismos prosélitos, la gente de la casa, nos han dado anales cuya lectura estremece.

Al empezar este museo de AYER pensamos dedicar algunos lienzos á la pintura de varios cuadros del Santo Oficio; ahora ni aun tenemos valor para continuar el presente.

Entonces creímos que en la sociedad de la Fe ningún cuadro sería más importante que el Tribunal de la Fe misma; pero á fuerza de pensar en ello y de examinar algunos procesos de la Inquisición, nos hemos convencido de que la fe se hubiera acabado si el Tribunal no se hubiera extinguido á tiempo.

Mientras perseguían y encarcelaban á un pobre físico porque estudiaba la chispa eléctrica ó la densidad de los gases ó las propiedades del imán, permitían que un fraile de misa y olla anduviera de casa en casa, revestido con la sobrepelliz y armado del hisopo y calderilla, *sacando los demonios del cuerpo* á los poseídos.

La acusación que se le hacía al primero era la de tener *pacto con el diablo*, delito de grueso calibre en aquella época, y que pagaron bien caro muchos jugadores de manos y algunas viejas adivinatoras de la suerte del prójimo por medio de la baraja.

De éstas se decía que tenían en su casa unas calderas, hermanas de las de Pedro Botero, en las que hacían y guardaban el unto para volar, montadas en la caña de una escoba.

Aseguraban los familiares haberlas visto cruzar el aire en las altas horas de la noche, y nunca faltaba quien añadiera que iban echando llamas por todas las coyunturas de su cuerpo.

Si la bruja negaba, era tenida por contumaz, y á los delitos que la imputaban se añadía el de haber dado hechizos á tal ó cual señor, cosa entonces muy admitida y muy corriente.

El hechizado era siempre sujeto de altas prendas metálicas, ni más ni menos que los poseídos, porque el demonio se avenía mal á vivir en los cuerpos de los pobres.

Siempre se trataba de algún primogénito, á quien por estar hechizado ó poseído tenía que heredar en vida su hermano ó algún otro personaje,

que tardaba en dejar el mundo después de haber testado á favor de tal ó cual casa religiosa.

Pero el Tribunal no procedía de ligero, y antes de castigar á los acusados de tener pacto con el diablo, hacía diferentes pruebas, como por ejemplo: la señal de la cruz, ante la cual brincaban como saltamontes, ó decirles al oído *Jesús* y se ponían pálidos como difuntos, y otros ensayos por el estilo.

Si salían bien esas pruebas y el carcelero añadía que á deshora de la noche había visto un resplandor de fuego verde y olido á azufre en el calabozo del reo, ya se consideraba plenamente probado el delito, y cargado de cadenas moría el reo en el calabozo, mientras le quemaban en efigie con todas las solemnidades de costumbre.

Ultimamente, el Santo Oficio, que desde su origen de todo tuvo menos de santo, se había ido convirtiendo en instrumento de venganzas particulares.

Cansados los inquisidores de analizar la sangre de los castellanos, sin hallar una sola gota de la de infieles, judíos ni moros (por más que toda venga de una de las tres razas), se dieron á satisfacer sus propios rencores calificando de faltas contra la fe cuanto podía ser contrario á sus intereses.

Los matemáticos, los físicos y sobre todo los naturalistas eran el blanco de sus iras.

Cuando no podían haber á las manos alguno de esos enemigos de la fe, la tomaban con los libros y hacían famosos expurgos; llevándoles su celo al extremo de que en los mismos ejemplares que quedaban archivados en el Tribunal tachaban las proposiciones heréticas por miedo que se tenían á sí propios.

Esos trabajos y otros por el estilo que traía consigo la santidad del Oficio, hacían de los inquisidores las personas más importantes de la corte.

¡Un inquisidor en 1800! ¡Ahí es un grano de anís!

¡Figúrense ustedes lo que sería un inquisidor cuando el decano de la grandeza española tenía á grande honra el titularse *alguacil mayor perpetuo del Santo Tribunal de la Inquisición*!

Algunos al leer este cuadro dirán que con tales corchetes casi envidian la suerte de las víctimas.

Nosotros, por el contrario, repetimos lo que un apreciable sacerdote y literato que ha bajado al sepulcro recientemente, el cual, reconvenido por haber sido individuo del Tribunal de la Inquisición, decía con mucha gracia:

—No había más que hacer sino ser *pollo* ó *cocinero*, y yo preferí ser cocinero.

HOY, por fortuna, y quiera Dios que siempre podamos decir lo mismo, se puede ser pollo sin peligro de tropezar con el cocinero.

Los tribunales de la justicia ordinaria tomaron un aire de familia con la Inquisición, y atormentaban á los reos sacándolos á la vergüenza, para hacerles perder la poca que les quedaba, montados sobre un burro, desnudos de medio cuerpo arriba, untados con miel y cubiertos de plumas, y en esto consistía la pena de los *desplumados*.

Asimismo los sacaban á dar azotes por las calles y las plazas entre los Cristos de las cofradías y los hermanos de la Caridad, dándoles el verdugo tan despiadadamente, que rara vez volvían á la cárcel sin perder el sentido.

Ó los condenaban á ser arrastrados hasta el lugar donde debían sufrir el último suplicio, en cuyo caso la Paz y Caridad les hacía el obsequio de suspender el serón en que iban metidos, haciendo la Justicia la vista gorda por haber intervenido la Religión.

El reo, sin embargo, era ahorcado y *descuartizado* las más veces, mandándose colgar los *cuartos* en el teatro de sus crímenes, que por lo regular solían ser los caminos públicos; cosa que daba no poco espanto y miedo á los transeuntes.

Todas estas penas parecían una friolera á los que habían presenciado los tormentos de la Inquisición en *sus buenos tiempos*; conque..... ¡ayúdenme ustedes á sentir!

Más tarde, no porque las repugnaba la época, pretexto que dan los criminalistas, sino porque se ha visto que no producían los beneficiosos efectos apetecidos, se han abolido todas las penas de sangre, menos la capital.

En cuanto á la ineficacia del castigo de azotes y otras penas afrentosas que imponían los tribunales á principio de este siglo, el alarde que hacían los reos de haberlas sufrido es la mejor prueba que podemos ofrecer á nuestros lectores.

Los gráficos personajes del célebre D. Ramón de la Cruz nos ofrecen cien ejemplos de ello. Óiganse, si no, las palabras de aquel pillo, que presentando al juez sus compañeros, le dice:

«Esta es gente de prisapia,
y aunque probes, cada uno
tiene su honra en las espaldas.»

Nunca, sin embargo, se llegó á hacer en nuestro país lo que HOY se hace en otros, con objeto, al parecer, de arrancar á los criminales el último resto de pudor.

El autor de estos cuadros ha visto á los presidiarios barrer las calles de Liorna en Toscana, vestidos de bayeta encarnada, verde ó amarilla, según la condena, con el delito que estaban penando, por más vergonzoso que fuera, escrito en gruesos caracteres sobre la espalda.

Y esto dicen algunos criminalistas que es curar el cuerpo social. Los que no lo entienden dicen que es gangrenarle; hacerle una sangría suelta.





CUADRO XLV

LOS TRAPITOS DE CRISTIANAR

Lo que tengo, que es poco, y lo que espero tener, que no es mucho más, daría con gusto porque tú, lector, hubieses conocido á doña María de la Paz Zarcillos, esposa de D. Juan de Dios Contreras, alcalde del Crimen y todo un *señor de campanillas*.

¡Si vieras qué mujer aquella tan buena para un barrido como para un estrado, tan señora de su casa como enemiga de saber lo que pasaba en la ajena, tan cuidadosa de sus hijos, tan sumisa al esposo, tan hacendosa y tan ahorrativa!

No creas que se había casado sin saber enhebrar una aguja ni echar un remiendo ni hacer unas sopas de ajo, sino que sabía despumar un puchero y manejar una escoba, y hacer el *punto pascual* y el de *sábana* y el de *lomillo*, y con media vuelta que ella diese en su casa ya estaba todo listo.

¡Si la hubieras conocido, lector!.... Si, como yo, hubieses tenido la honra de tratar á doña María de la Paz Zarcillos, me ahorraría la pena de escribir este cuadro, y tú quedarías doblemente satisfecho.

Pero murió.... (Dios la haya perdonado), y ya no puedes verla.

Habrás de contentarte con el retrato que yo hice de ella y que conservo como una reliquia preciosa de AYER en mi cartera de HOY.

Mira bien dónde le guardas, porque si te le pillan los hombres de MANANA, dirán que es una figura mitológica.

Aún me asoman las lágrimas á los ojos cuando recuerdo que no ha mucho tiempo encontré en una prendería de esta corte un cuadro de papel picado en cuyo centro se leía esta estrofa:

«Al enlace de D. Juan
Y de doña María
Dedica esta *fineza*
Manuel García.»

Habíalo recogido el prendero en la almoneda que se hizo de los muebles de D. Juan Contreras, á cuyo señor hizo el poeta García la fineza de esos versos.

Nacida de padres cristianos, rancios y viejos, católicos á mazo y martillo y apostólicos á martillo y mazo, no alzó nunca doña María los ojos del suelo para mirar á ningún hombre antes de cumplir los veinticinco años.

Cuando vió al primero era ya su esposa.

La madre murió tranquila porque dejaba á su hija casada; el padre hizo lo propio porque no halló forma de hacer que la naturaleza alterara sus leyes, y doña María de la Paz, alcaldesa del Crimen, vivía feliz y contenta con su esposo y dos hijos, y cuatro y cinco y seis, que éste fué el máximo de su prole.

Pero no creas que, aunque eran grandecitos y ya el menor tenía seis años, había en la casa ruido ni alboroto. Allí, como decía la madre, no se oía una mosca, y con media voz que su merced les diera, bastaba para que estuviesen temblando un año.

Habíalos criado á sus pechos, que no era ella mujer para menos, ni en su tiempo se usaban los alifafes de necesitar amas de cría ni biberones ni máquinas por el estilo.

Acostábalos al anochecer, después de rezar con ellos el rosario, y luego, mientras su esposo jugaba al *revesino* con los amigos, ella se reunía con las criadas para recoser las camisas y echar soletas á los calcetines, explicándoles al mismo tiempo la doctrina cristiana.

Madrugaba la primera para sacar las llaves de debajo de la almohada, despertaba á los criados, vestía á los chiquillos, cuidaba de que no se hiciese con dos libras de carbón lo que podía cocer con libra y media, y vigilaba de tal modo las haciendas de la casa, que con razón decía el alcalde del Crimen que tenía una esposa que hacía de cada medio duro uno.

Jamás se acostaba sin sacar los garbanzos y el chocolate y el aceite y todo lo que había de necesitarse al día siguiente para el gasto de la casa; y los sábados abría el baúl de la ropa blanca para sacar los juegos de sábanas y la mantelería, y una camisa para el alcalde, que como hombre de conciencia limpia, no necesitaba mudarse de camisa sino los domingos y alguna semana también el jueves.

Pero no creas, lector, que yo retraté á mi señora doña María de la Paz en ninguno de esos días ordinarios, recosiendo la ropa ó midiendo con una jícara los garbanzos, sino que me enamoró de tal modo verla un sábado sacando la ropa limpia para la semana, que allí planté mi cabellete y extendí el lienzo.

Aunque por mi fortuna y por la tuya no era un sábado cualquiera, ni la víspera de una festividad adocenada, sino nada menos que la víspera del día del santo de su esposo.

Yo no sé cómo aquella pobre señora tenía piernas para tanto como andaba zascandileando por la casa durante todo el día, y aun eso habría sido lo de menos si el anterior no hubiese dado una vuelta á todos los rincones, fregando los suelos, limpiando las paredes y sacudiendo todos los trastos.

Pero todo era preciso, y por eso, después de haber pasado muchas horas en la cocina viendo pelar las gallinas y haciendo los consabidos platos de leche, dijo á la criada:

—¡Ea! Alúmbrame, que vamos á sacar la ropa.

—¡Yo no sé cómo tiene su merced cuerpo para tanto!—repuso la doncella.

—¡Y qué se ha de hacer! Es preciso—dijo doña María abriendo uno de los baúles.—Si lo deajo para mañana, es cosa perdida. Por temprano que nos levantemos, todas no hemos de ir á misa á la vez, alguien se ha de quedar en casa; el amo va á confesar porque son sus días, y yo con vestir á los niños tengo ocupación para un rato. Luego empiezan á venir las visitas y ya no se puede hacer nada.

—¿Se va su merced á poner la basquiña de sarga?—dijo la criada.

—¡Pues no, que no!—contestó la señora.—Y la *paletina* y el *airón* de flores á la cabeza, y los zapatos del *penegue*.

—¿Conque todos los trapitos de cristianar?

—¡Mucho que sí! San Juan no viene más que una vez al año; y si fueran mis días, era otra cosa; pero son los del amo, y ¡qué dirían las gentes si no me vieran muy entoldada! Creerían, con razón, que no hacía caso de mi esposo.

—Por supuesto que hace usted bien, señora; pero á mí me gusta más la *bata de aguja*.

—¡Qué sabes tú de esas cosas!—dijo doña María riendo.—Mañana es día de echarse el cofre á cuestras.

Y sin hacer caso de lo que decía la criada, siguió sacando del cofre una multitud de prendas de vestir que allí estaban, algunas desde el día del Corpus y las más desde el Domingo de Ramos.

Preparó todo el equipo del alcalde y el de cada uno de los niños, desde la camisa hasta los zapatos, sin cesar de repetir mientras desdoblaba las prendas:

—Ten cuidado con el velón, muchacha; mira que si se te escurre y cae una candilada de aceite se nos aguó la fiesta. Ya sabes que más quiero un rasgón que una mancha.

Después que hubo concluído de sacar toda la ropa de los diferentes baúles en que estaban la blanca, la de color, la de seda y la de paño, toda entre pimienta, membrillo, palo de enebro y raíz de lirio de Florencia, se dirigió á una arca de tres llaves.

—¡Aquí está lo bueno!—dijo la criada.

—Todo ello vale bien poco—contestó doña María sonriendo.

—Ya me contentaría yo con la mitad—dijo la criada.

—Sí, pero eso no quita para que sea cierto que yo podría tener muchas más alhajas, porque tu amo siempre me quiere hacer regalos.

—Mal gusto tiene su merced en no admitirlos.

—¿Y para qué?

—¡Toma! Para estar maja como la vecina, que todos la nombran la petimetra.

—Si yo quisiera vestirme, aún tengo algo que ponerme. Mira qué aderezo.

—¡Qué hermoso!—exclamó la criada.—Este es el que llevó su merced el Jueves Santo.

—El mismo, sólo que no me puse el *collar* ni el *lazo*, sino el *peto* y el *excusali*.

—¿Y estas *manillas*?—preguntó la criada.

—Son las compañeras del aderezo; tengo sortijas iguales y *arracadas* y hasta una caja de tabaco guarnecida con las mismas piedras y una *frasquera*.

—Si lo tuviera la vecina, de seguro que se lo pondría todos los días para ir al paseo.

—Haría mal, porque estas cosas no son para diario. En cuanto una se las pone ya no puede moverse ni salir de la sala. Yo mañana en ti fío, que tendrás cuidado de todo. Mira que no se te olvide nada: que apenas entren las visitas vengáis á la sala, tú ó la otra, con la bandeja de los bizcochos y la botella de vino. Tened cuidado de no llenar mucho las co-

pas, porque se vierten y parece cosa de taberna. De la cocina no te digo nada.

—Descuide su merced, que todo estará listo.

—Que no me hagas quemarme la sangre y andar haciendo señas; ya sabes quién viene á comer..... Conque no te digo más. Por Dios, te pido que no me cambies el orden de los platos, y no aturdirse al servicio; vendrán á ayudaros las muchachas de casa de mi tía, y así hay gente de sobra.

—¿Se sienta alguno de los niños á la mesa?

—No tal; todos los de casa y los de mi hermana comen en la camilla pequeña. ¿No te acuerdas de otros años?

—Sí, señora; pero como Pepito cuando cumplió trece años le pidió al señor que le dejase sentar á la mesa el día de San Juan, creí....

—No sé lo que dispondrá su padre; luego se lo preguntaré—dijo doña María.

Y siguió sacando del arca las *hebillas* de oro para los zapatos del marido, la *caña de Indias* con el puño de oro, las *cadenillas* de los relojes, un *rosario estrellado* engarzado en plata, el abanico del *empedrado* y otras alhajas que sería prolijo enumerar.

Alzóse por fin del suelo, no sin gran trabajo por el mucho tiempo que había estado con una rodilla en tierra, encorvada sobre el baúl, y después de colocar minuciosamente todas las prendas sobre las diferentes sillas que tenía preparadas, se volvió á la criada y le dijo:

—¡Ea! Vete á acostar y cuidado con lo que te he dicho; apenas te llame te vistes; y lo primero, á oír un par de misas; pero no vayas á la Merced, que suelen ser pesadas; vete á Jesús y de camino te traes unos bollos. Dile al lego que está en el despacho que son para casa, que te los dé tiernos; y en cuanto vengas te pones á hacer el chocolate con leche, ¿entiendes?, con leche, y á preparar la comida.

—Está muy bien—contestó la criada.

—A la otra—repuso el ama—dila que saque agua del pozo y que riegue bien la escalera y la antesala. Y que le diga al zapatero del portal que cuide de que no se ensucien los perros.

—Mañana es fiesta y no trabaja.

—Ya lo sé; pero que se lo diga para que dé una vuelta, que se le dará un trago.

Con esto se fué á recoger la criada.

El ama se retiró á su alcoba, no sin pasar primero por la inmediata, donde dormían los dos hijos mayores, que al verla llegar se incorporaron en la cama, diciendo:

—¿Es ya de día?

—No tal—contestó la madre incomodada.—Duérmanse ustedes.

—No podemos dormir—dijeron los chicos.

—Pues estarse callando—replicó doña María.

Y entre dientes añadió:

—Es natural.... ¡Angelitos!.... Lo mismo hacía yo cuando tenía su edad. Están pensando en el traje que se han de poner mañana. ¡Bendito sea Dios que nos da lo bastante para no carecer de estos goces!





CUADRO XLVI

LOS CUARTELES DE LA SANGRE AZUL Ó LA ESPAÑA EN CUARTERONES

Eran pocos, llegaron los primeros y se repartieron el mundo como les dió la gana.

Esta es la verdad, y ríanse ustedes de cuanto digan Montesquieu y Thierry y Sismondi y Robertson y el mismo Guizot y cuantos han escrito acerca del feudalismo, incluso nuestro compatriota Sampere.

Tontos habrían sido los que estando nacidos y criados se fuesen á acordar de los que estaban por criar y aun por nacer.

Ellos llegaron, vieron la tierra, les pareció hermosa, la partieron en cuarterones, tomó cada cual el suyo y punto concluido.

Los que vinieron más tarde se quejaron del reparto, y uniéndose alternativamente al monarca y al clero, trataron de deshacer las partijas feudales.

No tardaron mucho tiempo en dar al traste con los pequeños señores, pero robusteciendo al señor mayor, que volvió á partir la tierra en cuartos, inventando la sangre azul por medio de las vinculaciones.

Así quedó el pueblo otra vez lo mismo, soñando con la igualdad y despertando en la servidumbre de la monarquía, de la teocracia ó de la aristocracia.

Cansado de luchas estériles veía llegar un día y otro la hora de comer,

sin tener un bocado de pan que llevar á la boca, y se resignó á trabajar para roer el mendrugo que le arrojaban de la mesa de sus señores.

Desde entonces, siempre que le ocurre pensar en la igualdad se encoge de hombros y recuerda estos versos de Jorge Manrique:

«Nuestras vidas son los ríos
Que van á dar en la mar,
Que es el morir;
Allí van los señorios
Derechos á se acabar
Y consumir.
Allí los ríos caudales,
Allí los otros medianos
Y más chicos;
Allegados, son iguales
Los que viven de sus manos
Y los ricos.»

Espera con resignación el juicio final, que ha de igualar los nobles con los plebeyos, y ve mientras tanto vinculada la fortuna en las familias de aquellos que ó cuentan mil doscientos cincuenta y ocho progenitores (que es la friolera de abuelos décimos que exigía la Inquisición para hacer la lejía de la sangre), ó tuvieron antepasados de más puños que los suyos. Porque el feudalismo y sus derivados no ha sido ni pudo dejar de ser otra cosa que cuestión de fuerza.

La aristocracia y el pueblo son dos galgos que, sujetos por un mismo collar, andan siempre tirando en distintas direcciones sin adelantar un solo paso en el verdadero camino.

Las que hasta aquí van dichas y otras semejantes atrevidas razones que dejó por decir eran las que daba un pollo de 1800 á su abuela al discurrir con ella sobre los caprichos de la fortuna.

—¿Qué razón de justicia hay, abuela—le decía el mozuelo—para que nosotros seamos tan pobres y ese señor de enfrente sea duque y tenga tantos coches, y tantos lacayos y tanto poderío?

—Que su padre le dejó todas esas rentas—le contestó la abuela.

—¿Y quién se las dió á su padre?—preguntó el joven.

—Él, que las tenía.

—¿Y de dónde le vinieron?

—¿Qué se yo?...—dijo la abuela aturdida.—Dejemos esas cosas y no te metas en filosofías que no entiendes.

—Si esto no es filosofía, abuela; sino que yo quisiera saber por qué no somos iguales todos los hombres.

—¿Por qué no lo son los dedos de la mano?—replicó la abuela satisfecha del símil.

Y el pollo se dió á reir diciendo:

—Son ustedes unas pobres gentes; ya lo arreglaremos nosotros de otra manera cuando seamos mayores.

—Calla, hijo, calla—dijo la abuela asustada;—que si tu padre te oye te va á poner una mordaza. Todo eso lo aprendes en la librería de la viuda. ¡Bien dice el señor cura de San Marcos, que de las tertulias de las librerías nos van á venir muchos males!

Fiado el muchacho en el cariño que le tenía su abuela, no calló, sino que siguió ensartando otra porción de razones como las que hemos copiado al principio de este cuadro; y por último, viendo que sus teorías no producían efecto, le dirigió algunos argumentos *ad hominem* ó *ad mulierem*, y le dijo:

—¡Bueno es que nosotros apenas tenemos lo bastante para comer, y el señor duque mantiene doscientas mulas de tiro y cien caballos de silla y cincuenta galgos para la caza y esa caterva de criados que son una cuadrilla de gandules!

—No hables así, muchacho, que algún día te pesará.

—Que me pesará.... ¿Y por qué?

—Porque sí; calla y haz lo que tu padre te dice.

—Aunque me muriera de hambre no querría ser paje del duque.

—¿Y por qué no? Pues ojalá se consiga.

—Lo sentiría.

—¿Pero darías gusto á tu padre?

—¿Y su merced me lo pregunta, abuela? Yo tengo acá mi modo de pensar, pero siempre haré lo que sus mercedes me manden.

—¡Hijo de mi vida!—exclamó la abuela.

Y cubriéndole de besos y de abrazos, le dijo:

—¡Mira, no hagas caso de lo que oigas en las librerías, que todos los que van allí son una cuadrilla de envidiosos y de gente mala, pervertida por las máximas de los flamasones franceses! ¡Para qué quieres tu más si logras entrar al servicio del señor duque y sabes llevarle el genio! Si no te gusta seguir al lado de S. E., cuando tengas confianza y le veas un día de buen humor le pides una administración fuera de Madrid.

—Eso es otra cosa—dijo el muchacho;—¡pero las administraciones de los grandes de España tienen tantos golosos!

—¿Y á ti qué te importa? Tú la pides, y si te la dan te ríes de todos. Como le llegues á *caer en gracia*, verás qué vida te pasas. Procura agradar á S. E. la duquesa, no seas corto de genio ni encogido, dile algunas gracias y verás qué suerte haces. Esas casas son como los palacios de los reyes: el que está en favor y no se aprovecha es un tonto. ¡Oh! Si haces caso de mis consejos subirás como la espuma.

—Lo que yo quiero es una administración; á buen seguro que no haré lo que el tonto que estuvo aquí el otro día, que se viene á Madrid tan fresco á decir que se hunden los graneros por el mucho grano que han encerrado en ellos y á que le digan lo que ha de hacer del dinero, porque ya no cabe en las arcas.

—Y será verdad—replicó la abuela.

—Ya se ve que sí; como que ese señor tiene media España por suya; pero si yo fuera el administrador, ya le diría al duque lo que debe hacer con el grano que le sobra y con el dinero que no cabe en el arca.

—Harías mal en meterte á dar consejos.

—¿Por qué?

—Porque para medrar en esas casas, se lo oí decir muchas veces al difunto mayordomo del padre del duque actual (Dios le tenga en descanso), no hay que hacer nada más que *ser tonto ó parecerlo*.

—¿Conque para que estén contentos es preciso decirles á todo amén?

—Sí.

—Pues si no tienen á su lado más que aduladores, no durarán mucho los grandes de España.

—No lo creas tú, durarán hasta el fin del mundo. Yo siempre los he conocido lo mismo. No sé qué clase de riqueza es la suya, que cuanto más ladrones son los criados más crece la hacienda.

—Algún día se les acabará si no mudan de administradores.

—Podrá ser; pero yo no lo conoceré ni tú tampoco, y estoy por apostar que ni tus hijos.

—Yo no quiero decir que sea este año ni el que viene cuando esto suceda; pero sucederá, abuela, no tenga su merced duda; gastan demasiado.

—Valiente cosa es lo que hoy gastan ni el tren que tienen para lo que cuentan los antiguos.

—¿Vivían con más lujo que ahora?

—Así dicen; como que cada uno de ellos era un pequeño rey, y en tiempo de las guerras cada grande mantenía un regimiento y daba dinero al rey.

—Hacían bien, y si hoy hicieran otro tanto ya me parecería justo que tuviesen unas rentas tan pingües.

—¿Pero si ahora no hay guerras!

—¿Y por qué no las hay?—preguntó el muchacho.

—Ni quiera Dios que las haya—replicó la abuela.

—Pues hace falta una muy grande para que estemos bien.

—Calla, no digas disparates.

—Sí; ¡disparate sería enseñarles un poco el diente á los ingleses y meter un pie en Francia y recobrar sobre todo el Portugal, que es una mala

vergüenza que tenga pretensiones de reino independiente esa provincia de España!

—Ese garbanzo no se ha cocido en tu olla—dijo la abuela;—á muchos hombres sabios les he oído decir lo mismo; pero ¡Jesús, María y José, no quiera Dios que tengamos guerra con nadie! ¡Tú no sabes lo que es una guerra!

El muchacho calló por no seguir asustando á su abuela, y pasados algunos meses de la discusión que acabamos de referir entró al servicio del duque, su vecino.

Observó fielmente los preceptos que le había dado su abuela, y aunque no se avino nunca á hacer el papel de bufón, y no medró por eso lo que debiera, á los dos años de vestir la librea de los pajes le hicieron caballerizo de campo y murió sirviendo la plaza de caballerizo mayor, aunque jubilado en sus últimos días con el medio sueldo, casa y asistencia de leña, médico, cirujano, botica y un plato diario de la mesa de los señores.

Casado, desde que le hicieron caballerizo, con la hija del mayordomo, moderó sus instintos republicanos, y á los tres hijos que tuvo los dedicó al servicio de la casa. Sin que esto último se haya podido saber nunca si lo hizo por afición ó por obligación.

Era mal visto y acaso habría traído algún disgusto á los padres no ofrecer al servicio del duque todos los varones que nacían en su casa, y hasta las hembras debían quedarse allí de damas de la señora, de mozas de retrete ó de ayas de los señoritos, si no preferían casarse, en cuyo caso tampoco podían buscar marido fuera de la servidumbre de la casa; que no era, y sentiría que lo hubiesen creído así los lectores, un edificio cualquiera, sino un pequeño palacio con todas las dependencias análogas á las del de los reyes, de quienes eran entonces rivales los grandes de España, por más que dentro de la casa real tuviesen á grande honor servir á Sus Majestades los que en la suya eran servidos por doscientos ó más criados.

Pero la emulación llegaba hasta el punto de ser necesarios repetidos bandos de la sala de Alcaldes para que los grandes de España moderasen el lujo y redujeran sus trenes un punto menos que los del rey.

Y aun se cuenta, no sé con qué fundamento, que á Pajarito, el peluquero de quien ya hemos hablado en otros cuadros y que tenía el honor de peinar á S. M. la reina y á muchas señoras de la grandeza, le regaló S. M. un reloj de gran precio por ciertos servicios que había prestado á la real persona, y apenas lo supo una duquesa muy conocida en la corte por su empeño en rivalizar con la reina, le preguntó qué hora era con objeto de que sacara el reloj. Hízolo orgulloso el peluquero, y la duquesa, quitándoselo de la mano, le arrojó por el balcón, y dándole al propio

tiempo otro de mucho más precio guarnecido de brillantes, le dijo: «Toma, que no está bien que mi peluquero gaste relojes tan malos como el que traías ahora.»

Cada casa de grande tenía en servicio diario catorce ó quince coches, de ellos varios con destino al capellán, al confesor, al mayordomo, otro para las damas y uno exclusivamente para recados ú oficios; haciendo con los caballos de montar lo mismo que entonces se hacía en las caballerizas reales: dejar que los sacasen á paseo los aficionados con sólo presentar un fiador, no de su honradez, que entonces aún no se había hecho precisa esta clase de fianza, sino de su inteligencia en la equitación.

La obligación principal de todos los criados altos y bajos, lo mismo los de escalera arriba que los de escalera abajo, era saber llevar el humor de S. E. y de sus señorías los señoritos de la casa, y sobre todo del favorito, porque como éste era el *ojo derecho* del amo, claro está que por allí le entraba lo bueno y lo malo.

También en esto eran las repúblicas de la sangre azul un reflejo de la corte de la sangre real; el privado era la aguja de marear para todos, incluso el ayo de los primogénitos, que más se entretenía en mimar al privado que en educar al señor de la privanza.

Sin embargo, ninguno de éstos cumplía los diez años sin saber leer y algunos escribían correctamente antes de casarse. No aprendían nada más, porque no les hacía falta, según dijimos en el cuadro del *mayorazgo*.

Los sueldos de los empleados no eran muy crecidos; pero en cambio eran tan menguados sus gastos particulares, que apenas tenían necesidad de otra cosa que de vestirse, y aun para esto alcanzaban las gratificaciones que en metálico recibían por Navidad y el día del santo de los duques y cuando se casaba alguno de los señoritos y en otras muchas solemnidades que ocurrían en la casa.

Los criados que por su destino se sentaban á la *mesa de familia*, claro es que no tenían que pensar en poner el puchero; los otros, si acertaban á llevarse bien con el jefe de la cocina y el de la repostería, tenían diariamente á su disposición mejor mesa que la de Sancho Panza en las bodas de Camacho.

Para tener la despensa provista de dulces les bastaba que la señora diese á luz cada año un niño ó que hubiera alguna boda en la familia, y por último, hasta en la muerte del amo cogían algo y aun algos con que enjugarse las lágrimas. Amén de las mandas en dinero que á cada uno dejaba el señor en su testamento, sin otra obligación que la de rezar por su alma veinte ó treinta rosarios, les alcanzaba gran porción de ropas del reparto general que se hacía de todas las que había usado S. E. y les daban una cantidad metálica para lutos.

Y ya que sin pensarlo ni quererlo hemos tropezado con la hora postrera de los personajes de la sangre azul, no terminaremos este cuadro sin dar un brochazo acerca de los entierros de la grandeza, únicos que entonces excitaban algo la atención del público á pesar de su modesto aparato.

Colocado el féretro debajo de un dosel carmesí si el finado había llevado título de duque, y negro si había tenido alguno de los otros títulos, dábanle en ambos casos guardia de honor los alabarderos siempre que fuera grande de España, y doce de sus lacayos le velaban con hachas de cera.

Había en aquel mismo aposento tres ó cuatro altares, en los que se celebraban varias misas, acudía el clero de la parroquia con *cruz levantada* (cosa que luego solía levantar en alto al contador y al cajero) á cantar el responso, y lo mismo hacían las órdenes mendicantes.

La parroquia repetía su visita y su responso tres veces mientras estaba el cadáver en la casa, y al anochecer, sin más aparato que veinte ó treinta hachas que llevaban los lacayos, era conducido en hombros de los hermanos de la venerable orden tercera de San Francisco (terceros que decía el vulgo) y colocado en medio de la iglesia sobre una tumba pequeña con veinte ó veinticuatro hachas alrededor.

Allí mismo y de cuerpo presente, sin más orquesta que un bajón ni más voces que el elocuente canto llano, le celebraban un funeral de primera clase, cuyo coste ascendía, según tarifa, á 3.500 reales. Pero esto se repetía por espacio de nueve días, con lo que subía la cuenta á 31.500, amén de los veinticinco doblones de la ofrenda, que esto iba por separado, y del importe de las misas, que tampoco se sumaba junto, y las mandas forzosas y otros nueve días si se enterraba en otra iglesia que no fuese la parroquia, siendo en ellas la mitad el coste de los derechos.

Misas privadas se celebraban tantas, que era cosa de perder la cuenta, y la mayor parte de los grandes dejaban mandadas crecidas sumas para este objeto.

En el Carmen Calzado y Descalzo, en la capilla de la Soledad, previo el permiso de los condes de Corres, ó en la iglesia de los Mínimos, era donde se solían enterrar los grandes de España, en la bóveda, ó en un sepulcro particular si eran patronos de alguna capilla.

En este último caso se libraban de ser trasladados al poco tiempo á una de las dos fosas generales situadas fuera de la puerta de Fuencarral y de Toledo. Porque hiciera poco ó mucho que se había dado sepultura al cadáver, si estaban llenas todas las sepulturas se hacía lo que llamaban la *monda de la parroquia*; y chicos y grandes, los de sangre azul y los de sangre colorada, todos los restos humanos iban fuera. La *monda pa-*

rrroquial se anunciaba por pregón y carteles á las puertas de la iglesia, y era un día de desolación para las gentes del barrio, que emigraban á las casas de los amigos y no volvían á las suyas ni á la iglesia mondada hasta pasado un mes ó más de la monda. Sin embargo, la mayor parte de los grandes quedaban en las iglesias por tener en ellas panteones de familia, y..... por lo que decía la abuela del pollo comunista al principio de este cuadro: porque los dedos de la mano no son iguales, y punto redondo.





CUADRO XLVII

LA ORATORIA DEL PULMÓN Ó EL PÚLPITO EN 1800

*Contra principia neganda,
fustibus est arguenda.*

«Perdónenme ustedes, señores, porque en esta casa hay coche para todos, hasta para ellas, menos para el predicador..... Sea ante todas las cosas bendito y alabado el Santísimo Sacramento del Altar.»

Con estas palabras, en presencia de Jesús Sacramentado, en la real capilla y asistiendo á la tribuna el rey Carlos IV, dió principio á su sermón en una de las mayores solemnidades de la Iglesia el padre fray Alejo del Valle, observante franciscano del convento de Guadalajara.

Había venido á la corte llamado expresamente para predicar en la real capilla, sin otro coche que el del santo fundador de su orden, ó *pedibus andando*, como dice el vulgo, con su báculo y su alforja al hombro. De hospedería en hospedería llegó á Madrid, y alojado en el convento de San Francisco, salió de allí para la real capilla, adonde entró cubierto de nieve. Quitóse la capilla del hábito, según costumbre, y antes de colgarla sobre el rico paño de glasé de oro que cubría el púlpito, la sacudió sobre los gentiles-hombres de S. M., capellanes de honor y otras personas de distinción que había en el circo, y al rociarles de agua les dijo las palabras que acabamos de copiar. Tenía el humilde franciscano mucho favor en la corte y su *indirecta* no le acarreó los disgustos que temieron sus apasionados; antes por el contrario, S. M. dió orden para que siempre que hubiese sermón en la capilla se pusiera un coche á disposición del predicador.

En cuanto á la *genialidad* de fray Alejo, que genialidades se llamaban

esas licencias oratorias, fué muy aplaudida por todos los frailes y aun por muchos grandes señores, ansiando todos el momento de salir de la iglesia para ir á contar lo ocurrido en el sermón. Sin las circunstancias especiales que concurrieron en esta ocasión, no habríamos citado la famosa salutación del padre Alejo, que no era en verdad un orador adocenado; otras más curiosas y más inconvenientes y menos dignas de la cátedra del Evangelio pudiéramos recordar si fuera el principal objeto de este cuadro hablar de esos arranques oratorios que tan comunes eran en el púlpito de 1800. Era achaque ordinario en los famosos predicadores del siglo pasado y principios del presente el comenzar un discurso sagrado con una filípica profana, las más veces contra determinadas personas, interrumpiendo no pocas la oración con igual objeto, y aun recurriendo á estos ardidés cuando perdían el hilo del discurso.

—¡Ay, qué vergüenza, padre!—le decía después de acabado el sermón una mujer que entraba en la sacristía con muchas otras á besarle la mano.—Me ha hecho su paternidad poner colorada.

—¿Y por qué?—le preguntaba el fraile riendo.

—¿Por qué ha de ser? Por aquello que me dijo su reverendísima de que yo era la mujer deshonestá que venía á profanar el templo y á quitar la devoción á los fieles.

—¿Eras tú la que estabas enfrente del púlpito?

—Yo era, y todas las gentes me miraron.... ¡Jesús, Dios mío! En mi vida he pasado mayor vergüenza. ¿Por qué dice su paternidad esas cosas?

—Porque se me fué el santo al cielo.... Perdí el *hilo* del sermón, y mientras le volvía á pillar dije lo primero que me vino á la boca.

—Ya; pero las gentes no se hacen cargo de eso y cada cual piensa lo que más le acomoda. Siempre tengo yo desgracia. No le sucede así á mi vecina, que á pesar de ser tan mala y tan provocativa, el otro día cuando hablaba su reverendísima de la Samaritana y se dirigía sin cesar á ella diciéndole *tú eres la buena.... tú eres la santa*, me daban ganas de contestar: no, padre, será la otra, porque ésta es muy mala mujer.

El predicador se quedaba riendo, cobraba los cinco ó seis reales que era el precio ordinario de los sermones, amén del vaso de vino y el cuarterón de bizcochos y un plato de leche si predicaba en convento de monjas.

Las anécdotas y los cuentos salían á borbotones de los labios del predicador, que con la mejor buena fe y la omnímoda libertad de que gozaba en el púlpito, no solía reparar en pequeñeces de estilo ni en otras faltas de más trascendencia. Bastaba que el cuento naturalmente ó traído, como suele decirse, por los cabellos, se ajustara al tema del sermón para que le encajara al auditorio, sin cuidarse ni poco ni mucho de la forma en que le había aprendido y que era la misma en que le contaba.

El menos á propósito para esa clase de digresiones era el tema de la Pasión de Jesucristo, y sin embargo, solía ser el más fecundo en chascarrillos y en comparaciones profanas.

Había en esta clase de oratoria mixta, y para la cual podía decirse que los predicadores tomaban al pie de la letra el *utile dulce* de Horacio, especialidades famosas, de cuya elocuente vena podríamos citar muchos trozos; pero no es este el propósito del cuadro presente y los omitimos. Referiremos únicamente el cuento que un fraile franciscano encajó á su auditorio, predicándoles de la pasión y muerte del Redentor.

«Ya veo, pecadores—les decía,—ya veo que gemís y lloráis; pero no me fío de vuestro llanto ni de vuestras gimoteaduras, gazmoños, más que gazmoños, y he de seguir predicando hasta que las echéis como puños, porque esas lágrimas que ahora derramáis son falsas como vuestros corazones y engañosas como las del cocodrilo. Yo no puedo deciros lo que aquel predicador portugués dijo á su auditorio, no; porque él predicaba á un rebaño de ovejitas y vosotros sois una manada de lobos y de panteras. Pero diréis ahora: «¿Y qué fué lo que dijo el predicador portugués? ¿Qué fué ello?» Pues os lo voy contar—dijo, y cambiando el tono del discurso y bajando la voz, añadió:

»Pues, señor, habéis de saber que este era un fraile portugués que predicaba de la Pasión de Cristo, y sucedió lo que sucede siempre que se predica de eso, que lloraba el auditorio. Yo hace veinticinco años que predico la Pasión y siempre he hecho llorar á las mujeres á moco tendido. Pues como iba diciendo, viendo el predicador que lloraban las mujeres y siendo él un frailón bonachón y compasivo, les dijo: *Naon choreis meninas, pois isto ha muito tempo que he pasado, é poderia ser que fosse mentira.*

»No me atrevo yo, pecadores, continuó el fraile volviendo á gritar, no me atrevo yo á deciros lo mismo. Llorad, llorad, que vuestros pecados no son mentira, porque no hace mucho tiempo que habéis pecado; pecasteis anteayer, ayer y hoy y vais á pecar mañana. Pero ¿qué digo mañana.... si estáis pecando ahora mismo!... Yo os veo pecar dentro del santo templo.... Pero andad y buen provecho os haga, que pronto vendréis á confesaros y entonces veremos quién lleva el gato al agua.»

Esta oratoria, salpicada de infinitos textos latinos, era en general la elocuencia sagrada en 1800. Entregado el púlpito á frailes de instrucción escasa, habían estragado de tal modo el gusto de los fieles, que se oía con indiferencia y hasta con desagrado á los pocos oradores elocuentes de la época.

Pero aun esa oratoria ridícula que hemos mencionado no era la verdaderamente popular, y los templos donde predicaba un sacerdote de más ó menos instrucción, pero comedido y templado en sus formas, se quedaban desiertos cuando se sabía que en otra iglesia ó en medio de una plaza

predicaba algún fraile de pulmones, capaz de aterrar con solo un grito á una docena ó docena y media de pecadores.

El púlpito ambulante que el fraile Gilito solía plantar en medio de la Red de San Luis ó de la plaza de la Cebada era el que trabajaba de consuno con los *saetistas* de la hermandad de la Esperanza para apartar á las gentes del pecado mortal. Cuanto más el fraile gritaba, más decía la vieja que tenía *pico de oro*, y á fuerza de arremangarse los brazos, de mañotear y de dar puñadas sobre el púlpito, lograba arrancar gruesas lágrimas á las gentes que se agolpaban á oír el sermón.

Desde el momento en que se fijaba el púlpito en medio de la plaza, se suspendía el tránsito de carruajes, abandonaban los aguadores sus amadas cubas, cerraban los mercaderes sus tiendas, dejaban las verduleras sus mercancias y corrían todos á escuchar la divina palabra de boca del misionero.

El púlpito de madera que se solía poner en la Puerta del Sol se guardaba en el convento de la Victoria y era el que había servido para el último auto de fe. Estos frailes tenían una memoria ó censo sobre ciertas casas de Madrid, con obligación por su parte de *echar* (así decía la memoria) un sermón los viernes de Cuaresma en la Puerta del Sol, delante de la taberna que hoy existe aún en la esquina de la calle de la Montera.

La costumbre de predicar en las plazas era tan general, que aun en tiempo de ferias y cuando se celebraba en la plaza de la Cebada se ponía el púlpito ambulante.

Así lo confirma la siguiente quintilla que recordamos haber leído en una *pintura de la feria de Madrid*, inserta en un diario de aquella época.

«Hay, porque el vicio se ahuyente,
un predicador dispuesto
á que su doctrina aliente,
y aunque hay allí tanta gente,
es predicar en desierto.»

Al principio del sermón nadie lloraba; antes de llegar á la mitad ya se oían algunos sollozos; pero cuando el fraile sacaba el crucifijo, todos caían de rodillas llorando á más no poder.

Las personas santas y verdaderamente religiosas clamaban ya entonces por que se prohibieran esas pláticas en sitios en que no bastaba toda la vigilancia de la autoridad civil para evitar algunas irreverencias, y pedían que las *misiones* se celebrasen dentro de las iglesias; pero el pueblo tenía demasiado arraigada esa costumbre y nada consiguieron. Por otra parte contribuían á fomentarla las mismas órdenes religiosas que tenían ese privilegio, del cual abusaron algunos de sus individuos de una manera muy poco conforme con la dulzura y con la santidad de las predica-

ciones que el divino maestro hacía á sus discípulos. Pero á pesar de lo que dejamos dicho y de cuanto el lector pueda adivinar que callamos acerca de la ridícula oratoria del pulmón, el buen espíritu de aquella sociedad creyente y sincera se mantuvo fiel á las tradiciones religiosas y á los preceptos evangélicos, tan lastimosamente parafraseados por sus apóstoles.

Mientras el fraile cándido y sencillo y cargado con más ignorancia de la que le cabía en la capilla, viendo que el auditorio se le distraía por seguir á un polichinela que pasaba por la calle inmediata, decía á gritos, enseñando el crucifijo, «venid, pecadores, venid, que éste es el verdadero *pruchinela*,» á nadie le ocurría reirse de aquella indigna sandez; más tarde ha sido cuando la verdadera religión ha recogido el fruto de semejantes desaciertos. El púlpito en poder de algunos frailes ignorantes entibió algún tanto la fe de los fieles. ¡Aquella fe, con la que los hombres de tantos siglos acometieron empresas cuya gloria no morirá nunca!

Los abusos en la cátedra del Evangelio trascendieron á otras prácticas religiosas, y en las procesiones se veía á diario confirmada esta verdad.

A las irreverencias que ocasionaban esas ceremonias contribuían no poco las cofradías de los gremios. Cuando el Miércoles Santo salía por las calles la procesión de los cabreros, en la que iban éstos vestidos con casaca y chupa, gritaban las gentes *jarre, cabra!* y otras provocaciones por el estilo, á que contestaban con una desvergüenza los aludidos cofrades.

Pero todo, repetimos, era hijo de la patriarcal y sencilla buena fe de entonces, en prueba de la cual terminamos este cuadro con el sermón que á mediados del pasado siglo predicó el cura de Ciézar; sermón que revela las escasas luces del predicador, pero que es un testimonio del lenguaje familiar que usaban algunos oradores sagrados, y que con razón hizo exclamar al obispo de Orihuela: «Si muere este buen cura sin arrepentirse de lo que ha predicado, se nos aumenta el rezo el día de los Inocentes.»

«Pasio Domini nostri Jesu Christi. Esta noche, fieles míos, esta noche, hijos de María, espero que os habéis de consumir en lloros, como yo lo he hecho hoy leyendo lo que pasó Jesús Nazareno en su sagrada pasión, hace ahora 1741 años sin quitar ni poner nada. Es cosa que os habéis de pasmar de oír los azotes que le dieron, las puñadas, los tirones de cabellos, las voces que le daban y las cosas que le decían; pues á este fin habréis advertido que ha más de ocho días que no salgo de mi casa sino á la tienda en que tiene Ginés el libro que dice todo esto y en donde yo he compuesto este sermón que os tengo de predicar esta noche, y lo que siento es que los muchachos le hayan quitado al libro más de cuarenta hojas, por ser Manuela una descuidada. Y aun me dijo el Domingo de Ramos: «Señor cura, si hubiese sentido su merced lo que leía mi Ginés al comienzo del libro cuando nos casamos, se hubiera pasmado.» Miren

qué tonta de dejarlo, sino haberlo tenido en un arca bien alzado; no lo hace así con la saya de Dragole y el jubón de Salamanca, que lo guarda como oro en paño. *Pasio Domini nostri Jesu Christi.*

»Cuenta el P. Ladislao, que es el autor de este libro, que cuando Jesús Nazareno conoció que iban de mala fe los que mandaban entre los judíos, que á uno de ellos le llamaban Pilatos, indigno de que se le nombre en el credo, porque dicen que era hombre de mala vida; al otro le decían Caifás, que ahora le mudan el nombre en el libro que le doy lección á mi sobrino, y le ponen Gaiferos, un hombre sin alma, un pícaro guillotrón sin honra ni vergüenza, lo mismo que el matrimonio Anás y Herodes, que eran muy malos cristianos. Estos son los que crucificaron é hicieron morir de mala muerte á ese que veis ahí enclavado y hecho una desdicha á puros golpes y azotes. ¡Pero qué se podía esperar de una gente que no oía una misa ni rezaba un rosario, amigos de comer y beber á costa de los pobres! Lo que ahora oiréis contar del alcalde mayor de Ciézar, que por una quimerilla de fritas y asadas que no importa un puñado de alcarras, así pide los cincuenta y sesenta reales como paja; y si no, miren lo que le ha sucedido al suegro de mi hermano Vicente, que porque sangró los asnicos en la esquina de la plaza, le dijo: «Vengan cuatro ducados y cinco reales para el ministro.» *Pasio Domini nostri Jesu Christi.*

»Vamos á lo que vamos y á la Pasión, que yo en acordándome de estas cosas, y que los cuatro ducados se me han pegado en las costillas, me pongo hecho un borracho y no sé lo que me digo, y hablaré más disparates que el demonio. ¡Jesús sea con nosotros todos! Había en aquel lugar donde estaba el Señor y los judíos un tal huerto Gethsemaní, lo mismo que aquí decís el huerto del Cura, el huerto de Guillermo ó el del marqués de Beniel; pues como digo, recelándose Jesús de alguna vileza de aquellos malvados, fué á llorar y á hacer oración al tal huerto, ¡nunca que hubiera entrado!; entonces un picarote desagradecido, llamado Judas, tejedor (que por eso me sabe mal que el síndico haya puesto á su hijo Pascualito á ese oficio), era un pobre diablo que nadie hacía caso de él. Pues como vamos diciendo, y por haberle dado entrada en su casa á Jesús el tal Judas con una mala intención como la del alcalde mayor de Ciézar y casi tan ladrón como él, ajustó con los judíos que les entregaría á Jesús como le dieran treinta dineros ó reales de plata (porque yo siempre he oído decir que eran de plata, y por eso digo que no serían *dineros*). Pero vamos ahora: dime, Judas ladrón, más que ladrón, ¿qué te hizo Jesús para que le vendas y agarres el dinero? Pero ¡anda, que no te arriendo la ganancia, poco provecho te hará el dinero!

»Yo creo, oyentes míos, que Judas y el alcalde mayor de Ciézar los dos han de morir de mala muerte, y no tendrá éste una hora buena como

no me devuelva los cuatro ducados. Fueron los sayones una gente horrosa, y se agarraron de este que veis muerto y le ataron con sogas, y á tirones le llevaban por todas las calles y plazas y á las casas de los que mandaban, y le sentenciaron á muerte, y al instante le pusieron una cruz á cuestras muy pesada, y yo he pensado muchas veces que esta cruz sería de regalicia, porque en medio del breviario, tratando de la Pasión, dice: *dulce lignum*, que quiere decir de leña dulce. Se me ha olvidado decir antes de lo de la cruz, que le dieron muchos azotes y puñadas á nuestro amado Jesús, y como dice el sagrado texto por boca de San Pascual Bailón: *¿Quid est homo qui non ploret?* No hacía más que llorar. Después le llevaron al monte con la cruz á cuestras, aquí caigo, allí me levanto, y ya, cuando Dios quiso, llegó al monte donde le habían de crucificar. Allí dicen que se movió tal gritería que no se entendían: porque allí había franceses, portugueses, italianos, moros, judíos, y á no ser porque han pasado tantos años, dijera que también había estado el alcalde de Ciézar, y que había sido el peor de todos, porque es un perro ladrón que no hace más que judiadas. ¡Vean ustedes qué motivo para sacar los cuatro ducados! No más que no podré hacerme un balandrán para este verano, y saben todos que lo voy pasando á puro de remiendos que le va echando ese sastre que viene de Murcia, que por mal nombre le llaman *Calenturas*, y Frasquita la del herrero, que tiene manos para todo, y es lástima que no le salga un buen novio, porque es buena chica, y al que se case con ella le tengo de dar mis viñas y secanos arrendados.

»No quisiera ser molesto; pero en este sermón no se puede dejar una palabra, pues Jueves Santo no hay más que uno al año; y si este año tenéis fortuna de que esté yo aquí, y os predico un sermón de tanta habilidad y tan claro, otro año tendréis un tonto que todo serán latines y majaderías, ya habéis visto los pocos que he predicado, y es que nunca me ha gustado que me turben, y en perdiéndose el hilo del sermón, bolo.

»No sé qué me daría para que supiera el señor provisor lo bien que lo he hecho y lo contentos que están del sermón para que no me diga cada vez que voy á Murcia que soy un idiota ignorante y que me ha de quitar la misa y me ha de poner en capuchinos: esto no es porque me quiera mal, sino que en dándole la melancolía, pega con todos; pero agora ya le entiendo yo las vueltas, porque el paje es muy amigo mío y me dice que si él pudiera me había de hacer obispo.

»También fueron contra Jesús Nazareno una cuadrilla de pícarones que se llamaban baldones. Vosotros no sabréis quiénes son éstos. Pues bien: ¿habéis oído cantar á los ciegos de Murcia en la Pasión de Jesús *muerte y baldones*? Pues esos son, y de este linaje es D. Diego Yabaldán, alcalde mayor de Ciézar, que no me lo puedo quitar de la cabeza, y me

estimaría más que lo tiraran á presidio que ser cura de Alcantarilla.

»Allí enclavaron al Señor, como lo veis en esa cruz, y no contentos con eso fué un soldado que le decían Marco y le dió una bofetada; fué otro llamado Longinos y, como dice el texto, desde lejos le tiró una lanzada; pero lo que más sintió el Señor fué contemplar la ingratitud de los hombres: por eso sólo se entristeció tanto que con ser tan pacífico, sin poderlo remediar, dijo: *Ad Dominum cum tribulatione clamavi*. Ahora discurro yo que nuestro buen Jesús volvió el rostro á los judíos, como dice el rezo de ayer, *quid retribuam Domino*, y dijo ó diría: «Esa mujer que veis tan llorosa es mi madre, cuidado con agraviarla, pues hasta aquí seremos amigos;» bien merece que así se cuide de la que le dió el ser, y Dios se lo premiará, y no como los hijos de María choquen, que por un quitame las pajas ó por si fueron ó han de ir á las fiestas de Murcia riñen con todos los de su casa y todo lo quieren llevar á tres de mal juego: no hemos sido así los hombres doctos, ni hemos tenido soberbia. ¡Cuántas veces me decía á mí mi padre que yo era un bestia, un borrico sin albarda y que no rompería ningún púlpito, y por haberlo llevado con paciencia ha querido Dios que, por empeño del Sr. D. Antonio de Rueda, me nombrase el provisor vuestro cura y dignísimo prelado, y es que ha conocido mi sobresaliente determinación, como lo experimentáis en los entierros y misas mayores y en algunos asuntos que sabe el señor alcalde!

»Marías, llorad: llorad, hijos míos, la muerte de Jesús, y aunque parece que está muerto, bien ve lo que hacéis; y luego estará vivo, y los que os compadezcáis, no caerá en saco roto, y los ingratos y rebeldes los castigará con la pena eterna. *Quand mihi et vobis*, etc.

»*Advertencia*.—Los que se hayan de azotar mañana, acudan antes de las ocho, pues la procesión no espera á nadie; los que sepan cantar el *Miserere* se pondrán al lado del padre Andrés, que yo tendré que ir detrás con la reliquia del santo.—*Otra*.—Cuidado con acordarse de lo que ha predicado el padre Andrés esta Cuaresma, que á algunos les parece que en tocando á gloria tocan á pecar; pues guárdense de que yo lo sepa, que perderemos las amistades.—*Ave María Purísima*.»

Ya comprenderá el lector que el obispo de la diócesis no se contentó con llamar inocente al cura de Ciézar, sino que le recogió las licencias de predicar y aun las de confesar y decir misa. El sermón autorizaba á todo; y téngase entendido que le hemos descartado de muchos otros absurdos con los que corre manuscrito en manos de los curiosos.

En la corte no se oían discursos ni pláticas tan insensatas; pero en cambio hubo un trinitario descalzo, predicador del gremio de caleseros, que armaba un motín cada vez que echaba un sermón. Era de gran estatura, fornido y hermoso, arremangábase con brío los hábitos, abofeteaba

el aire con soltura y tenía unos pulmones de padre y muy señor mío, como decían entonces. ¡Pero qué valía ninguna de esas prendas retóricas, ni cómo le hubiera sido fácil atraerse con ellas solas la mitad del vecindario cada vez que predicaba! La muchedumbre buscaba alguna cosa más que los gritos y los gestos y el continuo manotear del trinitario. Otro era el secreto de aquella inmensa popularidad. El secreto era que el bendito religioso decía siempre al terminar su sermón que se elevaba al cielo para pedir al Señor el perdón de los pecadores, y éstos le veían *elevarse en cuerpo y en alma*, de tal modo que iba subiendo hasta asomar los ribetes de la túnica y algo de los zapatos por encima del baluarte del púlpito.

Lo que había en la iglesia de gritos de milagro y de empujones por ver cómo se elevaba el fraile, no hay para qué decirlo. El olor de esa ascensión trinitaria llegó á las narices de la Inquisición dominica, y anduvieron los familiares olfateando sin que les llegara la camisa al cuerpo; pero el bendito varón se seguía elevando, la gente acudiendo y la Inquisición brujualeando. Hasta que cansado el Sr. Nágera, vicario de Madrid, de que el trinitario no acabase de ascender quedándose siempre á la misma altura, ganó al lego que esperaba al predicador en la escalerilla del púlpito, y éste le contó lisa y llanamente la verdad de todo.

El vicario esperó á que se concluyera el sermón un día que predicaba la misión en San Luis, y después que se hubo marchado la gente de la iglesia, se encerró en la sacristía con el trinitario y le sacó de debajo del hábito la máquina de las ascensiones, que no era otra cosa sino unos zancos como los que usan los pastores de los Andes, con unos muelles en espiral, con los que iba graduando la elevación. El trinitario dejó de elevarse, y descendió á los calabozos del Santo Oficio, en cuya bajada perdió las carnes que había ganado con las subidas, y fué conocido en la corte por el *hechicero*. Al mismo tiempo que el trinitario, fué procesado, aunque no preso, el célebre escritor fray Manuel Centeno, discreto del orden de agustinos é individuo de la Academia de la Historia, y el *sambenito* que le impuso la Inquisición fué obligarle á tener siempre la celda abierta sin permitirle el uso de libros ni recado de escribir. El delito que motivó esta atroz medida parece que fué un sermón de honras que predicó en San Ginés, y en el cual dijo, apoyado en la autoridad de algunos santos padres, que la tumba no era un sufragio para el alma, sino sólo un culto profano que la vanidad de los deudos rendía á la memoria de los finados.

El cura de la parroquia se subió alarmado al púlpito y dijo: «Otro día os predicaré todo lo contrario de lo que acaba de decir este sacerdote indigno, cuyas doctrinas ya se sabe lo que pueden dar de sí con sólo recordar que viste el hábito que vistió Martín Lutero, de cuyas máximas impías parece estar empapado.»

La Inquisición tomó cartas en el asunto, y después de una larga conferencia que tuvo el padre Centeno con los inquisidores, en las que pasaron cosas muy curiosas, cuyo relato omitimos por prudencia, el Santo Tribunal le condenó á lo que queda dicho. Por prudencia también, y porque no parezca que hemos andado rebuscando abrojos en un campo tan sembrado de flores, dejamos de citar otros casos que se nos vienen á la memoria y que, como los ya citados, hemos oído referir á testigos oculares. Y pudiéramos hacerlo sin escrúpulo, porque esta obra no es de aplausos, sino de crítica, y el señalar los vicios no es negar las virtudes. Habíalas y grandes en las órdenes religiosas, y muy principalmente en las que por instituto se consagraban á la carrera del púlpito. Díganlo las arriesgadas y benéficas misiones de Indias, que tan dignas han sido siempre y son hoy aún de panegíricos encomendados á plumas más hábiles que la nuestra. La que traza estos cuadros no tiene otra pretensión que la de hacer reír á los lectores, y otra cosa que la risa asoma á los labios cuando se piensa en los trabajos y peligros, en la casi seguridad de la muerte, que arrostran los frailes cuando llenos de fe y de heroísmo van á sembrar en los incultos corazones salvajes la semilla del Evangelio. Y esto no es decir que fueran muy civilizados los modestos hijos de Pelayo que, abandonando el culto de la ya entonces célebre Mariblanca, corrían á oír el sermón del fraile, sino que aquellos aguadores eran hijos de padres cristianos y no había necesidad de convertirlos. Con cuatro latinajos que no entendían y cuatro puñadas de que no se asustaban, se volvían tan satisfechos y tan contritos, que no había más que pedirlos.

El célebre padre Isla no había alcanzado otra cosa con su *Fray Gerundio de Campazas* que un merecido renombre literario. Los caballeros andantes del púlpito no hicieron gran caso del D. Quijote de Campazas.

La ilustración y los años, que no pasan en balde, han sido la causa de que haya desaparecido algo de la oratoria de aquellos tiempos.





CUADRO XLVIII

EL ERUDITO, EL LITERATO Y LA MARISABIDILLA

Antes de dar principio al presente cuadro, debemos implorar la indulgencia de nuestros lectores por una falta que hubiéramos podido prever, pero que sin embargo no ha estado en nuestra mano evitar por las razones que vamos á decir.

Desde que comenzamos á publicar estos cuadros del museo de lo pasado, quisimos retratar al erudito; pero nos pareció que no era una figura tan interesante ni tan linda que mereciese figurar en primer término, y creímos también que como el modelo era el más desocupado de todos no tendría prisa y á cualquier hora que le buscásemos le hallaríamos en el archivo de sus mamotretos.

Creímos más aún: creímos que había muerto y que su cadáver nos pertenecía á cualquier hora.

Todo esto se nos antojaba, y he aquí la razón de no haberle sacado á relucir hasta ahora.

Figúrese el lector cuál habrá sido nuestro asombro al ver que nos hemos engañado de medio á medio.

El erudito vive HOY como AYER y amenaza seguir viviendo MAÑANA. Se ha convertido en planta perenne.

Herido de muerte por el papel continuo y las máquinas de imprimir, ahogado por la prensa periódica y quemado su cadáver por los diccionarios enciclopédicos, aún ha tenido la habilidad de resucitar de sus cenizas, dándose el nombre de Fénix de los archivos.

Mucho hemos trabajado para identificar su persona, pero ya no nos queda duda de que es el mismo que buscábamos.

Tú le tienes, lector: el erudito de antaño vive hogaño contigo; pídele la partida de bautismo y verás que no te engañamos.

Algo se ha rejuvenecido, aunque sus mañas son siempre las mismas. Por ver la edición de un libro que se diferencia de otra que él tiene en un circunflejo ó en un vocablo esdrújulo, será capaz de ir á pie y descalzo desde Madrid á la corte del imperio chino.

Nosotros, sin embargo, no queremos verle; preferimos retratarle de memoria, y por eso hemos solicitado tu indulgencia.

No nos importa lo que HOY es para decirte lo que AYER era.

Empezó por ser un hombre poco limpio y con grande afición á la descortesía y acabó por ser sucio y grosero; despreciaba á las gentes que no vivían como él, porque las tachaba de ignorantes, y tenía envidia de los que pretendían seguir sus huellas.

La afición á los libros fué una enfermedad que contrajo desde niño, por haber vivido más tiempo que sus compañeros pegado al Catecismo y á la Cartilla. Era tardo en comprender y se indignaba de que hubiera quien le aventajase en ciencia con menos horas de estudio.

Jamás admitía discusión con persona de quien no se hubiese informado que tenía las cejas quemadas por el mucho estudio.

Nunca tuvo tiempo para lavarse la cara ni las manos, ni se mudó la camisa, ni se sacudió el polvo de los zapatos; si no le saludaban en la calle no veía pasar á sus amigos, si le saludaban contestaba con un gruñido y seguía impávido hacia algún puesto de libros.

Bastaba que el librero le recomendara una obra para que dijese que era pésima. La aparición de un libro moderno le ponía amarillo de coraje y prorrumpía en denuestos contra el autor y contra la persona que le rogaba que leyese el tal libro.

Siempre que volvía á su casa llevaba como las hormigas alguna cosa al granero; y así, en fuerza de acarrear un volumen diario, tenía su habitación llena de libros, pero todos antiguos y, á ser posible, maltratados; que eso aumenta el precio de los libros entre los eruditos, y si había que suplir alguna palabra, por borrada ó roto el papel, era inestimable. Semejante libro venía á ser la perla de su biblioteca, su códice áureo.

Un libro que por su mal estado le permitiera decir: «esto *debió ser* ó aquí *se puede* y *se debe leer* tal ó cual cosa,» lo que primero le venía á cuento, era una alhaja y le daba trabajo para más de un mes. Siendo el hallazgo completo si el tal libro tenía algunas hojas ó algunos párrafos cubiertos con un papel engrudado sobre el que se leyese estas palabras manuscritas;



Esto se cubrió por estar prohibido de orden del Santo Tribunal de la Inquisición aun para las personas que tienen licencia para leer libros prohibidos. Así consta del decreto de la Inquisición que se leyó en la dominica segunda de Cuaresma.

Por supuesto que el artículo prohibido solía ser la traducción de alguna égloga de Virgilio ó cosa más inocente (1); pero como el erudito rara vez se atrevía á levantar el papel, tenía el libro á sus ojos un mérito indisputable.

¡Pobre del que le hubiese dicho que tenía un ejemplar igual al suyo! ¡Oh! Esto no lo sufría el erudito por nada ni de nadie.

Sus libros eran los únicos, y he ahí la razón de que nadie pudiese saber lo que él sabía.

En los primeros años de su amancebamiento literario, ó mejor dicho, librero, le llamaban las gentes el literato, luego el sabio, y por último el erudito.

Cuando él entraba en la librería adonde solía ir de tertulia, todos abrían la boca para saludarle con respeto, y si él abría alguna vez la suya era para maldecir y murmurar de los escritores contemporáneos, que fueron su pesadilla eterna.

En suma, el erudito moría sin haber servido para otra cosa que para decir si en tiempo de Cervantes se escribía tal ó cual palabra con *h* ó sin ella, ó para saber en qué época se introdujeron en España las espadas largas ó los sombreros con hebilla, y esto no lo decía siempre ni jamás lo dijo sin poner mala cara.

¡Vean ustedes si hay razón para que viva el erudito HOY que las enciclopedias, verdaderas ollas podridas de la literatura, sin torcer el gesto, sin grosería y encuadernadas con lujo, ponen al corriente á todo cristiano que sabe leer de cuanto necesita averiguar!

Otra cosa era *el literato*.

Cierto es que no le estaba permitido el mucho aseo de la persona, ni gran dosis de urbanidad, so pena de haber pasado por un tonto; pero era un animal mucho más comunicativo y dócil que el erudito.

Causaba asombro ver que lo que escribía lo *sacaba de su cabeza*, y ciertamente habría tenido más mérito sacarlo de los pies, como sucede

(1) Véanse entre otros libros bizmados con las cantáridas de la Inquisición la colección de *Diarios de Madrid* de los últimos años del siglo XVIII y principios del XIX, y se verá en ellos engrudado y entablillado un artículo *sobre la fecundación de las plantas*, del caballero Carlos Línneo, y otros por el estilo.

hoy con el *talento* de las bailarinas; pero al cabo y al fin sacaba algo, y por eso cuando las mujeres pescaban á tiro algún poeta le decían: «¿Cuándo me saca usted algo?»

A cuya demanda, si el poeta era improvisador, contestaba con una redondilla ó una décima, que eran los metros favoritos por aquel entonces, y luego se imprimía nada menos que con esta historia, que solía ocupar más espacio que el verso:

Habiéndole dicho al autor una dama de esta corte, en cuya casa se hallaba de visita, que le hiciese algunos versos, el poeta tomó el asunto que le daba la dama al decirle ¿cuándo me saca usted algo? Y contestó con la siguiente

REDONDILLA

«Lo que yo he de contestar,
Nise, á tu amoroso ruego,
Es que nada he puesto al juego
Y nada puedo sacar.»

Excusado es decir que la dama no se llamaba Nise, ni siquiera Nice-ta; pero el calendario mitológico y el pastoril eran los únicos calendarios que servían para el rezo de los poetas y no usaban otros nombres en sus obras.

La redondilla era muy aplaudida y repetida, y copiada y á veces glosada, concluyendo la improvisación con el acostumbrado fin de fiesta del chocolate, el azucarillo y el bollo de Jesús.

A las librerías también asistía el literato-poeta, y de vez en cuando le rogaban los amigos que sacase un verso á tal ó cual figura ridícula que pasaba por la calle, ó le daban pie para una redondilla.

Si su talento pasaba á mayores y se atrevía á llegar al teatro, acosábanle los cómicos para que les *compusiera* (ó, como quien dice, remendara) una comedia, ó por lo menos un entremés, ó siquiera un monólogo ó una tonadilla.

El poeta que rayaba tan alto era solicitado en las fiestas reales por el ayuntamiento para los versos alegóricos de los arcos de triunfo, y hasta para una *loa*, en la que era condición precisa que saliese al teatro el río Manzanares echando una plática con las lavanderas y que éstas dijese *¡viva el rey!* y el río acababa por decir *¡vivan los soberanos!*, con lo cual y con que luego saliese la España entre nubes para pedir *el perdón de las faltas*, era completa la loa.

Si el poeta tenía alguna instrucción, cosa que no es de rigor entre

los hijos de Apolo, pero que entonces no andaba tan escasa como más tarde anduvo, hacíanle rabiar y no poco todos los cómicos con sus disfraces.

¡Ya se ve, como que aún no se llamaban artistas, ni tenían derecho al *don*, que entonces no se cotizaba tan barato como ahora, ni se enterraban en sagrado, amortajábanse en despiece de tal modo para *salir á las tablas*, que daba pena el verlos!

El manto prendido al hombro con un clavo romano, las trusas, las botas chambergas, el casco y las plumas del tonelete indio no lo abandonaban aunque les hiciesen pedazos.

Decíanle al poeta que no fuese tonto, que la propiedad histórica era una fruta verde para el público, y que todo lo que podría suceder sería desagradar é incurrir en la bilis de algún criticaastro que saliese con una filípica á los *diaristas*.

Como la imprenta estaba entonces rompiendo á andar, la mayor parte de los literatos se entretenían en escribir romances que luego vendían los ciegos y anacreónticas para el *Diario de Madrid*, y algunas veces recibían encargo de hacer memoriales en verso, con cuyo trabajo solían sacar un jornal mediano.

Esa era la vida del literato, que no se mantenía exclusivamente de hacer coplas, sino que tenía el oficio como una ayuda de costas, porque el sueldo de la oficina ó sus rentas, que aunque parezca inverosímil había algún poeta propietario, no le cubrían todos los gastos.

La marisabidilla ó la doctora, que era un apéndice del literato, no se reducía á otra cosa sino á una mujer que presumía saber latín, que aspiraba á casarse para dar honra y prez á su marido, disputando con los sabios, mientras él reñía con las criadas y con el ama de cría y con los chiquillos, y que pasaba en el despacho todo el tiempo que debía gastar en la cocina.

En vez de coger la plancha cogía el *Arte poética* de Horacio; cuando debía enhebrar una aguja ensartaba un trozo de *Ovidio*, y dejaba de espumar el puchero por depurar la *Eneida* de Virgilio.

Saludaba á los frailes en latín, se incomodaba con su marido porque decía Dios te ayude y no *Dominus tecum* cuando estornudaba, y regañaba con todas las gentes de la casa porque decía que eran muy *exteriores*.

Y con esto se quedaba tan satisfecha como cuando decía á la criada que cerrara los *pinos* y recorriera los *linos*, porque el viento era tan *ex-céntrico* y tan *misántropo*, que iba á *desflorar* la *epidermis superficial* de los *objetos leñosos* de la sala.

Era, en suma, lo que son todas las mujeres que arrojan su talento por

la ventana, cuando creen que les ha de estorbar para adquirir el que la naturaleza, no la sociedad, como dicen esas doctas, ha querido vincular en los hombres; era el tormento de su esposo, la desgracia de sus hijos y la diversión de los extraños.

También ese modelo de AYER se nos ha venido al museo de los cuadros de HOY; pero no sabe latín.

Sabe eso menos.





CUADRO XLIX

BANDERA ESPAÑOLA

«Es la corte la mapa
de ambas Castillas,
y la flor de la corte
las Maravillas.
Anda, moreno,
que no hay cosa en el mundo
como tu pelo.»

(D. Ramón de la Cruz.)

Ancha de popa, largando trapo, virando menudo y haciendo fuego á los buques piratas, no hay que preguntarle de dónde viene.

Es nave madrileña, se botó al agua en el apostadero de Maravillas, trae cargamento de sal, alija por dondequiera que pasa y no adeuda nada en bandera española ni extranjera.

Va libre de derechos, aunque no de registro, por todos los mares del globo.

Á su paso se ensanchan los estrechos, y todas las costas le ofrecen un puerto franco donde aligerar el bulto.

Cuando vira de costado no cabe en el Océano; si abre la escotilla se traga el Mediterráneo; al ver su Santa Bárbara se alborota el Pacífico, y con la espuma que arroja se queda blanco el mar Negro.

Los ingleses la adoran, los franceses la tiemblan, los alemanes la envían y los rusos la tienen por una divinidad mitológica.

Ella en cambio los trata á todos del mismo modo: no hace caso de ninguno.

No cree que hay más mundo que España y unas minas de oro en el mar que llaman las Indias, ni más patria que Madrid, ni otros barrios que Lavapiés y las Maravillas.

Todos le parecen iguales y á todos los llama *nación*.

La botaron al mundo de los cristianos en la pila bautismal de San Lorenzo ó en la de San Ildefonso, y salió tan cargada de sal, que vive derramando mucha, y la que hoy le queda no es poca.

Pero HOY está medio desarbolada y rota, sin hallar quien se atreva á carenarla.

Aunque no falta quien la tripule y quiera salir con ella á bonanza, es probable que se abra por fin el casco y se hunda en los mares del MAÑANA.

El vapor la tiene mareada, y no podrá resistir al empuje de la chispa eléctrica.

Morirá por fin la nave más galana de cuantas han surcado los mares de la hidalguía y del valor castellano, pero morirá abrazada á la bandera española, como murió Sansón arrastrando consigo el templo de los filisteos.

Mientras llega ese día aciago, esa hora de luto para el pueblo de Madrid, clavaremos en nuestro tintero la bandera española, y encomendándonos de todo corazón á los ilustres manes de D. Ramón de la Cruz, pintaremos el cuadro de *la maja*, no sin enjuagarnos primero la boca con esta seguidilla:

«Es la corte la mapa
de ambas Castillas,
y la flor de la corte
las Maravillas.
Toma castañas,
verás qué gusto tienen
á resaladas.»

Y ya que está templada la vihuela y tenemos la masa en las manos, no empezaremos el cuadro sin decir con fervor esta otra:

«A una maja idolatro,
porque las majas
corresponden con todas
las circunstancias;
Y en las usías
son las correspondencias
falsas ó tibias.»

Aire de taco, mirada de ¡válgame Dios!, la frente erguida, el pecho elevado, el talle recogido, el pie pequeño y la mano menuda, escupiendo por encima del hombro, y

«constipando á los necios,
que andan de sobra en el Prado,
con el aire de su cuerpo.»

He ahí el retrato de la mujer morena, que cubierta la ancha trenza de sus negros cabellos con la vistosa moña de seda y plata, y abrochado el jubón de raso sobre sus anchas espaldas, con unas sayas cortas y negras, recamadas de azabaches y abalorios, caída la mantilla sobre el cuello y calzado el breve pie con el zapato de terciopelo blanco, cruza ligera todo el ámbito de la corte, llevándose de calle cuanto encuentra al paso.

No hay ojos que no la sigan avaros, ni corazones que no la rindan su albedrío, ni piernas que no se vayan detrás del aire de su zagalejo, relamiéndose de gusto los hombres al aspirar la sal que en la calle deja, y mordiendo las mujeres los labios de coraje por la ventura que le sobra.

Es el terror de las casadas y el sobresalto de las doncellas, y no hay matrimonio en paz ni yerno posible cuando se propone dar jaque á una esposa comiéndola el marido, ó pone en jaque á una madre soplándole el novio á la chica.

Pero no es ella mujer de tales intenciones, ni es el libertinaje y la disolución su oficio, como equivocadamente suponen los muchos escritores que se han ocupado en roerlas el guardapiés, incluso su especialísimo y entendido fisiólogo D. Ramón de la Cruz.

Este distinguido poeta cómico calumnia á las majas y á todas las mujeres del pueblo bajo de su época suponiendo que todas tenían cortejo, y lo que es peor y menos cierto aún, que lo tenían por interés y con el inverosímil y ridículo consentimiento de sus maridos; que á juzgar por los retratos que de ellos hace el poeta D. Ramón de la Cruz, eran todos unos pobres corderos, incapaz ninguno de ellos de batirse, como más tarde y ya viejos lo hicieron todos contra las aguerridas huestes del coloso del siglo.

La maja va siempre por su camino, sin volver la vista atrás para ver los corazones que deja penando y las piernas que la van siguiendo.

Y bien pueden alegrarse de que lo haga así los usías y los abates que la acosan y la galantean, porque si de otro modo lo hiciera, habría.... lo que hay cuando está de buen humor y no le da la *rial* gana de llevar acompañamiento.

Detiene repentinamente el paso, vuelve la cabeza sobre el hombro iz-

quierdo, y sin mover el cuerpo, con las manos apoyadas en las caderas, se encara con el acólito, le mira de arriba abajo, se ríe con aire de lástima, escupe, da una patada sobre la saliva y sigue su marcha triunfante.

Si el galán conoce el terreno que pisa, baja los ojos y escapa avergonzado, sin que por esto se libre de oír una carcajada ó algo más; como por ejemplo, aquello de

—La del humo, que se jué y no golvió.

Si es por el contrario principiante, y no conociendo el significado de la escupitina se obstina en seguir detrás de la maja, ella se vuelve con desenfado y le dice:

—Muchacho, vete á remangar la cola á doña usía la señora marquesa del *Pan pringao*, que yo voy de trapillo y no quiero paje.

—Pues yo seré tu lacayo, hermosa—le dice un galán, acercándose todo turbado.

—¡Arre allá!—le replica la maja, desviándole con brío.—¿No ves que no tengo coche?....

—Yo te compraré cuantos quieras.

—¡Quia!..... ¡Si matonto..... con el meneo!....

—Te llevaré en silla de manos.

—Tengo miedo.

—¿Quieres que te compre dulces?

—Me empacho.

—Iremos á la botillería.

—No lo gasto.

—¿Y á la hostería?

—Me dan asco los pasteles.

—Pues di, ¿qué quieres, resalada?

—Que se quite usted de en medio, y que se limpie la baba que le está ensuciando la chupa.

—¿Nada más quieres?

—Que se corte usted los rabos del balandrán.

—¿Y así seré tu cortejo?

—Si cuando haya parido el navío que lleva usted en la cabeza me guarda usted la cría, hablaremos.

—Eres muy graciosa—le dice el señor riendo.

—Y usted muy salao.

—¿Conque te gusto?

—Me gusta usted..... de lejos.

—Vaya, no seas esquiva..... Déjate querer, y verás cómo te compro arracadas y aderezos....

—¿Con *peto*?—dice la maja riendo.

—Con todo lo que tú quieras.

—Pues váyase usted al Perú á arrancar el oro, y veré si me gusta la color.

—Lo tengo en casa acuñado, y aquí en el bolsillo algunos doblones de á ocho.

—¡Sí!.... Pues vaya usted corriendo y déselo á ese *nación* que anda por el Rastro quitando manchas, para que le limpie el cuello de la casaca; pero no deje usted de vender la grasa á la *sebera*, que es mucha y la pagará cara.

Si cansada de esta burla sigue la maja su camino y el galán insiste en seguirla, entonces vuelve todo el cuerpo, se pone en jarras delante de él, y con gesto risueño pero amenazador le dice:

—¿Ha mudado usted ya los dientes?

—No entiendo la pregunta.

—Pues si no quiere que se los quite de una bofetá, le aconsejo que se largue de aquí con viento fresco.

Del amago al golpe hay poco trecho.

Si el galán no vuelve grupa al punto, le estampa con admirable frescura los cinco mandamientos, como ella dice, y sigue tan campechana su camino como si tal cosa hubiese pasado, cantando cuando mucho la copla siguiente:

«Un arriero en un mesón
llamaba por que le abrieran,
y al fin llamó tantas veces
que le abrieron..... la cabeza.»

Los encuentros más formidables son los que tiene con las mujeres de su propia clase, sobre todo si hay celos de por medio, cosa muy común entre las majas, no porque la fragilidad sea muy general en ellas, sino porque aman con tanto fervor á su *hombre*, como ellas dicen, que tienen envidia hasta de que otra mujer le nombre siquiera.

—Dios te guarde, Alifonsa—dice Pepa con cierto retintín, precursor infalible de la camorra;—y muchas gracias por el cuidiao que te tomas con las honras ajenas.

—Mira, chica, si es que tienes algún sentir conmigo, me lo dices más pronto que la vista y al avío,..... que ya sabes que me repunan las ritóricas y los arroveos.

—Pus, mujer, ¿hablo yo latín ó gringo? ¿No te he dicho que muchas gracias?

—¡Bien, y qué! ¿Qué quieres decir con eso?

—Nada,..... que estoy muy agradecida al cuidiao que te tomas por la

honra de mi marío.... Ya se ve,.... como que si él debe algo en la taberna, lo vas tú á pagar. ¡Pues ya!....

—Mira, chica, ese será algún chisme, y hablando se entiende la gente

—Por eso hablas tú tanto de más.

—Te pediré licencia, si te parece—dice la Alifonsa con sorna.

—A mí no, mujer, sino que otra vez cuando vayas á tomar á mi hombre en boca, te la enjuagas.

—Con agua de rosa.

—No, con arquitrán que es más durce.

—¿Y quién me ha de dar esa melecina?

—Esta mano—replica la Pepa, levantando la izquierda;—y si te parece mala, esta otra—añade, descargando la derecha sobre el carrillo de la Alifonsa.

Pero ésta, que no es manca, le sacude otro pescozón, y á bofetada seca se hacen la colorada, hasta que por fin se agarran de los cabellos, quedándose no pocas veces con un rizo en la mano, y concluye el duelo por caer la más débil en poder de la otra, en cual caso le sujeta la cabeza entre las rodillas, y á telón descorrido la llama á otra parte el calor de la cabeza.

Azares tan frecuentes entre las majas, que el año de 1808 llevaron ante un general francés á dos mujeres que se estaban azotando, y habiendo dicho el general que no había visto nunca dar azotes, una de ellas dobló sobre la rodilla á la otra, y dijo:

—Pues mire usía, señor, esto no tiene naa que hacer.... Se hace así.

Y en presencia de todos volvió á vapulear á su contrincante.

Reúnense también en cuadrilla las de un barrio para pelear con las de otro, pero siempre igualando las fuerzas, y en estas acciones de guerra, que dieron motivo al gracioso sainete de *Los bandos del Avapiés ó la venganza del Zurdillo*, toman siempre parte los hombres, concluyendo la broma con un fin de fiesta que improvisa el alcalde de barrio llevando á los personajes á la cárcel.

Pero no queremos seguir allí á las majas, porque habríamos de entrar en polémica con sus detractores, al encarecer los generosos sacrificios que hacen y la abnegación con que procuran que nada falte á sus maridos, llevados allí muchas veces por el exceso de sus vicios y el maltrato que dan á esas mismas mujeres que tanto se afanan por mantenerlos.

Ellas ganan el pan para los hijos de un padre borracho las más veces, vendiendo fruta y verduras, guisando callos, asando castañas, y por último cortando carne; que las carniceras, ó mejor dicho, las cortadoras son las verdaderas majas.

La que tiene una tabla en una plazuela y se levanta de la cama con

estrellas en invierno para manejar con su pequeña mano, cubierta de sortijas, la pesada cuchilla del oficio, es la que inocentemente ha dado margen á que se haya bastardeado y corrompido el tipo más noble y más virtuoso de la clase baja madrileña.

Las galas y las joyas que ostentaba los domingos, merendando con su prole y sus conocidos en la pradera de la Teja, despertaron la envidia de algunas señoras de la aristocracia, que no veían en aquellas honradas mujeres otra cosa que el traje, y le declararon de moda.

Más tarde, otras mujeres del pueblo bajo vieron que la saya corta y el jubón con alamares, y la moña y el zapato bajo, y el pañuelo torcido y la mantilla terciada, eran un buen anzuelo para los hombres, y tomaron por oficio lo que no era otra cosa que un traje y un desahogo justo del trabajo de toda la semana.

Esto es lo que ha confundido á algunos escritores hasta el punto de hacerles calumniar á unas mujeres cuyo aparente desenfreno no es indicio de otra cosa que de la franqueza y de la naturalidad de sus costumbres.

D. Ramón de la Cruz tuvo razón cuando en su gracioso sainete de *La maja majada* puso en boca del alcalde estos versos:

«¡Qué valiente gentezuela!
¡Cuánto para dirigirla
es menester conocerla,
y las ridículas causas
de sus chismes y quimeras!»

Indudablemente, esa clase del pueblo no ha sido bastante estudiada ni por los escritores ni por las autoridades.

D. Ramón de la Cruz la conocía bien; pero, á nuestro juicio, se apresuraba á apostrofarla con epítetos denigrativos y á presentarla llena de vicios por el miedo que tenía á los críticos de su época, que aun así y todo le acusaban de estar *encanallado*.

No tuvo el suficiente valor para decir toda la verdad, y bien pudiera haberlo hecho quien contaba con tan justo y merecido favor en el público.

Si su objeto era corregir y contener la desbandada de los usías hacia las majas, mejor lo hubiese logrado pintando el desdén con que la mayor parte de aquellas mujeres los recibían, y no repitiendo siempre el cuadro inverosímil de que la mujer de un albañil ó de un picapedrero estuviese llena de alhajas regaladas por un marqués con licencia y consentimiento del marido, tan bonachón y tan tonto, que después de todo lo que veía aún seguía trabajando,

No era esa mujer la maja por quien hemos alzado la bandera española y á la que vamos á seguir en los cuadros siguientes á los toros y á un día de campo; terminando el presente con esta seguidilla, que la hemos oído entonar más de una vez:

«Quien no vive en la calle
de la Paloma,
no sabe lo que es pena
ni lo que es gloria.
Toma piñones,
que me gusta la gracia
con que los comes.»





CUADRO L

PAN Y TOROS

«¿Quién dejará de concebir ideas grandes de nuestros nobles afanados en proporcionar estos bárbaros espectáculos, honrar á los toreros, premiar la desesperación y la locura, y proteger á porfía á los hombres más soeces de la república?»

(Jovellanos.)

De mal humor estaba y no había pisado buena hierba en el camino el célebre don Gaspar Melchor cuando predicó su famosa oración de *Pan y toros*.

Con el pretexto de ir á la plaza á ver la fiesta, la toma con los moralistas, y con los filósofos, y con los médicos, y con los abogados y, lo que es peor aún, con los inofensivos boticarios. Pica sin piedad al ejército, rejonea á los nobles, clava banderillas de fuego á la plebe y da una estocada mortal á los teólogos maravillosos, arrastrando por último la gran fiesta nacional hasta el extremo de decir de ella que hace imposible el trabajo y que sólo sirve para fomentar la holganza, el vicio y la crueldad.

Breve, pero compendiosa, es la plática que *en defensa del estado floreciente de la España* pronunció el Sr. D. Gaspar Melchor de Jovellanos por los años de 1796.

De mal humor, volvemos á decir, estaba el eminente hombre de Estado al empuñar la pluma para picar los toros desde su bufete.

Al ver cómo se lamenta de que en la plaza de toros estuviesen *mezcla*

dos con ningún recato los dos sexos, se nos pasan ganas de creer que algún *chispero* le había soplado la dama, ó que ésta, vestida de maja, se le escapó en busca de algún *osado barbero*, ó que en la corrida anterior le cupo en suerte estar al lado de algún *eclesiástico aficionado* ó de algún *petimetre lascivo*, ó que le sucedió cualquier otro percance de los infinitos que señala y condena con tono acre y fruncido ceño en su famosa perorata. Algo debió ocurrirle cuando tan fuerte clamó contra ese inocente espectáculo nacional, que la moderna civilización española guarda como oro en paño, enalteciendo á sus héroes hasta un punto que su propia fantasía no les permitió soñar. ¡De poco se asustaba el buen D. Gaspar Melchor! Hubiera él tenido la suerte de vivir cincuenta años más (longevidad que nos habría sido muy útil y muy grata), y hubiese visto cosas hartas para dejarle tamañito. Lástima es, y grande, que no pueda ver las fiestas de toros de HOY quien tanto se asustaba de las que se hacían AYER.

¡Qué diría el buen D. Gaspar, que se lamentaba de que el espectáculo de las corridas de toros *embotara y adormeciera en los magistrados toda idea de libertad civil*, al ver que esa misma libertad es la mejor nodriza que jamás han podido tener las funciones de toros!

Si viera que el pueblo es más toreador desde que parece ser más libre, y que mejor sufrimos las vacaciones del Parlamento que las de la plaza de toros, ¿podría repetir «que sólo á un pueblo esclavo se le podía dar el espectáculo de los toros, y que *la inadvertencia del gobierno le ponía en estado de sacudir el yugo?*»

Ni eso ni nada de lo que entonces dijo se atrevería á decir ahora, porque le habría vuelto el buen humor al oír cada lunes la gritería de la plaza, y cada sábado los lamentos de los que mueren estrujados por alcanzar un billete, y los martes, los miércoles y los jueves las disputas y los duelos á muerte sobre los lances de la corrida, y el viernes los arañazos y las palizas por alcanzar un programa de la función, y los domingos las carreras de los ómnibus que llevan la gente á saludar el ganado que ha de morir el lunes, y los retratos de los toreros formando parte, y parte principalísima, en las galerías fotográfico-biográficas de los hombres célebres de España.

Con esto y con saber de camino que el pueblo es ya libre y enterarse al paso de que va vencida la primera mitad del siglo XIX, habría rasgado todos sus proyectos políticos y los acordados y todas las leyes antiguas y modernas, y hubiese dicho, no con tono irónico, como entonces lo dijo, sino con sinceridad y de buena fe:

PAN Y TOROS,

novísima recopilación de las leyes de España,

Y aun si á lo de España hubiese añadido é Indias, también habría tenido razón; porque ha de saber el Sr. D. Gaspar que no sólo hemos construído una plaza de toros en todos los pueblos de la península, hasta en los que carecen de escuela y de casas consistoriales y hasta de médico y botica, sino que en nuestras posesiones de Ultramar también se divierten lidiando toros.

La experiencia es madre de la ciencia, Sr. D. Gaspar, y como dice nuestro distinguido poeta Bretón de los Herreros en una de sus buenas comedias:

«Para aprender á vivir
no hay cosa como morir
y resucitar después.»

Pero está visto que Jovellanos tenía mal humor cuando escribió tan amarga crítica de una diversión tan propia de los pueblos cultos; pues con serlo hoy mucho la Francia, anda desatinada por podernos robar el privilegio del uso, ya que no es posible hacerlo con el de la invención, que nos pertenece, y lo disputaremos en una guerra internacional si necesario fuere.

Es la única herencia que nos han sabido guardar los archivos, y merece que la conservemos y la mantengamos con la punta de la lanza.

Conque es bueno que Felipe V, que como soberano y señor de estos reinos y dueño absoluto de hacer de su capa un sayo, siendo la capa el pueblo español, se contentó con torcer el gesto y quitar las lidias de la plaza Mayor, donde sólo se tenían dos ó tres veces al año, dejando que el pueblo las tuviese donde más le acomodara, ¡y hemos de perder nosotros una gloria nacional á tanta costa ganada y de suyo tan divertida!

¡Pues no faltaba más! Nada de eso. Siga el mundo conforme va, que no va del todo mal.

A fe que Jovellanos hubiese podido colocar las corridas de toros á la altura que puso los torneos y las justas en su *Memoria sobre las diversiones públicas*, con sólo tomarse la pena de asomarse al balcón un lunes para ver el cuadro que presentaba la casa de su vecina.

Era su vecina nada menos que Pepa la Salada, hija de Petra la Rumbosa, hermana del famoso Juanito Matasiete y mujer del célebre cortador Menegildo Bofes, alias el *Chato*.

Era lunes y había madrugado para *ir á la tabla* á servir á los parroquianos la carne que le pedían y el hueso que no necesitaban, y no se descuidó en volver á su casa, adonde la esperaba Curra la peinadora para ponerle la cabeza hecha un primor del arte.

No entraba el lunes en cuenta y Pepa dió á la peinadora un mejicano,

y aun hay quien dice que la miró á la cara con ánimo de regalarle otro si no quedaba contenta con el primero.

Aguardándola estaba Colasa la zapatera con un par de ellos blancos y cosidos con primor, aunque no de resistencia, porque ya sabía que iban á desecharse el martes, y con otra moneda de veinte reales le pagó Pepa su trabajo, después de habérselos calzado sobre medias de seda calada, de las que entonces valían dos doblones de á cuatro.

Vistióse en seguida la bordada ropa blanca, que á prevención dejó la víspera tendida sobre las sillas; se ciñó á la cintura la rica saya de raso azul, toda recamada de azabaches y abalorios; se ajustó al cuerpo el gracioso corpiño de raso verde adornado con las hombreras de azabache y los alamares de seda, y así vestida con la rica moña colorada con fleco de plata, unas magníficas arracadas de diamantes y diez ó doce cruces y relicarios al cuello, pendientes de un collar de aljófar, se asomó al balcón, donde aguardando la calesa se entretuvo en engarzar los dedos con más de veinte sortijas, todas de gran valor.

El calesín no tardó en asomar por la esquina de la calle con la capucha tirada á la zaga y orgulloso el calesero y aun el caballo del flete que traían consigo y del que iban á tomar.

La maja que venía á recoger á Pepa la Salada no lo era menos, y bastará decir que la llamaban la *Relumbrona* para que sepan los antiguos pollos y pisaverdes que hablamos de la célebre Rosa la tripicallera, lucero del Avapiés, envidia del Rastro y causa de celos continuos en las elevadas regiones de la ilustre nobleza madrileña.

Eran Pepa y Rosa íntimas amigas y las llamaban en la corte las *majas de acero*, porque todos cuantos grandes señores las querían servir de cortejos, salían más ó menos heridos de sus afiladas y expeditas lenguas.

—¿Por qué no lo has dejado para más tarde?—gritó Pepa apenas divisó á su amiga.

—¿Pus qué hora es?—replicó Rosa.—¡Si es mu temprano!

—Aún tienen ustedes una hora—dijo un viejo tendero que encogido de brazos y estirando el hocico se relamía al ver las majas.

—Estimando, D. Lesmes—dijo Pepa.—¿No va usted á la corría?

—A la tarde hago ánimo de descolgarme por allá (Dios mediante) á ver sacar los toros por el arrastradero.

—¿Y no ve usted la fiesta?

—Es cara comida para estudiantes.

—¡Mía tú el probecillo.... y tie más onzas de oro que puede arrastrar un terremoto!—dijo la *Relumbrona*.

Y dirigiéndose á su amiga, añadió:

—¿Abajas tú, ó quies que yo suba?....

—Aspérate, que ya voy—contestó Pepa.

Y terciándose la mantilla cerró la habitación, entregó la llave á una vecina, y poniendo el pie en la rodilla del calesero subió al calesín.

El tendero se relamió de nuevo y siguió con la vista al calesín, diciéndose á sí mismo cuando hubieron vuelto la esquina:

—¡Qué mal están con su dinero estas gentes! Los maridos por su parte lo menos que gastarán hoy será un doblón de á cuatro cada uno; y ellas, ¡no se diga! El coste del traje, cuarenta reales del calesín y á la tarde otros tantos y la merienda. ¡Qué lástima de dinero!

Pero las manolas, que no pensaban del mismo modo que D. Lesmes, atravesaron gozosas y alegres las principales calles de Madrid, llegando por fin á la plaza de los toros, donde para ver la media corrida de la mañana tomaron asiento en un tendido de sol que les costó *dos reales*.

Ni de la lidia de los seis toros de la mañana ni de los doce que se corrían por la tarde es nuestro ánimo decir una sola palabra. Son demasiado conocidas estas fiestas para que necesiten que se hable de ellas, y lo que dijéramos sería inconveniente, porque según el sentir de los aficionados, hoy va perdiendo mucho terreno el arte, que valía mucho más AYER, que sólo era oficio.

Nuestro ánimo no ha sido otro que el de continuar en este cuadro el retrato de la manola que empezamos en el anterior.

Ya la ha visto el lector entrar en la plaza, y sería larga tarea observarla y copiar su gracejo en los diferentes lances de la lidia.

Tiene siempre su espada favorito, hace por él apuestas de consideración, regaña con los que no le aplauden y se irrita contra la autoridad cuando es tan torpe que no sabe dirigir la lidia.

Y le sobra razón á la manola. ¡Buena autoridad será ella cuando no sabe si el toro necesita que le sigan picando ó que le pongan banderillas!

—¡Y á esos hombres—dice—los hace el rey alcaldes!... ¡Valiente bruto será usía—añade gritando—cuando no se le discurre lo que está pidiendo ese toro! ¡Lástima de rejonazo en su alma de usía!

La mayor parte de las mujeres que ocupaban los tendidos vestían de majas; pero en cada uno de ellos había una ó dos que llevaban la voz, y las demás gritaban lo que aquéllas querían.

Si el rey asistía á la plaza, le daban cuatro vivas pidiendo otro toro, y se les concedía fácilmente.

El mérito de la lidia no consistía entonces, como ahora, en el mayor ó menor número de caballos muertos; pero se alegraban de que muriesen muchos, y esto era natural: cuantos más caballos morían en una temporada, mejor era en aquel año la función que se hacía al *Cristo de los Traperos* en la Concepción Jerónima.

Los cofrades destinaban para esa fiesta el producto de las colas de todos los caballos que morían en la plaza de toros, y la función era magnífica.

Seguramente que Jovellanos ignoraba esta circunstancia cuando se incomodó porque el pueblo tuviera bastante vida intelectual y física con sólo asegurar el pan y los toros.

Si nuestro célebre Jovino hubiese pensado en el Cristo de los Trapeiros no habría renegado de los toros.





CUADRO LI

FANDANGO Y BROMA Y ARDA LA CASA TODA

Aquí tenéis un cuadro que no llegó á serlo, pero cuyo asunto es sin disputa el más curioso de la colección.

Fué hallado en la cartera de un pintor famoso, compañero del célebre y nunca bastante celebrado Goya, y es conocido entre los inteligentes y apasionados por la mesa revuelta. Título el más propio que pudieran darle, porque siendo una heterogénea reunión de bocetos, en todos se come, se bebe, se canta y se baila; constituyendo cada uno de ellos y todos reunidos la verdadera francachela de la gente del bronce.

Es, en suma, el verdadero calendario español, el almacén de festividades que tanto ha dado que decir á los extranjeros, con especialidad á los ingleses, cuyo ridículo mal humor apenas comprende que el hombre que ha trabajado el sábado, necesite descansar el domingo para volver á trabajar el lunes.

Siempre con el reloj de arena colgado en las narices, jamás les ha ocurrido á esos horteras del universo sumar las horas que diariamente les hace dormir el padre Noé para convencerse de que no son ellos los que trabajan mayor número de horas al año.

Pero allá se las hayan los hijos de la Bretaña grande con sus botellas y sus relojes, que como decía una manola amiga nuestra, en cada cate-dral se repica á gusto del sacristán, y más aire hace un español cuando *regüelve* la capa, que todos los fuelles *micánicos* de los *gringos*.

Y tenía razón la manola, porque ni los labradores de España, que arro-

jaban el arado y tomaban las castañuelas ocho ó nueve días cada mes, llamaban á ningún extranjero para que les labrase la tierra, ni por oír misa con devoción y echar una ronda los días de fiesta dejaban de coger todos los años una abundante cosecha.

Pero repetimos que no es de nuestra incumbencia, ni quiera Dios que lo sea nunca, el disputar con esos señores agrimensores del tiempo sobre qué nación es más trabajadora, si la española ó la inglesa. Cuando ellos tengan una fracción decimal siquiera del sol que nosotros recogemos á espuestas, entonces hablaremos; mientras tanto, que se entretengan en envidiarnos estos bocetos:

Año nuevo, vida nueva. El día 1.º de enero, como que llovía sobre mojado, es decir, que las gentes se hallaban hartas de diversiones y de holganza, hacían un propósito firmísimo de la enmienda, aunque sin enmendarse desde aquel mismo día, porque como era festivo, menester era emplearle en santas obras; como por ejemplo, ejemplo que entonces estaba muy á la mano, en ir todos de casa en casa, deseándose unos á otros *buenas entradas y salidas de año*, y comiendo y bebiendo en casa del prójimo como si no se hubieran desayunado en la suya propia.

A esperar los reyes iban el día 5 del citado mes, cargados de cencerros, con hachones de viento y escaleras de mano, y esta era la diversión favorita de las gentes del pueblo, á las cuales honraban con su presencia en los balcones las damas más principales de la corte. Divertíanse las gentes de la fe en abusar de la que traía consigo el mozo de servicio recién llegado de la tierra, y era de ver y de admirar el entusiasmo y el regocijo del presidente del Consejo de Castilla y el de otros señores de no menos prosopopeya y campanillas, que convidaban á sus amigos para que asomándose á las ventanas y dando diente con diente de puro frío, aguardasen una hora y aun hora y media á ver pasar un pelotón de hombres que, ebrios de alegría y de vino, con el rostro tiznado y envueltos en sucias esteras, daban aullidos salvajes y hacían cien gestos ridículos al sofocante resplandor de las teas y los hachones. Muchos días antes de esa escena, el amo de la casa había llamado misteriosamente á la carnicera ó al dueño de la tienda de mercería para decirles «que tenía un criado muy *inocentón*, al cual era preciso que con maña le fuesen engañando para hacerle creer que los Reyes Magos venían á Madrid de noche y repartiendo dinero, y que no tuviesen cuidado, que si á él le preguntaba para que le dijese la verdad, él completaría el engaño, siendo de su cuenta pagar el vino que se gastara en semejante diversión.» El criado de servicio, el mancebo de la botica y el mozo de la tienda se dejaban engañar ó se engañaban de veras, y arrastrando cencerros corrían por las calles más principales de la corte, sirviendo de diversión á las gentes que los obser-

vaban y los aplaudían desde los balcones. Esas carreras eran las carreras de caballos de aquella época.

Las vueltas de San Antón eran carreras también; pero se daban á la luz el día 17 de enero en las calles de Fuencarral y de Hortaleza, y allí era de ver al labrador del pueblo inmediato con su par de mulas llenas de moños y de campanillas, confundido con el lacayo del obispo, que llevaba las del coche de S. I., no menos engalanadas y compuestas que la del tahonero y la de la noria; y entre aquellas pobres bestias se paseaba muy oronda y muy llena de lazos la burra de la huevera y el burro del yesero y los buchecitos de la verdulera. Pero entre todos los animales que corrían de un lado á otro, brincando de alegría al acercarse á la santa reja, donde el fraile escolapio, revestido de estola y sobrepelliz, bendecía la cebada y los panecillos del Santo, eran de ver el matachín de la plaza de los toros y el chulo de los caballos y el calesero y algunos otros tratantes en bestias de mayor cuantía; todos en traje de fiesta, cabalgando sobre jacas de dos cuerpos vistosamente arreadas, y llevando á la grupa cada cual á su cada ella, todas chorreando alamares de plata y flecos de seda y broches de abalorio, con su pantorrilla de diosa Venus, su pie de Cupido, su talle de mimbre, su garganta de nieve y sus ojos de fuego. Allí era de ver á la maja saltar del jaco para besar la mano al fraile que bendecía la cebada, y recogidos en un saco dos celemines de ella, echar un doblón de á cuatro sobre la bandeja, y con el pie sobre la rodilla del manolo ponerse de un brinco sobre la cabalgadura y salir de estampía por la calle de Hortaleza, hasta detenerse en un puesto de bollos y gastar un peso duro en *panecillos del Santo*.

La ermita de San Blas, la de San Dámaso y el Cristo de la Oliva y la Virgen del Puerto y San Antonio de la Florida y Santa María de la Cabeza son otras tantas festividades que no podía dejar de solemnizar el pueblo de Madrid; y mientras la maja encomendaba á un santo la garganta y á otro las piernas, pidiendo al Cristo que la librase de morir en un camino, y á la Virgen de ir á galeras, y á San Antonio de que la hiciera un desamor su majo, dos robustos mozos la seguían cargados con los cestos de las provisiones para comer espléndidamente en el camino.

Pero todas esas romerías no eran sino preludios de la gran fiesta campestre con que los hijos de Madrid celebraban la de su santo patrono Isidro Labrador. Aquella fiesta, con su víspera y su octava, sí que era digna de los veinticinco doblones que en ella gastaba la maja, y de que por ver ese rumbo y por divertirse cada uno á su modo vinieran á la corte las gentes de todos los pueblos de la provincia, y las calles de la coronada villa quedaran desiertas por trasladarse toda la población á la ermita del Santo. La maja, que era la verdadera heroína de esas funciones, como que

se tenía por la madrileña más legítima y de consiguiente por la más obligada á festejar al santo patrón, fletaba de su cuenta una calesa y aun le decía al calesero que no temiera reventar el caballo, que de su cuenta iba también si se reventaba, y á la pradera se iba desde las primeras horas del día 15 de mayo á extender sus reales para el almuerzo y la comida en el sitio que la víspera había acotado por suyo. Y después de comer y de dar comida á cuantos pobres se le acercaban, hacía gran provisión de cacharros y de botellas de licor para tener el gusto de quebrar uno de los primeros en cada esquinaldo de la corte y regalar los segundos á los amigos que encontraba al volver á su casa, en la que entraba cantando esta copla:

«De San Isidro vengo
y he merendao;
más de cuatro quisieran
lo que ha sobrao.
Ha sobrao jigote
y arbondiguillas,
cuatro liebres, un pavo
y seis gallinas.»

Las verbenas, que hacían pasar en vela gran parte de la noche al pueblo de Madrid, eran verdaderas veladas para la maja, que comía, bebía y bailaba hasta dejar sobras de lo primero y caer rendida con lo segundo, las vísperas de San Juan, de San Pedro y sobre todo de San Lorenzo, que como era santo de su misma barriada le tenía especial devoción.

En Carnaval se divertía cada prójimo en engañar al otro, y con mascarilla ó sin ella se daban *garbanzos de pega*, *cerillas de pega*, *papel de fumar de pega* y *cartas de chasco*, cosas todas que para mayor disimulo se vendían á voces por las calles. En las visitas se daban caramelos amargos y frutas preparadas con acíbar y se untaban los picaportes y se hacían otras gracias por el estilo, con que reían no poco aquellos risueños mortales. La maja se plantaba en mitad de la calle á poner *mazas y rabos* á todos los transeuntes; y como el alguacil ha sido siempre la pesadilla de cierta gente, cuando pasaba alguno de ellos también le ponía su maza, y aun si no se la dejaba poner le gritaba aquello de «daca la maza..... que la lleva..... el borriquito..... que va á la plaza.....» y cantaba con insolente aunque gracioso descaro:

«Hoy son Carnestolendas
y todo pasa,
y hasta los alguaciles
dacan la maza.»

También la tomaba con el alguacil ó ministro de justicia cuando en esos mismos días de Carnaval manteaban un hombre de trapo que llamaban *pelele*, cantando esta copla:

«Coge, chica, el pelele,
cógele, que se va,
cógele, que el *menistro*
preso le llevará.»

En esos mismos días colgaba un gallo en la calle, y con los ojos vendados, aunque, como decían los pisaverdes, se quedara sin luz el barrio, le asestaba con un palo diferentes golpes hasta que conseguía matarle para comérle después con arroz, sin pensar en que á estas fiestas se aludiría más tarde cuando se dijera *arroz y gallo muerto*.

Otro pelele, pero con cara negra, esto es, cara de traidor, cara de *Judas*, hacían en todos los barrios de Madrid el Sábado Santo, y no le manteaban, sino que le quemaban con gran algazara y gran ruido de panderas y castañuelas. Y aun ese día también llevaban á la hoguera la efígie de una vieja que representaba la Cuaresma, y á la cual, pintándola con siete piernas, como un pólipo racional, la habían cortado una en cada semana del ayuno. Ceremonia popular que, aunque olía á chamusquina y por esto podría hallar disculpa entre los padres graves de la época, no tenía una explicación muy católica, y muchos la encontraban cierta analogía con el *entierro de la sardina*, que era también otra diversión de gran fama entonces, pero de un gran contrasentido religioso.

No sucedía así el 3 de mayo, en que la maja ponía un altar en cada esquina, y allí, bajo un trono de pañuelos de seda y de flores de mano, entre la cara de Dios y el retrato del monarca, se colocaba ella, galana y hermosa como nunca, con los brazos abiertos y haciendo *la cruz de mayo*, mientras sus amigas acosaban á los transeuntes pidiéndoles, con una gracia que no podía menos de ablandar los bolsillos, *un cuartito para la maja y otro para la cruz del tragadero*.

También tragaba cuando el día de San Eugenio iba á la *romería de las bellotas*, y desde ese tiempo en que ya empezaba á comer *chicharrones* y lomo (porque siempre dijo que «en San Andrés mata tu res, chica ó grande ó como es») hasta el último día del año, había mucho de jolgorio, de atracones y de divertimento.

Dábase el primer redoble de tambores de Natividad el último día de noviembre, y ya apenas había un momento en que no se oyera por las calles el tamborileo de los muchachos, que iban anunciando el nacimiento del Hijo de Dios, dividiéndose en bandos, muchas veces sangrientos, los del Avapiés y las Vistillas, ó los de Afligidos y el Barquillo. Mientras

tanto al honrado covachuelista, al sesudo magistrado y al grave y todo el año circunspecto alcalde del Crimen se le empezaba á alborotar la sangre, se le bailaban los pies, relamíase de regocijo y con el pretexto de los niños se entretenía en poner por sí mismo un *Belén*, haciendo un peñasco tan propio y colocando las figuras con tanta propiedad, que se le antojaba no haber hecho nada semejante en su vida. Y aun se ponía muy orondo y muy hueco cuando oía decir á su mujer y á sus amigos que tenía una verdadera habilidad y que Dios le había dado un talento especial para *hacer nacimientos*. En cuanto á los muchachos, ¡pobres de ellos si no se hubieran divertido con lo que su padre les ponía para que se divirtieran! No les dejaban acercarse al *Belén* y les decían que bailasen y cantasen desde lejos como los pastores, porque lo demás no tenía gracia. A los chicos les hubiese hecho más gracia jugar con ello y aun romperlo; pero se limitaban á bailar y á cantar villancicos, admirando el estro poético de su señor padre que sacaba versos con toda facilidad, y cuando los chicos querían *echar una copla* á alguna persona de las que entraban á ver el nacimiento, el padre les soplabá al oído con la siguiente:

«Tengo de echar una copla
por cima de un muladar,
para que Dios dé salud
á la señora que aquí acaba de entrar.»

Todos aplaudían la copla y la prontitud con que el chico había encontrado el consonante, y algunos decían que no tenía gracia porque se la había apuntado su padre. Y así pasaban alegremente quince días del año, que daban principio con la famosa *colación de Nochebuena* y seguían con el *pavo de Pascua* y las demás solemnidades de la quincena.

Pero el pintor no supo ó no pudo ó no quiso acabar ninguno de esos bocetos y ni siquiera se le hallaron apuntes para otros varios que el lector echará de menos. Unicamente nos dijo, como si fuera una noticia muy rara, que las majas eran mujeres muy devotas; que *su Cristo favorito* era el que está en la capilla de la Misericordia, hospital fundado en 1559 por doña Juana de Austria; que esa imagen, así lo creían las majas y así lo dice la nota que se lee en la estampa, *fué pintada por el diablo en Malta*; que tras de creer que el diablo no tenía cosa mejor que hacer que irse á Malta á pintar crucifijos, creía que no había más Virgen ni más Madre de Dios que la de la *Paloma*, y por último, que cuando pasaba la *Minerva* por su casa colgaba las ventanas con las mejores telas que tenía en los baúles y convidaba á sus amigas, diciéndoles:

—¡Ea, muchachas, *cuajada y baile, que pasa Dios por mi calle!*

Todo esto, como ustedes ven, no es decir nada; pero la culpa no es del

pintor, sino nuestra. Hemos faltado á un deber de amistad, porque el artista no nos autorizó á publicar esos bocetos, sino que, por el contrario, nos dijo que sólo los tenía para su uso particular y por si algún día volvían á estar de moda las majas.

Hoy, tiene razón el émulo de Goya, apenas se usan, y las pocas que se gastan no las conocería por hijas suyas la madre que las parió.

Antiguamente se usaban tanto, que hasta en las fiestas reales les estaba reservado un gran papel.

A guisa de bandera nacional las llevaban los señores de la Villa en sus procesiones, bailando y cantando con sus vistosos panderos cuadrados, en los que se veían pintados el oso y el madroño y el *¡viva el rey!*

También festejaban al monarca por su propia cuenta y voluntad, formando vistosos grupos y alegres danzas delante del regio alcázar, y no defendieron mal su persona cuando tan bizarramente pelearon por su rey, por su patria y su ley el memorable Dos de mayo de 1808.





CUADRO LII

AL AMOR DE LA LUMBRE

Cuando me ocurrió pensar en la falta de abrigo que tuvieron los hombres de AYER, me maravilla y me pasma el no haberlos encontrado dando diente con diente y aun yertos de frío á todos, suspirando por una chimenea francesa, pensando en las futuras estufas de carbón de piedra y soñando con los caloríferos de vapor. Imposible parece que se criaran tan robustos y tan sanos y que alcanzasen tan larga vida no habiendo conocido ni el traje *boaté*, ni el edredón de pluma, ni tantos otros abrigos como tenemos los que después de haber descubierto cien modos y maneras de viciar y de purificar la atmósfera, hemos inventado el *confort* para las personas, los capuchones para los caballos y los perros chinos, y el guano para las plantas.

El carbón de piedra vivía retirado del mundo en las entrañas de la tierra, sin haber descubierto la misión que tenía sobre ésta y dejándose enseñar como un ejemplar curioso de piedra negra en la celda de algún sabio jesuita ó agustino. Tampoco el vapor andaba por callejones de hierro para abrigar las paredes de las habitaciones, ni el agua hirviendo se dejaba encerrar en tubos de lata para calentar los pies á las señoras, haciendo *confortables* los salones y los carruajes.

Vidrieras dobles en las ventanas de los conventos, cuyos huéspedes eran los únicos que conocían el *confort*, sin haberles ocurrido darle nombre, y el resto de las gentes se abrigaban los pies con un felpudo de es-

parto ó una piel de carnero y el cuerpo con una manta de Palencia. Pero el fraile, como la monja y los seglares, tenían además de estos caloríferos de ropa un mueble de abrigo, del cual no podemos dispensarnos de hablar en esta primera parte de nuestra obra, siquiera este cuadro sea un discurso necrológico cuando llegue la hora de escribir la última.

Aludimos al brasero.

No al que encendían los del Santo Tribunal para tostar al prójimo, sino al utensilio ó vaso, que así decía el Diccionario de entonces, en que se echaba carbón ó herraj, y que de azófar, de hierro ó de barro era una prenda indispensable en todas las casas. Una prenda de abrigo y al mismo tiempo de unión, de paz y de concordia en todas las familias.

El brasero, que produjo más tarde el calentador para las camas, la escalfeta para las mesas y aun el escalfador para los barberos, era el amigo de confianza en las tertulias, el tercero en los amores, el lazo de unión en las disensiones domésticas, el gran ocultador de pláticas amorosas, el centro de todos los placeres caseros, y por decirlo de una vez, el punto de apoyo que habían hallado las gentes de ayer en el espacio inmenso de los disturbios y de las desavenencias domésticas entre los parientes naturales y los políticos. Siempre el fuego constituyó el hogar, y el hogar fué la base de la familia; pero ésta no alcanzó todo su bienestar ni llegó al apogeo de su dicha hasta que se hubo inventado el brasero. Hasta que el fuego hubo salido de los fogones y de las hornillas para colocarse en una cazuela de barro ó de metal sobre una tarima de madera circular, no se conoció el amor de la lumbre, que es el amor de los amores.

Recuerdos del brasero y preludios de su descubrimiento eran la hoguera que el pastor encendía en medio del valle para tostarse la cara con el vivo resplandor de la llama y asar en el rescoldo unas patatas y unas bellotas, y la chimenea de los lugares, donde el labrador congregaba su familia para oír algún trozo de doctrina cristiana al cura del pueblo ó una relación misteriosa y un cuento de brujas á la vieja más decidora de la aldea; y aunque en ambos fuegos ardía el amor de la familia, el brasero ha sido el que ha dado su verdadera importancia á ese amor, fuente de todos los amores.

No trato de hacer aquí un cuadro, ni de la cocina del hogar en tiempo de invierno, ni de la fogata de los pastores, porque aunque turbada la calma y el recogimiento de las primeras por el silbido de las locomotoras y amenguada la poesía de las segundas por el túnel que horada la montaña, todavía existen y aún puede verlas el lector cuando le acomode. El brasero, que si no ha desaparecido por completo está próximo á hacerlo, y de todos modos ya no existe desde el punto de vista que yo pienso examinarle, es el asunto del presente cuadro.

Empezaban sus funciones caseras desde que las criadas, contra lo prevenido por la autoridad, le sacaban á encender al balcón en las primeras horas de la mañana y no acababan hasta que esas mismas mujeres recogían la lumbre de manera que el brasero que había apagado durante el día el fuego de la discordia casera no produjera por la noche un incendio en la casa. Gastaba el brasero sus primeros ardores en caldear la habitación y en templar el agua para que se afeitase el señor y en secar los pañales del recién nacido con un verdadero amor de madre y en calentar la papilla y en otras faenas análogas; y cuando la señora de la casa había oído misa y dado una vuelta á sus quehaceres domésticos, hacía su primera visita al brasero, no para sentarse á su lado, ni para hurgarle, porque esto decían que era pasar la lumbre sin substancia, sino para *echar una firma*. Operación difícilísima y de gran importancia en aquellos tiempos en que había pocas personas que supieran firmar, y aun los que sabían hacerlo sobre un papel no podían ejecutarlo sobre un brasero. Por eso la que era verdadera señora de su casa y enemiga del despilfarro del fuego, le movía por sí propia y aun escondía la badila, y sólo á ciertas gentes les brindaba, más de cumplido que de buena voluntad, á que echasen una firma.

Pero por la mañana ella sola las echaba y añadía un puñado de espliego y una cáscara de membrillo y á veces un poco de azúcar, cuyo humo á la vez que perfumaba la habitación calentaba el aire de ella. De manera que una sala en aquellos tiempos, á pesar de sus dimensiones resultaba abrigada y aun *confortable* sin más que la estera de pleita blanca, un ruedo de esparto en cada balcón y un brasero con espliego y su camilla para las noches.

Con semejantes elementos pasaban las familias muy bien los inviernos, y especialmente de noche, aunque los de cada casa estuviesen solos, se consideraban muy acompañados.

—Yo no sé lo que tiene el brasero—decían aquellas gentes,—que aunque esté apagado siempre hace compañía.

A las hijas de familia, sólo de noche, y eso para hacer labor sobre la camilla, les estaba permitido el acercarse al brasero; porque constantemente les decían sus madres que era feo el ver una joven junto á la lumbre y que las chicas debían avergonzarse de tener frío. Los señores mayores eran los únicos que se acercaban al brasero durante el día, y con especialidad después de comer, por más que en estos momentos el amor de la lumbre no fuese amor de madre, sino amor de madrastra. Por más precauciones que tomaban las amas de casa para que el carbón viniera bien pasado y no hubiese tufo, al amorcillo del fuego se dormían los hombres, y arrullando tranquilamente una apoplejía, contestaban cada vez

que querían despertarlos «que el amor de la lumbre les daba la vida y que les dejasen estar allí un momento más.»

—Quítate del fuego y vete á dar un paseo, que está la tarde muy hermosa—decía la esposa á su cara mitad;—mira que el brasero es muy malsano y que tú estás muy expuesto á una apoplejía.

—Ya voy, ya voy—respondía el marido con voz balbuciente, sin abrir los ojos y con esa sonrisa burlona del bienestar congestivo.

Y no se movía hasta que con un sueño y otro había engruesado la sangre, resecaando el cerebro con el calor del brasero, sobre el cual se colocaba la camilla, y encendida la luz y rezado, en latín, por supuesto, el *Angelus Domini* y el rosario y las devociones particulares de la casa, todos de rodillas rodeaban el brasero, y al amor de la lumbre se ponían las mujeres á hacer labor, los hombres á jugar á las damas y todos á sentir reanimarse con el calor del brasero sus respectivos amores y muy principalmente el amor de la familia; la cual antiguamente no se componía de sólo los padres y los hijos y los demás parientes, sino que formaban parte integrante de ella los criados; porque en aquellos tiempos de servidumbre y opresión no tenían los criados libertad para separarse de sus señores ni éstos para prescindir de ellos. Asociábanse para gozar los buenos sucesos y lloraban juntos los adversos; de manera que el joven que para ganar su sustento tenía que pasar por el dolor de abandonar el hogar paterno, reconocía otra patria potestad y hallaba otra familia en la de sus amos, si procedía con honradez en el servicio.

La joven que venía á Madrid en busca de acomodo no traía recomendación para un memorialista, ni menos para la agencia de sirvientes, que no existía entonces, sino que acompañada de su madre ó de alguna otra persona de su familia iba derecha á una casa determinada, donde se entablaba el siguiente diálogo entre el ama de la casa y la madre de la lugareña.

—¿Conque esta es la moza?—decía la señora.

—Sí, señora; nosotras semos para servir á Dios y á su mercé, yo la madre y ésta la hija, la que su mercé encomendó al tío Pucheritos.

—¿Al tío Pucheritos?

—Así le icimos por mal nombre al carbonero del lugar que trae el avío todos los años á esta casa.

—¿Y traes buenos ánimos, muchacha?—le preguntaba la señora.—¿Qué sabes hacer?

La joven callaba y no alzaba los ojos del suelo hasta que su madre decía:

—Mire su mercé, señora; ella..... yo voy á ser franca, grandes habilidades no sabe; ¡para qué se ha de decir una cosa por otra!; pero atento á su

obligación, y á barrer y á fregar y.... vamos, al avío de una casa, pocas habrá más listas, aunque me esté mal el decirlo.

—Es decir—replicaba la señora,—que no sabe hacer nada; porque del gobierno de una casa de pueblo á una de Madrid hay una distancia muy grande; pero eso á mí no me importa y casi prefiero que no sepa nada, porque así podré enseñarla y hacerla á mis mañas, si ella es dócil y quiere aprender.

—Pues qué tiene que hacer sino deprender todo lo que su mercé la enseñe, que á eso ha venido, y su mercé haga de ella lo que quiera, y péguela si es mala, que su mercé es el cuchillo y ella la carne, y ya la he dicho que los amos son unos segundos padres.

—Ella no dará lugar á que la peguen ni la regañen—decía el ama sonriendo y mirando á la muchacha con cierto cariño.

Y dirigiéndose á la madre, añadía:

—Aquí, si ella se aplica, saldrá el día de mañana una mujer hecha y derecha, y no verá malos ejemplos, porque mi casa es muy cristiana y de mucho orden, aunque no me esté bien el decirlo, y el mes corriente no le faltará nunca; y si aprende á ganarlo, se le irá subiendo el salario hasta que llegue á veinte reales, como tenía la que se me ha casado ahora después de estar á nuestro lado quince años.

Y la señora de la casa se enternecía como pudiera haberlo hecho al recordar la pérdida de un hijo, y cortaba la conversación mandando á la muchacha que se quitase el pañuelo que traía á la cabeza, disponiendo que almorzara la madre y volviéndose á su marido y á sus hijos para decirles:

—Me gusta la pinta de esta chica, y la madre tiene trazas de ser muy buena cristiana y mujer de su casa, porque aunque pobre, viene muy aseada.

Con esto quedaba instalada la lugareña, no para servir, sino para aprender á hacerlo; y la señora de la casa la enseñaba, con una paciencia ejemplarísima, á barrer, á limpiar, á guisar y á coser, cuidando de que una de sus hijas la instruyese en la doctrina cristiana. Y con esto, la criada era un individuo más de la familia, que salía á paseo los domingos con sus amos, que rezaba con ellos el rosario, que iba á confesar con la señora todos los meses y que de su salario y las propinas la compraban la ropa, que la ayudaban á coser las hijas de la señora, y por último, que si no bastaban á corregirla de sus defectos las reprensiones y algún pellizco para que no se durmiera rezando ó haciendo labor, se avisaba al pueblo para que su madre viniera á llevársela.

Con esto, la criada iba haciendo su baúl para el día de mañana; enviaba algunos ahorros á sus padres con el carbonero del lugar, y si éste

no estaba muy distante de la corte, en la fiesta del santo patrono solía ir algún año llevando en su compañía á las señoritas de la casa, que la consideraban como una hermana. Si andando el tiempo se enamoraba de algún honrado tendero de comestibles ó del barbero de la vecindad, el novio empezaba por pedir la mano de la criada á los amos, y éstos, después de ver si la boda era conveniente, lo participaban á los padres y se brindaban á ser padrinos de ella.

Esta era la servidumbre en tiempo de la ignorancia y antes de que la civilización la hubiese elevado á la categoría de contrato bilateral que hoy tiene.

Al amor de la lumbre, que vivificaba y mantenía sin relajación los lazos de la familia, se engendraba el cariño de los amos para con los criados, y éstos, que veían en aquéllos la representación de sus propios padres, los servían con amoroso respeto y hacían por ellos esfuerzos de abnegación sublime, sin interés alguno y sin pensar que llegaría un día en que el remedo imperfecto de aquellas virtudes sería objeto de pública licitación para premiarlas con lotes metálicos. Verdad es que entonces, aunque no se daban premios á la virtud, tampoco se daban bailes en Capellanes, ni se conocía el Ariel ni el Paraíso. El único paraíso de las criadas de servicio era la pradera de la Teja, la Virgen del Puerto ó el Retiro, adonde iban con sus propios amos, no á bailar, que esto sólo lo hacían por Navidad y por Carnestolendas en su casa, sino á pasearse y divertirse honestamente.

Al amor de la lumbre pasaban las familias las noches de los días de fiesta, oyendo la vida del santo ó algún capítulo de la *Guía de pecadores* de fray Luis de Granada, y jugando un rato á la perejila ó á los tres siete, y alguna vez, como hemos visto en otros cuadros, se entretenían en juegos de prendas. Pero la prenda de todo era el brasero, símbolo del hogar y de la felicidad doméstica, al cual se arrimaban todos frotándose las manos para ahuyentar el frío y excitar la alegría, y estrechándose y reduciéndose para que cupiesen muchos pies sobre la tarima. Pies masculinos, se entiende, porque á las jóvenes les estaba prohibido hacerlo.

Y el brasero que servía de núcleo á aquellas reuniones solía ser de hierro con tarima de pino, y la lumbre y la ceniza no eran de oro y de plata como la que regaló cierto personaje de la corte á una de las primeras actrices de entonces; suceso histórico que no puedo dispensarme de referir como verdadero corolario al amor de la lumbre.

Había en Madrid un duque casi emparentado con reyes y cuyos estados eran de los más poderosos de España, el cual, sintiéndose con cierta afición al teatro, acabó por enamorarse perdidamente de una célebre comedianta. En el portal de la casa en que vivía la dama de las comedias

había, como en otras muchas de la corte, un retablo en el que estaba pintado un Eccehomo, y cada vez que el duque entraba allí arrojaba un pañuelo á la cara del Divino Señor y subía precipitadamente la escalera, satisfecho de haber pasado sin que la santa efigie le hubiese visto. Así transcurrió algún tiempo, gastando el bueno del duque un par de pañuelos en cada visita, cosa que sería muy del agrado del que los encontrara, y un día de los más fríos del invierno, en que el galán buscaba con el amor de la cómica el amor de la lumbre, sintió la falta del brasero y aun reconvino á la dama porque no le había mandado encender. Díjole ésta que no le tenía, y el duque ofreció enviársele al día siguiente, como en efecto lo hizo. Pero como S. E. era, según hemos dicho, muy rico y persona muy principal, hacía lo todo como quien era, y no sólo envió á su dama un brasero, sino que le mandó también la lumbre; pero no lumbre de carbón vegetal, ni de cisco, como entonces se usaba, ni de carbón de de piedra y cok como ahora se usa, sino de oro y de plata: en un modesto brasero de hierro vació unos cuantos talegos de onzas de oro con que imitó la brasa, y en derredor una gran cantidad de mejicanos de plata, que hacían las veces de ceniza.

He dicho y repito que este lance es histórico, y digo, y no me cansaré de repetir, que la comedianta debió cobrar gran afición y tener gran fe en *el amor de la lumbre*.





CUADRO LIII

MANOLOS Y CHISPEROS Ó EL LAVAPIÉS Y EL BARQUILLO

De propósito, y no por olvido, que no cabía tenerle en asunto tan gráfico, hemos dejado llegar casi á su término esta historia de lo pasado sin hablar detenidamente de los habitantes del Sur y del Norte de Madrid, personajes característicos de 1800 y tipos interesantísimos en la presente historia.

En el cuadro de la *Bandera española*, en el de *Pan y toros*, en el de *Fandango y broma* y en otros de este jaez, al poner de relieve á la maja del Rastro y de Maravillas, apenas hemos permitido que se asomara el majo de ambos hemisferios populares, ni menos hemos querido dar su retrato con el detenimiento que requiere su importancia histórica.

Y á obrar así no nos ha inducido el juicio equivocado que las graciosas exageraciones de D. Ramón de la Cruz nos pudieran hacer formar del valeroso habitante de los barrios extremos de la corte, sino que habiendo sido los manolos y los chisperos los que más han tardado en rendir las armas y en dejarse coger prisioneros por las ideas modernas, nos ha parecido que para cerrar este gran cuadro de obscurantismo no había mejor retrato que el del hombre que más se ha defendido contra los efectos de la civilización.

Por otra parte, y esto debe tenerse muy en cuenta, el verdadero pueblo de Madrid le constituían los majos.

Las demás clases de la sociedad madrileña formaban la corte y eran una población artificial y heterogénea, nacida en derredor del trono, y que adonde hubiese mudado su residencia el monarca habría llevado sus hábitos y sus costumbres.

El manolo y el chispero no estaban en ese caso. Madrid había sido su cuna y Madrid era su patria.

Verdad es que la Macarena de Sevilla, el Perchel de Málaga, el Azoguejo de Segovia, la Mantería de Valladolid y la Huerta de Valencia enviaban algunas de sus mayores celebridades para que tomasen cartas de naturaleza, de vecindad y de oficio en el gremio; pero los verdaderos tipos del cuadro, los héroes del Lavapiés y del Barquillo, eran nacidos y bautizados en San Lorenzo y en San Ildefonso.

En estas pilas les ponían la sal, que más tarde aumentaban con la que traían consigo los de Triana y la Caleta, resultando así tan salados, que ya no se les podría ningún resentimiento en el cuerpo, y para decir su sentir á las gentes, lo mismo les daba que se presentasen uno á uno, que á millares y en tropel, como lo hicieron en 1808 con los franceses.

¡Pero por ventura los manolos de 1808 no eran hijos del calesero Bernardo y de los que á su lado defendieron la capa larga y el sombrero chambergo contra el ministro Esquilache y aun resistiendo osados al monarca!

¡Y no descendían de los que en todos tiempos habían hecho suyos los agravios del pueblo español, peleando con ejemplar denuedo, lo mismo en pro de los comuneros de Castilla que contra las huestes del archiduque Carlos!

¡Pues quién había de extrañar su heroísmo en 1808 y su dignidad en 1812!

No era posible que dejasen de empuñar un fusil y aun de luchar con las uñas el *Dos de mayo* los que habían oído al tío Jerónimo Rígores, alias el *Tuerto de las Vistillas*, contar los esfuerzos que él y los suyos hicieron en el motín contra Esquilache, ni podía esperarse que hicieran otra cosa que dejarse morir de hambre antes que tomar un bocado de pan de manos de los franceses los que habían oído referir á sus abuelos las proezas que hicieron ellos y sus mujeres contra los tudescos partidarios del archiduque.

Pero es la verdad que á pesar de todos esos antecedentes, cuesta trabajo concebir el arrojo y el heroísmo del *Dos de mayo*, y nunca se comprende, ni menos se admira lo bastante el patriotismo de los que morían de hambre, rechazando el alimento que les hubiera dado la vida, porque se lo ofrecía una mano extranjera.

En estos rasgos de valor y de patriotismo fueron igualmente dignos de aplauso los habitantes de los barrios altos que los de los bajos, y manolos y chisperos, á pesar de sus ordinarias rencillas y divisiones, estuvieron perfectamente unidos al luchar por la dignidad y la independencia de la patria, ó según nos han dicho los historiadores póstumos, por la libertad y aun casi por la Constitución.

Por supuesto, que cuando tales cosas se han dicho, aún eran realistas, por respeto á la memoria de sus padres, los hijos de aquellos manolos que murieron defendiendo al rey y ahora se hallan canonizados como héroes de la libertad en el calendario de los mártires de la Constitución.

Pero nosotros los hemos sorprendido mucho antes del año de la *francesada*, como ellos decían, y antes por lo tanto de que muchos de ellos muriesen de *carpanta*, que así llamaban al hambre el año 1812, y vamos á decirle al lector lo que eran los habitantes de Lavapiés y el Barquillo, conocidos con el nombre genérico de majos, pero distinguiéndose, como ya hemos dicho, los de los barrios altos con el apodo de *chisperos* y los de la parte baja de Madrid con el de *manolos*.

Estos últimos, como que eran mucho más numerosos que los otros, se habían dado algo más á conocer y eran los que verdaderamente constituían la raza de los majos, en la cual estaban vinculados los oficios de cortador, carnicero, tripicallero y aun el de tratante y revendedor de frutas de alto precio, y los gremios de zapatería, carpintería menuda, hojalatería y otras artes mecánicas por el estilo, con inclusión de los caleseros, que todos eran manolos, de algunos oficiales, nunca maestros de sastres, y muchos traperos.

El chispero, su nombre derivado de las chispas de fragua lo indica, aunque ejercía en sus barrios los oficios que el manolo en los suyos, era principalmente herrero y cerrajero.

La Virgen de la Paloma, el Cristo de los Ajusticiados, el Santo de las parrillas y el Padre de la Providencia formaban la corte celestial del manolo.

La del chispero se llenaba toda con la Cara de Dios, que para su barriada había robado en Roma el príncipe Pío, y apenas cabían en su calendario la Vigen de Maravillas, San Antón y san Ildefonso.

Ambas parcialidades echaban el resto y aun envidaban á descubierto alguna cosa más en las fiestas de sus respectivos santos patronos, y se recibían tan cordialmente en sus barrios los unos á los otros, que si en aquellos tiempos hubiese habido diarios políticos no habrían dejado de ponderar el rumbo y el *buen tono* con que el chispero *hacía los honores* de la plazuela en la de Afigidos el Viernes Santo y los de la calle en la de

Hortaleza el día de San Antón; diciendo eso mismo y aun algo más del manolo los días de San Lorenzo y de San Gayetano.

A pesar de esta cordialidad y de estos agasajos, los bandos de Lavapiés y del Barquillo, que dieron origen al precioso sainete de *La venganza del Zurdillo*, y los de las Vistillas y Maravillas reñían más á menudo de lo que hubiesen querido las autoridades de entonces, y desde niños se apedreaban y se rompían la cabeza con encarnizado arrojo los manolos y los chisperos.

El campo de sus fechorías, muchas veces preparadas con todas las formalidades de los antiguos torneos y justas, eran ordinariamente los tres puntos siguientes: la Cuesta de la Vega, la de Areneros y el Portillo de Gil Imón.

También si entonces hubiese habido periódicos se habrían anunciado previa y oportunamente las pedreas, que nunca dejaban de estar concurridas, y se habrían dado curiosos pormenores de ellas.

Desgraciadamente no existía la *Gacetilla de la capital*, y se han perdido los interesantes detalles de aquellas famosas contiendas.

Un pliego de aleluyas, que éstas eran las fotografías inmortalizadoras de antaño, es el único documento que nos ha transmitido algunas noticias de semejantes desahogos populares.

Aparte de esas contiendas infantiles, que consentidas y aun apadrinadas por la gente vieja de los respectivos barrios, marcaban perfectamente la rivalidad que había entre ellos, se notaban otras diferencias entre el modo de ser y la manera de vivir de los manolos y los chisperos; diferencias que más tarde, cuando los sucesos políticos vinieron á dividir las familias, se hicieron más ostensibles y trascendentales.

La guerra de la Independencia, lejos de aumentar la desunión de los bandos manolescos, hizo desaparecer y borró todas las rivalidades de la localidad, reuniéndolos á todos contra los franceses, hasta el punto de que en la defensa del Parque, que estaba en territorio de los chisperos, no hubo más de éstos que manolos, y todos pelearon con la misma bravura.

También rechazaron con igual indignación el pedazo de pan que les ofrecía el soldado de *Pepe Botellas*, que no quisieron llamar de otro modo al monarca intruso, y juntos murieron de hambre los del Rastro y los de Leganitos.

Pero más tarde, en época de que no debiéramos ocuparnos en esta parte de la obra, no sucedió lo mismo.

La política que dividió á los manolos y á los chisperos dentro de sus mismos barrios en *negros* y *serviles* ó en liberales y realistas, los llevó hasta el punto de que aquel mismo pueblo bajo que escribió con su san-

gre la página gloriosa del *Dos de mayo*, y aquellas gentes que prefirieron ver morir de hambre á sus hijos antes que darles el alimento que tocaba con sus manos el extranjero, fueron los que once años después cubrieron de flores el camino que pisaba el mismo ejército francés, y abrazaban y permitían que sus mujeres abrazasen á los soldados invasores, llevándolos en volandas y en son de triunfo y haciendo otras mayores demostraciones de entusiasmo.

Y toda esta diferencia, que no hay lógica que baste á explicarla si á los héroes del Dos de mayo los llamamos héroes constitucionales, consistía en que la primera invasión la hicieron los franceses para quitarles el monarca, y la segunda para restablecerle en el trono.

Pero no todos los chisperos y menos aún los manolos recibieron á los Angulemas con los brazos abiertos ni sembrándoles de flores el camino.

Algunos de los habitantes del Lavapiés habían vestido el uniforme de milicianos nacionales, y bastante hacían con esconderse de los *blancos* para que no les pusiesen á palos el cuerpo negro, y sólo los serviles, los que se estaban preparando á vestir el uniforme de realistas aunque les llamasen *palomos*, eran los que fraternizaban con los franceses; y de éstos eran casi todos los majos de la parte alta de Madrid.

El pueblo madrileño ha tardado mucho en ser liberal; pero los chisperos, no sólo han tardado, sino que nosotros creemos que han muerto sin haberlo sido.

Los aires del Norte fueron siempre poco constitucionales.

Pero en la época á que nos referimos en este cuadro no había otras constituciones que las ordenanzas ó estatutos de las comunidades religiosas, y ciertamente que hemos hecho mal en traer aquí semejantes palabras entonces subversivas, envenenando la memoria de aquellas pobres gentes con la discordia política.

En esta materia, ni los manolos ni los chisperos tenían formada opinión ninguna, y tal como hallaron el mundo se lo entregaron á sus hijos, encargándoles que se santiguaran y aun que dijese tres veces *Jesús* cuando les hablasen de la revolución francesa, y que á la Inquisición chitón, al rey y á la patria la vida y la hacienda, y á la ley obediencia.

Unicamente se permitían en este último punto algunas licencias que solían pagar bien caras, unas veces perdiendo su libertad, otras el cuero de las espaldas, no pocas dejándose emplumar y aun volteando en el aire y enseñando la lengua por última vez al público.

Pero no eran los majos los que mayor surtido daban á las cárceles, ni menos á los presidios, ni mucho menos al verdugo.

Decimos de esta raza madrileña lo que dijimos al hablar de sus mujeres: se los ha calumniado mucho, porque se ha confundido casi siempre el traje con el individuo.

Lo mismo vestían el truhán *picaresco*, para quien todos los pueblos de España eran su patria nativa, que el honrado menestral nacido y criado en la corte; ambos llevaban su chupetín de paño, su chaleco, su faja y sus medias de seda, su sombrero de picos, sus hebillas de plata de martillo y su capa galoneada.

Pero el uno usaba esas prendas de lujo para lucirlas los días festivos en la pradera de la Teja, en el corral de las comedias ó en la plaza de toros, y el otro para cortejar ó ser cortejado, que esto era lo más cierto, por alguna caprichosa dama de la corte, y para petardear y hacer á la sombra del traje otras varias truhanerías.

El menestral honrado, manolo ó chispero, trabajaba con ahinco cinco días de la semana y holgaba el domingo porque era día de fiesta, y el lunes porque debía de asistir á las corridas de toros; diversiones públicas que no se conciben sin la presencia de los majos, cuyo sombrero de calaña en los hombres y la mantilla de franja en las mujeres ha dejado un vacío irreparable en la plaza de toros.

El *chulo* del toreo, el *toreador*, el *contratista* de caballos y algunos de los *precisos operarios* de las corridas de toros pertenecen y han tenido su origen en la gran familia de los majos y en la especie conocida con el apodo de la *manolería*; los chisperos apenas han dado un *chulo* á la plaza.

Entre los cortadores, los matachines y los chalanés ó tratantes en ganado estaban los grandes viveros de *diestros*, y ninguno de estos oficios se practicaba en la parte alta de Madrid.

Al ocuparnos de la manola hemos elogiado el rumbo, la gracia y el noble desenfado de los majos, y no está bien que ahora reproduzcamos sus chistes y sus agudezas, sobre todo tratándose de los hombres que ordinariamente eran callados, porque creían que el sacar la lengua comprometía más que el sacar la navaja ó el alzar la mano para sacudir una bofetada, y porque á pesar de no haberse planteado la *organización del trabajo* ni suprimido ciertos días festivos, en los de labor cumplía cada uno con su deber, y no se distraían hablando ni menos echando un cigarro, porque echaban pocos.

El aprendiz no fumaba nunca, el oficial no se atrevía á hacerlo delante de su maestro, y si alguno de éstos fumaba era tres ó cuatro veces al día cuando mucho.

Grande era el respeto y no menos grande la obediencia que en esto y en todo guardaban los menestrales á sus respectivos superiores en el ofi-

cio, y cada maestro era un padre de familia y un verdadero señor de la gente de su taller.

Los oficiales se hacían hermanos de la cofradía religiosa á que pertenecía su maestro, y éste, que tenía algún cargo en la junta gremial de su profesión, les contaba lo que ocurría en ella y le escuchaban como á un oráculo.

No les subía el jornal cuando había trabajos extraordinarios, sino que al acabarse éstos les daba una merienda en el campo y una propina, y ¡pobres de ellos si se le hubieran alborotado exigiendo alguna otra cosa!

A la lotería primitiva jugaban á escote en todos los talleres y reparaban religiosamente los premios que alcanzaban, después de haber retirado unos cuantos reales para poner unas velas de cera al San José ó á la Virgen de la Soledad que tenían en el taller.

Esta lotería era la pasión favorita de aquellas gentes, porque además de que decían, y decían muy bien, que un real más ó menos ni les hacía ricos ni les sacaba de pobres, la emoción que sentían todas las semanas oyendo gritar el *¡á ochavito los fijos de la lotería, á ochavo!*, no era para perdida, porque entonces andaban caras y aun así eran pocas las emociones.

Por ese mismo juego le proporcionó una harto triste un albañil á su consorte.

Habíale dicho que el día que le cayese la lotería dejaría el oficio y pondría la casa con lujo, dándose ambos una vida de príncipes, y la encargó que si alguna vez le veía venir en silla de manos, tuviese por cierto que había acertado un terno y que podía arrojar los trastos por la ventana.

Rióse la mujer de los propósitos del albañil, porque tenía por imposible acertar tres números en una extracción; pero con todo esto, como deseaba que su marido acertara, no dejaba de asomarse los días de sorteo para verle venir, y como una vez lo hiciese en silla de manos, empezó á tirar los muebles á la calle, con no poco asombro de las vecinas y cierto dolor del albañil, al cual no le había caído la lotería, sino que él se había caído desde un andamio y se había quebrado las costillas.

De este suceso se hizo una lámima que aún anda de venta por Madrid; pero no se colocaba á la puerta de las administraciones de loterías, como otra que representaba varios afortunados mortales, entre ellos un aguador bailando por haberle tocado un terno.

Por supuesto, que nada habría perdido la renta de la lotería aunque los aficionados hubiesen visto el cuadro al acercarse á jugar, porque al cabo y al fin, el desgraciado albañil no había caído del andamio por ser

jugador de lotería; y aunque así hubiese sido, tenía el pueblo de Madrid hartó bien puesta la afición para perderla por un desengaño más ó menos.

Para suprimir ese juego, y no ciertamente en nombre de la moralidad pública, sino en el de la conveniencia del amo de la casa de juego, se ha necesitado algo más que una estampa: ha sido preciso un real decreto.





CUADRO LIV

LOS GRITOS DE MADRID

«El buen paño en el arca se vende.»

(Consejos de una madre recogida
á una doncella que rabiaba porque
algún hombre la recogiera.)

El que calla.... no dice nada, y nunca con menos razón que AYER se ha podido pensar que el que calla otorga.

Ni los labradores de 1800, que nada decían al entregar las primicias de sus tierras al fraile que se las decomisaba en las eras, daban su otorgamiento al diezmo mayor, ni porque callaban al dar á los mismos benditos religiosos, y por vía de *diezmos menores ó minucias*, la mejor porción de sus aves y de sus rebaños se puede decir que estaban conformes con aquella langosta cereal y pecuaria.

Tampoco los comerciantes decían esta boca es mía, al ver que la Cámara ó el Tesoro Real decía esa hacienda es nuestra, declarando el todo ó parte de sus géneros como propiedad sin dueño y que forzosamente había de dar en poder del fisco.

Tras de no hallar á la mano otro transporte que el que les ofrecían las naves extranjeras, pagaba una crecida suma al rey, y callaban ellos al oír llamar regalía á lo que él regalaba muy á su pesar.

Hacíanle los votos pagar sendos tributos, y se contentaban con votar á sus solas, pero de manera que no les oyese ni el cuello de la camisa y siempre después de haber pagado.

No era, sin embargo, todo resignación ni toda virtud el silencio mercantil de antaño. Tampoco era temor á las mordazas del Santo Oficio y á la sala de Alcaldes, sino costumbre de callar; que la costumbre, tú, lector, lo sabes, la costumbre hace oficios de ley cuando éstas andan por las nubes.

El silencio y la reserva con que se hacía el comercio entonces es buena prueba de lo que decimos y de que antaño la raza mercantil no estaba sujeta á las enfermedades que hoy padece.

Hubiéranse desarrollado AYER las plagas de la abundancia y de la concurrencia, y el comercio de antaño habría, como el de hogaño, puesto el grito en los cielos.

Pero la plétora era una enfermedad poco conocida en las fábricas y enteramente ignorada en los almacenes, y la lanceta de la publicidad era excusada.

Decirle á un comerciante de antaño que anunciase al público la venta de sus géneros, habría sido peor que llamarle perro judío (ofensa gravísima entonces), y habría contestado de seguro:

—Pues qué, ¿mis géneros están averiados ó podridos, que necesite pregonarlos para venderlos? No, señor, nada de eso: *el buen paño en el arca se vende*.

Y en el arca se vendía sin que ni el arca estuviese de muestra.

Para buscar un despacho de tal ó cual género se necesitaba una guía, que no había por cierto, y al forastero que pensaba comprar alguna cosa en la corte le era indispensable valerse de prácticos que le dijese la calle en que se vendían los lienzos, los portales de la Plaza en que estaban los almacenes de paño, el barrio en que se albergaban los caldereros y los puntos que los demás gremios tenían señalados para el despacho de sus mercancías.

Pero aun estas noticias no eran suficientes para encontrar los géneros que se deseaban. Dábanla entonces las mercancías tan de recatadas y de honestas, que se metían debajo de siete estados de tierra para no incitar con su desenvoltura el apetito del comprador.

Todas las tiendas ofrecían el mismo aspecto y en todas ellas parecía que se vendía una misma cosa, á pesar de que los gremios se vigilaban de tal modo que ningún comerciante era osado á tratar ni vender otra cosa que aquella por la que estaba matriculado.

Para escribir una carta era preciso buscar la tienda en que se vendía el papel, y allí preguntar si sabían dónde habría plumas, y luego indagar la casa en que se hallarían las obleas, y correr todo Madrid en busca de una botella de tinta, ó llevar un frasquito á casa del tintorero para que, por favor, diese un poco de tinte negro ó pardo, que para el caso era lo mismo.

Y decimos que era preciso andar de tienda en tienda preguntando si tenían el género que se quería comprar, porque lo mismo se parecía la lonja de sedas á la confitería, que ésta al almacén de paños y al despacho de lienzo.

Todas tenían una entrada sucia con unas puertas de madera virgen, claveteadas de hierro, y en el suelo el indispensable tragaluz de la cueva, y una estantería de pino en derredor de la habitación, y un mostrador de nogal, sobre el que hacía palotes el recién llegado mancebo de la tienda, y por ultimo el indispensable retablito del santo patrón de la casa, que solía ser la Virgen del Carmen ó San Antonio, con un par de velas que se encendían los sábados y el día en que al amo le había salido bien la cuenta.

Los mancebos mayores alternaban con el amo en el despacho, aunque no en la mesa, que él comía solo con su esposa y para los muchachos se ponía olla aparte; y no crean ustedes que olla podrida, sino los garbanzos y algunas cortezas de tocino y un poco de carnero. Y si al doblar los manteles era día de fiesta solemne, solía tocarles algún desperdicio del estofado de vaca con que se regalaba el amo. Los demás días los doblaban con un racimo de uvas ó una rebanada de queso y un pedazo de pan, no muy grande ni muy tierno, porque, según decía el amo de la tienda, el mucho pan embrutece y cuando está reciente lastima la dentadura.

Mancebos tan regalados en la comida lo eran no menos en el vestir, cuyo aseo nunca permitió que la manga de la chaqueta barriese el mostrador, sino que se quedaba muy atrás de la muñeca, y la chupa no les alcanzaba nunca al estómago, y todo era parco y tímido, siéndolo tanto la capa, que jamás la vió ningún hortera sobre sus hombros.

Profetizando la flamante cadena magnética, iban á cuerpo gentil, cogidos por el dedo meñique, todos los domingos á ver las fieras en el real sitio del Buen Retiro ó á jugar al trompo en la pradera de la Teja. Volvían á su casa dos horas antes de anochecer y allí rezaban el rosario con el amo, que como aún no se llamaba principal ni los mancebos dependientes, solía santiguarles la cara con un bofetón cada vez que se dormían y tomarse con ellos otras franquezas por el estilo, entre ellas la de tutearles, apostrofándolos con el expresivo dictado de bárbaros y de zoquetes y otras lindezas de los rudimentos mercantiles de aquella época.

El muchacho que hacía palotes barría la tienda y la calle, y llevaba el cesto cuando su amo iba á la compra, y echaba una mano y las dos, aunque tuviera sabañones, á las haciendas del ama, soplando los pucheros y fregando el vidriado.

La contabilidad en esas casas era muy sencilla y exenta de libros y de borradores.

Consistía en tener dos arcas de hierro, la una del capital para compra y reposición de géneros y la otra de las utilidades. En la primera, cada vez que el amo hacía pago de alguna letra ó cosa por el estilo, echaba en el arca un papelito en el que tras la consabida señal de la cruz y con una ortografía deliciosa se leía lo siguiente: *He sacado veinticinco doblones para pagar el azúcar*. Lo mismo hacía con la segunda, de donde sacaba lo necesario para el gasto diario de la casa, y ponía otro papel que decía: *He sacado de este talego una onza para el gasto del mes—más veinte reales para pagar el salario de la muchacha—más dos pesos para Paco el mancebo—más cien reales por la limosna mensual á los Santos Lugares—más cuatro pesetas que saqué para la pedidera del Carmen—más tres ducados para el escapulario de la Merced y engarzar el rosario*.

A la criada le daba además del salario dos cuartos para el almuerzo, que recibía diariamente y en ochavos por mano del ama, que asimismo daba á los mancebos una onza de chocolate, que los más días comían cruda con un zoquete de pan. Y si preferían quedarse en ayunas, la guardaban en el cofre para hacer con ella un regalo á la novia.

Pero esto ocurría raras veces, porque los mancebos de las tiendas no se enamoraban ni sabían qué cosa era el amor hasta que ya eran amos, y como esta dignidad rara vez la adquirían sin esperar á que enviudara el ama para casarse con ella, no tenían que pensar en ser novios hasta después de haberse casado.

Eran honrados para con el amo, y mala cuenta les habría tenido no serlo, porque todos los días sufrían un escrupuloso registro que terminaba por aplicarles un soplamocos si les hallaban una sola pieza de dos cuartos en el bolsillo, despidiéndolos y pasando aviso á todas las tiendas del gremio en el caso de reincidencia.

He ahí lo que eran los mancebos de las tiendas antes de soñar en que algún día podían llegar á llamarse dependientes, y á comer en la fonda, y á bailar en el Ariel, y á vestir de manera que nadie al verlos el día de fiesta en la calle adivine que el resto de la semana son figuras de medio cuerpo las que con tanto lujo visten el cuerpo entero.

Pero dejemos á los horteras enseñando el busto detrás del mostrador y cerrando la puerta de la tienda á la hora de comer y á la de la siesta, y creyendo que no es su casa la que necesita vender, sino el público el que no puede dejar de ir á comprar, que harto le sacarán de su engañoso letargo los mercados extranjeros. Y puesto que ellos nada anuncian ni nada pregonan, figurémonos que nada tienen de venta y oigamos los gritos y las voces de los primeros paladines de la publicidad en 1800.

Oigamos los gritos del Madrid de ayer, los que pasaron á la posteridad

en un pliego de aléluyas y en unos excelentes grabados, de que se ocupó nada menos que la calcografía de la Imprenta Real.

El librero era hombre que lo entendía y no anunciaba la venta de su género por medio de rótulos ni de carteles. Sabía que la generalidad de las gentes no tenían tratos con el abecedario, y se valía de la pintura para pregonar su comercio.

Unas fajas encarnadas y amarillas, que así parecían libros como ladrillos ó libras de chocolate, pintadas en el quicio de la puerta, eran indicio seguro de que la tienda lo era de librería. Si alguna vez ponía algún anuncio en el *Diario*, era de libros en latín ó cosa de iglesia, porque harto sabía el librero que los curas no dejaban de saber leer y aun de leer algunos el *Diario*.

Los gritos de este periódico eran proporcionados á su estatura; se contentaba con anunciar todos los días pérdidas de rosarios y hallazgos de reliquias, sin que por las primeras ofreciesen retribución al que las entregara, ni entonasen un *Tedéum* porque el que se había hallado una cosa que no era suya quisiera restituirla á su legítimo dueño. Eran los anuncios de hallazgo muy frecuentes, y no estaban los hombres tan civilizados que se asombraran de la buena fe y de la honradez de sus semejantes.

También el sujeto instruido en el manejo de botica y que deseaba acomodarse en el ejercicio (1) daba su grito en el *Diario*, y asimismo le daba el que se creía apto para el ejercicio de la pluma y el manejo de papeles, manejadores que escaseaban mucho y cuya aparición era casi tenida por un milagro.

Los *festeros* y cofrades eran los únicos que gritaban muy alto, haciéndose oír en las esquinas por medio de carteles, en las plazas valiéndose de edictos y pregones y en las columnas del *Diario* reproduciendo el texto de los carteles.

También se pregonaba el sacerdote que, graduado *in utroque*, deseaba encargarse de la educación de uno ó dos niños, instruyéndolos en alguna de *ambas facultades* ó en la poesía. Estos anuncios eran muy frecuentes y tampoco escaseaban los de jóvenes que tenían nociones de latín y sabían ayudar á misa y *dar aire al órgano*, solicitando entrar de sacristanes ó monaguillos.

(1) ¡Aún no era ciencia ni arte ni siquiera oficio! Era una ocupación cualquiera, un ejercicio como el del embotellador de vinos ó cosa semejante. Lastimoso sería el estado en que hallaron la física y la química á su hija predilecta la farmacia. Harto lo prueba el que para medrar alguna cosa ha tenido que matar á todos aquellos mozos instruidos en el manejo de la botica; y si no ha llegado adonde debe es porque aún viven algunos de ellos.

Finalmente, el fósforo, antes de ser prohibido por *considerarse de ninguna utilidad*, dió algunos gritos en el *Diario*, anunciando que se vendía á veinte reales cada frasquito y que servía *para sacar fuego de pronto*.

Los tenderos de comestibles ponían el grito sobre la puerta de su casa por medio de un rótulo, en el que se leía con no poco trabajo: *tienda de mercería*, esto es, de cosas menudas.

El *tintorero* acudía, como el vendedor de libros, á los colores para exhalar sus ayes, y dos retazos de bayeta, uno amarillo y otro encarnado, que colgaba á la puerta indicaban que allí se teñía de todos colores, con no mucha fijeza de color por cierto. Pero de esto no tenían la culpa los quitamanchas y tintoreros, sino la química, que haciendo cuarentena en el lazareto del Santo Oficio, no pudo llegar á tiempo de darles algunos consejos.

Algunos otros industriales se valían de esa clase de anuncios, entre ellos el colchonero, que clavaba uno en la pared por vía de muestra; el zapatero de viejo, que con un trozo de bota y media chancla, atados á una caña de escoba, daba el grito á los que tuvieran necesidad de componer el calzado; el sillero, que colgaba en la pared un sofá, con gran riesgo de los que pasaban por la calle, y por último el prendero, cuyo pendón mercantil era un palo con un manojo de trapos en la punta.

La única exposición de la industria española era la que se tenía perpetua en el Rastro de todos los restos de las pasadas grandezas humanas, y que á la vez que procuraba grandes ganancias á los vendedores, era un excelente archivo histórico para los eruditos de la época.

Pero ninguno de esos satélites de la publicidad de 1800 pregonaba sus mercancías, como lo hacían los vendedores ambulantes, que eran los que formaban el verdadero comercio. Los que se habían anticipado á reconocer que, aunque el paño sea bueno, para venderle es preciso sacarle del arca y enseñarle y pregonar su calidad y su baratura, éstos eran los únicos gritos mercantiles de antaño.

El *sereno* pasaba la noche gritando la hora para que el hombre que dormía acudiese á tomar de balde el mejor y más productivo de los capitales, la mercancía más universal aún que el oro, con permiso de los economistas. Y cuanto más gritaba el sereno, menos caso hacían de sus voces ni menos se cuidaban de su mercancía.

Con el alba salían á la calle las *buñoleras*, mezclando su grito de *¡á ochavo y á cuarto calentitos!* (y solían ir cubiertos de una capa de nieve) con el del diligente valenciano que pregonaba el *agua sebá*, ó con la ruda voz del serrano que vendía la *leche* de ovejas por medio de un grito convencional que nada decía, pero que nadie dejaba de entender.

Más tarde iban entrando por las puertas de la corte los *foncarraleros*, como manteca; los *coloraos* y *frescos* tomates; las judías como la seda (pero seda cristiana); el repollo como escarola; las manchegas y las gallegas, patatas de las huertas de Madrid; las calabazas á cuarto y tres en dos cuartos; los chorizos de Leganés (á cuyo grito se ponía el boticario á machacar cien quintales de quina, y buscaba el médico la receta de las tercianas); los de á *cala* y á *cata*, y otra porción de frutas y verduras cuya venta estacional empezaba siempre con la licencia del corregidor, y así los gritos venían á ser el verdadero calendario de los pobres.

Sin que el termómetro empezase á bajar, no se permitía que las manolas diesen el grito de *ca qui hay arveyanas nuevas, arveyanas.... como la leche, arveyanas fresquitas*, ni menos que el burro manchego entrase cargado de ruedos gritando *¡ruedo!*, ni que el palentino pregonara las *mantas de Palen....* quedándosele siempre atragantada la sílaba final. Era preciso que el cuarenta de mayo estuviese próximo para que el gallardo fresero (de cuya existencia nada se volvía á saber en todo el año) pudiera atravesar las calles anunciando su mercancía, ni menos que los *toledanos* se diesen por *maduritos* si aún estaban por inmadurar, ni las *garrafales de Toro y de Arenas* y las *mollares*, ni ninguna otra fruta, á cuyos primeros gritos también se consolaba el médico y se sonreía de gozo el boticario.

Cuando andaban los *cebaos* y *gordos* por las calles, ya se sabía que estaba cerca el nacimiento del Hijo de Dios; nadie ignoraba que era día de vigilia al oír pregonar la *espinaca como albahaca*, y los de Jarama *vivotos*, y para saber que había resucitado el Señor bastaba oír gritar *¡el medio cabrito!....*

A esas voces estacionales se juntaba el *i.... qui.... rabanú....* reloj que marcaba perfectamente la hora del mediodía, y otro grito que no cesaba en toda la mañana, diciendo: *la sebera.... ¡hay algo e sebo que vender!....*, y el del hombre que compraba *trapo y yerro viejo....*, y el otro que decía *¡componer.... tenajas y artesones.... barreños, platos y fuentes!*, grito que iba derecho á la conciencia de las fregatrices, pero más derecho aún al bolsillo de los amos; y ya se sabía que iba concluyendo la tarde cuando la aldeana de Fuencarral andaba de casa en casa diciendo: *¡quién me saca de güevera?*

El *amolaoor....* tras del cual, por ser francés ó parecerlo, solían ir siempre los muchachos gritándole aquello de «el carro español y el burro francés;» el *¡sartenerooo!*; el *santi boniti barati*, cuyos santos solían ser algunos perros de yeso, ó las cuatro partes del mundo, ó cosa por el estilo; el *rosariero*, que iba engarzando rosarios y vendía ratoneras y jaulas para grillos, y otra multitud de voces que á todas horas estaban en

el aire, y que no enumeramos por no ser molestos, eran los verdaderos *gritos de Madrid*.

Los únicos síntomas de la publicidad, que más tarde había de acudir á Gutenberg para no desgañitarse gritando, y cuyo hijo bastardo, el charlatanismo, no perdona hoy esquina, puerta, balcón ni ventana adonde no se asome para desquitarse de lo que dejó de gritar su madre.

El pliego de aleluyas que hemos citado antes y en el que estaban representados todos los gritos de Madrid en 1800, le hemos buscado con empeño y nos ha sido imposible hallarle.

La generación actual no quiere saber nada de la de AYER, y ha ahogado esos gritos, rompiendo por lo visto las láminas de madera que tanto dieron á ganar á la estampera que vivía en la plazuela del Gato.

¡Si quisiera Dios que hiciera lo mismo con otros resabios, verdaderamente nocivos, que la quedan aún y con otros que quiere adquirir de nuevo!

Pero no nos metamos en terreno vedado; ya se acerca la hora de pintar los cuadros de HOY, y allí podremos decir.... lo que podamos, y aún tendremos que besar la mano y dar las gracias.

Pues qué, ¿se figuran ustedes que todas las vigiliás y todas las abstinencias fueron de AYER!.... ¡Qué disparate! Aún tenemos HOY muchos santos que nos hagan ayunar.





CUADRO FINAL

EL TESTAMENTO DE AYER

Última y postrimera voluntad del Excelentísimo, Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. D. CÁNDIDO RETROCESO, hijo legítimo y de legítimo matrimonio de D. SILVESTRE TERROR y de Doña BÁRBARA MORDAZA, Gran cruz de la FE, Comendador de la INOCENCIA, Señor de las vidas y haciendas de sus semejantes, Duque del STATU QUO, Conde del OBSCURANTISMO, Marqués del PRIVILEGIO, y Barón de la SERVIDUMBRE, etc., etc.

Bien habrás hecho, querido lector, si has repasado una, dos y tres veces los cuadros de este museo de AYER, y harta razón has tenido si has extrañado la falta del lienzo más importante de la colección, del personaje verdaderamente gráfico de 1800, del único cuya sombra, aun muerto el cuerpo que la producía, se aparece constantemente á nuestros poetas contemporáneos y sale al teatro todas las noches con medias de seda negra, aunque sin pantorrillas debajo, zapato con hebilla dorada, espadín de acero, casaca y chupa negras, corbatín blanco, sombrero de picos y gafas verdes con herraje de plata.

Bien sé que esperabas verle cruzar las *Gradas de San Felipe*, seguido de la indispensable acémila de sus legajos, para ver si había allí alguno á quien tuviera que notificar, y no para notificarle, sino para correr á su casa á aprovechar la ocasión de poner una *diligencia en busca*; también en la *Madrugada de 1808* creías tropezarle en la calle, corriendo con el ministro de justicia á coger encamado al prójimo y requerirle de *ejecución* ó cosa semejante; no pensarías nunca que yo dejase de sacarle á relucir en el *Corral de las comedias*, sugiriendo providencias al alcalde,

presidente de la función; en la *Casa mortuoria* se te habrá antojado un crimen su falta; sin su presencia no tendrás por legítimo ni valedero el *Monjío*, ni la *Misa nueva*; y en suma, todos los cuadros te habrán parecido incompletos faltando en ellos el hombre apergaminado y seco, trípode de unas gafas de plata y ostra perenne del infolio de pergamino.

En las *Vísperas de un viaje* le viste cruzar rápidamente el cuadro, y traté de que no se detuviera; porque.... la verdad, lector, no tenía aún la confianza que ahora tengo para hacerte el retrato de esa cosa que la justicia humana llama *fe pública*, el vulgo *escribano* y el vulgo más vulgo *protocolo*. ¿Te acuerdas del lienzo que tenía dispuesto y que te anuncié con el título de la *Milicia del diablo*? Pues allí pensaba darte, no uno, sino muchos, una legión entera de escribanos; pero tuve miedo, y no á sus uñas, que aunque le volvieron á crecer desde que se las cortó Quedo, HOY apenas le alcanzan para hacer un ligero arañazo. Por ti fué por quien temí desenterrar semejante momia de los negros y sucios escombros de aquellas madrigueras en que su voluminoso y rico *protocolo* servía de alimento á los bichos más inmundos de la tierra y de veneno á los seres más inocentes de la creación. ¿Qué hubieras dicho si á la vista de los elegantes edificios que HOY embellecen los alrededores del antiguo templo de la Almudena, te presentara las raquíticas chozas en cuyo piso bajo y aun en las cuevas se albergaba AYER la *fe pública*?

¡Cuántas justas recriminaciones no me habrías hecho si entre los elegantes alumnos de la curia moderna te hubiese enseñado los grotescos satélites de la antigua milicia del Diablo! El escribano, de indispensable vista torcida, á pesar de las indispensables gafas; el letrado ergotista, que con el *otrosí* en la boca y el rapé en las narices tenía hecho su alimento diario; el agente embustero; el procurador ardilla; el juez encurtido á fuerza de estar avinagrado, y por último el que tenía la habilidad de llegar siempre el primero para apremiar al último, el ministro de justicia, el corchete. ¡Con cuánta razón, repito, no te habrías quejado de mí si antes de ahora te hubiese traído esa legión de diablos! Y no he dejado de hacerlo porque ellos no estuviesen prontos, que lo estaban y mucho, á dejarse retratar, sino porque temía que una vez entrados en esta colección los satélites de la curia, ya no habríamos podido hacer nada en paz. Una sola vez que hubiésemos dejado entrar el *ante mí*, todo habría pasado ante ellos; nada ante el público para quien escribo los presentes cuadros.

Habríanme obligado á escribir en papel del sello real y á sacar copias legalizadas para los suscriptores de provincias, y en suma, cualquiera de aquellos escribanos, acostumbrados á decir que *sobre sus costillas nada y sobre su conciencia todo*, se hubiesen hecho dueños de la colección.

Esta es la razón que hemos tenido para esperar al último momento, á

la hora final del AYER, que va á exhalar el postrer suspiro de su ardiente *fe* en los incrédulos brazos del segundo tercio del siglo XIX. Va á morir la sociedad creyente de antaño, y es preciso que llevemos á la cabecera de su lecho mortuorio el martinete de la fe pública, si no queremos que muera intestada y se hallen los herederos envueltos en un litigio de á folio.

Mucho nos duele sacar á la luz pública al escribano de AYER; pero nos decidimos á hacerlo huyendo de tropezar con un abintestato, porque entonces.... ¡Dios sabe lo que sucedería! Deja el año 1800 hijos de su doble matrimonio con doña *Preocupación* y con doña *Mordaza*, y aunque ambas familias están bien enseñadas á callar, tendríamos necesidad de jueces y de abogados y de curadores *ad litem* y sería un pleito interminable.

Malo es, tan malo que no puede ser peor, habérselas con un escribano; pero peor sería que se nos viniera encima toda la curia. Al cabo y al fin, si nos santiguamos y hacemos la cruz y rociamos la lengua y la pluma con agua bendita, bien podemos acercarnos sin temor á la escribanía.

Estará cerrada, pero no importa; poco tardará en venir un mancebo cargado de legajos que dejará en el suelo, y sacando del bolsillo una enorme llave abrirá el candado que cierra la puerta, y caten ustedes que ya está abierta la escribanía. Si oyen ustedes al entrar ruido de pisadas menudas no se asusten, son los ratones que han pasado la noche y parte del día registrando protocolos y corren á esconderse por no parecer oficiosos á los ojos del escribano y de los clientes que más tarde acudirán á buscarle.

Si el escribano tiene la despreocupación de valerse de un gato y le da licencia para cazar en aquel soto, el gato se hace el distraído, porque no cree encontrar mendrugos en cama de galgos. ¡Buenos serán los tales ratones, dice el animalito hablando consigo propio, cuando al cabo del tiempo que llevan royendo estos protocolos aún no han reventado!

Y el gato tiene razón para pensar así, porque hay en aquel archivo más veneno del que á primera vista parece. Pero un gato ni dos en una escribanía de antaño, sobre ser insuficientes para desalojar la curia ratonil, habría parecido una redundancia á la mayor parte de las gentes. Era por lo tanto excusado buscarle en ninguna de ellas, y sin embargo, nosotros sólo podemos asegurar que no le había en la de número de D. Chrisóstomo Abolengo y Abirato de Fideicomiso, que todos estos apellidos y otros tantos más engarzaba el notario en el intrincado jeroglífico de su rúbrica, para la cual, y sea esto dicho de paso, en todos los escritos reservaba el último medio pliego.

No tenía la tienda de D. Chrisóstomo más luz que la que recibía por la puerta, ni su adorno consistía en otra cosa que en cuatro tablas de pino que, sostenidas en la pared por cuatro cuerdas de cáñamo, ostentaban una riquísima colección de añejos infolios manuscritos, en cueros

vivos los más y cubiertos algunos con un pedazo de badana ó un cacho de pergamino y á veces un retazo de hule. Semejante rústica biblioteca, festoneada y hecha una criba por el gremio ratonil, constituía la riqueza de D. Chrisóstomo y formaba su verdadera delicia. El protocolo era su Dios, su rey y su patria. Cuando se despertaba soñando que le había aumentado en cien fojas más siquiera, se volvía á dormir para volver á gozar tan dulce ensueño, y á imitación del avaro, que cada año escatima algún gasto para acrecentar su tesoro, D. Chrisóstomo aumentaba su protocolo encargando á los muchachos que ensanchasen la letra con el santo fin de ocupar mayor número de planas, y porque decía que un escrito gana mucho cuando se copia con caracteres grandes y claros. Sus amados colegas, que no le iban en zaga y en ese punto eran capaces de copiar la bula de la Santa Cruzada, le daban por ello mucha broma, y aseguraban que habiéndole mandado en cierta ocasión hacer el inventario de los efectos hallados en casa de un procesado, escribió lo siguiente:

«Y entrando en una pieza enjalbegada, de treinta pies de largo por veinte de ancho, hallé varios estantes ó armarios, al parecer de pino, pintados de color de canela ó chocolate, todos llenos de libros, y mandé al alguacil Fulano de Tal, de quien más arriba dejo hecha mención en debida forma, que me los fuese acercando uno á uno, y cumplida que fué la dicha mi orden por el dicho alguacil Fulano de Tal, el primer volumen que me entregó estaba forrado en pasta al parecer usada, y abierto por mí el citado libro, vi que constaba de 900 hojas ó sean 1800 páginas ó folios y era una versión en castellano de la *Sagrada Biblia*, que á la letra copio y dice así....»

Y á ser verdad lo que decían sus compañeros, D. Chrisóstomo copió la Biblia. Pero nosotros no creemos que llegase á tanto su afición al consumo del papel sellado, sino que ese cuento y otros muchos los inventaron por el gran detenimiento con que hacía todas las diligencias de su oficio. Por lo demás, tenía gran fama de hombre de bien, cosa que á él mismo le sorprendía bastante, por lo caro que vendía el público ese género á las gentes de su profesión, y nunca le alcanzaba el tiempo para dar cima al mucho trabajo que le daba su numerosa parroquia.

Esta circunstancia le hacía parecer menos diligente de lo que era en realidad, y algunos creían que postergaba ciertos negocios, cuando lo que hacía no era otra cosa que dividirlos en preferentes y no preferentes.

De los primeros eran siempre los testamentos, y apenas le daban aviso de que alguien le buscaba para que *diese fe* de su última voluntad, arrojaba cuanto tenía en la mano y corría con más diligencia que las bombas de la villa al toque de incendio. Por eso apenas supo que se veía en peligro de muerte la sociedad de la *Fe* y que el año de 1800 quería testar, sin de-

tenerse á completar una resma de papel sellado, con poco más de media que tenía sobre la mesa, cargó á uno de sus mancebos y corrió á casa de D. Cándido Retroceso. Entró en la habitación del enfermo preguntando, como de costumbre, quién era el que se quería morir, y cuando el paciente se hubo dado por aludido, le dijo sonriendo:

—Supongo que usted es mayor de catorce años, y que *está vivo* y no está loco, ni privado de enajenar bienes, ni sordo.... ni....

—No, señor—le interrumpió el enfermo asombrado,—no estoy sino en mi sano juicio.

—Así lo creo—replicó el escribano;—pero es deber mío informarme de todo eso, como asimismo de si es usted ciego ó hereje ó está en rehenes....

—No tengo ninguna de esas tachas—dijo el paciente,—á Dios gracias, y quisiera que usted abreviase, porque me siento morir por instantes.

—Pierda usted cuidado, que no se tardará un siglo, y ojalá que le viéramos todos los presentes; pero no se puede prescindir de ciertas formalidades en estos casos, que son de los más graves de la profesión. Yo hago testamentos por amor á la humanidad y no por otra cosa, porque se compromete mucho la conciencia. Yo no sé si usted sabrá lo que se cuenta de aquel escribano que fué llamado á una casa para autorizar un testamento escrito.

—No, señor, no lo sé—contestó el enfermo.

—Pues, señor, llegó el bueno de mi escribano á la casa y le dijeron los parientes del testador que entrase corriendo, porque el enfermo iba perdiendo el habla, pero que allí estaba escrito lo poco que había podido hablar para que el escribano le fuese preguntando. Hízolo así mi compañero, y observando que al leer las mandas el enfermo no hacía más que mover la cabeza afirmativamente, sospechó algún fraude, y observó que por debajo de la cama tiraban de un cordel oculto entre las sábanas, y siguió leyendo como si nada hubiera visto; pero queriendo á su vez sacar partido de aquella tramoya dijo: «¿Es cierto que al escribano, en pago de sus buenos servicios, le deja usted el quinto de sus bienes?» Y como la cabeza permaneciese inmóvil, el escribano dijo á los herederos: Señores, hablemos claro: ó se tira del cordel para todos ó para ninguno.»

Sonrióse el enfermo con el cuento del escribano, y éste, que ya había tomado posesión de una mesa, instaló en ella al mancebo y le dijo:

—Corta la pluma gruesecita, que ya sabes que no me gusta la letra menuda; haz la cruz de costumbre y escribe lo de cajón.

Y volviéndose al enfermo añadió:

—¡Supongo que en la protesta de la fe y demás cosas de fórmula no tendremos dificultad!... Usted será....

—Cristiano viejo—dijo el enfermo:—católico-apostólico-romano y de ningún error sospechoso, que vivo y quiero morir en la religión que me dieron mis padres.

—No se incomode usted más—repuso el escribano.—Escribe, chico.

Y el chico escribió lo siguiente:

«En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, que vive y reina por siempre jamás amén. Sépase por esta pública escriptura de testamento, última y postrera voluntad, como yo, Cándido Retroceso, hijo legítimo del Terror y de la Mordaza, vecinos de la ciudad de la Inocencia y yo de la aldea del Obscurantismo, estando en mi buen juicio y entendimiento natural, aunque enfermo en la cama de la enfermedad que Dios Nuestro Señor ha sido servido de darme, creyendo, como firmemente creo, en el misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y en lo que manda la Iglesia católica, apostólica y romana, debajo de la cual fe y creencia protesto vivir y morir, y temiéndome de la muerte como cosa natural á toda criatura viviente, y deseando poner mi alma en carrera de salvación, la encomiendo á mi Dios y Señor Jesucristo, que la crió y formó de la nada á su imagen y semejanza; que habiendo yo sido ingrato, sin mirar mi bajeza se dignó vestirse de carne humana, encarnando en las virginales entrañas de la Santísima Virgen María Nuestra Señora, concebida sin mancha de pecado original en el primer instante de su ser, de donde nació á este mundo, quedando virgen antes del parto, en el parto y después del parto; y en él padeció treinta y tres años excesivos trabajos, hasta morir en la cruz, de donde fué descendido y puesto en el sepulcro, y resucitó al tercero día y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso, de donde ha de venir á juzgar vivos y muertos; y al Padre Eterno, Rey de la gloria, Criador de todas las cosas, le pido patrocine y ampare mi alma y reciba en satisfacción de mis pecados la muchedumbre de los méritos de la santísima vida, pasión y muerte de mi Señor Jesucristo; y al Espíritu Santo consolador le suplico aliente y vivifique mi alma; y en efecto, Padre Unigénito, Hijo Unigénito y Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo, yo, postrado á los pies de vuestra divina misericordia, os suplico miréis mi alma como cosa vuestra y ahuyentéis de mí las asechanzas del enemigo para que no logre sus vanos intentos, y conozco que por hijo vuestro consigo lo que él perdió por enemigo y obstinado, y pongo por abogada á la Sacratísima Virgen Maria, madre de mi Señor Jesucristo, que es la entrada á la gloria, por donde es preciso entre el que hubiere de gozar de ella, y al glorioso Angel de mi Guarda, á los cuales suplico alisten mi alma debajo de su bandera y la hagan marchar en su santa compañía y que en ella entre en la celestial

Jerusalén, adonde sin defecto alabe y sirva á Dios por todos los siglos de los siglos. Y asimismo pongo por mi intercesor y guarda y medianero al glorioso bienaventurado apóstol San Pedro, á quien Dios fué servido señalarme por mi patrón y abogado en este mundo, y al glorioso y esclarecido precursor San Juan Bautista y á los demás santos que están gozando de la gloria; y con esta divina invocación hago y ordeno mi testamento, última y postrimera, definitiva, libre, legítima y única valedera voluntad, en la forma siguiente:

»Mando que cuando fuere la divina voluntad que yo fallezca, mi cuerpo sea sepultado en la iglesia monasterio de Corpus Christi, que el vulgo llama de las Carboneras (1), para que la santa imagen de María Santísima en el misterio purísimo de la Inmaculada Concepción ampare mi alma y la libre de las garras del enemigo malo.

»Mando cien doblones á los clérigos menores para que en el altar de Porta-coeli se me digan quinientas misas de San Gregorio, que valiendo cada una de ellas por cinco de las ordinarias resultarán á mi alma dos mil quinientas misas.

»Item, mando que el día de mi muerte, si fuere hora á propósito, se lleve una espléndida comida á los religiosos de San Cayetano, hijos de la Providencia. Mando asimismo á las mandas forzosas y acostumbradas y á los Santos Lugares de Jerusalén cien mil reales á todas ellas, con que las aparto del derecho que puedan tener á mis bienes.

»Item, mando treinta mil reales á los religiosos basilios de esta corte para que el día de Navidad puedan celebrar con holgura la famosa ceremonia del *chocolate de San Basilio* (2).

(1) Fray José de Canalejas, religioso franciscano descalzo, regaló á este convento de Jerónimas descalzas la imagen que se conserva en el altar mayor, y por haberla hallado en una *carbonera* da el vulgo este nombre al convento.

(2) Acostumbraban los frailes de San Basilio á quebrantar el ayuno el día de Nochebuena, tomando después de la colación y antes de asistir á cantar los maitines un opiparo chocolate, que se servía en la celda del abad. Y siéndolo en el convento de Madrid el año 1801 el doctor fray D. Francisco Navarro Belluga, trató de suprimir semejante francachela, apoyándose en que no lo había visto consignado en ninguno de los estatutos de la Orden, ni menos constaba en ningún breve pontificio, según querían suponer los frailes. Pero éstos insistieron, y ya casi á punto de amotinarse contra el abad, éste les llevó á su celda, y en dobles jícara de chocolate, con doble ración de dulces, bizcochos tortas y empanadas, les sirvió el llamado chocolate de San Basilio, y cuando le presentaron la primera jícara para que diese principio al banquete, la rechazó, diciendo: «Una costumbre injustificada, y cuyo origen nadie conoce, no me hará quebrantar el ayuno que me impone la Iglesia Católica y mi regla.»

Los frailes se dieron por ofendidos, pero no desairaron el chocolate, ni dejaron al día siguiente y al otro y al otro, hasta la fiesta de los Reyes, de ir á la celda de los padres graves á repetir la broma del llamado chocolate de San Basilio.

»Item, mando que á mis sobrinos los traigan sus padres vestidos de frailecitos para que tomando afición á la vida religiosa puedan más fácilmente alcanzar el favor divino, y tocados en el corazón abracen algún día la vida contemplativa para ser en ella modelos de perfección y verdaderos siervos del Crucificado. Y si los dichos mis sobrinos tuvieren inclinación á hacerse clérigos, les hago donación perpetua de las capellanías de mi propiedad, siempre que su vocación sea sincera y no les mueva á recibir las sagradas órdenes el deseo de pasar una vida cómoda y regada, alucinados por los errores del vulgo ó por el ejemplo de algunos sacerdotes indignos.

»Y asimismo les prevengo que si sus merecimientos en el estado eclesiástico les hicieren llegar á la alta dignidad del arcedianato en este arzobispado, no dejen ningún año de asistir á celebrar la *misa del gallo* en la catedral de Toledo, pues no es de perder la limosna de sesenta mil reales que vale esa misa; y si ellos no la necesitaren, mejor será que la distribuyan á los pobres (1).

»Item, mando diez mil ducados á mi prima doña Belén para en el caso que conservase la vocación de vestir estameña, y mando asimismo que la entreguen mis chupas de raso para que con ellas pueda hacer acericos, bolsas y relicarios cuando Dios quiera que se consagre á su santo servicio, y la mando que mientras tanto, cuando saliere en público alce los ojos del suelo, segura de que la pureza del alma no se pierde por levantar la vista al cielo....»

—Esa mañana—dijo el escribano interrumpiendo al testador—la han aprendido las mujeres de los hijos de Loyola. Los padres de la Compañía nunca miran de frente.

—Y sin embargo, lo ven todo antes que usted y que yo—replicó el enfermo.

—De poco les serviría esa doble vista si en cada reino hubiese un monarca como nuestro difunto Carlos III (que Dios tenga en su santa gloria).

—dijo el escribano.

—Amén—respondió el testador.

Y continuó diciendo:

«Item, mando dos de mis mejores mulas al padre *Sillero* del convento de Valparaíso para que pueda con más comodidad recorrer las paneras y

(1) El doctor D. Matías Robles, arcediano titular de Toledo, juez auditor del Consejo de la Rota y sumiller de cortina de S. M., no quiso asistir nunca á celebrar la misa del gallo, dejando por lo tanto de percibir los sesenta mil reales de la limosna, y se quedaba ese día, como los demás del año, en su magnífica casa de la calle del Amor de Dios, que aún hoy se conoce con el nombre de *Casa del Arcediano*.

hacer su acostumbrada visita á los colonos de sus quince granjas y nueve pesquerías (1).

»Mando también al convento del Escorial los cinco gatos del uso de esta mi casa, sin que por ellos abonen los frailes cosa alguna á mis herederos; antes bien, quiero que se los lleven allí libres de todo gasto (2).

»Item, mando que si alguno de mis herederos quisiera *pasar á las Indias* con pensamiento de hacer fortuna, sea obligado á destinar el quinto de lo que trajere á la fundación de una obra pía cualquiera. Y si el gobierno de S. M. (que Dios guarde) le quisiere obligar al pago del tanto por ciento para la Real Hacienda por el dinero que desembarque, lo dé con sumisión y obediencia, sin hallar en esa exacción un pretexto para ir á enriquecer las provincias meridionales de Francia, cuyo gobierno es tan tonto que nada pide al que le lleva dinero.

»A mi primito el abate le mando que suspenda su oficio de tal hasta que se averigüe si sirven para otra cosa los abates que para hacer reir en las tertulias, vestir de una manera estrafalaria y ser tenidos por perpetuos cortejadores de mujeres y muebles desocupados en el tocador de las damas. Hago igual encargo á mis tíos los maestrantes; y prohibo á mis hermanos que tomen el hábito en ninguna de las órdenes militares hasta que suene de nuevo la hora de montar á caballo para alguna cruzada.

»Item, mando que si algún individuo de mi familia se viese inquietado por el enemigo malo, le ahuyenten con toda clase de oraciones, y antes que llegue á tener completo pacto con el djablo acuda á un religioso de ejemplar vida y costumbres para que le aplique los exorcismos de nuestra Santa Madre Iglesia. Es asimismo mi voluntad que en las villas y lugares de mi señorío se suprima la dotación del maestro de escuela, por haber observado que el *entretenimiento* de leer y escribir distrae á los mozos de las labores del campo, y porque creo que la impiedad se acrece á medida que aumenta la afición á la lectura.»

—En eso no estamos conformes—interrumpió el escribano;—yo creo que la enseñanza es muy conveniente.

—Para el triunfo de la maldad—replicó el enfermo.

—Para el de la razón—repuso el escribano.

(1) En los conventos de monjes bernardos había un fraile, especie de síndico, procurador ó mayordomo, que iba recorriendo las haciendas en una litera ó silla de manos llevada por dos mulas, y le llamaban por esta razón el padre *Sillero*.

(2) En el convento del Escorial había un fraile destinado á cuidar de lo que llamaban la *Bodega de los cien gatos*, y el ejército que estaba á sus órdenes llegó á contar trescientas plazas en los primeros años de este siglo. Daba el fraile una peseta y una montera llena de higos por cada gato ó igual suma de dinero y media montera de higos por las gatas, con cuyo aliciente los muchachos del pueblo siempre andaban robando gatos.

—¿Va usted de tertulia á alguna librería?—dijo el enfermo sonriendo.

—Sí, señor; suelo entrar algún rato en la de la viuda de Esparza, pero ordinariamente voy á la botillería.

—¡Conque librería y café!

—Sí, señor.

—¡Vaya! Lo que se llama un filósofo completo..... Siga usted, siga usted escribiendo.

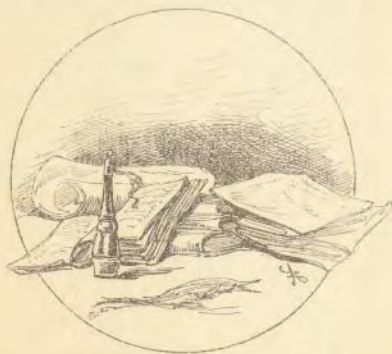
—No entiendo lo que quiere usted decir.

—Ni le hace á usted falta entenderlo..... ¡Ello dirá! Pida usted á Dios que le deje vivir una docena de años, y si el gobierno no se pone un poco sobre sí, mandando cerrar las escuelas y haciendo autos de fe con muchos de los libros que andan por ahí, ya verá usted lo que es bueno.

El escribano se encogió de hombros, creyendo que el enfermo iba perdiendo la razón, y trató de cerrar el testamento, al que añadió algunas otras mandas el paciente, terminándole por fin de esta manera:

«Y para cumplir y pagar este mi testamento, mandas y legados en él contenidos, dejo y nombro por mis testamentarios á doña Fe Ciega, mi señora y mujer, y á D. Silencio Forzado y á D. Próspero Real, y á cada uno *in solidum*, á los que doy poder en bastante forma para que luego que yo fallezca entren en todos mis bienes, muebles, raíces, etc., etc.

»Y por éste revoco y anulo y doy por de ningún valor y efecto otro cualquier testamento, codicilo ó poder para testar que antes se haya hecho y otorgado por escrito ó de palabra; que quiero que ninguno valga ni haga fe en juicio ni fuera de él, salvo éste que al presente otorgo, que quiero valga por mi testamento, postrimera y última voluntad, ó como más haya lugar en derecho. Y así lo otorgo ante el presente escribano D. Chrisóstomo Abolengo y Abirato de Fideicomiso y testigos, etc., etc.»



CODICILO

Fácilmente habrá comprendido el lector que hombre que se hallaba con tantas ganas de hablar, no estaba tan cerca de morir, y así sucedió en efecto.

D. Cándido Retroceso sobrevivió siete años á su testamento, y en el de 1808, en que, como ya hemos dicho en otra parte de esta obra, fiado en su aparente robustez se acostó á dormir, dejando abierta la ventana que daba sobre los Pirineos, una pulmonía francesa, complicada con algo de gastro-enciclopeditis y reumatismo filosófico, le quitó la vida, resultando inficionada la sangre de todos sus descendientes.

Y como no fué el mal tan fulminante que no le permitiera dar una mano á sus negocios, llamó de nuevo al notario y le dictó su codicilo, en el que no alteró nada del testamento primitivo, sino que le dejó en toda su fuerza y vigor.

No dispuso nuevas mandas y se limitó á hacer una reseña del estado en que dejaba sus negocios en la corte y fuera de ella.

«Apúnteme usted, dijo, señor escribano, que dejo á la España en el mismo sitio y lugar en que estaba á la muerte del último monarca el señor rey D. Carlos III, sin que la corte haya dado un solo paso para ir á buscar á las capitales de provincia, ni éstas se hayan movido para salir á recibirla.

»Item, dejo á los puertos de mar dando el *quién vive* á las mercancías extranjeras, y diciendo *¡atrás, paisano!* á los géneros del reino que quieren salir en busca de compradores.

»Item, dejo á los españoles cruzados de brazos, esperando las *flotas americanas* que ha rechazado nuestro gobierno y que los franceses reciben con los brazos abiertos, y disputándose todos el derecho de *sobri-naje* hacia un tío que les han dicho que está en las Indias.

»Item, dejo á la industria aguardando la vuelta de un velocífero tirado por un par de bueyes, que ha más de un mes fué al puerto á traerle algunas herramientas y útiles para el trabajo.

»Item, dejo á las ciencias pudriéndose en los calabozos del Santo Oficio, sin que los filósofos ni los químicos sepan nada de lo que pasa por el mundo.

»Item, dejo á los habitantes de la corte silbando y apedreando y llamando *nación* á un pobre extranjero que ha cometido el crimen de ser el primero en cubrirse la cabeza con un sombrero redondo.

»Dejo asimismo á los habitantes de las aldeas con la boca abierta siempre que se trata de algún objeto cuya impresión les debe entrar por los ojos.

»Item, dejo un púlpito en cada plaza y un beaterio en cada esquina, sin que por ello se haya enmendado el pueblo ni disminuído su largo capítulo de culpas.

»Dejo también á los frailes saliendo en rogativa cuando llueve, aunque cobrando el diezmo llueva ó no llueva, sin que los labradores dejen de pagarlo siempre á pesar del refrán que dice: «del diezmo de Dios, quita dos; y si puedes, quita nueve.»

»Item, dejo, que no es poco dejar, vinculadas las propiedades, amayorazgadas las rentas y en manos muertas los mejores bienes del reino.

»Item, dejo las armas y las letras nadando en la sangre azul de los que, sin acreditar su nobleza, no hubiesen podido dejar de ser pobres por medio de una toga ó de una espada.

»Dejo á los castellanos disputando porque su honradez y no otra sea la proverbial; satisfechos los andaluces con que no haya quien se tenga por más decididor ni más gracioso que ellos; á los vizcaínos contentos de haber probado que son más tercios que los aragoneses; á éstos riendo con todo el que dice que hay más Dios y más Santa María que la Virgen del Pilar; á los catalanes diciendo que su industria va á asombrar al mundo; á los valencianos cultivando el arroz y acariciando el trabuco; á los gallegos llorando cuando llueve, por si dejará de llover, y llorando después que ha llovido; y á los extremeños riéndose de que haya quien quiera estar grueso como ellos no comiendo sino legumbres y ensaladas. Las carreteras mientras tanto no tienen quien las incomode, y los caminos se están sin que nadie los haga desempeñar su oficio.

»Item, dejo á los transportes andando á hora y media por legua, y riéndose de los que dicen que pronto andarán legua y media por hora; dejo también al pensamiento retrocediendo nueve millas por minuto en las galeras de la Inquisición; á las ciencias en el almacén de comisos; á las artes sesteando á la sombra de los pinares y de los robles, dando pasto á

la carpintería de grueso calibre; á las matemáticas sudando en el martinete de los teólogos; y á la industria, esperando mejores tiempos, la dejo dormida en los brazos de los rosarieros y fabricantes de ratoneras y jaulas para grillos.

»Dejo á la agricultura con el anatema de relapsa é inscrita en el catálogo de los espíritus rebeldes, como la química y las ciencias naturales, todas por atentatorias á los secretos del Supremo Hacedor.

»Item, dejo los alrededores de la corte despojados y limpios de árboles para que los vientos del puerto purifiquen el mal olor de los pozos, la basura de las calles, el olor de las mondas de la parroquia y otras muchas plagas, á las que ya el gobierno de S. M. (q. D. g.) ha provisto, mandando que sus vasallos cierren los ojos, aprieten los dientes y se tapen las narices.

»Y dejo, por último, añadió lanzando un hondo suspiro, todo lo que va dicho en la primera parte de esta obra.»

Dijo y dejó de existir....

El escribano, que se disponía á cerrar el codicilo, oyó el galopar de los caballos franceses y luego el cañón de los vencedores de Austerlitz, y se dió á correr asustado, diciendo:

—¡Esto va de veras!

Y ya en el portal del denunciado palacio del AYER, abrió de nuevo el tintero de la *fe pública*, y sobre la rodilla, con pulso trémulo, escribió lo siguiente:

«Yo el infrascripto escribano, etc., doy fe de que hoy día de la fecha he visto muerto y al parecer cadáver y al parecer difunto á D. Cándido Retroceso, alias AYER ó la *Sociedad de la Fe en 1800.*»

Y es fama que al salir de la casa iba cantando bajito esta copla:

«Loco estaba el mundo
cien años atrás,
loco le encontramos,
loco seguirá.»

INDICE

DE LOS CUADROS QUE CONTIENE ESTE TOMO

PARTE PRIMERA

CUADROS	PAGINAS
<i>Prólogo de los editores.</i>	VII
Dos palabras de buena crianza.	IX
Introducción.	XIII
I. - Gacetilla de la capital en 1800.	17
II. - Las gradas de San Felipe el Real.	25
III. - A pares, como los frailes.	35
IV. - Una madrugada en 1800.	45
V. - El corral de las comedias.	51
VI. - La botillería de Canosa.	63
VII. - Una visita y un visitero.	69
VIII. - Un visitón.	77
IX. - Pasatiempos honestos.	85
X. - Juegos de prendas.	93
XI. - Las prendas del juego.	97
XII. - El duelo se despiden en la casa mortuoria.	103
XIII. - El siglo de los faroles.	109
XIV. - La ronda de pan y huevo.	117
XV. - Un convento de frailes.	123
XVI. - La sopa boba.	128
XVII. - El derecho electoral en 1800.	135
XVIII. - A capítulo van los frailes.	139
XIX. - Un capítulo general.	145
XX. - El Pecado mortal.	151
XXI. - Un viaje en 1800.	159
XXII. - Las vísperas de un viaje.	167
XXIII. - La primera jornada.	175
XXIV. - La ciencia de la aldea.	185
XXV. - La fiesta del Santo.	192
XXVI. - Las carreras en 1800.	198
XXVII. - La letra con sangre entra.	201
XXVIII. - La carrera de mayorazgo.	207
XXIX. - Los pollos en 1800.	215
XXX. - La milicia de Dios, la milicia del rey y la milicia del diablo.	222
XXXI. - Un domine de ayer.	227
XXXII. - Lógicos, metafísicos, físicos y éticos, ó los filósofos en 1800.	237
XXXIII. - El estudiante de Alcalá.	241
XXXIV. - Un misacantano.	255
XXXV. - Un monjo.	259
XXXVI. - Una bandolera.	265
XXXVII. - La privanza en 1800.	273
XXXVIII. - Un hombre de Estado en bruto.	281
XXXIX. - Las covachuelas reales.	287
XL. - El casero de antaño.	296
XLI. - La beata Clara.	309
XLII. - Casa, agua, leña, médico, cirujano, botica y guantes.	323
XLIII. - El calendario de los reposteros ó las festividades de los platos de leche.	329
XLIV. - El Santo Oficio no es oficio santo.	337
XLV. - Los trapitos de cristianar.	345
XLVI. - Los cuarteles de la sangre azul ó la España en cuarterones.	351
XLVII. - La oratoria del pulmón ó el púlpito en 1800.	359
XLVIII. - El erudito, el literato y la marisabidilla.	369
XLIX. - Bandera española.	375
L. - Pan y toros.	383
LI. - Fandango y broma y arda la casa toda.	389
LII. - Al amor de la lumbre.	396
LIII. - Manolos y chisperos ó el Lavapiés y el Barquillo.	403
LIV. - Los gritos de Madrid.	411
CUADRO FINAL. - El testamento de ayer.	419
Codicilo.	429

